3 1761 08166239 7

ITALIA-ESPAÑA

GUÁRDESE COMO JOYA PRECIOSA

EX-LIBRIS

M. A. BUCHANAN

PRESENTED TO

THE LIBRARY

BY

PROFESSOR MILTON A. BUCHANAN

OF THE

DEPARTMENT OF ITALIAN AND SPANISH

1906-1946

España moderna

AÑO VII NÚM. LXXVI

LA

ESPAÑA MODERNA

Director: J. LÁZARO

ABRIL 1895

MADRID
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE A. AVRIAL
1.054.—*San Bernardo, 92.—Teléf. 3.074*

462627
3. 6. 47

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo, es indispensable el permiso del Director de La España Moderna.

AP
60
E8
año 7
no. 76-78

EL ÚLTIMO VALS

CONCLUSIÓN

Puedes imaginar cómo le sabría esto al pobre Manuel y el nuevo tormento que sufriría. Ardía en celos, y aunque trataba de disimularlos y aun negarlos, se le salían por los poros. Cuando en paseo ó en el teatro desde su butaca me dirigía los gemelos y veía á mi lado á Roberto, á través de los míos yo le veía palidecer, inquieto, nervioso, á veces casi provocativo como un matón, á veces casi lloroso como un niño. Yo trataba de calmarle con mis protestas, seguridades y juramentos. Yo, que ignoraba lo que son celos, hasta me reía de él y le llamaba ridículo. Los celos me parecían una estupidez, una ofensa, una grosería, casi una ordinariez impropia de personas de talento. Y lo peor del caso es que también Roberto dió en tener celos de Manuel. Entre los dos se encendió la más negra de las rivalidades con los más malignos de los celos. Dos hombres guapos, ó dos valientes, ó dos sabios, pueden soportar la rivalidad, porque cada uno se cree el más sabio, el más valiente ó el más guapo de los dos; pero la rivalidad, los celos de las calidades opuestas, son los más incurables. Roberto, al ver de lejos á Manuel, enrojecía de ira; Manuel, al ver de cerca á Roberto, palidecía de despecho. A uno se le

revolvía la sangre y al otro la bilis. Roberto tenía envidia del talento de Manuel, y Manuel de la hermosura de Roberto. Cada rival reconocía la superioridad de su contrario. Cuando Roberto oía elogiar á las gentes el talento extraordinario y el saber de Manuel; cuando leía en los periódicos sus discursos y los elogios casi unánimes de la prensa, se sentía tan inferior, tan humillado, que apenas podía reprimir su ira y disimular su envidia. Cuando Manuel veía la gallardía de Roberto y oía lo que de él decían los militares y lo que por él hacían las mujeres, sentíase casi avergonzado de su fragilidad corporal, de su salud agostada, de su impotencia; y temblaba al ver tan cerca de mí al diablo tentador, al húsar de Belvedere, como solía llamarle con celosa ironía.

Yo vivía en perpetuo sobresalto, en un verdadero martirio; yo veía que casi se insultaban con los ojos, y temía que á lo mejor las palabras, cuando no las manos, sustituyesen á los ojos. En sociedad solían hallarse cerca, y cuando Roberto quería bailar conmigo, yo tenía que excusarme con él y con todos, pretextando calor, cansancio, mareos, qué sé yo; yo que, como sabes, era la más incansable de las valsadoras. Un choque entre aquellos dos hombres tenía que ser terrible. Roberto despreciaba la muerte, Manuel despreciaba la vida, y el heroísmo, ¿qué es sino el desprecio de la muerte y de la vida? Yo bien veía que si chocaban, como los agravios se ventilan por la fuerza, como la fuerza, la resistencia, la agilidad, la *brutalidad* deciden el triunfo, mi pobre, mi sabio, mi ideal Manuel sería aplastado, pulverizado por el terrible poder físico de Roberto. Sería la lucha del toro y la gacela. Más que duelo sería un asesinato. Si el duelo pudiese ser á echar discursos ó escribir artículos... ¡pobre Roberto! Pero á estocadas ó pistoletazos... ¡pobre, pobre Manuel de mi alma! Por él yo vivía temblando. Los celos se aliaron á la tisis para consumirle y atormentarle. Decayó y empeoró. Le ofrecieron ser ministro, y renunció por el estado de su salud y ánimo. Uno de sus grandes discursos le costó un nuevo vómito de sangre.

Le prohibieron el trabajo, le obligaron, ó, mejor dicho, yo le obligué á ir otra vez á Panticosa, y le sometieron á un estricto y riguroso régimen de reposo corporal y mental. Casi tuvimos que dejar de vernos, y aun tuvimos que escribirnos con menos frecuencia. Roberto, desembarazado de su rival, apretaba el cerco; pero ni su plaza se rendía ni su plazo se cumplía, y esto le traía desesperado y sombrío. A veces me juraba por su Virgen del Pilar que iba á matar á Manuel. Mátale, le decía yo con fingida serenidad; pero yo te juro que no el sobrevivirás mucho. Ya sabes que, aunque soy mujer, tengo alma y mano de hombre. Soy más valiente que tú, y sabré vengar, no á mi amante, sino á mi verdadero marido. Roberto me conocía y me tenía miedo. Bajaba la cabeza y me juraba refrenarse.

A fines de Octubre volvió Manuel á Madrid, y, al parecer, los baños de Panticosa habían hecho prodigios. O quizá no fué Panticosa; pero ello es que un largo período de absoluto reposo mental, la vida del campo, la buena alimentación, un severo régimen higiénico, unido á las medicinas y cuidados, le repusieron, hasta el punto de hacer creer en el milagro de su resurrección. Por el plan de vida que le impusieron nos veíamos poco y con dificultad; pero estaba tan mejorado, que la esperanza renació en mí. Confié en su curación, y como su enfermedad era el principal, mejor diré, el único motivo racional para la obstinada oposición de mi padre, vi, en término más ó menos lejano, la posibilidad de casarme con Manuel, de realizar el sueño de mi felicidad.

Así se lo manifestaba yo una mañana á Josefina, construyendo mil castillos, no en el aire, muchísimo más altos, en la misma Vía Láctea, y trazando el plan de mi futura vida conyugal, que para mí y Manuel sería, por supuesto, una eterna luna de miel. «¿Que, no lo crees así?—pregunté á Josefina, viendo en su rostro cierta sonrisita y gesto de incredulidad irónica y casi hasta burlona.—Psch... sí... es decir, hasta cierto punto... puede ser...—¿Cómo puede ser?... ¿Te pasa

por la cabeza—le dije—que Manuel deje de quererme? Quedó un rato pensativa, y respondió con firmeza:—¿Por qué no? —¡Porque es imposible!—dije con la energía de la convicción.—¡Bah, bah, bah! Manuel es hombre.—Sí, pero no es hombre como los demás.—Julia, no seas inocente, no seas tonta; al principio todos los hombres enamorados no son como los demás; son para nosotras una excepción; casi no son de carne y hueso; son unos benditos, unos santos, unos ángeles; no pueden vivir, respirar, comer ni beber sin nosotras, y después viven sin nosotras, comen sin nosotras, y, lo que es peor, viven, beben, comen y cenan, y gastan y triunfan con las otras.—Josefina—dije casi indignada—tú no conoces á Manuel.—Manuel es hombre, te lo repito.» Había en su acento algo tan cortante, acerbo y hasta provocativo, que se me heló la sangre. «¿Sabes algo de él?—pregunté alarmada.—Vaciló en responder, y su vacilación me exasperó y me punzó con el aguijón de la sospecha.—¿Sabes algo—repetí—que te autorice á esas dudas que me hieren?—Quizá—dijo después de una pausa y como venciendo su propia indecisión.—¡Quizá! No hay quizá, Josefina: ó hay ó no hay motivo. Habla claro; responde sin vacilaciones ni reticencias. ¿Sabes algo de Manuel que te dé razón para dudar de su amor y de su absoluta fidelidad hacia mí?»

No quiero cansarte, Perico, con la repetición de mi ansioso interrogatorio y de sus respuestas, al principio evasivas y después misteriosas y significativas. Bástete saber que, después de insistir yo y rogar y casi amenazar, Josefina, cediendo á mis ruegos, y como dándome la mayor prueba de amistad é interés, y, por supuesto, exigiéndome el secreto y hasta el juramento de no darme por entendida, me dijo estas palabras que me hirieron como puñaladas en el corazón: «Manuel me ha hecho una declaración.»

La sangre se me agolpó al cerebro; no sé qué extraña transformación se operó en mí, que me pareció que dejé de ser mujer y me volví fiera. Cogí á Josefina por el cuello, la arrojé

contra un sofá, la pegué, creo que hasta la mordí; la llamé infame, embustera, calumniadora... ¡qué sé yo!... ¡Ah, la locura, la infernal demencia de los celos me había atacado como una especie de apoplejía del alma! ¡Qué ceguedad! ¡Qué ira! ¡Qué volcán! Yo, que ignoraba los celos, que me había reído de ellos; yo, Perico, que sólo había sentido los arrebatos de esa Julieta, las *rêveries* de esa Margarita, las ternuras de esa Desdémona, los éxtasis divinos de esa Beatriz que tenemos grabadas y pintadas en estos cuadros que nos rodean, me volví loca como esa pobre Ofelia, y feroz, salvaje y con el alma, si no la cara, negra como ese pobre Otelo... Al oir á Josefina, mi Mefistófeles, mi pérfido Yago, parece como que me nacieron espinas y serpientes en el corazón, como que se me envenenó de repente la sangre, y el amor, que me hacía un cielo la vida, se tornó en un infierno encendido en el fondo de mi pecho. Me volví ciega, bestial, histérica. Tuve una verdadera enajenación mental.

Josefina era fuerte y animosa y logró desasirse de mis garras de leona. Jadeante, airada, ofendida por mi brutalidad, mi ingratitud y mi locura, me amenazó con castigarme, delatando á mi padre el secreto de mis amores con Manuel, aun á riesgo de denunciar su propia complicidad. Aterrada con tal amenaza, arrepentida, avergonzada de mi insensatez, volví en mí, recobré la razón, caí de rodillas ante Josefina, la besé, la bañé en mis lágrimas, la pedí mil y mil perdones y la crisis nerviosa terminó en una terrible convulsión. Tuve que meterme en la cama, y Josefina, reconciliada conmigo, me atendió con el mayor cariño en prueba de perdón y completo olvido.

Cuando me di cuenta de lo sucedido y desperté de mi locura, y medí el significado de la revelación de Josefina, sentí un desconsuelo inmenso, una especie de aniquilamiento de todo mi ser. ¡Cómo! Manuel el puro, el ángel, el incorpóreo (pues para mí casi no tenía cuerpo ni sentidos), el que yo creía mío, el que era mi ídolo, el que, como él decía, sólo

vivía hasta que yo le diese permiso para morir; el grande y espiritualista é idealista Manuel Montesa era un hombre frágil, torpe, falso, carnal como los demás. ¡Manuel hacerme traición, engañarme, ofrecer, ¿qué digo ofrecer?, no, tirar su corazón á la frívola y casquivana Josefina, á mi propia amiga y confidenta! ¡Ah! Manuel me apareció como un monstruo, como un hipócrita, más repugnante que el mayor libertino. Le despojé de su aureola, se me tornó de tierra, casi de lodo. Sentí que el corrosivo de los celos operaba una transformación en mi corazón herido. El amor se convertía en odio, y se apoderó de mí esa sed diabólica que se llama la sed de la venganza. Anhelaba escupir, cruzar á latigazos aquel rostro que para mí antes era como la santa faz. A haber aparecido entonces á mi lado, creo que le hubiera clavado un puñal sin la menor vacilación. Los celos son tan estúpidos, tan ciegos, que cuando creemos ver más claro es cuando estamos más á oscuras. Si Josefina me hubiera dicho que Manuel le daba citas en el Polo Norte ó en la luna, me hubiera parecido la cosa más natural. Con esa imbécil lógica de los celos empecé á analizar los actos de Manuel, y saqué como consecuencia, ¡figúrate qué desatino!, que su tisis era efecto de sus vicios, su pasión una farsa, sus ausencias un pretexto, su silencio cansancio, su virtud misma una *pose*. Cuanto más grande era mi amor, más intenso fué el odio que se apoderó de mí. Necesitaba castigar al pérfido, clavarle su propio puñal. ¡Ah, el puñal le tenía á mano! Quien á celos mata, á celos muere. Roberto sería mi vengador, el instrumento de mi venganza; con él haría sufrir á Manuel la pena del talión; le haría arder en la llama infernal de mis propios celos. Tal alivio, tal fuerza y hasta como amargo deleite me dió aquella idea, que me levanté de la cama resuelta á castigar, á atormentar al traidor aquella misma noche. Sí, precisamente aquella misma noche era nuestro turno en el teatro Real. A pesar de sentirme mala, quebrantada, con dolor de cabeza y una horrible opresión, el deseo de la venganza me hizo sacar fuerzas de flaqueza; me

esmeré en mi *toilette* como si fuera á mis bodas; traté de estar todo lo guapa posible, y, francamente, creo que lo conseguí. Sea que el ardor de la fiebre y la fiebre de los celos dieran á mi cara y á mis ojos una viveza é intensidad de expresión inusitada, lo cierto es que yo me encontré bien; estaba, como suele decirse, en mi noche. ¿Quién me había de decir que yo me podría hermosear con la diabólica intención de atormentar á mi pobre Manuel? Parece mentira que en un minuto el corazón cambie completamente, como si se volviera del revés ó como si fuera una esponja que, apretándola, queda vacía del líquido que contiene. Sí, mi corazón como una esponja, parece que después de exprimirle el líquido del amor le metí en una vasija de hiel, según la amargura que de él rebosaba. Yo creo que el secreto de toda esa transformación se explica con una sola palabra: el orgullo. Bien mirado, los celos no son sino el desbordamiento, la inundación del orgullo, que, estancado como un lago, duerme en el fondo del corazón y rompe sus diques. Sólo el orgullo, el maldito orgullo, en su egoísta, en su degradante forma de celos, podía cegarme y envilecerme hasta el punto de ir gozosa á triturar el corazón inmenso, puro y generoso de Manuel. Pero yo estaba ciega, y los ciegos no ven el sol.

Cuando llegué al teatro, Manuel estaba en su butaca, y en vez de echarle, como de costumbre, una de aquellas miradas rápidas, casi imperceptibles á los demás, pero que para nosotros eran todo un poema de ternura y adoración, le miré con frialdad desdeñosa, volví la cabeza y me puse á coquetear y cuchichear con Roberto, que aquella noche, sin explicarse la causa de mi cambio, se deshacía en amabilidades é insinuaciones. Con gran disimulo dirigí mis anteojos á Manuel en un momento en que no miraba hacia mí. Estaba pálido como un muerto. En un momento en que Roberto redoblaba sus amabilidades y me hablaba con cierto misterio, casi al oído, diciéndome palabras de amor; á que yo le alentaba con satánica complacencia, Manuel se levantó sin esperar el fin del acto, y

se marchó para no volver. El golpe estaba dado; mi puñal le había entrado en el corazón; sentía lo que yo sentía; estábamos iguales. Y sin embargo, al propio tiempo que mi orgullo herido se complacía en aquella ruin venganza, mi corazón de enamorada se partía de dolor, de lástima y de remordimiento. Para ser asesino hay que no tener corazón, y el mío, aunque lleno de espinas, se me fué tras de Manuel. Apenas se fué, quedé sumida en el silencio, tan absorta y ensimismada, que Roberto se sorprendió y aun ofendió más de mi frialdad repentina que de mi inesperada amabilidad de antes. Había momentos en que las palabras de Josefina me parecían una horrible, una inicua calumnia, y me pasaban tentaciones de escribir á Manuel y pedirle una explicación que pusiese fin á mi tormento y me curase con el bálsamo de la reconciliación y la confianza. Pero luego los celos volvían á punzarme como ortigas y la rabia me daba energías y ferocidades de Medea. Yo esperaba al día siguiente carta de Manuel pidiéndome cuenta de mi conducta, para él sin duda inexplicable; pero fuera que el orgullo y el despecho le contuvieran y aconsejaran, ó que lo tomó con estoica resignación, ello es que ni me escribió ni procuró verme, cosa que, con esa lógica imbécil de los celos que lo ven todo al revés, interpreté como confirmación de las palabras de Josefina, como inequívoco signo de indiferencia hacia mí. Despechada, y como sintiéndome de nuevo ultrajada por aquel silencio que en realidad le imponía su propia dignidad, resolví consumar mi venganza y duplicar el castigo, aguzar el arma y hacer más punzante el latigazo. La ocasión se me venía pronta y á la mano.

Tres días después de esto que te cuento, el general marqués de Torrefiel, íntimo amigo y camarada de mi padre, daba un magnífico baile en su soberbio hotel de la fuente Castellana, y yo calculaba que Manuel, que era abogado de la casa, no faltaría, tanto más, cuanto que yo le suponía deseoso de tener una entrevista conmigo.

Llegó la noche del baile, y excuso decirte que, con la más

sana intención que puedes imaginar, eché como quien dice el resto, refiné todos los primores de mi tocado, estrené un vestido elegantísimo, me hice un peinado *à ravir*. ¡Perico, si me hubieras visto aquella noche!

—Te hubiera hecho la centésima declaración, y me hubiera llevado la milésima calabaza. ¡Me figuro cómo estarías!

Roberto estaba derretido y exaltado. El imaginaba que su plazo se cumplía, y mi plaza se rendía, y batía la brecha, preparaba el asalto, y contaba por seguro el triunfo, y esto le daba una expresión de alegría y soberbia de conquistador que embellecía su persona. Estaba arrogante mozo. ¡Qué poco sospechaba el papel de simple *marionette* que yo le hacía representar!

Era el rigor del invierno y el mes de Diciembre, que aquel año fué rigurosísimo. Parecía que aquella noche había desencadenado el furor de los elementos y había concentrado todos los primores de este delicioso clima madrileño. Era una de esas noches que llamamos noches de pulmonía. Nevaba copiosamente, y el viento homicida del Guadarrama arremolinaba los copos y los estrellaba contra los cristales, casi hechos granizo de puro helados.

Cuando entramos en el coche Josefina, Roberto y yo (pues mi padre no pudo ir por no sentirse bueno), sentí una angustia mortal, una especie de terror supersticioso, una sensación como de miedo, á la idea de verme cara á cara de Manuel; algo así como un remordimiento del que va á cometer un crimen. Qué sé yo lo que sentí. Tuve hasta intención de volverme á casa y fingirme mala; pero luego miraba á Josefina, y al pensar que en el fondo era mi rival y que si yo no iba coquetearían y me engañarían con más libertad, se disipaban mis temores y escrúpulos; y el maldito orgullo y los satánicos celos me endurecían el corazón y me daban, no sólo aliento y firmeza, sino hasta impaciencia de castigar cuanto antes la perfidia y la traición de Manuel.

Cuando llegamos al baile, ya un poco tarde, busqué á Ma-

nuel con mis ojos de lince, y cuando me convencí de que no estaba y me pasó la idea de que tal vez no fuera y mis planes caerían por tierra, me puse del humor que puedes imaginar. Para disimular mi secreta impaciencia y mi ansiedad nerviosa, coqueteé con todo el mundo y rompí mis votos de no bailar. En un momento tuve mi corte de aduladores y adoradores, entre los que Roberto se daba aires de triunfador sin separarse de mí un instante.

Serían cerca de las dos cuando me hallaba yo en el momento culminante de mis triunfos de mujer, ó mejor dicho, de coqueta. Un cronista de salón, muy gracioso y decidor, y que por su mala lengua firmaba sus escritos con el pseudónimo de *Scorpio*, había propuesto rifar entre mis galanteadores una flor que llevaba yo en mi prendido. Aquella flor debía ser adjudicada al que me echase la flor que fuese más de mi agrado. Era flor por flor, y excuso decirte que cada cual me echó la suya, formando el ramo más inodoro é incoloro imaginable, pues todas eran flores arrancadas del jardín de la banalidad que es el que surte á casi todos los salones. La flor había de consistir en un solo adjetivo ó nombre calificativo, y Roberto, con una oportunidad y un *á propos* de que él mismo no se daba cuenta, me llamó *puntillera*. Aquél calificativo acerbo, punzante como la puntilla cruel del cachetero, casi ofensivo, correspondía de tal modo á mis propósitos y al estado de mi ánimo, que arrancándome la flor la prendí en el ojal de su frac. En el momento en que lo verificaba, entre aplausos y protestas de los vencidos, volví por casualidad la cabeza, y me quedé helada al ver á Manuel apoyado sobre el mármol de una chimenea, con la cara más pálida que aquel mismo mármol. Me dirigió una mirada, no sé si de fuego ó de hielo, ello es que me sentí á punto de desfallecer, y toda mi sangre afluyó al corazón. Hubo de reflejarse en mi rostro y mi actitud mi emoción, pues Roberto volvió su cabeza y cruzó una mirada rápida, celosa, provocativa con Manuel, quien la sostuvo impasible, sin turbación ni amenaza, pero con una

firmeza más temible que todas las iras. Yo deseaba hablar con Manuel para insultarle y pedirle perdón, para decirle que le adoraba y que le aborrecía. Qué sé yo lo que pasaba por mí y los opuestos sentimientos que luchaban en mi corazón, según los azuzaba el orgullo ó los aplacaba el amor. Pero me era imposible hablarle, porque Roberto no se apartaba de mi lado y me asediaba con su galantería, su vigilancia y sus celos. Por más triturado que pudiera estar el corazón de Manuel, no podría estarlo más que el mío. Los dos llorábamos hacia dentro, con ese llanto sin lágrimas que es el más abrasador.

Para cortar la tirantez de la situación, para arrancarme del influjo acusador de la tranquila mirada de Manuel y apagar los rayos de la de Roberto, tomé su brazo y empezamos á circular por los salones. Con el rabo del ojo yo veía más que con diez pupilas de águila, y observé que Manuel nos seguía con disimulo y nos expiaba desde lejos. Al comprender que padecía como yo, experimenté dos sentimientos, uno de ángel compasivo y otro de demonio implacable. Ese placer de la venganza que llaman sabroso, me embriagaba y me abrasaba al mismo tiempo como ciertas bebidas espirituosas. Yo creo que hay momentos en que el corazón se vuelve de piedra. ¡Cómo, si no, podía yo atormentar á aquella seráfica, á aquella divina criatura?

Roberto, que estaba inquieto y sombrío al ver mi transformación, me pidió bailar el primer vals que tocasen. Hubiera rehusado, pues me faltaba el valor y la crueldad necesarias para remachar los clavos de mi venganza; pero mi negativa hubiera equivalido á azuzarle como un león contra Manuel, y á tanto no me atreví. Acepté con repugnancia y miedo, y seguí observando á Manuel, que también me observaba con disimulo.

Manuel se había enterado de la invitación al vals de Roberto, y aprovechando un momento en que yo me hallaba algo separada de él, hablando con una amiga mía, pasó con

rapidez junto á mí y en voz baja pero imperativa—me dijo:—«Si bailas con Roberto, mañana nos matamos.»—¡Pues mataos!—respondí, casi sin saber lo que decía. ¡Horrible contestación! El pobrecito no manejaba arma ninguna, pero su orgullo y su valor eran temerarios. Decirle «mataos», era decirle «que te mate». Cuando pienso que mi labio pudo pronunciar aquellas dos inicuas, monstruosas palabras, tengo horror, vergüenza de mí misma. Hay cosas que jamás se perdona uno, y aquella frase quema todavía mi lengua y me consume de remordimiento.

—Está bien—respondió Manuel, alejándose con una expresión sombría que me aterró, y en seguida, afectando una risueña serenidad, se acercó precisamente á Josefina que estaba cerca de mí y empezó á bromear con ella.

Sonaron por fin los preludios del vals, de ese vals antiguo y ya casi olvidado, que esta noche ha venido á quitarme la poca alegría que traje á este baile y á clavarme el puñal del más amargo, del más trágico de mis recuerdos. Roberto se acercó á mí, y nos dispusimos á bailar, aunque yo sentía que mis piernas flaqueaban y mi cabeza se trastornaba. En un momento en que Roberto quedó un poco atrás de mí, no sé con qué pretexto, vi que Manuel se le acercó y le dijo unas breves palabras al oído, á las que Roberto respondió con rapidez y ademán enérgico. Comprendí lo terrible de la situación. Manuel le había provocado; los dos eran caballeros, orgullosos y de una susceptibilidad extrema. Roberto tenía el brazo de hierro y Manuel la voluntad de acero. Era evidente que de mi vals pendía la vida de un hombre. Trémula y casi llorosa, le dije á Roberto:—No quiero bailar.—Si no bailas—me respondió Roberto con expresión feroz;—le abofeteo el rostro aquí mismo delante de todo el mundo.—No había modo de rehusar: me sometí; Roberto pasó su brazo alrededor de mi cintura, y nos dispusimos á lanzarnos al torbellino del baile. ¡Figúrate que baile! bailar con el corazón triturado, bailar con el hombre que acaso en breves horas iba á matar al ser que yo ido-

latraba. Aquello era para mí una verdadera danza de la muerte.

Cuando empezábamos á dar los pasos preparatorios para coger el compás, vi que Manuel, excitado por los celos y el despecho, con la mira quizá de vengarse de mí, usando mis propias armas y castigándome con la pena del talión, tomó á Josefina, es decir, á mi supuesta rival, del brazo y se dispuso á valsar también. ¡Bailar él! ¡él que nunca bailaba, ni por afición ni por su salud, que se lo vedaba! Aquello era inverosímil, inaudito, era una locura, era casi ridículo, sobre todo dada la situación trágica en que estábamos. Era más: una provocación, una afrenta, casi una bofetada en mi rostro. Debía estar loco. Ardí en celos; todas las iras del amor propio estallaron en mi corazón de hiena hidrófoba. Ya sólo pensé en torturar á Manuel y devolverle golpe por golpe y desdén por desdén. Me dejé estrechar con extremada intimidad por Roberto, y empezamos á valsar. Manuel hizo lo mismo con Josefina, y se lanzaron á bailar con un arrebato y un *entrain* inconcebibles en aquel frágil y agotado cuerpo. Era indudable que el corazón transmitía sus prestadas energías y sus latidos hirvientes de rabia al pulmón empobrecido.

El calor era sofocante; y yo, al ver á Manuel sufriendo, jadeante, casi sin respiración y tosiendo con el esfuerzo que aquel cerebro delirante imponía á aquel pecho impotente, temblaba de espanto. A pesar de mis iras, sentía intenciones de gritarle: detente, Manuel mío; ese vals va á costarte la vida. Hubiera querido desasirme de mi implacable pareja, correr hacia Manuel, detenerle, arrodillarme ante él, suplicarle, salvarle... qué sé yo lo que pasó por mi cabeza en aquellos angustiosos momentos. Pero desasirme de los brazos, de las garras celosas de Roberto, era casi imposible, pues yo ante todo deseaba evitar el escándalo y aplazaba para después interponer entre aquellos dos hombres mi voluntad, mis súplicas, mis lágrimas, mis mandatos, todas las energías de mi carácter firme, indomable y valeroso. Por grande que fuese mi

resentimiento, yo estaba decidida á ser un escudo de hierro para Manuel; pero su vals imprudente, frenético, era el mayor de los peligros, y yo no veía modo de detener aquella carrera que podía costarle la vida. Una vez que nos detuvimos cerca de él, le vi bañado en sudor, casi sin aliento y con la cara desencajada. ¡Dios mío! Y aquel vals no terminaba, y sus partes se repetían y sus notas parecían infinitas. Por fin cesó la música y con ella el suplicio de mi valsar. Roberto me condujo á mi asiento sin hablarme, y en seguida se dirigió en busca de un amigo suyo, militar, á quien llamó aparte. Comprendí que le elegía para testigo de su duelo, y temblé de espanto. ¿Qué hacer? Era preciso evitarlo á toda costa. Vi á Manuel jadeante y cadavérico cerca de una puerta del salón. Me dirigí hacia él resuelta, pasando por cima de mis celos y movida solo por el amor y la compasión; dispuesta á afrontar su enojo, sus reconvenciones, hasta sus insultos. Cuando llegué cerca de él, antes de que yo le dirigiese la palabra me dijo con una voz de irresistible mandato: «Sígueme.»

Le seguí callada, trémula, fascinada y llorosa, hasta que llegamos á una *serre* que había contigua á uno de los salones extremos de la casa. Manuel, sin hablar, sin siquiera volver la cabeza, se dirigió á uno de los ángulos, hasta llegar delante de una ventana que daba sobre el nevado jardín. Allí se detuvo, y volviéndose hacia mí con los ojos aterradores, desencajados, con la voz ahogada por el cansancio y la emoción y con la expresión de la más reconcentrada cólera: «¡Infame!» me dijo echándome las nerviosas y crispadas manos al cuello y apretando con tal violencia que en un momento creí morir estrangulada. Por fortuna aquel momento brutal, aquel verdadero relámpago de ferocidad y delirio, pasó pronto y al salvaje sucedió el caballero, mejor dicho, el ángel, porque Manuel era solo un ángel celoso á quien el soplo momentáneo de las bajezas humanas habían apagado por un instante la aureola de su divinidad.

—Perdona, Julia—dijo soltándome y con los ojos lagrimo-

sos y dulcificados por el arrepentimiento. Perdona si he manchado mis manos lastimándote y ofendiéndote. Estoy loco, ciego, moribundo. Estas serán mis últimas palabras; mi adiós eterno. Toda ha concluido entre nosotros.

Imposible sería, Perico, que yo te repitiera el terrible diálogo, la dramática escena de celos mutuos, reconvenciones, ironías, cargos abrumadores que nos lanzamos en la ceguedad de nuestros celos y nuestro amor; esas dos verdaderas cataratas de los ojos del alma que nos impiden ver la luz y la evidencia de las cosas más claras y nos vuelven verdaderos idiotas y malvados. Manuel estaba tan ofuscado que no escuchaba razones ni súplicas. Después de insistir en la necesidad de nuestro rompimiento y de desatarse en iracundas imprecaciones contra Roberto:

—Mañana nos mataremos, exclamó, apretando los puños y con una expresión feroz y absolutamente extraña á aquellos ojos siempre radiantes de bondad y de inteligencia.

—No, Manuel,—exclamé, rompiendo á llorar;—no os mataréis: te matará.

—¡Mejor! Que me mate, para que así te consuma el remordimiento de haberme hecho asesinar por ese matón afortunado, por tu amante...

—Manuel, Manuel mío, estás loco.

—Pero, no—exclamó con una sonrisa irónica—no me matará Roberto, tu Roberto. No se dará aires de triunfador matándome como á un niño, como á un cordero, con una estocada más vil que un navajazo á traición, y ofreciéndote después la mano de esposo, manchada con la sangre del pobre, del frágil, del tísico Manuel Montesa. ¡Oh, no! Eso jamás, Julia; para morir, me basto yo mismo: voy á hacerte libre para siempre.

Diciendo esto abrió con rapidez la ventana, presentando su pecho agitado, bañado en sudor, desabrigado, á la violencia del terrible viento glacial que penetró como un puñal invisible, lanzando sobre la blanca y humedecida pechera de su ca-

misa un remolino de copos de nieve. El puñal de un asesino, el trabuco de un bandido, el florete de Roberto, todo era menos temible, menos mortal que aquella bocanada de viento helado del Guadarrama cayendo sobre el pecho del loco Manuel, del suicida Manuel; pues, como comprenderás, aquello era un verdadero suicidio, sin necesidad de usar arma alguna que diese derecho á aplicarle ese infamante calificativo.

—¿Qué haces?—grité, arrojándome sobre Manuel, cogiéndole por la cintura y tirando de él con todas mis fuerzas, redobladas por el espanto y la excitación de mis nervios, para arrancarle de aquella ventana, más espantosa que un abismo. Pero él se aferró como con dos garfios de hierro, y empezó á absorber con afán, como quien bebe con deleite un veneno, aquel aire maldito, que á cada aspiración le metía á puñaladas la muerte en el pecho.

Poseído de una verdadera demencia de suicida, me decía: «Mírame; me mato y me matas. Moriré suicidado y asesinado al mismo tiempo. Mi mano me mata, pero tu perfidia la mueve.»

Ni mis esfuerzos desesperados ni mis lágrimas servían.—Tu ingratitud, siguió diciendo, abrió esta ventana; tu falsedad empuja este viento, y tu corazón de hielo se torna en esta nieve que ha de helar para siempre el mío.—Aterrada, y conociendo que había perdido la razón y que estaba luchando con un loco furioso, grité pidiendo socorro; pero con el ahogo de mi voz, la distancia y el ruido del baile, nadie la oyó ni acudió en mi auxilio.—Manuel, grité soltándole y cayendo de rodillas ante él, ahogada por los sollozos. Manuel de mi vida, si me amas todavía, sálvate, sálvame de la desesperación. Yo te adoro.—¡Falsa! gritó; y si me adoras, ¿por qué me asesinas á celos?—Porque ellos me matan á mí.—¿Celos tú? me dijo. ¿De quién? Habla, nómbrame la persona que los causa.—¡Josefina!—¡Josefina, Josefina! exclamó con expresión de gran extrañeza.—Sí, Manuel mío; ella me dijo que la amabas, que la habías hecho una declaración, y esta es la clave de mi conducta. Prometí callar, pero juré vengarme.—¡Ella!

¡Oh infamia de las infamias!, gritó Manuel, tirándose del pelo con ansiosa desesperación. ¡Oh traición inicua! ¡Oh pérfida mujer! Ella, ella es la que se ha vengado de mis desdenes matándonos á los dos. Ella, ella, sábelo Julia mía, me dijo que me amaba; y porque rechacé su amor y la acusé por su traición á ti, juró sin duda vengarse, y, como Yago, formó ese plan maquiavélico. Ella te dijo que yo la amaba, y á mí que amabas á Roberto. Los celos y el orgullo nos han cegado, y nuestros actos parecían confirmar sus palabras. ¡Oh ceguedad! ¡oh estupidez! ¡Julia, Julia, ídolo mío, perdóname! Y un indecible abrazo confundió nuestros cuerpos, nuestras almas, nuestras lágrimas y nuestro inmenso perdón. En aquel momento apareció Josefina, y, desasiéndonos, la miramos con tal expresión de ira, odio y amenaza, que, dando un grito de terror, huyó despavorida; comprendió lo ocurrido, y desde entonces jamás volvió á presentarse ante mi vista.

Ibamos á seguirla para cogerla, para aniquilarla, cuando Manuel se detuvo de pronto, palideció horriblemente, dió un grito comprimido, se llevó la mano al pecho con expresión de agudísimo dolor, y con su pañuelo empapado en lágrimas trató en vano de contener las verdaderas olas de un espantoso vómito de sangre.—Julia, dijo, con desmayada voz: estoy herido de muerte, la pulmonía fulminante me ha clavado el puñal. Con esta sangre se va mi vida. Perdona mis dudas, mis ofensas y mi crueldad. Que nadie sospeche que soy un suicida, ya que mi muerte toma la forma de un accidente natural é involuntario. Vaciló como si fuera á desplomarse, pero yo le sostuve en mis brazos que quedaron manchados con su sangre. En este espantoso momento en que trataba de sostenerle, y muerta de terror, ni sabía lo que me pasaba, ni qué hacer, ni á quién acudir, sentí una mano vigorosa que sostuvo y aun me arrancó el vacilante cuerpo de Manuel. Era Roberto, que, guiado sin duda por los celos me buscaba, sospechando el motivo de mi ausencia del salón ó acudía avisado por la pérfida Josefina. Manuel le miró con serena y dulce expresión; pero

no pudo hablar por faltarle el aliento. Roberto le ayudó á sentarse en una silla mecedora que había á poca distancia, y Manuel inclinó atrás la cabeza, cerró los ojos y perdió el sentido.

—Roberto—dije con suplicante é imperativa energía.—Si eres caballero, si tu honor está más alto que tus pasiones de hombre, si mi dolor y mis súplicas valen algo para ti, mira á este hombre como si fuese tu hermano, como si fuese mi esposo, y ayúdame á salvarle la vida.—Vaciló un instante.—¡Júramelo! insistí.—Te lo juro! respondió con un arranque de infinita nobleza.—Corre, le dije; trae un abrigo, y antes de que nadie se entere saquémosle de aquí y llevémosle á su casa. Roberto era un león, pero de león tenía los arranques en cuanto se apelaba á su honor. Lleno de generosidad voló, y en un instante volvió, trayendo su propio capote, en el que envolvió con fraternal interés el cuerpo yerto del pobre Manuel, quien vuelto en sí, apenas tuvo fuerza para darle las gracias más que con la profunda expresión de aquellos ojos tan elocuentes.

Entre los dos, y tratando, con la ayuda de un criado de confianza que había servido en mi casa, de sacarle sin que lo ocurrido se divulgase y turbase la alegría del baile, condujimos por una escalera falsa á Manuel, y los tres entramos en su berlina, que por fortuna le esperaba á la puerta, y á todo correr le llevamos á su casa que casualmente no estaba muy distante.

La nobleza de Roberto rayó en heroismo. Manuel no era ya para él el rival de sus amores, el antagonista de su duelo: era el hermano moribundo á quien prestaba sus más exquisitas atenciones y cariño. Le metió en la cama, y después, por encargo mío, fué á buscar á mi médico y á mi padre. Dí á mi padre,—le encargué—que aunque me mate, aquí le espero. Todo lo arrostro: su cólera, su castigo, tus celos, la opinión del mundo. Manuel se muere, á Manuel le miro como si fuera mi marido, y á su lado quedo cumpliendo mi deber. Suceda lo que quiera. Si mi padre es quien es, yo soy quien soy.

Roberto, dominado por mi energía, se sometió sin hacer la menor resistencia á mi mandato, y mientras corrió á cumplirle, yo quedé asistiendo á Manuel, acompañada de una semi parienta lejana de Manuel que con él vivía y un criado que le cuidaban y querían como á un hijo. Dos nuevos vómitos de sangre le hicieron casi perder el conocimiento, y la calentura empezó á invadir aquel cerebro y aquellas venas agotadas.

Puedes imaginar mi suplicio y ansiedades. La pulmonía crecía, crecía y le ahogaba, y yo me ahogaba de dolor y desesperación. Llegó por fin Roberto acompañado del médico y de mi padre. Entró primero el doctor y yo salí entonces á recibir á mi padre, llena de temor, pero al mismo tiempo valiente, con la firmeza que da en ocasiones supremas la conciencia de un deber y la resolución de arrostrar hasta la muerte. Fuera que Roberto hubiese aplacado los primeros terribles impulsos de mi padre, ó que éste, como hombre al fin conocedor de las pasiones, se diese cuenta de la mía y de lo excepcional de mi situación, ó que conociendo la firmeza de mi carácter temiese exasperarme, ello es que, contra lo que yo temía, mi padre me recibió con expresión de ansiedad más que de enojo. Caí en sus brazos anegada en lágrimas, y la cariñosa presión con que respondió á mi abrazo me probó que en aquel pecho de guerrero latía para mí un corazón henchido de perdón y de caballerosidad. Me acarició sin decirme una palabra, y se dirigió con paternal interés cerca de Manuel: le hizo algunas preguntas, y hasta trató de animarle con palabras de consuelo y confianza. Pero Manuel se moría, y así lo declaró sin vacilar el médico en cuanto le examinó y vió los estragos incurables de la enfermedad. Cuantos remedios se emplearon para salvarle fueron inútiles. Al convencerse de su sentencia de muerte, venciendo las resistencias mías y de Roberto, mi padre se decidió á notificarle la gravedad de su mal y la necesidad de recibir el auxilio espiritual de la confesión, pues, para su fe religiosa y su filosofía de militar, el morir no era nada pero el salvar el alma era lo más importante.

Nada humano le asustaba, pero al infierno le tenía un miedo atroz, y en esta cuestión se jactaba hasta de ser cobarde.

Contra lo que esperábamos, Manuel recibió la noticia con una serenidad y un valor increíble.—Sé que me muero—dijo—y la muerte no me espanta; hace tiempo que vive conmigo y hoy celebramos nuestras bodas. Ya que V., mi general, quiere que me confiese, me confesaré; pero mi confesión será en voz alta, para que todos Vds. sean mis confesores y me den su perdón y su absolución. Mi conciencia está tan limpia, que de nada me acusa ni por nada me remuerde. No tengo fe cristiana, pero por el amor al bien y á mi prójimo, mi vida fué la imitación de Cristo. Jamás falté al honor, al deber, ni á mi palabra. Huérfano y sólo en el mundo, el trabajo fué mi padre y la ciencia mi madre. Cuanto tengo me lo debo, y no dejo deudas ni enemigos. Amé en mi vida sólo á una mujer: la suerte, la enfermedad y una voluntad paterna, para mi respetable, me impidieron hacerla mía, pero muero adorándola. Julia es la esposa de mi alma, y si no la dejo mi nombre, la dejo mi corazón, que sólo latió por ella y por ella morirá. Tuve sólo un enemigo: sólo á un hombre odié y ofendí por un momento; pero él es grande y me perdona, y ese hombre es ahora mi hermano.

Y tendió su mano á Roberto, que sollozando la estrechó y besó con efusión diciendo:—Sí, hermano, yo te perdono como tú me perdonas.—Mi padre y yo cogimos y besamos casi con veneración aquellas manos benditas de santo y de mártir.

Manuel, haciendo un supremo esfuerzo y como concentrando el poco aliento y la poca razón que la fiebre, el dolor y el estertor ya iniciado le dejaban, dijo con solemnidad:—General, Roberto, amigos míos: en este instante os instituyo albaceas y testamentarios de mi última voluntad. Por mi testamento, que mi fiel secretario os entregará, dejo por heredera universal de cuanto poseo, á la que, si no por la ley, por mi voluntad y por la suya, considero como mi legítima esposa: á Julia Torrente. Antes de una hora estaré en el seno de la

nada. Ahora, esposa, padre, hermano, dadme vuestras manos, vuestro adiós y vuestro perdón.

¿A qué pintarte las lágrimas que vertimos, las ternuras de la despedida y las torturas y agonía de mi adorado Manuel? En nuestros brazos expiró, bañado en nuestro llanto y glorificado por nuestras bendiciones. Si hay ángeles, y los ángeles murieran, morirían con el valor, la calma, la resignación y santidad de Manuel. Expiró al amanecer: Roberto le amortajó como á hermano, y mi padre le lloró como á hijo, y yo le veneré como á mi verdadero esposo; coroné de flores su sepulcro y de espinas mi corazón.

Sí, Perico; yo soy en realidad la viuda de Manuel Montesa. Si hoy soy rica, es porque Manuel salvó mi fortuna del naufragio. De la considerable fortuna suya que me legó tan generosamente, soy sólo fiel administradora, y la dedico á ejercer con ella el bien, la caridad y la filantropía en nombre suyo. Su nombre lleva un asilo de huérfanos que he fundado; su nombre una escuela de niñas; su nombre un premio literario instituido. De todo esto te enteraré algún día, y verás que he sabido hacer del oro de aquel ángel lluvia de beneficios en vez de moneda de mis vanidades y ambiciones.

Roberto es hoy general, y aunque me adora, jamás me ofrecerá su mano ni pedirá la mía sabiendo que Manuel la posee desde su sepulcro, que para mí, y aun para Roberto, es un verdadero altar. Si yo hubiera sido una devota, hubiera entrado en un convento; pero la fe de Manuel es la mía y su filosofía dueña de mi conciencia me manda seguir en el mundo, no alzando solitarias oraciones, sino ejerciendo el bien y la fraternidad para con los desdichados y desvalidos. Cuanto bien haga es en su nombre y para gloria de su nombre; he publicado sus obras póstumas y sus poesías, joyas de un alma de poeta, un corazón de santo y una mente de sabio. Los hombres para mí no existen. Quien amó y fué amada por Manuel, debe amputarse el corazón.

Pero hay dos corazones: uno aquí á la izquierda, lleno de

adoración para Manuel, lleno de remordimiento inextinguible, clavado como un puñal, por haber con mis celos, mi orgullo y mi silencio, sido causa de su trágica muerte; otro aquí á la derecha para la amistad, los afectos vulgares y las pequeñeces de la vida. Entregada á la meditación, al estudio y á los viajes, que son mi mayor placer, algunas veces me dejo arrastrar al mundo, y esta noche aquí vine para acompañar y complacer á mi mejor amiga, á quien luego te presentaré. En medio de mí incurable tedio, tuve en este baile una alegría inesperada, la de hallarte como á un resucitado, mi buen Perico; pero, ya lo ves, ese vals vino á disipar esa alegría.

Ya sabes la historia de mi vida, ya sabes todo el poema de dolores, la sin igual tragedia sencilla en sus hechos pero original en su fondo, la novela romántica de mi último vals.

.....

—¡Julia, hermosa Julia, elocuentísima Julia: eres una mujer extraordinaria!

—Basta de adjetivos y piropos, Perico. Y ahora puedes cambiarme el nombre de Venus Uraña.

—¿Qué nombre puedo darte?

—Llámame... llámame...

Venus Lacrimosa.

José ALCALÁ GALIANO.

EN TORNO AL CASTICISMO

EL ESPÍRITU CASTELLANO

I

Casticísimo es en nuestras letras castizas el teatro, y en éste el de Calderón, porque si otros de nuestros dramaturgos le aventajaron en sendas cualidades, él es quien mejor encarna el espíritu local y transitorio de la España castellana castiza y de su eco prolongado por los siglos posteriores, más bien que la humanidad eterna de su casta; es un «símbolo de raza (1)». Da cuerpo á lo diferencial y exclusivo de su casta, á sus notas individuantes, por lo cual, á pesar de haber galvanizado su memoria tudescos rebuscadores de ejemplares típicos, es á quien «leemos con más fatiga» los *españoles* de hoy, mientras Cervantes vive eterna vida dentro y fuera de su pueblo.

Calderón, el símbolo de casta, fué á buscar carne para su pensamiento al teatro, en que se ha de presentar al mundo en

(1) Así le llama en sus conferencias acerca de «Calderón y su teatro» el Sr. Menéndez y Pelayo, añadiendo de él que es «poeta españolísimo», «nuestro poeta nacional por excelencia», el que «cifra, compendia y resume en sí todas las grandezas intelectuales y poéticas de nuestra edad de oro... la España antigua con toda la mezcla de luz y de sombra, de grandeza y de defectos».

compendio compacto y vivo, en sucesión de hechos significativos, vistos desde afuera, desvaneciéndose á último término, hasta perderse á las veces, el nimbo que los envuelve, el coro irrepresentable de las cosas (1).

Y de todos los teatros, el más rápido y teatral es el castellano, en que no pocas veces se corta, más bien que se desata, el nudo gordiano dramático. Lope, sobre todo, suele precipitar el desenlace, la *anagnórisis*.

Por toda la literatura castellana campea esa sucesión caleidoscópica, y donde más, en otra su casticísima manifestación, en los romances, donde pasan los hombres y los sucesos grabados al agua fuerte, sobre un fondo monótono, cual las precisas siluetas de los gañanes á la caída de la tarde, sobre el bruñido cielo. El didactismo á que propende esta misma literatura suele por su parte resolverse en rosario de sentencias graves, en sarta sin cuerda á las veces.

En el teatro calderoniano se revela de bulto esa suerte de ver los hechos en bruto y yuxtapuestos por de fuera. El argumento es casi siempre de una sencillez y pobreza grandes, los episodios pegadizos y que antes estorban que ayudan á la acción principal. No se combinan, como en Shakespeare, dos ó más acciones. Una intriga enredosa á las veces, pero superficial, caleidoscópica, y sobre todo enorme monotonía en caracteres, en recursos dramáticos, en todo (2).

Por ver los hombres en perfil duro no sabe crear caracteres; no hay en sus personajes el rico proceso psicológico interno de un Hamlet ó un Macbeth, es «psicología de primer grado, como las imágenes coloreadas de Alemania son pintura elemental», dice Amiel (*Journal intime,* 8 janvier 1863, juzgando de refilón de nuestro teatro.

---

(1) En la ópera es donde halla representación. Así es que el genuino teatro alemán es Wagner con el *leitmotiv* de melodía infinita que se desarrolla en sinfonía armónica é inarticulada.

(2) «Pecado capital de Calderón», llama el Sr. Menéndez á la monotonía.

«Todas las cosas están allí apuntadas y casi ninguna llevada á cabal desarrollo», lo que se atribuye á «condiciones del ingenio español (castellano)... la rapidez y la facilidad para comprender un carácter y lo incompleto de su desarrollo». (M. y P.) *¿Rapidez* para *comprender?* Es que pasan el hecho ó la idea recortados, sin quebrar su cáscara y derramar sus entrañas en el espíritu del que los recibe, sin entrar á él envueltos en su nimbo y en éste desarrollarse.

El desarrollo es la única comprensión verdadera y viva, la del contenido; todo lo demás se reduce á atrapar un pobre dermato-esqueleto encasillable en el tablero de las categorías lógicas. La idea *comprendida* se ejecuta sola, *sponte sua,* como en la mente shakespeariana. En la de Calderón se petrifica. Superar en ejecución lo es en verdadera comprensión, porque la ejecución revela la continuidad y vida íntimas de la idea.

Como las buriladas representaciones calderonianas no rompían su caparazón duro, fué el poeta, no viéndolas en su nimbo, á buscarles alma al reino de los conceptos obtenidos por vía de remoción excluyente, á un idealismo disociativo (1), y no al fondo del mar lleno de vida, sino á un cielo frío y pétreo.

Este espíritu castizo no llegó, á pesar de sus intentonas, á la entrañable armonía de lo ideal y lo real, á su identidad oculta, no consiguió soldar los conceptos anegándolos en sus nimbos, ni alcanzó la inmensa sinfonía del tiempo eterno y del infinito espacio de donde brota con trabajo, cual melodía en formación y lucha, el Ideal de nuestro propio Espíritu. Para él dos mundos, un caleidoscopio de hechos y un sistema de conceptos, y sobre ellos un Motor inmoble.

Espíritu este dualista y polarizador. Don Quijote y Sancho caminan juntos, se ayudan, riñen, se quieren, pero no se funden. Los extremos se tocan sin confundirse y se busca la virtud en un pobre justo *medio*, no en el *dentro* en donde está y debe

(1) Calderón es poeta idealista «porque ha excluido absolutamente de su teatro todos los lados prosaicos de la naturaleza humana.» (M. y P.) ¡Prosa de la *vida*, fondo inmenso de eterna poesía!

buscarse. Sáltase de los hechos tomados en bruto y sin nimbo á conceptos categóricos. Cuando Quevedo no nos cuenta al buscón D. Pablos comenta á Marco Bruto, y el grave Hurtado de Mendoza narra las picardías del lazarillo del Tormes.

Calderón nos presenta la realidad «con sus contrastes de luz y de sombra, de alegrías y de tristezas», sin derretir tales contrastes en la penumbra del nimbo de la vida, «*mezcla* lo trágico y lo cómico», sí, los mezcla, no los combina químicamente. Y así «en nuestro teatro más que idealismo hay convencionalismo, y más que realismo la realidad histórica de un tiempo dado» y «cierta ligereza y superficialidad», la de no pasar de la superficie.

Genuinamente castizos son nuestros dramas teológicos y autos sacramentales, con sus personajes sin vida; la Fe, la Esperanza, el Aire, el Fuego, el Agua, la Encarnación, la Trinidad, no seres vivos, sino

> tumba de huesos, cubierta
> con un paño de brocado.

En su idealismo se pone lo grande de Calderón, su «genio sintético y comprensivo», viendo en él grandeza de concepción y una alteza tal de ideas teológicas, intelectuales y filosóficas, que resultaba mezquina toda forma para encerrarlas, «alteza de la idea inicial de sus obras». Mas como aun así no pueda proponérsele cual modelo de belleza, ni supo hallar «lo que es universal y eterno del corazón humano», se nos dice que «no bastan por sí solas las grandes ideas para hacer con ellas grandes dramas».

Las grandes ideas categóricas y abstractas, no.

Distinguen al ingenio castellano «grandeza inicial y lucidez pasmosa para sorprender las ideas; poca calma, poca atención para desarrollarlas». (M. y P.) ¡Es claro!, como las *sorprende*, se le escapan sin entrar en él é imponerse á su atención, para desarrollar por sí, en virtud propia, su contenido.

La «intuición rápida» de «proceder como por adivinación y relámpagos», es falta de comprensión viva, genética; los relámpagos deslumbran, no alumbran.

¡Genio *sintético* y *comprensivo* el que ni vislumbró la unidad de los dos mundos! ¡*Armonismo* un mero *enlace* de ellos, en que se ve la pegadura! ¡Pobres altísimas concepciones, muertas de desnudez, sin carne en que abrigarse! La mera ocurrencia de sacar á tablas conceptos abstractos delata toda la flaqueza de este ingenio, como lo empedernido de su idealismo el encontrarse resuelto (!!!) en sus obras «el enigma de la vida humana... sin luchas, sin vacilaciones, sin antinomias, sin dudas siquiera».

No es de extrañar que se sobreponga el idealismo de Calderón al de Shakespeare, y aun que no se le vea bien en éste. El inglés pone en escena á que desarrollen su alma hombres, hombres, *ideas* vivas, tan *profundas* cuanto *altas* las más elevadas del castellano. El rey Lear, Hamlet, Otelo, son ideas más ricas de contenido íntimo que cualquiera de los conceptos encasillables de Calderón. ¡Un hombre!, un hombre es la más rica idea, llena de nimbos y de penumbras y de fecundos misterios.

Calderón se esforzaba por revestir huesos de carne y sacaba momias, mientras que en el proceso vivo brota el organismo todo de un óvulo fecundado, surge del protoplasma del nimbo orgánico, dibujándose un dentro y un fuera, un endodermo y un ectodermo, y formándose poco á poco en su interior, del tejido conjuntivo endurecido por sales calcáreas del ambiente, el esbozo de los huesos, que son lo último que queda y persiste cuando el ser ha muerto, delatando la forma viva perdida para siempre. Huesos encerrados en lo vivo por carne palpitante, huesos que admiran los osteólogos y paleontólogos en los dramas sarmentosos de Calderón, y que en Shakespeare están vivos, con tuétano caliente; pero sustentando, ocultos por la carne, la fábrica viva toda de que surgieron, inconcientes á su autor. Para el inglés los óvulos eran cuentos, novelas, anécdo-

tas, *sucesos vivos;* en nuestro teatro abundan como tales lugares teológicos ó de parecida laya (1).

Por sumirse en el fondo eterno y universal de la humanidad, que es la más honda y fecunda idea, donde se confunden los dos mundos, por cuyo ministerio brota el ideal de la realidad, de la naturaleza el arte, Shakespeare, sabiendo de pobre historia paleontológica tan poco ó menos que Calderón, más letrado que él, penetra en el alma de la antigüedad romana por la estrecha puerta de una mala traducción de Plutarco y resucita en su *Julio César* la vida del foro resonante, mientras Calderón, atado á la *historia* de su tiempo y de su suelo, apenas se despega de lo transitorio y local. Penetra Shakespeare en la intra-historia romana y en la del alma con *Hamlet*, encarnación de humanidad tan profunda como el alegórico Segismundo, más viva. Y por ser más profundas sus concepciones vivas, informulables, es por lo que alcanza la «verdad humana, absoluta, hermosa» y la «expresión *única*».

Hay en nuestro castizo teatro disociación entre el idealismo y el realismo y en punto á éste los graciosos, que representan el fallo de la razón imparcial y sobria del común sentido (2). El gracioso, impertinente á menudo, «de un modo realista y prosaico, *no exento de vulgaridad y aun de grosería,* vuelve siempre por los fueros del sentido común». No exento de vulgaridad y aun de grosería nuestro Sancho, es cierto, pero Sancho bueno, Sancho discreto, Sancho cristiano, Sancho sincero. *¡Impertinente!,* esto es, disociado, que no casa bien con el idealismo de su Quijote.

Este espíritu disociativo, dualista, polarizador, se revela en la expresión, en el vano lujo de colores y palabras, en el énfa-

(1) «Vaya el que fuere curioso á Belarmino», dice Tirso al acabar su hermoso drama *El condenado por desconfiado.*

(2) Véase A. F. Schack *Historia de la literatura y el arte dramático en España,* segundo período, parte primera, cap. XI (páginas 450 y 459 del tomo II, de la traducción de D. Eduardo de Mier). El Sr. Menéndez compara el gracioso al coro de la tragedia clásica.

sis, en la «inundación de mala y turbia retórica», en la manera hinchada de hipérboles, discreteos, sutilezas y metaforismo apoplético. Nuestros vicios castizos, desde Lucano y Séneca acá, el culteranismo y el conceptismo, brotan del mismo manantial. Dícese que el culteranismo y la hipérbole arrancan de brillantez de imaginación, el conceptismo de agudeza de ingenio.

¡Socorrido recurso el de la brillante ó fogosa imaginación española! Aquí entran en cuenta el sol y otros ingredientes. Y en realidad, sin embargo, imaginación seca, reproductiva más que creadora, más bien que imaginación fantasía, empleando tecnicismo escolástico. O los hechos tomados en bruto, en entero y barajados de un modo ó de otro, no desmenuzados para recombinarlos en formas no reales, ó bien conceptos abstractos. Nuestro ingenio castizo es empírico ó intelectivo más que imaginativo, traza enredos entre sucesos perfectamente verosímiles; no nacieron aquí los mundos difuminados en niebla, los mundos de hadas, gnomos, silfos, ninfas y maravillas. Pueblo fanático, pero no supersticioso, y poco propenso á mitologías, al que cuadra mejor el monoteísmo semítico que el politeísmo ariano. Todo es en él claro, recortado, anti-nebuloso: sus obras de ficción muy llenas de *historia*, hijas de los sentidos y de la memoria, ó llenas de didactismo, hijas de la intelectiva. Sus romances por epopeyas y por baladas, y el *Quijote* por el *Orlando*.

La imaginación se apacienta en los nimbos de los hechos, nimbos que el castizo espíritu castellano repele, saltando de los sentidos á la inteligencia abstractiva. Y al tomar en bruto los hechos para realizarlos, acude al desenfreno del color externo, de lo distintivo en ellos, así como cae por otra parte en el conceptismo de los universales faltos de nimbo; sensitivismo é intelectualismo, disociación siempre.

Cuando se alcanza mal á repartir en un cuadro los matices y medias tintas de tal suerte que en la unidad del conjunto aparezcan los objetos encajados, subordinados al todo, se cae

en el desenfreno del colorismo chillón y de mosaico, de brillos metálicos, corriendo tras el enorme despropósito de que las figuras *se salgan del cuadro,* que vale tanto como desquiciarlas de su puesto y disociarlas de la realidad, acudiendo para ello á procederes de efecto escenográfico, más que sean pintar en el marco la pezuña de un caballo ó cualquier otro desatino tan desaforado. El ver las cosas destacarse á cuchillo es no percibir que es su forma en parte la del molde que les da el fondo, y así, por no dibujar tanto hacia afuera como hacia dentro, se busca la línea *continente* por serie de rectificaciones que engendran perfil confuso é incierto, *desdibujada* resultante de tanteos.

La poca capacidad de expresar el matiz en la unidad del nimbo ambiente lleva al desenfreno colorista y al gongorismo caleidoscópico, epilepsia de imaginación que revela pobreza real de ésta; la dificultad en ver la idea surgiendo de su nimbo y dentro de él, arrastra á la escenografía intelectualista del conceptismo; y la falta de tino para dibujar las cosas con mano segura á la par que suave, en su sitio, brotando del fondo á que se subordinan, conduce á las tranquillas oratorias de acumular sinónimos y frases simétricas, desdibujando las ideas con rectificaciones, paráfrasis y corolarios. Y de todo ello resulta un estilo de enorme uniformidad y monotonía en su ampulosa amplitud de estepa, de gravedad sin gracia, de períodos macizos como bloques, ó ya seco, duro y recortado. Y en este estilo dos retóricas, la de la oratoria y la de la dialéctica, metaforismo de oradores, ergotismo de teólogos y leguleyescas citas.

El elemento *intelectivo* es lo que «ahoga y mata la expresión natural y sencilla», sofocada al peso de categorías; la expresión *única* brota de la idealidad de lo real concreto.

II

Es grande Segismundo, precursor del Quijote, y hay eterna grandeza en Pedro Crespo y aun en Don Lope de Almeida, porque todos ellos, y con ellos su creador, eran algo más que mentes nacidas para comprender el mundo. Eran voluntades con los vicios y la bondad íntima de la energía que desborda. La inteligencia misma es forma de voluntad.

Todo espíritu que pase por enérgica abstracción desde recortadas sensaciones á conceptos categóricos, sofocando el nimbo de las representaciones, ó es juguete de los *motivos* del ambiente, ó reacciona sobre ellos con voluntariedad de arranque en resoluciones bruscas y tenaces, ó ya esclavo ó ya tirano de lo que le rodea. Los personajes de nuestro teatro y aun los de nuestra historia se forman más de fuera á dentro que á la inversa, más por cristalización que por despliegue orgánico, produciéndose *ex abrupto* no raras veces. En Lope los hay que cambian de repente, sobre todo al final de sus comedias, sin causa justificada. «Los sentimientos más opuestos brotan en su pecho, sin ofrecer las *gradaciones* que entre nosotros», dice de los españoles el alemán Schack. Cuando no son de una pieza, se mueven guerra dividiéndose en dos ó ya son sistema de contradicciones como el egoísta generoso, el Don Domingo de Don Blas, de Alarcón.

Obedecen nuestros héroes castizos á la ley externa, tanto más opresiva cuanto menos intimada en ellos, abundando en conflictos entre dos deberes, entre dos imperativos categóricos sin nimbo en que concordarse. A la presión exterior oponen, cual tensión interna, una voluntad muy desnuda, que es

lo que Schopenhauer gustaba en los castellanos, por él tan citados y alabados. Acá vino también Merimée á buscar impresiones fuertes y caracteres *simples,* bravíos y enteros.

A la disociación mental entre el mundo de los sentidos y el de la inteligencia corresponde una dualidad de resoluciones bruscas y tenaces y de indolente matar el tiempo, dualidad que engendra, al reflejarse en la mente, fatalismo y librearbitrismo, creencias gemelas y que se completan, nunca la doctrina del determinismo de la espontaneidad. Se resignan á la ley ó la rechazan, la sufren ó la combaten, no identifican su querer con ella. Si vencidos, fatalistas; librearbitristas cuando vencedores. La doctrina es la teoría de la propia conducta, no su guía.

En las disputas teológicas que provocaron el calvinismo primero, y el jansenismo más tarde, teólogos españoles fueron los principales heraldos del libre albedrío. ¡Frases vigorosas el «no me da la real gana» y el «no importa»! Y aún las hay más enérgicas y castizas, que vienen como anillo al dedo á la doctrina schopenhaueriana de que la voluntad es lo genérico, así como la inteligencia lo individuante en el hombre, que el foco, *Brennpunkt,* de aquella son los órganos genitales. Todo español sabe de dónde le salen las voliciones enérgicas.

«Y teniendo yo más alma, ¿tengo menos libertad?»

grita Segismundo. Tener más alma es tener más voluntad entera, más masa de acción, más intensa; no mayor inteligencia ni más complejo espíritu.

Y junto á esta voluntariedad simplicista de esta enérgica casta de conquistadores, fe en la suerte : *Da ventura á tu hijo y échalo en el mar.* Fe en la estrella, buena si se triunfa, si se sucumbe mala. Es el vislumbre de sentirse arrebatado de algo íntimo, más hondo que la conciencia.

La monotonía de caracteres del castizo teatro castellano paréceme ser reflejo de un rasgo real. Caracteres los de esta

casta, de individualidad bien perfilada y de complejidad escasa, más bien *unos* que *armónicos*, formados los individuos por presión exterior en masa pétrea, personas que se plantan frente al mundo, y le arman batalla sin huir del peligro, que en la ocasión se moverán guerra á sí mismos sin destruirse, y que si se dejan morir es matando, como Sansón con todos los filisteos (1).

Eran almas estas tenaces é incambiables, castillos interiores de diamante de una pieza, duro y cortante. Genio y figura hasta la sepultura; lo que entra con el capillo sale con la mortaja; lo que en la leche se mama, en la mortaja se derrama.

Al plantarse en sociedad cada una de estas almas frente á las otras, produjose un verdadero anarquismo igualitario, y á la par anhelo por dar á la comunidad la firme unidad de cada miembro, un verdadero anarquismo absolutista, un mundo de átomos indivisibles é impenetrables en lucha dentro de una férrea caja, lucha de presión externa con interna tensión.

Fué una sociedad guerrera (2), y en la guerra misma algo de anárquico, *guerrillas* y *partidarios*.

En tales sociedades y con tales individuos prolóngase un sentido de justicia primitivo, vengándose *devengan* sus derechos. En Pedro Crespo se une á la justicia la venganza y tenemos un rey á quien llaman unos el Cruel y el Justiciero otros. Entre nosotros buscaba Schopenhauer ejemplos del anhelo de llevar «al dominio de la experiencia la justicia eterna, la indi-

(1) Alabando Hernando de Pulgar en *Los Claros varones de España* al almirante D. Fadrique, porque «ninguna fuerça de la fortuna abaxó la fuerça de su coraçon», añade: «Loan los historiadores romanos por varón de gran ánimo á Caton, porque se mató no pudiendo con paciencia suffrir la victoria de César su enemigo. Yo no sé por cierto qué mayor crueldad le hiciera el César de la que él se hizo... Y adornan su muerte diziendo que murió por aver libertad. Y ciertamente *no puedo entender qué libertad pueda aver para sí ni para dar á otro el hombre muerto.*» Esto último es castizo y de oro puro.

(2) Ya Tucídides decía (VI, 90) que los iberos eran tenidos comúnmente por los más belicosos de los bárbaros, y Trogo Pompeyo que si les falta guerra fuera, se la buscan dentro.

viduación» dedicando á las veces toda una vida á vengar un entuerto, y con previsión del patíbulo (1).

Pasamos, según Rasch (*Die heutige Spanien*), en Alemania, ¡prepárese el lector!... á la vez que por ganosos de fama, codiciosos é indolentes, *ruhmsüchtig, golddürstig, faul,* por crueles y sanguinarios, *grausam, blutdürstig.* Cuando los extranjeros nos quieren mal y tratan de traer á cuenta nuestras flaquezas, no olvidan al inhumano duque de Alba, á su Juan de Vargas y su Consejo de sangre, los autos de fe y los quemaderos, y los desenfrenos todos de nuestro *odium theologicum.* Es dureza de combatiente.

El valor, valor de toro. «¡Ve á vencer!»—dice arrogantemente el rey á Rodrigo de Vivar en *Las Mocedades del Cid* —y en éstas, al morir Rodrigo Arias, repite á su padre: «Padre ¿he vencido, he vencido?... yo muero, padre, ¿he vencido?»

En la vida de lucha conviene además juntar al esfuerzo astucia, aquella arma del fuerte y ésta del débil. «Apenas había término medio entre el caballero y el pícaro»—dice el Sr. Menéndez.—Confundíanse uno en otro; en horas de *insolación* asoma bajo el aristócrata el chulo.

Esta voluntad se abandona indolentemente al curso de las cosas si no logra domarlo á viva fuerza, no penetra en él ni se apropia su ley; violencia ó abandono más menos sostenidos. Es poco capaz de ir adaptándose lo que le rodea por infitesimales acciones y pacienzudos tanteos, compenetrándose en las pequeñeces de la realidad, por *trabajo* verdadero. O se entrega á la rutina de la obligación, ó trata de desquiciar las cosas, padece trabajos por no trabajar.

Es proverbial nuestro castizo horror al trabajo, nuestra

(1) Véase el cap. LXIV del libro IV de *El Mundo como voluntad y representación*, donde cita el caso de aquel boticario (á quien hace obispo) que en la francesada envenenó á varios oficiales (generales los hace) convidándoles á su mesa, *y envenenándose él con ellos.* Aquí estriba lo heroico para Schopenhauer. Remite para más ejemplos al cap. XII del libro II de Montaigne.

holgazanería y nuestra vieja idea de que «ninguna cosa baja tanto al hombre como ganar de comer en oficio mecánico», proverbial la miseria que se siguió á nuestra edad del oro, proverbiales nuestros pordioseros y mendigos y nuestros holgazanes que se echan á tomar el sol y se pasaban con la sopa de nuestros conventos.

El que se hizo hidalgo peleando moriría antes que deshonrar sus manos (1).

En ninguna parte arraigó mejor ni por más tiempo lo de de creer que el oro es la riqueza, que aquí, donde Ustáriz extremó el mercantilismo. Los pobres indios preguntaban á los aventureros de *El Dorado* por qué no sembraban y cogían, y en vano propusieron los prudentes se enviaran á las Indias labradores. Francisco Pizarro, en el momento de ir á pasar su Rubicón, traza con la espada una gran raya en tierra y dice: «por aquí se va al Perú á ser ricos; por acá se va á Panamá á ser pobres; escoja *el que sea buen castellano* lo que más bien le estuviere.»

Y más tarde, solemne escena en Caxamalca, cuando, previa invocación al auxilio divino, se reparte con gravedad el precio del desgraciado Atahualpa, aquel reposado inca, último testigo de una civilización borrada para siempre por los *conquistadores* de aquel «infierno del Perú, que con multitud de quintales de oro ha emprobrecido y destruido á España»—decía Las Casas. Poco después el leal duque de Alba, sirviendo á su Dios y á su Rey no olvidaba el botín (2).

(1) «Ser bien nacido y de claro linaje es una joya muy estimada, pero tiene una falta muy grande, que sola por sí es de muy poco provecho, así para el noble como para los demás que tienen necesidad. Porque ni es buena para comer, ni beber, ni vestir, ni calzar, ni para dar ni fiar; antes *hace vivir al hombre muriendo, privado de los remedios que hay para cumplir sus necesidades;* pero junta con la riqueza no hay punto de honra que se le iguale. Algunos suelen comparar la nobleza al cero de la cuenta guarisma, el cual solo por sí no vale nada, pero junto con otro número le hace subir mucho.»

Dice el doctor Juan Huarte en el cap. XVI de su *Examen de ingenios.*

(2) «Acabando este castigo comenzaré á prender algunos particulares

¡El botín!, tal era la preocupación del legendario Cid (1), y el mismo Sancho, el pacífico, el discreto, el buen Sancho, el codicioso de la ínsula, apenas vió en el suelo al fraile de San Benito «apeándose ligeramente de su asno arremetió á él, y le comenzó á quitar los hábitos..., que aquello le tocaba á él

---

de los más culpados y más ricos para moverlos á que vengan á composición.» «De estos tales se saque todo el golpe de dinero que sea posible.» Así escribía á su amo y señor desde los Países Bajos el duque. (Documentos inéditos, tomo IV, pág. 489).

(1) Del que no ha recibido aún el barniz de los romances, del viejo, el del Poema. El cual se sale de casa porque el rey le airó por haber «priso» grandes y soberanos haberes reteniendo de ellos «quanto que fué algo» (110-114), mas se consuela porque

Hya, caballeros, dezir vos he la verdad
Qui en un logar mora siempre, lo so puede menguar
(v. 947 y 948).
Si con moros non lidiaremos, no nos darán del pan
(673),

y se va á tierra de moros á meterse en «arrancadas provechosas» (v. 1233) para ganarse «averes» y «marcos de plata» y hacer «duenas ricas» á sus hijas y mujer. ¡Y que nos costaba poco! Suban, suban ellas al alcázar de Valencia, á contemplar la heredad que les ha ganado Rodrigo, y véanle lidiar que

«afarto verán por los ojos commo se gana el pan» (v. 1642).

Corran por Aragón y Navarra pregones; el que en buen hora nació llama á quien quiera llegar á rico saliendo de cuitas «perder cueta e venir á rritad» (1689).

Y así, «al sabor de la ganancia», se le «acojen yentes de la buena christiandad». Mas teme que una vez tomada Valencia y ellos «abondados en rritad» se le vayan con los haberes y manda quitárselos al que le cojan desertor, y al palo con él (v. 1245-1255). ¿Qué remedio? ¡Hay que vivir, buen D. Ramón, conde de Barcelona! ¡No te aflijas tanto, ni dejes de comer, ve libre!, pero sin los haberes que perdiste en lid porque

«prendiendo de vos e de otros, ir nos hemos pagando» (1406).

Prendiendo á fuerza ó estafando á judíos con astucia de pícaro.

Véanse además los versos 510 y siguientes, 795 á 807, 1040 á 1048, 1149, 1245, 1266 á 1269, 1334 y sigs., 1736 y sigs., 1775 y sigs., 2315, 2430, 2466, 2493 y sigs. de la edición Vollmöller.

En las canciones de gesta francesas no domina tanto el *eschec*, el botín.

legítimamente como despojos de la batalla que su señor Don Quijote había ganado».

El pobre con aspiraciones que no se aviene á enterrarse cogido á la mancera en la masa intrahistórica de los silenciosos, los intracastizos, ni á vivir como el licenciado Cabra «clérigo cerbatana, archi-pobre y proto-miseria» para quien la penuria era salud é ingenio, ó dice con el soldado de *Los Amantes de Teruel* de Tirso:

> Bien haya, amén, quien inventó la guerra
> Que *de una vez* un hombre queda rico
> Aunque en mil años haya visto blanca;

ó se gana *honradamente* la vida con la industria de sus manos..., que «hijo, esto de ser ladrón no es arte mecánica sino liberal», y «quien no hurta en el mundo no vive»—decía su padre al buscón D. Pablos, espejo de vagabundos.

Y aun sin llegar á tal, vívase al día, con un mañana que nunca llega por delante, á ver si cae maná. Todos los años aplaudimos al castizo héroe *conquistador* del «¡tan largo me lo fiáis!» y todos se aguarda por todos con ansia el día del nacimiento del Redentor, en esperanza del *gordo*.

El nacer pobre es delito.

Y así vive el hidalgüelo mayorazgo á cubierto del trabajo, en resignada indolencia y medida parsimonia. Mas si es segundón y ha de asegurarse el pan ¡á probar fortuna! á buscárselas, ó al convento (1).

Con frecuencia tras una vida de aventuras *se tomaba iglesia*.

¡Pan y toros, y mañana será otro día! Cuando hay, saquemos tripa de mal año, luego... ¡no importa!

---

(1) Llegó á componerse de frailes y monjas la tercera parte de la población de España, y en tiempo de Felipe III, á principios del siglo XVII, salían de España, según el licenciado Pedro Fernández de Navarrete, al año 40.000 personas «aptas para todos los ministerios de mar y tierra».

Tal el alma castiza, belicosa é indolente, pasando del arranque á la impasibilidad, sin diluir una en otro para entrar en el heroísmo sostenido y oscuro, difuso y lento, del verdadero trabajo.

Y anejo á todo esto las *virtudes* que engendra la lucha, la generosidad de la guapeza, el rumbo de José María, amigo de sus amigos, limosnero del pobre con dinero ajeno. A bote de lanza, anárquicamente, enderezaba entuertos Don Quijote.

La misma caridad es de origen militar. Lo que decía M. Montegut (*Revue des Deux Mondes*, 1.° Marzo, 1864), hablando de nuestros místicos, de que no conocen la caridad sino de nombre, siendo para ellos virtud más bien teológica que teologal, es aserto que admite explicación. Porque hay una caridad que por compasión fisiológica, por representación simpática, nace de las entrañas del que sufre viendo sufrir, y otra más intelectiva y categórica, que brota de la indignación que produce el ver sufrir á unos mientras otros gozan; hija de ternura aquélla, de rectitud ésta. Unas veces brota el sentimiento de justicia del de caridad y otras éste de aquél.

Cuando en *Las Mocedades del Cid* encuentra éste al gafo se pregunta «¿qué me debe Dios más que á ti?» y, considerando que le plugo repartir lo suyo desigualmente en los dos, no teniendo él, Rodrigo, más virtud, sino siendo tan de carne y hueso, concluye en que

> Con igualdad nos podía
> tratar; y así *es justo* darte
> de lo que quitó en tu parte
> para añadir en la mía.

Y por sentido de justicia, más que por ternura, y no poco acaso por hazaña, come en el mismo plato con el gafo. Caridad típica también la de aquel arrebatado y agresivo P. Las Casas, que vuelto en sí al leer un día de Pascua el capítulo 34

del Eclesiástico, se dedica á protector de los indios y más aún á violento fiscal de sus compatriotas. Y con él su orden, la que con más brío predicaba en Europa cruzadas contra los herejes, amparaba y defendía en América á los pobrecitos indios, vírgenes de herejía. Caridad de ir á salvar almas desatándolas de sus cuerpos; *quien bien te quiere te hará llorar*. Caridad de espada y de igualdad. La misma caridad tierna y compasiva de Francisco de Asís se trueca en ardiente y belicoso ordenancismo en el español (portugués) Antonio de Padua.

«¡Una limosnita *por amor de Dios!*» piden los mendigos; se les contesta «perdone, hermano»; y ellos, si se les da, «*Dios* se lo pague.»

Toda ella es caridad austera y sobria, no *simpatía*. A otra cosa se llama *sensiblería* aquí.

III

Este hombre formó familia y sociedad civil. Formaba familia, *dentro* de la cual guardaba á su mujer. Las de Tirso superan al hombre en decisión y malicia, y en el museo de Lope hallamos esgrimiendo la espada á *La Varona castellana*, defendiendo con puñal su honra *La Moza de cántaro*, y junto á ellas, entre otras, *La Villana de Getafe* y *La Serrana del Tormes*.

Entre esta mujer y su hombre los amores son *naturales*, con pocos intrincamientos eróticos. Nuestra castiza lírica amorosa será sutil, mas poco efusiva, y raros en nuestra literatura los acentos de pasión de amor absorbente y puro de otro sentimiento.

No es el amor ardiente y atormentado de Abelardo, ni el refinado de los trovadores provenzales, pues si bien entró en

Castilla la casuística erótica de éstos por los trovadores gallegos, catalanes y valencianos, no fué castiza y de genuina cepa. Ni el gallego Macías el Enamorado ni el valenciano Ausías March son almas castellanas.

Los Amantes de Teruel, de Tirso, son sobrios en ternezas y blanduras, si bien se mueren de amor, con muerte fulminante y repentina. La Jimena de *Las Mocedades del Cid* expresa sentimiento tan poco erótico y femenino, como es el de estimar más el ver estimar su amor que su hermosura, tomándolo por pundonor. Y esta misma Jimena admira en aquel Rodrigo que le corteja, salpicándole el brial con la sangre de sus palomicas, que luce en él gallardamente, entre lo hermoso, lo fiero. El hombre y el oso, cuanto más feo más hermoso. Y aun cuanto más bruto, pues Celia, en *El condenado por desconfiado*, quería á Enrico que la saqueaba y maltrataba *por valiente*, como se rinde á su chulo la barbiana de rompe y rasga.

En esto del amor aparece también el espíritu disociativo, porque es, ó grosero, más que sensual, ó austero y de deber más que sentimental, ó la pasajera satisfacción del apetito ó el débito del hogar.

> Y en tratando casamiento
> verás que mi amor le agrada,
> que este es el último intento
> de toda mujer casada.

Y una vez casada, niega Isabel de Segura un simple abrazo á Diego de Marsilla.

> «Ya es mi esposo, Marsilla, Don Gonzalo
> perdóname si el gusto que me pides
> no te lo puedo dar *como quisiera*,
> que no le he de ofender por ningún modo.»

Doña Blanca, la mujer de «García del Castañar» cree que

> «.....bien ó mal nacido,
> el más indigno marido
> excede al mejor galán.»

No es castiza en España la casuística del adulterio, ni se ha elevado á institución á la *amiga*. Fuera del matrimonio, los amores son de gallo, de Tenorio, no de Werther.

El realismo castellano es más sensitivo que sensual, sin refinamientos imaginativos y con fondo casto. Huele á bodegón más que á lenocinio, y cuando cae en extremo, más tira, aun en la obscenidad, á lo grosero que á lo libidinoso. Sirvan de ejemplo típico la novatada del buscón Don Pablos, la *aventura* del bálsamo de Fierabrás y la de los batanes. La misma Celestina *escolastiza* el amor (1) cuando no cae en lo brutal.

No son castizos el sentimentalismo obsceno, ni los aderezos artificiosos del onanismo imaginativo del *amor* baboso. No sale de esta casta un marqués de Sade, que en su vejez *venerable* suelta con voz dulce una *ordure* «*avec une admirable politesse*» (2). Nuestras mozas de partido no son de la casta de las Manon Lescaut y Margarita Gautier, rosas de estercolero.

Los celos en el teatro calderoniano son de honor ofendido, y los celosos matan sin besar como Otelo, sin amor, por conclusión de silogismos y en frío, y á las veces por meras sospechas, y aun sabiendo inocente á la mujer «sólo por razón de estado» como «el labrador más honrado,» García del Castañar:

> «A muerte te ha condenado mi honor, cuando no mis celos,
> porque á costa de tu vida de una infamia me preservo.»

---

(1) «El que verdaderamente ama es necesario que se turbe con la dulzura del soberano deleite que por el Hacedor de las cosas fué puesto porque el linaje de los hombres se perpetuase, sin lo cual perescería.» «La natura huye lo triste y apetesce lo deleitable.» Véase además lo que dice Celestina á Areusa en el acto sétimo.

(2) La peste del sadismo inficiona la literatura francesa, como si no hubiera más realidad que la lujuria. En la típica novela de Laclos llega al proselitismo con la repugnante marquesa de Merteuil. Y «*¡avec quel art consommé elle distille et insinue son venin!*» En nuestros días «*A rebours*», de Huysmann, ofrece un ejemplo asqueroso.

Amor sin refino y en el matrimonio grave y sobrio. La mujer, la madre, está en nuestro teatro castizo «oculta en el *sancta sanctorum* del hogar». (M. y P.)

Es el amor natural, base de la familia, fuertemente individuada ésta en la sociedad, la familia una y constante, cuyos miembros se acuerdan en el espacio, y en el tiempo se unen con los pasados por los sufragios á las benditas ánimas del purgatorio. Cosa castiza el purgatorio.

Son los hijos guardadores del nombre de sus padres y vengadores de su honra. Diego Láinez, afrentado, llama á los suyos, desprecia por infames á los que se quejan cuando les aprieta la mano y desenójale el enojo de Rodrigo, que le amenaza con que, á no ser su padre, le sacara las entrañas. Y al presentarle éste la cabeza del ofensor...

> «Toca las blancas canas que me honraste,
> llega la tierna boca á la mejilla,
> donde la mancha de mi honor quitaste.»

El anciano D. Mendo de Benavides, afrentado por Payo de Bivar, perdona á su hija Clara sus ilícitos amores con el rey Bermudo, puesto que á ellos debe el tener en Sancho un nieto vengador de su honra. (*Los Benavides*, de Lope.)

Para tales hay que educar á los hijos, como Arias Gonzalo, cuando, muertos en lid singular con D. Diego Ordóñez sus hijos Pedro y Diego, va á apadrinar á Rodrigo, á *atizarle fuego en el honor*.

La sociedad civil que formaron estos hombres tomó de ellos carácter y sobre el de ellos reobró. Formáronla sobre los restos de otra, bajo la presión de invasores de su suelo, comprimidos en un principio en montañas, donde originaron el sentimiento patrio.

Las necesidades de la Reconquista les dieron lealtad al caudillo é igualdad entre los compañeros. Sin lealtad no cabe comunidad guerrera, «pues siempre de la cabeza baja el vigor á la mano». Jamás olvida el Cid separar del botín el quinto

para el rey Alfonso, que le *airó,* enviarle *presentaias* y humillarse ante él, «hincando en tierra los hinojos y las manos, tomando á dientes las hierbas del campo y llorando de los ojos.» Y con el «castellano leal» siente Guzmán *el Bueno,* y el señor de Buitrago, y tantos otros. Lealtad esta de combatiente á su caudillo más que de cortesano á su señor, lealtad no exenta de «pronunciamientos».

Mas «del rey abajo ninguno» ¡fuera jerarquía! ruda igualdad y llaneza entre los demás. *Llaneza,* castizo término. Al extranjero que viaja por España le sorprende el fácil tramar conversación en los trenes, el ofrecerse viandas, el pedirse fuego en la calle, el ponerse «¡á su disposición!»

Reinaba en nuestro castizo siglo una peculiar igualdad que se ha llamado democracia frailuna, en gran parte la de la holganza y la pobreza, la de la espórtula y la braveza, anarquista. La disfrutaban muchedumbre de caballeros pobres, frailes, hidalgüelos, soldados y tercios, menospreciadores del trabajo, amantes de la guerra y de la holganza. Y á este anarquismo íntimo acompañaba, como suele, fuerte unificación monárquica al exterior; el absolutismo, ó mejor *ordenancismo* castellano, fué forma y dique de anarquía, fué el espíritu de individualismo excluyente transportado á ley *exterior.*

Siempre la firme fe en el libre albedrío lleva, tanto como el fatalismo, al sofoco de la libertad civil; que hay que imponer ley á quien apenas la lleva dentro (1), y consuélese el

(1) En el librearbitrismo, el poder opresivo suple á la caída naturaleza; en el fatalismo representa á la ley externa del hado; cuando se ve, por el contrario, ley *determinante* de la voluntad, se fía en el hombre. Así es como «el dejad hacer, dejad pasar», brotó de la concepción optimista del *homo oeconomicus,* que conoce siempre su verdadero interés, y de la fe en que éste se concilia con el colectivo; de un determinismo.

«¡Libertad! Bien entendida, ¡hermosa palabra!... Un pueblo jamás se hace maduro ni prudente; siempre es niño», dice el duque de Alba en el *Egmont* de Gœthe. ¡Libertad *bien entendida!* Y para hacerla entender, ¡palo limpio y tente tieso!

sometido con que su voluntad es libre é inviolable el santuario de su conciencia. ¡Gran Celestina la metafísica!

Era aquí la castiza monarquía cenobítica y austera, ordenancista, reflejo de la familia castellana. En España no juegan papel histórico sobresaliente queridas de reyes.

«*Una grey y un pastor sólo en el suelo,*
un monarca, *un* imperio y *una* espada»,

cantaba Hernando de Acuña, el poeta de Carlos V.

Era en aquella sociedad el sentimiento monárquico profundo, bien que un si es no es quisquilloso, con la sumisión del «se obedece, pero no se cumple». El rey no es el Estado, sino el mejor alcalde; no quien crea nobleza y honra, sino quien las protege. Bien que sea fábula, es típico el «cada uno de nosotros vale tanto como vos, y todos juntos más que vos», y hondamente castizo el «e si no, no».

«Al rey la hacienda y la vida se ha de dar; pero el honor es patrimonio del alma, y sólo se debe á Dios.»

Las voluntades se encabritaban, sí, pero para someterse al cabo, sentida su desnudez, á la autoridad venida de lo alto, y tenían fe en ella. Pocas cosas tan genuinamente castellanas como el *ordenancismo*, acompañado de *pronunciamientos*. Ordenancismo más que absolutismo á la francesa, ni despotismo oriental, ni tiranía italiana.

IV

Cada uno de estos individuos se afirma frente á los otros, y para hacer respetar su derecho, su individualidad, busca ser temido. Preocúpase de la opinión pública, preocupación

que es el fondo del honor, y cuida conservar el buen nombre y la nobleza. La bárbara ley del honor no es otra cosa que la necesidad de hacerse respetar, llevada á punto de sacrificar á ella la vida. «¡Muera yo, viva mi fama!» exclamó Rodrigo Arias al ser herido mortalmente por D. Diego Ordóñez de Lara.

Como apenas se han socializado estos individuos ni se ha convertido en jugo de su querer la ley de comunidad, se afirman con altivez, porque el que cede es vencido; hacen todos del árbol caído leña, y ayúdate, que Dios te ayudará, que al que se muere le entierran.

Nada de componendas ni de medias tintas, ni de *pasteleo*, nada de nimbo moral, justicia seca ó razón de estado. No saben «andar torciendo, ni opiniones, ni caminos». En el hermoso diálogo de la primera parte de *Las Mocedades del Cid* confiesa el conde Lozano á Peranzules que fué locura su acto; pero como tiene mucho que perder y condición de honrado, no la quiere enmendar, que antes se perderá Castilla que él. Ni dará ni recibirá satisfacción, que el que la da pierde honor y nada cobra el que la recibe,

«el remitir á la espada
los agravios es mejor.
.....que en rigor
pondré un remiendo en su honor
quitando un jirón al mío;
y en habiendo sucedido,
habremos los dos quedado,
él con honor remendado
y yo con honor rompido.»

Y encierra su opinión honrada en esta cuarteta, quintaesencia de la ley del honor:

«Procure siempre acertarla
el honrado y principal;
pero si la acierta mal,
defenderla, y no enmendarla.»

¡Antes mártir que confesor! ¡Tesón, tesón hasta morir, y morir como D. Rodrigo en la horca!

No hay que flaquear, y si se flaquea, que no lo sepan. Sobre todo, esto; que no lo sepan ¡por Dios!, que no lo sepan. Como «el prender al delincuente es publicar el agravio», manda el rey se tenga secreta la ofensa del conde Lozano á Diego Láinez, lo cual parece á Peranzules «¡notable razón de estado!» Secreto, ante todo; «á secreto agravio, secreta venganza»; «que no dirá la venganza lo que no dijo la afrenta». ¡Secreto, secreto, sobre todo secreto! (1).

El honor se defiende á estocada limpia: «en ti, valiente espada, ha de fundarse mi honor», ese honor que en el pecho «toca á fuego, al arma toca», el que se lava con sangre. Con la de la herida del conde Lozano se frota Diego Láinez la mejilla, «adonde la mancha estaba» (2). «De lengua al agraviado caballero ha de servir la espada», «lengua de la mano» que

«.....es falta de valor
sobrar tanto la paciencia,
que es dañoso el discurrir;
pues nunca acierta á matar
quien teme que ha de morir.»

«El perro muerto, ni muerde ni ladra», decía aquel francote de Rodrigo Orgóñez, el amigo del pobre Adelantado Almagro.

---

(1) ¡Gran virtud el silencio y el secreto para la casta de Pero Mudo! Ya de antiguo cuidaban más de él que de la vida; su fidelidad brillaba en el secreto. *Saepe tormentis pro silentio rerum immortui adeo illis fortior taciturnitatis cura quam vitae*, decía de los españoles Justino.

¡Secreto! Y consigo mismo reserva mental. «¡Calla!—dice Doña Urraca á Bellido Dolfos:—si es traición, y en mi querella,—excusará el no sabella—la culpa de no excusalla.»

(2) Corneille, en su *Le Cid*, suprimió este vigoroso rasgo, así como lo más enérgico del diálogo precitado entre el conde Lozano y Peranzules. Dice en cambio:

«Mais, puisque c'en est faît, le coup est sans remède.»

¡Qué diferencia! Los héroes de Corneille son muy *civilizados*.

¡Cuánto cuesta someterse á ley no hecha carne, categórica y externa! «¡Cuánto cuesta el ser noble y cuanto el honor cuesta!», exclama Jimena. ¡Honor, «vil ley del mundo, loca, bárbara, ley tan terrible del honor»!

«¡Que un hombre que por sí hizo
cuanto pudo para honrado
no sepa si está ofendido!»

Son de oir en *A secreto agravio secreta venganza* (escena 6.ª de la jornada III), los desahogos de D. Lope de Almeida contra esa ley. Es la tal ley un sino fatal, es la sociedad imponiéndose al individuo, disociado de ella en espíritu, no diluido en el nimbo colectivo; es ley *externa* la que engendra el conceptismo dilemático del pundonor. Es anarquismo moral bajo el peso de absolutismo social.

Esta ley y este sentimiento del honor tuvieron su vida, y no es muy hacedero raspar de ellos el barniz caballeresco francés para discernir qué cualidades castizas y peculiares acompañan al honor castellano. La sitematización del honor, la caballería, es, como tantas sistematizaciones y pulimentos, de origen francés. ¡Cuánto más caballeresca la *Chanson de Roland* que nuestro viejo y sobrio *Cantar de myo Cid,* no libre, sin embargo, de influjo francés! En aquélla aparece la *loi de chevalier,* y Sancho debajo del Cid, que en su querella con los infantes de Carrión se cuida mucho de los haberes que le han llevado, porque «esso me puede pesar con la otra desonor» (verso 2913).

Estaban los nuestros muy ocupados con los moros para esas caballerías, mas al desembarazarse de ellos derramáronse por esos mundos de Dios (1), y á la postre entró el ca-

(1) «Y por cierto no vi en mis tiempos ni leí que en los passados viniessen tantos cavalleros de otros reinos y tierras estrañas á estos nuestros reinos de Castilla y de León por hazer armas en todo trance, como vi que fueron cavalleros de Castilla á las buscar por otras partes de la christiandad... Y fué informado que el capitán francés ó el italiano tenia

ballerismo en España, y tomó fuerte arraigo. Nuestros caballeros metieron las manos hasta los codos en aquello que llamaban aventuras. Fué aquí exagerado al punto de los Amadises y demás de su linaje, y en la vida real al de Suero de Quiñones, y al de los desafíos de Barleta. San Ignacio veló las armas y se hizo caballero *á lo divino*. El caballerismo dió nuevo barniz al Cid, á Bernardo del Carpio y á otros héroes legendarios. Los franceses nos dieron Rolando, como nosotros á ellos Gil Blas.

Mas siempre fué aquí el honor más macizo y brutal, más natural y plebeyo, y más sutil que delicado al querer refinarse. Fué siempre aquí cada cual más hijo de sus obras y padre de su honor (1), debido éste más á naturaleza que á gracia, al brazo que al rey; honor menos de relumbrón y parada, más *positivo,* más apegado á sus raíces. En la francesada, no era el fin de los españoles—decía G. Pechio—la gloria, sino la independencia, que á haberse batido por el honor habríase acabado la guerra en la batalla de Tudela. Y á Stendhal le parecía el único, *le seul,* pueblo que supo resistir á Napoleón absolutamente puro de honor estúpido, *bête,* de lo que hay de estúpido en el honor. (*De l'Amour,* cap. XLVII.) No hay aquello de

---

entonces por muy fornescida la esquadra de su gente quando podia aver en ella algunos cavalleros castellanos, porque conoscia dellos tener esfuerço y constancia en los peligros más que de las otras naciones. Vi también guerras en Castilla, y durar algunos tiempos; pero no vi que viniessen á ella guerreros de otras partes. Porque assi como ninguno piensa llevar hierro á la tierra de Vizcaya, donde ello nace bien, assi los estrangeros reputaban á mal seso venir á mostrar su valentia á la tierra de Castilla, do saben que ay tanta abundancia de fuerças y esfuerço en los varones della que la suya será poco estimada.»

Hernando de Pulgar, en el titulo XVII (Rodrigo de Narváez) de *Los Claros varones de España.*

(1) «Señor, bien sé que vuestra señoría es muy buen caballero y que sus padres lo fueron también, pero yo y mi brazo derecho, á quien ahora reconozco por padre, somos mejor que vos y todo vuestro linaje», decia un capitán á un caballero, según nos lo cuenta, en el cap. XVI de su *Examen de Ingenios,* el Dr. Juan Huarte.

«*tirez les premiers, messieurs les anglais*», porque sabemos bien que el que da primero da dos veces, aunque no quite lo cortés á lo valiente. Son nuestros caballeros más brutales y menos amadamados, menos tiernos (1) en derretimientos, más fastuosos y guapos que elegantes y finos, menos dados también á la sensiblería *ginecolátrica*. «Dios, Patria y Rey», es la divisa de los nuestros, más bien que «*Dieu, l'honneur et les dames*». Cuando más la dama, no *les dames;* el fondo de Amadís es su casta fidelidad á Oriana, virtud que brilla también en Don Quijote. ¡Desgraciada la mujer cuando la hacen ídolo!

En el fondo del caballerismo francés aparecen barones feudales, aquí reconquistadores del suelo patrio.

V

En sociedades tales el más íntimo lazo social es la religión, y con ella una moral externa, de *lex,* de mandato, que engendra casuismo y *métodos* para ganar el cielo. De todos los países católicos, acaso haya sido el más católico nuestra España castiza.

El catolicismo dominicano y el jesuítico, son tan castellanos como italiano el cristianismo franciscano. *Una* fe, *un* pas-

(1) En la *Chanson de Roland* á cada paso lloran los héroes, y aun se desmayan de *tendrur*. En cierta ocasión cien mil franceses de una vez (verso 2932). A los caballeros franceses es á los que sobre todo se aplica lo que decía Flaubert *(Madama Bovary)* «bravos como leones, dulces cual corderos, virtuosos como no se es, bien puestos siempre y que lloran como urnas». A nuestro buen maese Nicolás, el barbero, le gustaba más Galaor que Amadís, «porque no era caballero melindroso, ni tan llorón como su hermano».

tor, *una* grey, unidad sobre todo, unidad venida de lo alto, y reposo además, y sumisión y obediencia *perinde ac cadaver*.

Este pueblo de las disociaciones y los contrastes se acomodaba bien á afirmar dos mundos, un Dios y un Diablo sobre ellos, un infierno que temer y un cielo que conquistar con la libertad y la gracia, ganando al Dios misericordioso y justo. Fué éste pueblo de teólogos, cuidadosos en *congruir* los contrarios; teólogos todos, hasta los insurgentes, teólogos del revés los librepensadores. En la teología no hay que desentrañar con trabajo *hechos,* sino combinar proposiciones dadas, es asunto de«agudeza de ingenio», de intelectiva. De esta casta brotaron los principales fautores de Trento, y los llamados *Domini canes,* la Orden de Predicadores que se estrenó *contra* los albigenses, y la *Milicia* de Jesús más tarde. Un portugués, el impetuoso San Antonio, fué el que primero peleó contra herejes en la Orden de paz y de tolerancia del pobrecito de Asís.

Que las castizas guerras de nuestra edad del oro fueron de religión... Esta era el lazo social, y la unidad religiosa forma suprema de la social. Para demarcar, por vía de remoción, la unidad nacional, se expulsó judíos y moriscos y se cerró la puerta á luteranos, por «sediciosos, perturbadores de la república (1)». Ordenes militares religiosas se fundaron en

---

(1) Durante la Reconquista no habia empeño alguno en convertir á los moros, con los que se entendían no mal los cristianos. El Cid del *Cantar* jamás piensa en tal cosa, pelea con ellos para ganarse el pan (verso 673), y al no poder venderlos considera que nada gana con descabezarlos (versos 619-620). Así es que le bendicen y tiene entre ellos á su gran amigo «natural», Avegalvón. En la *Chanson de Roland*, por el contrario, procúpanse de destruir á los paganos, *paiens,* que siguen la ley de Mahoma, Apolo y Tervagán, y hacen de la guerra un juicio de Dios (verso 3670). En las canciones de gesta francesas, al conquistar una ciudad infiel, obligan, so pena de muerte, á que se bauticen á sus habitantes todos, *ne seit ocis ó devient chrestiens.* (V. *Roland,* versos 102 y 3670, *Gui de Bourgogne*, versos 3063, 3071-74, 3436-38; *Huon de Bordeaux,* 6657-59, etc., etc.)

Donde resalta la diferencia es en la toma de Zaragoza por Carlo Magno, y la de Valencia por el Cid. Toma el emperador Zaragoza, y en-

España para la cruzada *interior* que reconquistara el propio suelo, y en ninguna parte más vivo el sentimiento de la hermandad entre el sacerdote y el guerrero que en el pueblo que dió tantos curas guerrilleros en la francesada. Guerras religiosas, sí, en cuanto el reino de la religión se extiende á este mundo, en cuanto institución para sustento de la máquina social y mantenimiento del orden y del silencio y de la obediencia á la *ley*.

Aquellas almas fueron intolerantes, no por salud y vigor, sino por pobreza de complejidad, porque no sólo tolera el débil y el escéptico sino el que en fuerza de vigor penetra en otros y en el fondo de verdad que yace en toda doctrina, puesto que hay junto á la tolerancia por exclusión otra por absorción. Temían las *malas doctrinas*, las ideas, porque eran éstas en ellos categóricas é impulsivas; temían más la «soberbia del espíritu» que la «concupiscencia de la carne»; por la razón temían haber de venir la caída. Mas ellos no razonaron su intolerancia como tal, que esto se queda para los que no la sienten.

---

tran sus soldados en mezquitas, *mahumeries*, y sinagogas, destruyendo ídolos, ¡ídolos en mezquitas y sinagogas!, porque Carlos cree en Dios y quiere hacer su servicio, *faire voelt sun servise;* llevan á los paganos al bautisterio, y al que se niega á hacer la voluntad de Carlos lo cuelgan, matan ó queman. Así bautizan más de cien mil «verdaderos cristianos», *veir chrestien* (versos 3660-3674).

¡Cuán otro el cuadro de la toma de Valencia!

«Quando myo Cid gañó á Valencia é entró en la çibdad
Los que fueron de pie cavalleros se fazen.
El oro é la plata ¿quién vos lo podrie contar?
Todos eran ricos quantos que allí ha.
Myo Cid Don Rodrigo la quinta mandó tomar.
En el aver monedado XXX mill marcos le caen;
E los otros averes ¿quién los podrie contar?»

(Versos 1212 á 1218.)

Y así continúa. ¡Cómo se ve que lo uno tiene de ficción imaginativa más, y más lo otro de historia concreta! Mas por debajo aparecen los hombres. Cierto es que los franceses no conocían á los moros como los castellanos.

Aquellos *conceptistas* concebían sus conceptos por exclusión y la religión como lazo social y base de unidad civil. Valía más, según el duque de Alba, conservar mediante guerra un reino arruinado para Dios y el Rey, que tenerlo, sin esto, entero, en provecho del demonio y de los herejes sus secuaces.

A la ley había que someterse por la fe, que era confianza sobre todo, confianza en que el Rey celestial no habría de negar una hora de arrepentimiento al que obedeciese, aunque no cumpliera sus mandatos. Paulo el ermitaño, se condena por desconfiar de su salvación,

> «porque es la fe en el cristiano, que en sirviendo á Dios y haciendo buenas obras, ha de ir á gozar de él en muriendo»,

por querer que Dios le diga si se ha de salvar ó no; y Enrico el de los «latrocinios, cuchilladas, heridas, robos, salteamientos y cosas deste modo», el que mató treinta hombres y forzó seis doncellas, como «aunque es tan malo, no deja de tener conocimiento de la santa fe», sino que abriga esperanza siempre de que tiene de salvarse, esperanza no fundada en obras suyas,

> «.....sino en saber que se humana
> Dios con el más pecador y con su piedad le salva»,

sálvase por acto de arrepentimiento, llevándole al cielo «dos paraninfos alados.» La misma concepción en el fondo que esta de *El Condenado por desconfiado*, de Tirso, es la de *La Devoción de la Cruz*, de Calderón. El genio oculto de la sociedad, su intraconciente providencia, dió codicia del cielo y terror al infierno á aquellos anarquistas. Donde Paulo, el ermitaño, al creerse condenado como el bandido Enrico, exclama:

> «¡si su fin he de tener
> tenga su vida y sus hechos!»

allí es donde adquiere, en virtud del contraste, plena significación el «aunque no hubiera infierno te temiera». En el fondo

de aquellas naturalezas de un individualismo salvaje quedaba chispa de fe; poso de sumisión á una terrible ley externa, hado de la sociedad, á la que había que obedecer, mal que no se la cumpliera. A Sancho el socarrón le parecía un demonio «hombre de bien y buen cristiano,» al oirle jurar «en Dios y en mi conciencia», y concluía que «aún en el mismo infierno debe haber buena gente». ¡Respeto, respeto ante todo y horror al escándalo! «Gracias á Dios, todo está tranquilo en los Países Bajos», gracías á Dios y al Consejo de sangre.

La religión cubría y solemnizaba. Para que les enseñaran «las cosas de nuestra santa fe católica» *encomendaban* indios á los aventureros de América. ¡Extraña justificación de esclavitud! Y allá, en aquellas mismas tierras de nuestra castiza epopeya viva, vírgenes de policía, donde se desenfrenaban las pasiones, cuando Pizarro, Almagro, y el maestrescuela Luque hicieron convenio de repartirse la presa de la conquista del Perú, aportando el último, socio capitalista, 20.000 pesos, y su industria los otros dos, entonces cierran el trato en Misa celebrada por Luque, en que comulgaron los tres de una sola y misma Hostia. ¡Qué de miserias irreligiosas brotaron de este solemne y consagrado trato!

Afirmaba el alma castellana castiza con igual vigor su individualidad, *una* frente al mundo vario, y esta su *unidad* proyectada al exterior; afirmaba dos mundos y vivía á la par en un realismo apegado á sus sentidos y en un idealismo ligado á sus conceptos.

Intentó unirlos y hacer de la ley suprema ley de su espíritu, en su única filosofía, su mística, saltando de su alma á Dios. Con su mística llegó á lo profundo de la religión, al reino que

no es de este mundo, al manantial vivo de que brotaba la ley social y á la roca viva de su conciencia.

En ninguna revelación del alma castellana que no sea su mística se entra más dentro en ella, hasta tocar á lo eterno de esta alma, á su humanidad; y en ninguna otra tampoco se ve más al desnudo su vicio radical que en la pseudo-mística, en los delirios del *alumbrismo* archi-sensitivo y ultra-intelectivo, en aquel juntar en uno la unión sexual y la del intelecto con el sumo concepto abstracto, con la nada.

Por su mística castiza es como puede llegarse á la roca viva del espíritu de esta casta, al arranque de su vivificación y regeneración en la Humanidad eterna.

MIGUEL DE UNAMUNO.

RECUERDOS

Estos recuerdos son casi una confesión general, y pues de confesiones se trata, debo confesar una culpa ó debilidad de fecha bien reciente, que sobre el alma tengo y que modestamente descargo en este profano tribunal de mortificación y penitencia.

Empecé á dictar estos artículos por complacer á mi buen amigo el Director de La España Moderna: los empecé contra mi voluntad: seguí dictándolos por deber y compromiso, y hoy, sin embargo, es de todos los trabajos que llevo á la par el que más me entretiene, el que más á gusto hago, el único en suma que me proporciona algún placer. En él no pongo ni combinaciones más ó menos ingeniosas, ni vanidades literarias más ó menos justificadas, ni esperanzas de éxito, ni estímulos de lucro. Dicto natural y espontáneamente, á manera de conversación conmigo mismo, y esto en cierto modo es vivir por vez segunda toda mi vida anterior.

Ni tengo plan, ni me dirijo á un fin: al acabar un párrafo no sé lo que diré en el párrafo siguiente: ante mi vista cruzan, y al pasar los cojo, una serie de cuadros disolventes sin concierto ni armonía, ni orden siquiera de fechas.

Mis recuerdos del Instituto de Murcia se mezcan á mis recuerdos de la Escuela de Caminos, y salto cien veces de una

á otra época, y cien veces recorro el mismo camino, como perro que al acompañar á su amo anda y desanda cien veces lo andado describiendo curvas, lazos y laberintos.

Sobre todo, que nadie me pida fechas por que no podría darlas: sólo sé que me llevaron á Murcia á los comienzos de la primera guerra civil; que al poco tiempo de volver á Madrid hubo tiros por las calles, y que al año siguiente ó poco menos de acabar mi carrera se sublevó O'Donnell en el Campo de Guardias.

Con estos datos reconstruya y ordene el lector, si puede, la cronología de mis recuerdos. Como se revuelven en mi memoria las fechas de mi vida con las fechas de sucesos políticos, se revuelven también con las fechas de mis recuerdos teatrales. Puedo decir los estrenos que he visto: el resultado de esos estrenos: lo que sobre de ellos opinó la crítica, pero nunca logro puntualizar una época.

Presencié estrenos de Ayala, de Tamayo, de García Gutierrez, de Hartzenbusch, de Eguílaz, de Rubí, de Bretón de los Herreros, de Serra y de todos los escritores notables que por entonces abastecían el teatro; ¿pero cuándo fueron estos estrenos? He aquí lo que yo no puedo precisar. Mis recuerdos son traviesos y voluntariosos, con más, desmemoriados.

Recuerdo, por ejemplo, el estreno de *La Cruz del Matrimonio,* de Eguílaz, que es de época muy posterior á la que iba relatando en mi artículo precedente, y como en este drama se habla *de un niño,* mi memoria de pronto da un salto atrás, y me encuentro niño otra vez y en Murcia, y precisamente *con un vestido verde oscuro* que fué la desesperación de mi infancia.

Era muy ancho, tenía muchos pliegues y adornos, y los calzones estaban cosidos á la chaquetilla; quiero decir, que calzones y chaqueta formaban una sola pieza. Pues bien, jamás he sufrido mayores tormentos, que los que sufría al meterme en aquel saco ó en aquella armadura infantil; jamás he visto invención más diabólica. El sería elegante, hasta lujoso y de moda por de contado; pero aquella unidad brutal y artificio-

samente obtenida entre los calzones y el cuerpo amargaron mi existencia mientras el infernal traje no quedó vencido, y roto, y desecho, y desechado.

Todavía tengo presente el último día que me lo puse y el momento en que me lo quité para siempre: esta fué mi más gloriosa emancipación y una de mis mayores alegrías.

Si mal no recuerdo, coincidió el memorable suceso con la caída de los moderados y de María Cristina y con el triunfo de los progresistas y la regencia de Espartero.

Yo creo que esto ha debido influir mucho en mis ideas políticas. *El traje verde de una pieza,* aquel traje en que no sabía qué meter antes, si los brazos, en cuyo caso ya no podía meter las piernas, ó si éstas, con lo cual era dificilísimo introducir los brazos por sus mangas correspondientes; aquel traje en que tiránicamente se unían y sujetaban los organismos más opuestos; aquel traje, que al ponérmelo me tiraba de un lado y me tiraba del otro, y me obligaba á doblarme y á retorcerme, buscando con mil sudores los enchufes de las extremidades; aquel malaventurado traje verde oscuro, con los ahuecadores de los brazos y los pliegues del pecho, y el número infinito de sus corchetes y su apretado cinturón, fué siempre para mí el símbolo de todas las tiranías, siempre se enlazó en mi imaginación al gobierno de los partidos reaccionarios, como su destrucción definitiva vino á unirse en las regiones de mi conciencia infantil al triunfo de Espartero en España, del marqués de Camacho en Murcia y de mi propia persona en mi casa; momento de sublime independencia, en que yo pisoteaba el vencido *traje verde de una pieza,* como el esclavo pisotea sus cadenas. ¡Por eso he amado tanto la libertad!

*
* *

Estos recuerdos traen otro que he de consignar, porque pinta lo que era la política en aquella época, la pasión que en

ella dominaba, la feroz energía de aquellos hombres; pero á la vez su carácter noble y valeroso.

No; estos tiempos no se parecen á aquéllos. Hay más cultura, pasiones mejor disciplinadas, sentimientos más encauzados, mayor imperio para la razón; pero lo que la razón ha ganado, quizá la voluntad vigorosa lo ha perdido.

Después de todo, yo prefiero estos tiempos á aquellos otros de que voy á dar una muestra y á recordar un *caso;* pero lo mejor no es siempre lo más artístico.

Eran los últimos días de la regencia de María Cristina, y la política andaba muy revuelta, las pasiones enardecidas hasta el rojo y los esparteristas ó ayacuchos dispuestos á sublevarse; verdad es que para eso siempre estaba dispuesto cualquier español de entonces.

El jefe político de Murcia era un hombre de grandes cualidades, pero de una energía salvaje en ocasiones, á saber: cuando la sangre aragonesa le empezaba á bullir en las venas por la excitación de la lucha.

Tenía talento, ilustración y una honradez á prueba; pero era uno de los jefes políticos de más energía y de más puños que tuvo el partido moderado.

Comprendió que se le iba á pronunciar el marqués de Camacho por Espartero al frente de los huertanos, y tomó sus precauciones para atajar el pronunciamiento.

Fué una de ellas la publicación de un bando formidable. Se prohibían los grupos en la vía pública, se prohibía llevar armas, hasta se prohibía llevar bastones, y la pena contra los contraventores era de una uniformidad perfecta y de una sencillez primitiva, aunque grandemente eficaz: *el fusilamiento*. Porque en aquellos instantes el jefe político lo dominaba todo, y todo lo absorbía, según las instrucciones que al efecto había recibido y la confianza que en él había depositado el gobierno.

Disponía de la fuerza pública, disponía de los tribunales y hasta ejercía funciones legislativas, como se vió al publicar el Código penal de que queda hecho mérito.

Cuando mi padre, que era médico, y que usaba como todos los de la profesión bastón de caña de indias, con puño de oro y borlas, se enteró de que le prohibían salir á la calle con su bastón profesional, montó en cólera, y empuñándolo con aire de amenaza, se fué á ver al jefe político, que era gran amigo suyo, como paisanos que eran y compañeros que habían sido en los años juveniles.

Allá se vieron frente á frente los dos aragoneses, con su geniazo cada cual, protestando mi padre y tratando de convencerle su paisano con blanduras que en él no eran frecuentes.

Según luego supe, porque así lo oí contar en mi casa, le dijo el jefe político que las circunstancias eran extraordinarias, que las órdenes recibidas de Madrid eran tremendas, que él estaba dispuesto á cumplirlas y á contener de cualquier modo que fuese el pronunciamiento. Que era indudable el derecho de mi padre á usar su respetable bastón de borlas, pero que siendo como eran duras y terminantes y hasta feroces las instrucciones que había dado á los agentes de la autoridad, se exponía mi padre á un grave disgusto si seguía con su tema.

Concluyó el discurso dándole un abrazo, diciéndole dos ó tres frases cariñosas y quitándole el bastón. Con esto y con llamarse «¡paisano!, ¡ayacucho!, ¡salvaje! y ¡mal genio!», terminó la discusión, y se fué mi padre á la calle después de asegurar al feroz gobernante que no saldría con vida de Murcia, como estuvo á punto de suceder.

Estos no son más que los prolegómenos del suceso, que el suceso fué el siguiente:

Pasó por delante de casa un pobre hombre del pueblo, con una varilla de ginjolero, más corta que un bastón ordinario y del grueso del dedo miñique: ni era arma, ni era bastón, ni palo, ni otra cosa que una ramilla insignificante.

Pues bien; dos horas después aquel pobre hombre pasaba otra vez por delante de casa, pero en el centro de un piquete de tropa, con cara estúpida de asombro y de terror, y con un

sacerdote al lado, que hecho un mar de llanto, le ayudaba á bien morir.

Esto lo he visto yo. ¿Hubo ánimo de fusilar á aquel desdichado, ó sólo se pretendía con el tremendo espectáculo aterrar á la población?

Posible es esto último; pero los tiempos eran de grandes pasiones y de grandes ferocidades.

Pasó el piquete, como digo, con el hombre del ginjolero y el sacerdote por la Plaza de las Cadenas, y una guardia de nacionales de no sé qué edificio público acometió á la tropa pretendiendo salvar al prisionero. De aquí resultó una rápida lucha, sonaron algunos tiros y prisioneros quedaron también los nacionales.

Juró por la Virgen del Pilar el jefe político que había de fusilarlos á todos al amanecer, y noche fué de suprema angustia para toda la población. El Obispo, las personas más influyentes aún del mismo partido moderado, las señoras en masa, todo el mundo fué á pedir indulto al jefe político, sin lograr ablandarle.

No sé si lo hubieran conseguido, porque hombre honrado lo era, y no era sanguinario por capricho; pero entendía el principio de autoridad como se entendía en aquellos tiempos, sobre todo como lo entendía el partido moderado.

Por fortuna para todos, á las altas horas de la noche llegó un correo de gabinete anunciando la abdicación de María Cristina y el gobierno de Espartero, y ordenando que el jefe político entregase el mando de la provincia al marqués de Camacho.

Así lo hizo; pero cuando le aconsejaron que se escondiese, rechazó indignado el consejo y volvió á jurar por la Virgen del Pilar, que á las doce del día había de salir por las calles principales de Murcia y públicamente, para tomar la silla de posta en las afueras de la población.

Era condenarse á una muerte casi segura, porque con la atrocidad del día antes los ánimos estaban excitadísimos y á

punto de sangre. «Hay que matarle, hay que matarle», era la voz que corría por todas partes. Diez ó doce mil huertanos, los contrabandistas de Algezárez, toda la milicia de Alguazas, la huerta entera, un verdadero ejército africano con sus anchos zaragüelles, con sus cananas alrededor de la faja, sus mantas al hombro, su montera de capacete y sus fusiles y trabucos, llenaban las calles de la población: así lucía bajo un sol de fuego el formidable ejército del marqués de Camacho.

Por esta masa y por la masa de artesanos y gente baja y al frente de los nacionales, á los que el día antes había querido fusilar, se empeñó en atravesar el ex-jefe político, á las dos de la tarde, en carretela descubierta y á lo largo de la calle de San Antonio, para hacer su salida de Murcia con la dignidad y valentía que á un buen aragonés corresponde.

Sin duda pensaba aquello que García Gutiérrez puso algunos años más tarde en boca de uno de los personajes de sus comedias: «los valientes somos así, hoy te mato yo á ti, y mañana me matas tu á mí.»

Pues no hubo manera de convencerle, salió con sol alto, en carretela descubierta como había dicho, y entre amenazas é imprecaciones de la muchedumbre.

Para salvarle la vida no hubo más que un medio, meterse en la carretela el marqués de Camacho, y rodear el coche de los jefes más reputados y populares del partido esparterista.

Todos los pormenores que he referido, los oía yo contar en mi casa; pero al hombre de la ramilla de ginjolero, al sacerdote llorando á su lado y al piquete de tropa, yo los vi, y aquel cuadro para siempre quedóse grabado en mis ojos. De esto respondo, lo demás lo refiero.

*
* *

Eran tiempos de enconadas luchas y á veces de luchas sangrientas; quizá aquella atmósfera influyó en mí no menos que

mi afición al teatro para dar á estas aficiones tinte dramático y aun trágico muchas veces.

Ya he dicho cómo trataban los moderados á los esparteristas, pues vaya otro ejemplo de cómo los odios políticos tomaban formas de venganza cuando la victoria en lucha franca era imposible.

Recuerdo que un día de carnaval, y los carnavales en Murcia por entonces eran animadísimos, paseaban alrededor de la glorieta dos máscaras sobre dos hermosos caballos, vistiendo ellas sendos trajes de contrabandistas y adornados ellos con ricas mantas de vistosos colores.

Al costado llevaban dos soberbios trabucos naranjeros, que en rigor completaban el traje y el adorno, pues mal se comprende contrabandista sin trabuco.

Así pasearon un rato, y luego se dirigieron hacia el puente cruzando por delante de un café, en cuyas mesas, puestas al aire libre aquel día, estaban los prohombres del partido moderado gozando del alegre espectáculo.

Cuando las máscaras llegaron al frente del café, se detuvieron un instante, levantaron los trabucos y apuntaron hacia el grupo de *cangrejos*, como entonces se decía. Reíase la gente, y aun los inocentes cangrejos se reían también, creyendo que era una farsa carnavalesca; pero no lo fué, que dispararon de pronto las armas los fingidos contrabandistas y una lluvia de balas, postas y demonios inflamados, vino á barrer todas aquellas mesas pacíficamente ocupadas momentos antes por los más insignes personajes del moderantismo regional.

Picaron espuela los dos máscaras, y á escape tendido salieron por el puente sin que nunca se pudiera averiguar quiénes eran.

Por fortuna, aunque hubo algunos heridos, nadie murió, y el crimen no llegó á consumarse por completo.

*
* *

Y aquí se me ocurre abrir un paréntesis en serio. Allá va.

Según las teorías modernas, dos clases de fuerzas influyen en la dirección que toman las actividades de toda persona y en el carácter que en ellas se determina.

De una parte, las fuerzas que pudiéramos llamar hereditarias; de otra, las influencias del medio ambiente. Y yo creo que esta teoría es perfectamente exacta, con tal que no se pretenda con ella ahogar las espontaneidades de cada ser, ni la libertad, que es la esencia del ser humano.

Pero, ¿quién ha de negar que en el hombre entran por mucho y en ciertos seres por su casi totalidad, las fatalidades mecánicas del mundo de lo inorgánico, y con ellas el elemento fisiológico, tan íntimamente enlazado con el elemento morfológico de cada organismo?

En el mundo físico, cada fenómeno sólo obedece á ambas leyes: la de la fuerza anterior, que pudiéramos llamar hereditaria, y la de la fuerza actual, que también pudiéramos llamar influencia del medio ambiente.

¿Por qué una masa material describe determinada curva? ¿Por qué en su trayectoria, y en cada instante se dirige en determinada dirección? Sólo por el concurso de ambas influencias: la anterior y la actual. Y la dirección que toma es, evidentemente, la de la resultante de ambas.

Así lo dice y lo demuestra la mecánica.

Un punto viene caminando en determinada dirección; y su masa, su velocidad, la línea según la cual camina, representan su pasado; lo que bien pudiéramos considerar como su historia y su herencia. Porque desde el origen de los tiempos trabajaron sobre el cuerpo determinadas fuerzas, por eso viene marchando con determinada velocidad y en determinada dirección. Y en esa dirección y con esa velocidad seguiría por los siglos de los siglos, si en el instante que consideramos una fuerza actual y presente no se apoderase del punto y no lo desviase, con más ó menos eficacia de su camino.

Esa fuerza actual y presente es lo que llamamos, con toda

propiedad, aunque aplicando la terminología del mundo biológico al mundo de la mecánica, influjo del medio ambiente.

Pues esto sucede con todos los seres vivos, y con el hombre por lo tanto.

La ley de herencia, las influencias pasadas, la fuerza viva que traía, pretenden llevarle en una dirección. Y como son influencias acumuladas de siglos y siglos en toda la serie de sus progenitores, representan una energía colosal para cada ser.

Pero el medio ambiente, ó sea la fuerza actual, y en ese medio ambiente entran las ideas, las costumbres, los vicios ó las virtudes de la sociedad en que vive, y hasta la educación que pueda recibir, le llaman y solicitan, por regla general en dirección distinta de aquella por la cual le va arrastrando su inercia y la energía cinética que en su organización lleva.

De este modo traza su trayectoria en la vida cada sér humano, como trazan en el espacio celeste los planetas sus cónicas colosales alrededor del sol como foco.

*
* *

Pero hemos dicho mal: otro factor hay que tener en cuenta; que, á no contar más que con los dos factores anteriores, la fatalidad mecánica se impondría al ser libre como á las masas planetarias, y, porque el hombre es libre, puede, no modificar ciertamente las leyes de la mecánica, pero sí aprovecharse de ellas para modificar su destino sobre la tierra.

Me importa, pues, expresar claramente mis ideas, por poco que mis ideas valgan; que sólo por ser ideas de un ser humano ya valen algo.

No, la trayectoria humana no es como la trayectoria de una piedra, ni siquiera cómo la trayectoria de un astro, que con ser tan grande tendrá montes y mares y volcanes, ó será

materia caótica, pero no tiene cerebro organizado, como lo tiene el diminuto ser, tan pobre y tan sublime, que se llama *hombre*.

En el organismo humano y sobre todo en el sistema nervioso, y más principalmente en el cerebro, domina una nota suprema: la instabilidad química.

La materia al organizarse se aleja cada vez más de los compuestos estables—de equilibrio estable, quiero decir—y se aproxima cada vez más á los compuestos de equilibrio instable. Esta es ley reconocida por todos, y es, quizá, una de las grandes características de la vida.

Si podemos servirnos de una imagen, diremos que el mundo inorgánico es un péndulo en posición natural; se le separa de ella, y con terquedad fatalista viene una y otra vez á buscar la vertical de equilibrio. Y ya se le separe á la derecha, ya se le separe hacia la izquierda, á la vertical viene siempre. Por eso se dice que su equilibrio es estable.

Pero en el mundo psíquico sucede lo contrario precisamente. El péndulo está en equilibrio, sí; pero hacia arriba: y un soplo, el aliento, menos que el aliento, la influencia más próxima á la nada, una millonésima de millonésima de fuerza, puede separarle de su posición; y puede separarle en uno ó en otro sentido; hacerle que caiga hacia la izquierda como los réprobos, ó hacerle que caiga hacia la derecha como los elegidos.

Pues bien; de una manera simbólica y esquemática, yo puedo decir que el protoplasma de la sustancia cerebral está compuesto de millones de péndulos archimicroscópicos, todos ellos ó una gran parte en posición invertida; todos ellos en equilibrio instable; y que, en lo alto de esos péndulos está la idea iluminando á veces, á veces oscureciendo el horizonte moral, y está la voluntad con su querer libre, y está—si se me permite expresarme de este modo—el espíritu con su soplo divino para soplar hacia la izquierda y provocar la acción infame que se transmitirá por los nervios al órgano que mate-

rialmente ha de realizarla, ó para soplar hacia la derecha, hacia regiones en que el bien resplandece.

De suerte que las leyes de la mecánica se aplican fatalmente al ser humano; pero dijérase que al llegar al cerebro, el fatalismo, valiéndose de sus propias leyes, da una tregua al espíritu ó fuerza psíquica, y se presenta ante él desarmado, embotadas las energías brutales de la materia; se presenta, digo, en sistemas instables, ó, como decía, Bonssínesq, en integrales singulares, para que la idea y la libertad rompan ese equilibrio cuando quieran y en la dirección que les plazca; porque en tales sistemas las leyes de la mecánica son neutrales ó están, por decirlo así, adormecidas.

Vemos, por lo tanto, que á los dos factores anteriores, á saber, la herencia y el medio ambiente, ha de agregarse otro tercer factor, á saber, la voluntad del ser libre iluminada por la idea, y que la voluntad, por lo tanto, modificará más ó menos la trayectoria fatalista; vemos que en la vida de un hombre podrá modificarla notablemente, y que en la vida de un pueblo ó de una raza, inspirados por nobles ideales, podrá transformarla casi por completo, dando á los descendientes cerebros dotados, por decirlo así, de mayor número de péndulos invertidos; para que más y más se ejercite en ellos la libre voluntad del espíritu.

Permítaseme que siga con esta imagen, que me parece gráfica y exacta.

¡Pobre salvaje! ¡En su cerebro casi todos los péndulos de la sustancia gris miraban hacia la tierra! Y hacia tierra caían si de la vertical se les separaba. ¡Cuán mezquino campo en que ejercitarse tenía su libertad!

¡Feliz, en cambio, el hombre moderno si el vicio, la perversión, ó el alcoholismo no han hecho que caigan todos los pendulillos del protoplasma! El progreso ha preparado en la sustancia gris de su cerebro ancho campo de sistemas instables, que ha sido abrir ancho campo también á los nobles esfuerzos de su voluntad.

Y perdóneme el lector esta árida y empalagosa digresión. La encontré en mi camino, y no tuve valor para dejarla á un lado.

Y no es lo malo ésta, sino que otras vendrán, y presumo que han de interrumpir, de cuando en cuando, la serie de mis recuerdos.

Consuelo triste para mis lectores, que sólo escapan de metafísicas y abstrusas digresiones para caer en recuerdos insustanciales.

***

Todo cuanto llevo dicho no tiene otro objeto que el de explicar—hasta dónde la explicación valga—mis tendencias hacia el género dramático propiamente dicho; mi afición hacia los desenlaces trágicos, el tono sombrío que algunas veces, aunque no todas, domina en mis obras.

¡Quién sabe si estos efectos serán debidos al ambiente en que se desarrolló mi juventud!

No era Murcia, por aquellos tiempos, la ciudad tranquila y apacible que ha sido siempre. No estaba, es cierto, en el centro de la guerra civil. Pero las influencias y los ecos de aquella lucha horrible y fratricida á todas partes llegaban. De combates, de sorpresas, de fusilamientos y de horrores se alimentaba la curiosidad pública. Más de una familia vestía de luto por el hijo que había muerto en la guerra, y aun ocasión hubo en que una importante facción—no sé si la de Palillos, ó la de Forcadell, porque en esto de nombres mi memoria es harto desdichada—amenazó seriamente la capital, y á impedir el atrevido avance de los carlistas tuvo que salir la milicia nacional de Murcia, ya que no había fuerzas de ejército regular que pudieran hacer frente al osado y temido cabecilla.

Fué una jornada tragi-cómica, que hizo reir y que hizo llorar.

Tenía mi padre, como discípulo, en su cátedra de Agricultura y Botánica, á uno de los jóvenes más ricos y más elegantes de Murcia.

Avanzado en ideas, entusiasta por la libertad y de grandes alientos morales, aunque no de grandes alientos físicos como la experiencia demostró, era el joven L.

Ya desde el principio de la guerra se había alistado como nacional. Más de una vez había lucido su uniforme en paradas y revistas; casi con gozo recibió la noticia del avance de los facciosos, y al romper la mañana salió gallardamente con sus compañeros en busca del enemigo, dispuesto á recibir heroicamente el bautismo de sangre.

Pasó el día; llegó la noche, más negra que de costumbre en aquella tierra de cielo siempre azul, y, á eso de las diez ó las once empezaron á cruzar las calles nacionales dispersos, que, por lo visto, venían en derrota.

Ello es, que por las puertas de mi casa entróse en lamentable estado el joven héroe de la madrugada anterior, rendido de fatiga, sin respiración casi, sin fusil por decontado, sin una parte del correaje, sin fuerzas para llegar á su propia casa—que estaba al otro extremo de la población—y sin voz siquiera para explicar los sucesos de la jornada.

Desplomado cayóse sobre la primera silla que encontró; y con flacas voces pronunció algunas palabras, entre las cuales sólo se le pudo entender que la derrota de los nacionales había sido completa, que él venía muerto y que traía mucha hambre.

Después de reanimado un poco, de beber un vaso de vino, y de devorar en silencio lo que se le pudo dar de comer, quiso referir pormenores de la acción. Pero la verdad es que no pudo darlos, porque él solo recordaba, que hasta las doce del día había estado caminando su batallón hacia adelante, y él con su batallón, y que desde entonces, hasta que llegó á las

puertas de Murcia, habían estado corriendo hacia atrás, con su batallón ó sin él, que esta circunstancia nunca pudo precisarla.

Lo único que se había fijado en su memoria—y esto de una manera confusa—es que hacia las cuatro de la tarde pasó á escape junto á ellos, es decir, junto á los que volvían huyendo, un colosal jinete que venía atravesando bancales y saltando acequias: era un nacional de caballería, boticario además de la plaza de San Bartolomé: hombre muy alto y muy flaco, montado sobre un caballo flaco y altísimo también; no había abandonado en aquella espontánea retirada su enorme lanzón con banderola, y, aun corriendo, no cesaba de gritar á los que encontraba: «Qué nos cortan, hijos, que nos cortan.» En rigor, dado el paso que llevaba y la longitud de las piernas de su caballo, no era fácil que nadie le cortase. Nadie le cortó, en efecto, que á las siete llegó á su botica sin haber perdido ni su dignidad ni su lanzón.

Hasta aquí la nota cómica; pero aquella jornada tuvo también su nota trágica. Siete jóvenes, de las principales familias de Murcia, á caballo todos ellos, se adelantaron al grueso de la milicia y acometieron á las avanzadas de la facción. Pero bien pronto se vieron envueltos por el enemigo: unos murieron en la refriega y los restantes fueron fusilados en el acto.

Muy niño era yo: pero recuerdo haber visto pasar, en una función cívico-religiosa, el carro fúnebre, no sé si real ó simbólico, de aquellas nobles víctimas de la idea liberal y de aquella guerra fratricida, cuyas cicatrices, abiertas una y otra vez lleva sobre sus carnes nuestra pobre España.

José ECHEGARAY.

GOYA

CONCLUSIÓN DEL CATÁLOGO DE SUS OBRAS

Casa de Goya.

Esta casa, situada en el camino bajo de San Isidro, pasado el puente de Segovia, era conocida por *La casa del sordo*, y estaba toda decorada por el astista propietario. Hace algunos años se trasladaron las pinturas, que estaban pintadas al óleo sobre las paredes, á lienzo. Una parte de ellas se halla hoy en el Museo del Prado, las restantes se llevaron al extranjero.

69.—Dos frailes viejos, con barba blanca ; uno de ellos se apoya en un bastón.

70.—La Romería de San Isidro. Un grupo de gentes alrededor de un pobre que toca la guitarra.

71.—Judit y Holofernes. Una mujer con un cuchillo en la mano presenta la cabeza de Holofernes á una vieja, vista de perfil.

72.—Saturno devorando á sus hijos. Un viejo desnudo, con largo cabello y barba incultos, teniendo un niño cogido con las manos, del que se ha comido la cabeza.

72 duplicado.—Aquelarre de brujas. Varias viejas acurrucadas adorando á un macho cabrío vestido de fraile. A la derecha una joven sentada, con las manos metidas en un manguito.

73.—Una señora con mantilla, el velo echado, un pie apoyado en un ribazo, sobre el que hay una barandilla de hierro.

74.—Dos viejos comiendo sopas. Poco más que de busto.

75.—Visión. Sobre un cielo color de azufre dos figuras volando por el aire ; una de ellas envuelta en una capa roja enseña á la otra una ciudad situada en una altura. En la parte inferior paisaje y algunos jinetes. En primer término dos soldados apuntando con los fusiles á los caballeros.

76.—Varios frailes y otras gentes marchando por un desfiladero.

77.—Dos mujeres riendo.

78.—Varios hombres agrupados oyendo á uno que lee un papel.

79.—La Riña. Dos vaqueros, uno frente á otro, pelean á garrotazos. A lo lejos se ve el ganado.

80.—Las Parcas. Están sentadas sobre una nube encima de las copas de los árboles. Una de ellas va á tirar al suelo un feto que tiene en la mano; otra se ríe, y la tercera mira con un lente al desdichado.

81.—Un perro nadando contra la corriente. Los números 73, 75, 76, 79 y 80, son los que se conservan en el Museo.

Algunos de estos cuadros fueron grabados al aguafuerte por D. Eduardo Gimeno.

Museo del Prado.

82.—Ataque del pueblo á los mamelucos en la Puerta del Sol el día 2 de Mayo. Ancho 3,45; alto 2,66.

83.—Fusilamientos verificados la noche del 3 de Mayo en la Montaña del Príncipe Pío.

Estos dos cuadros han sido grabados al aguafuerte por D. José Galván.

84.—Un picador de toros á caballo. Ancho 0,47; alto 0,56.

85.—El exortizado. Un sacerdote hace el conjuro al poseído, que se halla sentado en el suelo rodeado de muchas gentes. Ancho 0,60; alto 0,48.

Academia de San Fernando.

86.—Procesión del Viernes Santo.

Pasa la procesión por una calle. Sacerdotes llevan las andas de un Crucifijo y una Virgen de la Soledad. En primer término marchan, al lado de la comitiva, disciplinantes con las espaldas desnudas y caperuzas altas en la cabeza. Hacia la izquierda del espectador se ven algunas mujeres arrodilladas.

87.—El Tribunal de la Inquisición.

Vista de la sala del Tribunal en la que están sentados los familiares, y tres reos con corozas y sambenitos. Un juez desde la tribuna hace la acusación.

88.—Corrida de toros en la plaza de un pueblo.

El picador está en el acto de ejecutar la suerte. Varios toreros le rodean; en el fondo espectadores.

89.—El Patio de una casa de locos.

Están desnudos; unos sentados en el suelo y otros en pie entregados á juegos extravagantes.

90.—El Entierro de la Sardina, en la pradera del Canal de Manzanares.

Hombres y mujeres, vestidos de máscaras, bailando; otros sentados, ó en pie, contemplándolos. En el centro llevan un gran estandarte, con una caraza pintada en él.

Estos cincos cuadros han sido grabados al agua fuerte por D. José Galbán.

Otros cuadros de costumbres y fantásticos.

91.—El bandido, conocido por el *Maragato*, amenaza al lego Fr. Pedro de Zaldivia con una escopeta, y éste le pre-

senta un par de zapatos. Están á la puerta de la casa del sobreguarda. El ladrón tiene calzones de ante y chaquetilla azul. Ancho 0,37; alto 0,28.

92.—Fr. Pedro agarra la escopeta del *Maragato*. Tres hombres asoman á la puerta. Ancho 0,37; alto 0,28.

93.—Luchan el lego y el bandido á brazo partido para posesionarse de la escopeta. Por la puerta abierta se ve el campo y el caballo del bandido. Ancho 0,37; alto 0,28.

94.—Sale el malechor escapado fuera de la casa, y el lego, que se ha apoderado del arma, le dispara un tiro apuntando á las piernas. Detrás el caballo huyendo espantado. Ancho 0,37; alto 0,28.

95.—El *Maragato* caído en el suelo, y Fr. Pedro amenazándole con la culata de la escopeta. Ancho 0,37; alto 0,28.

96.—El bandido sentado en el suelo, visto de espaldas, y el lego de rodillas á su lado atándole los brazos á la espalda con una cuerda. A lo lejos se ven cuatro hombres que vienen en ayuda del lego; uno de ellos enarbola un palo en la mano. Ancho 0,37; alto 0,28. (Pintados los seis en tablas de pino.)

Ignoro el paradero de estos cuadros, que hace muchos años tuve ocasión de ver y de tomar los apuntes que acompañan.

97.—Una especie de sayón, arrodillado en el suelo, sujeta á una mujer que está echada, medio desnuda y vuelta de espaldas. Al lado de la mujer llora un niño de pecho tirado en el suelo. Otro niño mayorcito trata de sujetar los brazos del sayón. Detrás, en pie, contempla la escena una especie de fraile que tiene un cuchillo en la mano. En el fondo se ven dos mujeres desnudas colgadas de árboles, por las piernas, con la cabeza hacia abajo. Ancho 0,37; alto 0,30. (Tabla.)

98.—En primer término una mujer, arrodillada, forcejea por desasirse de las garras de un hombre, que, en pie, detrás, trata de sujetarla, agarrándola por el pelo y por un brazo. Un niño llora y grita, agarrado á la mujer. Detrás, entre tres hombres, llevan á cuestas á una mujer muerta, desnuda, y apenas cubierta por un paño. Ancho 0,37; alto 0,30. (Tabla.)

Hace también muchos años que vi estos cuadros, y otros dos compañeros, en casa de un tratante en pinturas. Creo que entonces pertenecían á D. Constantino Ardanaz. De los dos que no describo, sólo recuerdo que uno de ellos representaba unos frailes echando libros y papeles en una hoguera.

99.—La Misa de parida.

Una joven, arrodillada delante del altar, teniendo en brazos al recién nacido. El sacerdote, visto de espaldas, dice la misa. La concurrencia está arrodillada.

100.—El Globo.

Gentes, á pie y á caballo, corren siguiendo la dirección de un globo que marcha por el aire.

101.—Capricho.

Un burro, un toro y un elefante atraviesan el espacio lleno de globos.

El dueño de estos tres cuadros lo era el pintor D. Federico de Madrazo.

102.—El Incendio.

Multitud de gentes huyendo de unas casas que se queman.

103.—El Teatro ambulante.

Una barraca, delante de la que hay un arlequín y otros cómicos; algunas gentes en pie les están mirando.

104.—Robo de un coche.

Salteadores deteniendo á varios pasajeros.

105.—Una inundación.

Estos cuadros, pintados en hoja de lata, pertenecieron á la colección formada por el conde de Adanero.

106.—Fabricación de balas en la sierra de Mallén. Ancho 0,52; alto 0,33. (Tabla.)

Campesinos en el interior de un bosque fabricando balas para lo que se auxilian de una hoguera.

107.—Fabricación de pólvora en la sierra de Mallén. Ancho 0,52; alto 0,33. (Tabla.)

Unos hombres machacan salitre, otros cargan con cajones; un caballero, vestido de negro, parece dirigir la operación.

Estaban estos cuadros en la Casita del Príncipe en El Escorial.

108.—Ataque del pueblo de Madrid á los mamelucos el día 2 de Mayo.

Boceto del cuadro del mismo asunto que está en el Museo; perteneció á D. Valentín Carderera y hoy á la Sra. Duquesa de Villahermosa.

109.—Baile de máscaras. En primer término destaca una maja que baila con un hombre vestido caprichosamente con capucha y holgados pantalones. Detrás se ven otras parejas. Ancho 0,38; alto 0,30.

(*Pertenece á la Sra. Duquesa de Villahermosa.*)

110.—Baile campestre.

111.—Merienda en el campo.

Un pobre que pasa pide limosna á la reunión.

112.—Boceto para el cuadro de San Francisco el Grande, con algunas variantes.

113.—Otro boceto para el mismo cuadro, cuya variante consiste en que falta el retrato de Goya.

114.—La Misa de parida.

Repetición, en menor tamaño, de la que poseía D. Federico de Madrazo.

Incluyo los cinco cuadros anteriores, citados en el catálogo de M. Iriarte, como pertenecientes al Sr. Marqués de la Torrecilla, pero no los he visto.

115.—La Cucaña.

Tampoco conozco éste, que fué propiedad del marqués de Selva Alegre.

116.—Las Manolas al balcón.

Dos señoras, con mantillas blancas, sentadas tras de la barandilla de un balcón. Detrás de ellas dos caballeros. (Figuras del tamaño natural.)

117.—Repetición del cuadro anterior, que poseía el duque de Montpensier. (*No lo he visto.*)

118.—Otra repetición del mismo cuadro, que poseía D. José de Salamanca. (*Tampoco la he visto.*)

119. — Una Feria. Ancho 2,00; alto 1,50 (aproximadamente).

Cuadro con figuras pequeñas, que perteneció á D. Juan Pérez Calvo.

120.—Interior de una iglesia.

Es muy oscura, y está llena de fieles arrodillados delante de un sacerdote.

Vi este cuadro en una almoneda de ellos.

121.—Una Escuela de niños.

Uno de los muchachos es castigado con azotes por el maestro, y los demás contemplan la corrección.

Era propiedad de un señor canónigo de la Colegiata de la Granja, cuyo nombre ignoro.

122.—Un niño y una negrita tiran de la falda á una mujer anciana que se agarra á un hombre, del que no se ve más que el hombro y un brazo.

123.—Una joven elegante hace rabiar á una anciana, que parece la misma del cuadro anterior, y ella le presenta una cruz como para ahuyentarle. Ambos cuadros están firmados en 1795.

Pertenecen á doña Carmen Berganza de Martínez, en Torrejón de Velasco.

124.—Cueva de bandidos. Ancho 0,21; alto 0,56.

Interior de una caverna, á través de cuya boca se ve el cielo; los bandidos duermen.

125.—Bandidos fusilando un grupo de hombres y mujeres; una de éstas trata de defender á un niño con su cuerpo. Ancho 0,21; alto 0,56.

126.—Hospital de pestíferos. Ancho 0,21; alto 0,56.

Los enfermos están tendidos en el suelo; los enfermeros toman precauciones para evitar el contagio.

127.—Varias mujeres reunidas en una habitación; las ilumina una vela que tiene una de ellas en la mano. Ancho 0,32; alto 0,40.

128.—A la entrada de una gruta un malvado asesina á una

mujer medio desnuda que se halla tendida en el suelo; él está arrodillado delante. Ancho 0,32; alto 0,40.

129.—En el interior de una gruta, un bandido asesina á una mujer que tiene atada á una roca. Ancho 0,32; alto 0,40.

130.—Dos bandidos desnudando á dos mujeres en el interior de una caverna. Ancho 0,32; alto 0,40.

131.—Un fraile de coloquio con una señora. Ancho 0,32; alto 0,40.

132.—Goya y la duquesa de Alba (?). Ancho 0,32; alto 0,40.

No he visto ninguno de estos nueve cuadros, que M. Iriarte señala como existentes en casa del Sr. Marqués de la Romana. Sospecho que el asunto del último sea una calificación arbitraria.

133.—Los Toros en el arroyo. (Cobre.) Ancho 0,30; alto 0,40.

134.—Corrida de Toros. (Cobre.) Ancho 0,30; alto 0,40.

M. Paul Lefort vendió en París estos cuadros, que adquirió en Madrid, y pertenecían á una preciosa colección compuesta de cuatro cobres más, representando lances de la lidia. Ignoro el paradero de estos cuadros, y no puedo describirlos porque hace muchos años que los vi.

Asuntos religiosos.

135.—La Virgen de los Angeles.

Fresco pintado en una de las cúpulas y sus correspondientes pechinas, en la iglesia del Pilar de Zaragoza. Pintado en 1780-1781.

En la biografía de Goya, puesta al frente de la edición de los Desastres de la guerra, publicada por la Academia de San Fernando, se citan tres cuadros pintados para la capilla de Monte-Torrero. Como no los conozco, y aquella nota no da dato ninguno, no los anoto.

136.—San Bernardino de Siena, predicando. Ancho 3,00; alto 4,80.

Está el santo subido en un montículo, y debajo, en pie á su alrededor, caballeros y frailes oyendo el sermón. En uno de los personajes del segundo término se retrató el autor. En el fondo, sobre una colina, se ve una ciudad. Piatado en 1782-1783 para una capilla de San Francisco el Grande, donde se conserva. Recibió el autor diez mil reales por esta obra.

137.—Jesús crucificado. Ancho 1,53; alto 2,55.

Fué pintado para la iglesia de San Francisco el Grande. Hace poco tiempo se veía en el Museo del Prado.

138.—Decoración, al temple, de la iglesia de San Antonio de la Florida.

En la cúpula está representado San Antonio resucitando á un muerto. En las cuatro pechinas, niños sobre nubes, sosteniendo cortinas. Detrás del altar mayor, en la parte alta, gloria y concierto de querubines. En las bóvedas y témpanos serafines sosteniendo cortinajes. Pintado en 1798.

Estas pinturas han sido grabadas al aguafuerte por D. José Galbán.

139.—Sacra Familia.

Se conserva en el Museo del Prado.

140.—La Comunión de San José de Calasanz. Ancho 1,80; alto 2,50. Pintado en 1820 para la iglesia de las Escuelas Pías de San Antonio Abad, en donde se conserva.

141.—La Concepción.

142.—San Bernardo.

143.—San Benito.

144.—San Raimundo.

Estos cuatro cuadros, con figuras del tamaño natural, fueron pintados el año de 1784 *para el Colegio de Calatrava de la Universidad de Salamanca, donde se hallan.*

145.—La Muerte de San José. Ancho 1,60; alto 2,20.

El santo está echado en el lecho, y á su lado, en pie, Jesús á la derecha, y á la izquierda la Virgen.

146.—San Bernardo y San Roberto. Ancho 1,60; alto 2,20.

Están los santos bautizando á un hombre arrodillado, que se apoya en una muleta.

147.—Santa Lutgarda. Ancho 1,60; alto 2,20.

Está arrodillada en oración delante de un crucifijo. A sus pies hay un ramo de azucenas.

Estos cuadros debieron ser pintados en 1787, *para la iglesia del convento de monjas de Santa Ana, en donde se ven, en Valladolid.*

148.—San Francisco de Borja despidiéndose de su familia.

Está el santo en la escalera de un palacio, abrazado á un caballero. Una señora y un paje lloran; otras varias personas dan muestras de tristeza.

149.—San Francisco de Borja auxiliando á un moribundo.

Este se halla en la cama y convulso, medio desnudo, mal cubierto por una manta. El santo, en pie, al lado de la cama, le presenta un crucifijo, y detrás se ven unos diablos esperando el momento de arrebatar la presa.

En ambos cuadros las figuras son del tamaño natural. Fueron pintados en 1788, *por encargo de la Condesa de Benavente, que pagó por los dos treinta mil reales. Fueron grabados por D. Vicente Peleguer, el primero en* 1805 *y el segundo en* 1807. *Los dos cuadros se hallan en la catedral de Valencia, para donde fueron pintados.*

150.—San Francisco de Borja despidiéndose de su familia, Ancho 0,26; alto 0,37.

151.—San Francisco de Borja auxiliando á un moribundo. Ancho 0,26; alto 0,37.

Estos dos cuadros son bocetos de los dos anteriores, y son propiedad del Marqués de Santa Cruz.

152.—La Traición de Judas. Ancho 2,00; alto 3,00.

Judas se acerca á besar á Jesús, que se halla en el centro de la composición, rodeado de soldados y sayones. La escena está iluminada por la luz de una linterna.

Este lienzo, que se halla en la sacristía de la catedral de Toledo, fué pintado en 1787.

153.—Santa Justa y Santa Rufina. Ancho 1,75; alto 3,20.

Las santas están en pie, una junto á otra; tienen en las

manos cántaros y palmas. A la derecha se ve un león lamiendo los pies de una de ellas. En primer término, en el suelo, un ídolo roto; en el fondo la Giralda. Un rayo de luz que baja del cielo ilumina la escena.

Fué pintado este cuadro en 1817 *para la catedral de Sevilla, en donde se conserva.*

154.—Santa Justa y Santa Rufina.

Este boceto del cuadro anterior le vi no hace mucho en una almoneda de cuadros. Ignoro su paradero actual.

En 1775 escribía Goya á su amigo D. Martín Zapater: «Aquí tengo el San Cristobal, y al reverso te haré la Dolorosa;» parece como si se tratara de un estandarte; ni sé si lo pintó, ni, caso de hacerlo, dónde está. En Enero de 1787, decía al mismo sujeto: «La Nuestra Señora del Carmen te la haré, sin duda alguna, pero *aora* no puedo ni perder un día.» En Mayo del mismo año le volvía á hablar del asunto: «Qué Virgen del Carmen te he de pintar tan *ermosa*.» Más adelante le vuelve á hablar de este encargo, pero siempre sin haberlo hecho. Ignoro si por fin lo hizo.

Asuntos alegóricos.

155.—La Agricultura. (Medallón circular.) Diámetro 2,22.

Está representada por una matrona sentada, coronada de espigas, teniendo una manzana en una mano; á su lado un hombre le ofrece flores y frutas. Fondo de paisaje. En el cielo los signos de *Libra* y *Escorpión*.

156.—La Industria. (Medallón circular.)

Figurada por dos mujeres sentadas delante de devanaderas, con las que trabajan. El fondo parece taller de una fábrica, y se ven en él otras mujeres.

157.—El Comercio. (Medallón circular.) Diámetro 2,22.

Dos hombres, vestidos con trajes moriscos, se hallan sen-

tados escribiendo en una mesa. En el fondo otros dos hombres examinando un libro. En primer término se ven sacos de dinero y una cigüeña.

Estos tres cuadros, pintados al temple sobre lienzo, el año de 1800, *decoran la biblioteca del ministerio de Marina.*

158.—Alegoría.

Una matrona apoyada en el escudo de armas de la Villa de Madrid. A su lado un ángel sosteniendo un medallón, en el que se lee: «2 de Mayo». En la parte superior la Fama volando y tocando una trompeta.

159.—Emblema del Real Instituto militar pestalozziano.

En el centro el escudo de armas de España; delante de él un niño, vestido con el uniforme militar del Instituto, apoyado en un tablero, en el que hay dibujadas figuras geométricas; á la derecha dos niños sentados sosteniendo un tablero con cuentas aritméticas. En el fondo dos grupos de estudiantes, uno con el traje del Instituto, otro con el universitario. Un rayo de luz atraviesa el cuadro de izquierda á derecha. Debajo del escudo de armas se lee la fecha 1806, en que debió ser pintado este cuadro, cuyo paradero no he podido averiguar.

Está grabado por Albuerne.

160.—Apoteosis de la Música. Sobre unas peñas, por entre las cuales baja un arroyo, se ve una matrona sentada á cuyos pies y costado derecho hay tres niños desnudos, en el aire, uno con una trompeta en las manos, otro con platillos y otro con batuta, como dirigiendo la orquesta á cuyo compás canta un coro de muchachas. Detrás de la peña, escuchando, hay tres viejos. Ancho 3,38; alto 3,02.

161.—España escribiendo la Historia. La figura alegórica principal es una matrona que está en pie, con un libro pequeño en la mano derecha. El Tiempo, representado en un viejo con alas, la coge por la muñeca izquierda con ademán de llevársela. Delante hay otra mujer medio desnuda, sentada con un papel sobre las rodillas y una pluma en la mano. Ancho 2,45; alto 3,02.

M. Iriarte dice que vió estos cuadros en Cádiz, muy restaurados, en casa de M. Shaw, cónsul de Austria. Se que actualmente los posee D. Luis Navas en la escalera de su casa, calle de la Lealtad, en Madrid. No los conozco.

162.—El Tiempo descubre la Verdad.

Este es un cuadro pequeño que vi no hace mucho en una almoneda de cuadros. Había pertenecido á D. Juan José Martínez Espinosa, y no sé á quién pertenece ahora.

Retratos.

163.—La Familia del infante D. Luis.

Están el infante y su mujer en el tocador de ésta, que viste peinador blanco; un niño y una niña juegan. Goya á un costado, pintando el cuadro.

Fué ejecutado en Arenas de San Pedro el año 1783, *y dieron por él al autor veinte mil reales, y una bata bordada de plata y oro para su mujer, que según él valía treinta mil reales.*

164.—El infante D. Luis de Borbón. (Medio cuerpo.) Está firmado, «Goya, desde las nueve á las once de la mañana, 11 de Setiembre de 1783».

164 bis.—Doña María Teresa de Vallabriga. (Medio cuerpo.) Firmado, «Goya, desde las once á las doce, 27 de Agosto de 1783».

165.—La Condesa de Chinchón. (En pie, de cuerpo entero.)

166.—El Cardenal Borbón. (Medio cuerpo.)

167.—El General Ricardos. (Cuerpo entero.)

Grabado en busto por Blas Ametller.

168.—El almirante Mazarredo. (Cuerpo entero.)

Estos siete retratos se hallan en el palacio de los condes de Chinchón, en Boadilla del Monte.

169.—El Conde de Floridablanca. Está en pie, y Goya enseñándole un cuadro; detrás el secretario del conde, y en el

fondo, puesto en un caballete, un retrato de Carlos III. Pintado en 1783.

170.—La Excma. señora doña María Pontejos, condesa de Floridablanca. (Cuerpo entero.)

Los dos cuadros anteriores figuran en casa del señor marqués de Miraflores.

171.—D. Pedro Alcántara Téllez Girón, duque de Osuna. (Medio cuerpo.)

172.—Doña María Josefa Pimentel, condesa de Benavente. (Medio cuerpo.)

173.—El duque de Osuna.

Está en pie, en el campo, leyendo una carta, apoyado en un ribazo; en traje de montar, con la cabeza descubierta y el sombrero al lado.

174.—El general Urrutia.

En pie, vestido de uniforme; tiene en la mano izquierda el sombrero y el bastón, y en la derecha un anteojo. En el fondo peñascos, y á lo lejos una ciudad á la falda de un monte.

Pintado en 1799. *Grabado por Blas Ametller.*

Los cuatro anteriores retratos pertenecieron á la casa de Osuna.

175.—D. Carlos Gutiérrez de los Ríos, duque de Fernán Núñez. (En pie, de cuerpo entero.)

176.—Doña Vicenta Solís, duquesa de Montellano. (En pie, de cuerpo entero.)

177.—El rey Carlos III.

En traje de caza, con un perro blanco echado á sus pies.

Pertanecen los tres cuadros anteriores á la casa de Fernán Núñez.

178.—La familia de Carlos IV. Ancho 3,36; alto 2,80.

En el centro están los reyes Carlos IV y su esposa María Luisa, en pie, teniendo ésta de la mano al infante D. Francisco, y al lado á la infanta, niña, María Isabel. A la izquierda del espectador el príncipe de Asturias Fernando; su mujer María Antonia; el infante D. Carlos, y doña María Josefa, hermana del rey. Detrás de este grupo se ve á Goya ocupado

en trasladar la escena al lienzo. A la derecha el infante D. Antonio; el príncipe Luis de Parma; María Luisa su mujer, con un niño de pecho en los brazos; y la infanta doña Carlota Joaquina. En el fondo del salón donde están se ven colgados algunos cuadros.

Pintado en 1800.

179.—El infante D. Francisco, de niño. Ancho 0,60; alto 0,74.

Estudio de medio cuerpo para el cuadro anterior.

180.—El infante D. Carlos María Isidro. Ancho 0,60; alto 0,74.

Estudio en busto para el mismo cuadro.

181.—El príncipe de Parma. Ancho 0,60; alto 0,74.

Busto, estudio para el mismo cuadro.

182.—El infante D. Antonio de Borbón. Ancho 0,60; alto 0,74.

Estudio en busto para el mismo cuadro.

183.—La infanta doña María Josefa, hermana de Carlos IV. Ancho 0,60; alto 0,74.

Estudio en busto para el mismo cuadro.

Estos cinco estudios para el cuadro de los retratos de la familia Real, tienen por fondo el rojo de la imprimación del lienzo.

184.—El rey Carlos IV. Ancho 1,26; alto 2,02.

Está en pie, vestido de coronel de Guardias de Corps.

185.—La reina María Luisa. Ancho 1,26; alto 1,99.

En pie, vestida con falda negra de gasa, corpiño de color de naranja y mantilla de blonda negra sujeta á la cabeza con un lazo de seda color de rosa.

186.—Carlos IV á caballo, vestido de coronel de Guardias de Corps. Fondo de paisaje en día de niebla. Ancho 2,79; alto 3,35.

187.—María Luisa, á caballo; vestida de coronel de Guardias de Gorps. Fondo de paisaje. Ancho 2,79; alto 3,35.

188.—Fernando VII. Ancho 1,44; alto 2,07.

Está en pie, vestido de general, y tiene el sombrero debajo

del brazo. Fondo de paisaje, y á lo lejos un campamento con caballos y soldados.

189.—El pintor D. Francisco Bayeu y Subias. Ancho 0,84; alto 1,12.

Sentado en un sillón; tiene casaca gris y faja verdosa; en la mano derecha una brocha. (Figura hasta las rodillas).

190.—Doña Josefa Bayeu, mujer de Goya. Ancho 0,56; alto 0,81.

Está sentada; tiene pañuelo blanco sobre los hombros, y el abanico cogido con ambas manos, apoyado en la falda. (Más de media figura.)

191.—El general D. José de Palafox, defensor de Zaragoza.

Va á caballo, vestido de uniforme, galopando hacia una ciudad sitiada que señala con el sable. (Tamaño natural.)

192.—Goya. (Busto.) Ancho 0,56; alto 0,81.

Estos quince retratos se conservan en el Museo del Prado.

193.—Carlos IV. (Busto.) Ancho 0,60; alto 0,74.

194.—María Luisa. (Busto.) Ancho 0,60; alto 0,74.

195.—Fernando, príncipe de Asturias. (Busto.) Ancho 0,60; alto 0,74.

196.—La infanta María Isabel, niña. (Medio cuerpo.) Ancho 0,60; alto 0,74.

Estos cuatro retratos son estudio para el cuadro de la familia de Carlos IV; compañeros á los que se hallan en el Museo del Prado.

196 bis.—Retrato de una señora con mantilla blanca. Ancho 0,60; alto 0,99.

197.—El pintor Asensio Juliá. Ancho 0,42; alto 0,55.

Estos seis retratos se hallaban en Sevilla, en casa del señor Duque de Montpensier.

198.—Carlos IV.

199.—María Luisa.

200.—Carlos IV, en traje de caza.

201.—María Luisa.

Estos cuatro retratos de cuerpo entero se hallan en el Palacio Real de Madrid.

202.—D. Juan Villanueva, arquitecto; vestido de uniforme, delante de una mesa con planos y papeles. (Medio cuerpo.)

Grabado por Alegre.

203.—D. Leandro Fernández Moratín. (Busto.) Pintado en 1799.

204.—La actriz Rosario Fernández, conocida por *La Tirana.* (En pie, de cuerpo entero.)

Grabado por Navarrete.

205.—Goya. (Busto.)

Es el estudio para el cuadro en que se retrató con el médico Arrieta, y el que hay en el Museo es repetición ó copia buena de éste.

206.—El arquitecto D. Ventura Rodríguez.

Ignoro dónde para el original de la copia que posee la Academia de San Fernando.

207.—Fernando VII. A caballo, con el bastón de mando en la mano.

Grabado al aguafuerte por Galbán.

208.—D. Manuel Godoy, príncipe de la Paz.

Vestido de general, sentado en el campo, con la cabeza descubierta, rodeado de banderas y trofeos militares.

209.—La Maja echada.

Retrato de una mujer desconocida, echada, vestida, en una cama, con las manos cogidas encima de la cabeza. (Tamaño natural.)

210.—La misma mujer, en la misma actitud, completamente desnuda. (Tamaño natural.)

211.—D. José Luis Munarriz. (Medio cuerpo.) Pintado en 1815.

Los diez retratos anteriores se conservan en la Academia de San Fernando.

212.—La duquesa de Alba. (Cuerpo entero.)

Está vestida de blanco, con un gran cinturón rojo; collar de coral y braceletes de oro con camafeos. Lleva el pelo suelto colgando, y en él una gran moña al lado derecho. La actitud

es de señalar al suelo, en donde se lee la dedicatoria siguiente: «A la duquesa de Alba D. Francisco Goya 1795.» Fondo de paisaje árido.

Se encuentra este retrato en el palacio de Liria

213.—La duquesa de Alba, joven. (Medio cuerpo.)

214.—Otro retrato de la misma duquesa como de cuarenta años. (Medio cuerpo.)

215.—El Duque de Alba. (Medio cuerpo.)

216.—Retrato de Goya. (Busto.)

Los cuatro cuadros anteriores pertenecen á doña Carmen Berganza de Martínez, de Torrejón de Velasco. (No los he visto.)

217.—La familia del marqués de Villafranca.

La marquesa, vestida de gasa blanca y con manga corta, está sentada: tiene en una mano una campanilla de plata con la que entretiene á su hijo que está en pie delante de ella, vestido con camisa de gasa transparente, á través de la que se le ve el cuerpo. El marqués, con uniforme de Guardia de Corps, detrás de su mujer.

218.—La marquesa de Villafranca.

Vestida de gasa blanca, está pintando el retrato de su marido, y se hace atrás en su asiento para ver el efecto de su obra. En la mano tiene un pincel.

219.—La marquesa viuda de Villafranca.

Lleva un pañuelo cruzado, traje de color gris perla, una rosa y grandes lazos azules en el corpiño. Tiene el abanico en la mano. (Medio cuerpo.)

220.—La duquesa de Alba.

Vestida de blanco, con faja ceñida del mismo color; el pelo rizado adornado con lazos rojos. (Medio cuerpo.)

221.—La duquesa de Alba.

Repetición del retrato del palacio de Liria.

222.—El Duque de Alba.

Tiene peluca blanca de orejas: chaleco blanco punteado de azul, casaca color de avellana, pantalón gris verdoso y botines negros. Está en pie, apoyado en un clavicordio, leyendo

un cuaderno de música. El sombrero de tres picos está sobre el instrumento.

Los seis cuadros anteriores se hallan en casa del marqués de Villafranca.

223.—Retrato de una señora representando una Musa. Ancho 2,63; alto 1,22.

224.—La condesa de Haro. Ancho 0,26; alto 0,37.

Estos dos retratos son propiedad del señor Marqués de Santa Cruz.

225.—La marquesa de Lazán. Ancho 0,85; alto 1,00. (Cuerpo entero.)

Está recostada sobre el respaldo de un sillón. Traje del tiempo del Imperio; vestido blanco con franjas de oro. (Actualmente en casa del duque de Alba.)

226.—La condesa de Miranda. Ancho 0,83; alto 1,00. (Medio cuerpo.)

Estos dos retratos pertenecieron á la Condesa de Montijo.

227.—Fernando VII. En pie, en traje de gala. (Ministerio de la Gobernación.)

228.—El actor Isidoro Maiquez. (Museo del Prado).

Grabado por Esteve.

229.—El cantor de la catedral de Toledo D. Pedro Mocarte. (Medio cuerpo.)

Este cuadro, procedente de la familia del retratado, se vendió en París.

230.—El pintor Asensio Juliá. Tiene sombrero con escarapela tricolor.

231.—Goya, de edad de treinta años. Tiene un lápiz en la mano.

232.—Fernando VII. A caballo. Boceto del que está en la Academia de San Fernando.

Estos tres retratos pertenecieron á D. Federico de Madrazo. El primero se vendió en París.

232 bis.—El Sr. D. N. Porcel, vestido de cazador.

233.—La señora de Porcel.

Vi estos dos retratos, procedentes de Granada, en casa del general Zayas.

234.—D. Juan Agustín Ceán Bermúdez, crítico y autor del *Diccionario de los profesores de las bellas artes de España.*

Grabado por Galbán.

235.—Retrato de un caballero, vestido con traje de campo, con sombrero blanco de alas anchas.

Grabado por Galbán, con el título El Torero.

236.—D. Javier Goya, hijo del pintor.

Está en pie, con traje gris y el sombrero en la mano; un perrito blanco está echado en el suelo.

237.—Retrato de la mujer de D. Javier Goya.

Está en pie, con mantilla y abanico, y tiene un perrito echado á sus pies.

Grabado al aguafuerte por Jacquemart. Pertenecieron estos dos retratos á D. José de Salamanca, y fueron vendidos en París.

238.—La Joven de la rosa.

Una joven muy morena vestida con traje á la francesa del tiempo de la República. Grabado al aguafuerte para la *Gacette des Beaux arts.* (Se vendió en París.)

239.—Retrato de señora, conocido por *La Librera.* (Perteneció al marqués de Heredia.)

240.—D. José Caveda. (Pertenece á la familia del retratado.)

241.—El doctor Arrieta presentando una medicina á Goya enfermo. Tiene una dedicatoria del autor al médico en prueba de agradecimiento. Pintado en 1823.

242.—Junta de la Sociedad de los Gremios, presidida por Fernando VII.

Este gran cuadro, cuyas figuras, algo menores que el tamaño natural, son todas retratos de los accionistas de aquella Sociedad, perteneció á D. Angel María Terradillos.

243.—Doña Catalina Viola.

244.—Doña Antonia Zárate.

245.—D. Juan Meléndez Valdés.

246.—Lord Wellington.

247.—D. Félix de Azara, viajero y naturalista.

248.—El príncipe de la Paz, á caballo. (Pintado en 1800.)

249.—D. Bartolomé Sureda. Ancho 0,80; alto 1,20.

250.—Doña T. Sureda. Ancho 0,80; alto 1,20.

251.—El Conde de España.

252.—D. Ramón Pignatelli.

253.—D. Martín Zapater.

254.—D. Félix Colón. (Medio cuerpo.)

255.—El tenor Manuel García.

256.—D. Juan Martín Goicoechea.

257.—El conde de Gausa. (Grabado en el *Elogio del Conde de Gausa.)*

No sé el paradero de ninguno de estos retratos, ni los he visto; pero consta que Goya los pintó.

258.—D. Juan Antonio Llorente, autor de la *Historia de la Inquisición.* Ancho 1,12; alto 1,86.

Está en pie, vestido de sacerdote, con las manos cruzadas cogiendo un pañuelo. Lleva al cuello la cinta y cruz del mérito, creada por José I.

Pertenece á la familia del retratado, y, por tradición, se dice fué pintado en París en 1815, *lo cual debe no ser cierto, pues Goya no salió de España en esa época.*

259.—D. Gaspar Melchor de Jovellanos.

Está sentado al lado de una mesa, en la que apoya un codo. El traje es de color gris. (Se conserva en el Congreso de diputados.)

260.—D. Francisco Bayeu y Subias, pintor. (Medio cuerpo.)

Grabado en busto por José Vázquez.

261.—D. Rafael Esteve, grabador. (Medio cuerpo.) Pintado en 1815.

262.—D. Mariano Ferrer. (Medio cuerpo.)

263.—Retrato de una señora desconocida.

Está en el campo sentada sobre el tronco de un árbol. El

vestido es de gasa negra, lleva mantilla negra también, y á su lado está sentado en el suelo un perrito blanco.

Estos cuatro cuadros están en el Museo de Valencia.

264.—M. Ferdinand Guillemardet, embajador de Francia en Madrid en 1798.

Está sentado al lado de una mesa, en la que ha dejado el sombrero, que está adornado con plumas. El traje es de uniforme, con faja tricolor y sable. Tiene una pierna montada sobre la otra, y apoya en el muslo la mano izquierda. (Cuerpo entero.)

265.—El grabador D. Fernando Selma. (Busto.)

Grabado por Selma.

266.—El almirante Mazarredo. (Medio cuerpo.)

Le poseía la familia.

267.—Doña Gumersinda Goicoechea.

Retrato de perfil, en busto: en la parte superior derecha se lee la fecha: «Año 1805».

Grabado por Hameng al aguafuerte.

268.—D. Juan B. de Muguiro.

269.—Una lechera de Burdeos.

Estos dos cuadros son propiedad de la Sra. Condesa de Muguiro.

270.—El matador de toros Pedro Romero.

Es propiedad del señor duque de Veragua.

271.—Retrato de una joven.

En el ángulo inferior izquierdo está escrito con tinta de letra del autor: «La Feliciana, de edad de trece años.» Es el busto de una joven con un pañuelo al cuello y un gracioso adorno de cinta azul y rosa en la cabeza. En parte del fondo está descubierto el lienzo.

Propiedad del pintor D. Cristóbal Feriz.

272.—D. Ramón Satué, alcalde de corte en 1823. (Medio cuerpo.)

273.—Retrato de D. Leandro Fernández Moratín.

Le pintó en Burdeos en 1824, *y el retratado le legó en su testamento á la señora de Silvela.*

274.—D. Mariano Luis de Urquijo.

275.—Vargas Ponce.

Estos dos retratos están en la Academia de la Historia.

276.—Fernando VII. En traje de ceremonia con manto real. (Cuerpo entero.)

Se halla en las oficinas del Canal Imperial, en Zaragoza.

277.—Doña Francisca de Sales Portocarrero, Condesa del Montijo.

Está en actitud de bordar en un bastidor, rodeada de sus cuatro hijas.

Me dicen que está en casa del Sr. Duque de Alba; no lo he visto.

278.—El *tío Paquete,* popular ciego de las gradas de San Felipe.

Me dicen que lo posee el Sr. Marqués de Heredia; no lo he visto.

279.—Del famoso guerrillero Juan Martín el *Empecinado.* (Busto.)

Me dicen que lo posee D. Luis Navas; no lo he visto.

280.—Señora con mantilla negra y peineta. (Busto.)

Propiedad del pintor D. Aureliano de Beruete.

Grabados.

ASUNTOS RELIGIOSOS

1.—La Huida á Egipto. Aguafuerte pura. Lleva la firma «Goya, *invt. et fecit*», está grabada á buril.

Debe ser uno de los primeros grabados de Goya. Es raro. La Biblioteca Nacional posee un ejemplar.

2.—San Isidro. Aguafuerte pura. Firmada: «Goya f.»

Se halla en la B. N.

3.—San Francisco de Paula. (Busto.) Aguafuerte pura. Firmada: «Goya, ft.» B. N.

COPIAS DE LOS CUADROS DE VELÁZQUEZ

4.—El infante D. Fernando, vestido de cazador; núm. 1075 del *Catálogo del Museo del Prado*. Aguafuerte y algo de aguatinta: primer estado de aguafuerte, antes de la letra; segundo, con algo de aguatinta; tercero, con la letra. Hay pruebas de tiempo del autor, y más modernas de la Calcografía Nacional.

5.—Menipo; núm. 1101 del C. del M. del P. Aguafuerte: primer estado, antes de la letra; segundo, con la letra en los ángulos inferiores; tercero, con la inscripción total.

6.—Esopo; núm. 1100 del C. del M. del P. Aguafuerte: primer estado, antes de la letra; segundo, con la letra en los ángulos inferiores; tercero, con la inscripción total.

7.—El bufón Pernia, conocido por Barbarroja; núm. 1093 del C. del M. del P. Aguafuerte y aguatinta: primer estado, aguafuerte pura, antes de la letra; segundo, con aguatinta, antes de la letra; tercero, con letra.

8.—El Truhán, conocido por D. Juan de Austria; número 1092 del C. del M. del P. Aguafuerte. (Muy rara.)

9.—Un alcalde viejo. Aguafuerte.

Ignoro el paradero del cuadro original de este grabado. La estampa es tan rara que el ejemplar que posee la Biblioteca Nacional, procedente de la colección de Carderera, se tiene por único.

Supone M. Lefort que el cuadro original es el que figura en el M. del P. con el núm. 692, atribuido á Carreño; pero no es, ni ha existido en el Museo.

10.—El Enano D. Sebastián de la Morra; núm. 1096 del C. del M. del P. Aguafuerte: primer estado antes de la letra; segundo, con la letra en los ángulos inferiores; tercero, con la inscripción total.

11.—El Enano, conocido por el Primo; núm. 1095 del

C. del M. del P. Aguafuerte : primer estado, antes de la letra; segundo, con la letra.

Ceán supone que Goya grabó el Alcalde Ronquillo; el Aguador de Sevilla, y dos bufones más que los conocidos; no los he visto.

12.—El cuadro de las Meninas; núm. 1062 del C. del M. del P. Aguafuerte. (Muy rara.) La Biblioteca Nacional posee un ejemplar.

13.—Felipe III, á caballo; núm. 1064 del C. del M. del P. Aguafuerte.

14.—Doña Margarita de Austria, á caballo; núm. 1065 del C. del M. del P. Aguafuerte.

15.—Felipe IV, á caballo; núm. 1066 del C. del M. del P. Aguafuerte.

16.—Doña Isabel de Borbón, á caballo; núm. 1067 del C. del M. del P. Aguafuerte.

17.—El príncipe D. Baltasar Carlos, á caballo; núm. 1069 del C. del M. del P. Aguafuerte.

18.—El conde-duque de Olivares, á caballo; núm. 1069 del C. del M. del P. Aguafuerte.

19.—El cuadro de los Borrachos; núm. 1057 del C. del M. del P. Aguafuerte.

LOS CAPRICHOS

(Del núm. 20 al 99.)

Esta colección se compone de ochenta planchas grabadas al aguafuerte y aguatinta. Fué ejecutada de 1793 á 1798. De 1796 á 1797 se publicaron setenta y dos solamente, no apareciendo la colección completa, reunida en un tomo, hasta 1802. Por influjo del príncipe de la Paz adquirió la propiedad la Calcografía Nacional, que publicó la segunda edición completa en 1806. En las pruebas de la primera edición la tinta tira á

rojiza; en la segunda, que es muy buena también, la tinta es negra. La tercera es mucho peor.

Los asuntos de estas estampas son sátiras de costumbres, de preocupaciones sociales y del clero; pero nunca personales, ni alusivas á sucesos deteterminados. También hay muchas de pura fantasía. La primera de la colección es el retrato del autor visto de perfil, con sombrero de copa.

Andan dos explicaciones manuscritas de los Caprichos, que se suponen del autor; pero positivamente no lo son. La una, que no explica nada que no se le ocurra á cualquier persona de buen sentido, es probable que esté hecha por Ceán. La otra, que nada explica tampoco, pero que contiene algunas groserías, es de cualquier majadero.

Conócense tres planchas más del tamaño, y acaso de esta colección, pero que no se hallan incluidas en ella, que son:

100.—Sueño de la Mentira é Ignorancia.

Una mujer medio desnuda, con dos caras y unas alas de mariposa en la cabeza, se apoya sobre otros personajes. Un hombre la coge una mano, que aprieta contra su pecho; otra mujer, también con doble cara, la coge la otra mano. Un diablo echado en el suelo, con dos cavidades en vez de ojos, contempla á una serpiente que se va á tragar un sapo con cabeza de ave desplumada. Detrás de este grupo, una mujer en ademán de imponer silencio.

La Biblioteca Nacional posee una prueba.

101.—Una vieja lamentándose, una joven arrancándose los cabellos, y una criada levantando los brazos al cielo; mientras un hombre, sentado en el suelo, trata de hacer tragar una medicina á un perrito.

102.—Una mujer dormida dentro de una prisión; tiene los pies sujetos con cadenas que están colgadas en la pared. Aguatinta sola.

La Biblioteca posee una prueba.

LOS DESASTRES DE LA GUERRA

(*Números del 103 al 182.*)

Esta colección, compuesta de ochenta estampas, fué grabada en su mayor parte en 1810, y algunas láminas en 1815.

Representan, según el encabezamiento proyectado por Ceán, las: «Fatales consecuencias de la sangrienta guerra de España con Buonaparte, y otros caprichos enfáticos en 85 estampas inventadas, dibujadas y grabadas por el pintor don Francisco Goya y Lucientes. En Madrid.»

D. Valentín Cardedera poseía el ejemplar, quizá el único que se conservaba, estampado en tiempo del autor, y que éste había regalado á su amigo Ceán para que revisara las leyendas.

Permaneció inédita la colección hasta 1863, en que la publicó la Academia de San Fernando, con el título que encabeza este párrafo, y una ligera biografía. Se tiraron algunos ejemplares sin leyenda, y tanto estos como algunos de los que tienen la letra están con tinta que tira á rojiza; los posteriores tienen la tinta negra, aunque conservan algo el tono de las primeras pruebas. Algunas raras estampas sueltas que se encuentran de esta colección del tiempo del autor, están impresas con tinta negra, unas al aguafuerte pura, otras con aguatinta; en papel de hilo sin cola, que lleva en la filigrana la marca «Serra». La colección publicada en 1863 está toda al aguafuerte y aguatinta. No van unidas á ella, y son raras, las dos estampas siguientes que la pertenecen:

183.—«Fiero monstruo». Un animal enorme con cabeza como de tigre; está con la boca muy abierta, arrojando por ella un montón de restos humanos.

184.—«Esto es lo verdadero». Una matrona, en pie, coronada de flores, vestida con rica túnica y manto; pero con el

pecho desnudo, se apoya con una mano en un inculto campesino que tiene una azada. En el suelo hay una cesta llena de flores y frutas, y un corderillo cogiendo el manto de la matrona. Rodea el grupo un resplandor; y en el fondo, á la derecha, se ve un árbol cargado de fruta.

LA TAUROMAQUIA

(*Números del 185 al 217.*)

La Tauromaquia se compone de treinta y tres estampas, apaisadas; grabadas al aguafuerte y aguatinta. Una parte de ellas fué grabada en 1815. La edición hecha en tiempo del autor tuvo muy poca circulación por entonces, y puede decirse que no apareció hasta la muerte del hijo del artista; de todos modos, debió ser muy escasa, pues son muy pocos los ejemplares que se conservan, y por esto han logrado alcanzar algún precio.

La segunda edición la hizo la Calcografía Nacional en 1855, con el título de: «Colección de las diferentes suertes y actitudes del arte de lidiar los toros, inventadas y grabadas al aguafuerte por Goya. Madrid, 1855.» En el reverso de la cubierta está impresa la explicación de las láminas. Esta segunda edición es la peor estampada.

Adquiridas las planchas por el editor de París, M. Loizelet, publicó una buena tirada, añadida con siete planchas más inéditas hasta entonces.

Hay algunos estados de láminas de la Tauromaquia: primer estado, al aguafuerte pura; segundo, con aguatinta, pero sin su número en el ángulo superior derecho; tercero, con el número. Además, hay algunas pruebas, rarísimas, sin algunos trabajos de punta seca añadidos entre el segundo y tercer estado.

Las inéditas, hasta la edición francesa, son:

218.—Mariano Ceballos, montado en un toro lidiando otro. Variante de la estampa, núm. 24 de la colección.

219.—Una novillada. Dos picadores montados en burros que tiran de una berlina, pican al toro que acomete á uno de los burros. Otros comparsas, subidos sobre el carruaje, tienen banderillas en las manos. En el fondo la barrera.

220.—Un espada sirviéndose de un sombrero á guisa de muleta; en la plaza chulos, picadores y algunos caballos muertos.

221.—Una cogida. Tal vez la que ocasionó la muerte á Antonio Romero, en 1802, en la plaza de Granada. El toro ha enganchado al diestro por una pierna y le levanta cabeza abajo. Un picador y un capa tratan de salvarle; otros chulos huyen.

222.—Una cogida. Pueda ser el segundo tiempo de la anterior. El toro ha enganchado esta vez al torero por el pecho, y está en posición natural. Un picador y varios capas tratan de hacer que el toro suelte la presa.

223.—Toro acosado por los perros. Variante del núm. 25 de la colección.

224.—Temeridad de Martincho en la plaza de Zaragoza. Variante del núm. 18.

225.—Cinco toros en actitudes diversas.

Esta plancha, publicada en el tomo IX *de* L'Art, *no está incluida en la Tauromaquia.*

La mayor parte de estas láminas están grabadas al reverso de las otras y han dado muy pocas pruebas. Carderera las tenía. La última, que perteneció al pintor Eugenio Lucas, no se publicó hasta que lo hizo la indicada revista francesa.

LOS PROVERBIOS

(*Números del 226 al 243.*)

Se compone esta colección de diez y ocho estampas; y no se publicó por primera vez hasta 1850, en que lo hizo un editor particular, en hojas sueltas. Posteriormente la Academia de San Fernando hizo una tirada, coleccionándolas con el título de: «*Los Proverbios*, colección de diez y ocho láminas inventadas y grabadas al aguafuerte por D. Francisco Goya.»

Atribuye M. Lefort lo endeble de esta edición á la creencia en que está de que el autor las grabó solamente al aguafuerte, y que después se añadió el aguatinta; pero es más probable que la mala tirada dependa, ó de insuficiencia de los los estampadores, ó de haber sido estropeadas las planchas con la tirada de los ejemplares de 1850; y digo esto, porque el trabajo de aguja es demasiado ligero para ser definitivo, y porque, por mucha que fuera la ignorancia del editor no es de creer se metiese en el trabajo y el gasto de darlas el aguatinta. Además, las planchas inéditas, que han dado muy buenas pruebas, tenían aguatinta. Después de la mala tirada de *La Tauromaquia,* por la Calcografía Nacional, se hizo otra mucho mejor en París, porque se limpiaron mejor las planchas.

Tampoco M. Lefort me parece tiene motivo para asignarlas la época que las asigna, pues deben datar, lo más pronto, de 1815; tanto por la libertad de ejecución, cuanto por los trajes que se ven en algunas de ellas, como la que hace el núm. 15, y por la alusión que parece verse en la 14 á la caída de Napoleón.

Representan estas estampas caprichos y alucinaciones inexplicables.

Las que estuvieron inéditas hasta que las publicó la revista francesa *L'Art*, son :

244.—Varios individuos burlándose de unos espantajos simulando soldados.

245.—Una mujer vestida de maja, de pie sobre un caballo que tiene los cuatro pies apoyados en una cuerda floja. En el fondo multitud de espectadores.

246.—Un elefante al que unos hombres vestidos de moros enseñan el Libro de las tablas de la Ley y un collar con cascabeles.

ESTAMPAS SUELTAS

247.—El agarrotado. Aguafuerte.

248.—Un ciego cogido por un toro. Aguafuerte.

Rara, hasta que se publicó por la revista francesa La Gazette des Beaux Arts.

249.—Escena de costumbres. Un grupo de hombres y mujeres rodean á un individuo que toca la guitarra; á la izquierda un gañán conduciendo unos bueyes; á la derecha vendedores de melones; en el fondo un castillo. Aguafuerte.

Es estampa rara y la de mayor tamaño que grabó Goya; la Biblioteca Nacional posee un ejemplar.

250.—El gigante. Está sentado sentado sobre una colina, visto casi de espaldas, con la cabeza vuelta al espectador.

Esta estampa está grabada sobre la plancha ennegrecida por el aguatinta, y luego producidos los claros y medias tintas con el bruñidor.

M. Lefort dice que no conoció más que dos pruebas, y que al reverso del ejemplar que él tenía, que hoy pertenece al Gabinete de estampas de París, tenía escrito con lápiz: «Por Goya, después de tiradas tres pruebas se rompió la lámina.» Si esto fué así, uno de los ejemplares es el citado, otro el que posee la Biblioteca Nacional de Madrid y el tercero el pintor D. Cristóbal Feriz.

251.—Un viejo andrajoso, columpiándose. Aguafuerte.

252.—Una vieja, columpiándose. Aguafuerte.

253.—Un torero. Tiene un trabuco debajo de la capa; en segundo término se ve un toro echado. Aguafuerte.

254.—Una maja con mantilla y los brazos en jarras. Fondo blanco. Aguafuerte.

255.—Una maja con mantilla y los brazos en jarras; muy semejante á la anterior; pero en ésta el fondo es oscuro, y en él se ven indicadas algunas figuras. Aguafuerte.

Los cobres de las cinco estampas anteriores fueron adquiridas por M. Lumley, que hizo hacer una tirada en 1859.

256.—Un ciego, tocando la guitarra. Aguafuerte y aguatinta.

257.—Un prisionero. Tiene las manos atadas á la espalda, los pies cogidos en un cepo de hierro. En el fondo se ve una reja.

Al margen de la prueba que poseía Carderera, procedente de Ceán, se leía escrito con lápiz: «La seguridad de un reo no exige tormento.» Aguafuerte.

258.—Un prisionero. Vuelto hacia la izquierda, con los brazos atados al cuerpo y los pies sujetos con grillos al suelo; lleva una argolla al cuello, de la que cuelga una pesada cadena sujeta á la pared. En el fondo la puerta de la prisión. La prueba que poseía Carderera tenía esta leyenda escrita con lápiz: «Si es delincuente que muera pronto.» Aguafuerte.

Las planchas de los dos prisioneros anteriores fueron adquiridas por M. Lumley.

259.—Un prisionero. Está sentado en el suelo, casi de frente, con las manos cruzadas, sujetas con una cadena, y los pies cogidos con grillos.

La leyenda manuscrita de la prueba de Carderera, decía: «Tan bárbara la seguridad como el delito.» Aguafuerte.

Esta última plancha fué propiedad de M. Lefort, el cual hace la siguiente observación acerca de las antedichas leyendas manuscritas: «Todo este lado filosófico del genio de Goya, que merecía, sin embargo, un estudio más profundo, ha sido

apenas indicado por sus biógrafos. No obstante, el hombre que grababa estas tres planchas y otras veinte que respiran la causa de la humanidad, del derecho y el buen sentido, y del que casi toda la obra, en fin, ataca despiadadamente los abusos del régimen político y religioso que pesaba duramente sobre su país, no es tan sólo un artista de genio, es un innovador atrevido, un pensador grande y generoso.»

Así como creo que la interpretación manuscrita de los Caprichos es de Ceán Bermúdez, según ya dije; también creo que estas leyendas son cosa suya y no de Goya, pues el estilo de éste es más lacónico é intencionado. Hay algo de sentimental y rebuscado en ellas, que se aviene mal con el carácter del artista. Me parece que si él hubiera escrito las leyendas habría puesto algo semejante á esto: ¡Mejor era ahorcarle!

Goya no atacó nunca, ni se lo propuso, el régimen político y religioso, de su país, ni de otro. Atacó defectos que creía inherentes á la humanidad, é irremediables por lo tanto. No fué un innovador atrevido, ni un pensador grande y generoso; fué un pesimista y un escéptico.

260.—Paisaje. En primer término dos árboles, cuyo follaje se cruza; más lejos una gran roca inclinada á la izquierda; en segundo término, sobre una altura, un gran edificio. El lado izquierdo de la estampa está ocupado por una llanura atravesada por un río; el horizonte cerrado por montañas. En el cielo un nubarrón; en segundo término algunas figuritas. Aguafuerte y aguatinta.

261.—Paisaje. Una gran roca sobre un torrente. En el horizonte algunos árboles, y las murallas de una ciudad. Aguafuerte y aguatinta.

M. Piot y M. Matheron citan los dos grabados siguientes, que M. Lefort no conocía, ni yo conozco:

262.—Una escena de la Inquisición.

263.—Una mascarada.

264.—Escudo de armas de la casa de Jovellanos.

En la Biblioteca Nacional hay un ejemplar de un pequeño

escudo de armas grabado al aguafuerte, como para una tarjeta, que se atribuye á Goya.

LITOGRAFÍA

1.—Una Vieja hilando sentada en un banco. Firmada: «Madrid, Febrero 1819. Goya.»

2.—Un Duelo. Dos caballeros, vestidos á la *española antigua*, combatiendo á espada y daga. «Madrid, Marzo 1819. Goya.»

3.—Un Toro atacado por cinco perros; otro volteado, por el aire, y dos toreros mirando la escena.

4.—Grupo amoroso. Un hombre sentado en el suelo acaricia á una mujer, sentada también, medio vuelta de espaldas.

5.—Una mujer sentada leyendo delante de dos niños; en la sombra otra figura.

6.—Escena diabólica. Un hombre desnudo, con los brazos atados á la espalda, es arrastrado por diablos. Todo el fondo está lleno de espectros y animales fantásticos.

7.—Un hombre, con gorro catalán, tratando de derribar á una mujer sentada, vista de espaldas.

8.—Un fraile. En pie, con un crucifijo en la mano, y la cabeza casi cubierta por la capucha.

9.—Una joven dormida, tendida en el suelo y con la cabeza apoyada en las faldas de una mujer. A la derecha tres mujeres, y más lejos una vieja sentada.

10.—El famoso americano Mariano Ceballos. Montado en un toro lidiando á otro. Firmado: «Goya.» *Litografiado en Burdeos.*

11.—Cogida de un picador. «Goya.» *Litografiada en Burdeos.*

12.—Diversión de España. Una corrida de novillos; los

cabestros están en la plaza. Firmada: «Goya.» *Litografiada en Burdeos.*

13.—Corrida de toros con división de plaza. Firmada: «Goya.» *Litografiada en Burdeos.*

14.—El Vito. Una maja le baila, rodeada de espectadores. Firmada: «Goya.» *Litografiado en Burdeos, en 1825.*

15.—Un Desafío. Uno de los combatientes ha atravesado al otro el pecho con la espada. En el fondo se ve á los testigos. Firmado: «Goya.» *Litografiado en Burdeos, en 1826.*

16.—Retrato de M. Gaulon, editor de las litografías que Goya litografió en Burdeos. Firmado: «Goya.»

DIBUJOS

En el Museo del Prado se conserva un curioso libro con ciento setenta y ocho dibujos interesantísimos, ejecutados al lápiz, á la tinta de China, á la sepia y á pluma con tinta común. A este libro pertenecen seis ó siete dibujos que están expuestos al público.

La mayor parte son caprichos y fantasías inexplicables; pero hay muchos también que tienen una intención clara, y se refieren á vicios sociales, abusos del clero y la Inquisición, y debilidades humanas. Ninguno ataca á personaje ó suceso determinado.

Deben estar ejecutados en diferentes épocas, lo cual, más que por el estilo, que el autor varió muy poco ó nada, se conoce por el género de hechos á que se refieren.

Muchos están numerados, como si se destinaran á formar colección, y muchos tienen también letreros, escritos con lápiz, ó con tinta, de letra de Goya. No sé si la colocación es arbitraria, ó hecha por el autor; pero sucede aquí lo mismo que en los Caprichos grabados, que de vez en cuando se encuentran cuatro ó seis asuntos referentes á la misma idea. Así sucede

con una serie de desafíos de caballeros vestidos á la antigua, semejantes al que litografió en 1819; y así también con una serie de prisioneros y encorozados por la Inquisición. Está el dibujo para el torero embozado, que grabó (núm. 253 de la lista anterior); pero en éste falta el toro echado que hay en la estampa.

Un gran número de ellos son notables por su buena ejecución, aunque apuntados ligeramente; y algunos, entre ellos una procesión de beatas que suben una cuesta, admirables como impresión del natural.

Describiré ligeramente unos cuantos, para dar idea de la índole de los demás:

«No sabías lo que tenías encima», es la leyenda de uno de los dibujos, en el que se ve á un labriego encorvado, cavando con una azada, sobre cuyas espaldas está sentado un fraile.

«¡Lo que puede el amor!», dice en otro, que representa una señora con mantilla, vista de espaldas, atravesando un río, con las piernas desnudas y las faldas remangadas; en el horizonte se ve á un caballero que viene á galope á su encuentro.

«Ni por esas.» Una mujer vestida, acorozada, con candados y cerrojos de castidad, espera tranquila que la liberte de ellos un hombre que trae unas llaves.

«No tienen camisa y viven muy bien.» Unos frailes mendicantes con alforjas repletas al hombro.

«No le encontrarás.» Diógenes con la linterna buscando un hombre.

«Mejor es morir.» Un preso cargado de grillos y cadenas.

«Cuántos acaban así.» Un reo á quien dan garrote.

«Por descubrir el movimiento de la tierra.» Galileo cargado de hierros en la prisión.

«Por liberal.» Una mujer puesta á la vergüenza, sujeto el cuello á un madero con una argolla y los pies con una tabla.

De una mujer amordazada, sujeta al palo del garrote; encorozada y con sambenito, dice: «Yo la vi en Zaragoza á

Orosia Morejón, porque hacía ratones; porque hablaba la pusieron mordaza y la dieron palos en la cabeza.»

«Porque nació en otra parte.» Una mujer con coroza y sambenito.

«Yo le vi». Un cojo de las dos piernas, encorozado, sentado en un banquillo ante el tribunal de la Inquisición.

«Pocas horas te restan.» Un reo en capilla.

«No abras los ojos.» Una mujer presa echada sobre un montón de paja.

Después de éstos y otros muchos horrores, pues es larga la colección de presos, atormentados y ajusticiados, tiene el ánimo deseo de explayarse y encontrar una esperanza, ó un consuelo, y el autor, inspirado sin duda por este deseo, exclama: «¡Hermosa libertad!» y pinta un hombre arrodillado ante el resplandor que se la anuncia.

En otro dibujo, que no recuerdo si tiene leyenda, se ve aparecer en el cielo la imagen de la Libertad triunfante, y en la tierra las gentes alborozadas, menos el clero, que huye espantado de la para él terrible visión.

No es menor la alegría que las gentes demuestran, en otro dibujo, al ver resplandecer en el cielo la balanza de la Justicia. Mas pronto el alborozo del triunfo se trueca en deseo de venganza, así es que dibuja á la Libertad matando con su espada una bandada de grajos, y dice debajo: «No dejes uno».

Pero, ya lo he dicho, no es á un solo género de ideas al que estos dibujos se refieren, hay fantasías y sueños de todas especies; á mi modo de ver, en el fondo de todos se ve lo que manifiesta y escribe el autor en un dibujo que representa un feroz salvaje vestido de plumas y armado de aljaba y flechas: «Ni eres el solo, ni el más».

El difunto pintor D. Valentín Carderera, tantas veces citado en este libro, poseía una importante colección de dibujos de Goya, si bien de mucho menos interés que los anteriores.

La mayor parte están dibujados con lápiz rojo muy blando, circunstancia que, unida á la de ser los originales de las plan-

chas que grabó y el estar bastante borrados, me hace presumir que sirvieron para hacer los calcos sobre los cobres, siendo este el motivo de estar tan averiados. De todos modos, son dignos de estima. Allí están los originales para la mayor parte de *Los Caprichos, La Tauromaquia, Los Desastres de la guerra, Los Proverbios* y los Prisioneros. Da mayor interés á esta colección el tener dibujos que no llegaron á ser grabados, y ofrecer algunos variantes de los que lo fueron. Así, por ejemplo, además del dibujo que grabó para *Los Caprichos* con el núm. 75: «No hay quién nos desate», hay otro proyecto distinto para el mismo asunto, tal vez superior al publicado. También el núm. 32, «Porque fué sensible», ofrece variedad en la actitud de la mujer encarcelada que representa; y muchos otros tienen figuras de más, ó de menos, que las planchas grabadas.

Son pocos los dibujos que tienen letreros, pero los que los tienen suelen diferenciarse de los publicados. El grabado núm. 5 de *Los Caprichos,* «Tal para cual», en el dibujo dice: «Las viejas se ríen, porque saben que él no tiene un cuarto.» El núm. 11, «Muchachos, al avío», tiene por leyenda en el dibujo: «Mercaderes silvestres». Este dibujo se diferencia de la mayor parte en que está hecho á pluma.

El núm. 41, que representa un mono retratando á un burro, resultando en el retrato un grave personaje con peluca, tiene por comentario en el grabado: «Ni más, ni menos»; y en el dibujo: «Hará carrera», que me parece más claro y más intencionado, porque desgraciadamente la adulación es mejor apoyo que el mérito.

De los raros dibujos hechos á pluma, uno de ellos es el del grabado núm. 43, «El sueño de la razón produce monstruos»; y ofrece la notable variante de haber en el fondo una gran cabeza que aparece entre vapores, y que es el retrato del autor; debajo tiene esta inscripción: «Sueño del autor que que quiere con estos Caprichos censurar y corregir ridículas preocupaciones y contribuir al triunfo de la verdad.» Parece

como si hubiera tenido el proyecto de que esta fuese la portada.

La colección de *La Tauromaquia* está hecha en totalidad con lápiz rojo; en muchas de las escenas, como en la de la cogida y muerte del alcalde de Torrejón, hay variantes que alguna vez son superiores á lo grabado. Están los proyectos de las planchas que publicó M. Loiselet, y algunos de otras que no fueron grabadas.

También los dibujos para *Los Desastres de la guerra,* son dignos de gran atención. Aunque no están los proyectos de todas las láminas publicadas, como sucede también con las otras colecciones, suele haber más de uno para una misma, y varios que no fueron grabados, siendo muy notable entre estos últimos uno que representa un soldado persiguiendo á algunas mujeres; apunte repetido con variantes.

Los dibujos de algunos de *Los Proverbios,* y otros varios que no fueron grabados, no son más que borrones informes é incomprensibles, hechos con agua y lápiz rojo.

Hay también, aunque pocos, algunos dibujos que no pertenecen á ninguna de las colecciones anteriores; como un estudio, muy bien hecho, á pluma, de dos elefantes y un domador entre ellos; una señora con una negrita en brazos, hecha á tinta de China. Debajo de esta figura, dice de letra de Carderera: «Es la duquesa de Alba con la negrita que tenía», y será la duquesa, ó no lo será.

Otro dibujo, también á tinta de China, representa dos mujeres con vestidos cerrados con candados, y cada una abriendo los de la otra. Dice debajo: «Confianza.»

Son muy notables tres asuntos religiosos hechos sobre un papel de color aceitunado, y apuntado ligeramente con lápiz blanco. El uno representa un santo en la gloria; el otro una variante del asunto de San Francisco de Borja despidiéndose de su familia; y el tercero un santo al que se aparece la Virgen.

En esta colección están también los originales del ciego co-

gido por un toro, con la leyenda: «Dios se lo pague»; y los de los paisajes.

Hay algunos Caprichos inéditos, que cuentan que el autor no pudo publicar por lo atrevido de las alusiones; pero esta no es más que una suposición injustificada, semejante á muchas otras; pues ni tienen leyenda alguna, ni remotamente puede suponerse aluden á nada, y mucho menos de manera inconveniente ó atrevida.

Es tal la impresión que produce el más ligero rasguño de Goya, que la imaginación no se satisface si no inventa alguna novela.

Nota final para añadir al catálogo de cuadros.

Vi hace poco cinco cuadros originales de Goya, que no quiero dejar de anotar, tanto porque lo merecen, cuanto por ser los únicos que he visto pintados casi con el cuchillo de la paleta; cosa que ni les da ni les quita mérito, y que el autor hizo rara vez, por más que algunos de sus biógrafos quieran encontrar en esto un gran mérito.

Unas mujeres con mantillas negras viendo pasar unos disciplinantes. Tiene algunas semejanzas con el cuadro que hay en la Academia, aunque está pintado con mucho más color y de otro modo. En éste no se ve la procesión. Pintado en lienzo. Ancho 0,80; alto 0,80 (aproximadamente).

Un día de lluvia. Muchas gentes, que vienen de alguna fiesta ó romería, se dirigen precipitadamente á la ciudad, caladas por un chaparrón espantoso.

Este cuadro está casi todo pintado con el cuchillo, especialmente el fondo. Ancho 1,80; alto 0,80 (aproximadamente).

Incendio de un caserío, del que sacan á una mujer en una

camilla, formada por una escalera y un colchón. Ancho 1,80; alto 0,80 (aproximadamente).

Un encuentro con bandidos. Son notables las figuras de dos mujeres en actitud de súplica; la de otra mujer muerta, y el brío y expresión de toda la escena. Ancho 1,80; alto 0,80 (aproximadamente).

Gira y baile campestre debajo de un puente. Este cuadro está casi todo pintado con el cuchillo. Ancho 1,80; alto 0,80.

Todos están pintados en lienzo, y los cuatro últimos son compañeros. Están pintados puramente de impresión, á grandes rasgos y con mucha intención y efecto. Pertenecen al último tiempo del autor, y son tan característicos que no comprendo cómo su autenticidad pueda dar lugar á un litigio.

ZEFERINO ARAUJO SÁNCHEZ.

LA VINICULTURA

EN EL CENTRO Y ORIENTE DE LOS ESTADOS UNIDOS

AUNQUE la región vinícola más importante de los Estados Unidos es, sin duda alguna, California (1), la vid ocupa también grandes extensiones en otras muchas comarcas de la Unión, hasta el punto de que si los viñedos cubren en California una área de unas 80.000 hectáreas, en el resto de la nación abrazan una extensión de unas 84.000; y en la misma proporción se halla próximamente la producción del vino, que no llegando al medio millón de hectólitros en California, pasa algo de esta cifra en el resto de la gran república Norteamericana.

Es objeto del presente artículo dar una idea de la situación é importancia, actuales, del cultivo de la vid y elaboración del vino en las regiones de los Estados Unidos distintas de California. A este fin, y si se considera el país, marchando de O. á E., se observa que después de las altas sierras y derivaciones de las Montañas Rocosas, que limitan al Oriente la región de California, se encuentran vastos territorios en donde no es posible de ningún modo, por las condiciones del suelo y del clima, el cultivo de la vid. Por la parte Norte se hallan

(1) Pronto nos ocuparemos de la vinicultura en California.

los Estados de Oregón, Washington, Idaho, Montana y Wyoming; por la parte central los de Nevada, Utah y Colorado. En toda esta vasta región no se encuentra una sola cepa, salvo algunas cultivadas con mucho trabajo en varios puntos abrigados del valle de Utah, pero que no tienen importancia ninguna en la producción.

Al Sur se hallan las grandes extensiones de Arizona y *Nuevo México,* que en la división vinícola de los Estados Unidos se incluyen en la región del Pacífico, á pesar de hallarse separadas de este mar por el Estado de California y en vertientes distintas.

En estos dos últimos Estados hay ya algunas zonas plantadas de viñedo. En *Arizona* pasan de 3.000 acres (1.215 hectáreas), habiéndose producido en el año 1890 hasta 25.000 galones (946 hectólitros) vendiéndose además, como uvas de mesa, 2.880 toneladas. En el Estado de Nuevo México, la zona de viñedos pasa de 10.000 acres (4.050 hectáreas) y la cantidad de vino producida en el año referido llegó á 296.500 galones (11.222 hectólitros), siendo las uvas vendidas para mera, 1.779 toneladas. En Arizona, país cálido y seco, se cultivan, además de algunas variedades indígenas, otras cepas procedentes del Sur de España, principalmente de las que corresponden á la región de Jerez, y muchas variedades de moscatel para la producción de parras. La *Vitis arizónica,* ó cepa indígena es bastante similar á la *Vitis californica,* pero sólo es tomentosa cuando es joven; más adelante es glabra, con baya de tamaño medio y gusto azucarado. Esta cepa produce en las tierras bajas de Arizona vinos alcohólicos, licorosos, muy pesados, bastos y sin estilo alguno, á pesar de cuanto dicen los cosecheros del país y los mismos californianos. En las regiones montañosas de Arizona desde Prescott hasta Tneson, esta misma cepa produce vinos de una fuerza alcohólica de 8 á 9 por 100, extremadamente ácidos y astringentes y de intensísimo color. Con las variedades europeas se obtienen vinos que pretenden ser imitación del Jerez, pero que, aun cuando pre-

sentan cierto aroma y mejor gusto que los anteriores, no pueden en modo alguno clasificarse entre los diferentes estilos jerezanos.

En *Nuevo México,* la producción vinícola es mayor que en Arizona; pero, como en este último Estado, se halla en su infancia. En los valles del Sur se producen vinos muy semejantes á los que se obtenían en California de la cepa Misión en la primera época de la vinicultura. En las mesetas más elevadas del Norte, correspondientes á la región de las Villas y de Santa Fe, obtienen algunos vinos de mesa más ligeros y potables, pero muy bastos y sin carácter alguno. La cepa Misión es la más cultivada en la parte meridional del Estado. A esta cepa acompaña el *Moscatel de Alejandría*, el *Moscatel gordo blanco* y la cepa *Sultana*, destinadas estas tres últimas á la producción de pasas. En las mesetas del Norte se cultivan las cepas *Zinfandel, Mataró, Cabernet, Sauvignon, Cabernet Franc, Mission, Petite Pino* y *Chasselas Fontaineblau.* Todas estas cepas presentan caracteres casi idénticos á los que ofrecen en California. Los vinos allí elaborados tienen condiciones y defectos semejantes á los que se encuentran en los vinos californianos, pero con la circunstancia de que la elaboración se halla menos adelantada, y, por lo tanto, dichos vinos son, en realidad, inferiores á los de California. Tanto los vinos de Arizona, como los de Nuevo México, se consumen en el país, siendo hasta el presente casi nula su exportación. Se creyó en un principio que en estos dos Estados la viticultura llegaría á tener grandísimo incremento, especialmente si se desarrollaba la irrigación; pero aun cuando en Nuevo México se han hecho canales importantes, que han convertido en terreno de regadío vastas extensiones de suelo muy seco, se ha fomentado más la producción de otros frutos que la de la uva.

Los Estados de *Kansas* y *Missourí* constituyen en la llamada región occidental las comarcas en donde el cultivo de la vid tiene algún desarrollo. De 5 á 6.000 acres (2.025 á 2.430 hectáreas) hay plantados de viñas en el primer Estado, y hasta 10.000 en el segundo (4.050 hectáreas). En estas comarcas empezó hace mucho tiempo el cultivo de la vid, hasta el punto de que, en un principio, tuvo aquí este cultivo más desarrollo que en California, y muchos plantadores californianos importaron sus cepas del Missourí y de Kansas. Ofrecen estas tierras, en general, buenos suelos para el cultivo y producción de la vid, tanto para obtener uvas de mesa como para la elaboración del vino, de tal suerte, que los primeros viticultores llegaron á tener grandes esperanzas de que la viticultura en estos Estados llegaría á adquirir gran incremento y ser uno de los principales elementos de la riqueza pública. Desgraciadamente para ellos, las condiciones del clima, bastante extremado, es decir, muy cálido en el verano y muy frío en el invierno, así como la distribución de las lluvias y régimen de los vientos, no son favorables sin duda para la buena producción de variedades escogidas exóticas, de modo que el cultivo de las cepas europeas es poco menos que nulo, y han tenido que concretarse á diversas variedades de las híbridas americanas más rústicas y adaptables al medio, pero cuyos frutos, de sabor fuerte, siempre ásperos y astringentes, con un predominio de ácido tartárico muy pronunciado y unos hollejos muy duros y correosos, hacen que, tanto como uvas de mesa como para producción de vinos, resulten artículos que no pueden sufrir la competencia con sus similares europeos, ni pueden en modo alguno ser soportados por los que tengan algo educado el gusto, ó siquiera algún conocimiento de lo que son la uva y el vino en las comarcas que, desde hace muchos años, son esencialmente viticultoras.

Además, enfermedades de todo género que en los primitivos viñedos se desarrollaron, han devastado ó arruinado la mayor parte, por lo cual muchos productores abandonaron

sus viñedos ó los cambiaron por otros cultivos, y de esta suerte la viticultura se halla hoy reducida en estos Estados á los límites antes referidos, y hay pocas probalidades de que adquiera mucho mayor desarrollo. El arte de elaborar el vino está además sumamente atrasado. En general, la mayor parte del producto de la vid lo destinan á uvas de mesa, que se consumen en las principales ciudades de ambos Estados. El vino producido, tanto tinto, como blanco, resulta de un valor que oscila, según su procedencia y calidad, entre 0,25 y 1,50 dollars el galón. A pesar de estos precios bastante elevados, los vinos resultan de condiciones potables muy inferiores y de dificilísima conservación. Se puede colegir cuáles serán las condiciones naturales de los mostos considerando que la «American Wine Company», una de las casas más importantes del Missouri, que elabora champagnes, claretes é imitaciones del Rhin, compra uvas y prepara sus mostos en la región baja del lago Erie y no en el Missourí donde tiene las bodegas para crianza subsiguiente del vino. Las cepas principalmente cultivadas son pertenecientes á las variedades *Concord*, *Herbemont*, *Elvira*, *Goethe*, *Norton's Virginia*, *Cinthiana*, *Agawan*, *Martha*, *Brigthon* y *Catowba*.

Al N-E. de la región formada por los Estados del Missourí y Kansas se halla el *Estado de Iowa*, cuyos caracteres, con respecto al cultivo de la vid y elaboración del vino, son bastante semejantes á los que ofrecen los dos Estados antes descritos. Las cepas que más se encuentran son las híbridas americanas *Clinton*, *Catowba*, *Isabela*, *Muscadive*, *Hardfford prolifie*, *Diana*, *Delaware* y *Concord*. Las uvas Catowba é Isabela maduran con mucha dificultad y la Clinton es muy atacable por el mildiew. Las cepas *Concord* y *Delaware* son las

que mejor se adaptan á las condiciones del país. Las cepas Concord producen un vino blanco dorado, ligero, bastante agradable, que los cosecheros del país creen muy á propósito para obtener un buen champagne, pero hasta el presente no lo han obtenido.

La elaboración del vino en este Estado puede decirse que no ha salido aun de la categoría de industria doméstica, pues los cosecheros se limitan, por prácticas sencillas y procedimientos primitivos, á obtener vino para su propio consumo ó para la venta al detalle en las mismas localidades donde se produce. Además, estando esta zona muy castigada por frios prematuros en el otoño y por grandes heladas en la primavera, la producción es muy variable de unos años á otros y sobre todo las cosechas muy inseguras. Casi todas las variedadades de cepas necesitan protección durante el invierno, la cual se les da con tierra ó con heno de las praderas, prefiriendo en general este último.

En el Estado de *Illinois* los viñedos ocupan una extensión de 5.000 acres (2.025 hectáreas), con positivas señales de no desarrollarse mucho más. Por una parte las condiciones del clima, pues los veranos son muy calientes y frecuentemente muy secos, y los inviernos rigurosamente fríos; por otra parte la naturaleza del suelo y del subsuelo, no muy aptos en general en este Estado para la producción de la vid; y, en fin, por las numerosas enfermedades fungoides que han atacado á muchos de los viñedos de esta comarca, haciendo abandonar sucesivamente varios de ellos, resulta que las condiciones naturales del país son muy desfavorables para el cultivo de la vid.

No son menos opuestas las condiciones económicas en que los cosecheros se encuentran. Parecía natural que por la pro-

ximidad de Chicago, gran centro consumidor y mercantil, debían encontrarse los viticultores de Illinois en buenas condiciones para dar salida á sus productos y fomentarse de este modo el desarrollo de la industria; pues sucede todo lo contrario. No se ha podido fundar en el país, en el cultivo de la vid, una industria lucrativa, ni por la producción de uva de mesa, ni por la elaboración de vino. Además de las condiciones del clima y del suelo citadas, que dan un producto escaso y malo, los cosecheros se quejan de que los negociantes de Chicago compran las uvas más baratas aunque sean de las peores condiciones; elaboran con ellas, por procedimientos rápidos, bebidas que no pueden llamarse vinos, y que, sin embargo, venden en la gran ciudad con etiquetas extranjeras de las mejores marcas, como si fueran vinos importados, á precios que oscilan entre dos y cuatro dollars el galón; y á ellos, á los cosecheros, dichos negociantes no les pagan nunca más de 40 á 50 centavos por galón, por vinos algo mejores, por haber sido hechos con más conciencia y algo más cuidado, y cuyo coste de producción no resulta menos de 80 centavos á un dollar el galón. En estas condiciones se comprende que el cultivo de la vid y la industria vinícola tienda más á reducirse que á desarrollarse en este Estado y que se haya limitido á la producción para consumo doméstico, sea como uvas de mesa, sea como vino elaborado.

La cepa, principalmente cultivada por los labradores del Illinois, es la *Concord*. Siguen después en importancia las cepas *Hartfford, Ives, Salen, Virginia, Delaware, Elvira* y *Cinthiana*. Hay también algunas *Catowbas, Agawan, Rogers, Black, Eagle* y *Underhill's hybrid*. El mejor vino tinto procede de la uva *Cinthiana;* el mejor vino blanco de la uva *Elvira;* la *Concord* da los vinos más ordinarios y baratos; pero, en general, todos estos vinos son de inferior calidad, de condiciones de conservación casi nulas, ásperos, agrios, astringentes y sin estilo ni carácter de ninguna clase, y, por lo tanto, no pueden luchar ni en Chicago ni en ninguna parte, ni en calidad, ni en

precio, con los demás vinos, sean extranjeros, sean domésticos procedentes de otros Estados de la Unión.

En el Estado de *Indiana,* especialmente hacia la parte del Sur, las condiciones para el cultivo de la vid son algo más favorables para los cosecheros, pero, sin embargo, muy semejantes á las que dominan en los Estados anteriores. Unos 6.000 acres (2.430 hectáreas) ocupan los viñedos plantados en este distrito, y como en el Illinois, en años anteriores ocuparon más extensión, de suerte que este cultivo tiende más bien á reducirse que á aumentarse. Los inmigrantes suizos introdujeron en esta comarca el cultivo de la vid hace más de cuarenta años, y elaboraban vinos blancos, ligeros, algo semejantes á los del Rhin, pero no para la exportación á otros Estados, sino más bien para su propio consumo. Las dificultades del cultivo, las numerosas enfermedades que atacaban la vid, y lo caro del producto, redujeron cada vez más esta industria, y, muertos los primeros plantadores, sus descendientes no han seguido sus huellas y la viticultura declina más bien que progresa. La uva que más se utiliza para hacer vino es la *Concord,* y para mesa la *Catowba.* El precio del coste del vino tinto obtenido con la primera cepa, resulta de 60 á 80 centavos galón, y hay un *Catowba* blanco que no puede venderse á menos de 1,50 dollars galón. Dicho se está que á este precio no pueden entrar en el mercado vinos que, ni por su calidad, ni por las condiciones de su producción , ni por su ausencia absoluta de carácter, pueden competir con los de los países esencialmente vinícolas.

El Estado de *Michigan,* más al Norte situado que los de Indiana é Illinois, ofrecen aún peores condiciones que éstos para el cultivo de la vid y elaboración del vino, y aunque encierra algunos pequeños viñedos en las inmediaciones de los lagos, en donde la temperatura es un poco más suave, dichos viñedos no tienen ninguna importancia comercial. La cepa principal es la *Concord* y después la *Delaware.* La uva ó el mosto se vende á los negociantes de Chicago por algunos cosecheros, otros destinan el producto al consumo doméstico. El precio medio de la uva es de 2 centavos por libra; el mosto llega á venderse á 40 dollars por tonelada.

Resulta, pues, que toda la vasta región formada por los Estados de Kansas, Missouri, Iowa, Illinois, Indiana y Michigan no puede considerarse como país vinícola. Se cultiva la vid, es verdad, en muchos puntos, pero el cultivo es raro, la producción incierta por los rigores del clima y en todo caso la calidad mala; el mosto procedente de las híbridas americanas en suelos recios y con climas extremados, fermenta mal, da vinos bastos, de sabor fuerte y pronunciado, y además de esto, endebles y susceptibles de rápidas alteraciones. Ni aun imitaciones de los tipos que en Europa se elaboran en los límites septentrionales de la región de la vid, pueden obtenerse en la región que nos ocupa.

La producción de uva y elaboración de vino quedará por muchísimo tiempo, ó acaso para siempre, reducida en estos Estados á la categoría de industria doméstica.

La región formada por los Estados de Ohío, Pensilvania, Nueva York y Nueva Jersey, que constituye en realidad la región oriental vinícola de los Estados Unidos, ofrece caracteres muy particulares. Esta sección de los Estados Unidos ofrece

caracteres intermedios entre California y la gran zona central. El clima, un poco menos extremado y brusco que el de dicha región, cuenta con buenos otoños, por lo común favorables para la mejor maduración de las uvas; el suelo, de formación devoniana, silúrica ó cretácea, ofrece localidades con buenas exposiciones; y con lagos en unos sitios y montañas en otros, protecciones en unos casos y accidentes meteorológicos en otros favorables á la vegetación muchas veces, y en fin, la situación y condiciones de los cosecheros con respecto á los centros de comercio y consumo del Este de la Unión es mucho mejor, resultando en conjunto, que por una parte el cultivo de la vid sea un poco más fácil y menos costoso en esta región que en la central, y al mismo tiempo más favorable su situación con respecto al mercado.

Los cosecheros del Este, animados por el relativo éxito que en quince años de trabajo han obtenido, han propagado todo lo posible las variedades híbridas que mejores resultados les han dado, tales como la *Catowba, Concord, Delaware, Norton's Virginia*, etc., cultivando también aunque en menor escala las *Brigton, Iwes, Hartfford, Clinton, Elvira, Noah, Isabela, Salem, Uartha, Lady Duchess, Diana, Wilder, Merrimac t* y algunas *Riesling*. Han esmerado cuanto les ha sido posible el cultivo de estas cepas y han estudiado asimismo las prácticas enológicas más convenientes á sus circunstancias.

Al contrario que los californios, han comprendido desde luego, que no pueden ni cultivar las cepas europeas más célebres, ni hacer imitaciones de los tipos de vinos europeos, y se han aplicado á hacer (aparte del champagne) vinos con *caracteres semejantes* á los tres ó cuatro tipos principales de tintos europeos, á dos ó tres tipos blancos y algunas especialidades tales como el *Tarragona-Port*. En la elaboración de estos tipos, luchan los cosecheros del Este con las condiciones de sus mostos, dadas la índole de las cepas y las circunstancias del suelo y clima, elementos todos independientes de la voluntad y del trabajo del agricultor.

La corrección de los mostos y la mejora de los vinos resultantes para obtener vinos potables puros, de carácter propio y de buenas condiciones, sólo la obtendrán por medio de *coupages* con mostos ó vinos jóvenes, robustos, bien equilibrados, de buenas condiciones naturales que les puede proporcionar España, y los cuales vigoricen y den carácter á sus vinos; que den á éstos la estabilidad de que carecen sus elementos componentes; que suavicen la aspereza, astringencia y acidez que naturalmente presentan; que corrijan la propensión á las fermentaciones secundarias que tienen todos los mostos americanos, y, en fin, que den tipos constantes que, sin ser imitaciones serviles de tipos europeos ya conocidos, sean vinos con carácter propio, de agradables condiciones de potabilidad y conservación y de precios análogos á los existentes.

Los cosecheros americanos del Este conocen y aprecian esta verdad, comprenden que por los *coupages* con vinos españoles de determinadas condiciones, se puede crear en su país una industria floreciente que dará ocasión á que el pueblo americano se vaya acostumbrando á tener en casa una bebida más sana, tónica y alimenticia que las espirituosas y que la cerveza; bebida que pueden adquirir cada vez con mayor facilidad y economía, y entonces resultará insensiblemente que el americano se hará consumidor del producto que tiene en su propio país, hecho á su gusto y presentado de un modo conforme á sus hábitos y costumbres.

Los viñedos más importantes en el Estado de *Ohio* suman unos 30.000 acres (12.150 hectáreas), y se hallan situados en las islas del lago Erie (Kelley Islands) y á lo largo de la costa Sur del mismo lago en las vecindades de Cleveland, Sandusky y Toledo. Los hay también en las inmediaciones de Brigenport

(condado de Belmonte); de Collamez (condado de Cuyahuya); de Dayton (condado de Montgomery) y de Middle Bass (condado de Ottawa).

Los viñedos de los alrededores de Cleveland se extienden á lo largo de la costa del lago Erie, y en una extensión de muchas millas en la región llamada de Enclide.

Se distinguen dos porciones perfectamente distintas, á saber; una larga serie de cadenas ó colinas que corre paralelamente al lago, y una banda de tierras bajas ó llano, comprendido entre la cadena de colinas y el lago.

El llano es húmedo, de suelo algo compacto y está abierto á los vientos del Norte; las uvas que en él se obtienen son demasiado aguanosas y no se destinan por esto á la fabricación de vino, vendiéndose directamente para mesa. Tienen el hollejo muy grueso y un sabor *sui generis,* que unido á su aroma algo fétido, las haría imposibles para el gusto europeo. No faltan, sin embargo, en las mesas de los principales hoteles de Chicago, Detroit, Cleveland, Búfalo y demás grandes ciudades de los Estados colindantes.

El suelo de las colinas es más ligero, estando, en general, formado de detritus de pizarra y mucha grava, siendo por esto y su situación abierta más á propósito que el llano para el cultivo de la vid. Las uvas producidas son, en efecto, más azucaradas que las de la llanura y son las que se destinan á la elaboración del vino.

Las temperaturas mínimas de la región, en el invierno, llegan á 20° centígrados, y la máxima en el verano á la sombra á 32° centígrados, siendo la media anual de 14° á 15°.

Se cultivan muchas variedades de vid, pero las más importantes son: *Nortoris Virginia, Riparta, Catowba, Delaware* y *Brigthon.* Los viñedos más antiguos datan del año 1863; pero la mayor parte son muy modernos, ó sea de 1880 á 1892.

Las viñas se cultivan en rastras con rodrigones de alambre, dándoles por la poda, forma de palmeta ó abanico, de suerte, que presentan sólo dos caras, y los racimos que dan,

todos á su tiempo bañados por el sol. En general, los sarmientos son muy largos.

La vendimia empieza en los últimos días de Agosto ó primeros de Setiembre por las variedades *Brigthon* y *Catowba* (que son las más tempranas), y concluye á principios de Noviembre por el *Nortoris Virginia*, que es la variedad más tardía.

La producción media de estos viñedos es de una y media tonelada de uva por acre, en la variedad *Nortoris Virginia*, y dos toneladas en las demás variedades.

Sandusky, centro del distrito vinícola más importante del Estado de Ohio, se halla situado á la orilla Sur del lago Erie, en una península que lleva el nombre de aquella pequeña ciudad y frente á Kelley's, Island y otro grupo de pequeñas islas, todas ellas lo mismo que la península citada, cubiertas de viñedo.

La cantidad de vino elaborada el año último en esta región se estima en 3 millones de galones (113.000 hectólitros), calculándose que se necesitan unas 20 libras de uvas para obtener un galón de vino, lo cual supone 60 millones de libras de uvas dedicadas á dicha elaboración, más 4 ó 5 millones de libras vendidas para mesa. El total de la producción anual en el distrito se puede, pues, calcular actualmente en cerca de 70 millones de libras. La extensión del terreno plantado de vid pasa de 10.000 acres.

Existen en Sandusky muy importantes casas elaboradoras de vino, siendo las principales: Eugds, etc., Krudivig, A. Smith, Ir. A. C.° (Sandusky Wine C.°) John G. Dom, Link's Wine Cellars, Moos Pure Ohío Wines, M. Hommels.

En este distrito preparan vinos blancos secos Catowbas y Delaware, muy limpios; de gusto y bouquet muy particulares, algo semejante á los vinos del Mosella; elaboran asimismo blancos dulces, catalanes, sin estilo ni aroma peculiar. Hay también claretes de muy buen color, pero en general muy poco sustanciosos, algo ácidos y siempre ásperos ó astringen-

tes, sin estilo, ni gusto, ni nariz; únicamente algún tipo muy cuidado elaborado con la uva *Mortons Virginia*, presentan notables caracteres de color, transparencia, cuerpo y frescura al paladar.

Presentan también en Sandusky imitaciones de Oporto y de Jerez. Los oportos son algo parecidos á los tintos dulces catalanes, conocidos en el mercado inglés con los nombres de Tarragona-Port; pero son más astringentes que éstos y con el dulzor menos amalgamado, de modo que se distinguen en ellos dos gustos sucesivos bien marcados: el primero aguanoso y astringente; el segundo alcohólico, astringente y dulzarrón. Las imitaciones de Jerez no merecen tal nombre. Son vinos bastante alcohólicos, algo abocados, en los que no se puede distinguir el más ligero indicio de los distintos estilos jerezanos.

El distrito vitícola de Toledo comprende la extremidad S-O. del lago Erie, no lejos de Kelley's Island y de las demás islas occidentales del lago. En Toledo hay importantes casas elaboradoras de vino; los viñedos que las abastecen están situados en dichas islas y en la vecindad de Toledo á lo largo de la ribera.

En general, los vinos de esta parte de la comarca son iguales en condiciones á los de Sandusky y Cleveland; las variedades de la vid que se cultivan son las mismas y casi iguales los procedimientos de elaboración. La principal casa vinatera lleva la firma Lenk Wine Company; fué fundada en 1872, y sus bodegas son un modelo en su género. Los diferentes departamentos están construidos cada uno para su objeto, y es notable la holgura, la limpieza, hasta la elegancia que reina en todos ellos.

Todo el material es modernísimo y de lo más práctico y perfecto, así como los métodos de trabajo. Con objeto de uniformar los tipos y obtener grandes cantidades de vinos perfectamente similares en calidad, bouquet, color, etc., tienen cascos inmensos donde efectuar las mezclas. Uno de estos cas-

cos, notabilísimo en su género, tiene 36.000 galones (136.260 litros) de cabida.

La casa Lenk Wine Company prepara Catowbas secos, Catowbas dulces, Iowa, Nortons Virginia, Seedling, Iwes Seedling y un moscatel muy fino y aromático, como vinos blancos, y como tintos imitaciones de oporto y borgoñas y claretes de muy hermoso color.

Todos estos vinos son muy limpios y transparentes, frescos y bien cuidados. Se advierte en ellos el esmero y perfección con que se cuidan todos los detalles de la elaboración, desde la selección de las uvas hasta el último trasiego y embotellado.

Las imitaciones de oportos son muy astringentes é inferiores á los tintos dulces de Tarragona.

Todos estos vinos se exportan para las ciudades americanas del Este, siendo de notar que en la localidad se consumen muy poco.

Las cepas que más se cultivan en el condado de Pensilvania son: *Concord, Iwes, Hartfford, Crevellings, Salem, Lady Martha, Duchess* y *Delaware;* la cepa *Concord* es la más productiva, sobre todo en las colinas con exposición bien aireada, vendiéndose de dos á tres centavos la libra de uva; con las cepas *Iwes* y *Concord* elaboran un vino tinto común bastante aceptable cuando tienen de dos á cuatro años, pero siempre con los caracteres de acidez, astringencia y un olor especial que algunos peritos llaman *zorruno,* y que es el que suelen presentar casi todos los vinos procedentes de las híbridas americanas, por mucho cuidado que los cosecheros pongan en su elaboración. En el Estado de Nueva York cultivan próximamente las

mismas variedades, pero con diferentes éxitos en los distintos distritos.

Se ve, pues, que en esta región americana hay buenos elementos para crear una industria, que al hacer al país productor de vinos buenos le harán asimismo consumidor y educará su gusto.

Esta industria, al desarrollarse por la mediación de mostos españoles, que prestarán sus propiedades para la mejora de los mostos americanos, es el resultado más práctico y permanente que en beneficio de la producción vinícola española puede obtenerse en Norte América, sin contar con que al afirmarse el gusto de este pueblo y extenderse el consumo, aumentará el mercado para los vinos finos de tipo ya creado en algunas de nuestras provincias vinícolas.

Dr. V. VERA Y LÓPEZ,

Comisionado del gobierno español para el estudio de la vinicultura en los Estados Unidos.

CRÓNICA INTERNACIONAL

Política interior.—La dimisión del ministerio Sagasta.—Dificultades que halla todo gobierno en las continuas renovaciones del Parlamento.—El poder ministerial en nuestras reacciones y el poder legislativo en nuestra revolución última.—Necesidad imprescindible de tener gobiernos y Parlamentos largos en España.—Temores á caer en la situación de Portugal.—El partido republicano progresista.—Incompatibilidad entre los sendos métodos que adopta para su proceder y su conducta.—Conflicto de Alemania.—Condiciones del César germánico.—Factores componentes del Reischtag.—Protestas contra la glorificación de Bismarck.—Homenajes.—Guillermo II ante su ex Canciller.—Banquete de los bohemios contra la religión en París.—Reflexiones.—Conclusión.

I

Omisión imperdonable, si tratamos de historiar lo sucedido á nuestra vista y en los días corrientes, callarse sobre caso tan grave, como la crisis que trueca la política nuestra de radical en conservadora. Pero si no puedo callar la crísis, puedo callar los comentarios. No diré ni la idea más mínima, por cuyos asomos se presuma el sentir y pensar mios acerca de todo cu nto pasa. Cada día más recluido en mi hogar, y más apartado de la política militante por ende, quédanme aún restos de empeños varios en la lucha y reverberaciones de varios recuerdos en el horizonte, para que desempeñe la crítica de los hechos con el sereno criterio de un juez imparcial. Historio y no juzgo. A mediados de Marzo

creyeron varios subalternos de la guarnición que debían tomarse la justicia por su mano en el castigo de artículos publicados por la prensa respecto de sus procederes; y creyeron las gentes que la justicia no se toma por los ciudadanos á capricho, y menos por los ciudadanos en armas, sino que se da por los tribunales en derecho. Y como lo creyeron las gentes, pensaron procedería el gobierno como ellas imaginaban; y el gobierno pensó tan sólo, tentados algunos medios de defensa ó sin siquiera tentarlos, en presentar una dimisión, acaso justificada y oportuna después de los esfuerzos naturales para defenderse, mas importuna é injustificable á la hora misma del no conjurado conflicto. Presentada esta dimisión, arbitráronse mil expedientes en busca de reemplazo á los dimisionarios. Unos propusieron la entrega del poder á los elementos militares y la huelga de los hombres civiles; otros interino ministerio de negocios gobernado por uno de los dos estadistas que presiden las Cámaras; éstos una situación liberal mandada por Martínez Campos; aquéllos una coalición de todos los partidos gobernantes por el mismo Martínez Campos presidida; los más un paso de espera con la vuelta de Sagasta y la continuación del ministerio, un tanto rehecho; los menos la entrega del poder á los conservadores. Tal copia de pareceres no revelaba otra cosa sino la inopia de soluciones aceptables. Y no se podían buscar soluciones, cuando faltaban del problema datos. ¿Qué había pasado aquí? ¿La guarnición estaba ó no en armas moralmente? Nadie lo creía. El acto de presentar su renuncia un general y reemplazarlo en la cabeza de nuestra guarnición otro, para muchos no tenía ningún otro particular objeto sino conjurar una dificultad del momento. Si la guarnición estaba sublevada, cual dicen por ahí, nadie sabe cómo y cuándo se sometió; y si estuvo sometida siempre, nadie sabe por qué presentó su renuncia el ministerio á un asomo sencillo y á un

amago más ó menos verdadero de sublevación, engendrada en rumores populares y no en la realidad y en la vida. Pero presentó su dimisión total sin motivo y no había que aguardar un reemplazo en razón. Casualmente ni se podía formar un ministerio Martínez Campos; ni se podía formar un ministerio de negocios y de componendas. El primero es necesario en Cuba y lo segundo no debe intentarse por ahora. Lo único que cabe, dentro de la organización actual, nacida del establecimiento de un régimen democrático, es, ó bien un ministerio conservador, ó bien un ministerio progresivo. Y el ministerio progresivo pudo caer antes ó pudo caer después de lo que ha caído sin daño. Mientras, al caer en la hora de votarse los presupuestos, sin estar legalizada la situación económica, ni haber conseguido del Parlamento el gobierno la indispensable autorización para cobrar las contribuciones, cae, no sólo en daño de su partido, en daño del país. Estudiando las causas del desconcierto, que descompuso una monarquía tan fuerte como la monarquía de doña Isabel II, salta, entre las principales, el sinnúmero de presidentes, que debilitaron el poder ministerial é hicieron fuesen los asuntos del gobierno manga por hombro. Estudiando las causas del desconcierto, que descompuso una Revolución por sí tan fecunda como la Revolución de Setiembre, salta, entre las principales, el número de Cortes, que debilitaron el poder legislativo, é hicieron fueran los asuntos del Estado manga por hombro. Abriríanseme á mí las carnes, de llevar esta responsabilidad inmensa del poder, si á cada dos años hubiera de convocar unas Cortes, y abrir un período electoral en que toda fácil administración se suspende, y constituir un Congreso nuevo con las interminables discusiones de actas, y leer un mensaje y contestarlo, sin que ande la máquina con regularidad, cuando, apenas montada, empiezan ya los ingenieros, sus remontantes, con los maquinistas, sus manipuladores, á desmontarla. En Inglaterra y Francia,

donde las elecciones no tienen tantas dificultades como entre nosotros, y los Parlamentos no malgastan en su constitución el tiempo que malgastamos en España, jamás hay elecciones, sino á la hora fija en que los códigos fundamentales suelen señalarlas, sin esta triste anticipación, que todo buen intento frustra y todo alto poder debilita en movilidad vertiginosa. Cuando mi amigo el Sr. Cánovas se partió de la pública gobernación, porque dice le habían llamado insoportable, roguéle yo por medio de amigos comunes que no se fuera, sino después de terminado el plazo legal de las Cortes; ahora hele rogado al Sr. Sagasta directamente y de palabra en las visitas de obligación á los gobernantes del país en sus trances de amargura que no se fuese, por lo menos hasta después de legalizada la situación económica; ni uno ni otro me oyeron; ambos se dejaron el poder antes de tiempo: que Dios no se los tome, no, en cuenta. Ya tenemos democracia y libertad más ó menos maltrechas. ¿Cuándo tendremos gobierno? Pocas esperanzas abriga uno en vista de nuestras desgracias. En primer lugar, la guerra de Cuba quebranta mucho nuestra reconstitución económica. En segundo lugar, el disentimiento entre los dos grupos del partido conservador quebranta mucho á éste para la gobernación pública. En tercer lugar, cualquier desavenencia entre una mayoría liberal y un ministerio conservador, podría de suyo abrir el período por que han entrado en Portugal, el período de legislar sin Cámaras, que, por la complexión particular de nuestros hermanos, allí no tiene los peligros posibles para todo y para todos que aquí en España. Hagamos votos por que la situación en paz se resuelva, y acabado pronto lo de Cuba, nos consagremos á continuar mejorando nuestro estado económico.

II

Pero, con esto y con todo, permitid que lamente la rápida descomposición de congresos y gobiernos. Si únicamente se disolvieran los congresos y los gobiernos, vaya en gracia, mientras quedaran los moldes en que los gobiernos y los congresos se forjan, mientras quedaran los partidos. Pero también se acaban los partidos. Líbreme Dios de referir cómo ha entrado el partido conservador y cómo se va el partido liberal: no quiero echar al fuego ni un hacecito de leña. Mas, aun los partidos que representan la historia y los partidos que representan la renovación, esos en quienes predominan las ideas sobre los intereses, ¡oh! se descomponen á su vez y para siempre. Nos lo ha mostrado ayer el partido carlista en su acta de Azpeitia; nos lo muestra hoy el partido republicano en su asamblea de reorganización. Todo el debate ha versado sobre un problema, que yo presenté al jefe de los radicales, el día de mi partida desde París á Madrid, para tomar asiento en el primer Congreso de la Restauración, todo el debate ha versado sobre los procedimientos á seguir y no sobre las ideas á proclamar. Y en verdad se ha hecho perfectamente, prefiriendo el método al sistema, porque de un proceder sale conservador programa y del proceder opuesto programa radical. He dicho siempre que las especies trabajadoras tienen por el principio de las finalidades naturaleza y organismo de industriosas, mientras las especies combatientes naturaleza y organismo de combate. Mirad la hormiga y el tigre. Así como no cabe duda de que la educación, apropiada de suyo al ministerio que

deben desempeñar y al fin que deben cumplir las especies, modifica mucho éstas, como el cultivo las plantas, haciendo del pacífico buey un toro bravo, no cabe duda tampoco de que los partidos se modifican al cuidado puesto en dirigirlos por sus jefes y se apropian en su organización á la finalidad capital para que son criados. Si tenéis que hacer pronunciamiento y revolución, inútil todo lo que hagáis por estar en la legalidad. Necesitaréis para constituir un partido de revolución, revolucionarios cuando son demócratas; y para constituir un partido de guerra civil, guerrilleros cuando son carlistas; pero un partido de ciudadanos deberá someterse á las leyes y no destruirlas; trabajar por el mejor derecho ideal dentro del viejo derecho constituido hasta trocar la barricada por la tribuna y el fusil por el periódico. Así lo hicimos nosotros durante aquellos días en que, perdida toda esperanza de llevar los partidos liberales al gobierno y la libertad al Estado, pusímonos á conspirar con ánimo resuelto de traer una revolución; así lo hicimos, y nos dejamos de comicios y de Cámaras, apercibiendo en las sombras los explosibles necesarios para hacer saltar el trono de doña Isabel II, con las ideas necesarias para poner en reemplazo de los principios retrógrados el dogma de la soberanía nacional y el gobierno de la democracia progresiva. Mas luego, cuando una república generada por la legalidad fué destruida por la revolución, extirpamos de nosotros cuanto pudiera oler á revolucionario, y quemamos los viejos libros de caballería, proponiéndonos organizar un partido de legalidad, consagrado á restaurar en las leyes y en el Parlamento lo sustancial de la democracia: empeño, para cuyo logro bastaba con desglosar del método las violencias y las utopías en el objeto de nuestros esfuerzos y en el programa de nuestros principios. Cuando debíamos hacer una revolución inmediata, nos organizamos en legión revolucionaria; y cuando teníamos que hacer una legalidad democrática, nos or-

ganizamos en partido legal. Pero los republicanos progresistas, después de mil dimes y diretes, hanse organizado en revolucionarios y legales al mismo tiempo, como si el propósito de la revolución inmediata no anulara el propósito de la inmanente legalidad, y el propósito de la inmanente legalidad no anulara el propósito de la inmediata revolución. Aunque no tuviera otro defecto lo acordado, tendría el insuperable de que los revolucionarios, metidos dentro de la legalidad, perturban esta sin objeto y sin esperanza por fingir que hacen algo; y los legales, metidos dentro de la revolución, acaban por detenerla, cuando no impedirla siempre y por declararse dolorosamente sorprendidos, si va de veras la cosa y estalla una explosión imponente, como las dos célebres habidas en los últimos lustros. Si todos los republicanos hubieran estado á favor de la revolución, seguramente no marrarán con la facilidad que han marrado los esfuerzos revolucionarios hechos por la república tantas veces. Y si todos hubieran estado dentro de la legalidad, como nosotros los posibilistas, reformas, en cuya consecución se han tardado veinte años, hubiéranse cumplido los cinco, siendo la organización del partido liberal más robusta y más largos los períodos de su gobierno, porque la democracia, unida y pacificada, turnando con los conservadores en el poder, hubiese llevado á los liberales el agente mayor de vida pública, una sana y verdadera popularidad. Quien á dos liebres dispara un solo tiro, no caza ninguna. Y si esto le ha pasado á la revolución, que ha sido desdichadísima, por no reunir bastantes factores en la multiplicación de sus fuerzas; y á la evolución, quien, más feliz y más acertada, no ha sido, sin embargo, todo lo pronta y todo lo eficaz que debiera, ¿cuál será hoy la suerte del partido progresista, descabezado por dimisión de su jefe, y llevando dentro de sí, con ideas contradictorias, procedimientos inconciliables? En vano trata de vi-

vir: la muerte le persigue y acosa en todas partes, y no la muerte violenta producida por golpes asestados desde afuera, la muerte por descomposición interior irremediable. Y le pasa esto, porque la Naturaleza, implacable de suyo en eliminar todo aquello que no sirve á sus fines, destroza los organismos, destruyendo el medio ambiente, dentro de cuyo seno debían vivir y nutrirse, tras la cual destrucción jamás vuelven á reaparecer en la sociedad, como no reaparecen nunca en la tierra los animales extintos, petrificados en las zonas predecesoras del período en que apareció nuestra especie racional y humana. Estarán todo lo amenazadas que quiera el pesimismo nuestras libertades; pero no hay medio de negar su existencia, y menos de creerlas tan poco eficaces, que no destruyan ellas con sus efluvios de racional y justo derecho las violencias y las guerras connaturales y consiguientes á toda revolución. Existen partidos revolucionarios; no existe pueblo revolucionario en ciudad ninguna de nuestra patria, donde pululaban en tanto número, cuando era moza la generación que trajo los principios democráticos á nuestra sociedad y los encarnó en nuestra vida. Si pudiéramos tener la duda menor á este respecto, bastaría para desvanecerla el espectáculo de los últimos días, en que, faltos de gobierno, y creyendo todos con engaño hallarse bajo una sublevación militar, no se ha lanzado por el pueblo un grito popular. Descanse en paz el partido progresista.

III

Mas demos de mano á los asuntos propios y convirtámonos á los asuntos extraños. El escándalo de los escándalos en la semana corriente ha sido la negativa del

Reichstag á enviar un voto de gracias al canciller en el octogésimo año de su avanzada edad. Habíalo propuesto el emperador, y cuando el emperador propone algo, aun á poderes muy vecinos del suyo, no les queda otro remedio sino escuchar la proposición, cual si fuera un verdadero mensaje de lo alto, y aceptarla sin pestañear, haciendo de las tripas corazón en los valles profundos de la obediencia. Pero es el caso que, como no tenga la perseverancia entre los dones enviados por el Espíritu Santo á Guillermo II, precisa detenerse y pararse un poco al cumplir cualquier dictado de aquella voluntad superior para ver si esos alardes que los dictan, ó son de luz propia, brillando en alguna continuidad, ó son relampagueos de los que cruzan por una frente olímpica y caen luego en los abismos de una perpetua oscuridad, como si jamás hubieran culebreado por ninguna parte. Predicador teológico unas veces, disertante de materia histórica otras, músico de himnos análogos á los compuestos para las fiestas olímpicas en Grecia, caballero de la Orden Teutónica resucitando los tiempos católicos y feudales como cualquiera de los héroes evocados por Wagner en sus óperas, economista de la protección y del cambio libre alternados; ya en lo alto de las montañas como el mismísimo fray Martín de la Watzburgo cuando le tiraba el tintero á Satanás en la cabeza y traducía el Evangelio á lengua vulgar; navegante y colonizador como aquellos hijos lusitanos de la célebre Lancaster, que iban desde las bocas del Tajo á los mares de la Escandinavia y del Congo; jinete y piloto y orador y poeta, le caen tantos oficios en lote y le pasan tantos conceptos por el cacumen, que no sabe con él uno á qué palo quedarse, y entre tamaño número de pensamientos cuál queda y se fija en su perplejísimo cerebro. No hace mucho tronaba contra los rurales y por el cambio libre con ánimo de captarse la benevolencia rusa; y hace poco se acaba de volver á los rura-

les nuevamente y á sus protecciones y á sus monopolios, importándole un ardite Rusia, mientras se muestra en otro cambio brusco ahora desligado por última vez de semejantes veleidades y vuelto á un compás de tranquila espera en equilibrio, poco durable á la verdad, entre los centenos germánicos y los centenos moscovitas. Pues en materia de personas acaécele algo parecido á lo que le acaece á su vez en materia de ideas. Nadie adoró al canciller Bismarck como le adorara él en la triste travesía desde la muerte de Guillermo I, su abuelo, á la muerte de Federico III, su padre. Atormentaba el ministro al moribundo y adulaba el hijo al atormentador del mártir en las ansias de su muerte, llegando al extremo de asegurar que aquel tenía en sus manos la bandera del imperio, cosa privativa de los emperadores. Diríasele, al verlo en tal idolatría, pronto á cederle de verdad una diadema, casi honoraria tan sólo en sus ungidas sienes de César. Y á los pocos meses del entusiasta obsequio, arroja del gobierno, como un criado, á quien había puesto en el santuario, como un Dios. Y en cuanto nombró á Caprivi, segundo canciller del Imperio alemán, la despedida del primero no se redujo á mera desgracia, trajo aparejada una horrible persecución. El recuerdo de aquel viaje de Bismarck desde su destierro á Viena, con motivo del casamiento de su Herberto, viaje horroroso, en que dió el César la orden de tratar al fundador del Imperio como un enemigo del Imperio, no puede haberse borrado de un ánimo, grande, grandísimo en sus ideas y en sus empresas, pero también grandemente vengativo y rencoroso en sus odios. Mas la decoración ha cambiado. Guillermo, á guisa de Dios, ofrece nueva metamorfosis en sus cambios continuos. Como de librecambista se ha pasado á proteccionista, y de mantenedor del muy liberal Caprivi á mantenedor del muy reaccionario Hohenlohe, hale también asaltado, como un acceso de fiebre cuartana, la pasión por Bismarck. Un día, de súbito,

le sobrecogieron remordimientos por todo lo hecho con el grande hombre; y temeroso del juicio que pudiera formar la posteridad de su agradecimiento, le mandó un barril de vino viejo, para que lo apurara en su honor, y una copa de alianza donde escanciarlo y bebérselo. Hízole después una visita en su casa de campo, habiéndole ofrecido todos los sitios imperiales de su pertenencia, para que pudiese pasar con calma los últimos días de su vida; y como no aceptase la hospitalidad larga de años, obligóle á sufrir la hospitalidad pasajera de algunos días bajo los techos del cesáreo palacio. Y ahora se había empeñado en que la grande Asamblea de Alemania, llamada Reischtag, le diese un voto de gracias al ex canciller parecido á los votos de gracias que le habían mandado sus augustos labios, después de inferirle tantas ofensas y condenarle á una irreparable desgracia. Mas el Reischtag, como producto de la unidad germánica, guarda mucha gente poco favorable al canciller, y como producto del sufragio universal no entiende cosa en acahaque de zalameos y adulaciones á quien tiene todas las grandezas, pero, entre todas, la menos aceptable á los cuerpos deliberantes, la grandeza de un conquistador y de un déspota. Los parlamentarios, acosados por las burlas un tanto pesadas del viejo canciller; los progresistas, desdeñados siempre, aunque sus ideas constituían el alma de la unidad germánica; los polonesses, á quienes se les recordaba sin tregua ni descanso la desmembración de su patria y la eternidad de su esclavitud; los federales y separatistas, hechos á vivir en sus estrechas viviendas y estadillos é incapacitados de comprender el nuevo Imperio alemán, bien diverso del viejo y derribado en Sadowa; tanto católico de todas las regiones alemanas, malheridos en sus creencias por las bárbaras leyes de Mayo parecidas á los rescriptos de Diocleciano contra los discípulos del primitivo Cristianismo; los socialistas despedidos del derecho y acosados como facciosos,

no podían pasar por la triste apoteosis del opresor, y convinieron en decir que si la obra del canciller se distinguía mucho, resaltaban entre todas sus distinciones las capitales de opresiva y violenta. Con efecto, no se distinguía el pensamiento de Bismarck, cual no se distinguía el pensamiento de Cavour por una grande originalidad, habiéndolos alcanzado en inspiraciones divinas y formuládolos en palabras fulgurantes y ungídolos con fecunda sangre de mártires aquellos profetas del revolucionario año 48, cuyas almas se parecían á las angélicas y creadoras que iban sembrando soles en el éter increado los primeros días de la creación; pues templos de ideales fueron aquellas asambleas, aparecidas y desaparecidas en un minuto, para dejar tras sí estelas, de cuyas fosforescencias se han formado cien mundos. Pero Cavour tomó la idea del pensamiento revolucionario, y supo conservarla para la libertad, mientras la tomó Bismarck del mismo pensamiento, y sólo supo en homenaje y holocausto ofrecerla, inconsecuente y falaz, al despotismo.

IV

En el conflicto alemán se ha comprobado mi vieja tesis acerca del canciller: gran ministro de política exterior, pésimo ministro de política interior. En lo exterior ha contenido al imperio moscovita sin detener la descomposición del turco; ha destronado al Mediodía el imperio de los Hapsburgos; ha demolido el imperio de los Bonapartes al Occidente; ha coronado la obra de Italia impeliéndola en sus triunfos á ceñirse la diadema de su independencia en la Ciudad Eterna; ha dispuesto á su grado del

viejo continente. Mas, en la política interior, unos Estados segundos, cada día más divididos del Estado central, sin coordinaciones verdaderas entre todos ellos y sin sumisión al emperador, obedecido con resistencias bien manifiestas como en los tiempos feudales; un insolente patriciado agrario, sin títulos al poder, y pidiéndolo siempre, desde petrificada é inverosímil Asamblea, que llega, en sus desvaríos reaccionarios, á proponer el estanco de los cereales; un partido conservador, compuesto, más bien de cortesanos apercibidos á votar cuanto quiera el César, que de políticos; unos presupuestos militares, crecidos y gravosos, bajo cuya pesadumbre la industria cae aplastada y el trabajo padece de perdurable anemia; unas fracciones religiosas de carácter ortodoxo católico, dispuestas á sumarse con todos cuantos abriguen afectos de rebeldía en su pecho, si quier sean revolucionarios, con tal de prosperar sus comunidades; otros grupos de carácter pesimista, en cuyo seno entran desde los poloneses hasta los alsacianos, quienes disculpan cuanto hacen de perturbador con la suprema y atractiva razón de su patriotismo; un movimiento antisemita, indigno de la raza que cree haber emancipado la conciencia humana con su revolución religiosa; el partido socialista más formidable de Europa entera demuestran á una cuán funesto ha sido que la gloria de tres conquistadores, como Guillermo, Bismarck y Moltke, se haya sobrepuesto al derecho y á la libertad de todos. Así, habremos de comprender y explicar la insistencia puesta por hombres del temple de Richter y del saber de Wirchou á reconocer los servicios prestados al oprimido por el opresor, cuya fuerza crece sin medida y cuya soberbia se insolenta con escándalo, siempre que ve algún reconocimiento en los opresos, más ó menos voluntario, de su grandeza y de su gloria. No hay, habrán dicho los progresistas de la Cámara opuestos al voto de gracias, cosa ninguna que valga donde faltan el derecho y la

libertad, como no hay habitable tierra sin aire y sin luz. Nosotros tenemos un ejemplo de esto en la Historia patria. No existieron jamás en todos los anales germánicos cuatro figuras comparables á las figuras de los Reyes Católicos, de Carlos V, de Felipe II. Y, sin embargo, á los primeros no les hemos perdonado que fundaran la Inquisición y expulsasen los judíos, como no les hemos perdonado á los últimos que mataran en Villalar los municipios de Castilla y en Zaragoza las Cortes de Aragón, sin dejar de reconocer por ello su gloria y su grandeza. Los que siempre anteponemos la libertad á la fuerza, estamos en espíritu con todos cuantos han votado contra que una Cámara, como el Parlamento alemán, se arrojase á los pies de un vencedor como Bismarck, contrario á las instituciones parlamentarias, de cuyos acuerdos prescindió al preparar Sadowa, y en cuyo seno entró con botas, látigo y espuelas después de Sedán. Imposible pedirle á una colectividad que se despoje de su espíritu colectivo. Imposible pedirle que aclame á quien la ofende y la niega. El Parlamento alemán podía dejar á los demás factores públicos, al emperador, al ejército, á los cuerpos colegisladores prusianos, que aclamaran y enaltecieran á Bismarck, pues les dió, ya una corona imperial, arrancada de la dinastía ilustre, á quien la entregó el poder y la gloria de Carlos V; ya un reguero de triunfos, que se dilata desde los campos bohemios á los turenos campos; ya el predominio absoluto de la Prusia protestante y boreal sobre los Estados meridionales y católicos; ya la hegemonía diplomática en Europa; mas no podía prestar él homenaje ninguno al Dictador, que, si le ha dado vida, se la dió para oprimirlo y humillarlo. Quien dice que Bismarck regaló á los alemanes el sufragio universal, desbarra, como quien dijera que les había dado la tierra de que se nutren sus fibras ó la atmósfera en que respiran sus pulmones: el mundo europeo es una democracia contra

Bismarck, sobre Bismarck, y la democracia tiene por carácter primero el sufragio universal.

V

Sabíase ya que aguardaban emperador y canciller el día 23 para presentar la proposición del voto de gracias en el Reichstag. Teníanle, magüer su omnipotencia, un miedo á éste de todos los demonios. Así hubo ensayo previo, para que no saliese la terrible sesión, por poco apercibida, mal representada. La hora reglamentaria de abrir las sesiones en el Parlamento alemán es la una. Como á esa hora no podían estar presentes los diputados del Reichstag adscritos también á la Dieta prusiana, todos favorables al voto de las apoteosis, propuso el presidente alterar la hora y abrir en punto de las dos el 23. No un socialista, un redomado conservador, levantóse airadísimo á decir que por nada, ni por nadie, debían los diputados alterar la hora decretada de antiguo para reabrir sus sesiones. Y el Parlamento votó por la proposición del diputado y contra la proposición del presidente. Acuerdo tamaño decidía ya de la cuestión. Era cosa decretada la negativa del voto de gracias al mayor hombre que ha tenido Alemania y que tendrá, según frase de sus admiradores. El presidente Levetzow, presenta la proposición de manera modesta, pidiendo á la Cámara que le autorizase á ofrecer sus felicitaciones al alemán mayor de toda Alemania el día 1.° de Abril, en que cumple ochenta años. Un jefe de los católicos abre la marcha del bando contrario á lo propuesto, con la remembranza del código dioclecianesco de Mayo en el rostro; sigue al jefe del centro un jefe de la izquierda democrática, diciendo cómo los man-

tenedores del derecho de todos á la soberanía nacional no pueden felicitar á quien vincula esta soberanía en uno solo; sigue al demócrata un socialista, evocando, para justificación de su voto negativo, las persecuciones que han martirizado á los suyos, faltos de las más rudimentarias libertades, suprimidas por el férreo canciller; tras los socialistas vienen los poloneses, y muestran el cádaver de Polonia como los patricios romanos el cádaver de Lucrecia y los plebeyos el cadáver de Virginia; en medio todo esto, de vociferaciones y de clamores en los desairados, cuyo estruendo aumenta el escándalo de una votación, opuesta con sereno y reflexivo juicio de todos á las voluntariedades arbitrarias del joven emperador y á la soberbia despótica del depuesto canciller. Ciento sesenta y tres votos contra ciento cuarenta y seis rechazaron la proposición. Imposible pintar cómo tomaron el voto quienes lo habían preparado con tan grande antelación y pedídolo con tan repetidas instancias. El emperador dirigió al ex canciller un telegrama fulminante de quejas contra el Reichstag, quien al cabo no había sido con el grande hombre tan ingrato como él, y habló de despedir una Cámara capaz de tan increíble desacato, como años hace despidiera él á su primer ministro sin acatamiento ninguno. El presidente y el vicepresidente del Reichstag presentaron sus respectivas dimisiones, aun á riesgo de que los reemplazasen y sucediesen dos comunistas. Las compensaciones al desaire se arreglaron luego del modo mejor posible. Casi todos los que votaron en pro de las felicitaciones; una parte considerable de los señores feudales que parecen embotellados en sus redomas desde los siglos anteriores á la guerra y levantamiento de los labriegos, según el ceño feudal que muestran poco disimulado so el ala de un sombrero inglés y parlamentario; el Parlamento prusiano todo entero, con excepción de los enfermos accidentales y de los enfermos crónicos, acudieron en son de protesta y aclamaron al glo-

rioso anciano, á la puerta de aquel retiro, por pinos y malezas rodeado, que le dan sombríos aires de panteón apercibido á contener un gran muerto. Como cumple á un verdadero conquistador, vestido, no con el traje civil que llevarían Gladstone y Cavour y Crispi, de uniforme militar, el casco y el sable de rúbrica; muy fuerte su cuerpo y robusto, aunque no muy erguido, pues la edad le pesa un poco sobre las espaldas, encorvándolas, Bismarck pronuncia con voz temblorosa por la emoción que lo embarga, un discurso en recuerdo de los grandes muertos, en homenaje al victorioso ejército, en acción de gracias al emperador, sin dirigir más que velada, y débil alusión al Reichstag, pero mostrando el dolor incurable de la herida que le abrieron al bajarlo de un pedestal, si combatido y zozobrante, superior á los varios altares erigidos ahora en su honra y gloria por el mismo autor de su inmerecida desgracia, reo, más que ningún otro alemán, de irreparable ingratitud al fundador de la Germania moderna. Los remordimientos más acerbos deben taladrarle las sienes á este respecto; pues, no bastando al César la expedición de trenes parlamentarios y especiales, hase ido en persona, montado sobre su mejor trotón de combate; ciñendo todas las armas propias de un general y llevando todas sus insignias como un Dios; á presentarle al canciller en su cumpleaños una espada hecha toda de oro y resplandeciente como un rayo del cielo. Con este motivo ha pronunciado un discurso muy semejante al aria que el héroe canta en la tetralogía de Wagner, cuando forja por las sinuosidades del monte, y entre las selvas, sobre una mole de hierro y bajo una fragua de titanes, la espada maravillosa que había de servir luego para inmolar las víctimas á los dioses guerreros y darle paso á las cruentas victorias. El orador imperial no ha tenido que morderse la lengua para decir cómo la espada era el blasón de su imperio. Pues yo antepongo un imperio teniendo por blasón el hie-

rro destinado al cultivo á un imperio teniendo por blasón el hierro destinado á la matanza. Prefiero Prometeo con su vivificadora luz en la mano á Thor con sus demoledores martillos. El joven César ha disertado mucho sobre lo que Bismarck es como soldado; y Bismarck ha insistido en lo que se cree como gobernante y diplomático, sin duda para echarse del hombro lo ridículo de aquellos cesáreos alardes, cuyas sacudidas le arrojan de la Cancillería sin motivo, para luego adjudicarle palmas de general sin razón. La mayor apoteosis que podría consagrarse á su persona, en mi sentir, habría de ser volverlo al Cancillerato y dejarlo morir en las cumbres altísimas para que ha nacido, y de las cuales hale un día echado el mismo que lo corona y que lo diviniza. Unos pocos meses de poder halagarían más á Bismarck que tantos gárrulos ruidos de divinización y de apoteosis.

VI

Un banquete singularísimo va pronto á celebrarse por grande número de sabios con motivo del pleito, muy embrollado y recrudecido ahora por circunstancias varias, entre la religión y la ciencia. Este otoño se presentó en el Vaticano á rendir sus homenajes al Papa el insigne director de la *Revista de Ambos Mundos*, puesto por el asentimiento universal de todos los literatos entre los primeros escritores y críticos del siglo. Al salir de su entrevista, guardó la reserva cumplidera en todos cuantos tienen la honra de conversar con el augusto anciano que rige al mundo católico; y escribió tan sólo un artículo muy trascendental, en cuyo contexto no decía nada del Papa; mas decía de su propia cosecha que las almas se ha-

bían ido poco á poco separando de la ciencia por haber hecho la ciencia completa bancarrota. Y con este motivo, los impíos al uso hanse vuelto hacia el vulgar y pesado libro de Drappe, sobre los conflictos entre la fe y la razón, para reabrir una guerra que parecía cerrada y que no tiene motivos ni justificaciones ahora. Conozco perfectamente la existencia perenne de luchas entre la teología y la metafísica, como suele haberlas entre la metafísica y las ciencias exactas; pero así como se corresponden las notas del pentagrama con los colores del prisma, se corresponden la religión y la ciencia, las cuales, si no se armonizan y encuentran en el espacio limitadísimo alcanzado por nuestros ojos, se armonizan y encuentran en lo infinito. Es innegable que, al pasar las ideas en la inteligencia por su carácter inferior de nociones, se contradicen, y que, al subir por los cielos de la razón pura y tomar la incondicionalidad de lo universal, se armonizan componiendo mónadas celestes y unidades divinas. Pero así como los católicos exagerados maldicen la ciencia moderna de nuestros pensadores; los positivistas intransigentes maldicen la vieja y santa religión de nuestros padres. Desde las revistas diversas y desde las publicaciones diarias, lánzanse los piadosos y los sabios franceses bombas, que arman un fragor espantoso y están llenas de proyectiles asesinos. Ya lo he dicho, hasta banquetes van á celebrarse pronto en honor de los que quieren trocar la ciencia en religión y la religión en ciencia, siquier se trastornen todas las leyes del mundo moral y se queden reducidas á pura física la teología y la metafísica. El sabio Berthelot, que promete sustentarnos con pomos de químicas esencias, encargadas de desterrar los solomillos y los pavos, presidirá el banquete á cinco pesetas cubierto. Zola promete asistir, porque le ha tomado al darwinismo su ley de la herencia, y no quiere abandonarla en este grave paso, con tanto mayor motivo, cuanto que, habiendo dispensado

el Pontífice á Brunetière la honra de una audiencia particular, y no habiéndosela dispensado á él, como Brunetière habla de la bancarrota del saber, tócale hablar á su lengua tan escuchada y á su pluma tan leída de la bancarrota del creer. No ha faltado diario que se ría del banquete; ni positivista que se vengue del diario. ¡Ciencia y Religión! Me llamaréis ecléctico y sincretista; pero creo indispensables las dos á nuestra vida. Existe una Religión como existe un Arte, como existe una Ciencia, como existe un Estado. Y para despojar á la humanidad entera del arte y sus ensueños, tendríais que arrancarle las entrañas, el corazón, y todos sus sentimientos; y para despojarla de la ciencia, tendríais que apagarle, allá, en las facultades múltiples del alma, su razón, sus ideas; y para despojarla del templo, del altar, del claustro, del ex voto, tendríais que hacerla un ser pegado á la tierra como el pólipo á la roca, sin recuerdos santos de su origen divino y sin esperanza ninguna en los misterios de la inmortalidad. Durará la religión sobre el planeta lo que el hombre dure, existiendo así una inextinguible aspiración, que sube desde lo profundo á las alturas, y una grande inspiración, que baja desde las alturas sobre los espíritus. Indudablemente lo sobrenatural existe; pero no como una contradicción de lo natural, como una idealidad y una norma. Prescindir de la naturaleza por la religión equivale á prescindir de la religión por la naturaleza. Como no podemos separar cuerpo y alma sin traer la muerte, no podemos separar Dios y humanidad sin traer el absurdo. Ningún adelanto fisiológico ha podido encontrar en sus estudios y experiencias la secreción del cerebro que se llama pensamiento. Todas las ciencias cosmológicas no han hecho en sus progresos más que aumentar, digámoslo así, lo infinito, demostrando cómo nos rodea por todas partes, tanto en el espacio material como en las inmateriales ideas. Ninguno de los adelantos científicos ha podido destruir la religión, por lo mis-

mo que la religión no es ciencia; y ninguna de las religiones se ha propuesto demostrar su base de misterios, pues dejarían de serlo, en cuanto los disecase un crítico y los comprobara por manera matemática un matemático. Yo pregunto en qué la idea de Dios se ha menguado porque haya el telescopio extendido los cielos; porque haya el espectro solar traído en sus maravillosas descomposiciones el oxígeno, ardiendo allá en los confines de las vías lácteas, al radio de la humana experiencia; porque la geología en sus investigaciones haya podido aumentar la nobleza del planeta nuestro, acrecentando la genealogía y el número de sus edades; porque las ciencias naturales hayan coordinado en sistema racional y en serie lógica todas las especies; porque la química en sus retortas y substratos haya mostrado la unidad de la materia, y haya mostrado la mecánica por su parte la unidad de las fuerzas; porque las máquinas eléctricas, los barómetros, los termómetros, los pararrayos, hayan sometido la naturaleza más y más á nuestro dominio, pesado el aire, medido el calor, señaládole al rayo un camino en el suelo, puesto á las plantas del hombre los relámpagos, como á las plantas de Dios; porque nuevas revelaciones científicas hayan aumentado el concepto de nuestro Criador en el alma y traído á nuestra especie, con una grandeza moral inconmensurable, nuevas gradas para subir al cielo y nuevos títulos para merecer la eternidad. No se puede, no, emplear en las religiones el criterio empleado en las ciencias. Allégase la verdad científica por nuestra razón pura, y allégase la verdad religiosa por el sentimiento, por la fe, por luminosísimas intuiciones. Ni los Vedas, ni las Biblias, ni los Evangelios han querido revelar ciencias ó artes. Necesitados todos esos libros de poner las verdades morales y dogmáticas á los tardos alcances de las muchedumbres, no se han curado, ni podido curarse, del rigor científico. Las religiones no tienen para qué decir cómo se mueven

los astros, cómo se generan las especies, cómo se coordinan los seres, cómo se forman los fluidos: les basta con decir que un Dios existe, que se relaciona ese Dios con las ideas y con las cosas, que tiene una providencia para la historia y una ley para la naturaleza y una religión para la inteligencia y una moral para la voluntad, moral cuyo cumplimiento nos hará buenos en esta vida y bienaventurados en la otra. No hay esos supuestos conflictos entre la religión y la ciencia, sino cuando se quiere hacer de la parte litúrgica, de la parte histórica, de la parte circunstancial en toda religión, algo consustancialísimo con ella como su parte dogmática y moral. Por consiguiente, hay que dejar la ciencia libre, sean cualesquiera sus sistemas, en la seguridad completa de que no podrá nunca poner en sus retortas la espiritualidad del alma, ni las secreciones del pensamiento, como no podrá enterrar á Dios en sus más ó menos atrevidos conceptos. Cual no pueden las artes confundirse unas con otras, sin perderse todas, no pueden la ciencia, la religión, la política, el derecho, el Estado, confundirse sin desnaturalizarse. ¡Cuántas veces no están las transmisiones de los sentidos al cerebro en contradicción abierta con las ideas! ¿Os los arrancáis por eso? Pues no podéis arrancar la religión de vuestro pecho porque alguna vez contradiga la ciencia de vuestra mente. Creedla siempre, y practicadla siempre, creed y practicar la religión, para que seáis salvos. Dejad, dejad á cada manifestación del espíritu el espacio inmenso de su libertad, y veréis cómo resultan todas concéntricas, gravitando en torno de Dios, á la manera que en torno del sol gravitan los planetas. ¿Pues no se ha formado en las ideas platónicas el dogma católico? Los cánones de nuestra fe proclamados en el símbolo de Nicea, ¿no han tomado una parte de su espíritu en las escuelas alejandrinas? ¿No ha servido el Aristóteles traducido en Córdoba por los árabes de base á la Summa teológica de Santo Tomás?

Los adelantos filológicos han cooperado mucho á la reconciliación entre la fe y la ciencia. Por consiguiente, no hay bancarrota de la religión y no hay bancarrota de la ciencia. Lo que hay es el predominio en la una del criterio racional y en la otra del criterio intuitivo, pero armonizándose ambas, como se armonizan el corazón y el cerebro en nuestro cuerpo, armonizándose ambas en las relaciones de los seres creados con su divino Creador.

EMILIO CASTELAR.

LA PRENSA INTERNACIONAL

El movimiento literario en Turquía.

Tarea espinosísima es la de hablar de literatura turca á un público que tiene ideas preconcebidas acerca de la inmovilidad intelectual de las naciones orientales; tarea tanto más difícil, cuanto que, estando poco difundidos en Turquía los libros de crítica, existe allí gran disconformidad de pareceres respecto al mérito particular de cada autor. No emitiré aquí, pues, ningún juicio de conjunto ni discutiré detalles de escuela, limitándome á indicar el movimento intelectual que ha representado un papel predominante en la historia moderna de Turquía, señalar sus principales tendencias, y caracterizar á algunos de los escritores turcos cuya fama parece ser ya un hecho consumado para la historia otomana.

La literatura turca intentó por vez primera eximirse de la tutela de las tradiciones árabes y persas en los comienzos del siglo XIX, durante el reinado de Selim III, con los escritos del ulema Aassem. Selim pagó con la vida sus esfuerzos para reorganizar el imperio; y Aassem, solo y menospreciado en medio de los literatos de su tiempo, tampoco fué comprendido. Muy luego, reanudó Chinassi su labor. Mientras que Medjid hacía suyos los planes de Selim, Chinassi, dedicándose por

completo á las reformas iniciadas por el ulema precursor, consiguió por fin dotar á Turquía de una lengua nacional fácil y flexible, capaz de plegarse á las ideas de progreso, libre de las frases ampulosas y de las exquisiteces que en ella habían introducido los alientos épicos de los árabes y el amaneramiento afeminado de los persas; en una palabra: al alcance de todos y dejando de ser dominio exclusivo de una casta de teólogos y de aficionados á las letras.

Recordemos en pocas líneas el pasado de esta lengua. Los turcos-otomanos son una rama de ese numeroso pueblo turco que, habitante en las mesetas del Altai, bajaba periódicamente y desde los más remotos tiempos como conquistador á las llanuras del Irán, á los valles del Indo, Ganges y de los ríos chinos. Sus cantos, sus poesías y su lengua han sido muy estudiados en Europa. En una obra de filología, á la cual da la última mano Ahmed-Midhat-Effendi, podrán verse muy pronto al detalle todos los vocablos, términos y formas sintáxicas que los dialectos de Persia, India y China occidental han tomado de esa lengua turca del Asia central, «tan antigua y tan completa como el sánscrito». Los turcos-otomanos no vinieron al imperio bizantino directamente del Altai, sino del Korassán, provincia limítrofe con Persia, donde acamparon por largo tiempo y dejaron corromper lentamente su lengua primitiva (que era el turco altaico puro), primero por su mezcla con el persa y muy pronto con el árabe propagado por el islam en esas regiones. Después de la toma de Constantinopla, acrecentóse su idioma con cierto número de voces griegas, y tomó de los genoveses y venecianos todos los términos de navegación. Además de sea balumba de elementos heterogéneos, subdividíase también en: *lengua hablada,* propia del pueblo; y *lengua escrita,* que elevaba á una especie de mandarinato á los poseedores de su ciencia (¡tan poco numerosos eran!), y que hasta fines del siglo XVIII sirvió exclusivamente para redactar *firmanes* de un estilo de mucha bambolla, y para componer libros de teología, poesías imitadas

del árabe y del persa, odas en alabanza del sultán reinante, y algunas crónicas históricas preciosísimas porque nos conservan con detalles las antiguas usanzas turcas.

La revolución iniciada por Chinassi ha modificado por completo esa situación; tanto, que los griegos, judíos y armenios, entre los cuales hace cincuenta años que apenas su hubieran hallado una docena de personas capaces de leer el idioma turco (y de una manera casi indecente), hoy lo escriben, componen libros y llegan á conseguir la celebridad literaria. Testigo el príncipe actual de Samos, Karathedory-Bajá, que es uno de nuestros más delicados poetas.

Para democratizar la lengua, haciendo que entrase en ella y predominase el vocabulario del pueblo, Chinassi tuvo que resistir los enconados ataques de los turcos chapados á la antigua. Pero triunfó la nueva lengua, porque llegaba á su debido tiempo para realizar una misión doble: primero, dar al pueblo una educación elemental, filosófica y científica á la vez; segundo, hacerle comprender el beneficio de las reformas. Chinassi fundó y redactó un periódico, el *Tasviri-Efkiar,* donde su gran talento de polemista, de poeta y hasta de músico, sus cotidianos elogios á Rechid-Bajá, y la poderosa colaboración de Kemal, establecieron una corriente de ideas políticas y artísticas que se llevó consigo á la mayor parte de los pensadores de Turquía. Algunos años más tarde, siguiendo las huellas del *Tasviri-Efkiar*, empezó á publicarse el *Terdjumani-Hakikat (Intérprete de la verdad),* de Ahmed-Midhat-Effendi. Estos dos periódicos, que pueden llamarse la gran enciclopedia del imperio turco, han introducido metódicamente y utilizado en Turquía, pasándolas por el tamiz de las exigencias de la religión oficial y de los climas, las principales ideas humanitarias de Europa, sus invenciones en física, en química, en filosofía. Traduciendo las obras maestras extranjeras y con narraciones de viajes, les fué preciso dar noción exacta de Europa á un pueblo que hasta entonces designaba y confundía á toda la cristiandad con el nombre de *Frengnistan.* Les fué preciso

crear una estética que obligase á hacer á los mutiladores de estatuas los sacrificios necesarios para formar museos. Para uso de los teólogos, de los funcionarios habituados al ejercicio de la arbitrariedad, de los adultos esclavos de preocupaciones seculares, les fué preciso promulgar las reglas de una moral que, reforzando en ellos la dignidad de creyentes, les inclinase, sin embargo, á la tolerancia. Les fué preciso apasionar á la juventud publicando novelas, cuentos, poesías, críticas y ensayos de los jóvenes; y, por último, contestar todos los días á los periódicos, á los libros y á las revistas de los partidos contrarios.

Juntamente con estas dos tribunas de polémica literaria, existieron otros periódicos muy independientes. El *hatti*, de Gulhané (1839), había otorgado á los turcos admirables reformas liberales. Pero persistían los abusos en provincias entregadas durante siglos á la incuria de las autoridades. En nombre de los artículos del *hatti*, en nombre del soberano «á quien manos adornadas con los anillos del favor sustraen á menudo la verdad», esos periódicos defendían, acusaban, citaban ante los tribunales, hacían poner en libertad á los presos sin delito, y hasta obligaban á destituir á los gobernadores. Indico aquí estos detalles para aclarar mejor la época en que la literatura turca llegó al apogeo de su desarrollo; es decir, ese decenio de 1850 á 1860, en el cual, con un soberano y unos *visires* amigos de novedades, durante el paso y el regreso por Constantinopla de las tropas anglo-francesas, personificación de las ideas nuevas, adquirió Turquía un prestigio en que recobraron su energía los ánimos más abatidos. Los teatros se llenaron de gente, asistiendo á ellos las mujeres; arrebatábanse de las manos folletos y diarios satíricos, tales como *El Diógenes*. Al atravesar los estrechos, esos franceses que derramaban su sangre y morían de epidemia, nos dejaron parte de su alma. Y ejerció una acción decisiva en nuestra vida intelectual ese rápido abrazo entre el pueblo caballeresco y el pueblo turco esencialmente guerrero, que obra por primer im-

pulso; pronto al entusiasmo y á la cólera, extremado en la acción y en la inacción, capaz de correr por el triunfo de una idea á «conquistar los horizontes», y que aún tenía las imágenes de Bunaberdi (Bonaparte), colgadas de las paredes, reproducidas en las tabaqueras y en los menores cachivaches. A partir de ese día sobre todo, las palabras civilización y progreso, tomadas del Occidente y tan dificultosas para la pluma, sólo significaron para nosotros «Francia». Abrase un periódico turco, y á cada línea se verá: *chemin-de-fer, télégraphe, vapeur, kilomètre, commission*. Aun hoy mismo, excepto los dramas de Shakespeare, sólo conocemos completamente por la traducción las obras del genio francés.

Las ideas del siglo XVIII francés en particular, son las que ilustraron el renacimiento literario turco. Como la mayor parte de los escritores de aquella época, casi todos nuestros autores son hombres bien acomodados, de alta posición social, de elevada cultura intelectual, no nada especialistas, sino enciclopédicos en conocimientos y multiformes en su expresión literaria. A primera vista, son despreocupados. Subordínase en ellos el corazón al cerebro. Hasta cuando tratan de enternecernos, se nota el disimulado esfuerzo de una idea que quieren hacer triunfar. Gustan de las novelas con tesis, de las narraciones con moraleja y de largas discusiones teológicas. No se ve en sus obras ninguna de esas atenuaciones del pensamiento propias de la Europa del final del siglo XIX. Son combatientes tenaces en pro de una idea; tienen errores que combatir, verdades que proclamar, convicciones inconmovibles de las cuales quieren hacer prosélitos. Su buena fe ha llegado más de una vez hasta una exaltación que han pagado con el encarcelamiento y con el destierro. «Siempre tengo á Juan Crisóstomo á mi cabecera,» decía aún ayer el más popular de nuestros novelistas. Precisamente, lo que pudiera vituperárseles á todos ellos es un aire de hablar *ex cathedra*, un tono de predicador en boga que no sería muy del gusto de un público francés y que convendría aún más á los ingleses, habi-

tuados á las controversias bíblicas, á los discursos acerca de la temperancia. Nuestros escritores siguen siendo *aristócratas*, á despecho de todo, en su actitud para con el pueblo. Ningún genio «miserable» ha salido de las entrañas de este pueblo; ningún Rousseau, ningún Nekrassor nos han movido á lástima, poniendo al descubierto un alma fea y grandiosa. El pueblo turco, desde el momento en que dormita en él el instinto guerrero, es un pueblo pacífico dentro de sus hogares, que vive del comercio en pequeño, de la labranza en pequeño, de modestos goces campestres, y cuyas satisfacciones se ven colmadas ampliamente con blancas y luminosas mezquitas y con hermosos frutos.

Ahmed-Midhat-Effendi es el hombre que resume en su persona las tendencias más importantes de la literatura turca. Una cabeza varonil y barbuda, con el pelo cortado al rape y puesta sobre hombros de atleta; una voz que alternativamente se encoleriza y bromea, según los movibles matices de un ingenio universal y las sinceras convicciones de un alma de bronce; una actividad tan grande que en la redacción de su periódico vésele más de una vez dictar en el mismo minuto cartas en francés, en turco, en árabe, escribir su artículo del día, y conversar con sus visitas: tal es en lo físico Ahmed-Midhat-Effendi. Su labor ha sido prodigiosa en número y variedad, con múltiples formas; novelas, dramas, comedias, artículos periodísticos, arengas, diálogos filosóficos, tratados de moral. En estos veinticinco años últimos, Ahmed-Midhat ha tomado parte en todas las cuestiones que han conmovido á Turquía, atrayendo siempre á sus ideas al mayor número de personas. Periodista que todas las mañanas apasiona al público con el artículo de fondo del periódico que todos compran, en varias ocasiones ha sostenido entre dos periódicos polémicas que se

han hecho célebres y cuyos dos seudónimos de firma ocultaban su propia persona ambos. Como viajero, ha descrito al estilo de las *Cartas Persas* sus correrías por Suiza, Francia, países escandinavos y Alemania. Como historiador, de esos mismos viajes trajo documentos con los cuales ha compuesto una *Historia de Europa* en XVI tomos, una *Introducción á la Historia y á la Geografía antiguas* y un *Comentario de la guerra turco-rusa,* que es la obra más imparcial de cuantas acerca de este asunto se han escrito. Como filólogo, ha manejado los antiguos manuscritos mongólicos, los antiguos textos tártaros, persas é indios, para buscar en ellos los vestigios de la lengua turca. Como autor dramático, ha visto muchas de sus obras obtener los honores de la centésima representación: *Atchikbach,* estudio de la devoción fingida en el musulmán; *Djenghi la bailarina,* de la cual ha escrito él mismo la música; el drama de *Los Euzdens* (príncipes de Circasia), en el que influencias atávicas han inspirado al autor, cuya familia es originaria de las montañas georgianas, acentos llenos de nobleza y de valentía. Siendo admirador de Alejandro Dumas hijo, Ahmed-Midhat ha hecho para la escena turca una adaptación de *La Dama de las Camelias,* á la cual dieron una tristeza conmovedora, que ninguno de nosotros ha olvidado, el autor y la misma actriz, una joven asiática que tenía el pecho herido de muerte por la tisis.

Pero á Ahmed-Midhat se le conoce en Turquía, sobre todo, como novelista. Sus novelas no son cuentos ociosos, sino siempre relatos é imágenes que giran en derredor de una idea que propagar, una causa que defender ó una época histórica que popularizar: como en *Stradella* el renacimiento italiano, en *Voltaire á los veinte años* los comienzos del siglo XVIII, en los *Médicos de América* los descubrimientos modernos de la ciencia. Ha estudiado todos los aspectos de la vida social turca: la hospitalidad en *Conak,* las costumbres provincianas en *Suleiman el Musselin* y en *Albaneses y Suliotas*, la prostitución en *¡Diez y siete años apenas!,* las costumbres de Pera (barrio de Estambul que imita á París) en *Carnaval*, etc. Sus novelas

más difundidas son aquéllas cuyos protagonistas le sirven para emitir tesis muy interesantes: en *Hussein* discute la cuestión agraria, en *Hassán* el pasado de la marina musulmana. En su último libro, *Ahmed-Metin y Chizzad Cheltchuki*, figura un joven noble, Ahmed, que se apasiona por las aventuras de Chizzad Cheltchuki, héroe de una novela seleucida, cuyo manuscrito tiene más de ochocientos años de antigüedad. Fleta un *yacht* y va á visitar las costas de Anatolia, el Archipiélago, Grecia y Sicilia, lugares ilustrados todos ellos por las hazañas de Chizzad. Apoyado en las maromas de su *yacht* por la noche, sentado en las ruinas griegas ó en los peñascos próximos al mar, vagando por las calles del ensanche de la Atenas nueva ó en los concurridos puertos de Italia, Ahmed cuenta á su compañera, una joven válaca sentimental, esas hazañas del guerrero Chizzad, en las cuales reviven todas las horas de triunfo del Islám. Esta novela, como la mayoría de las novelas turcas, aparece por entregas y no se ha concluido aún. El público se ha enamorado tanto más de ella, cuanto que ve una alegoría: la del autor mismo paseando á Turquía á través de las civilizaciones de Europa, y recordando de continuo á la primera su glorioso pasado, para que en su duro aprendizaje de los oficios modernos no pierda ni por un instante ese orgullo de raza que en el mismo grado que el trabajo contribuye al porvenir de los pueblos, porque en los autores turcos modernos no hay de ninguna manera prevenciones en favor de Europa. Es absurdo el cargo con que los motejan los turcos á la antigua, de introducir en Oriente ideas incompatibles con nuestros instintos. Ahmed, en particular, nunca ha dejado de señalar con el dedo lo vituperable ó ridículo que halla en esta Europa cuya actividad glorifica á diario. Después de cargar á fondo en su *Mudafaa* contra el cristianismo, en su obra *Schopenhauer* ha condenado el pesimismo europeo y la literatura con él relacionada, literatura de tísicos y mujerzuelas, cuyos héroes languidecen de hastío ó se disparan una pistola en la sien derecha, como Werther. Los

héroes de él son robustos, hombres de acción y de inteligencia. Para Ahmed-Midhat, como para los que escriben en Turquía, la salvación está en el Islam; pero combate la inmovilidad y fustiga esas doctrinas de origen indio, lentamente infiltradas en todas las capas del mundo asiático, que quisieran ver al hombre replegarse dentro de sí, en la eterna contemplación de su propio ombligo, ante la inmensidad de Dios. Ahmed-Midhat tiene por esencial que el trabajo asiduo, el recorrer todas las sirtes de la vida, ver todos los aspectos del mundo, estudiar todas las ciencias y todos los pensamientos, es conocer mejor á Dios y ser más meritorio para con El; y que el sostener viva la curiosidad del pueblo, es darse á sí mismo el goce más hermoso de hombre pensador, y servir mejor á la felicidad de las masas que forman la patria.

Estas doctrinas de positivismo ilustrado, que expone en una multitud de tratados de moral, en *Cómo se debe vivir*, en el *Amor al trabajo*, en sus *Cartas filosóficas á Nadji*, elevaron á Ahmed-Midhat á un apostolado intelectual, que ejerce no sólo entre el público general y en los círculos literarios, sino que también en el mundo científico, al cual ha dado sus *Ensayos acerca del sueño;* en la esfera militar á quien ha dado sus obras *Grandes épocas militares* y *Zabut* (el oficial moderno); en el orden económico donde su *Colbert* y su *Ha-Und-Ukad* han producido una corriente de ideas proteccionistas contra el librecambio dominante; y, por último, en el dominio de la pedagogía, por medio de obras acerca de la educación, de la enseñanza, de las abluciones y oraciones.

A pesar de este inmenso trabajo que ocupa más de ciento treinta tomos, Ahmed-Midhat-Effendi, de cincuenta y tres años de edad tan sólo, y dotado de una salud robusta, promete aún larga y brillante carrera. Goza de la confianza del soberano, del respeto de los turcos á la antigua, y de la admiración del mundo musulmán entero, desde la Bukharia hasta las fuentes del Nilo. Sigue siendo inspirador y colaborador del *Terdjumani-Hakikat*, cuya dirección material ha dejado á

otros; y preside con majestad, en medio de los talentos antiguos y de los talentos nacientes que se agrupan en derredor de ese periódico, á los destinos futuros de la literatura turca. Ahmed-Midhat, no es un estilista, y nunca ha publicado versos: ejemplo casi único entre los escritores turcos, que no pueden eximirse de versificar en la obra de apariencia más fútil. Su prosa, como la del siglo XVIII francés, tiene una claridad y una sencillez incomparables.

Por el contrario, en Kemal-Bey está cultivada la forma y es restringido el trabajo. Kemal-Bey, muerto algunos años ha en Metelín, de donde era gobernador, se puso en primera fila entre los escritores turcos con su drama *Vatane* (Patria), que es un episodio de la guerra de Crimea. Islam-Bey, joven albanés, se alista como voluntario en el ejército defensor de Silistria. Su prometida, colgándosele de los hombros, le suplica que se quede. Su despedida, que calificamos de «sublime» cuando se puso en escena la obra, produjo una explosión de sollozos y de gritos. «Hasta las mismas mujeres van á la guerra», dice Islam-Bey, entre mil argumentos. En eso está todo el enredo del drama. Déjale partir ella, se viste de soldado, sienta plaza de enfermero, y delante de Silistria, en el campo de batalla, recibe en sus brazos el ensangrentado cuerpo de Islam. La sencillez y la majestad clásicas de esta obra, lo noble de los sentimientos y el amor á la patria que en ella campean, la han hecho ser la obra maestra innegable del teatro turco.

En su novela *Djesmi*, ha descrito Kemal las guerras del Imperio con Persia en el siglo XVI. Con sus hazañas, sus intrigas sangrientas, los amores de Perihana y el Khan de Crimea, las grandes cabalgatas, sus entusiasmos y tristezas, esta novela tiene una vida nacional, toda la vida de la tribu nómada y primitiva del Altas, tribu que acampa, galopa y hace alga-

radas que á veces, en instantes de cansancio, adquiere conciencia de sí misma para quejarse de lo inestable y fugaz de todas las cosas humanas, «de la caridad que empobrece y del valor que da muerte...» Kemal ha estudiado las costumbres turcas modernas en *¡Pobre criatura!*, en *Akif-Bey*, en *Piezas destruidas*, que encierran interesantes fragmentos autobiográficos. Para conocer por completo á Kemal sería preciso hablar de sus poesías y artículos periodísticos más de lo que este breve estudio me permite. Fué un conquistador de almas, un exaltado á marchamartillo. Sus mismas novelas, tan admirables de estilo, forma y movimiento, vense de continuo echadas á perder con insoportables declamaciones políticas, cuya lectura las hace parecer vetustas.

Con exceso de defectos y de buenas cualidades, las obras de Kemal-Bey, incompletas, puesto que no han podido publicarse enteras, enigmáticas y como cubiertas con un crespón, siguen siendo las más sugestivas producciones del ingenio de la Turquía moderna.

Ekrem-Bey, al contrario de Kemal, está dotado de una sensibilidad delicadísima. Antiguo profesor en la escuela de Mulkié, comenzó su carrera literaria con un *Tratado de elocuencia y de poesía*. Los tomos de versos que publicó poco después hiciéronle ser el poeta favorito de los turcos. Ekrem es un idealista. Pasea su melancolía por entre paisajes lunares, á lo largo de los caminos en otoño, junto á los cementerios de aldea, sitios «que exhalan por sí mismos un encanto inmaterial» y donde describe en todas sus fases la lucha entre la vida y la muerte... «Creí que á lo menos sus amigos llevarían luto por él. He visto al muerto desaparecer irremediablemente debajo de paletadas de tierra, y á sus amigos continuar en su vida satisfecha: el mundo es impasible. He pensado que

la naturaleza se asociaría á mi dolor por tanta juventud hundida, que la aurora del nuevo día tras de aquella noche sería tétrica. Y he visto al sol, saludado por el canto de las aves, salir, dorar las cumbres de los montes, centellear sobre las aguas corrientes: el mundo es impasible...» Los ensayos filosóficos de Ekrem han tenido un éxito tan grande como sus poesías; pero al público le han gustado menos sus novelas, cuyos personajes son figurillas de porcelana de Sajonia, muy frágiles, preciosísimas en sus menores sentimientos y ademanes. Aun cuando parece detenerse á cada instante en los jardines metafísicos de un Gulistán cerrado, Ekrem no se ha desdeñado de tomar parte en las polémicas literarias de su época, haciéndose notar en ellas por la altiva elegancia de su apostura y por la perfecta cortesía de sus afirmaciones.

Ekrem-Bey es adicto á la antigua prosodia, en que las estrofas, y á veces hasta poesías enteras de cuarenta á cincuenta versos, riman en una misma sílaba. La mayor parte de los poetas turcos actuales pertenecen al *Musdevidj*, nueva escuela poética que ha introducido las rimas apareadas y cruzadas; siendo su fundador Nadji, procedente de la clase de los softas (estudiantes de teología con turbante y sotana). Sus primeras poesías eran de carácter religioso y místico. Más tarde, después de leer á Victor Hugo y Lamartine, cambió la forma de sus versos, de estilo y de ideas, convirtiéndose en adorador de lo Bello y de la Sabiduría. En sus tres obras maestras, *El Cordero*, *La Golondrina* y *Las Nubes*, Nadji se revela como un estético muy original, de audaz imaginación. Nadji ha escrito muchas «críticas literarias» en el periódico *Terdjumani-Hakikat*. Sus novelas tienen por personajes literatos, pasa la acción de ellas en los círculos literarios, y están animadas por discusiones estéticas. La labor histórica de Nadji es también muy cuantiosa. Fué nombrado historiógrafo de los sultanes; y daba la última mano á su magnífica epopeya de la familia de Osmán, cuando en este año último murió prematuramente, á los treinta y cinco años de su edad, llorado por toda Turquía, en bra-

zos de Ahmed-Midhat-Effendi, con la hija del cual habíase casado.

Una antología de antiguas poesías seldjúkidas, persas y turcas, titulada *Las Ruinas,* y precedida por un poema-prólogo que comentaba «su exquisita antigüedad», han revelado en Zía-Bajá un gran poeta. En los poemas que publicó después, Zía ha cantado las aspiraciones de «la joven Turquía»; y desde entonces, el hombre político ha muerto en él al poeta. Poniendo su talento al servicio de sus rencores personales, ha emitido principalmente contra Alí-Bajá juicios algunas veces deliciosos de impertinencia, pero más á menudo llenos de odio y de grosería. Preferimos con mucho sus obras ligeras, sus poemas báquicos: «Copero, escánciame ese vino que va á dilatarme el alma, porque el vino jamás aturde sino á los necios. Copero, deseo beber en tu taberna, pues tan viejo como es su vino, otro tanto es joven su escanciadora. Copero, brindo por los poetas profanos: sólo ellos han conocido los misterios de la verdad, etc.»

Entre el prefacio de *Las Ruinas,* ciertas poesías de Nadji y algunas novelas de Ahmed-Midhat y de Kemal, hay el vínculo de un sentimiento común: el sentimiento, ó más bien, la pesadilla del pasado, la necesidad imperiosa de volver á vivir de la existencia vivida por nuestros padres. En breves minutos, el turco siente la nostalgia de los galopes tendidos en la estepa. Tanto como la voz de la sangre, le predispone á esa meditación la naturaleza de nuestro país, de este Oriente donde «los muertos matan á los vivos». Estos muertos nos asedian, nos invaden, pesan sobre nosotros. Sus lápidas sepulcrales están en todas nuestras calles, y sus cipreses y sus lámparas encendidas entre las tinieblas de la noche. Están en esas torres derrumbadas que ponen un toque de melancolía en el cuadro de nues-

tros puertos más activos; en esos vastos espacios de la Anatolia, sembrados de esqueletos de ciudades sepultados á flor de tierra; en esos valles donde permanecen intactos y chocantes los prejuicios, las vestiduras, los ademanes, los grandes ojos rasgados y negros. Las almadías de odres inflados, que nos sirven en el Tigris, tienen su imagen en los obeliscos de la Caldea prehistórica. Cado uno de nosotros puede decirse con el poeta: «Camino como si llevase un muerto sepultado dentro de mí; no uno solo, sino toda la ascendencia de los que fueron mi estirpe. Marcho cual si condujese yo su fúnebre comitiva...» Este sentimiento de la inanidad del tiempo y del espacio, nadie lo ha descrito con tanta y tan reconcentrada emoción como lo ha hecho Abdulhak-Hamid-Bey en *Sahara*. Hamid-Bey se ha mantenido fuera de las escuelas, de las pandillas y de las polémicas. Es un aislado el poeta que vive «dentro de su torre de marfil» y se complace en ideas generales, tristes, pero magníficas. Todo se relaciona en él con un sistema de pesimismo, del cual es *El Sepulcro* (escrito al siguiente día de morir su mujer) un fragmento apasionado, aunque en extremo lacrimoso. Hamid-Bey ocupa desde hace mucho tiempo un cargo diplomático en Londres, cuya flema y cuyas nieblas le son gratas. Es un indolente, un elegante, un taciturno: el soñador hijo del Oriente.

Junto á estos escritores geniales hay que distinguir un grupo de escritores eruditos, á la cabeza de los cuales va Djevdet-Bajá, antiguo softa iniciado en las nuevas ideas por Rechid-Bajá, de quien fué bibliotecario. Después de haber escrito cierto número de obras acerca de la gramática y la sintaxis turcas, la retórica árabe y el código sagrado musulmán, Djevdet ocupóse en la crítica, «ese peine (según su expresión) que alisa los despeluznados cabellos de la literatura». La obra más importante de Djevdet es su *Historia del Imperio otomano*. El estilo de ella es magistral, pero duro, porque el autor no ha abandonado por completo las formas antiguas. Revélase allí, sobre todo, Djevdet como un genio narrador.

No sabe, como un Taine, un Michelet, un Gibbon, reunir y enseñorearse de los hechos con una gran idea científica ó moral, sino que se deja dominar por ellos. En su obra hay que buscar, no la filosofía, sino la crónica de la historia turca; crónica que se recomienda por los documentos de incomparable rareza que Djevdet-Bajá ha tenido en las manos.

En este grupo pueden incluirse también Chemseddin-Sami-Bey y Bechir-Fuad. Chemseddin-Sami, autor del célebre drama *Triunfador ó mártir*, es un trabajador concienzudo, encanecido á los treinta y ocho años de edad, que llena los periódicos de artículos kilométricos, á los cuales su origen albanés y su educación griega comunican un intenso «sabor de la tierruca», pero que el público sigue con un interés infatigable.

Sus estudios acerca del romanticismo, su traducción de *Los Miserables*, su diccionario franco-turco, han contribuido mucho á difundir las ideas francesas en Oriente. En esa tarea le ha secundado Ahmed-Vefik-Bajá, de quien se enseña (como una torre de Séneca en una cumbre que domina al Bósforo) la casita con verja de hierro y llena de libros, de donde salieron las traducciones de Molière y del *Telámaco;* secudándole también Alí-Bey, el primero que, en el periódico satírico *Diógenes* ha aficionado á los turcos al ingenio francés, y cuya elegancia de *dandy* y su inagotable humorismo le hacen ser en Constantinopla una especie de Oscar Wilde.

Bechir-Fuad, que en los bancos del colegio de los jesuítas en Beyruth leyó de muy joven las obras de Compte y de Darwin, tuvo al propósito de introducir en Turquía un sistema de materialismo, al cual no pudo dar bases sólidas por sus insuficientes conocimientos en teología musulmana. Lo más interesante que ha dejado es su carta de despedida á Ahmed-Midhat-Effendi, en la cual, anotando minuto por minuto los estragos que en él producía la pérdida cada vez mayor de su sangre, explica las lastimosas causas que le impulsaron á abrirse las venas.

Hay otros escritores renombrados, de quienes todos los días

se ocupa la prensa turca: Murad-Bey, que estudia en especial las cuestiones obreras; Sirri-Bajá, autor de comentarios acerca del Corán; Hadji-Ismael-Effendi, Said-Bey, que ha dedicado sus ensayos de psicología criminalista á la ruindad de espíritu de nuestros jueces; Abú-Zía-Tewfik; Zihni-Effendi; el poeta Feizi; Ahmed-Ihsan-Bey, director de la revista *Servet-i-Funún;* Hamdy-Bey, escritor, arquitecto, pintor, apasionado por la música, arqueólogo que ha descubierto y traído de Fenicia los célebres sarcófagos del Sátrapa, de las Plañideras y de Alejandro, organizador del naciente Museo Imperial, donde afluyen de todas las provincias del Asia dioses mutilados, bajo-relieves y preciosas inscripciones. Por la prodigiosa actividad artística de su alma, que hace recordar la de Vinci, Hamdy-Bey es el más brillante campeón de las ideas estéticas en Turquía.

Debo mencionar aquí un gran número de mujeres autores. La mayoría de ellas colaboran en el periódico *Terdjumani-Hakikat*. Las mujeres han ilustrado en todos tiempos las letras turcas, pero hasta ahora casi exclusivamente en el género poético. Hoy, que reciben una educación perfeccionada, han cambiado de tono, y con gusto dejan el laúd para tratar cuestiones de pedagogía, de instrucción pública, de emancipación femenina, etc. La defensa de la suerte de la mujer, sus sufrimientos morales en el gineceo, las reformas que deben introducirse en su instrucción primaria, etc.: tales son los motivos de donde toman los asuntos y las tesis de sus novelas. Muchas llegan á ser pedantes. Ahmed-Midhat hace una divertida caricatura de ellas en *Bilgnidj Kiz* (La joven sabia). Pero algunas son muy notables: Fathma Aali Hanum, hija de Djevdet Bajá, novelista; Nigniar Hanum, poetisa; Makbulé-Leman Hanum, autora de ensayos de filosofía y de moral, y la joven Selma Hanum, cuyas primeras novelas y poesías hacen presagiar una carrera de un brillo excepcional.

En resumen, la literatura turca ha hecho progresos muy considerables en el siglo XIX. Ha introducido en Oriente el teatro, la novela, los diarios, las revistas, la crítica; ha crea-

do la opinión pública. Labor tanto más importante, cuanto que ya se comprenderá cuán poderosa es en nuestro país la acción de las tradiciones seculares, de los *adats*. ¿No tenemos aún hoy gentes que piden nada menos que el restablecimiento de los genízaros? Los hombres que representan el movimiento literario turco han manifestado genios diversos, pero en todos ellos el afán dominante es el amor á la nación. Este sentimiento patriótico ha aumentado después de la guerra de 1878, cuando, perdiendo Turquía muchas de sus ilusiones con respecto á Europa, se recogió dentro de sí misma y buscó la salvación en sus propias fuerzas. En política, como en literatura, empezaron á manifestarse ideas panislamistas. Encuéntranse en la última novela de Ahmed-Midhat-Effendi y en el último libro de Hamid-Bey, *Andalucía*, que resucita con colores deslumbradores la civilización musulmana de España. ¿Se acentuará esta última tendencia de los escritores turcos por la acción de la instrucción pública, difundida hoy hasta el fondo de las provincias asiáticas, donde mañana pueden surgir talentos muy originales; ó bien, como pudieran hacerlo presagiar las recientes traducciones de Taine y de Renán, irá la literatura turca á empaparse otra vez en las ideas francesas, para retroceder en seguida hacia el Oriente cual una ola en su resaca? Eso nos lo dirán los escritores de la generación que nace ahora.

GARABED BEY

LA LITERATURA

CASTELLANA Y PORTUGUESA

CONTINUACION

Le instruye ante todo en la elección de su amada («sabe primeramente la mujer escoger») y le describe con toda precisión cómo ha de aparecer ella para excitar el amor (copla 221-425, interesante como modelo de la belleza femenina según el gusto de entonces); después, cuando la haya escogido bien, ha de entrar á su servicio con todo celo y sin fatigarse jamás en ello («Sirvela, non te enojes, sirviendo el amor cresce») mostrándose con ella condescendiente y previsor; mas cuando sea tiempo oportuno, osado y emprendedor (1); pues lo mismo se

(1) Aquí hay mucho de rudo, pues á menudo los poetas de la Edad Media junto á una galantería sobrecargada, expresan sin querer su poderosa naturalidad de un modo enteramente ingenuo y desprovisto de todo adorno y ambaje, p. ej.:

«Verguenza non te embargue cuando con ella estodieres.
Perezoso no seas á do buena asina vieres
Quando la mujer vee al perezoso cobarde,
Dise luego entre sus dientes: oy este tomará mi darde,
Con mujer non empieresces, nin te envuelvas en tabardo,
Del vestido más chico sea tu ardit alardo.»

pierde el favor de las mujeres por timidez que por negligencia; en prueba de lo cual cuenta el ejemplo de los *dos perezosos* que cortejaban á una dueña (copla 431-441) (1). Aunque aquí Sánchez tuvo á bien suprimir algunas estrofas, se saca sin embargo del contexto, que el Amor, prosiguiendo en sus instrucciones, aconseja al poeta ser liberal para con su bella, y á este fin le alaba el poder del dinero (copla 464-489: Ensiemplo de la propiedat que el dinero ha) (2). Una mujer no resiste á los encantos de este dominador del mundo, y aun cuando uno no tenga un ochavo en el bolsillo debe llevarlo en la boca:

Sey franco de palabra, non le digas razón loca,
Quien no tiene miel en la orza, téngala en la boca.

(Comp. á Ovidio, art. amat. lib. II, v. 275-280.)

Si entiende de canto y *estromentos* musicales, debe á las veces, no demasiado á menudo y en ocasión la más oportuna («á las vegadas poco en honesto lugar»), hacerse oir de su bella

(1) Comp. un chascarrillo semejante: los tres poltrones, en los cuentos para niños de los hermanos Grimm (7 ed. núm. 151), é indicaciones sobre ello en la parte III, páginas 233-235; y las notas de Liebrecht en la Germania (de Pfeiffer) año II, cuaderno 2, pág. 246—y: *La vida y fábulas de Ysopo* (Anvers, en casa de J. Steelsio, S. A. 12.°), fáb. extravag. XIII: Del padre y de los hijos, fol. 82, en que los tres hijos, para encarecer una mentira, cuentan de sí algo semejante á lo que aquí los perezosos.—Las coplas 442-463 son las que Sánchez ha suprimido.

(2) El original de este episodio hállase también entre los franceses del Norte. Véase Legrand, *Fabliaux*, tom. VII, pág. 216: *De Dom Argent*. Las frecuentes imitaciones muestran cuán en boga estuvo este asunto ya en la Edad Media. Comp. Müller, Colección de poemas alemanes, v. d. XII-XIV, *Jahrh*, tomo I, al final: *Dis ist vom dem Pfenninge;*—y «*Ancient Songs and Ballads from the Reign of K. Henry* II, *to the Revolution, collected by* J. Ritson. London, 1829, 8, tom. I, páginas 134-135: *A Song in Praise of Sir Penny*. En la nota de introducción dice el editor: las alabanzas de este *poderoso caballero* fueron un tópico favorito entre los poetas ingleses y escoceses.

(«non dexes de trobar», comp. á Ovidio, l. c., v. 281-286). También han sido suprimidas por el editor las estrofas 490-501. En las siguientes continúa Amor dando buenos consejos, inculca á su discípulo el que procure darse buen trato, y, *sobre todo*, que se guarde «de beber mucho vino blanco é tinto». (Comp. Ovidio, lib. I, v. 589-595.) Le muestra las terribles consecuencias que podrían sobrevenirle de no hacer caso de este consejo, y se lo muestra con el ejemplo de un ermitaño á quien condujo el demonio á una violación y un asesinato por medio de la embriaguez (1). Además debe guardar al hablar la debida mesura, no ser jugador ni pendenciero, no alabar á otras mujeres en presencia de su bella, sino más bien encomiar su hermosura y sus ventajas y precaverse muy bien de envanecerse de las muestras de sus favores, pues cuanto más callado sea, más conseguirá.

Muchos, por charlatanerías vituperables, han perdido los favores de las mujeres y ocasionado mala fama, no sólo á sí mismos, sino á todos los hombres:

«Por un mur pequeño que poco queso preso
Disen luego: los mures han comido el queso.»

«Si tú guardar sopieres esto que te castigo—exclama el Amor—cras te dará la puerta quien te hoy cierra el postigo; y la que hoy te desama, te querrá mañana por amigo.» Añade que le diría más si no tuviera mucho que hacer por el mundo:

«Pésales por mi tardanza, á mí pesa del vagar,
Castígate castigando, é sabrás á otros castigar.»

(1) Nuestro poeta ha sacado este relato de dos *Contes devots*, que ha sabido reducir á uno sólo con gran habilidad. Véase Meón: *Nouv. Recueil de fabliaux*, París, 1823. 8. tomo II, pág. 173 de *L'Ermyte qui s'enyora*, y página 362 de *L'Ermite que le Deable conchia du coc et de la geline*.

El poeta añade para advertencia de otros:

«Yo Joan Ruis el sobredicho Arcipreste de Hita,
Porque mi corazon de trovar non se quita;
Nunca fallé tal dueña como á vos Amor pinta,
Nin creo que la falle en toda esta coyta.»

Y continúa diciendo:

Partióse Amor de mí, é dexóme dormir,

Y apenas vino el alba empezó á meditar en las advertencias del Amor, hallando que siempre las había guardado, sin cansarse de servir á las damas.

«Mucho las guardé siempre, nunca me alabé:
¿Quál fué la razon negra, porque non recabdé?
Contra mi corazon yo mismo me torné,
Porfiando le dixe: agora yo te porné
Con dueña falaguera, é desta ves terné,
Que si bien non avengo, nunca más averné.
Mi corazon me dixo: «faslo é recabdarás.»

Decide, pues, confiarse á esta advertencia, expresada con tanta seguridad de su corazón, y buscar con nuevo ánimo una nueva amada:

«Busqué et fallé dueña de qual so deseoso.
.....
La más noble figura de quantas yo haber pud,
Viuda rica es muncho, et moza de juventud,
Et bien acostumbrada, es de Calataud,
De mí era vesina, mi muerte é mi salud.»

Sigue á esto el relato de esta aventura amorosa (coplas 557-865), una de las partes más prolijas de esta obra, y que, aunque imitación y á menudo paráfrasis literal de una comedia conocida en la Edad Media y atribuida á Ovidio entonces *(Panphilus de documento amoris. Comoedia)*, ha sido na-

cionalizada y localizada por nuestro poeta con mucha felicidad (1).

Como esta vez consigue el amante lo que se propone por mediación de la tercera, cree de su deber el poeta hacer inofensivo lo chocante del relato por una aplicación moral, y á este propósito añade una advertencia expresa á las bellas («del castigo que el Arcipreste da á las dueñas»), que, como de costumbre, lo reviste de fábula:

«Dueñas, habed orejas, oid buena licion.
Entendet bien las fablas é guardatvos del varon,

(1) Ya D. Juan Antonio Pellicer llamó la atención del editor hacia esta imitación, pues ha añadido á su prólogo un extracto del original latino, con algunas notas comparativas acerca del modo como la utilizó nuestro español (páginas XXIII-XXIX). No hay que hacer observar otra cosa sino que Pellicer ha tomado equivocadamente la comedia citada en el texto por la misma obra que otro producto de la Edad Media, también atribuido falsamente á Ovidio: *De Vetulá*. Como nuestro Arcipreste ha seguido la marcha del original latino (comp. Grasse: *Lehrb. d. Literargesch.* tomo II, 2. 2. pág. 1.092, y datos acerca del contenido en Schack, obra citada, I, pág. 121), por lo menos en las cosas más principales, me parece superfluo dar noticia circunstanciada del contenido de este relato, que por el frecuente uso del diálogo y la exposición genuinamente dramática, prueba su origen y el talento del poeta. Este poema puede considerarse como el modelo de la famosa novela dramática *La Celestina*, un siglo más joven. Sólo debo decir aquí que los personajes son: doña Venus (aquí esposa del Amor), el poeta bajo el nombre de D. Melón de la Huerta (Pánfilo), la bella doña Endrina (Galatea), y la vieja alcahueta (á quien llama muy expresivamente *Trota-Conventos)*; que tampoco aquí deja de intercalar un par de fábulas, á saber: copla 720-777, de la abutarda y de otros pájaros que despreciaron el consejo de las golondrinas (en Faber, l. c., número 438.—V. *Romulus Divionens. et Ulmens*, lib. I, fab. 19: *Aves et Hirundo)*, y copla 740-753: Del Lobo que aventó torpemente (cuyo principio falta por lagunas en el manuscrito;—comp. «Vida y fábulas de Isopo, *Extravagant.* fab. X, fol. 75 v.», de donde he podido suplir el título), y que él jamás niega su fuente, sino que, antes por el contrario, estima necesario citarla expresamente para apoyar lo que dice, puesto que termina su relato de este modo (copla 865):

«Doña Endrina é Don Melón en uno casados son,
Alegranse las compañas en las bodas con razon.
Si villanía he dicho, haya de vos perdon,
Que lo fee del estoria dis Panfilo é Nason.

Guardatvos, non vos contesca, como con el Leon,
Al Asno sin orejas é sin su corazon (1).»

El héroe de esta fábula, de la que deben tomar ejemplo las damas, no está, es cierto, escogido con mucha galantería; pero su enseñanza es, á pesar de eso, muy desinteresada y edificante: el que se guarden «de amor loco» y que su corazón «se lance en amor de Dios limpio». Al final de ella el poeta se disculpa con las mujeres de sus verdades descarnadas, y se previene una vez de toda mala inteligencia por haber acogido el anterior relato:

«Dueña, por te desir esto non te asañes, nin te aires,
Mis fablas é mis fasañas, ruégote que bien las mires;
Entiende bien mi estoria de la fija del Endrino,
Dixela por te dar ensiempro, non porque a mi vino,
Guardate de falsa vieja, de riso de mal vesino,
Sola con ome non te fies, nin te llegues al espino.»

No ha agotado todavía su tema, pues inmeditamente después de esta estrofa comienza el relato de una nueva intriga, prosiguiendo así:

«Seyendo yo despues desto sin amor e con cuidado
Vi una apuesta dueña seer en su estrado, etc...»

Como ya había probado suficientemente los buenos servicios de su *Trota-Conventos* en la precedente aventura, vuelve

(1) Véase *Calila et Dimna*... publ. par Silv. de Sacy. Chap. IX, *Le Singe et la Tortue*, pág. 212-215 del texto árabe; y según la versión griega (Στεφανίτης καὶ Ἰχνηλάτης), en Esopo-Coray, fab. 358, pág. 233-235; Λεων, Ἀλώπηξ καὶ Ὄνος. Es característico en el español el modo como lo ha revestido; el asno es un «joglar» que molesta al león con su música ruidosa «su atambor taniendo»; éste se irrita de la desfachatez y atrevimiento del burro, el cual, advertido una vez, huye, y es atraído á su patio por medio de la «Gulhara Juglara», para volver á apoderarse de él y castigarle con la muerte; el burro cae en el lazo, y es muerto por orden del león, que encarga de ello al lobo, el que prepara los asados destinados al gaznate real: el lobo asa el corazón y las orejas del burro, y da al león, irritado por ello, la conocida respuesta.—Comp. Du Méril: *Poésies inéd. du moyen âge*, páginas 135-137.

á acudir á ella como á su refugio. Esta representa desde entonces, en general, el papel principal en todas sus empresas amorosas, que parecen inventadas con preferencia para mostrar los artificios y embelecos de estas terceras, tan á menudo empleadas en España ya desde entonces, terceras imprescindibles á los amantes, dada la manera retirada de vivir allí las mujeres («que éstas son comienzo para el loco pasaje»), procurando el autor instruir á las inocentes, mediante la *irónica* alabanza de sus artes de seducción y las salidas *satíricas* á cuenta de sus paisanas, que se dejaban seducir con facilidad («en ajena cabeza sea bien castigada»). Esta vez también estaba en buen camino para alcanzar su anhelado fin con ayuda de las artes de la vieja, pues desde que, siguiendo el consejo de Venus, se servía de una mensajera de amor tan ducha, era mucho más afortunado en sus empresas; cuando con una burla indiscreta ofende profundamente el pundonor de la dama Urraca, que así llama á la *Trota-Conventos*. («Yo le dixe como en juego: picaza parladera, etc.») Ella se venga descubriendo el negocio de su corazón y «fué la dueña guardada quanto su madre pudo». Aconseja entonces á cada cual que no haga daño con burlas á estas amigas imprescindibles, y enumera todo un registro de nombres de burla é injuriosos (coplas 898-901, que contienen nada menos que cuarenta y uno de tales títulos honoríficos: es, sin duda alguna, un pasaje notable para la historia de la lengua y las costumbres españolas), que no se pueden darles ni aun en broma so pena de perder su amistad.—¿Qué podía ahora intentar sin la omnipotente?—Tuvo que acomodarse, por lo tanto, á reconciliársela, mediante ruegos y presentes. Al principio se ablanda ella, porque no es inflexible, y le aconseja para lo futuro, diciéndole:

«Nunca digas nombre malo nin de fealdat,
Llamarme *buen amor*, é faré yo lealtat.»

El poeta añade irónicamente:

«Por amor de la vieja é por desir rason,
Buen amor dixe al libro é á ella toda sazon.»

Pero él tenía que aprender aún de su maestría, mostrada en todo su esplendor:

«Fizo grand maestría et sotil travesura,
Fisose loca publica andando mi vestidura.»

De esta manera, fingiéndose loca, supo hacer que no dañara al amante el secreto de éste, que denunció por venganza, porque lo considerarían como vana charla de una enajenada; la dama no sigue estando guardada tan estrechamente, y la vieja «físose corredera de las que venden joyas»; supo de nuevo procurarse entrada en la casa y conquistar á su pupila con sus artes de encantamiento. Pero otra vez se volvió contra él su desgraciada estrella; no debía gozar mucho tiempo esta dicha, pues á los pocos días de placer murió la dama:

«Como es natural cosa el nascer é el morir,
Hobo por mal pecado la dueña á fallir,
Murió á pocos dias, non lo puedo desir, etc...»

Llegó á enfermar de dolor; su amiga y medianera le vitupera por ello, diciéndole que es un joven flojo, puesto que no merece la pena de afligirse por una pérdida tan fácil de sustituir; y se expresa en general tan despreciativamente acerca de su propio sexo, que él procura aturdir su dolor y desaliento en cantares burlescos acerca del bello sexo:

«De toda la laseria et de todo este cojijo
Fis cantares cazurros de quanto mal me dixo;
Non fuyan dello las dueñas, nin los tengo por lijo,
Ca nunca los oyó dueña, que dellos mucho non rijo.»

Tenemos que echar de menos el que no hayan llegado hasta nosotros estos cantares cazurros. Según todas las probabilidades, el poeta mismo los ha suprimido para no excitar demasiado el rencor de las damas, á las cuales pide perdón, diciéndoles:

«A vos, dueñas señoras, por vuestra cortesia
Demando vos perdon, que sabed que non querria
Haber saña de vos; ca de pesar morria,
Consentid entre los sesos una tal vavoquia.»

Al romper de la primavera («el mes era de Marzo») se retira, probablemente para distraerse («á probar la Sierra»), al cercano valle habitado por pastores en paso de Lozoya á Segovia. Nos describe con mucho gracejo la tragicómica aventura que en este viaje, (que tan malo le fué por lo dura que todavía era la estación y por los caminos montañosos aún más duros y que le extraviaban á menudo), le ocurrió con unas «serranas» intratables, que contestaron á su galantería de un modo grosero. Pero él, como genuino poeta, que halla motivo de canto en el dolor y el placer, encuentra en esto materia para una especie de *eglogas* (cánticas de Serrana), que afortunadamente agradaron al copista y las reprodujo en su mayor parte, por lo cual le deben agradecer los españoles el que les haya conservado *los más antiguos cantares auténticos en tono popular*, por lo menos que yo sepa (1). Después de haber pasado felizmente todas estas peripecias de viaje, decide antes de su regreso hacer su

(1) Sánchez, copiando con toda escrupulosidad los estropeados manuscritos, ha reproducido hasta sus faltas; así es que por la rima suficientemente marcada y el artificio regular de las estrofas, pueden reducirse fácilmente á su forma originaria, que es en lo que consiste su principal valor para la historia de la métrica española, á causa de su forma característica. En ellas tenemos, según creo, el más antiguo modelo que haya llegado hasta nosotros de aquellas «Cánticas Serranas» mencionadas ya por el marqués de Santillana en su famosa carta (Sánchez, l. c., tomo I, páginas LVIII-LIX). Los tres primeros de estos poemas están en estrofas de siete y nueve versos octosílabos, con el acento sobre la segunda, tercera ó penúltima sílaba; el orden de la rima es en las estrofas de siete versos de la primera: *ab ab cc b;* la de la estrofa de nueve versos de la segunda con un *estribillo* de dos versos, *ab ab ab, abc,* en que el último verso en todas las estrofas está unido mediante la misma rima con el último del estribillo y la última palabra de cada estrofa es á la vez la primera de la siguiente *(coplas capfinidas;* por lo que dice el poeta mismo de estas poesías construidas más artísticamente: Non es mucho fermoso, creo que sin comunal); las estrofas de siete versos de la tercera tienen colocada la rima de este modo: *ab ab ab b.* (Este poema es singularmente atractivo por su ingenua descripción de la vida pastoril y de los juegos del país de los serranos.)—La última aventura en este valle le sucedió en el paso de Tablada, en el que le guiaba, una rolliza y gigantesca serrana, á la que describe

expedición á Santa María del Vado, un santuario cerca de esta tierra:

«Fuí tener y vigilia, como es acostumbrado,
A honra de la Virgen, ofrecíle este ditado.»

Esta alabanza (ditado: dit) en homenaje de la Madre de Dios, está compuesta en cuartetas de versos de doce sílabas, con la siguiente colocación de la rima: *a aab*, *ccc b*, etc., con rimas de cesura intercaladas y una *cabeza* de dos versos (*bb*). Para honrar aún más su memoria («yo en tu memoria algo quiero faser») inserta otros dos poemas más, en los que canta la Pasión de Cristo, y que son semejantes á los anteriores en cuanto al artificio métrico y á la ordenación de la rima, con la sola diferencia de que el segundo de los mismos tiene en casi todo él versos de catorce sílabas.

---

muy cómicamente como una maravilla de fealdad y un monstruo (Yeguariza trefuda, talla de mal ceñiglo etc...):

«De quanto que me dixo et de su mala talla
Fise bien tres cantigas, mas non pud bien pintalla,
Las dos son *chanzonetas*, la otra, de *trotalla;*
De la que te non pagares, veyla, é rie, é calla.»

Pero en vez de estas dos «chanzonetas» y de la «cantiga de trotalla» (canción callejera?) sigue inmediatamente la cuarta «Cantiga de Serrana», que no contiene nada más que las otras, sino que tiene el mismo asunto de las tres anteriores. Esta la ha distribuido muy bien Sánchez; consta de una *cabeza* de cuatro versos unidos por la misma rima y quintillas de versos de seis sílabas, con el acento en la primera, segunda ó anteúltima sílaba, los cuatro primeros de los cuales están rimados en pareados, y el último en todas las estrofas va unido por la misma rima á los cuatro versos de la cabeza. Las cinco primeras estrofas de esta Cantiga las citó Ortiz de Zúñiga (*Anales de Sevilla*, pág. 815, a 1253), apoyándose en la autoridad de Argote de Molina, como muestra de los poemas de un «cantor de romances», *Domingo Abad de los Romances*, que debió de haber vivido bajo Fernando el Santo (impreso también en la traducción de Velázquez por Dieze, pág. 146), pero Sánchez prueba suficientemente (páginas 166-167) que esta atribución procede de un error de Argote, y que esta poesía, que en el Arcipreste consta de veintiuna estrofas, á causa del lenguaje mucho más reciente y formado, no puede ser atribuida, por lo menos en la forma en que ha llegado hasta nosotros, á ningún poeta del siglo XIII. Aunque tengo por

A la aproximación del «santo tiempo» (la Cuaresma) se vuelve, finalmente, á casa («por folgar algun rato»); faltábanle sólo siete días para el Miércoles de Ceniza («dende á siete dias era Quaresma»). Se sienta á la mesa con su buen amigo, *Don Jueves Lardero*, y le entrega dos escritos, como mensajero de pies veloces. El uno es una «carta de creencia» de *Doña Quaresma* para todos sus servidores, y, sobre todo, los arciprestes y clérigos, en que les manda («so pena de sentencia») que desafíen á *Don Carnal* (aquí el tiempo de comer carne en general), que ya casi un año ha devastado impunemente sus tierras, y le anuncien que dentro de siete ú ocho días irá con todo su ejército á pelear contra él. Este escrito debe ser promulgado en toda la tierra para que no puedan disculparse los vasallos y dependientes de su enemigo («su gente»), diciendo que no se les había avisado. («Dada en Castro de Ordiales, en

---

muy verosímil la influencia de la poesía popular sobre esta, especialmente en lo que toca á la forma métrica (puesto que están como ya he indicado, compuestas según el arte de los cantares populares posteriores y evidentemente auténticos, en la conocida y usadísima versificación de estos, es á saber en «versos de redondilla mayor y menor»), sin embargo, apenas puede considerarse como simplemente casual la coincidencia de los mismos, sobre todo respecto al contenido, con las bucólicas tan gustadas entonces y aún antes de los franceses del Norte y del Sur (las «*Pastoretas*» de los trovadores y las «*Pastourelles*» de los troveros. Véase Diez: «*Die Poesie der Troubadours*», pág. 114, y W. Wackernagel «*Altfranzos. Lieder und Leiche,* Basel, 1846, 8, pág. 183), y tanto más ha de creerse esto, cuanto que he probado repetidas veces el exacto conocimiento que de los poemas de éstos tenía el Arcipreste. Creo, por lo tanto, que los modelos extraños pudieron haber sido la más próxima ocasión de fijar la atención en lo indígena y aprovecharse de ello, y de haber promovido su cultivo artístico, ya en nuestro poeta y aún mucho más entre los posteriores á él. ¡Cuán estrecho no era entonces en general el lazo entre la poesía popular y la artística, sobre todo en la lírica que empezaba á desarrollarse! ¡Y cuánto no se diferenciau estos todavía poco cultivados productos de la naturaleza, de los lamentos pastoriles, refinados y dulzones compuestos en los siglos XVI y XVII según los modelos italianos! *(a)*.

(a) Conocidos ya los cancioneros galaico-portugueses, es imposible negar que en ellos, y no en la lírica provenzal ni en la francesa, ha de buscarse el modelo inmediato de las *cánticas de Serrana* del Archipreste.—(M. M. y P.).

Burgos rescebida.») El otro escrito es la carta de desafío de *Doña Quaresma* á *Don Carnal* con toda las formas del derecho:

«... abierta é sellada,
Una concha muy grande de la carta colgada»,

que le envía por medio de su heraldo, *Ayuno*. El Arcipreste y su huésped se turban mucho con esta noticia, y el último decide en seguida romper una lanza con la mal aconsejada dueña; pero el Arcipreste se pone bajo las órdenes de su señora y envía por su parte una carta abjuratoria á *Don Carnal* por *Viernes:*

«Que venga apercebido el martes á la lid.»

En esto se lanzan ambos partidos á la lucha (aquí describe el poeta con mucho gracejo ambos ejércitos, que constaban de diferentes animales terrestres y acuáticos, que, según sirven de comida de carne ó de vigilia, se alistan bajo una ú otra de las banderas enemigas); *Don Carnal* y los suyos, que se han excedido algo en la comida y la bebida y se han dormido, son sorprendidos á media noche en su campamento y apenas hacen resistencia (descripción cómica de la batalla); *Don Carnal* es vencido y abandonado de todos sus vasallos, hasta *Cecina* y *Tocino*, cogido prisionero con estos dos y conducidos atados ante su triunfante enemiga, la cual ordena que á él se le perdone, pero que se ahorque á sus compañeros:

«Mandó a Don Carnal que guardase el ayuno,
Et que lo tuviessen encerrado a do non lo vea ninguno
Si non fuese doliente, o confesor alguno,
Et quel diesen a comer al manjar uno (1).»

(1) La idea fundamental de esta alegoría la ha tomado nuestro poeta, de los franceses del Norte (véase Barbazan: *Fabliaux*, tomo IV, pág. 80: *Bataille de Karesme et de Charnage*. Comp. Du Méril: *De la poésie Scandinave. Prolegomènes*, París, 1839. 8. pág. 317, note 1;—respecto á la aquí citada versión italiana, puedo añadir: *Raccolta di poesie facete, di Giulio Cesare Croce, stampate in Bologna nel sec. XVII*, y en ésta: *La trionfante*

Don Carnal llega al caso de necesitar un confesor, y se le acerca un «flaire» para alcanzar su felicidad, convirtiendo á este empedernido pecador. Con esta ocasión, el poeta hace una digresión acerca de la doctrina de la confesión y la penitencia, y aunque, como dice, toca este importantísimo punto con el temor y el respeto debidos á la opinión de hombres más doctos, disculpándose muy modestamente con su poca ciencia:

«Só rudo e sin sciencia, non me oso aventurar,
Salvo un poquillo que oi desputar.
.....
Escolar só mucho rudo, nin Maestro nin Doctor,
Aprendi et sé poco para ser demostrador.»

A pesar de esto no puede dejar de vituperar la pretensión de los *clérigos simples* de querer oir la confesión á *cualquiera* y perdonar en plenario *todos* los pecados. Recuerda los pecados *reservados*, é invoca, mostrando su instrucción teológica, el «Común Decreto», el «Santo Decreto», las Decretales y las más sabias doctrinas del Derecho canónico de aquel tiempo. Pero el precitado fraile, según nos informa el poeta prosiguiendo en su relato, había sido favorecido por el Papa con una más extensa facultad de absolver de los pecados («Era del Papa e dél mucho privado»), y podía absolver aun los tan grandes como eran los de *Don Carnal;* le prescribe como peni-

vittoria della Quaresima contro il Carnevale); pero con mucho mayor gracejo y espíritu de observación, copiando con gran destreza á cada paso las costumbres, los usos y los hábitos religiosos, y á las veces parodiándolos ingeniosamente, y añadiendo de propia invención, y con ocasión de la lucha, una nueva serie de sucesos y otro resultado diferente. Tales combates alegóricos eran, en general, un asunto favorito de los poetas de la Edad Media (comp., por ejemplo, *La Bataille de Vins* en Barbazan, l. c., tomo I, pág. 152; *Dis ist von dem Herbste vnd von dem Meigen*, en la colección de poemas alemanes de Müller, tomo III, página XXIX-XXX, etc. Comp. también la crítica de Huber de la edición de los *Latin poems attrib. to Walter Mapes*, de Th. Wright, crítica inserta en *Jenaer Litz*, 1842, n.° 233, s. p. 962; y Du Méril: *Poésies lat. ant. au XII s.*, pág. 218), cuyo modelo originario puede muy bien haber sido la *Batracomiomaquia*.

tencia que coma cada día de la semana tan sólo «un manjar señalado», que visite á la vez con diligencia las iglesias y los cementerios, que se dé los viernes la «santa disciplina», que se guarde de todos los pecados y no dé escándalo á nadie. *Don Carnal* se somete humildemente á esta penitencia, por lo cual es absuelto; pero extenuado por sus heridas y postrado en el lecho del dolor, tiene que consumirse solo y abandonado en la cárcel, pues ningún cristiano quiere ya tener nada que ver con él.

Entre tanto, su vencedora, *Doña Quaresma*, entra en su gobierno apenas amanece el Miércoles de Ceniza (miércoles corvillo); pero no se contenta con hacer limpiar, frotar y fregar toda la vajilla y el menaje doméstico para que pierda las huellas de la loca vida anterior, sino que:

«Bien como en este dia para el cuerpo repara,
Asi en este dia por el alma se para:
A todos los Christianos llama con buena cara
Que vayan a la Iglesia con conciencia clara.
A los que allá van con el su buen talente,
Con ceniza los cruzan de ramos en la fruente, etc.»

Mientras cuida así de la salud de las almas de los fieles, animando á éstos á la penitencia y á las obras de piedad, se ha ido reponiendo poco á poco *Don Carnal* de sus heridas y dolores, pero sigue todavía muy extenuado. El Domingo de Ramos le invita Don Ayuno á que le acompañe á misa, acepta esta invitación muy de grado, pues espera que le dé ocasión de darse á la huida. Efectivamente, se escapa al salir de la iglesia:

«... fuese a la Juderia,
Rescebieronlo muy bien en su carneceria,
Pascua de pan cenceño estos los venia.»

El lunes siguiente, muy temprano, le ayuda á que complete su fuga el «Rabi Acelin»; pone en seguida en alarma á toda la comarca, recorriéndola con increíble celeridad; reune de nuevo en torno de sí á todos sus partidarios, y animado con esto, se atreve á provocar á su enemigo á la renovación de la lucha,

enviándole por medio de su fiel vasallo, *Don Almuerzo*, una carta de desafío, en que le fija para la ruptura de hostilidades el Domingo de Pascua. («De hoy en quatro dias, que será el domingo.») No descuida, entre tanto, hacer que corran entre todos sus vasallos, cristianos, moros y judíos, cartas, circulares y gratulatorias («salud con muchas carnes siempre de nos á vos»), en que les anuncia la ruptura de hostilidades y les ruega que se reunan, encargándoles que abjuren de su común enemiga por medio de *Doña Merienda*. Ve coronada su empresa con el éxito que más pudiera anhelar, porque todos abandonan entonces con placer á su temida enemiga, que se arrepiente demasiado tarde de su imprevisión, y que, como todas las mujeres, débil é irresoluta en el momento del peligro, da por perdida su propia causa (1). Decide, por lo tanto, para no recibir daño alguno, evitar la lucha con el vencido enemigo, y con los peces, sus mejores aliados, que no pueden unírsele en primavera, ir en peregrinación á Jerusalén. El viernes de indulgencias se viste de peregrina (coplas 1.179-1.181: descripción exacta del traje que entonces usaban los peregrinos), y así, habiéndose hecho desconocida, se escurre de sus enemigos, que la espían, en la noche del Sábado Santo:

«El Sabado a la noche salté por las paredes.»

Así abandonó el campo la enemiga misma y nadie impidió á *Don Carnal* volver á subir con nuevo brillo á su trono abandonado. El poeta describe ahora la recepción espléndida y la entrada de éste y de su igualmente poderoso co-soberano:

«Vigilia era de Pascua, Abril cerca pasado,
El Sol era salido, por el mundo rayado,
Fue por toda la tierra gran roido sonado
De dos Emperadores, que al mundo han llegado:
Estos Emperadores Amor et Carnal eran.»

Todos les salen al encuentro para recibirlos placentera-

(1) Aquí empieza á ser más completo el extracto de Velázquez.

mente, al *Emperador Carnal* sobre todo, los carniceros, triperas, pastores y rabadanes. Aparece en un precioso carro, armado y rodeado de perros de caza, trayendo sogas para vacas, pesos, pesas, tajones y garabatos, grandes tablas y mesas, gamellas y artesas para las triperas, matando, degollando y desollando reses, y dándolas á cuantos venían, castellanos é ingleses, y cobrando cuanto había perdido en los meses pasados.

Pero aún con más fiesta y alegría es recibido *Don Amor* por todos los vivientes, que entonan cantos de júbilo y alabanza con todos los instrumentos posibles (en la copla 1.202-1.208 se citan todos los conocidos entonces) (1). Hasta los religiosos regulares y las monjas le llevan en procesión, y todo el mundo le rinde pleito homenaje. Elévase entonces entre la muchedumbre de sus adoradores una querella sobre quién ha de participar del honor de albergar al querido soberano. (El poeta aprovecha esta querella para salidas satíricas sobre los diferentes estados por las mutuas acusaciones de los que se pelean por alcanzar ese honor: monjes, religiosos, seculares, caballeros, escuderos y monjas; tema favorito de los poetas de la Edad Media.) Amor, sin embargo, aunque promete á todos su gracia, no quiere decidirse, sabiamente, por ningún partido. Entonces se le acerca el poeta; como discípulo, antiguo servidor y fiel vasallo de Don Amor, le suplica el distinguido favor de que vaya á su casa. Amor accede también á este ruego, y después de despedir á la mayor parte de su séquito («Pero que en mi casa fincaron los instromentos»), se aloja efectivamente en casa de aquél. Mas como para el resto de la servidumbre es demasiado pequeña la casa del poeta, hace plantar el Amor su magnífica tienda en la proximidad de aquélla, y manda que le vayan conduciendo todos los amantes cada cual á su vez. (Coplas 1.240-1.274: descripción del adorno interior y de las pinturas de esta tien-

(1) Compárese con este pasaje: Roquefort, *De l'Etat de la poésie françoise*, páginas 106-131.

da, que representan los doce meses) (1). Cuando el Amor, después de una corta siesta, se encuentra á solas con el poeta («los más de su mesnada con *Don Carnal* fasian su morada»), se atreve éste («como era su criado») á preguntarle dónde ha pasado el tiempo durante el cual no se habían visto.—*Don Amor* le cuenta á éste que «en la invernada» había estado en Sevilla y Andalucía, siendo en todas partes muy bien acogido; durante la Cuaresma se fué á Toledo, pero halló á todos ocupados con la oración y ejercicios de penitencia, no siendo, por lo tanto, bien recibido de nadie, y, finalmente, había sido echado por la puerta de Visagra. Aun en los conventos, donde mendigaba una colocación, fué tratado sin misericordia. Huyó entonces á *Castro Ordiales*, donde fué bien recibido, y pasó la Cuaresma. Pero ahora, que había vuelto *Don Carnal* á recobrar su dominio, había pasado para él el tiempo de perturbación; se iba, ante todo, á Alcalá, á morar allí en la feria, y de allí á recorrer todo el país («dando á muchos materia»). A la mañana siguiente abandona efectivamente el Amor al poeta:

«Dexóme con coydado, pero con alegria,
Este mi Señor siempre tal costumbre habia (2)».

Como nuestro poeta ve todos los corazones llenos de dulce júbilo y de placeres de boda con la vuelta de la primavera y del Amor:

«Dia de Quasimodo Iglesias et Altares,
Vi llenos de alegrias, de bodas e cantares,
Todos habian grand fiesta, fasien grandes yantares,
Andan de boda en boda Clerigos e Iuglares»,

(1) Este pasaje es tan semejante á la descripción de la tienda de Alejandro en el *Poema de Alexandro* (comp., sobre todo, las coplas 2.390-2.402), que casi se creería que nuestro poeta ha copiado aquí á su compatriota, si tales descripciones de pinturas alegóricas no fueran comunes, en general, á todos los poetas de la Edad Media.

(2) ¿A quién no le ocurren aquí las tan hermosas como verdaderas palabras de Goethe:

«Glück ohne Ruh
Liebe bist du.
Felicidad sin calma, tú eres amor?»

se despierta de nuevo en su corazón el antiguo anhelo, se le hace insoportable su triste soledad; vuelve, pues, á recurrir á la diestra *Trota-Conventos* para que le ayude á buscar algún objeto que llene el vacío de su corazón («que me catase alguna tal garrida»). Ella está también muy propicia á ello, y le dice que conoce una viuda rica, joven y hermosa, con la cual intentará buscarle felicidad. El poeta provee á la vieja, como siempre, de sus tesoros, de los que parece tenía siempre provisión, es decir, de algunas canciones compuestas por él mismo («Cantigas que vos aquí trobé»), para que se las dé á la dama. Pero también su desdichada estrella había vuelto con la primavera y con el amor.

«Asaz fiso mi vieja quanto ella faser pudo,
Mas non pudo trabar, atar, nin dar nudo,
Tornó a mi muy triste, e con corazon agudo;
Dis: do non te quieren mucho, non vayas a menudo.»

No le va mucho mejor con otra dama, á la que ve en la iglesia el día de la fiesta de San Marcos, y de la que al punto se enamora. Esta vez la mensajera de amor, Urraca, toma á su cuenta el exponerle sus pretensiones y «desires»; pero lo toma contra su voluntad, y no sin fundamento; pues si bien al principio no se mostraba completamente esquiva la bella, cambió en seguida su sentido, y prefirió la mano y la sortija nupcial de otro al corazón y las canciones del poeta, de quien se ríe por esto la vieja:

«..... ella dixo: a dolo;
Vino a mi reyendo, dis: homillome Don Polo:
Fe aquí buen amor qual buen amiga buscolo.»

Pero procura hacer buena la inoportuna burla por medio de un sano consejo, pintándole las ventajas de que escoja por amada á una *monja*. (La descripcion, aquí intercalada, de la vida que entonces llevaban las monjas claustradas contiene rasgos muy notables para la historia de las costumbres.) El la con-

testa que no puede entrar en el convento, porque no conoce ningún portillo («¿yo entrar cómo puedo do non se tal portillo?»). Pero ¿qué son tales dificultades para una zurcidora de voluntades tan perita como *Trota-conventos*? Ha espiado ya su terreno:

«Ella dis: yo lo andaré un pequeño ratillo,
Quien fase la canasta, fará el canastillo.
Fuese á una monja, que había servida.»

Vuelta de su cometido, le cuenta con diplomática exactitud toda la marcha del asunto: que *Doña Garoza* (así se llama la monja) al principio no quiso oir nada de sus proposiciones, pues:

«Aquesta buena dueña había seso bien sano,
Era de buena vida, non de fecho liviano»;

que habia necesitado todo su arte y toda su resolución para debilitar, usando las mismas armas, las contestaciones de la monja, que sabía apoyarlas con *fábulas* y *relatos* (1), y oponer

(1) Según su costumbre, entreteje aquí el poeta en la conversación entre la monja y la vieja algunas fábulas, á saber: coplas 1.322-1.328: Enxiemplo del Ortolano é de la Culebra (v. Esopo-Coráy, fáb. 170: Γεωργὸς καὶ Ὄφις y *Romulus Ulm. et Dicionens.*, lib. I, fáb. 10: *Homo et Colubra.* Comp. Liebrecht, obra citada, pág. 484, y en la «Germania» de Pfeiffer, II, 2, página 249);—coplas 1.331-1.340: del Galgo é del Señor (v. Phaedrus, lib. V, fábula 10 y Romulus, lib. II, fáb. 7: *Venator et Canis);*—Coplas 1.344-1.358: del Mur de Monferrado et del Mur de Guadalaxara (v. Esopo-Coráy, fábula, 301: Μῦς ἀγρούραῖος καὶ Μῦς ἀστικός.—Horat. Satyr, II, 6, v. 80 sq. Impreso en Faber, l. c. II, núm. 448);—Coplas 1.361-1.365: del gallo que failó el Zafir en el muladar (v. Phaedrus, lib. III, fáb. 12: *Pullus ad Margaritam.* Lo que dice aquí el gallo, hace decir el poeta español á la margarita;—Coplas 1.375-1.38 : del Asno é del Blanchete (en Faber, l. c. II, núm. 439—v. Esopo-Coráy, fáb. 212, pág. 371: Ὄνος καὶ Κυνίδιον. En el español es una ama la que quiere acariciar al asno, á quien no le dan palos hasta matarle, y es el poeta mismo quien dice la moraleja);—Coplas 1.386-1.395: de la Raposa que come las gallinas en la aldea, (en Faber, l. c., II, núm. 441—v. Liebrecht, obra citada, pág. 502.—La misma fábula, con algunas alteraciones de detalle y con otra aplicación se halla en el *Conde Lucanor* del

la constancia á las palabras injuriosas y aun á las amenazas claras; y que finalmente, con mucho trabajo, después de repetidas intentonas y de encarecimientos de sus buenos propósitos, y después de una exacta descripción de la persona y pintura del caracter del tan encarecidamente recomendado (1), de

---

infante D. Juan Manuel, cap. 43: De lo que contesció á una raposa que se fizo muerta);—Coplas 1.399-1.408: del Leon e del Mur (en Faber, II, número 440.—Esopo-Coráy, fáb. 217: Λέων καὶ Μῦς);—Coplas 1.411-1.416: de la Raposa et del Cuervo (en Faber, II, núm. 443—v. Esopo-Coráy, fáb. 204: Κόραξ καὶ Ἀλώπηξ;—comp. Liebrecht, obra citada, pág. 502);—Coplas 1.419-1424: de las Liebres (en Faber, II, núm. 446—v. Esopo-Coráy, fáb. 57: Λαγωοὶ καὶ Βάτραχοι. En el español falta la próstesis de la liebre, en que dice que va á arrojarse al agua desesperada por su suerte miserable; les aterra tanto el ruido de esta, que procuran huir en todas direcciones y ocultarse, presas de ciega angustia. En vano llama la atención de una de las suyas acerca del infundado temor de las ranas, para mostrarles un ejemplo; ellas huyen);—y coplas 1.428-1.453: Enxiemplo del ladrón que fiso carta al Diablo de su anima. (Una de las muchas historias del diablo de que están llenos los escritos asceticos de la Edad Media, v. Liebrecht, ya citado, página 503. También aquí se ha servido el infante D. Juan Manuel de la misma fuente que nuestro Arcipreste; pues cuenta la misma historia con ligeras variantes en su *Conde Lucanor*, cap. 49: De lo que contesció al ome bueno, que fué fecho rico, e despues pobre con el diablo.—Alguna semejanza con esta tiene una historieta que se halla en el «*Schimpf und Ernst*». («Burla y veras») de Pauli, bajo el título de «del diablo y el mal espíritu», según la edición de Francfort, del año 1594, hoja 232 v: El diablo y un ladrón hacen un pacto.)

(1) Coplas 1.459-1.463: De las figuras del Arcipreste. Como este pasaje parece contener una descripción propia y humorística del poeta, creo muy apropiado ponerla aquí á la vez como semblanza y muestra de este hombre distinguido y de su notable obra:

«Señora, dis la vieja: yo l'veo a menudo,
El cuerpo ha bien largo, miembros grandes, trefudo,
La cabeza non chica, belloso, pescozudo,
El cuello non muy luengo, cabel prieto, orejudo.
Las cejas apartadas, prietas como carbon,
El su andar enfiesto bien como de pavon,
Su paso sosegado, é de buena rason,
La su naris es luenga, esto le descompon.
Las encias bermejas, et la fabla tumbal,
La boca non pequeña, labios al comunal,
Mas gordos que delgados, bermejos como coral,

cuya verdad ella debía salir garante, sólo había podido conseguir de ella el que consintiera en verle y hablarle:

«La dueña dixo: vieja, guardeme Dios de tus mañas,
Ve, dil que venga cras ante buenas compañas,
Fablarme ha buena fabla, non burlas nin picañas,
E dil, que non me diga de aquestas tus fazañas.»

Esto es lo que le anuncia como consolador resultado de su embajada, y él puede considerar qué es lo que ha decirle á la dueña al día siguiente («non le digades chufas de pitoflero»). Decide él entonces probar ante todo su favor por medio de una carta y esperar la contestación. Esta es favorable:

«Troxome buena respuesta de la fermosa rima,
Guardas teme la monja mas que la mi esgrima,
Pero de buena fabla vino la buena cima.»

También tiene el mejor éxito la cita que sigue á esto.

«Recibiome la dueña por su buen servidor,
Siempre l'fui mandado e leal amador,
Mucho de bien me fiso con Dios en limpio amor,
En quanto ella fue viva, Dios fue mi guiador.»

Así es como halló en esta monja lo que tanto tiempo había buscado en vano, «*limpio amor*», una inclinación fundada en estimación mutua; no la embriaguez del apetito sensible, que pasa pronto, sino el ennoblecimiento propio mutuo por una conducta agradable á Dios y por casta asbtención.

Las espaldas bien grandes, las muñecas atal:
Los ojos ha pequeños, es un poquillo bazo,
Los pechos delanteros, bien trefudo el brazo,
Bien complidas las piernas. del pie chico pedazo,
Señora, del non vi mas, por su amor vos abrazo.
Es ligero, valiente, bien mancebo de dias,
Sabe los instrumentos e todas juglerias,
Doñeador alegre para las zapatas mias,
Tal omen como este non es en todas crias.»

«Para tales amores son las religiosas,
Para rogar a Dios con obras piedosas,
Que para amor del mundo mucho son peligrosas,
Et son las escuseras, peresosas, mentirosas.»

Desgraciadamente, muy pronto turbó la muerte estas nobles relaciones, pues á los dos meses murió la monja, y en vez de los tiernos cuidados («hobe menos cuydados») llena un profundo dolor al más que solitario, y añade el poeta tan ingenua como patéticamente:

«Con el mucho quebranto fis aquesta endecha,
Con pesar e tristesa non fue tan sotil fecha,
Emiendela todo omen, e quien buen amor pecha,
Que yerro et mal fecho emienda non desecha (1).»

Para acallar este dolor se lanza de nuevo al camino extraviado del amor loco, donde, como es justo, no le va mejor que antes. A su ruego de que le procure un objeto de distracción, su siempre servicial medianera se vuelve esta vez á una *mora;* pero ésta no quiere oir nada de tales proposiciones:

«Ella fis buen sero, yo fis mucho cantar (2). »

(1) Por desgracia, los manuscritos no nos han conservado esta *endecha*, que, como ejemplo el más antiguo de este género de poesía, hubiera sido muy notable aun en el respecto métrico.

(2) Las coplas 1.482-1.486, que contienen la conversación entre la vieja y la mora, tienen manifiestamente otro ritmo, que las restantes estrofas alejandrinas, aunque Sánchez las haya impreso como tales, y es digno de notarse que cada hemistiquio ó medio verso cierra el pensamiento. Si se las divide según esto, se llega á redondillas, las más octosílabas, por ejemplo:

«Ya amiga, ya amiga,
Quanto ha que non vos vi?
Non es quien ver vos pueda;
Como sodes ansi?
Saludaros amor nuevo;
Dixo la mora: ysnedri, etc.»

¿No recuerda esto la forma de los romances?

Con ocasión de esto, hace el poeta una pequeña digresión para decirnos qué instrumentos servían para acompañamiento de los cantos arábigos («en quales instrumentos non convienen los cantares de arábigo»), de donde sabemos que compuso muchas canciones de baile y callejeras para cantantes judías y moras, canciones de mendicidad para ciegos, estudiantes vagabundos y otros cantores errantes por el estilo, y un gran número de canciones burlescas; en una palabra, que fué un poeta popular en sentido estricto. Me permito, pues, otra pequeña interrupción en mi extracto, para insertar aquí este pasaje clásico para la historia de los cantares populares españoles:

«Despues fise muchas cantigas de danza e troteras
Para Judias, et Moras, e para entendederas,
Para en instrumentos de comunales maneras,
El cantar que non sabes, oilo a cantaderas.
Cantares fis algunos de los que disen los ciegos (1),
Et para escolares que andan nocherniegos (2);
E para muchos otros por puertas andariegos,
Cazurros et de bulras, non cabrían en dies priegos.»

(1) Felizmente nos han transmitido los manuscritos un par de modelos de esta especie. Dos de tales cantares de ciegos se hallaban al final del «Códice de Gayoso» los cuales también Sánchez (páginas 284-288) ha puesto como apéndice á su edición. Pero los hizo imprimir junto á los dos también citados cantares del escolar errante, siguiendo exactamente y sin crítica alguna el manuscrito, cuando, aun fuera del contenido, debieron haber llamado su atención el ritmo diferente y la colocación de la rima alterada de un modo bastante claro; aunque esta vez fué instruído hasta tal punto á lo menos por los dos últimos de estos poemas que halló bien divididos en el manuscrito de Salamanca, que no los consideró, como ya he hecho notar á menudo, como estrofas de alejandrinos largos, pues aun aquí estaban escritos juntos en el manuscrito, como él mismo dice, dos versos en una línea. La primera de estas canciones (empieza pág. 284: «Varones buenos honrados...», y acaba, pág. 286: «Da paraiso á sus almas»); está en estrofas de seis versos con rima alternada; la segunda tiene al principio y al fin unas estrofas de cinco versos, la primera de las cuales (con la rima: *aaa bb*) servía según toda probabilidad de estribillo, en cuyo lugar la última (con la rima *aa bbb*) se cantaba como estrofa final. Las restantes son de seis versos con rima en pareados; ambas constan de versos octosílabos.

(2) Las coplas 1.624-1.634 contienen dos de tales canciones mendicantes

Continuando con nuestro poeta en el relato de sus aventuras, debo decir que aún no se había agotado su desdicha, pues le faltaba recibir el golpe más rudo:

«Et yo con pesar grande non puedo desir gota,
Porque *Trota-conventos* ya non anda, nin trota.»

Esta medianera de los asuntos de su corazón, que tan útil le fué siempre, le fué arrebatada por la muerte, y más de un portillo, que ella sabía abrir para él, le quedó cerrado entonces. Esto le da ocasión para hacer consideraciones sobre lo caduco de todo lo terreno y sobre los devastadores efectos de la muerte, y para maldecir á este enemigo capital del género humano (no le faltan aquí salidas satíricas sobre los herederos que se ríen del muerto y las viudas hipócritas). No perdonó la muerte ni

---

de escolares de viaje. («De como los Escolares demandan por Dios».) Ambas han sido impresas, como ya se ha dicho, según el «Códice de Gayoso», páginas 283-284; sólo que tiene aquí cada una una estrofa menos, pues en todas estas canciones casi no son las estrofas otra cosa que variaciones del mismo pensamiento, de modo que se puede quitar una cualquiera á voluntad ó añadirla sin que se altere el sentido; por el contrario faltan en el manuscrito de Salamanca los dos versos que forman el estribillo de la segunda canción, con que aquí, pág. 284, comienza esta:

«Señores, vos dat á nos
Escolares pobres dos»;

y las anteriores á la copla 1.629 están intercaladas. También aquí ha impreso Sánchez las dos como si fueran una sola, de lo cual debía haberle apartado la rima del último verso de cada estrofa, que cambia desde la copla 1.629, rima por la que están unidos entre sí y con los dos versos del estribillo. (En general ha incurrido en este respecto en faltas, algunas de las cuales no admiten disculpa; pues llega casi á lo cómico la observación que antepone (pág. 283) á estas cuatro canciones, que, como se ha dicho, imprimió como una sola según el «Códice de Gayoso». Dice: «Cántica de los Escolares, de que el poeta hizo mención copla 1.483, y quedó empezada en la 1.624. Pónese aquí entera, sacada del Códice de Gayoso, etc.» ¡Cuán de desear sería una edición no mutilada y crítica de las obras del Arcipreste, aun cuando debemos estar reconocidos al noble celo del animoso Sánchez! Estas dos canciones mendicantes están en cuartetas octosílabas con la rima: *aaa b*, y un estribillo de dos versos pareados (rimados en *b*).

á Cristo hecho hombre; por lo cual fueron ella y el poder del infierno vencidos para siempre por el hijo de Dios:

«Tu l' mataste una hora, él por siempre te mató.»

Sobre esto reposa la esperanza de los hombres, á quienes Cristo, mediante su muerte temporal, ha desligado de los lazos de ésta y hecho de nuevo participantes de la vida eterna.

Cierra el poeta estas consideraciones con un panegírico y un epitafio á Doña Urraca, su difunta amiga, panegírico y epitafio que suenan, sin embargo, como una ironía. Y para aprovechar un suceso tan temeroso, y sacar de él cuando menos doctrinas saludables á sus prójimos, aconseja á estos contra un enemigo tan seguro y que casi siempre nos coge desprevenidos, como es la muerte, estar siempre preparados, y esto con las armas de las buenas obras, que pueden protegernos mejor que nada contra los tres seductores principales, mundo, demonio y carne, y contra sus retoños, los siete pecados capitales. (Este tema está desarrollado en una alegoría ascético-mística, en que nos presenta á los siete Sacramentos como compañeros de armas luchando contra los siete pecados capitales.)

Sin embargo, siente él mismo ya que se está ocupando en algo más que en una obra poética, que ha subordinado la lira al púlpito, y procura indemnizarlo con un verdadero salto lírico, puesto que se introduce inmediatamente en el siguiente poema de un modo muy ingenuo:

«Quiero vos abreviar la predicacion,
Que siempre me pagué de pequeño sermon,
E de dueña pequeña et de breve rason
Ca poco et bien dicho afincase al corazon.»

El poeta hace muy bien en esto, en declarar expresamente la marcha de sus ideas, pues de otro modo, ¿quién hubiera podido hallar, si él no lo hubiese motivado, el paso de tan serias consideraciones á la poesía agradabilísima y maliciosa que coloca en seguida y que no contiene ni más ni menos que una

alabanza de las mujeres pequeñas («de las propiedades que las dueñas chicas han») tratada en comparaciones bonitas y llenas de sentido? La cierra con esta maliciosa sentencia:

«Del mal tomar lo menos diselo el sabidor,
Porende de las mugeres la mejor es la menor.»

A quien lleva en la boca con tanto calor la alabanza de las mujeres, á este, á pesar de todos los pensamientos de la muerte, no se le ha despegado el amor del corazón. Y así sucedía con nuestro poeta; pues apenas vuelve el fatal Marzo («Salida de Febrero, entrada de Marzo»), y con los seductores aires de primavera, el anhelo amoroso, debía, como es natural, buscar el modo de llenar el vacío de su corazón. La que tan fielmente le ayudaba, estaba ya muerta; ¿qué había pues de hacer más que escoger otro mensajero de amor, y cómo podía hallar más útil sujeto que el notable joven Hurón, que reunía en sí las *catorce* virtudes cardinales (1)? Movióle también á ello otra razón importante:

«Que mas val con mal asno el omen contender
Que solo e cargado fas a cuestas traer.»

El joven habla con mucha modestia de sus talentos:

«El sabia leer tarde, poco, e por mal cabo,
Dixo: dadme un cantar, et veredes que recabdo:
E, Señor, vos veredes, maguer que non me alabo,
Que si lo comienzo, que le daré buen cabo.»

(1) Creo un deber de conciencia hacer que mis lectores conozcan la característica pintura de este distinguido joven. Hable el poeta mismo:

«Tomé por mandadero un rapas trainel,
Huron habia por nombre, apostado doncel,
Si non por quatorce cosas nunca vi mejor que el.
Era mintroso, bebdo, ladron e mesturero,
Tafur, peleador, goloso, refertero,
Reñidor, et adevino, susio et agorero,
Nescio, perezoso, tal es mi escudero.
Dos dias en la selmana grand ayunador,
Quando non tenia que comer, ayunaba el pecador.»

Un mensajero tan diestro debía ejecutar su comisión excediendo en ella á todas las esperanzas:

«Ibaselos (los cantares) disiendo por todo el mercado,
Dixol' Doña Fulana: tirate alla, pecado,
Quel a mi non te envia, nin quiero tu mandado.»

Con esta broma cierra el poeta el relato de su aventura amorosa, determinando con suficiencia su carácter por una burla irónica. Cree, sin embargo, necesario prevenir una vez más de toda falsa inteligencia de su obra á los sobrado celosos y á los lectores de malas entendederas, con el sentimiento de que un hombre de su estado no está seguro con semejante obra de los vituperadores maliciosos y de pocos alcances, que quieren meter por fuerza dentro de los cuatro jalones de la vida ordinaria el libre juego de la fantasía y no pueden comprender al poeta fuera de su posición en el mundo civil.

FERNANDO WOLF.

(Se continuará.)

CRÓNICA LITERARIA

LA ÚLTIMA NOVELA DE PEREDA

Mientras en los periódicos y en las Cortes se discute si han vuelto aquellos tiempos, trágicos á ratos y á ratos divertidos, del reinado de doña Isabel II, y se hacen cálculos y profecías sobre si se aprobarán los presupuestos antes de las elecciones municipales, el apartar la atención de estas cuestiones para fijarla en el campo de las letras ofrece un atractivo semejante al que se encuentra en un paseo solitario, cuando se deja atrás el bullicio y el movimiento de la concurrencia numerosa que acude los días de fiesta á los lugares más frecuentados de los jardines públicos.

Parece como que se entra en un mundo diferente al pasar de la política, tan agitada hoy, á la literatura, que más presenta ahora el aspecto de silenciosa somnolencia de un cementerio, que la rumorosa agitación de la colmena. Es tan reducido el público que tienen entre nosotros las letras, que bien puede decirse que son, entre las manifestaciones de la actividad nacional, una de las que menos trascienden á la masa general del país, á la cual llega sólo por esa lenta infiltración de las ideas, que, partiendo de las clases cultas, llegan después de accidentada odisea psicológica y de transformaciones numerosas que á veces las desfiguran, hasta los elementos menos ilustrados de la sociedad.

El periódico y el teatro son las dos únicas manifestaciones literarias que tienen público relativamente numeroso. En el primero, la parte de literatura que contiene entra como cosa accesoria, como una añadidura de la información ó de la polémica. Fuera de las personas del oficio y de una minoría de lectores dotados de gusto y de cultura, casi nadie repara en si está ó no bien escrito un periódico. Los más buscan en los papeles públicos, como se decía antaño, noticias que les pongan al corriente de lo que ocurre, y apreciaciones que les dispensen del enojoso trabajo de formarse una opinión propia, cuando no el saborete de escándalo de los ataques y las burlas á personajes elevados, cuyo descrédito ó cuyo ridículo al menos, suele complacernos por cierta propensión, muy general entre nosotros, á abatir todo lo que está alto y á menguar lo que es ó parece grande. En esto somos muy atenienses. Sentimos el ostracismo, y después de haber encumbrado á nuestros Aristides y Temístocles los mandaríamos con el mayor gusto á paseo.

En el teatro, la parte plástica· que entra por los ojos y el carácter de diversión que tienen las representaciones atrae mucho más al público que el valor literario de las obras, y eso que en punto á actores y á *mise en scène* andamos medianamente, salvas las honrosas excepciones de rúbrica. El éxito que alcanzan producciones ínfimas lo demuestra. Pero el libro que carece de estos atractivos y que no tiene tampoco por lo común el interés de actualidad de la prensa periódica, no puede competir en lo tocante á difusión con estos géneros, si bien su público, por lo mismo que es menos numeroso, es más selecto. Aquellos de nuestros literatos que no sienten vocación para la dramática ó el periodismo, tienen que resignarse de antemano á ser poco leídos.

Esto, aparte de otras causas, explica que haya escasa actividad en el campo de las letras. La literatura necesita ambiente, público, crítica, periódicos que discutan y popularicen las obras... En condiciones tan poco propicias como las que

ofrece nuestro país, es doblemente meritorio lo que hacen los escritores que continúan dignamente la tradición literaria española.

Uno de ellos, y de los primeros sin disputa, es D. José M. de Pereda, á cuya novela *Peñas arriba* corresponde, á mi entender, el primer puesto entre los libros recientemente publicados. Produce esta obra la misma impresión de sinceridad, de belleza sana, sentida y expresada con espontaneidad y franqueza que tanto realza las obras anteriores del insigne escritor santanderino. Así como la hermosura natural aventaja y vence á la que es producto de artificios de tocador y de cosméticos y recursos de perfumería; esta naturalidad encantadora de los libros del Sr. Pereda está á muchos codos de altura sobre los efectismos, maduramente calculados, de las obras literarias, que cual plantas de estufa, deben más á combinaciones artificiales que al calor vivificante de la realidad.

De ahí que el autor de *Peñas arriba* exprese admirablemente en ésta y otras de sus obras dos sentimientos de los más nobles y hermosos cuando son sinceros, el sentimiento de la naturaleza y el sentimiento religioso. Jamás se hallará en sus páginas nada que traiga á la memoria los idilios pastoriles de país de abanico, ni la religiosidad de *doublé* que se inspira en fines profanos ó considera á Dios como un convencionalismo de buen tono.

Ambos sentimientos han inspirado páginas muy bellas de la última novela del Sr. Pereda, y se unen en afortunado consorcio estético en escenas tan admirables como aquella en que contemplando Marcelo con el cura D. Sabas el magnífico panorama que se extiende ante sus ojos, brota de los labios del último la alabanza á Dios, autor de aquellas maravillas, creadas para alegrar el corazón de los hombres y llenarle de gratitud hacia el Creador. No exagera, en verdad, el protagonista de la novela, cuando dice que en tal ocasión y en tal paraje resultaban sublimes las palabras del sacerdote: *Excelsus super omnes gentes, Dominus et super coelus gloria ejus.*

Tiene *Peñas arriba* su poco de tesis, y no nueva ciertamente, puesto que es la eterna disputa entre las ventajas de la vida de la ciudad, y las de la vida del campo, entre la agitación febril y los placeres de los grandes centros de población, y la existencia sencilla, reposada y monótona de la aldea. Pero aparte de que no hay tema viejo para el arte, si se consigue hallar formas nuevas, el Sr. Pereda ha dado actualidad á esta controversia, ventilada en todos los géneros literarios, desde los más modestos á los más elevados, desde la fábula del ratón campesino y el ratón cortesano hasta las más graves disquisiciones, asociándola con el masoneado problema del *Mal del siglo*, y la no menos manoseada *Cuestión social*, de tal modo presentes hoy en todos los espíritus algo cultos, que no sólo en las controversias sociológicas y morales, sino en la misma literatura amena, reflejo al fin de las ideas reinantes, se imponen como temas casi necesarios.

Creo que á nadie que conozca la tendencia general de las obras del Sr. Pereda le pueda caber duda de la solución á que se inclina. El médico Neluco (Manuel), uno de los personajes de la novela, expone sobre este particular ideas que, en mi opinión, no deben de hallarse muy distantes de las del ilustre novelista. El mal que padece la sociedad moderna consiste en una especie de atonía moral, en una creciente indiferencia hacia los antiguos ideales, que se deja sentir principalmente en las grandes poblaciones. Esta especie de parálisis de los sentimientos y las ideas que han formado en otras épocas el eje de la vida no ha invadido aún por completo las aldeas, á las cuales llega sólo como un eco remoto el tumulto de la vida cortesana. Estos pequeños centros de población, en que la solidaridad es más estrecha y más íntimo el trato entre sus pobladores, son los que pueden oponer una barrera á la enfermedad social del día. El remedio ha de partir de la periferia al centro.

Para probarlo, nos pinta el Sr. Pereda en *Peñas arriba* una aldea idílica, un pueblo verdaderamente patriarcal, gobernado

de padres á hijos por una dinastía de protectores generosos, á quienes vendría de molde, en su acepción primitiva, el título de *basileus* que daban los griegos á sus reyes. Los Ruiz de Bejos de la novela son verdaderamente *pastores del pueblo,* en aquel rincón de la montaña, por supuesto, sin cetro ni jurisdicción, ni siquiera vara de alcaldes, ni otra autoridad que la moral debida á sus beneficios y á la posición preeminente que ocupan entre sus convecinos. El cuadro es hermoso, pero Tablanca no existe en el mapa de la España del caciquismo que todos conocemos, ó si acaso tiene realidad es á título de excepción rarísima. El mismo novelista lo reconoce al presentarnos en torno de la feliz aldea, tan sabiamente regida por el patriarca D. Celso, otras en que anda muy de capa caída el patriarcado.

El argumento de *Peñas Arriba* es muy sencillo; puede resumirse en pocas palabras. D. Celso, el citado patriarca de Tablanca, tiene en Madrid un sobrino rico y joven, cortado por el ordinario patrón de las gentes que solemos llamar distinguidas, por la misma razón que se llama rabones á los animales que carecen de rabo. La característica de su distinción consiste, en efecto, en no distinguirse en nada, ni en vicios ni en virtudes, sino en seguir, por el contrario, escrupulosamente la norma de conducta impuesta por la costumbre y por la moda á esta clase privilegiada de mortales á quienes la observancia de las mismas reglas consuetudinarias, mucho más poderosas que todos los códigos escritos, da cierto parecido, que se extiende, desde el color de las corbatas y el corte de los trajes, á lo más íntimo de la parte psicológica.

El primero de estos personajes se ha cuidado muy poco de su deudo, hasta que, viéndose achacoso y próximo á su fin, siente la imperiosa llamada de la voz de la sangre; y con la secreta esperanza de que su sobrino le suceda en el papel de protector y cabeza de la aldea, le llama con insistencia á su lado. Accede el joven de mala gana, sin otro propósito que el de complacer á su pariente y cambiar por una temporada de horizontes. Pero

aunque Tablanca le desagrada soberanamente al principio, poco á poco van modificándose sus impresiones, hasta que, por último, abandona definitivamente la capital para establecerse en la casa solariega de sus antepasados, y acepta, con la herencia de D. Celso, el papel de continuador de su obra.

Es lástima, desde el punto de vista de la poesía, aunque no lo es desde el punto de vista de la verdad, que este milagro no lo realicen los espléndidos panoramas á cuya contemplación convidan al forastero las gentes de la aldea, ni el trato con los honrados campesinos que viven agrupados en torno á la *casona* de los Ruiz de Bejos, ni lo apacible que se desliza en Tablanca la existencia, ni siquiera el cansancio del tráfago mundano. La causa de la transformación que se opera en Marcelo es muy distinta, es el eterno *Deus ex machina* de la mayor parte de las novelas y de las comedias: el amor, que hace todos los días mayores prodigios. La vida patriarcal de la aldea vence en su contienda con la vida cortesana, de la misma suerte que triunfa la igualdad democrática sobre la distinción de clases cuando un *clubman* elegantísimo, aristocrático hasta la punta de las uñas y convencido de que pertenece á una raza superior, se casa con su criada.

Y así como los nobles que se casan con doncellas de servir suelen arrepentirse con el tiempo, aunque sus esposas sean virtuosas y buenas, es casi seguro que el héroe de *Peñas Arriba* se vuelve á Madrid el día menos pensado, so pretexto de enseñar á su mujer un poco del mundo, dejando abierta de nuevo la discusión entre los partidarios de la ciudad y los del campo.

Mas todo esto no impide que la novela del Sr. Pereda sea un hermoso libro. Un crítico de tanta autoridad como el señor Menéndez y Pelayo, la conceptúa una de las mejores del autor de *Sotileza*. Sobre todo la parte descriptiva de la novela es admirable; la escena del viático, la de la expedición en busca del aldeano perdido entre la nieve, y la de la cacería de los osos, son cuadros magistrales de sobrio y enérgico color y

gran fuerza dramática. El paisaje tiene gran importancia en esta novela. Como su acción es tan sencilla, el interés que despierta el escenario en que los personajes se mueven, supera en ocasiones al que provocan éstos. Como *factura* artística, las figuras secundarias me parecen superiores á la del protagonista, mas esto no arguye impropiedad, ni significa que no sea real el carácter de Marcelo, sino que se presta poco, para un escritor tan natural y tan sincero como el Sr. Pereda, ese tipo mediocre, equilibrado, incoloro, producto de una civilización que tiende á la uniformidad y á los términos medios, el cual personaje tiene de suyo escasa personalidad, y no es más que uno de tantos ejemplares fundidos en el molde social del momento.

De otro libro muy interesante, debido á la pluma de un escritor joven y de gran porvenir *(Moros y Cristianos,* por don Rodrigo Soriano), quisiera hablar también á los lectores de LA ESPAÑA MODERNA. Mas, por no prolongar demasiado este artículo, lo aplazaré para otra Crónica.

E. GÓMEZ DE BAQUERO.

OBRAS NUEVAS

Aduanas (Dirección General de). — Estadística general del comercio exterior de España con sus provincias de Ultramar y potencias extranjeras en 1893. En fol. XXXI-941 páginas: 6 pesetas.

—Acuerdo adoptado entre España y Francia para la represión del contrabando en ambos países, por la Dirección general de Aduanas. En 8.°, 19 páginas. No se ha puesto á la venta.

Agustí (V.)—Modelos de literatura castellana, en prosa y verso. En 4.°, 517 páginas. Encartonado: 3,50 pesetas.

Albaladejo (E.)—Indicador de correos. Año IV. En 12.°, 16 hoj. 116 páginas y anuncios: 1 peseta.

Alfaro y Navarro (E.)—Colección de trozos escogidos de las autores clásicos latinos. En 4.°, VII-313 páginas. Tela: 6 pesetas.

Arenal (C.)—Obras completas. Tomo IV. La mujer del porvenir y La mujer de su casa. En 8.°, 290 páginas: 2,50 pesetas.

Boletín de la Real Academia de la Historia. Tomo XXVI. Cuadernos 1.° y 2.° Enero y Febrero de 1895. En 4.°, 96 páginas. Cada cuaderno: 1,25 pesetas.

Cabello de Carbonera (M.)—El Conde León Tolstoy, por Mercedes Cabello de Carbonera. Lima. Imprenta de El Diario Judicial. s. a. (1894). En 8.°, 73 páginas: 1 peseta.

—Descubrimiento del rio de las Amazonas, según la relación hasta ahora inédita de Fr. Gaspar de Carvajal, con otros documentos referentes á Francisco de Orellana y sus compañeros. En 4.°, CCXXXIX-279 páginas: 25 pesetas. Tirada de 200 ejemplares numerados.

Casa Valencia (C. de).—Estudios históricos. (La embajada de Jorge Juan á Marruecos en 1767.—La guerra de España con las repúblicas del Perú y de Chile en 1866.—Un diario de Fernando VII de 1823.) En 8.°, 249 páginas: 2,50 pesetas.

Castro (L.)—La producción y el cultivo del trigo en Portugal. Conferencia dada en la Real Sociedad Central de Agricultura Portuguesa. En 12.°, 93 páginas: 1 peseta.

Castro y Valero (J. de).—Tratado de derecho veterinario. (1.ª parte). En 4.° XIV-238 páginas: 5 pesetas.

Círculo de Bellas Artes. La Paleta. Carnaval de 1895. En fol. 36 páginas á dos columnas con 71 dibujos: 2 pesetas.

Coba Gómez (J. de la).—Gran victoria; ópera en un acto. En 8.°, 8 páginas: 1 peseta.

—La Trampitana: ópera en un acto. En 8.°, 8 páginas: 1 peseta.

Colección de documentos inéditos para la historia de España, por el Marqués de la Fuensanta del Valle, de la Academia de la Historir y de la de Ciencias morales y políticas. Tomo CXI. En 4.°, 3 hoj. prels. 520 páginas: 12 pesetas.

Colección de escritores castellanos. Tomo 107. Obras completas de Fernán Caballero. La Gaviota. En 8.°, 509 páginas: 5 pesetas.

Colorado (V.) y Villegas (F. F.)—Día de prueba: drama en tres actos, original y en verso. En 8.°, 80 páginas: 2 pesetas.

Díaz Valdés (L.)—El poder y la debilidad del Estado. En 4.°, 16 páginas: 0,50 pesetas.

Echegaray (J.)—Mancha que limpia; drama trágico en cuatro actos, y en prosa. En 8.°, 94 páginas: 2 pesetas.

Faura (F.) y Algué (J.)—La meteorología en la Exposición Colombina de Chicago. En 4.° mayor, 110 páginas con grabados intercalados en el texto.

Fernández-Cuesta y Porta (N.)—Autopsia judicial. Compendio médico-legal necróptico. En 4.°, 543 páginas y 3 hojas de índice: 15 pesetas.

Ferreiroa (U.)—El primer perseguidor de los cristianos (escenas del primer siglo del cristianismo). En 4.°, 301 páginas: 4 pesetas.

Ferrer Aledo (J.)—Análisis gramatical. En 8.°, 180 páginas: 2 pesetas.

Galtes (P.)—Diccionario etnográfico-antropológico. En 8.° menor, 541 páginas. Tela: 5 pesetas.

Gallardo y de Font (J.)—Opúsculo acerca del mejoramiento de la clase obrera en Toledo. En 8.° mayor, 26 páginas: 1 peseta.

García Llansó (A.)—Armas y armaduras; prólogo de D. Francisco Barado; ilustrado con 161 dibujos de D. José Passos. En 4.° mayor, XI-307 páginas. En tela: 10 pesetas.

García M. (M.)—Infalible: sistema para jugar á la ruleta y al 30 y 40. En 4.°, 55 páginas: 10.

García Martínez (B.) y Fernández Esteban (R.)—El auxiliar del Cuerpo pericial de contabilidad del Estado. En 4.°, 215 páginas: 5 pesetas.

García y Mansilla (S.)—Beneficencia provincial de Madrid. Sobre la oftalmía granulosa de los asilos. En 4.°, 70 páginas: 2 pesetas.

Gómez Arias (F.)—Colección de problemas, teoremas, proposiciones, enunciados y datos, destinados á estudios de aplicación de las enseñanzas de geografía y física en la Escuela especial y provincial de náutica de Barcelona. En 4.°

González Alvarez (B.) y Ribera Sans (J.)—Discursos leídos en la Real Academia de Medicina. En 4.°, 66 páginas.—Tema: Higiene del niño abandonado durante su primera infancia.

Guallart Elías (E.)—Pantógrafo-planímetro. En 8.°, 8 páginas: 0,50 pesetas.

Hernández Villaescusa (M.)—Jurar

en vano; novela. En 8.°, 200 páginas: 2 pesetas.

Ibar-Kam. — La cocina práctica. Tratado y recetas de comidas de vigilia y colaciones. En 8.°, 285 páginas: 3 pesetas.

Juan y Ponsoda (S. de.)—Elementos de agricultura. Nociones teórico-prácticas. En 4.°, 192 páginas y dos hojas de índice: 2,50 pesetas.

Labrador de la Fuente (E.)—Lecciones de legislación, de administración y contabilidad de la Hacienda pública. En 4.°, VIII-254 páginas: 8 pesetas.

Laffitte de Obineta (V.) — Manual práctico de los abonos naturales y minerales. En 8.°, 128 páginas: 1 peseta.

Lara y Pedrajas (A. de)—La Gaceta anual; extracto de las disposiciones publicadas en 1894. En 8.°, 255 páginas: 2,50 pesetas.

Larra y Cerezo.—Anuario médico-farmacéutico. En 8.°, 192 páginas. En tela: 2,50 pesetas.

Lois (R.)—Fabas e castañas. Libro de versos en gallego y castellano. En 4.°, 114 páginas: 2,50 pesetas.

Llorente y Sánchez (M.)—Memoria acerca del estado del Instituto provincial de segunda enseñanza de Guipúzcoa. En 8.°, 84 páginas.

Marín Perujo (A.)—Criterio etiológico-patogenético ó las grandes causas en las enfermedades del aparato digestivo. En 8.° mayor, 20 páginas: 1 peseta.

Martelo-Paumán (E.)—Líricas gallegas. En 8.°, 144 páginas: 2 pesetas.

Martínez Vigil (R.) — La bula de cruzada. Sermón pastoral. En 4.°, 27 páginas. No se ha puesto á la venta.

Masambeti.—Doctrina cristiana explicada é historia sagrada. En 4.°, II-222 páginas: 2,50 pesetas.

Medina (J. T.)—El primer periódico publicado en Filipinas y sus orígenes. En 8.°, 31 páginas: 5 pesetas. Tirada de 50 ejemplares numerados.

Mitre (B.)—Lenguas americanas, estudio bibliográfico-lingüístico de las obras del P. Luis de Valdivia, sobre el Araucano y el Allentiak, con un vocabulario razonado del Allentiak, por Bartolomé Mitre, miembro correspondiente de la Academia Española. La Plata. Talleres de publicaciones del Museo, 1894. En 8.°, 153 páginas. Tirada de 200 ejemplares.

Olozábal (T. de).—D. Jaime en España. Crónica del viaje de S. A. R. dedicado á S. M. (Q. D. G.) En 8.°, 215 páginas: 2 pesetas.

Otero Acevedo (M.) — Lombroso y el espiritismo. (Apuntes para la psicología del porvenir.) En 4.°, 236 páginas: 1,50 pesetas.

Palacios (L.) — Anuario marítimo legislativo para 1894. En 4.°, 341 páginas: 2,50.

Peña y Goñi (A.)—Cuatro cosas. En 12.°, 203 páginas: 2 pesetas.—Biblioteca ilustrada de autores contemporáneos. Vol. 7.°

Peñas (P.)—Manual del obrero. Cartilla de dibujo geométrico industrial. En 8.° mayor, 100 páginas. Atlas 8.° apaisado de 16 láminas: 2 pesetas.

Pérez Placer (H.)—Contos da terriña. En 8.°, 238 páginas: 3 pesetas. —Biblioteca gallega. Tomo 38.

Pérez Zúñiga (J.)—Cosquillas (ver-

so y prosa.) En 8.°, 229 páginas: 3 pesetas.

Pidal (M. de) y Menéndez y Pelayo (M.)—Discursos leidos ante la Real Academia Española. En 4.° mayor, 86 páginas: 2 pesetas.—Tema: Del drama histórico.

Pimentel (M.)—Reglamento para la provisión de escuelas públicas de primera enseñanza. En 12.°, 143 páginas: 1,50 pesetas.

Planas y Casals (J. M.)—La jurisprudencia en sus relaciones con la legislación civil. Discurso. En 4.°, 43 páginas.

Guía general de la provincia de Pontevedra. En 4.°, 205 páginas 2,50 pesetas.

Ramos (R.)—De las sucesiones. Tratado teórico práctico según el Código civil. En 4.°, 209 páginas: 4 pesetas.

Redonet y López Dóriga (L.)—Mis primeros ensayos. En 8.°, 119 páginas.—No se ha puesto á la venta.

Rivas Moreno (F.)—El Crédito agrícola y el ahorro. En 4.°, xv-144 páginas: 2 pesetas.

INDICE

	Págs.
El Ultimo vals (conclusión), por José Alcalá Galiano	5
En torno al casticismo, por Miguel de Unamuno	27
Recuerdos, por José Echegaray	59
Goya (continuación), por Zeferino Araujo Sánchez	74
La Vinicultura, por el Dr. V. Vera y López	115
Crónica internacional, por Emilio Castelar	131
La Prensa internacional, por Garabed-Bey	154
La Literatura castellana y portuguesa, por Fernando Wolf, con prólogo y notas de M. Menéndez y Pelayo	171
Crónica literaria, por E. Gómez de Baquero	198
Obras nuevas	205

España moderna

AÑO VII NÚM. LXXVII

LA

ESPAÑA MODERNA

Director: J. LÁZARO

MAYO 1895

MADRID
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE A. AVRIAL
1.132.—*San Bernardo, 92.—Teléf. 3.074*

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo, es indispensable el permiso del Director de La España Moderna.

UN DRAMA

I

Representábase aquella noche, en la Comedia Francesa, nada menos que la *Fedra* de Racine. Los periódicos habían hablado de su desempeño como se habla de una solemnidad artística: y, en efecto, la más escrupulosa propiedad y exactitud en decoraciones y trajes y el estudio más concienzudo de los papeles probaban con cuánta veneración se interpretaba en la famosa *Casa de Molière* la obra maestra de la tragedia clásica.—Los actores parecían figuras desprendidas de algún elegante vaso griego. Mounet Sully, que caracterizaba el papel de *Hipólito,* podía, en cualquiera de sus actitudes sentidas y nobles, servir de modelo á un artista. Su barba y su pelo rizados con simetría, su blanco palio de lana, de esculturales pliegues, las cintas y ataduras de la sandalia, que abarcaban bien el contorno de las piernas musculosas, eran detalles dignos del pincel del decorador de alfarería de las edades heróicas helenas.

Sin embargo, la concurrencia, que oía en silencio religioso y con respetuosa atención los parlamentos de Hipólito, de Teramenes, de Aricia y de Enona, sólo parecía despertar y reanimarse al impulso de una emoción más viva siempre que salía á escena *Fedra,* papel que desempeñaba la Desclée. Mientras los demás actores, conservando las tradiciones de reverencia fría y convencional que suele infundir la clásica pureza del arte, accionaban con acompasada rigidez y declamaban solemnemente, la actriz había comprendido que

Fedra tiene que ser la mujer eterna, la pasión que puede modificar sus formas al través de los siglos, pero cuya esencia no cambia jamás. La terrible enfermedad de la hija de Minos, el mal de amor, el *mal sagrado* de la antigüedad, el que atiranta los nervios y abrasa con altísima fiebre la sangre, se revelaba en la gran trágica (nunca tan grande como entonces) por medio de una acción romántica y libre, y hasta en ocasiones impregnada de sentido realista, á la moderna. Las lácias actitudes de su quebrantado cuerpo; la expresión conmovedora de su cara; el oscuro livor que rodeaba sus ojos; la contracción de su seca boca; la crispatura de sus manos, que arrugaban el largo *peplum;* y sobre todo la voz humedecida por las lágrimas ó ronca como arrullo de paloma por la intensidad del deseo, hacían que el auditorio, desdeñando el juego de los demás actores, sólo tuviese ojos y oídos para la interesante *Fedra.*

Un observador, de esos que gozan refinadamente en comprender y cultivan la manía de escrutar almas, persuadidos de que en la humanidad hay tanto que descifrar, por lo menos, como en los libros, encontraría magnífico asunto para sus estudios en un palco oscuro ó *baignoire,* ocupado por dos damas y tres caballeros, que seguían el desarrollo del drama con impresiones tan diferentes, como distintos eran entre sí los cinco espectadores.

Era evidente que el espectáculo del horrible conflicto moral de *Fedra* producía en ellos sentimientos opuestísimos, que hubiesen podido servir de piedra de toque para discernir inmediatamente la complexión moral de cada uno. La oscuridad relativa de esa clase de plateas peculiares de los teatros franceses, sobre las cuales proyecta densa sombra la línea saliente de los palcos entresuelos, contribuía á que las cinco personas á quienes vamos á conocer dejasen salir al rostro sin reparo las impresiones del terrible drama, que algunas de ellas conocía por primera vez aquella noche, no habiéndolo leído jamás.

Instaladas las dos señoras en los asientos delanteros, la una frente á la otra, formaban marcado contraste sus tipos. La que ocupaba el lugar de preferencia, de cara á la escena, era la mayor en edad; no tanto, sin embargo, que pasase de ese período de plenitud y apogeo de la vida femenina, comprendido entre los veintiocho y los treinta y dos. La blancura luminosa y algo ambarina de su piel la realzaba el cabello, teñido del color castaño, como de concha carey, que á la luz tiene ligeros cambiantes cobrizos. Este artificio de tocador, inspirado en pasajero capricho de la moda, por casualidad, en la figura especial de aquella dama, era artístico

acierto, pues completaba la semejanza de su cabeza con las de las mujeres de Veroneso, en quienes el evidente vigor físico sólo sirve para revelar la vehemencia y energía de la voluntad. La robustez y vitalidad profunda de la dama sentada en la *baignoire,* no se expresaban con formas mórbidas y turgentes, como en los modelos de Rubens, tan materialotes y carnosos, sino en la buena proporción del cuerpo, en la victoriosa juventud que conservaban las formas, en el brillo deslumbrador de la dentadura, en la nerviosa elegancia del cuello y de las manos, en el sólido tejido de la epidermis, en la riqueza del cabello que se espesaba en la dura nuca de marfil,—según permitía ver el peinado, de alto rodete mezclado con bucles vaporosos.—Aquella mujer, que con su delgado talle, su busto recogido, su fino cuello algo inclinado, en la actitud de quien escucha atento, y la delicada línea de sus brazos ceñidos por el largo guante de Suecia y apoyados en el antepecho de la *baignoire,* podía parecer desde lejos una belleza llena de espiritualidad, era realmente, vista de cerca, uno de esos seres en quienes la ardiente y fuerte acción de los sentidos se explica no sólo por antecedentes de raza y de familia, sinó por circunstancias de la vida, que completan la obra de la naturaleza.

Durante tres generaciones, los ascendientes en línea materna de Teodora se habían casado jóvenes, tenido pocos hijos, y criádolos en una aldea de la costa italiana, al borde del mar, donde poseían hacienda. Eran una familia oriunda de Nápoles, llamada de los Gabrielli. La madre de Teodora, de rara belleza, casó con un caballero lorenés, Gastón de Montcal, enriquecido por la herencia de un tío que pasó á la Guyana y se trajo de allí mucho oro ganado entre aventuras y lances que nunca se supieron con exactitud, pero que se leían en su rostro amarillo, surcado y devastado por las privaciones y los sufrimientos. Los Montcal habían sido ligueros, duelistas, enamorados, y si el padre de Teodora obtuvo la mano de la hermosa Jacoba Gabrielli, lo debió á que, manteniendo las tradiciones de su familia, se empeñó en andar á estocadas con otro pretendiente ya aceptado de antiguo, y esto y la involuntaria preferencia de la italiana por el atrevido hidalgo, decidió en favor suyo la contienda. Teodora fué el único fruto de este enlace. Poco después de su nacimiento, la madre contrajo una de esas enfermedades que hacen mayores estragos en las organizaciones recias y vigorosas, —la viruela,—y á ella sucumbió en pocos días. El enamorado esposo,—inconsolable entonces, aunque después harto se consoló, como veremos,—se retiró al campo, dejando á Teodora al cuidado

de sus abuelos maternos. Teodora se crió en Italia y se recrió en París.

A su infancia y adolescencia pasadas á orillas del Mediterráneo, á sus atrevidos juegos en la playa, por donde la dejaron travesear semidesnuda, con los pies encharcados en agua salobre y las manos llenas de algas, arenas y conchillas, debió Teodora la rica sangre, la intacta energía de un temperamento meridional puro, de instinto, de ímpetu, de esos que acaban por prevalecer y dominar sobre las demás influencias de la vida. La huella de una existencia tan decisiva para lo físico y lo moral de una criatura, reaparece imperiosa y casi fatal al través de todas las situaciones en que puede encontrarse el ser humano. Por más que la frivolidad parisiense, sus excitaciones enervantes y sus placeres casi siempre vacíos y facticios, que borran el carácter y embotan el sentimiento, pasasen después sobre Teodora Montcal, no habían de conseguir nunca desgastar y reducir al molde común de la parisiense versátil y amuñecada á aquel trozo de mármol pagano, pulido por los besos del sol y las ásperas caricias de la brisa que riza el oleage. A los quince años, Teodora fué llamada al lado de su padre, que acababa de enviudar por segunda vez y tenía de las segundas nupcias un niño, á quien esperaba que cuidaría Teodora. La primer entrada de ésta en la casa paterna fué coger á solas al muchacho, su hermanillo, y profiriendo una blasfemia aprendida de los pescadores del golfo, y en la cual había *sangres* y *cuerpos* de algo divino y sacratísimo, abofetearle duramente y morderle después la oreja, con una crueldad y unos dientes agudos de joven tigresa. Y como el padre, interviniendo para salvar al rapaz, reprendiese indignado á Teodora, ésta, echando rayos por los negros ojos, declaró que á aquel chiquillo le aborrecía, que le había detestado á aquel hijo de cabra desde el instante de verle, que era horrible, que era odioso, y que no respondía de sí caso de que volviesen á ponérselo delante. El mismo día Montcal depositó á su hija en un convento del Sagrado Corazón, no sin escribir á los abuelos una carta muy severa, lamentándose de que hubiesen educado á su hija como á una salvaje, ó peor aún.

Cosa extraña: la salvaje dió bien poca guerra á las monjitas. Como si se hubiese convencido de que por el camino de abofetear y morder orejas no se iba á parte alguna, ó como si desease aprender la ciencia de las buenas formas y de la moderación, indispensable para que una señorita se presente en el mundo, la salvaje se hizo en breves días una colegialita encantadora, aplicada, obediente,

graciosa, zalamera, que embelesó á las monjas y se captó las simpatías de las educandas. Aprendió con facilidad sorprendente cuanto la enseñaron, y su memoria y su inteligencia fueron encanto de las profesoras y envidia de las compañeras de colegio. Sin embargo, el padre, no sin causa prevenido contra la hija, no se fiaba; y tanto no se fiaba, que para tener en su casa mujer, alguien que velase por el niño, pasó á terceras nupcias. Entonces los abuelos de Teodora hicieron el sacrificio de establecerse en París; reclamaron á su nieta, la sacaron del convento, y, picados de honor, completaron su educación de un modo brillante, con escogidos profesores á domicilio. A los veinte años, cuando salió de su capullo, Teodora de Montcal era, en lo exterior, la más pulcra damisela, la más delicada *ingénue* que cabe soñar, según el patrón clásico de la tierra donde todavía informan el sentido de la educación de las jóvenes las ideas correctas y relamidas de la ilustre fundadora de San Cyr.

Pero en vano cubriréis con tierra de labor ó con infecunda arena el ardiente cráter del Vesubio. Sí: algún tiempo creeréis haber triunfado de la tenaz naturaleza. Veréis en las laderas antes surcadas por la lava destructora germinar una vegetación pacífica; la viña verdeará, el olivo extenderá sus brazos cargados de fruto, el suelo no se estremecerá de terror, en el horizonte no flotará el penacho de humo que anuncia la catástrofe, el cielo será puro y azul, el mar parecerá una balsa de líquido záfiro, encerrado en concha nacarina.... Un día, mientras dormís, imperceptible bostezo conmueve ligeramente las entrañas de la tierra: diríase que aquel leve movimiento ni aun puede derrocar un paredoncillo arruinado. Sin embargo, la oscilación aumenta, y una chispa de luz rojiza colorea la cresta del monte. Entonces, los que conocen el país, los que saben como se inicia el tremendo cataclismo, recogen á escape su hacienda y sus ganados y huyen sin mirar atrás, con el pánico en el corazón y la palidez de la muerte en el rostro. Es que ya la lava en fusión, serpiente horrible de llama, les persigue y les acosa, y desciende en hervidoras oleadas, abrasando cuanto encuentra, dejando el suelo arrasado y convirtiendo en inmensa hoguera pueblos enteros, que luego sepultará la lluvia de cenizas. El Vesubio se ha despertado: peor para los que creyeron que dormiría siempre.

II

Tres años después de su aparición en el mundo, Teodora de Montcal hizo una brillante boda con un español de distinción, rico é ilustrado, lo que se dice el ave fénix, Jacinto Castellá y Manrique, hijo de un opulento negociante de Bilbao que tuvo el buen sentido de liquidar, fincar y dejar á sus hijos Jacinto y Fermina un caudal á prueba de reveses. La hermana de Castellá era la señorita que ocupaba el asiento de frente á Teodora: el caballero sentado detrás de ésta, su marido; y el que con Fermina conversaba á media voz en castellano, y con acento que revelaba nacionalidad española, era su prometido, Lorenzo Gurrea.

He dicho que por el efecto que producía en aquellas cuatro personas la representación de *Fedra*, pudiérase conocer lo íntimo de su modo de ser, esa esencia oculta que, permaneciendo tal vez oculta muchos años para los que ven las cosas desde afuera, se revelará infaliblemente al primer conflicto, á la primer circunstancia grave y decisiva, de esas que desnudan el alma.

Jacinto Castellá, el esposo de Teodora, seguía la representación con pura curiosidad y grato *dilettantismo* de literato y artista. Ambas cosas era de afición, no por oficio, y por necesidad mucho menos; y cultivaba sus gustos delicados y selectos con íntima convicción de que no le habían de llevar á la inmortalidad, y sin esas aspiraciones ardientes á la gloria que gastan tanto fluido nervioso y después de las cuales cae á veces el artista genial y creador en profundo desaliento y negro pesimismo. El millonario Jacinto Castellá, al par que iba reuniendo selectísima biblioteca de obras inestimables; al par que recorría las tiendas de los anticuarios y escribía á todos los puntos del globo para enriquecer su galería de cuadros ó su interesante colección de hierros forjados góticos y bronces de la época griega y romana,—se entretenía en rimar, en cincelar, mejor dicho, versos materialmente perfectos, pero incoloros, tibios, sin esa chispa divina de inspiración que caldea la forma y la hace inflamar el espíritu del que lee. La forma, en los versos de Castellá, era inerte, aunque correcta y pura, y cuando se decidía á im-

primir un tomito, de forma rara, en tirada de muy pocos ejemplares numerados, sobre papel de hilo, de cuba, con viñetas y finales de Vierge, nunca faltaba algún crítico académico y docto que le enviase bocanadas de incienso rancio, en artículos empedrados de arcaísmos, y que por otra parte nadie leía. Una especie de discreta reputación, una reputación mate, sin reflejos, rodeaba el nombre de Jacinto Castellá, prestándole vaga aureola de distinción, más bien de persona culta que de literato. El no aspiraba á otra cosa. La belleza del arte la sentía como recreo, como algo que se hace á su hora y que presta á esa hora el encanto peculiar de un goce tranquilo.

Jacinto era una naturaleza linfática, perezosa, y lo revelaba bien su fisonomía. Frisaba, cuando le conocemos, en los treinta y ocho, y nadie podía llamarle feo, pues sus facciones eran finas y aniñadas, mediana su estatura, y su cuerpo, aunque algo encorvado como si conservase la posición del que lee ó se inclina para examinar un cachivache curioso, no carecía de soltura y elegancia bajo la bien cortada ropa. Pero los ojos de un azul apagado y frío; la barba castaño pálido; el pelo suave, ralo ya, y las sienes despojadas de él; la boca inteligente, de delgados labios y de indolente expresión; las manos larguiruchas y marchitas, como de viejo, todo delataba en Jacinto Castellá al individuo de sangre pobre y escasa energía física, producto de unas cuantas generaciones nerviosamente agotadas por el trabajo sedentario y la devoradora ansiedad del tráfico y la ganancia. En efecto, la fortuna de la casa Castellá y Amblera, cimentada oscuramente por el bisabuelo de Jacinto, no se consolidó hasta que su padre se hubo lanzado á grandes negocios de carbón y de mineral, en los cuales más de una vez vió cara á cara y amenazadora la quiebra, y despertó de noche con el estremecimiento que precede al suicidio. Jacinto, liquidada su parte, no tuvo ánimo para arrostrar tales sustos, y vivía apaciblemente, entretenido con sus aficiones, deslumbrado un momento por la belleza de Teodora, de quien se había prendado como se prendaría de un objeto de arte, de una estatuilla griega ó de una soberana testa de Venus encontrada en alguna excavación. Aquellas puras líneas, aquella soberana forma modelada por un artífice que cuando quiere se deja atrás á los escultores paganos, ejercieron sobre Jacinto una atracción que por algún tiempo pareció amor, y amor ardiente y profundo. Sin embargo, incluido ya en colección el precioso objeto, calmóse, como suele suceder, la fiebre del coleccionista, pero no el empeño de conservar aquella inestimable joya en lugar preferente y visible, sobre fondo que la hiciese resaltar, de manera que envi-

diasen á su afortunado poseedor. Con el mismo esmero conque editaba y encuadernaba sus tomitos de poesías, Jacinto Castellá presentaba en público á su hermosa mujer, ataviada y prendida con estudio y arte. Hasta tal extremo llegaba la inocente vanidad de Jacinto, y tal era la fe de Teodora en la natural inteligencia estética de su esposo, que tenía empeño en llevarle consigo á esas excursiones á casa de modistos, zapateros y joyeros, á las cuales prefieren siempre ir solas las damas. Doucet, el célebre sastre de señoras, profesaba gran consideración á Jacinto, y le consultaba gravemente sobre ciertas restauraciones arcáicas, destinadas á refrescar y acentuar la moda contemporánea.

En Fermina, la hermana de Jacinto,—mucho más joven que él, como que representaba veinticuatro años á lo sumo—notábase que la tragedia, lejos de producir el deleite y la refinada complacencia que en su hermano, causaba una extrañeza unida á cierta curiosidad más bien repulsiva, del género de la que hace que al cruzar por la calle y ver un corro formado alrededor de un objeto de espanto, un hombre muerto de muerte violenta, en vez de pasar de largo, nos incorporemos al corrillo é intentemos ver, para cubrirnos luego con las manos los ojos y estar todo el día *reviendo* la horrible imagen. Es evidente que á Fermina le parecía monstruosa aquella mujer agonizando de incestuoso amor, declarándolo en un impulso invencible, solicitando al propio hijo de su esposo, increpando á los dioses por que encendieron en su seno y en el de toda su raza una funesta hoguera; y ni la sonoridad y armonía de los versos, ni la admirable profundidad del estudio psicológico, ni la verdadera grandiosidad de la catástrofe moral de *Fedra,* existían para aquel alma joven y virgen, que conservaba frescas las nociones de estricta moral y de normalidad sana aprendidas en el hogar de la familia y corroboradas en la atmósfera de un pueblo de provincia influido por la probidad comercial y guiado por el confesonario. Fermina, tardío fruto de una unión que duró cerca de cuarenta años, criatura engendrada en indiferente abrazo conyugal por un padre devorado de inquietudes que nada tenían que ver con el amor, había salido en todo y por todo, figura y carácter, á su madre, que, libre de los cuidados que al negociante abrumaban, y en la edad robusta de los treinta y siete años cuando concibió á Fermina, impuso su temperamento bien equilibrado y su excelente complexión á aquel último vástago.

No cabía tipo más opuesto al de Jacinto que el de Fermina. Esta lucía una frescura vulgar, semiplebeya, y era de correctas facciones, algo carnosas; de buenos ojos rasgados y francos, duros cuando

se enojaba; blanca, pelinegra, guapa sin expresión y sin el encanto indefinible de una sonrisa inteligente; de trato más cordial y alegre que dulce, aferrada á sus ideas, y, como niña provinciana, algo recelosa y suspicaz. París no entraba en ella, solía decir á sus horas de impaciencia y tedio, poco después de haber llegado á la populosa capital. Sólo estaba en París desde hacía año y medio, el tiempo transcurrido desde la muerte de su madre, que había sido causa natural de que Jacinto se hiciese cargo de la muchacha.

En efecto, el trasplante tuvo que ser violento y antipático para Fermina, no sólo destetada del mimo materno, sino privada de toda su sociedad familiar de Bilbao, sus amiguitas, ese círculo que tanto agrada á los espíritus algo limitados, ese placer de conocer todas las caras y no pasar por una calle sin que hasta las puertas nos saluden. Mal sabría Fermina definir por qué no sólo la repugnaba París y el modo de vivir parisiense, sino hasta la vivienda de su hermano, elegante hotelito próximo al antiguo palacio Basilewski, rodeado de árboles, más tranquilo y solitario que una casa de aldea. Era lo que experimentaba Fermina, un alejamiento inexplicable, sordo malestar de esos que nacen en lo más íntimo de nuestro ser, en los ocultos repliegues donde vigila el instinto para suplir con ventaja las deficiencias de la razón. Sin poder justificar la sensación que á pesar suyo la dominaba; sin basarla en hecho alguno, ello es que Fermina no se acostumbraba al hogar de su hermano. Dos ó tres veces, al pasar por delante de las vitrinas donde se ostentaban preciosos bronces antiguos, esmaltes, ágatas y juguetes de marfil, había exclamado Fermina apartando los ojos y ruborizándose: "¡Qué porquería!„ Y Jacinto, con la convicción de que su hermana carecía en absoluto de gusto y de criterio, tuvo que guardar dos ó tres preciosidades pompeyanas en un armario de puertas de madera. Las mismas protestas, ó por lo menos una silenciosa desaprobación, manifestada como la manifiestan las muchachas jóvenes, que no saben disimular ni por cortesía, provocaban en Fermina ciertos detalles del tocador de su cuñada,—la forma de los espejos, las dos náyades de mármol que sostenían la bañadera, y el techo, voluptuoso fragmento de Tiépolo, hallazgo inestimable de Jacinto.—En general, Fermina era hostil á los trajes de Teodora, á sus joyas, á sus aficiones, á su modo de hablar, si bien la hostilidad contra la persona no hallaba todavía ocasión de revelarse, porque Teodora trataba á su cuñadita con fraternal llaneza y hasta con mimo y halago. Las pequeñeces pueriles de Fermina habían tenido carácter más belicoso y agresivo en los primeros tiempos de estancia en París, y las

había exacerbado el empeño de la muchacha en llevar por su madre un luto cerrado, al estilo de provincia, con muchas prácticas religiosas y un retiro completo, casi con prohibición de reir y de hablar alto. Pero Jacinto estaba demasiado hecho á la vida parisiense, para que, transcurridas las primeras semanas, no la reanudase, si bien prescindiendo de grandes fiestas y comidas y buscando en los teatros la sombra de las *baignoires*. Y al principio Fermina declaróse en rebelión é inició una protesta furiosa, una testarudez en quedarse en casa, que no podían vencer ni las bromas de la cuñada ni la afectuosa súplica del hermano. La decoración cambió de repente, tan de repente, que Fermina misma se admiraría si se lo hiciesen notar... La clave del enigma la poseía el hombre que se sentaba á su lado, Lorenzo Gurrea, su novio, mejor dicho su futuro, encontrado en aquel París tan aborrecible... ¡Ah! Desde que Lorenzo Gurrea apareció, Fermina se sintió reconciliada con París, y con la vida, y hasta con las vitrinas de su hermano...

Ya que sabemos la distinta impresión que en Jacinto y en Fermina producía la representación de *Fedra,* bueno será que digamos la que causaba en el arrogante mancebo, á quien su apellido delataba por aragonés de origen, y emparentado con los linajes más nobles y antiguos de la tierra de Aragón; tal vez con la misma casa real. Pero antes de estudiar en su expresiva fisonomía los efectos del drama, apresurémonos á decir que la raza humana, que aparece empobrecida y gastada en los ejemplares que cría en países de excesiva y recargada civilización y donde no se contrasta la excitación cerebral con los ejercicios físicos, presenta ya muy pocos tipos comparables á Lorenzo Gurrea. El padre de Lorenzo, el viejo general carlista Gurrea Pinós, acostumbraba decir babándose de vanidad paternal y de lealtad monárquica: "Mi chico sería el mejor mozo de la tierra... si no fuese por el rey.„

Menos apersonado que Don Cárlos, y de estatura menos prócer, en Lorenzo admiraba la proporción del cuerpo y su noble gallardía. Aunque toda ropa le cayese bien, despegábase del torso de Lorenzo el feo y prosaico traje actual, y su esternón curvo y desarrollado, su quebrada cintura, sus piernas fuertes y nerviosas, su elegante y arqueado pie, pedían á gritos uno de esos uniformes pintorescos que se ajustan á la línea y avaloran la perfección de una estatua humana. El exiguo frac, destinado precisamente á lo contrario, á encubrir miserias anatómicas, diríase que iba á romperse, saltando en pedazos, al fuerte latir de aquel vigoroso pecho.

Pero lo que superaba á la magnificencia del cuerpo, — al fin be-

lleza puramente animal,—era la simpática irradiación de la españolísima cabeza. Moreno, con palidez cálida y entonada; de facciones no tan marmóreas y recias que no las alterase el paso de la emoción, ni tan blandas que no se acentuasen con intachable diseño; con cabos de ese negro intenso que al sol adquiere reflejos rojos, Lorenzo era uno de los más acabados modelos de raza que el etnógrafo puede encontrar. Los elementos de su fisonomía eran los que á cada paso se ven en el pueblo de las provincias del Sur de España; pero estos elementos, que fácilmente dan por resultado rostros bastos, duros y vulgares, en Lorenzo se combinaban de admirable modo, creando uno de esos hombres que, en el apogeo de la juventud, á los veinticinco años, son como el ideal de la belleza masculina. La cara de Lorenzo, sus aterciopelados ojos árabes, sus labios descoloridos, entre los cuales rebrillaba una dentadura perfecta, su frente lisa, coronada por la densa cabellera que á duras penas conseguía dominar la tijera del peluquero,—expresaban el heroísmo, el entusiasmo, la generosidad, las cualidades viriles más nobles y atractivas. En el rostro del hijo de Gurrea Pinós, sobre la hermosura predominaba la poesía del alma. Y cuando aquella faz de tonos románticos, serios, tan semejante á las esculturas que se ven en algunos retablos del siglo XVII, se animaba con la sonrisa, adquiría, sobre todo al dirigir Lorenzo la palabra á las mujeres, una sumisión halagüeña que era una caricia, pudiéndose decir de Lorenzo Gurrea que su mirada se arrodillaba.

Aquella noche, en la representación de *Fedra*, Lorenzo oía, no con la tranquila y golosa curiosidad literaria de Jacinto, ni con la indignación y la tácita protesta de Fermina, sino con ese misterioso estremecimiento interior que producen las obras de arte impregnadas de pasión en las organizaciones juveniles y poco gastadas por la vida, y en las cuales hay almacenado un gran depósito de sensibilidad que no se ha puesto en juego. Las palabras de *Fedra*, dichas con desgarradora ó melancólica expresión por la actriz; los suspiros de fuego que su pecho exhalaba; aquella alternativa de arrullos de paloma y rugidos de leona con que declara su mortal delirio á Hipólito, producían evidentemente en Lorenzo uno de esos efectos reflejos, alta muestra del poder de la literatura dramática; efecto en que nos sustituimos al actor, y sintiendo por él y con él, olvidamos nuestra existencia real, y por una hora vivimos en la antigua Grecia, en las regiones adonde quiere el poeta trasladarnos. Lorenzo Gurrea, movido á dolorosa piedad, encontraba á Hipólito muy duro, muy cruel, muy impío con la pobre mujer que tenía la desgra-

cia de idolatrarle y de perder por él la dignidad, el reposo, la salud y la vida; y creía que bien hubiese podido Hipólito, sin ceder á la culpable incitación de Fedra, tratarla con más dulzura, consolarla, decirla palabras algo tiernas y benignas, secar sus lágrimas, ¿qué sé yo? hasta aparentar, no amor criminal á la desdichada hija de Minos y Pasifae, pero sí un interés espiritual muy delicado, muy afectuoso, que calmase á la enferma, á la loca, á la víctima de la cólera celeste... Y estos pensamientos, y la patética acción de la actriz encargada del papel de Fedra, y el inevitable reblandecimiento de alma que causan los sollozos y las quejas de la mujer en el hombre, — y más cuanto más hombre sea, — aumentaban en aquel momento la palidez del rostro de Lorenzo y echaban sobre todo él una sombra de apasionada melancolía, que no se escapó, ciertamente, á la atenta y lúcida mirada de Teodora...

Hubo un instante en que la dama, como contagiada por la visible alteración de Lorenzo, respiró hondo y llevó la mano á su corazón, donde se agolpaba con excesiva violencia la sangre. Casi instantáneamente reaccionó y supo ahogar una impresión de gozo insensato que tumultuosa y rápida quería asomarse á sus ojos. Hasta aquel momento, Teodora dudaba de si el espíritude Lorenzo tenía abierta la brecha de la sensibilidad. Ya estaba segura de que sí, y sabía por dónde penetrar en el alcázar de aquel alma varonil, pura todavía, y llena de tesoros y de jardines encantados.

III

Apenas había logrado Teodora serenarse, cuando la puerta de la *baignoire* se abrió, dando paso al veterano Gurrea Pinós, padre de Lorenzo y futuro suegro de Fermina. Al *¡chist!* suave, pero bien acentuado, de Jacinto, que no quería que le estropeasen la mejor escena del drama, el viejo se resignó á permanecer inmóvil, recostado en el fondo del palco, hasta que el acto se terminase.

Alto, derecho y arrogante á pesar de sus años, el antiguo guerrillero se parecía en las facciones á su hijo, pero era muy distinto no solo en el color, sino en la expresión de la cara. De tez sanguínea, recio bigote cano y amarillento por el cigarro, y blanca, fuerte y copiosa cabellera, de ojos vivos y mirada directa é interrogadora, el veterano expresaba en su rostro dos condiciones de carácter que

en las épocas de su vida militar le habían sido, más que útiles, indispensables: una energía rayana en dureza, y á la vez una gran astucia desconfiada. Preciso era que tales cualidades ejercitase á cada momento el hombre que en ocasiones necesitaba, para salvar su propia piel y la de sus soldados, ordenar sin vacilaciones un fusilamiento, y ni dormir una noche á pierna suelta, ni entregarse descuidado al amigo que le pareciese más leal. Algunos años de esta clase de existencia modifican profundamente un rostro, y desarrollan en un espíritu ciertas propensiones latentes, hasta convertirlas en dominantes. La mirada de Gurrea Pinós había conseguido muchas veces hacer bajar los ojos, demudarse y palidecer á los espías y á los traidores, sacándoles al rostro la señal de su delito: y otras veces había logrado inspirar confianza y ardimiento á los que vacilaban y temían. No acostumbraba el guerrillero, en campaña, hablar mucho, pero sus ojos suplían á su lengua. Si Lorenzo hubiese alcanzado la edad de tomar un fusil cuando su padre sostenía la guerra en el Alto Aragón, tal vez la semejanza de ambos se acentuaría, por la identidad de impresiones.—Pero en aquellos tiempos azarosos Lorenzo era un niño que se criaba en Ricla al lado de su madre, mujer humilde y tímida, de fervorosas creencias, que sólo pensaba en que su hijo aprendiese á rezar y á obedecer al temido padre, á quien apenas veían. Semejante educación, estrecha y mimosa, algo monjil, había depositado en el alma de Lorenzo gérmenes de femenil sensibilidad, y le había hecho retraído y meditabundo en sus primeros años. A su padre le respetaba como se respeta á Dios, mezclándose en tal sentimiento la admiración del niño por el valor indiscutible y heroico del adulto, y la veneración hacia el representante de todas las formas de la autoridad en el hogar doméstico. Muerta la madre, acabado el levantamiento, el emigrado y no convenido Gurrea recogió á su hijo y compartió con él los primeros tiempos de estrechez y de lucha en Francia. No fueron largos ni excesivamente penosos Merced á un fenómeno de adaptación menos extraño de lo que se cree, y por esa maña que tienen los hombres de acción para aplicarse al comercio, que también es actividad y combate—aptitud que demostraron históricamente ciertos Estados tan sobresalientes en el tráfico como en la guerra, Venecia por ejemplo—Gurrea Pinós supo desempeñar á maravilla el cargo de representante de la casa bilbaína Castellá y Amblera y algunas otras comisiones del mismo género, que bastaron para asegurarle modesta holgura. Su espíritu esencialmente militar le infundió la puntualidad y el orden; su astucia de guerrillero le enseñó á orientarse en los negocios. El ex-general

fué un admirable agente é hizo prodigios de economía—dejándose atrás su sobriedad celtibérica á la sórdida tacañería francesa—para educar á Lorenzo como él entendía que debía educarle, en uno de esos *Seminarios* donde la nobleza legitimista de Francia encierra á sus hijos hasta los veintidós ó los veintitrés años; hasta que terminan la carrera. Dos ó tres veces por semana, el veterano de la guerra civil se acicalaba y vestía el frac, se atusaba la híspida cabellera, se colgaba sus condecoraciones, y sustituía la detestable pitanza del figón, mal llamado *restaurant,* á que estaba abonado, con la opípara lista de la condesa de Mortemart Nancy, anciana señora tan sorda como católica y benéfica, que tenía mesa puesta para los *blancos* españoles. En aquel palacio de la silenciosa calle de Galande no era Gurrea Pinós el modesto agente de negocios; á boca llena y con respetuoso acento le daban los más calificados representantes de la aristocracia del *faubourg,* no sólo su título de general, sino el de marqués de la Resolución y vizconde de Amposta, mercedes algo quiméricas que le concediera D. Carlos por una acción oscura, pero realmente heroica y admirable, ganada cerca de la villa y fortaleza de que eran *castellanes* los Lunas. En las contadas salidas de Lorenzo, exigía la anciana señora que se lo llevasen á almorzar y á comer, y con un desenfado que procedía directamente de la tradición del siglo XVIII, hartábase de pronosticar á aquel *charmant garçon,* á aquel *beau fils,* toda clase de triunfos incruentos y un brillante matrimonio. La misma idea expresaban mudamente los ojos de las linajudas damas y damiselas que de noche se reunían en el palacio, á hacer labor para los pobres, pues no podían sacar hilas,—ni ya las sacarían aunque hubiese guerra, dados los adelantos científicos — para los insurrectos. La sorprendente gallardía de Lorenzo hizo latir en secreto el corazón de alguna descendiente de los cruzados.

No entraba en los planes del veterano, entonces, el que su hijo ascendiese por medio del matrimonio. En su fe inquebrantable —pues Gurrea, si traficaba, traficaba como los hebreos, esperando la venida del Mesías — creía que era inminente otra guerra civil, la decisiva, la última, la que había de restablecer el derecho y consolidar la religión; y en ella veía, cabalgando á su lado por las abruptas montañas y las feraces planicies aragonesas, al apuesto mozo, con los dorados cordones de ayudante, que refulgían al sol de la victoria! Pero ¿qué tendrán los sueños, que aun cuando los acariciemos con vida y alma y les consagremos la flor del pensar, son las realidades las que al fin guían nuestros actos? Gurrea es-

taba seguro, lo que se dice seguro, de que vendría la guerra, la guerra más terrible de todas, el alzamiento general, la conflagración...! pero, por si acaso... por si se hacía esperar mucho... por si Dios quería probar una vez más la paciencia y el sufrimiento de *los buenos* y prolongar el castigo de España... no sería malo que Lorenzo encontrase en su camino á la heredera opulentísima, sobrado feliz en aceptarle por esposo, y cuyas riquezas podrían hoy ó mañana, ¿quién sabe?, contribuir al triunfo de la *causa santa*...

Mal conocería la psicología especial de hombres como Gurrea Pinós quien creyese que al imponérsele la idea, pensó en las niñas del *faubourg*, por más severa que fuese su educación, por más decantadas y cristianas que fuesen sus costumbres. El españolismo de Gurrea revestía caracteres pasionales, y su odiosidad y prevención contra la mujer francesa rayaba en fanática manía, —aunque su instinto de cautela le enseñaba á ocultar esta tirria, que le hubiese obligado á desertar de la única casa donde se le recibia con honor y halago. —El veterano, infatuado é iluso, pensaba en viajes á España, donde Lorenzo encontraría desde el primer instante la millonaria esposa que merecían sus prendas. Y cuando maduraba estos proyectos, ocurrió la muerte del padre y la madre de Jacinto Castellá, la liquidación de la casa y la vuelta de Jacinto con su hermana á París. La nueva razón social Amblera y compañía conservó su confianza á Gurrea, —y bien lo merecía por su probidad y su activa labor;—y Jacinto, no empleándole ya como agente, se esmeró en honrarle como amigo, abriéndole su casa y trayéndole á su intimidad de la manera más cortés y afectuosa. La noche que se vieron y hablaron Fermina y el general Gurrea, diríase que eran ellos los destinados á quererse y casarse. Por primera vez, la actitud taciturna de la huérfana se trocó en un júbilo expansivo, y su malhumorado silencio en una viva locuacidad. Pegaron la hebra ella y el cabecilla, con derroche de españolismo, quitándose la palabra para decir cuántas ventajas y cuántas bellezas atesora España, á diferencia de Francia en la cual todo es feo, malo y reprobable. Desde el sol y los vinos de Jerez hasta las pasas, los toros y las iglesias, todo lo característicamente español salió á relucir en aquel diálogo, alternando con los anatemas á la tierra francesa y la condenación más explícita de su hábitos y del carácter de sus moradores. En la crítica de Fermina y Gurrea, las consecuencias no eran tal vez rigurosamente lógicas, pero obedecían á los dictados del sentimiento. Del clima nublado y lluvioso de París deducían el egoismo y frialdad de los parisienses, y de la excelencia de los

melones valencianos, el genio franco y simpático de la gente del Mediodía. Gurrea Pinós tenía en este particular su criterio formado é invariable: sólo los españoles eran valientes, sinceros, hidalgos; sólo pasando el Pirineo se encontraban ejemplos de lealtad y de exquisita abnegación. En nuestras iglesias sí que se rezaba, porque no había alfombras, ni sillas, ni caloríferos; las de París eran *teatros*—y Gurrea apoyaba con indignación en la palabra *teatros;* la pronunciaba abofeteando. Fermina se reía y aprobaba. De tan entera conformidad de pareceres resultó que el General declarase que no existía en el mundo criatura más angelical y discreta que Fermina Castellá. "Es un sol, una santa, una verdadera española„, dijo al volver á casa á Lorenzo, que aún no conocía á la señorita. Al acostarse, Gurrea Pinós empezaba á rumiar la idea; al levantarse, la halló madura; porque en aquella naturaleza firme y activa, la reparación del sueño provocaba, al despertar, la repentina decisión. Y como allí no se necesitaba diplomacia, y de la obediencia del hijo, ¡no faltaría más!, el padre estaba seguro, la estrategia se redujo á enterarle de que la mujer destinada para él se llamaba Fermina, y de que encontrar tal mujer no era sino un patente beneficio del cielo, recompensa reservada sin duda á los que estaban dispuestos á defender la monarquía y la religión.

Los tres años transcurridos desde su salida del Seminario, no habían pasado en balde para Lorenzo. Aunque sometido á severa disciplina, y habituado á recogerse temprano, á besar la mano á su padre y pedirle la bendición, la atmósfera de París, — esa sutil penetración, por todos los poros, del ambiente que respiramos ,—iba poco á poco señalando en él la doble huella del espíritu moderno: la disipación del ideal colectivo, y la excitabilidad pasional, disposiciones en que se mezclan y confunden las dos concupiscencias del espíritu y de la carne. Reprimida su juventud por la severidad de un padre que fiscalizaba sus menores acciones y le vigilaba como vigilaría á un oficial si le sospechase traidor, el deseo de amar y la fiebre de los sentidos, inevitable á los veinticuatro años, adquirieron en Lorenzo ese carácter de neurosis y de ensueño que suelen presentar en la mujer, obligada á luchar consigo misma y á ocultar la lucha. Incapaz de encenagarse en el vicio, porque le preservaba la pureza de su educación y el ojo avizor del guerrillero también, Lorenzo se encontró indefenso contra la ternura, más peligrosa quizá. Era el guapo mozo un montón de leña seca, pronto á inflamarse con la menor chispa. Las escapatorias que había podido realizar á espaldas de su padre, si le habían ini-

ciado en las realidades de la mala vida, siendo como válvulas de desahogo para su hirviente juventud, no habían satisfecho su alma; antes bien le infundieron la nostalgia de dichas que no fuesen sólo brutales paroxismos, y á la vez una especie de repugnancia al vicio, la sensación de una mancha persistente en las manos y en el rostro; sensación que agravaba en aquel español de raza pura lo que en él sobrevivía incólume sus creencias de adolescente y de las reprobaciones enérgicas del confesonario. Así es que la alegría de poder acercarse á una mujer, á una mujer joven y agradable como Fermina, y de poder abrirla los brazos sin vergüenza y sin remordimiento, hizo que Lorenzo se creyese en los primeros instantes hasta enamorado. Contribuyó á ello lo que puso de su parte Fermina, aturdida de felicidad, exaltada desde que vió á Lorenzo. En cualquier circunstancia, la presencia de Lorenzo no podía dejar indiferente á una muchacha casadera, que ha cumplido veintitrés y no tiene vocación de monja; pero debía sentir Fermina con mayor intensidad los efectos de tal encuentro, cuando traída á París contra su gusto, rodeada de una atmósfera para ella desagradable, la sorprendió la aparición de un español tan amable y digno. No pensó ni un minuto en la diferencia de fortuna, y hay que hacerle á Jacinto Castellá la justicia de que tampoco vió en eso obstáculos á la unión de su hermana con Lorenzo Gurrea. Desde que Fermina encontró á Lorenzo, revivió de tal suerte, que, disipados sus escrúpulos, ya no se acordó del luto, y consintió ir á todas partes donde pudiese encontrar á su novio y secretear con él. La petición en matrimonio se formalizó presto, pero se convino en que no se realizase la boda hasta que Fermina aliviase el luto, al año y medio de la muerte de su madre. Después los novios se irían á vivir á Bilbao. Lorenzo, con el capital de Fermina, podría asociarse á la casa Amblera, y consagrarse á la familia y al trabajo—"mientras no te llame el rey„ —advertía su padre severamente, alzando el dedo índice.

IV

De este idilio había sido testigo constante, pero no impasible, Teodora de Montcal. Cuando conoció por primera vez á Lorenzo, éste llevaba ya intención de presentarse como aspirante á la mano de Fermina. Es preciso, para comprender la importancia del en-

cuentro de Teodora con Lorenzo Gurrea, darse cuenta de la verdadera situación moral de la esposa de Jacinto Castellá.

Nada menos análogo á una mujer galante que Teodora. El fondo pagano de su alma y la fuerza pasional latente en ella, eran de una intensidad trágica, y excluían completamente la ligereza y el fácil coqueteo, arma que tan bien manejan las francesas de empobrecida sangre, y solaz y derivativo de su tedio y de sus nervios caprichosos. Ese juego á flor de imaginación le inspiraba á Teodora el mismo desdén que inspiran á los nadadores capaces de arrostrar el ímpetu del océano las travesuras de los niños en la playa ó las proezas de los que se bañan con vejigas y cogidos del bañero para que no los tumbe la ola. En aquella mujer de tan ardorosa vida y tan brioso espíritu no cabían simulacros.

Si se supiese algunas veces en qué estriban la virtud y la buena fama, quizá se las encomiaría menos, ó se comprendería que antes de ensalzar ningún acto humano hay que estudiar sus orígenes y sus secretos resortes. Teodora, jamás prendada de Jacinto Castellá, meramente persuadida de que era un marido á propósito para colocarla en el puestó social que la correspondía, había sido fiel á sus promesas, y ninguno de los muchos admiradores de su belleza y su ingenio y de las mil seducciones que la incluían en el número de las mujeres de moda en París, podía alabarse de haber conseguido sino lo que se consigue de toda señora de buen trato: una sonrisa, algunas palabras afables. La libertad que Jacinto otorgaba á su mujer permitió á ésta formarse un pequeño núcleo de amigos selectos é inteligentes, que acudían á su saloncito á tomar el te los miércoles por la tarde, y que todos, cada uno á su manera, podían estar platónicamente entusiasmados con la señora de Castellá, pero entre los cuales hubiese sido muy censurado el fatuo que asediase a Teodora con pretensiones ridículas y aparentes, teniendo el mal gusto de comprometerla,—cosa por otra parte difícil con mujer tan prudente y de tan probada discreción.—Dos ó tres intentonas de galancetes de la colonia española ó de *clubmen* de la "alta goma„ parisiense, encontraron en la dama inmediato y serio correctivo, lo cual robusteció en la tertulia de los miércoles la convicción de que Teodora era una mujer intachable y Jacinto un hombre feliz.

Componíase aquel senado de gente de distinción y aficionada al arte, sobre todo á las antiguallas curiosas; y esta clase de gustos daban pie para correrías y excursiones interesantes por los rincones de la gran capital, desde las visitas á los talleres de escultores y pintores y los apetecidos *barnizajes* de las Exposiciones primaverales,

hasta las interminables sesiones en las tiendas y trastiendas de anticuarios y chamarileros. Los amigos de Teodora—el general Herbay, el portugués conde de Vedras-Novas, el diplomático chileno Don Cármenes Valenzuela y Castillo,—eran gente ya entrecana, galante aún, pero propensa á decir bien de la mujer entendida, adulada y hermosa, que no les infligía el espectáculo, siempre mortificante para la vanidad masculina (mucho más excitable que la femenina) de preferencias á ningún hombre joven y peligroso. Cada uno de aquellos gallos con espolones tenía su manía peculiar: Herbay las tallas en madera y las porcelanas, Vedras-Novas los grabados antes de la letra y las medallas, Valenzuela los esmaltes y los códices miniados; y era para ellos un recreo delicioso poder enseñar sus hallazgos y hacer admirar por vigésima vez sus colecciones á la encantadora dama, y oir de su boca la oportuna frase de aprobación y la amable chanza, que es un halago amistoso. Del núcleo de los miércoles salía esa primer aura de conversación, que, propagándose por círculos concéntricos, va formando la reputación de una mujer, aun en las grandes capitales. Como en las cuestiones de sentimiento todo dato tiene su importancia, no fué indiferente para el desarrollo del drama que he de referir esta aureola de respeto que á Teodora rodeaba, porque la gran juventud de Lorenzo,—que hacía que aún preponderase en él, sobre el elemento de la adquisición experimental, el del sentido de su educación estrecha,—bastaría para que viese de muy distinto modo á Teodora si ésta escribise en su historia alguna de esas aventuras ruidosas que son estigma imborrable para la mujer. Teodora poseía la fuerza que presta la nitidez del pasado, la fama intacta y limpia, y á la vez el poderoso atractivo de un rostro que revela que este triunfo no es hijo de la frialdad, sino corona de una lucha perseverante con un alma de fuego.

Nadie puede profetizar si cosas que hacemos con intención de producir cierto resultado producirán otro diametralmente opuesto. Había entrado Lorenzo Gurrea en el hogar de Jacinto sabiendo que iba á pretender la mano y ganar el corazón de Fermina; y entre las instrucciones previas de su padre, figuraba en primer término una descripción del carácter de las tres personas que componían la familia Castellá. Después del panegírico de Fermina, dijo el general primores de Jacinto, calificándole de cumplido caballero, de generoso y formal, aunque "algo frío„ en religion y en política. Pero al llegar á Teodora, Gurrea Pinós, con una expresión repentina de suspicacia y dureza, pronunció esta frase: "Mucho cuidado... Ahí

pies de plomo... Lo que es á mí la doña Teodora no me engaña.„ Y como Lorenzo, sorprendido, pidiese á su padre explicaciones más completas, el veterano se perdió en un laberinto de frases ambiguas, al parecer arrepentido de las palabras anteriores. Sin embargo, la semilla quedaba echada, y á Lorenzo se le apareció Teodora, desde antes de conocerla y tratarla, enigmática y dudosa, solicitando la curiosidad é irritándola. Por la advertencia de su padre Lorenzo se fijó en Teodora más, y sospechó una injusticia, de esas que sublevan á las almas juveniles y nobles. No habiendo oído nunca tildar á Teodora; deslumbrado á primera vista por su belleza y su gracia, Lorenzo, recordando la insinuación del veterano, empezó, sin querer, á dudar de la infalibilidad y hasta de la equidad y la sinceridad paternales. Por varios días sintió vago enojo contra su padre, que calificaba así á una mujer tan respetable.

Y, en efecto, á Gurrea Pinós le sería imposible aducir algo en qué fundar sus acerbas expresiones. Ningún dato, ningún hecho las confirmaría. La prevención del veterano contra Teodora era de esas que se revelan instantáneamente, con el vigor impulsivo de los instintos animales. Esta clase de impresiones, que van amortiguándose y llegan á desaparecer en los hombres de cerebro muy cultivado, son en cambio decisivas en los que, como Gurrea, atravesaron un largo período de la vida sin poder fiar nada al cálculo y al discurso, y tuvieron que proceder guiándose por una especie de intuición casi física. La existencia del guerrillero trae consigo azares que imponen la desconfianza súbita y la confianza ciega, sin vacilaciones que serían fatales; y Gurrea Pinós se había decidido sobradas veces en el espacio de un segundo á acciones de suma trascendencia, para no poseer ese infalible olfato con que la fiera de los bosques ventea á su enemigo natural. Aunque las energías creadas en Teodora por la libertad de sus primeros años al borde del mar y en el seno de la naturaleza la predisponían á esta misma clase de perspicacia, su actual refinamiento, duplicado por la cultura artística adquirida al lado de su marido, la impidió estar en guardia, en los primeros tiempos, contra aquel hombre que resueltamente la odiaba.—Y aquí prosigue la serie de las pequeñeces que de pronto desprestigian una autoridad y anulan su influjo en un alma candorosa y hasta entonces sumisa.—Es el caso que el guerrillero, á la vez que la decisión súbita y feliz, había tenido que practicar en sus difíciles tiempos de emboscadas y peligros un exagerado disimulo, una cautela extremada hasta la comedia y el engaño. Temeroso de que su antipatía hacia Teodora se descubriese y ocasionase algún entor-

pecimiento en los proyectos matrimoniales que con tal fruición acariciaba, Gurrea Pinós adoptó frente á la mujer de Jacinto Castellá una actitud de caballeresca galantería y de cordialidad brusca y obsequiosa, que pareció á Lorenzo, después de lo que había oido, rasgo de hipocresía detestable. Cuando toda una educación se funda en la veneración que inspira una persona y en la aquiescencia constante á sus opiniones, y no en principios que acepta por raciocinio el educando, no puede desconceptuarse el maestro sin que se conmuevan todos los principios que su autoridad impuso. Así le sucedió á Lorenzo con su padre. El instinto de rectitud y la inexperiencia del mozo se unieron para juzgar muy severamente al General, y para que, en cambio, la esposa de Castellá adquiriese la aureola de la mujer injustamente acusada por quien no tiene ni el valor de atacarla frente á frente.

Sin embargo, aquella Teodora en cuya conducta nadie, ni su más jurado enemigo, podía poner la tacha más leve, había pasado ya cinco ó seis años—casi tantos como contaba de fecha su matrimonio—acostándose y levantándose cada día con la firme convicción de que esperaba al hombre de su destino, que la revelaría lo desconocido y lo infinito del sentimiento. La superficial psicología aceptada por la literatura nos presenta á la mujer, antes de la falta, entregada á vacilaciones y penetrada de horror al presentir y temer la caída. En la realidad sucede muchas veces lo contrario: la caída *interna* puede ser consciente, y se dan bastantes casos de que no la siga la caída *externa*. Si en toda mujer hay pudores y delicadezas que persisten á despecho de los mayores extravíos, estos pudores no siempre impiden que en el cerebro se dibujen claramente, no las imágenes groseras y materiales del amor, pero sí todo su desarrollo fatal, de creciente interés, como los dramas buenos. En una palabra, Teodora no sufría las angustias de la lucha consigo misma al representarse lo que sucedería así que apareciese el que *tenía que aparecer*. Pertenecía Teodora al número siempre escaso, y cada día más en nuestras sociedades,—donde los caracteres se mitigan y borran sin cesar,—de los seres que se aceptan enteros á sí mismos, que no discuten sus propensiones, y que traen á la vida la exigencia de cobrar una suma de felicidad á la cual se creen con derecho. La índole de Teodora era de mujer del Renacimiento, voluntariosa, perseverante y varonil, con más fibra que nervios, y con nervios bien templados para la dicha. Si no cedió jamás á la intensa sed de amor que sentía, era porque, llena del escrúpulo de una naturaleza esencialmente estética—del Renacimiento en eso también—había encontrado

hasta entonces groseras y mal labradas las copas que encerraban el divino bebedizo. No porque algunos de los que la acosaron no fuesen hombres de prendas y de aristocrático atildamiento, sino porque Teodora no se contentaba con tan poco, y aspiraba á recibir, amén de la impresión estética de los sentidos, la del alma, inspirando un sentimiento supremo, que en violencia y en soberana rebeldía se asemejase á lo que ella misma era capaz de sentir y ofrecer. Los *clubmen* y los gomosos no tenían para Teodora musculatura moral suficiente. Una historia clandestina y vergonzante, una píldora de libertinaje secreto, más ó menos dorada... eso sería todo lo que prometiese una aventura con Max de Keradec ó con Armando de Richeplanes. Su instinto de artista hasta en la pasión decía á Teodora que sólo un hombre que llevase en las venas sangre de una raza como la española, en la cual todavía no se ha divorciado el elemento sentimental del sensual, una raza en que todavía hay fe, abnegación y locura, podía encarnar el soñado tipo. Y para éste reservaba Teodora el don de las hadas.

Fuerza es convenir en que estos cálculos hechos de antemano, que estos laboriosos edificios y planes y combinaciones, suelen echarlos por tierra los movimientos espontáneos del corazón, en una de esas inesperadas horas en que un alma acepta el yugo. Esto le hubiese pasado quizás á Teodora cuando conoció á Lorenzo, aunque Lorenzo no realizase, por casualidad extraña, el tipo moral casi viviente en la imaginación de Teodora. Otra mujer menos tenaz, menos segura de su poder, menos resuelta á crear su porvenir que Teodora, caería en el desaliento cuando, al tropezar con Lorenzo, le conoció como pretendiente declarado desde el primer día á la mano de Fermina Castellá. En Teodora, por el contrario, la impresión deliciosa y profunda de la vista de Lorenzo se acrecentó con el viril y acre presentimiento de la lucha que habría que sostener y de las vallas que habría que despedazar. Que Lorenzo, extraño á la familia Castellá, amase á la mujer de Jacinto, podía ser un capricho, un arrebato de la juventud; pero que Lorenzo, concertada su boda, casi marido de Fermina, abandonase á la novia por la esposa del hermano... eso sí que ya merecía arrostrar las terribles contingencias de la infracción del orden moral y de la bofetada al mundo entero!

Consecuente con su plan, dominando el ímpetu de su voluntad perversa, Teodora, con la diplomacia del que aspira á un fin ansiadísimo y con el tacto de la mujer que pone su inteligencia al servicio de su deseo, en vez de exhibir ante Lorenzo una coquetería que

le hubiese alarmado y repugnado, adoptó actitud tan delicada, tan correcta, tan decente, que era imposible que de la dama que así aparecía se pensase más que bien. La gradación de su conducta no fué menos hábil. Al principio se mostró alegre, franca, chancera, fraternal casi con Lorenzo. Después, como si los sentimientos al pronto indefinibles se le hubiesen revelado lentamente, empezó á mostrarse reservada, melancólica, absorta á veces, grave, y hasta desigual de humor. Como la llama que se activaba y la consumía, y los inevitables celos que sentía al ver á Fermina y Lorenzo mano á mano, palidecían sus hermosas mejillas y cercaban de suave oscuridad sus brillantes ojos, no fué difícil que Lorenzo notase estos síntomas y preguntase la causa con interés. Contrastaban demasiado con la visible y aturdida alegría de Fermina, para que no obligasen al joven á establecer involuntariamente esa comparación que es el primer síntoma de la predilección pasional. Casi siempre que se empieza á amar, se empieza también á detestar en otros cualidades opuestas á las del objeto querido. Los colores vivos y la jovialidad fastidiosa de Fermina llegaron á causar tedio á Lorenzo, sin que adivinase que el verdadero origen de su tedio era que contrastaban con la languidez, con la pensativa actitud de Teodora.

La labor de ésta, en los once meses que ya duraba el noviazgo, había sido de arte, pero de un arte maravilloso. Se propuso que no transcurriese un día sin que Lorenzo recibiese de ella algún chispazo, algún ligero roce moral, que se grabase en su memoria, en su alma ó en sus sentidos. Ya era una actitud estudiada y expresiva, ya una frase, ya una confidencia amistosa á media voz, ya el dejar ver, con tal sencillez que parecía descuido, bellezas de esas que el tocado generalmente encubre, como los redondos brazos ó la rica mata de pelo suelta. Con Lorenzo fué tanto más eficaz este sistema, cuanto que, al contrario de Teodora, la idea de que entre Teodora y él pudiese existir algo más que amistad ni se le pasaba por las mientes. Sin desconfianza se dejaba envolver y penetrar insensiblemente por aquella mujer de suyo fascinadora, y más cuando se lo proponía. Libre de todo recelo porque llevaba el rótulo de novio de Fermina, y porque Teodora iba á ser su hermana casi, no recelaba mirarla con pueril complacencia, detallar sus perfecciones, recontar sus encantos y hasta sentir las penas ocultas que delataba su abatido rostro.

Teodora notó que ya estaba bien preparado Lorenzo para poder arriesgar una experiencia definitiva. Si lo dudase, se habría convencido al observarle durante la representación de *Fedra*. No tenía

Lorenzo las entrañas de roble del duro hijo de la amazona, de aquel Hipólito que sólo ve en la mísera Fedra un objeto de horror. Y al notar cómo la pasión transformaba el semblante y humedecía los ojos de Lorenzo, sintió Teodora la alegría insensata del jugador que acierta con el número...

En el mismo instante en que Teodora veía abierta la brecha para entrar en el corazón de Lorenzo, aparecía en el palco el veterano. Su presencia fué para Teodora la vuelta á la realidad. De una ojeada conoció las inmensas dificultades que ofrecía su empresa. Lo de menos sería el maniático de arte que se llamaba Jacinto, y la criatura poco complicada y vulgar que era novia de Lorenzo. Pero aquel viejo terrible, con su ojeada de ave de rapiña que escruta el horizonte, con su cráneo duro y sus velludas manos; aquel veterano que no conocía ni el miedo ni las transacciones con el deber, y que leía en el alma al través del velo engañoso de la carne... era el verdadero enemigo con quien había de luchar Teodora. ¡Y qué: lucharía! Los adversarios cruzaron una mirada relampagueante, y el general no frunció el entrecejo, porque disimulaba ya: al contrario, sonrió y tendió la diestra, en silencio por no molestar á Jacinto.

EMILIA PARDO BAZÁN.

(Continuará.)

EN TORNO AL CASTICISMO

De mística y humanismo.

I

Así como la doctrina que forja ó abraza un hombre suele ser la teoría justificativa de su conducta, así la filosofía de un pueblo suele serlo de su modo de ser, reflejo del ideal que de sí mismo tiene.

Segismundo, lanzado al trono desde su cueva de solitario, pronuncia que la vida es sueño, más se ase de ella diciendo:

> soñemos, alma, soñemos
> otra vez; pero ha de ser con atención y consejo,
> de que hemos de dispertar deste gusto al mejor tiempo
> .....
> ..... que estoy soñando y que quiero
> obrar bien, pues no se pierde el hacer bien aún en sueños,
> .....
> Acudamos á lo eterno, que es la fama vividora
> donde ni duermen las dichas, ni las grandezas reposan.

Tras esto eterno se fué el vuelo del alma castellana.

La ciencia una, á cuya cumplida *organización* tienden de suyo como á fin último, aunque inasequible, las ciencias todas, tal es lo que trata de *construir* en la filosofía el hombre, el blanco á que endereza sus esfuerzos desde los datos de expe-

riencia. Va á la par la realidad, por su parte, depositándose en silencio en el hondón del espíritu, y allí á oscuras organizándose. Ya de este hondón donde está su reflejo vivo y espontáneo, ya de la realidad misma conocida á luz de conciencia se quiere sacar filosofía.

El espíritu castellano al sazonar en madurez buscó en un Ideal supremo el acuerdo de los dos mundos y el supremo móvil de acción; revolvió contra sí mismos sus castizos caracteres al procurar dentro de sus pasiones y con ellas negarlas, asentar su individualidad sobre la renuncia de ella misma. Tomó por filosofía castiza la mística, que no es ciencia sino ansia de la absoluta y perfecta hecha sustancia, hábito y virtud intrasmisible, de sabiduría divina; una como propedéutica de la visión beatífica; anhelo de llegar al Ideal del universo y de la humanidad é identificar al espíritu con él, para vivir, sacando fuerzas de acción, vida universal y eterna; deseo de hacer de las leyes del mundo hábitos del ánimo, sed de sentir la ciencia y de hacerla con amor sustancia y acción refleja del alma. Corre, tras la perfecta adecuación de lo interno con lo externo, á la fusión perfecta del saber, el sentir y el querer; mantiene el ideal de la ciencia concluida, que es acción, y que, como Raquel, moriría de no tener hijos.

Casta la castellana de conquistadores, mal avenidos al trabajo, no se compadecía bien á interrogar y desentrañar la realidad sensible, á trabajar en la ciencia empírica, sino que se movían á conquistar con trabajos, sí, no con trabajo, una verdad suma preñada de las demás, no por discurso que se arrastra pasando de cosa en cosa, ni por meditación que anda y cuando más corre, entendiendo una por otra, sino por gracia de contemplación que vuela y desde un rayo de visión se difunde á innúmeros seres, por contemplación de fruto sin trabajo, *contemplatio sine labore cum fructu,* que decía Ricardo de San Víctor. Pobres en el cultivo de las ciencias de la naturaleza, ejercitaron lo agudo de su ingenio en barajar y adelgazar textos escritos, más en comentar *leges* que en hallar leyes. No

construyeron filosofía propia inductiva ni abrieron los ojos al mundo para ser por él llevados á su motivo sinfónico; quisieron cerrarlos al exterior para abrirlos á la contemplación de las «verdades desnudas», en noche oscura de fe, vacíos de aprehensiones, buscando en el hondón del alma, en su centro é íntimo ser, en el castillo interior, la «sustancia de los secretos», la Ley viva del universo.

No parte la mística castellana de la Idea abstracta de lo Uno, ni tampoco directamente del mundo de las representaciones para elevarse á conocer *invisibilia Dei per ea quae facta sunt.*

«Ninguna cosa criada ni pensada puede servir al entendidimiento de propio medio para unirse con Dios... Todo lo que el entendimiento puede alcanzar antes le sirve de impedimento que de medio si á ello se quisiese asir.» (San Juan de la Cruz.)

Arranca del conocimiento introspectivo de sí mismo, cerrando los ojos á lo sensible, y aún á lo inteligible, á «todo lo que puede caer con claridad en el entendimiento», para llegar á la esencia nuda y centro del alma, que es Dios, y en ella unirse en «toques sustanciales» con la Sabiduría y el Amor divinos. Los místicos castellanos glosan y ponderan de mil modos el «conócete á ti mismo» y aún más el «conózcame, Señor, á mí y conocerte he á ti» de San Agustín. Las obras de Santa Teresa son autobiografías psicológicas de un realismo de dibujo vigoroso y preciso, sin psicologiquería alguna.

Robustísima en ellos la afirmación de la individualidad (cosa muy distinta de la personalidad) y del libre albedrío, grandísima la cautela con que bordean el panteísmo. Y es tan vivo en esta casta este individualismo místico, que cuando en nuestros días se coló acá el viento de la renovación filosófica postkantiana nos trajo el panenteísmo krausista, escuela que procura salvar la individualidad en el panteísmo, y escuela mística hasta en lo de ser una perdurable propedéutica á una vista real que jamás llega. Y es tan fuerte el individualismo este, que

si San Juan de la Cruz quiere vaciarse de todo, busca esta nada para lograrlo todo, para que Dios y todo con El sea *suyo*.

Como no fueron al misticismo por hastío de la razón ni desengaño de ciencia, sino más bien por el doloroso efecto entre lo desmesurado de sus aspiraciones y lo pequeño de la realidad, no fué la castellana una mística de razón raciocinante, sino que arrancaba de la conciencia oprimida por la necesidad de *lex* y de trabajo. Es sesuda y sobria y sin manchas de ignorancia grosera. Santa Teresa, penetrada del valor de las letras, no se complace en relatarnos apariciones sensibles, ni que baje el Esposo á charlar á cada paso con ella, revelándole vaticinios impertinentes y avisos de gaceta; sus relaciones místicas, sea cual fuere la idea que de ellas nos formemos, fueron serias, sin segunda intención ni tramoya alguna. La casta de la reformadora será fanática, no supersticiosa. No cayó en el desprecio de la razón ni de la ciencia por abuso de ellas.

Buscaban libertad interior bajo la presión del ambiente social y el de sí mismos, del divorcio entre su mundo inteligible y el sensible en que los castillos se convierten en ventas; libertad interior, desnudarse de deseos para que la voluntad quedara en potencia respecto á todo.

«Y considerando el mucho encerramiento y pocas cosas de entretenimiento que tenéis, mis hermanas..., me parece os será consuelo deleitaros en este castillo interior, pues *sin licencia de las superioras* podéis entraros y pasearos por él á cualquier hora.»

Esto decía á sus hermanas la mujer llena de espíritu de libertad y santa independencia.

Oprimidos por la ley exterior buscaron el intimarla en sí purificándola, anhelaron consonar con su suerte y resignarse por el camino de contemplación liberadora. Había ya dicho Ricardo de San Víctor, que de haber los filósofos conocido esta ciencia mística, jamás habrían doblegado su cerviz ante los hombres, *nunquam creaturae collum inclinassent.*

Corrían tras ciencia de libertad obtenida sin trabajo, *sine*

labore cum fructu. Habríales parecido, de seguro, atroz blasfemia aquello de Lessing, de que no es la verdad que posee ó cree poseer un hombre lo que constituye el valor de éste, sino los esfuerzos leales por alcanzarla, y que si Dios, teniendo en su diestra la verdad y en la izquierda no más que el siempre vivo instinto de perseguirla, aun añadido á éste condena á permanente error, le dijera: ¡escoge!, se abalanzaría humilde á su izquierda, diciéndole: Padre, dame este instinto, la verdad pura es para ti sólo.

Buscaban por camino de oración, anhelos y trabajos, ciencia hecha y final, contemplativa, no de meditación ni de discurso; buscaban por renuncia del mundo *posesión* de Dios, no anegamiento en él, buscaban

«entender [el alma] grandes secretos, que parece los ve en el mesmo Dios, ni aun digo que ve, no ve nada: porque no es visión imaginaria, sino muy intelectual, adonde se le descubre como en Dios se ven todas las cosas, y las tiene todas en sí mesmo» (Santa Teresa);

«acto de noticia confusa, amorosa, pacífica y sosegada en que está el alma bebiendo sabiduría, amor y sabor... Quedándose en la pura desnudez y pobreza de espíritu, luego el alma ya sencilla y pura se transformaría en la sencilla y pura Sabiduría divina..., porque faltando lo natural al alma ya enamorada luego se infunde lo divino sobrenaturalmente; que Dios no deja vacío sin llenar» (San Juan de la Cruz).

Ciencia pura, absoluta, final y contemplativa, visión de la divina Esencia por amor. ¿Es que puede conocerse algo sin amarlo? Conocer es querer y recriar. La mística buscaba el fondo en que las potencias se funden y asientan, en que se conoce, quiere y siente con toda el alma, no ya ver las cosas en Dios, sino sentir ser todas en El, decía San Juan de la Cruz. ¡Por amor! Lo idealizaron, el amor al Amor. Las comparaciones de desposorio y matrimonio espiritual les ocurren á cada paso. Casi todos los místicos han sido pareja castísima. En todos tiempos ha servido el amor de núcleo vivo de ideali-

zaciones; en Beatriz ha encarnado en Ideal, porque la ciencia vive de sus raíces, y la inteligencia arranca de la vida de la especie. Dios no dice á Adán y Eva, «estudiad y conoced las razones de las cosas», y la ciencia misma es viva en cuanto acrecienta y multiplica la vida de la especie. La mística idealizó, no lo eterno femenino, ni lo eterno masculino, sino lo eterno humano; Santa Teresa y San Juan de la Cruz, nada hombruna aquélla, nada mujeril éste, son excelentes tipos del *homo* que incluye en sí el *vir* y la *mulier*.

Por ciencia de amor buscaban *posesión* de Dios, sin llegar á la identidad entre pensar á Dios y ser Dios del maestro Eckart. Aun cuando hablen de perderse en El, es para encontrarse al cabo de El *posesores*. Para venir á poseerlo, á saberlo y á serlo todo, no quieras poseer, saber, ni ser algo en nada, enseña San Juan de la Cruz.

Esta sed de supremo goce de posesión, sabiduría y ser por conquista amorosa, les llevó en aquella edad al anhelo del martirio, á la voluptuosidad tremenda del sufrimiento, á la embriaguez del combate espiritual, al frenesí de pedir deliquio de pena sabrosa, á que el alma hecha ascua se derritiera en amor, desgarrándose la urdimbre de espíritu y cuerpo y corriendo por las venas espirituales mares de fuego, y por fin llegaron algunos, rompiendo con la ortodoxia, á pedir la nada.

El punto que en nuestro misticismo separa la ortodoxia de la heterodoxia, es verdadero *punto* y no muy fijo, es, sobre todo, la protesta de sumisa obediencia á la Iglesia. Negar que ese punto sirviera de transición es querer apagar la luz solar amontonando escombros paleontológicos, echando á los ojos tierra de erudición, con noticias complacientes.

II

Si oprimidos por la ley aspiraban á penetrar en la viva del universo, era para hacer de ella ley viva de su conciencia y que obrara en justicia y amor, dentro del alma, moviendo sus actos, olvidada ésta de sí y atenta sólo á las cosas de Dios para que Dios atendiese á las suyas. El provecho de la visión intelectual en que vemos todo en Dios y con todo nos vemos en El, es sacar de idea de nosotros mismos humildad y resorte de acción. La contemplación de la sabiduría de Dios vuelve el entender y el obrar humanos en divinos, nos enseñan.

La ley moral es, en efecto, la misma de la naturaleza, y quien lograra acabada comprensión del organismo universal viendo su propio engrane y oficio en él, su verdadera valía y la infinita irradiación de cada uno de sus actos en la trama infinita del mundo, querría siempre lo que debiera querer. Si la ciencia y la conciencia aparecen divorciadas es porque su ayuntamiento se celebra allá, en el hondón oscuro del alma, cuya voz ahogan y ensordecen los ecos mismos que de él nos devuelve el mundo. Una verdad sólo es de veras activa en nosotros cuando, olvidada, la hemos hecho hábito; entonces la poseemos de verdad.

La ciencia y la acción, María y Marta, habían de servir juntas al Señor, la una dándole de comer, contemplándole y perfumándole la otra. Marta trabajó, es cierto, pero «hartos trabajos» fueron, dice Santa Teresa, los de María al irse por esas calles y entrar donde nunca había entrado y sufrir murmuraciones y ver aborrecido á su Maestro. Ciencia de amor

sin trabajo, repito, de trabajos; no el heroísmo difuso, oscuro y humilde del trabajo, sino los trabajos de la conquista.

Conquistar para el alma la ley sometiéndose á la disciplina ordenancista de la externa y escrita, á la que nunca perdieron de vista ni proclamaron inútil; hacer de la *lex* gracia cumpliéndola; fe con obras, obedecer y cumplir. Magdalena fué perdonada, no precisamente porque amara, sino porque por haber amado creyó, *creyendo sin entender,* dice Juan de Avila. Cuando dicen, con San Juan de la Cruz, «no hay otra diferencia, sino ser visto Dios ó creído», se apartan de aquellos generosos esfuerzos de la edad heroica de la escolástica por racionalizar la fe, de aquel empeño por entender lo creído, del *satagamus quae credimus intelligere, nitamur comprehendere ratione quod tenemus ex fide* de Ricardo de San Víctor, formulador de la mística.

En San Juan de la Cruz, que, marcando el punto culminante de la mística castellana, es el más cauteloso en su osadía, parece se fundieron el espíritu quijotesco y el sancho-pancino en un idealismo tan realista, como que es la idealización de la realidad religiosa ambiente en que vivía. Su mística es la de la «fe vacía», la del carbonero sublimada, la pura sumisión á quien enseña el dogma, más bien que al dogma mismo.

Su «Subida al monte Carmelo» es en gran parte comentario de aquellas palabras de San Pablo á los Gálatas: si nosotros mismos ó un ángel del cielo os evangelizare en contra de lo que os hemos evangelizado, sea condenado. Preocupado, sin duda alguna, con la doctrina protestante de la revelación é inspiración interiores y personales y de la personal y directa comunicación con Dios, todo se le vuelve prevenciones contra las revelaciones, visiones y locuciones sobrenaturales, en que como el demonio puede meter mucho la mano y falsificarlas, es lo prudente negarse á todas *para* mejor recibir el provecho de las divinas.

«Dios quiere que á las cosas que sobrenaturalmente nos comunica no les demos entero crédito, ni hagan en nosotros

confirmada fuerza y segura *hasta que pasen por este arcaduz humano de la boca del hombre*... Ninguna necesidad tiene (el hombre) para ser perfecto de querer cosas sobrenaturales por vía sobrenatural y extraordinaria, que es sobre su capacidad... de todas ellas le conviene al alma guardarse prudentemente para caminar pura y sin error en la noche de fe á la divina unión... para entrar en el abismo de la fe donde todo lo demás se absorbe... en que el entendimiento ha de estar escuro y escuro ha de ir por amor en fe y no por mucha razón... Cualquier alma de por ahí con cuatro maravedís de consideración... más bachillerías suele sacar é impureza del alma que humildad y mortificación de espíritu.»

Estos individualistas eran profundamente antipersonalistas. La mística de San Juan de la Cruz es de sumisión y cautela. Poeta riquísimo en imágenes, enseña, sí, nos despojemos de ellas para mejor de ellas aprovecharnos; pero

«advierte, ¡oh amado lector!, que no por eso convenimos ni queremos convenir en esta nuestra doctrina con la de aquellos pestíferos hombres que, persuadidos de la soberbia y envidia de Satanás, quisieron quitar de los ojos de los fieles el santo y necesario uso é ínclita adoración de las imágenes de Dios y de los santos».

Libertad por sumisión y no por rebelión, intimando la ley colectiva externa, no volviéndose á sí para proclamar la propia. El temor al Santo Oficio, ante el cual «lo cierto se hacía sospechoso y dudoso», según el Maestro León, es explicación de corteza que no explica bien este carácter, por no ser éste efecto de aquel temor, sino ambos de la inquisición inmanente que lleva la casta en su alma, esta casta que obedece aun cuando no cumpla, que dará insurrectos, pero no rebeldes.

Con esta fe, *fides*, fidelidad, obras que son amores, y las obras actos de sumisión, no de inspiración interior, actos que al degenerar acabaron por ser clasificados cual ejemplares mineralógicos en los «métodos de amar á Dios».

Partían de la realidad misma en que vivían envueltos tra-

tando de idealizarla. Para llegar á cualquier punto que sea, hemos de partir de aquel en que estamos, tomando aliento del aire ambiente (esto lo enseña Pero Grullo), pues quien quiera comenzar de salto y cerrando la boca se ahoga y se rompe la crisma, ó como Don Quijote en Clavileño, creyendo volar por las esferas, no se mueve, vendados los ojos, del suelo en que descansa el armatoste. ¿Por qué pretender rebelarse contra la ley sin haber llegado á sus raíces vivas? ¿Qué *debe ser* es el que no arranca de la *razón de ser* de lo que es? Sin penetrar en esta razón, ¿qué fuerza habrá contra los rémoras que, esclavos de la apariencia, resisten al impulso que nos lleva á lo que ha de ser y tiene que ser, mal que les pese?

Y volviendo á la mística castellana, la ascesis que de ella brotaba era austera y militante, con tono más estoico que epicúreo, varonil. Santa Teresa no quería que sus hermanas fuesen mujeres en nada, ni lo pareciesen, «sino varones fuertes» y tan varoniles, que «espanten á los hombres».

Su caridad, en cuanto enderezada á los hombres, era, sobre todo, horror al pecado. Los milagros de dar salud al enfermo, vista al ciego, ó semejantes,

«cuanto al provecho temporal... ningún gozo del alma merecen, porque, excluido el segundo provecho (el espiritual), poco ó nada importan al hombre, pues de suyo no son medio para unir al alma con Dios.»

Aseguraban compadecer más á un luterano que á un gafo. Es la moral individualista de quien, poco *simpático*, incapaz de ponerse en el lugar de otro y pensar y sentir como este otro piensa y siente, le compadece porque no lo hace como él, ignorando en realidad cómo lo hace. Es la moral militante del Dios de las batallas, la de Domingo pidiendo á la Virgen *valor contra* sus enemigos.

Resaltan los caractereres de la eflorescencia religiosa de España cuando se la compara con otra, la de Italia, por ejemplo. Siguió ésta á la renovación comunal italiana de los silos X al XII, brotando popularísima de la masa, mezclándose

con ensueños apocalípticos de renovación social, de un reino del Espíritu Santo y del Evangelio eterno. Su flor fué el Pobrecito de Asís, de casta de comerciantes andariegos y alma de trovador, el alegre umbrío, no el macilento y triste en que se trasformó en España. No se mete en su alma, sino que se derrama fuera, amando con ternura á la Naturaleza, hermana de la Humanidad. Canta á las criaturas, y su Dios quiere misericordia más que sacrificio. Al solitario, *monachum,* monje, sustituye el hermano, *fratellum,* el fraile; salvando á los demás, se salva uno en redención mutua. No se encierra en su castillo interior, sino se difunde en la risueña y juvenil campiña, al aire y al sol de Dios. No se cuida apenas de convertir herejes. Su religión es del corazón y de piedad humana. El símbolo religioso italiano son los estigmas de Francisco, señales de crucifixión por redimir á sus prójimos; el castellano la transverberación del corazón de Teresa, la saeta del Esposo con que se solazaba á solas. Aquí era todo comentar el *Cantar de los Cantares* intelectualizado, allí pasaban del Evangelio al Apocalipsis; el uno es de sumisión y fe sobre todo, el otro, sobre todo de pobreza y libertad; regular y eclesiástico el uno, secular y laico el otro. Del italiano brotó el arte popular de las Florecitas y de los juglares de Dios, como Jacopone de Todi; el nuestro dió los conceptuosos autos sacramentales ó las sutiles y ardorosas canciones de San Juan de la Cruz. Giotto, Fra Angelico, Ghirlandajo, Cimabué, pintaron con las castas tintas del alba, con los arreboles de la aurora, el azul inmaculado del cielo umbrío y el oro del sol figuras dulcísimas é infantiles en campo diáfano; Zurbarán y Ribera dibujaron atormentados anacoretas, Velázquez su Cristo sombrío, Murillo interiores domésticos de sosegado bienestar y lozanas Concepciones. Cierto es que el misticismo italiano floreció en el siglo XIII y en el XVI el nuestro.

Así como en los tejidos hipertróficos se ve de bulto y como por microscopio el funcionamiento fisiológico diferencial mejor que en los normales, así en las hipertrofias morales. Las

del misticismo castellano fueron el *quietismo* egoísta del abismarse en la nada ó el *alumbrismo* brutal dado á la holganza y el hartazgo del instinto, que acababa en el horrible consorcio del anegamiento del intelecto en el vacío conceptualizado con la unión carnal de los sexos y en la grosería sensibilista de «mientras más formas más gracia», en el último extremo de lo que llama San Juan de la Cruz lujuria y gula espirituales. El italiano, por su parte, degeneraba en sectas de pobres llenos de ensueños comunistas de restauración social.

III

De estos despeñaderos mórbicos salvó á uno y á otro el *humanismo,* la modesta ciencia de trabajo, la voz de los siglos humanos y de la sabiduría lenta de la tierra. El misticismo italiano, la religión del corazón, se humaniza en el Dante, nutrido de sabiduría antigua, que intenta casar la antigüedad clásica con el porvenir cristiano.

En España penetró tanto como donde más el soplo del humanismo, el alma del Renacimiento, que siempre tuvo altar aquí. Desde dentro y desde fuera nos invadió el humanismo eterno y cosmopolita, y templó la mística castellana castiza, tan razonable hasta en sus audacias, tan respetuosa con los fueros de la razón. El ministro por excelencia de su consorcio fué el maestro León, maestro como Job en infortunios, alma llena de la ardiente sed de justicia del profetismo hebraico, templada en la serena templanza del ideal helénico. Platónico, horaciano y virgiliano, alma en que se fundían lo epicúreo y lo estoico en lo cristiano, enamorado de la paz, del sosiego y de la armonía en un siglo «de estruendo más que de sustancia».

Es en él profundísimo el sentimiento de la naturaleza tan raro en su casta (lo cual explica la pobreza de ésta en cien-

cias naturales). Consonaba con la campiña apacible y serena, la tenía en las entrañas del alma, en sus tuétanos mismos, en el meollo de su corazón. En el campo los deleites parecíanle mayores por nacer de cosas más sencillas, naturales y puras; «en los campos vive Cristo», en la soledad de ellos la fineza del sentir. Retirado á la Flecha, rincón mansísimo á orillas del Tormes, gustaba tenderse allí á la sombra, rompiendo, como los pájaros, á cantar á la vista del campo verde. En aquel quieto retiro, gozando del frescor en día sosegado y purísimo, tendido en la hierba, deleitábase con sus amigos en diálogos platónicos sobre los «Nombres de Cristo».

Este sentimiento de la naturaleza concertábase y se abrazaba en él con su humanismo platónico; era aquella á su mente reflejo de otro mundo ideal, la tierra toda «morada de grandeza, templo de claridad y de hermosura», espejo el campo del cielo, del «alma región luciente, prado de bienandanza». Como en lago sereno se pinta la celeste techumbre temblando las estrellas á las caricias de la brisa al agua casta, así para él espejaba la campiña, «escuela de amor puro y verdadero», la paz eterna.

«Porque los demuestra á todos (los elementos) amistados »entre sí, y puestos en orden y abrazados, como si dijésemos, »unos con otros, y concertados en armonía grandísima, y res»pondiéndose á veces, y comunicándose sus virtudes, y pasán»dose unos en otros, y ayuntándose y mezclándose todos, y »con su mezcla y ayuntamiento sacando de contino á luz y »produciendo los frutos que hermosean el aire y la tierra.»

Como en el campo, veía en el arte un dechado del concierto ideal de las ideas madres, de los elementos espirituales. La música de Salinas que serenaba el aire vistiéndole de hermosura y luz no usadas, hacía que el alma á su divino son tornara,

«... á cobrar el tino
Y memoria perdida,
De su origen primera esclarecida»,

y á las notas concordes del arte envía consonante respuesta la música ideal é imperecedera, fuente de la humana, y se mezcla entre ambas á porfía armonía dulcísima en un mar de dulzura en que navega á anegarse el alma.

Usado á hablar en los oídos de las estrellas, levantaba á éstas su mirada en las noches serenas anhelando «luz purísima en sosiego eterno», ciencia en paz, salud en justicia, imanes de sus deseos. La ciencia es salud, la justicia paz.

¡Ciencia! Ciencia humana anhelaba, el día en que volar de esta cárcel y en que «el mismo que junta con nuestro *ser* agora se juntará con nuestro *entendimiento* entonces», expresando así, cual mejor no se puede, cómo es el fin de aquélla traer á conciencia lo que ésta lleva velado en su seno. Con la vista en el cielo suspiraba «contemplar la verdad pura» y ciencia humana, saber cosas acerca de las cuales no sería examinado en el día del juicio, como ver las columnas de la tierra; el por qué tiembla ésta y se embravecen las hondas mares; de dónde manan las fuentes; quién rige las estrellas y las alumbra; dónde se mantiene el sol, fuente de vida y luz, y las causas de los hados. Sed de saber puro, no enderezado, como la unión carnal, á sacar á luz un tercero, sino saber que dé paz de deleite, unión para «afinarse en ser uno y el abrazarse para más abrazarse». El Cristo del Maestro León es el *Logos,* la Razón, la humanidad ideal, el Concierto,

«según la Divinidad la armonía y la proporción de todas las cosas, mas también según la humanidad, la música y la buena correspondencia de todas las partes del mundo».

Su Cristo es Jesús, Salud, y

«la salud es un bien que consiste en proporción y en armonía de cosas diferentes, y es una como música concertada que hacen entre sí los humores del cuerpo».

Su Cristo es una de las tres maneras de unirse al hombre Dios, que crió las cosas todas para con ellas comunicarse por Cristo, que «en todo está, en todo resplandece y reluce», «tiene el medio y el corazón de esta universidad de las cosas», aun

de las que carecen de razón y hasta de sentido, recriando y reparando con su alma humana el universo, renovando al alma con «justicia secreta», haciendo de los hombres dioses.

Del mundo de las cosas, por su trabazón, subimos á la Ley; en la Ciencia se coyunta esta con nuestra mente y vivifica nuestra acción para que, naturalizados, humanicemos la naturaleza. Así el Maestro León sube de las criaturas á Dios, muestra el ayuntamiento de éste con la Humanidad en Cristo, y de Cristo, el Verbo, nos enseña desciende á deificar al género humano.

El Verbo, la Razón viva, es Salud y Paz. En aquella sociedad de aventureros de guerra que se doblegaban al temor de la ley externa, aborrecía el Maestro León la guerra y mal encubría su animadversión á la ley, *lex*. De natural medroso, veía en Cristo la guarida de los pobrecitos amedrentados, el amparo seguro en que se acogen los afligidos y acosados del mundo». Su Dios no es el de las batallas. Cristo, Brazo de Dios,

«no es fortaleza militar ni coraje de soldado... Los hechos hazañosos de un cordero tan humilde y tan manso... no son hechos de guerra... Las armas con que hiere la tierra son vivas y ardientes palabras... Vino á dar buena nueva á los mansos, no asalto á los muros... á predicar, que no á guerrear».

En hablando de esto dice que se metía en calor y al parar mientes en que las Escrituras emplean términos militares, encogíase en sí, pareciéndole uno de los abismos profundos de los secretos de Dios. En aquella sociedad de nuestra edad del oro que corriendo tras la presa movía guerras con color religioso, consideraba el Maestro León como el pecado enorme y originario de los judíos su adoración al becerro de oro, que despeñándoles de pecado en pecado les llevó á esperar un Mesías guerrero.

«Esclavos de la letra muerta, esperan batallas y triunfos y señoríos de tierra... no quieren creer la victoria secreta y espiritual» sino «las armas que fantasea su desatino... ¿Dónde están agora los que engañándose á sí mismos se prometen for-

taleza de armas, prometiendo declaradamente Dios fortaleza de virtud y de justicia?»

¡Qué de cosas se le ocurrieron en condenación de la guerra en el seno de aquel pueblo cuya callada idea denunciaba el indiscreto Sepúlveda al tratar *De convenientia disciplinae militaris cum christiana religione!*

Repugnaba el estado de guerra y el de *lex* que de él brota. Sometíase á ésta como á dura necesidad en nuestra imperfecta condición, mas sintiendo en vivo con Platón que

«no es la mejor gobernación la de leyes escritas» que «el tratar con sola ley escrita, es como tratar con un hombre cabezudo por una parte y *que no admite razón,* y por otra, poderoso para hacer lo que dice, que *es trabajoso y fuerte caso*».

¡Con qué ahincada complacencia despliega las imperfecciones de la ley externa y le opone la de gracia! Es el grito de los caballeros contra la bárbara ley del honor, pero racionalizado. Soñaba en el reino espiritual, el de la santa anarquía de la fraternidad hecha alma del alma, en el siglo futuro, cuando «se sepultará la tiranía en los abismos y el reino de la tierra nueva será» de los de Cristo. Entonces regirá ley interna, concierto de la razón y la voluntad en que aquélla casi quiere y ésta casi enseña, ley «que nos hace amar lo que nos manda», que se nos encierra dentro del seno y se nos derrama dulcemente por las fuerzas y apetitos del alma, haciendo que la voluntad quede hecha una justísima ley.

En aquel reino del siglo futuro, en que los buenos, posesores del cielo y de la tierra, sentirán, entenderán y se moverán *por* Dios, será el gobierno pastoril,

«que no consiste en dar leyes, ni en poner mandamientos sino en apacentar y alimentar á los que gobierna»; que «no guarda una regla generalmente con todos, y en todos los tiempos; sino en cada tiempo y en cada ocasión ordena su gobierno conforme al caso particular del que rige... que no es gobierno que se reparte y ejercita por muchos ministros».

Su Rey ideal es manso y no belicoso; llano, hecho á pade-

cer, prudente y no absoluto. Sobre todo, ni guerrero ni absoluto.

«Cumplía que en la ejecución y obra de todo aquesto... no usase Dios de su absoluto poder, ni quebrantase la suave orden y trabazón de sus leyes; sino que yéndose el mundo como se va, y sin sacarle de madre, se viniese haciendo ello mismo... ¿Usó de su absoluto poder? No, sino de suma igualdad y justicia... En la prudencia lo más fino de ella y en lo que más se señala es el dar orden cómo se venga á fines extremados y altos y dificultosos por medios comunes y llanos, sin que en ellos se turbe en lo demás el buen orden.»

Su Rey ideal no es capitán general educado para la milicia, es la Razón viva y no escrita. En su reino los súbditos son «generosos y nobles todos y de un mismo linaje»; que «ser Rey propia y *honradamente* es no tener vasallos viles y afrentados».

¡Cuán lejos de esto la realidad en que vivía! Los gobernantes de entonces apenas imitaban ni conocían tal imagen, y

«como siempre vemos altivez y severidad, y soberbia en los príncipes, juzgamos que la humildad y llaneza es virtud de los hombres».

Cuando el buen Sancho perdonaba cuantos agravios le habían hecho y hubieran de hacer, Don Quijote, molido por los yangüeses, habría querido poder hablar un poco descansado y dar á entender á Panza el error en que estaba adoctrinándole en cómo el que gobierna ha de tener «valor para ofender y defenderse en cualquier acontecimiento», doctrina caballeresca, levantadora de imperios y

«lo que ha levantado y levanta estos imperios de tierra es lo bestial que hay en los hombres.»

¡Qué soberano himno entona el Maestro León á la paz en los «Nombres de Cristo», alzando los ojos al cielo tachonado de estrellas! Es la paz reflejo del concierto del mundo y no la lucha ley de la vida. ¡Hueras utopías para aquellos á quienes lo bestial qne hay en los hombres les ha enredado en la monserga del *struggle for life,* impidiéndoles ver la paz hasta en las en-

trañas del combate! ¡Cuán extrañas sonarían las doctrinas del Maestro León á oídos atontados por el estruendo de tambores y mosquetes! Penetró en lo más hondo de la paz cósmica, en la solidaridad universal, en el concierto universal, en la Razón hecha Humanidad, Amor y Salud. No entabló un solitario diálogo entre su alma y Dios. Vió lo más grande del Amor en que se comunica á muchos sin disminuir, que «da lugar á que le amen muchos, como si le amara uno solo, sin que los muchos se estorben».

Espíritu sano y equilibrado, atento á vivir conforme á la razón, porque «el ánimo bien concertado dentro de sí, consuena con Dios y dice bien con los demás hombres», identificó la salud y la paz, y la justicia y la ciencia. Encarnó la filosofía del cordero en una sociedad de lobos en que sufrió bajo «la forma de juicio y el hecho de cruel tiranía, el color de religión, adonde era todo impiedad y blasfemia». Clasicista y hebraizante, unió al espíritu del humanismo griego el del profetismo hebraico, sintió en el siglo XVI lo que un pensador moderno llama la fe del siglo XX, el consorcio de la *pietas* de Lucrecio, el «poder contemplar el mundo con alma serena», con el anhelo del profeta, «que la rectitud brote como agua y la justicia como un río inagotable».

Oprimido por el ambiente, vivió el Maestro León solitario y perseguido, sin que su obra diera todo el fruto de que está preñada. A la presión externa se le añadió la interior, su cobardía misma; le faltó algo del coraje que vituperaba. Con el perfume, aspiró el veneno horaciano.

Guiado por el humano sentido de la paz y la salud, expresó, cual condensación de su doctrina, lo más hondo de la verdad platónica en palabras eternas:

«Consiste la perfección de las cosas en que cada uno de nosotros sea un mundo perfecto, para que por esta manera, estando todos en mí y yo en todos los otros, y teniendo yo su ser de todos ellos y todos y cada uno dellos el ser mío, se abrace y eslabone toda aquesta máquina del universo, y se

reduzca á unidad la muchedumbre de sus diferencias, y quedando no mezcladas se mezclen, y permaneciendo muchas no lo sean: y para que extendiéndose y como desplegándose delante los ojos la variedad y diversidad, venza y reine y ponga su silla la unidad sobre todo.»

Palabras que encierran la doctrina de todo renacimiento.

IV

La mística buscó la mayor plenitud personal por la muerte de las diferencias individuantes, pero por camino individual. El *franciscanismo*, la gran marea religiosa del siglo XIII, fué la mística popular, una internacional religiosa y laica, especie de estado de conciencia europeo, que borró fronteras (1).

Un pueblo perfecto ha de ser todos en él y él en todos, por inclusión y paz, por comunión de libre cambio. Sólo así se llega á ser un mundo perfecto, plenitud que no se alcanza poniendo portillos al ambiente, sino abandonándose á él, abriéndose lleno de fe al progreso, que es la gracia humana, dejando que su corriente deposite en nuestro regazo su sustancioso limo sin falsearlo con falaces tamizaciones, entregándonos á ella sin quererla dirigir. El ciénago mismo se trocará en mantillo. ¡Cosa terrible la razón raciocinante de todas las castas, definidora de buenas y malas ideas, que en nombre de una pobre conciencia *histórica* nacional pretende trazar el arancel de la importación científica y literaria y *construir* cultura con industria de protección nacional!

(1) Véase la introducción á la *Vie de S. François d'Assise*, de Pablo Sabatier. Llamo *franciscanismo* al movimiento religioso que alcanza su culmen en San Francisco, aunque precediéndole en parte.

No dentro, fuera nos hemos de encontrar. Cerrando los ojos y acantonándose en sí se llega al impenetrable *individuo* atómo, uno por exclusión, mientras se enriquece la *persona* cuando se abre á todos y á todo. De fuera se nos fomenta la integración que da vida, la diferenciación sola empobrece. El cuidado por conservar la casta en lo que tiene de *individuante* es el principio de perder la *personalidad* castiza, y huir de la vida plena de que alienta la Humanidad, toda en todos y toda en cada uno.

Todos los días se repite maquinalmente el tópico de «ama á tu prójimo como á ti mismo», y á diario se dice que un pueblo es una persona, pero el «ama á otro pueblo como al tuyo mismo» parece despropósito ridículo. La ley del egoísmo y de la carne, hipócritamente celada en el individuo, se formula en la comunidad colectiva para que nos sirva de apoyo. *Adversus hostem aeterna auctoritas*, sólo es prójimo el de la misma tribu. Todo lo demás son utopías, cosas de ninguna parte, fuera de espacio, única realidad de los que creen en lo macizo y de bulto y que la patria es el terruño.

Nos aturden los oídos con eso del reinado social de Jesucristo, y apenas lo entienden sus pregoneros. No se sueña apenas en el reinado del Espíritu Santo, en que el cristianismo, convertido en sustancia del alma de la Humanidad, sea espontáneo. Por no serlo hoy tiene órganos concientes y se razona sobre él tan en demasía. Parece locura que llegue á ser moral pública cuando no se ha hecho jugo del individuo.

Se han dado apologistas de la guerra que, sin saber de qué espíritu eran, se llamaban *cristianos*, como el monstruoso De Maistre. Son legión los que sólo conocen al Cristo-Júpiter de Miguel Angel, y legión de legiones los que no dejan caer de los labios lo del derecho de legítima defensa, *servate ordine*, etc.

V

Cuando España se recogió en sí entrando en el período llamado de decadencia, el de crisálida, la expansión de nuestro pueblo había creado una vigorosa vida periférica, exterior é interior, y fomentado la vida de relación (1).

Por el desarrollo de las funciones de relación progresan los vivientes, acrecentando y enriqueciendo su vida. De la periferia primitiva embrionaria, de los repliegues del exodermo brotan los órganos de la inteligencia, del interior el tubo digestivo, cuyo no enfrenado desarrollo convierte al viviente en parásito estúpido.

Cosquilleos de fuera despiertan lo que duerme en el seno de nuestra conciencia. El que se mete en su concha, ni se conoce ni se posee. La misma diferenciación interior, no la externa, es efecto del ambiente, el mismo regionalismo, minis-

(1) Es incalculable el efecto sobre nuestra cultura de haber activado la vida periférica de las costas el descubrimiento de América. Como la superficie crece á menor proporción que la masa, en el cerebro se repliega aquella para acrecentarse á medida que crece la complejidad y delicadeza de sus funciones, razón por la que son mayores las circunvoluciones en el cerebro humano que en los de los demás animales y mayores en el del blanco que en el de razas inferiores. Y bien puede decirse que el tener el europeo más *periférico* el cerebro que el negro de Africa, es reflejo de tener Europa más perímetro de costa, seis veces más respecto al área, que el Africa. ¡Maravilloso cerebro el Mediterráneo, viejo cerebro de Europa, con su riquisima variedad de circunvoluciones geográficas, senos, escisuras, archipiélagos, golfos, cabos, ensenadas! Grecia, Italia, Inglaterra deben á sus costas, sobre todo, su cultura, Francia á ser el *quiasma*, el nodo de la inervación europea occidental, Alemania á la *periferia* interna de sus mil estadillos.

tro de enriquecimiento íntimo, cobra fuerzas del aire extranjero, es el activarse la circulación y vitalidad de los miembros al ensancharse el pecho para recibir el aire ambiente. Las literaturas regionales suelen despertar con vientos cosmopolitas (1).

El desarrollo del amor al campanario sólo es fecundo y sano cuando va de par con el desarrollo del amor á la patria universal humana ; de la fusión de estos dos amores, sensitivo sobre todo el uno y el otro sobre todo intelectual, brota el verdadero amor patrio.

Hay que mantenerse en equilibrio con el ambiente asimilándose lo de fuera ; la mutualidad brota de suyo, porque necesariamente es recíproca toda adaptación. No hay idea más satánica que la de la auto-redención; los hombres y los pueblos se redimen unos por otros. Las civilizaciones son hijas de generación sexuada, no de brotes.

¡Pobre temor el de que perdiéramos nuestro carácter al abandonarnos á la corriente! Lleva el núcleo castizo de nuestra cultura un fuerte sentimiento de individualidad, un sentido sancho-pancino de las realidades concretas y de la distinción entre lo sensible y lo inteligible, de los hechos *intuidos*, no inducidos, y un quijotesco anhelo á ciencia final y absoluta, que si no acaba grandes cosas, muere por acometellas. Nuestro quijotismo, impaciente por lo final y absoluto, sería fecundísimo en la corriente del relativismo; nuestro sancho-

(1) Un movimiento científico internacional ha despertado el estudio de los dialectos, de las costumbres y de las tradiciones locales; movimientos de carácter internacional despertaron las lenguas populares frente al latín, el franciscanismo al italiano, el luteranismo al alemán. Al movimiento protestante cabe la mejor parte del impulso dado á la lingüística; á los hechos que en comprobación de esto se citan (véase «Port-Royal» en *La Vida de los Santos*, de Renán), podemos añadir el de que el libro más antiguo impreso en vascuence, excepción hecha de las Poesías de Dechepare, es la traducción del Nuevo Testamento del hugonote vasco-francés Juan de Leiçarrague. En España, un protestante, Juan de Valdés, inició la lingüística castellana.

pancismo opondría acaso un dique al análisis que destruyendo los hechos sólo su polvo nos deja. Pero lo castizo eterno sólo obrará olvidando lo castizo histórico en cuanto excluye.

Hay que matar á Don Quijote para que resucite Alonso Quijano *el Bueno,* el discreto, el que hablaba á los cabreros del siglo de la paz, el generoso libertador de los galeotes, el que, libre de las sombras caliginosas de la ignorancia que sobre él pusieron su amarga y continua leyenda de los libros de caballerías y sintiéndose á punto de muerte quería hacerla de tal modo que diese á entender no había sido su vida tan mala. «Calle por su vida, vuelva en sí y déjese de cuentos», dirá el engañado Sancho al pedirle albricias.

«Los de hasta aquí, replicó Don Quijote, que han sido verdaderos en mi daño, los ha de volver mi muerte, con ayuda del cielo, en mi provecho.»

«¡Verdaderamente se muere y verdaderamente está cuerdo Alonso Quijano el Bueno!» El bachiller Sansón Carrasco, la razón raciocinante apoyada en el sentido histórico creerá incorregible á Don Quijote y siempre para su solaz la graciosa locura de éste. Así ha sido hasta hoy y así tiene que seguir siendo, hoy como ayer y mañana como hoy. Pero ¿es que la ley del cambio no está sujeta á cambio? ¿No hay ley del cambio de la ley? Lo único inmudable es el principio de continuidad.

Un mezquino sentido toma por la casta íntima y eterna, por el *carácter* de un pueblo dado, el símbolo de su desarrollo *histórico,* como tomamos por nuestra personalidad íntima el yo que de ella nos refleja el mundo. Y así se pronuncia consustancial á tal ó cual pueblo la forma que adoptó su personalidad al pasar del reino de la libertad al de la historia, la forma que le dió el ambiente.

Para preservarse la casta *histórica* castellana creó el Santo Oficio, más que institución religiosa, aduana de unitarismo casticista. Fué la razón raciocinante nacional ejerciendo de Pedro Recio de Tirteafuera del pobre Sancho. Podó ramas en-

fermas, dicen; pero estropeando el árbol. Barrió el fango... y dejó sin mantillo el campo.

***

No es aquí todo antojos. Una ojeada al estado mental presente de nuestra sociedad española nos mostrará á la *vieja casta histórica* luchando contra el pueblo nuevo; veremos que no son palabras sólo lo dicho, que aún lo al parecer más impertinente, desatinado y extravagante de lo expuesto, es pertinente, atinado é intravagante á nuestro propósito. Aún resistimos á la gracia humana y tiene esta resistencia culto y sacerdotes. Resistimos abrirnos al ambiente y descender, desnudos de toda visión histórica, á nuestro profundo seno. Gracias á una *virtus medicatrix societatis,* se cumple la regeneración de todos modos, día por día, pero es deber de cada cual ayudar á la naturaleza y no meterse á poner carriles al progreso.

Raspemos un poco y muy luego daremos en nuestra actual sociedad española con la Inquisición inmanente y difusa, vestida con *formalismo* de latísima formalidad, con la gravedad, nada seria, de la vieja *morgue castillane.*

MIGUEL DE UNAMUNO.

RECUERDOS

Dije en otra ocasión, que hasta la edad de cuarenta años próximamente, ni había escrito un solo verso, ni había compuesto un solo drama. Y si bien es cierto lo primero, no lo es, en absoluto, lo segundo; porque, analizando mis recuerdos, puedo asegurar, que pequeños dramas los compuse toda mi vida, casi desde los primeros años de mi infancia. Quiero decir, que siempre tuve una tendencia irresistible á combinar sucesos imaginarios, con cierto plan más ó menos cándido, y hasta con cierta finalidad dramática.

Recuerdo que desde que tuve uso de razón, siempre que un suceso cualquiera excitaba con cierta viveza mi sistema nervioso, sobre aquel suceso forjaba yo una fábula, infantil y disparatada por de contado, pero que no por serlo despertaba menos mi interés, como que en ella era yo el principal personaje.

Valga un ejemplo:

Iba yo, por entonces, á la escuela de primeras letras, de suerte que tendría seis ó siete años, y todavía dominaba en la primera enseñanza aquel sistema tradicional de nuestros padres y abuelos, que se condensaba en este feroz, pero entonces acreditado apotegma: la letra con sangre entra. Había, pues, azotes, encierros, disciplinazos y palmetazos para todo chico

que los merecía y aunque no los mereciese, con tal que al maestro se le antojara que un vigoroso vapuleo había de aguzar las en tendederas del discípulo.

Aún veo á mi hombre, que era para mí entonces más temible que el autócrata de todas las Rusias, paseando por la escuela con sus disciplinas al hombro y jugando distraído con la palmeta.

Y también veo la palmeta, de madera oscura, algo grasienta por el uso y por el repetido contacto con tantas y tantas manos de problemática limpieza, y aún sudorosas por el terror á veces.

Por coquetería de refinada crueldad, hasta tenía dos ó tres molduras en el mango; y la pala gruesa y redonda, estaba llena de agujeritos.

Aquellos agujeritos siempre excitaron mi curiosidad. «¿Para qué serán, señor?, ¿para qué serán?» Pensaba yo en mi cabecita de niño, cuando al acercarme con los compañeros de mi clase para dar la lección, veía el bárbaro instrumento reposando con aparente y engañosa tranquilidad sobre la mesa. Sólo muchos años después, cuando estudié física y me enteré de que el aire es elástico, pude comprender el objeto de aquellos agujeros, que formaban cruces, rosetones y dibujos más ó menos caprichosos, que siempre á mí me parecieron signos siniestros de alguna endemoniada escritura.

Claro es que al dar el palmetazo, por más que el maestro se empeñase en que la palma de la mano había de estar bien plana y bien estirada, el miedo y el dolor solían contraerla instantáneamente, en cuyo caso hubiera podido quedar una pequeña cantidad de aire de entre la palmeta y la mano; aire que sirviendo de almohadilla quizá lograra aminorar la violencia del golpe. Y por eso el maestro había calculado, bien ó mal, quizá ateniéndose á no sé que misteriosas y tradicionales recetas, que no estaría demás llenar la pala de la palmeta de agujeros, para que por ellos el aire circulara fácilmente y fácilmente se escapase.

En cuanto á las disciplinas, su construcción era sumamente sencilla; pues consistía en una serie de pequeños cordeles, formando entre todos un buen manojo, sujeto de trecho en trecho con apretadas ligaduras, y con sus correspondientes nudos y flecos en el extremo.

*
* *

He descrito minuciosamente la palmeta y las disciplinas, porque me parece que todavía las estoy viendo; y eso que jamás, jamás, ni por casualidad ó distracción osaron acercarse á mi pequeña, pero respetable persona, mimada por entonces como nunca lo ha sido el niño más mimado.

¡Buenos eran mis padres para sufrir que á mí se me aplicase por el maestro, no ya la palmeta ó las disciplinas, pero ni siquiera el más insignificante castigo; ni aun encerrarme en el cuarto oscuro era permitido, y aún menos ponerme de rodillas!

Porque en cierta ocasión entró mi madre en la escuela á buscarme, y me vió con los brazos cruzados sobre el pecho como todos los demás chicos, porque así nos tenía el maestro mientras no estudiábamos ó escribíamos, vino á mí, entre indignada y enternecida, me separó los brazos, y se fué al maestro, diciéndole á media voz, pero que de enojo le temblaba, y que al alma me llegó con inefables caricias, «que era su voluntad que su hijo tuviese siempre los brazos libres, y que cuidase mucho en adelante de no obligarme á estar en tan servil y absurda posición.»

En cuanto á mi padre, que era bueno y dulce por todo extremo, pero que cuando se irritaba tenía violencias y empuje de aragonés, si el mal aconsejado maestro hubiera osado tocarme, no ya con la palmeta ó con las disciplinas, sino con un dedo solo, disciplinas y palmeta, y el maestro con ellas, hu-

bieran salido por el balcón, después de haber sentido el dómine roto en las costillas aquél célebre bastón de puño de oro y borlas de que hablé en mi artículo precedente.

No: el pobre maestro no se atrevía ni á mirarme siquiera con malos ojos: y al ver entrar en la escuela á mi madre, se ponía pálido, procuraba recoger de sobre los hombros la disciplina y escamotearla, y supongo yo que se echaba á temblar, temeroso de que sólo con una frase deshiciese la respetable señora todo el tinglado de aquel brutal y estúpido régimen de enseñanza.

*
* *

Más aún; aunque á mí jamás me castigaba el maestro, notaron mis padres que la escuela me infundia repugnancia; y al investigar el motivo hubieron de comprender, que me ponía nervioso el espectáculo de los castigos que á mis compañeros les aplicaban. Y tales cosas le dijeron al maestro, que desde aquel día en adelante siempre que creía necesario usar de cierta severidad, ó llamémosla barbarie, me hacía salir de la sala y me llevaba con sus hijas, para que no presenciase el castigo que á algún otro niño, menos mimado que yo, se proponía aplicar, para insinuarle en la piel, si no con sangre, con cardenales al menos, la letra de la lección no sabida ó de la plana mal escrita.

Pues á pesar de todo, aquellos castigos á mis compañeros, ya los viese en acción, ya me los contaran ellos llorando, excitaban mis iras infantiles hasta el punto de quitarme el sueño, y en ocasiones tales es cuando yo compuse mis primeros dramas.

¿No han cantado todos los poetas italianos á la libertad de su patria, y no han fustigado en ardientes estrofas al bárbaro opresor? Pues yo era, en mi pequeña esfera, el cantor silen-

cioso de aquella grey infantil sujeta á uno y otro golpe de palmeta y disciplinas.

Mis poemas vengadores tenían forma novelesca: muchas y muchas noches, en vez de dormir, combinaba yo mi pequeña novela, drama ó poema; sobrio en palabras, pero rico en acción. Realmente, en cuanto á palabras, creo que no tenían ninguna; pero en cambio, el movimiento era grande y la acción enérgica.

Me figuraba yo que el maestro, olvidándose del mandato de mis padres, me castigaba cruelmente, más que á ningún otro chico; que me acardenalaba las manos á palmetazos; que ensangrentaba las disciplinas en mi cuerpo; que descargaba con furia inagotable sobre mí toda una tempestad de golpes y azotes; y cuanto más me pegaba, ó me figuraba yo que me pegaba, más y más quería que me pegase, para que la venganza de mis padres fuese mayor.

Y así continuaba forjando mi pequeño drama, con su desenlace correspondiente, porque cuando consideraba que el martirio había llegado al último extremo, hacía entrar en escena á mis vengadores naturales, es decir, á mis padres, que aparecían de pronto, y que al verme en tan lastimoso estado acometían al maestro, devolviéndole con centuplicado furor todo el mal que me había hecho; y en aquella visión fantástica gozábame yo lo que no es creíble, hasta ver la escuela en ruinas, disciplinas y palmeta lanzadas por la ventana y al maestro en tierra más golpeado y más rendido que yo mismo.

Sin embargo, en estos dramas internos é infantiles siempre concluía por enternecerme y por perdonar á mi supuesto verdugo y traidor forzoso de mi fábula dramática. La verdad es, pensaba yo, que nunca me ha pegado ni me ha castigado siquiera, y que el daño que haya podido hacer á mis compañeros bien purgado está con la soberana solfa que ha recibido, «Basta ya, decía: dejadle.»

*
* *

Esta tendencia á forjar *dramas internos* sobre los sucesos de mi vida real, antes se exacerbó que se aminoró con los años. Ya estudiaba yo latín, y aún seguía con las mismas aficiones á dramatizar todos los sucesos del aula; que aula era ya, y no escuela, mi nuevo centro escolar.

Las mismas prevenciones que mis padres habían hecho al maestro de primeras letras hicieron al profesor de latín: prohibición absoluta de castigarme: si algo malo hacía, bastaba con que mi padre lo supiese. En *aquella constitución paternal* votada en mi provecho en el hogar doméstico, no se le había dejado al profesor más que un solo recurso, el de queja, ya contra mis travesuras si las hacía, que nunca las hice, ya para mi desaplicación, que, á decir verdad y perdóneseme el elogio, nunca fuí desaplicado.

La prevención no era inútil, porque si bien el profesor de latín no tenía ni disciplinas ni palmeta, tenía en cambio dos formidables manazas con las que todos los alumnos de la clase menos yo entablaron relaciones frecuentes.

Cuando un discípulo era desaplicado ó travieso, el profesor le ponía á su lado al preguntarle la lección; se agarraba preventivamente á la oreja izquierda del chico, y en cuanto éste cometía una falta, verificaba el profesor con rapidez suma un doble movimiento; en primer lugar, le daba un soberbio estiron, y después, soltando la oreja, descargaba sobre el muchacho un pescozón monumental y resonante, estiron y golpe rápidos como el rayo; y de nuevo se agarraba al cartilaginoso y encendido apéndice, en espera de una nueva falta ó de un nuevo *punto*. De esta suerte con admirable ritmo se sucedían durante toda la lección los tirones de orejas y los pescozones al vuelo.

Con esto y con mandar á los chicos que estuvieran de rodillas una ó dos horas, cuando las faltas eran menores, marchaba el aula como una seda, y el latín iba entrando lentamente en aquellos cerebros infantiles tan lindamente traqueteados.

Jamás osó el maestro poner á prueba ni la elasticidad de

mis orejas ni la resonancia de mi cráneo, lo cual le hubiera costado seguramente un grave disgusto; pero en cierta ocasión y en un día en que andaba de humor pésimo, empezó á arrodillar á diestro y siniestro á toda la clase. Hízome una pregunta, contesté á ella, no se dió por satisfecho, y me mandó arrodillar también: era la primera y fué la última vez que sufrí semejante castigo, y dentro de mi alma levantóse una tempestad tremenda. Yo tenía conciencia de que había contestado bien á la pregunta: más de cincuenta años han pasado, y ni he olvidado la pregunta ni la contestación. Tratábase de las oraciones que llamábamos *de relativo* y aun hoy mismo si al revolver mis libros me encuentro una gramática latina, busco instintivamente el punto en litigio, para cerciorarme una vez más de que mi contestación era exacta, de que el profesor no la entendió ó no quiso entenderla, y de que el castigo fué soberanamente injusto.

Yo soy así, ¿qué remedio? Pero confieso mis culpas: ó me falta humildad, ó me sobra memoria: de todas maneras, declaro lealmente, que siempre perdono, pero que nunca olvido el mal que injustamente me han hecho.

Yo sabía las oraciones de relativo, contesté lo que debía contestar, mandáronme poner de rodillas contra ley y contra justicia, y la indignación que por dentro de mí bullía debió reflejarse en mi cara, porque el profesor me dijo, un momento después de haberme mandado arrodillar, que me sentase, y acercándose á mí agregó con tono cariñoso: «Vamos, no llores, que no es para tanto». Mas notó al querer yo contestarle, aunque en rigor no pronuncié palabra alguna, que tenía los dientes apretados con marcada expresión de ira, y cambiando de tono me reprendió severamente diciendo: «¡Hola, hola; conque no es pena sino rabia!» Pero no hizo más ni á más se atrevió.

Los profesores, es lo cierto que no se atrevían conmigo: tenía yo bien guardadas las espaldas. Decididamente, y bajo este punto de vista, no debía ser yo un alumno muy cómodo

para los maestros de entonces, aunque, por lo demás, como queda dicho, y como repito por espíritu de justicia conmigo mismo, ni yo les revolvía la clase, ni faltaba nunca, ni dejaba de estudiar las lecciones como podía.

¡En qué estado de violenta agitación volví á mi casa! ¡Qué afrenta, qué humillación, qué injusticia, haberme tenido de rodillas dos minutos nada menos!

Inmediatamente me puse á forjar una serie de dramas á la altura de las circunstancias. Nada dije á mis padres, no me quejé del maestro, porque, en medio de todo, yo le quería y él me quería muchísimo, casi con cariño paternal; pero bueno le puse allá en las esferas abrasadas y rencorosas de mi imaginación.

Ya no era yo un niño, ó, por lo menos, me figuraba que no lo era; había leído novelas y poemas, sobre todo el *Numa Pompilio* y el *Gonzalo de Córdoba*, de Florián, y me consideraba en disposición de tomar por mí mismo venganza sangrienta de la afrenta recibida, como hubieran hecho en semejante caso todos los héroes de mis predilectas lecturas.

Ello es, que durante ocho días estuve retando y batiéndome en los abiertos campos de mi fantasía con el profesor de latín. Presentábame yo á caballo, unas veces con la armadura de *Numa Pompilio*, y embrazando aquel maravilloso escudo que le mandaron los dioses, otras veces con la piel de tigre y la clava de Leonte, y no pocas con la propia armadura del Gran Capitán, á la puerta de la escuela, y plantado en ella, me desataba en denuestos contra el profesor; le hacía salir á la calle y le vestía de romano ó de moro, emprendiéndola con él á cuchilladas, á mazazos ó á lanzadas, hasta dejarlo en tierra vencido y maltrecho, mientras repetía yo una y otra vez: «para que me mandes arrodillar, perro judío».

El final de esta serie de duelos era el de siempre, que al fin me compadecía del pobre hombre, que recordaba sus bondades, sus frases cariñosas, sus premios y alabanzas, y que hasta sentía remordimiento por mi excesiva crueldad.

*
* *

Pero digamos las cosas como son. Para sentir yo tales estímulos dramáticos y tales apetitos de venganza, fué siempre preciso que me creyera víctima de alguna tremenda injusticia: sólo que las injusticias más pequeñas ó más dudosas tomaban á mis ojos matices de evidencia y proporciones colosales. ¡Qué diablo! nadie es perfecto y es pedir gollerías pedir que un niño lo sea.

Nunca forjé dramas vengativos contra el que me hizo algún mal sin intención, y he aquí la prueba:

Asistía yo por entonces, desde las ocho á las diez de la noche, á una Academia de dibujo sumamente concurrida: quizá acudían á ella ciento cincuenta ó doscientos chicos. Al acercarse la hora de la salida, venía la criada á buscarme, y abriendo la puerta del salón, decía en voz alta: «Echegaray.» Recogía yo mis trevejos, guardaba mi tablero y me marchaba. Pero los chicos, que estaban ya impacientes y buscando en todo motivo de broma, dieron en repetir mi apellido tan luego como la criada lo pronunciaba en la puerta de la clase, y al decir ella «Echegaray», corría como un reguero de pólvora por todas las mesas «¡Echegaray, Echegaray; Chegaray, Chegaray!» Y como si mi nombre fuera perdiendo letras en el camino, gritaban otros, «Garay, Garay», y en lo último de la sala, resonaban, á manera de lamentos de dolor, «¡Ay, Ay, Ay!»

Con la repetición se fué perfeccionando esta especie de coro ó eco prolongado y concluyó por hacerse ó cantarse con una regularidad perfecta y con un estrépito de risas y tableros verdaderamente infernal.

Llegó un día en que el profesor, D. Santiago, que así se llamaba, se incomodó de veras, y emprendiéndola con la primera fila de mesas que encontró, recorrióla toda de punta á punta propinando á cada chico un pescozón formidable.

En aquella fila de mesas estaba yo, y como no nos veía la cara, cuando me llegó mi turno en aquel reparto general, sufrí mi pescozón correspondiente.

Al volver yo la cabeza me conoció, y conoció su error, y diciéndome con dulzura: «pobrecillo, no sabía que eras tú»; siguió adelante con su faena.

Pues bien; en este caso, á pesar de que el golpe había sido más que mediano y que la cabeza me estuvo doliendo un rato, ni sentí enojo contra el profesor de dibujo, ni forjé ningún drama de los que acostumbraba á forjar por mucho menos.

***

La costumbre descrita, que podrá parecer excesivamente cándida, ya que no declaradamente tonta, y que á primera vista puede considerarse como peligrosa y hasta como signo casi cierto de un mal carácter ó de un carácter vengativo, ha sido para mí eminentemente moral y beneficiosa. Ha sido, en suma, un desahogo inocente, un derivativo oportuno, y hasta un desgaste de malas pasiones y de malos instintos; de todas maneras, someto el problema á los psicólogos y á los moralistas en esta serie de documentos humanos, cuyas rotas hojas voy arrojando sin orden en el revuelto caos de mis recuerdos. Costumbre moral y beneficiosa he dicho, y sostengo la afirmación. Al empezar uno de mis *dramas vengativos*, indudablemente era la ira la que me inspiraba. A medida que el drama liliputiense se desarrollaba, la ira, como piedra que baja por un río, sufría forzoso desgaste, y al llegar al fin siempre experimentaba en mí algo como cansancio, disgusto y remordimiento.

Era, por decirlo de este modo, llegar al remordimiento como *remordimiento real*, á través de un *crimen imaginario*.

Esta sensación la he experimentado muchísimas veces, y la he experimentado con no menos viveza al leer algunos años más tarde una novela de Federico Soulié, que, si no recuerdo mal, se titula *El Vizconde de Veziers*, ó que por lo menos es

continuación de esta última. Permítaseme reseñar rápidamente el argumento á modo de folletín.

La novela está consagrada al estudio psicológico de una venganza, y jamás venganza más justa se habrá imaginado por hombre alguno real ó fingido.

Vuelve el protagonista de Tierra Santa, en noche oscura, pero iluminan su camino al través del bosque recuerdos, alegrías y esperanzas: vuelve á buscar el castillo de sus padres y sólo encuentra ruinas humeantes, deshonrada á su hermana y cruelmente mutilado á su propio padre: es que pasó por encima de piedras y seres humanos, como tempestad de sangre y fuego, la cruzada contra los albigenses. Y aquel hijo ante su hermana moribunda, ante su padre que ni puede llamarle hijo porque los cruzados habíanle cercenado la lengua, y ante los escombros de su castillo señorial, jura por su cruz de Palestina, en el negro caos de la noche, consagrar su existencia á vengarse de Simón de Monforte, sacrificándolo todo á cambio de lograr vanganza tan cruel como crueles fueron los verdugos de su familia.

Cuando yo leí los primeros capítulos de esta novela, esperimenté la misma sensación, que habría experimentado el protagonista á ser un personaje real. Venganza, sí: una venganza horrible, sobrehumana, inagotable; y seguí novela adentro con ansias infernales de algo monstruoso, que yo no sabía forjar, pero que bien sabría forjarlo el gran novelista francés.

Pues bien; á medida que la venganza iba avanzando, lo mismo que en las pequeñas venganzas infantiles de mis ridículos dramas, sentía yo disgusto y cansancio.

Todo lo sacrificaba el protagonista á sus apetitos vengativos: su gloria, su patria, su nombre, sus amores. ¿Había que arrojar algo al monstruo voraz para llegar al término siniestro? Pues lo sacrificaba el héroe de la novela, al principio con placer, luego con repugnancia, al fin con dolor y angustia.

Y á la par que leía el interesante relato, iba yo pensando

también que toda venganza, por justa que parezca, nunca vale lo que ha costado. Fruto envenenado que al principio parece que sacia la sed, que luego la aviva, que al fin es agrio, y que, por último, es repugnante y horrible, y más doloroso para el que se hartó de venganzas que para el que sufrió con ellas.

*
* *

Pasaron algunos años, seguí mis estudios en la Escuela de Caminos y el hábito de novelar ó de dramatizar todos los sucesos notables de mi vida, si es que se les puede dar este nombre de notables, nunca desapareció de entre las tendencias de mi espíritu ó de entre los vicios de mi organismo ; y les llamo así por si hay quien como vicio quiera considerar esta pueril manía.

Bastaba que cualquier hecho se fijara con vigor en mi cerebro por sus representaciones psíquicas, y que en él tuviera yo algún interés personal, para que sobre aquel hecho levantase todo un castillejo de personajes y sucesos, todo un drama simplón en miniatura, que se desarrollaba por completo hasta llegar á sus últimas consecuencias dramáticas.

Pruébelo un caso entre cien que pudiera citar ; y pudiera citar muchos, porque es la verdad que me pasaba la vida hora tras hora casi sin punto de reposo, estudiando las asignaturas de la Escuela (ante todo la obligación); estudiando las obras clásicas de la ciencia matemática (que siempre han sido y siguen siendo mi devoción predilecta); leyendo cuantas novelas podía; asistiendo al teatro siempre que mi modestísimo presupuesto de gastos no se agotaba, y muy principalmente fantaseando en las horas de relativo descanso, que no podían ser otras que las de la noche, esos dramas íntimos á que vengo refiriéndome, y que ahora caigo en que eran como los precur-

sores de otros dramas, que más tarde había de llevar á las tablas entre esperanzas y angustias.

Tenía ya diez y nueve años; estaba, pues, concluyendo mi carrera, y como por entonces empezasen las obras del Canal de Lozoya, á poca distancia de Madrid, en la sección que llamaban de Valverde, proyectaron muchos de mis compañeros hacer una excursión á caballo á dos ó tres leguas de la capital y hacia el tajo en construcción, en compañía de los dos ingenieros D. José Morer y D. Juan Rivera, para tomar de este modo una como lección práctica en el arte de la ingeniería.

La expedición, según he dicho, había de verificarse á caballo, pero ni yo había montado nunca ni tenía por lo tanto la menor idea de lo que fuese la equitación.

Pregunté á mis compañeros si era difícil ir sobre el lomo del noble cuadrúpedo, y todos me aseguraron que era la operación más fácil del mundo.

Bajo la fe de su palabra encargué un caballo de alquiler donde todos encargaron los suyos respectivos, á saber, en un establecimiento de no sé qué calle próxima al Teatro Real, y á las cinco de la mañana estaba yo con mis compañeros esperando que nos preparasen las cabalgaduras.

Habíame parecido, que para montar á caballo la primera condición era *llevar espuelas* y el día antes las compré, procurando que fuesen *de mucho castigo*, término que había aprendido yo de uno de mis amigos, y no en vano, porque recargando lo del mucho castigo, hice alarde de caballista ante el vendedor cuando adquirí las espuelas referidas.

A pie caminaba á las cuatro y media de la mañana desde mi casa al establecimiento de caballos de alquiler, y al marchar por las aceras y hacer sonar mis espuelas, efluvios de orgullo como otras tantas corrientes eléctricas, subíanme por todo el cuerpo desde las aceradas puntas al ensoberbecido cerebro.

Decididamente un hombre que hace sonar sus espuelas al amanecer y por las solitarias calles, es todo un hombre y poco le falta para ser un héroe.

Llegué, *vi*, pero *no vencí*, aunque de antemano creía segura mi victoria y de antemano me gozaba en la sorpresa de mis compañeros, ninguno de los cuales se había puesto espuelas: decididamente yo les llevaba esta ventaja.

Sacaron mi caballo al centro de la calle, y no me pareció el animal de mala estampa. Ciertas dudas me asaltaron sobre el modo de subir; pero observando lo que hacían los amigos é imitándoles con bastante acierto, logré encaramarme hasta el lomo del que en aquel instante me parecía simpático cuadrúpedo y bien pronto me pareció horrendo monstruo de sin igual fiereza.

Ello es que el mozo, que contenía el caballo mientras yo montaba, en cuanto me vió arriba, lo soltó sin el menor escrúpulo, y el animal, sin esperar á que yo le diese la orden de partida, sin tener la consideración de aguantarse algunos momentos para que yo pudiese coger el segundo estribo, arrancó con un trote de que yo no tenía la menor idea, dió vuelta á la calleja, se metió por otra y no sé como salió á la calle Mayor.

Todo esto fué rapidísimo. Como yo al arrancar el caballo no me había descompuesto, ninguno de mis compañeros se hizo cargo del apuro en que me veía, ni pensaron tampoco en detenerme y me dejaron marchar.

A todo esto, en lo alto del maldito caballo, pasaba yo las de Caín, ó, mejor dicho, pasaba las de Abel, porque la víctima era yo. Jamás logré coger el segundo estribo y bien pronto perdí el primero. Cuando el monstruo, llamémosle así, se vió en la calle Mayor, apretó el trote y yo empecé á saltar desordenadamente sobre la silla. Para no caerme, apretaba las piernas, y al apretarlas le clavaba naturalmente las espuelas á aquel demonio de maldad en figura de cuadrúpedo.

Con los espolazos que le daba sin querer, con los repetidos golpes de los estribos que chocaban á compás los flancos del corcel, con las anchuras de la calle que brindaban espacio recto y despejado, con los saltos que yo daba sobre la silla de mon-

tar y con la falta absoluta de gobierno, porque yo no sabía qué hacer de aquel puñado de riendas que me llenaban la mano, con todo esto, repito el animal se volvió loco y arrancó desesperadamente hacia la Puerta del Sol.

Yo, sin embargo, no me caía: era delgado, muy ágil y si mis fuerzas no eran grandes, eran las suficientes para manejar mi cuerpo. Botaba si sobre el sillín inglés como pelota de goma elástica. Visto desde lejos, debía parecerme á un mono de los que trabajan en los caballos de los circos. Pero así y todo, no soltaba mi presa: engarabitaba las piernas sin cuidarme de las maldecidas espuelas; buscaba el equilibrio á todo trance; me agarraba al sillín, me agarraba á las crines del caballo y seguía mi carrera, que en nada se parecía seguramente á una carrera triunfal.

Venían por la calle en distintas direcciones albañiles, vendedores matutinos, obreros y gente del pueblo, y esta era una de mis mayores humillaciones; porque á medida que avanzaba á la carrera, iba dejando detrás de mí un rastro de silbidos, gritos y carcajadas, de entre cuyo caos se destacaban algunas frases de más castigo que las mismas espuelas con que iba labrando los hijares de mi verdugo.

«¿A dónde vas?» «¡Temprano la has tomado!» «Escribe en llegando», y á este tenor cien otros chistes y desvergüenzas populares.

Aquello sí que era un vértigo: ríome yo del vértigo admirable de nuestro gran poeta.

El corazón me saltaba: faltábame la respiración, porque al ir á tragar aire un golpe sobre el sillín me cortaba el aliento; las sienes me latían con latidos horribles y la vista se me iba enturbiando.

Procuré al fin tirar de las riendas al caballo para detenerle, pero fué empeño inútil, que el demonio de la bestia se me descompuso más.

De este modo llegamos á la Puerta del Sol, y como el punto de cita era la plaza del Progreso, procuré dar la vuelta hacia

la calle de Carretas, ¿pero cómo ¡Dios mío! realizar esta titánica empresa? Me abandoné á mi inspiración, que resultó desatinada, pero que, aun siéndolo, me condujo á un resultado práctico bastante satisfactorio. Me agarré con la mano izquierda á la crin, me eché casi sobre el cuello del caballo, y, afianzando la rienda derecha, hacia la derecha y hacia fuera empecé á dar tirones desesperadamente. El sistema será absurdo, pero el caballo dió la vuelta. Eso sí, al darla tropecé con un hombre que traía en la cabeza una tabla con bollos ó panes, ó no sé qué, y los panes, la tabla y el hombre salieron rodando, mientras yo seguía mi vertiginosa marcha por la calle arriba y el mozo, puesto en pie, me lanzaba á voz en cuello amenazas y maldiciones.

De esta manera, por misericordia de Dios, llegué dando vueltas no sé por dónde á la plaza del Progreso, que, como he dicho antes, era el punto en que nuestros profesores nos habían citado.

Yo, bien ó mal, había llegado, pero sin alientos, próximo casi á perder el sentido y con el cuerpo magullado y dolorido horriblemente.

Y aquí surgió un problema formidable. Como el punto de cita era aquel, allí era preciso que me detuviese: si de allí pasaba no había razón ni argumento para que me detuviesen en parte alguna; y ya me veía yo, como un nuevo *judío errante de caballería,* corriendo sin fin por esos mundos de Dios en carrera inacabable.

Todo esto más bien me lo representaba yo con el instinto, que lo razonaba con el entendimiento, porque la verdad es que el entendimiento y la vista estaban ya dentro de una espesísima niebla.

En aquel instante tomé una resolución desesperada: me así con las dos manos á la parte más alta de la crin y me quedé colgando, pero sin soltar el asidero, cerca ya de la cabeza del caballo.

Como éste no era, después de todo, un caballo de sangre y

de empuje, sino un pobre caballo de alquiler más ó menos animoso, como la carrera furiosa, los desgarrones de las espuelas, los tirones de las riendas y la brega, que yo había traido sobre su lomo y su cuello, le habían fatigado bastante, al sentir aquel peso en la cabeza fué moderando la velocidad, y cuando la velocidad no fué muy grande, soltando la crin me eché hacia fuera y vine á caer á alguna distancia, sin herirme ni lastimarme en la caída.

El bruto siguió corriendo, pero yo no me ocupé de él, que harto hice con entrar en un portal, sentarme en unos escalones y darme prisa á tragar mucho aire, porque la respiración me faltaba por momentos.

Poco después llegaron mis compañeros, alarmadísimos, pues habiendo recordado que esta era mi primera expedición caballesca, no viéndome á todo lo largo de la calle Mayor, y habiéndoles dicho unos albañiles, á quienes preguntaron, que habían visto pasar sobre un caballo desbocado á un joven que llevaba trazas de romperse el alma, tuvieron por segura una catástrofe.

No por eso desistí de la expedición. Me hicieron quitar las espuelas, es decir, que me *descalzaron caballero*, me dieron otro caballo menos brioso, y á Valverde fuí y de Valverde volví molido y reventado, y forjando venganzas contra toda la raza caballar, y muy particularmente contra aquel condenado cuadrúpedo que tan mal rato me había hecho pasar y tan en ridículo me había puesto.

*
* *

Y vuelvo á lo que iba diciendo antes; en cuanto me ví en mi casa corrido, maltrecho y humilladísimo como había estado, y sin cesar recordaba, ante todos los obreros, albañiles, canteros, jornaleros del ayuntamiento y panaderos de tablas vo-

lantes de Madrid, empecé á forjar á toda prisa dramas hípicos de interminables represalias.

Yo era un jinete maravilloso, llevaba espuelas colosales, látigo de desbravador y montaba por segunda vez y ante mis compañeros y profesores el mismo fiero bruto de la burlesca aventura.

Y ¡cómo le domaba! ¡Cómo le desgarraba los hijares! ¡Cómo le sacaba á la carrera y le paraba en firme, y cómo al fin le dejaba inundado de sudor, de espuma y de sangre!

Aquellos fueron una serie de triunfos colosales, realizados en los circos fantásticos de mi cerebro sobre el espíritu infernal que, á mi entender, animaba ó animó aquella mañana á la endemoniada bestia de alquiler.

Sólo que en este caso la venganza no fué enteramente fantástica. Poco tiempo después aprendí equitación en el palacio del duque de Medinaceli, y cuando D. Pedro y D. Juan, que así se llamaban los dos profesores, me dieron la alternativa, autorizándome para salir á caballo por calles y paseos, lo primero que hice fué alquilar el mismísimo caballo de mi pasada aventura.

Sin embargo, aunque le hice correr y sudar, nunca le traté mal: en lo más hondo de mi conciencia reconocía que yo era el principal culpable por torpe y por temerario, y que, hasta cierto punto, no se portó del todo mal la pobre bestia cuando no me estrelló en las calles de Madrid.

En suma, que á fuerza de alquilarle una y otra vez, y de pasear por los alrededores de la villa y corte, concluimos por ser buenos amigos y acabaron por entenderse á las mil maravillas el modesto irracional y el soberbio jovenzuelo.

José ECHEGARAY.

LA VITICULTURA EN CALIFORNIA [1]

Los países americanos empiezan á figurar como comarcas productivas de vino. Chile, la República Argentina y el Uruguay en el Sur; los Estados Unidos en el Norte, elaboran ya cantidades de importancia y ensayan el obtener todos los tipos europeos. El determinar qué influencia puede tener esta producción en el comercio de Europa, y en particular en el de España, es una cuestión de capital importancia.

Desde 1882, en que se celebró en Burdeos una Exposición Internacional vinícola, el país americano que mejores vinos ha presentado en cuantos concursos de esta clase han existido, ha sido sin disputa Chile; pero la comarca de Ultramar á cuya producción vinícola se da más importancia y cuya concurrencia empieza á temerse por algunos, es Norte-América, y en especial California.

Es, pues, oportuno y ciertamente interesante dar á conocer en España, por datos precisos y actuales, qué es en reali-

(1) El autor, comisionado al objeto por el gobierno español, ha visitado detenidamente las distintas regiones vinícolas de los Estados Unidos. Cuantos datos y noticias figuran en este artículo, han sido recogidos sobre el terreno y son producto de observaciones personales. No es necesario, pues, encarecer su importancia.—(N. DE LA R.)

dad la viticultura en California, qué extensión alcanza en la actualidad y puede tener en lo sucesivo la producción del vino en aquel país; qué caracteres y condiciones ofrecen los vinos que elaboran, y, en suma, qué influencias puede tener esta producción en el comercio de exportación de vinos de España, asunto de capital importancia para nuestra patria.

*
* *

Debe hacerse notar, en primer lugar, que California no constituye la única comarca productora de vinos en los Estados Unidos. Estos elaboran un millón escaso de hectólitros al año, y de éstos, la mitad próximamente corresponden á California; el resto es producido en otras regiones de la Unión. Por esta razón se distinguen en el país varias secciones ó regiones vinícolas, en la forma siguiente:

1.ª SECCIÓN.—*Del Este*, que comprende 51.000 acres en los Estados de Nueva-York y Pensilvania y se divide en los seis distritos siguientes: Keuka, Canandaigua, Ontorio y Wayne, Seneca, condado de Chatangua en Nueva-York y condado de Erie en Pensilvania y Río Hudson.

2.ª SECCIÓN.—*Del Centro*. Tiene 42.633 acres, en los Estados del Illinois, Indiana, Ohío, estando comprendido en este último el distrito de las islas Kelley y el de Eúclide.

3.ª SECCIÓN. *Del Oeste*. Situado en los Estados de Kansas y Missouri, con una extensión de 17.306 acres.

4.ª SECCIÓN. *Del Sud:* que comprende viñedos situados en Georgia, Carolina del Norte, Tennesee y Virginia, con 17.092 acres.

5.ª SECCIÓN.—*Del Pacífico:* que comprende principalmente California y varios distritos de Arizona y Nuevo México. La extensión plantada es de 213.230 acres.

La tabla siguiente explica claramente la importancia de la

vinicultura, en los Estados que hemos citado, en el año del último censo:

Extensión y producción de los viñedos en los Estados Unidos.

ESTADOS	Extensión de viñedos en producción.	Extensión de viñedos no productores aún.	Uvas para mesa.	Uvas para vino.	Vino hecho.	Precio del vino en bodega por galón (3,785 litros).
	Hectáreas.	*Hectáreas.*	*Toneladas.*	*Toneladas.*	*Hectólitros.*	*Dollars.*
Arizona	405	608	2.850	150	946	1,00
California	62.885	18.335	38.785	171.108	554.594	0,19
Georgia	785	872	1.938	646	4.075	1,15
Illinois	1.519	406	6.000	1.500	9.463	1,00
Indiana	1.559	405	5.390	1.347	8.497	1,00
Kansas	1.840	405	8.294	790	4.958	0,80
Missouri	4.050	714	22 500	7.500	47.313	0,56
Nueva México	480	3.645	1.779	1.779	11.223	0,86
Nueva York	17.556	3.098	60.687	15.172	95.694	0,50
Carolina del Norte	4.620	486	4.667	2.333	14.717	1,00
Ohio	11.375	2.007	38.947	11.603	73.233	0,56
Tennesse	608	243	2.500	1.250	7.885	1,00
Virginia	1.661	648	5.434	2.766	17.449	1,00
Otros Estados y territorios	18.225	6.075	67.500	22.500	70.969	1,00
TOTALES	124.568	37.942	267.271	240.450	920.016	

Se ve por estos datos, que, como antes queda dicho, la producción total por año en los Estados Unidos apenas llega á un millón de hectólitros, y que de éstos corresponde á California próximamente la mitad; pues si bien en el cuadro que antecede figura por más de medio millón de hectólitros las últimas cosechas, ó sea la de 1894, no ha sido más que de 406.000 hectólitros.

Dada esta idea general de la produccion vinícola en todos los Estados Unidos, procede el tratar en particular de la de California, que es el objeto de este artículo.

La comisión de vinicultores de California ha dividido aquel

Estado en siete grandes distritos vinícolas; á saber: Sonoma, Napa, San Francisco, Sacramento, El Dorado, San Joaquín y los Angeles.

DISTRITO DE SONOMA

Comprende este distrito la porción Noroeste de California, y encierra los condados de Marín, Sonoma, Lake, Mendocino, Humboldt, Trinity, Siskiyon y del Norte.

La formación es granítica en casi toda la región, y cretácea en los confines con el distrito de Napa. La temperatura es, en general, muy fresca en todo el Norte y el Oeste, y tanto por esto como por las condiciones del suelo, los viñedos se agrupan hacia la parte Sudoeste, ó sea en las fronteras con el distrito de Napa, en el condado de Sonoma. Así y todo, la pérdida que ocasionan las bajas temperaturas todos los años, en la producción vinícola, son importantes, pues varía del 25 al 33 por 100 de la producción anual total. Los mejores viñedos, siguiendo la regla general, son los situados en colinas, en pendientes suaves, y por lo común, con exposición al sol. El suelo es arenizo rojizo en unos sitios, gredoso en otros y en algunos formado de cenizas volcánicas blancas. Hay también viñedos en los vallados; y estas tierras llanas son más productivas que las de las colinas, pero á expensas de la calidad del producto.

La mayor parte de las cepas de este distrito corresponden á la variedad llamada *Zinfandel*, de que se tratará por extenso en adelante. Con ella hacen un vino tinto áspero, peculiar, y algunas imitaciones, bastante desgraciadas, de los tipos del Medoc. Siguen en importancia al *Zinfandel*, en esta región, las cepas *Golden*, *Chasellas*, *Burger*, *Riesling*, *Chanché*, *Noir*, *Malvasía negra*, *Cabernet* y algunas cepas italianas. Hay también pequeños lotes plantados de *Kleinberger*, *Elbling*, *Alba*

ó *White Alba*, cepa del Rhin que da un vino muy ligero y agradable, y en fin, algunas cepas borgoñonas. Como uvas de mesa; las que predominan en toda la región son el *Moscatel* y el *Tokay*.

La filoxera ha hecho y está haciendo bastantes estragos en esta región.

Presentóse por primera vez en los viñedos de L. G. Ellis, situados en Upper Russiam River Walley, y desde allí se ha extendido en una zona de unas veinte millas hacia el Norte. Por esta razón, muchos de los antiguos viñedos han desaparecido y sus propietarios han abandonado por completo el cultivo de la vid. Otros han plantado cepas americanas resistentes, principalmente *Ripurias*.

La producción vitícola en el distrito de Sonoma se resume en los siguientes datos:

Número de viñedos.....	832	
Extensión total de las mismos.....	9.423	hectáreas.
En producción.....	8.873	»
Extensión de los viñedos que producen uvas de mesa.....	279	»
Zona infestada por la filoxera	324	»
Zona plantada de cepas resistentes..	943	»
Cosecha de 1892.....	48.409	tonel. de uva.
Capacidad de la pipería disponible en todo el distrito.....	290.548	hectólitros.

DISTRITO DE NAPA

El distrito vinícola de Napa es uno de los más importantes de California. Se extiende á los dos lados de la Bahía de Suisun, y comprende también gran parte de las tierras que circundan la Bahía de San Pablo. Corresponde la principal extensión de su suelo á la formación cretácea, y está constituido por una serie de pintorescos valles, salpicado de suaves cali-

zas, que por la constitución de su suelo, exposición y deliciosa temperatura, son indudablemente muy á propósito para el cultivo de la vid. Esta, con efecto, ha adquirido gran extensión, especialmente en los valles de Napa, Santa Helena y Pope, que son los más importantes del distrito.

Desgraciadamente, la filoxera apareció en esta región hace más de doce años, y desde entonces sus estragos han ido en aumento. Comenzó en el extremo inferior de Napa Valley, procediendo tal vez del distrito de Sonoma, extendiéndose primero lentamente, y después con gran rapidez, á lo largo del valle y hacia la zona de Yountville. Actualmente, de los 507 viñedos que se enumeran en el condado de Napa, 244, ó sea la mitad próximamente, se hallan infestados, y es seguro que en poco tiempo lo estará la región entera. En los viñedos no replantados de cepas resistentes es segura la muerte de todas las viñas en breve plazo.

Las principales variedades de cepas plantadas en esta región son: el *Zinfandel,* del que hay unas 2.500 hectáreas; *Riesling* (1.200 hectáreas); *Chasselas, Palomino* y *Burger* (1.100 hectáreas); *Mission* y *Malvasia* (8.000 hectáreas); *Pinots, Chauché Noir, Alicante* y *Mataró* (500 hectáreas); *Cabernet, Merlot, Verdot* y *Malbec* (240 hectáreas); *Sauterne* (150 hectáreas). La producción de uvas de mesa es muy limitada, pues no pasa de 50 hectáreas la extensión de los viñedos á ellas dedicados. La variedad más importante en este concepto es la *Malvasia,* habiendo también algunas *Moscateles* y *Tokay.*

En los viñedos que se están repoblando con cepas resistentes, las más empleadas son las *Riparia* y *Lenoir;* hay también algunas plantaciones de *Rupestris, Californica* y *Estivalis.* En todas estas cepas ingertan *Cabernet Sauvignon, Cabernet Franc, Petite Sirrah, Mondeuse, Miller's Burgundy, Saint Macarie, Beclan, Carignan, Mataró, Tannet,* etc., para los vinos tintos; y *Riesling, Sauvignon Blanc, Sauvignon Vert, Samillon, Folle Blanche* y *Flaminer Sylvaner,* para los blancos.

En la detenida inspección hecha á este distrito en compa-

ñía del Sr. Carpi, uno de los más inteligentes elaboradores de vino y comerciante de este artículo en California, hemos podido apreciar que esta región es sin duda la más adelantada en vinicultura en todo el Estado.

Aparte de la disposición de las bodegas, que son, por lo general, magníficos palacios de piedra y ladrillo, y del esmero é inteligencia con que se ha atendido y se lleva el cultivo de los viñedos, los vinicultores de esta región practican para la confección de sus vinos bien estudiadas mezclas de distintas uvas, ó *coupages* de diferentes mostos, práctica no generalmente seguida en California, donde, por lo común, se elabora cada clase de vino, empleando uva de una sola especie, hasta el punto de que suelen designar cada vino por el nombre de la cepa utilizada para su fabricación.

En Napa mezclan el *Zinfandel* con el *Mataró* ó con la *Malvasia*. En el valle de Santa Helena prefieren emplear para este *coupage* la cepa *Carignan,* porque el vino así resultante les agrada más al paladar. De todos modos, el *Zinfandel* pierde por estas mezclas su natural aspereza y mejora notablemente, habiendo tenido ocasión nosotros mismos de probar algunos vinos así elaborados que recordaban los nuestros de la Mancha.

Otro viticultor de este distrito, Mr. Schramberg, prepara vinos del Rhin con la cepa *Burger,* mezclados con un poco de *Muscateller* alemán, y obtiene unos vinos muy agradables, ligeros, aromáticos y de bastante suavidad. El mismo vinicultor obtiene un buen tipo Borgoña mezclando el *Chauché Noir* con el *Meunier*.

De la misma manera, por inteligentes mezclas de uvas, el Sr. D. Tiburcio Parrot, de Santa Helena, prepara tipos del Medoc, de color, cuerpo, bouquet y suavidad tan excelentes, que pueden competir con los vinos finos franceses del mismo tipo, bien que los precios de estos vinos californianos resultan muy elevados y su producción es muy limitada; pero es indudable que se pueden presentar como ejemplo de perfección en su crianza y en su estilo.

En esta región vinícola empieza á separarse la industria de la elaboración del vino de la del cultivo de la vid, habiendo casas importantes que tienen magníficas bodegas, sin tener viñedos, ó teniéndolos relativamente muy reducidos, y compran las uvas y los mostos que les convienen para la elaboración de sus tipos. Una de estas casas es la del ya mencionado señor Carpy, que tiene pipería por capacidad de 48.000 hectólitros. Otra casa de este género es la de G. Migliavacca, cuya pipería se calcula en 17.000 hectólitros de capacidad, y, en fin, la *Napa Valley Wine C.°*

Comprende el distrito vinícola de Napa los condados de Contra-Costa, Solano y Napa.

En el condado de *Contra-Costa* hay unos 4.000 acres (1.620 hectáreas) plantadas de viñedo. Gran parte se destinan á la producción de uvas de mesa, de las que se vendieron el año 1890 hasta 700 toneladas. Los dos años siguientes la cosecha ha sido mayor, y la producción media del vino es actualmente de unos 400.000 galones (15.000 hectólitros). El brandy producido, que en 1891 fué de 11.179 galones (423 hectólitros), ha descendido en 1892 á 4.054 galones (154 hectólitros).

En el *condado de Solano* la extensión de los viñedos en producción es de unos 3.000 acres (1.215 hectáreas). La tercera parte de estos viñedos se destinan á la producción de uvas de mesa, cuya cosecha anual es de unas 700 toneladas; una sexta parte se dedican á la producción de pasas y el resto á la de vino y brandy. La cosecha anual de vino en este condado es de unos 500.000 galones (19.000 hectólitros). Existen cinco destilerías de brandy, que han producido el año último 28.744 galones (1.114 hectólitros).

En la porción Norte de este condado, ó sea en los alrededores de Dixón, los viñedos alcanzan una extensión de unos 500 acres (203 hectáreas), destinados en su mayor parte á la producción de pasas. Unas 200 toneladas de uva se venden anualmente á las bodegas de Cordelías, Napa y San Francisco, para hacer vino, pues en dicha sección del condado no se elabora éste.

En la zona de Vacaville, que comprende Plearant Valley, la mayor parte de la producción consiste en uvas de mesa. La filoxera ha hecho grandes estragos, destruyendo parcial ó totalmente muchos viñedos.

En la zona de Cordelia, que comprende además de este término los de Suisun, Fairfield, Benicia y Green Valley, las viñas están destinadas á la producción de vino. El clima no es favorable para la elaboración de la pasa.

Algunas cepas de los alrededores de Fairfield producen vinos dulces licorosos, pero la generalidad de los vinos de esta zona son secos y ligeros. También aquí la filoxera ha hecho bastantes destrozos.

El *condado de Napa,* es el más importante del distrito, desde el punto de vista de la producción vinícola, como puede observarse por los siguientes datos:

Número de viñedos.....	507	
Extensión total de los mismos.....	6.744	hectáreas.
En producción.....	5.767	»
Viñedos infestados por la filoxera..	244	»
Extensión de la zona infestada. ..	910	»
Zona plantada de cepas resistentes.	813	»
Cosecha en 1892.....	27.083	tonel. de uva.
Capacidad de la pipería disponible en todo el condado.....	491.634	hectólitros.
Destilerías para brandy.....	35	
Brandy producido en 1892.....	10.587	hectólitros.

DISTRITO DE SAN FRANCISCO

La vid cubre bastante extensión en todo el distrito. La zona ocupada por los viñedos en los diferentes condados es de 19.360 acres (7.843 hectáreas), en la forma siguiente:

	Acres.	Hectáreas.
Alameda	6.500	2.633
Monterey	500	203
San Benito	110	45
San Mateo	750	304
Santa Clara	10.000	4.050
Santa Cruz	1.500	608
TOTAL	19.360	7.843

Como se ve por este cuadro, en los condados de San Benito y Monterey la producción vinícola apenas ofrece importancia, pero en los de Santa Clara, Alameda y Santa Cruz, ha adquirido una extensión considerable. El vino elaborado el año último en el condado de San Benito no pasó de 333 hectólitros, y las uvas vendidas para pasa, de 35 toneladas. En el *condado de Monterey* se hicieron 606 hectólitros de vino y se vendieron 1.000 toneladas de uva de mesa.

En *San Mateo* están haciendo esfuerzos por desarrollar la producción vinícola, cultivando cepas escogidas con gran cuidado. La mayor parte de las 304 hectáreas plantadas están en producción, habiéndose elaborado en el último año 60.000 galones (2.271 hectólitros) de vino, y vendido 150 toneladas de uvas de mesa.

Las 608 hectáreas de viñedos plantados en el *condado de Santa Cruz* han producido en la última cosecha 284.000 galones (10.750 hectólitros) de vino, y además 640 toneladas de uvas de mesa. Los vinos de esta zona son ligeros, de escasa fuerza alcohólica, pero muy aromáticos. La producción por hectárea es por término medio menor que en los fértiles valles del interior, y el cultivo de la vid más difícil y costoso.

El *condado de Santa Clara* constituye una de las grandes zonas vinícolas del distrito. Actualmente no toda la zona plantada de viñedo está en producción, pero sin embargo, la última cosecha ha dado 2.260.000 galones (85.541 hectólitros) de

vino, y 1.500 toneladas de uvas de mesa. Toda clase de cepas hay plantadas en esta región, pero las que dominan son variedades de Borgoña y del Medoc, injertadas en vides resistentes. Los vinos más característicos de esta zona son, por lo tanto, los vinos de mesa del tipo Medoc y Borgoña, distinguiéndose algunos de los primeros (especialmente los que proceden de la parte montañosa del condado) por su finura y los Borgoña por su color, cuerpo y vinosidad.

En los confines del condado de Santa Clara con el de San Mateo, se hallan los viñedos y bodegas de Palo Alto, pertenecientes al senador Stanffrd, y donde se manipulan de un modo casi idéntico á como se practica en la grande instalación de *Vine Vineyard* (distrito de Sacramento), también perteneciente al mismo Stanffrd.

No lejos se encuentra la región de Mountain View, donde se hallan los viñedos y bodegas de Mr. Scott, en donde se obtienen renombrados tintos de los tipos del Medoc y Borgoña é imitaciones de Jerez. También se encuentran en la región de Mountain View los viñedos y bodegas de C. P. Howes, que prepara entre otros vinos uno blanco, tipo Sauterne, que pasa por ser uno de los mejores de California.

El *condado de Alameda*, aunque con menos extensión de viñedos que el de Santa Clara, es sin embargo, el más importante del distrito.

Es donde la viticultura está más adelantada, y por esto lo hemos visitado detenidamente.

La producción vitícola en el condado de Alameda se resume en los siguientes datos:

Número de viñedos.....	214	
Extensión total de los mismos.....	2.869	hectáreas
En producción.....	2.786	»
Extensión de los viñedos que producen uvas de mesa.....	119	»
Zona plantada de cepas resistentes.	279	»

Cosecha en 1892.....	12.060 tonel. de uva
Capacidad de la pipería disponible en todo el condado.....	156.970 hectólitros

DISTRITO DE SACRAMENTO

Abarca este distrito todo el gran valle de Sacramento, desde el monte Shasta en el N., hasta las bocas del río Sacramento en la bahía de San Pablo.

Las viñas ocupan en todo este distrito una extensión de 17.203 acres (6.967 hectáreas), en la forma siguiente:

Butte.....	800	acres	324	hectáreas
Colusa.....	506	»	205	»
Sacramento.....	6.500	»	2.632	»
Shasta.....	500	»	203	»
Sutter.....	430	»	174	»
Tehama.....	4.976	»	2.015	»
Jolo.....	3.491	»	1.414	»
TOTAL	17.203		6.967	

El vino producido anualmente en todo el distrito asciende á 1.658.250 galones, ó sea 62.765 hectólitros, distribuidos en la forma siguiente:

	Galones.	Hectólitros.
Butte.....	32.000	1.211
Colusa.....	40.000	1.514
Sacramento.....	872.850	33.038
Shasta	25.000	946
Sutter.....	35.400	1.340
Tehama.....	397.800	15.057
Jolo.....	355.200	9.659
TOTAL.....	1.658.250	62.765

Pero en este distrito tiene, además de la producción de vino, gran desarrollo el cultivo de cepas destinadas á dar uvas de mesa y pasas. El siguiente cuadro demuestra el detalle y conjunto de esta clase de producción en todo el distrito:

	Uvas de mesa. — *Toneladas.*	Pasas *Cajas de á 20 libras.*
Butte	1.000	11.800
Colusa	1.060	»
Sacramento	3.050	9.000
Shasta	200	5.800
Sutter	190	20.000
Tehama	850	»
Jolo	1.600	48.000
TOTAL	7.950	94.800

La mayor parte de estas uvas de mesa y de estas pasas se envían á los mercados del Este de los Estados Unidos. Las cepas que más se dedican á estas clases de producción son *Emperador, Tokay, Blanck, Marroco* y *Moscatel,* siendo de advertir que para la preparación de la pasa, han hecho detenidos estudios en España, á fin de imitar en un todo, tanto las clases como los detalles de la confección y hasta el empaquetado.

Se produce también en este distrito gran cantidad de brandy.

DR. V. VERA Y LÓPEZ.

(Se concluirá.)

EL MUSEO ARQUEOLÓGICO NACIONAL EN SU CASA VIEJA

La reapertura del Museo Arqueológico en el nuevo palacio de la Biblioteca y de los Museos nacionales, es para muchas personas, casi estamos por decir que para la mayoría de los españoles, el verdadero nacimiento de tan importante centro.

Bien miradas las cosas, alguna razón hay para creer que el Museo, como organismo científico, comienza ahora á vivir, pues la vida que ha llevado sobre todo en sus primeros años en el viejo *Casino de la Reina*, en los confines de la calle y del barrio de Embajadores, por muchos motivos puede considerarse como su período de gestación.

Los extranjeros, los forasteros, que por las guías tenían noticia de la existencia del Museo, han sido durante mucho tiempo casi los únicos visitantes que se veían en aquellas desiertas salas. Cierto dependiente de una fonda de Madrid conocía muy bien el camino del Museo: conducía allá á los extranjeros, les paseaba por las salas, sirviéndoles de *cicerone;* decíales luego que era menester gratificar á los porteros del establecimiento, tomaba solícito la propina, quedábase atrás, como para entregarla discretamente, y con no menor discreción... se la guardaba en el bolsillo. Excuso decir que todos los porteros del Museo conocían al intérprete.

Pero fuera de tan *filantrópico* sujeto y de algunos artistas y aficionados á las antigüedades, pocos eran los vecinos de Madrid que sabían á derechas de la existencia del Museo. Entre los dichos vecinos de la corte muchos sabían menos que el intérprete, pues al oir hablar de tal centro, preguntaban dónde estaba; otros, conocedores de la situación topográfica del tesoro nacional de nuestras antigüedades, querían ir á visitarle y conocerle; pero les faltaban día propicio ó alientos suficientes para semejante peregrinación; otros, en fin, menos cultos y avisados, confundiendo de un modo lamentable al hombre con sus viejas obras, creían que el Museo Antropológico y el Arqueológico eran una misma cosa, confusión á que ayudaba la circunstancia de hallarse ambos Museos en el barrio del Sur, en los confines del clásico Madrid.

Los pocos que se aventuraban á ir, hasta encontraban «en carácter» la situación del Museo. En la calle de *los Estudios* tropezaban ya con algunas prenderías en que se vendían objetos antiguos (porque entonces, hace quince años, todavía no se habían establecido en los puntos más frecuentados de Madrid esos grandes centros *especuladores* que hoy se anuncian con el rótulo de *Venta de antigüedades,* repetida por vía de *réclame* en francés y en inglés), prenderías que anunciaban la antesala del *Rastro* (que era á la sazón el gran *mare mágnum* de las cosas antiguas, donde se compraban por nada), y que á modo de nuevas columnas de Hércules anunciaban el *plus ultra* de la arqueología. Así orientado, aventurábase el curioso por el proceloso *estrecho* de la calle de *San Dámaso,* y llegaba al presentido *más allá*, que era la peligrosa cuesta de la calle de *Embajadores,* irónico apelativo en verdad para donde sólo se encontraban seres en dudoso estado de civilización, tribus avanzadas de las *Peñuelas* ó del *Portillo de Gilimón*, que se daban á conocer sobre todo por sus vociferadoras hembras, y sus chiquillos, harapientos en invierno y desnudos en verano, á las puertas de las casas; chulas de la fábrica de tabacos, etiópicos gitanos y algunos vándalos escapa-

dos del propio barrio de *las Injurias*. Había que atravesar aquel peligroso «Madrid prehistórico» para llegar al Museo Arqueológico. Daba miedo encontrarle allí; pero lo cierto es que el barrio «le iba bien».

A la verdad, el Museo Arqueológico, fundado (y esto lo saben pocos) por la reina doña Isabel II en 21 de Marzo de 1867, fué instalado en el *Casino de la Reina* (antigua huerta del clérigo Bayo), cedido al gobierno por la corona, para acrecentarle debidamente hasta que pudiera ser trasladado al palacio de la Biblioteca y de los Museos nacionales, cuya primera piedra se había sentado poco tiempo hacía. Es decir, que el Museo estaba allí provisionalmente. Aquello casi ni era Museo; estábase formando: el antiguo *Casino* era su «claustro materno».

***

Y por cierto que en él estuvo para malograrse el embrionario Museo cuando estalló la *Gloriosa* Revolución del 68. Porque no faltó entonces una turba de flamantes reformadores de lo existente, que «acalorados» por el grito de «abajo los Borbones», sin mirar que aquello no era ya *Casino de la Reina*, rociaron con aguarrás la fachada del Museo y la prendieron fuego; de modo que las llamas subieron pronto hasta los balcones del piso principal, que habitaba el conserje, quien, ayudado de otros dependientes del establecimiento, pudo cortar el incendio y la intentona, convenciendo á los asaltantes de que aquello no era ya *de la Reina*.

Tan elocuente aviso aconsejó al Director del Museo, que á la sazón lo era el ilustre arqueólogo D. José Amador de los Ríos, la necesidad de que el personal de la casa diera de mano á las pacíficas tareas de clasificación y arreglo de las colecciones y tomase el fusil para defender los derechos arqueoló-

gicos é individuales. Con efecto, vióse allí lo que quizá no se ha visto en otro Museo: el portal convertido en cuerpo de guardia y á la puerta la figura grave y marcial de un arqueólogo con gorra y fusil de *voluntario* nacional. Fieles á la igualitaria fraternidad que se proclamaba por aquellos días como principio legal, turnaban en estas guardias hombres de ciencia y de carrera con porteros y dependientes de la casa, cuando no patrullaban juntos unos y otros por las calles del barrio.

Esta actitud, entonces patriótica y motivada, de los empleados del Museo, no sólo sirvió á éste de defensa, sino que le valió simpatías entre aquellos sus vecinos, á quienes el respeto á la Historia no podía inspirárselas. Extraño parece, y sin embargo nada más cierto: los *indígenas* honrados del barrio de Embajadores, llegaron á tener afecto al Museo, y andando el tiempo no faltó un jaque apodado el *Cojo de las Peñuelas*, que se proclamaba defensor del establecimiento, sin duda porque era el barbero del Director del mismo, D. Ventura Ruiz Aguilera.

Pero pocos defensores ha tenido el Museo como el entonces portero y hoy conserje, el célebre Juan, honrado perro fiel del *monetario*. Juan merecía un libro. No puede darse un guardián más identificado con el tesoro confiado á su custodia. Su vida toda, el objeto único de ella, su pasión exclusiva es el monetario. Cuando éste fué trasladado de la Biblioteca Nacional al naciente Museo, trasladáronle á él al Museo también; y allí, solo, misántropo, fanático por su deber, orgulloso, sin saberlo, de su importante papel, cuando, llegada la hora de clausura, íbanse *los jefes*, guardaba en su bolsillo la llave «del tesoro», y junto á él se acostaba vigilante hasta el nuevo día.

En uno de aquellos primeros y palpitantes de la revolución, hacía Juan su guardia de *voluntario* á la puerta del Museo, cuando se le presentó un pelotón de alborotadores «nacionales», cuyo sargento, encarándose con él, le dijo que venían á apoderarse del Director. Juan, llegando hasta la amenaza con

las armas, consiguió disuadir y alejar á los revoltosos. Aviesos rencores, aprovechando la efervescencia revolucionaria, fueron causa de este atentado contra la personalidad respetable de D. José Amador de los Ríos, cuya adhesión á las ideas de los caídos le puso más de una vez en grave trance de muerte, hasta obligarle á refugiarse en el ministerio de Fomento y luego á dimitir su cargo.

Sustituyóle en este D. Ventura Ruiz Aguilera, el poeta de los *Ecos Nacionales,* cuya significación liberal debió contribuir á templar la naciente hostilidad de las gentes del barrio al Museo.

Aquietada la cosa pública, enriquecido algún tanto el Museo, cuya base fueron el gabinete de antigüedades y medallas de la Biblioteca Nacional y las colecciones arqueológicas y etnográficas almacenadas desde los tiempos de Carlos III en la *Historia Natural*, é instalado todo, como se pudo, cupo al rey D. Amadeo de Saboya la suerte de inaugurar el Museo en medio de los calores del verano de 1871 (el 9 de Julio). Abierto al público el Museo, sus vecinos pudieron cerciorarse de lo que en él había, llamando más que nada su atención el monetario; y en éste no les fascinaba menos la cantidad de monedas de oro y plata que veían expuestas en las vitrinas, que la muy superior, para sus cálculos fabulosa, guardada y oculta en la estantería; estantería que por cierto perteneció á la botica del Real Palacio, cuando tal dependencia estuvo instalada en lo que desde Fernando VII fué Biblioteca Nacional.

Entre los fascinados visitantes, contáronse, sin duda, algunos sujetos de *finísima* percepción, que debían haber estado domiciliados en el *Saladero*, y en quienes se despertaron tan decididas aficiones *numismáticas,* que á no ser por Juan, de curiosos hubieran pasado á ser ricos *coleccionistas*. Dos golpes de mano intentaron tales *numismatas*. Fué uno de ellos cierta noche, á hora temprana, cuando por fortuna hacían requisa el conserje y subalternos suyos, todos armados, quienes sorprendieron dentro del jardín á cuatro hombres, entre ellos un ne-

gro, y *negros* se vieron para ponerlos en fuga por las tapias de la *Ronda*, que es por donde habían saltado para entrar.

La otra intentona fué cosa más seria. Ocurrió el 73, en una de las aciagas noches que contó la República. Un grupo de aquellos *descamisados* que dejaron memoria en la plaza de *Antón Martín*, presentóse á la puerta del Museo, pretendiendo se la franquearan; venían en demanda de armas. Ante la negativa del conserje y del portero, los demandantes apelaron á la fuerza, y con el temible plomo de sus trabucos deshicieron la puerta de la calle. Rompieron luego la cancela del portal, forzaron la puerta que comunicaba con las salas, y asaltaron la primera de éstas, donde uno de ellos rompió el cristal de una vitrina y sacó y empuñó una espada árabe. Repitióles el conserje que allí no había armas, y para acallar la insistente petición hecha á viva fuerza, dióles él y diéronles los porteros los *revólvers* y los fusiles de *voluntario*, que conservaban. Pero los revoltosos querían salir de allí mejor provistos, y saliendo por la *Sala Arabe* al jardín, se dirigieron al pabellón que por tradicional costumbre, de cuando aquello fué posesión real, se llamaba *El Palacio*, donde estaba el monetario. Allí, en los escalones de la puerta les cerró el pasó Juan. Juan tenía la llave en el bolsillo, y en su cuerpo toda la sangre fría necesaria en tan apurado trance. Dióles evasivas primero; largas, después; los entretuvo; á la amenaza con los trabucos, contestó con olímpica soflama, comprendiendo, sin embargo, que aquello pararía sin duda en el asalto y pérdida del codiciado monetario; pero cuando él hubiese perdido la vida en aquella puerta de su *sancta sanctorum*. La buena estrella del Museo y de Juan quiso que cuando la actitud imperturbable de éste estaba á punto de acabar con la codiciosa espera de los asaltantes, se oyó un toque de corneta, seguro anuncio de la proximidad de la tropa, y al oirlo, los revoltosos corrieron en bandada á ganar las tapias del jardín, que saltaron, evadiéndose por la ronda y llevándose del Museo tan sólo la espada árabe.

A los pocos días presentóse en el Museo el alcalde del barrio, un confitero de la calle de Embajadores: iba á cerciorarse de si en el asalto había perdido el Museo una espada de figura extraña, con labores dorados en la empuñadura; porque así era cierta espada que él había visto y arrancado de las manos de un rapazuelo en la plaza del Progreso. El bueno del confitero trazó sobre la arena del jardín el perfil de la espada, para que el personal del Museo pudiera reconocerla; y de este modo identificada, la espada perdida volvió á su vitrina, y el celoso alcalde vió premiada su lealtad con una condecoración.

Todavía hubo otra intentona de robo por medio de escalo, que iba dirigido hacia la sala llamada *el joyero,* donde se veían los objetos de orfebrería de las edades Media y Moderna, y que motivó una nueva guardia, fusil al brazo, de los empleados de la casa. Pero debía estar escrito que en el Museo no se consumaría robo alguno hasta la era de paz y de seguridad públicas de que todavía disfrutamos.

*
* *

Por el contrario, el Museo, si se vió sacudido por los vaivenes de la revolución, también recibió de ésta beneficios. Los conventos en que puso mano la demoledora piqueta revolucionaria, y los viajes, modesto ensayo de *missions scientifiques,* realizados por varios individuos del Museo, comisionados para adquirir objetos antiguos, fomentaron extraordinariamente el caudal de la casa.

Uno de esos conventos, el de Santo Domingo, en Madrid, que conservaba por cierto hermosos trozos de decoración mudejar, fué para los aficionados á las artes una verdadera mina, pues como antes de que lo derribaran para abrir la moderna calle de Campomanes, pudo todo el que quiso penetrar en él y escudriñar cuantos aposentos, dependencias y rincones había

en el vetusto edificio, fueron los artistas y anticuarios de afición, y quién arrancaba azulejos, valiéndose de un clavito torcido, quién desprendía algún trozo de buena talla, quién algún otro resto, y cada cual aumentó por tan fácil modo su colección particular con lo que estaba destinado á perderse entre escombros. De este convento pasaron al Museo los restos del rey D. Pedro *el Cruel*, que hoy están en Sevilla, y los sepulcros suyo y de su nieta doña Constanza.

La revolución puso en juego medios harto conocidos para convertir en ricos veneros del progreso intelectual los elementos de instrucción olvidados ó escondidos; y como las pasiones políticas andaban tan exacerbadas entonces, y á la dictadura se contestaba con la agresión, las antigüedades causaron sangre. Nos referimos al asesinato del gobernador de Burgos, caso horrible que presenció el comisionado del Museo D. Francisco Bermúdez de Sotomayor. Había ido éste allá en busca de antigüedades y con el gobernador fué á la Catedral, donde dicha autoridad quería incautarse de los objetos que Bermúdez estimara de suficiente mérito arqueológico. Y estaban en el claustro, conversando ó tratando con personas del cabildo, cuando una turba de amotinados invadieron violentamente aquel recinto en son de impedir la incautación, y no se contentaron con menos que con echar una cuerda al cuello del gobernador y arrastrarlo bárbaramente por la escalera que baja al templo y por el templo mismo, que á tan sacrílega demasía llegaron con tal de impedir menor pecado. A Bermúdez, quizá porque no lo conocían ó por ignorancia de la comisión que había llevado, nada le hicieron. El no huyó, ó en todo caso no hizo más que refugiarse en la iglesia, donde presenció aquel horrible espectáculo.

Hay ocasiones en que, en medio del mayor estupor del espíritu, un detalle insignificante viene á distraer por un momento la atención. Bermúdez vió aquello, quizá sin darse cuenta de lo que veía, por lo mismo que era tan inaudito, y porque ya entonces tenía muy perdida la vista con el continuo

examinar monedas. Y al poco de pasar la turba criminal con su víctima, Bermúdez (que llevaba toda su vida consagrada al estudio de las monedas antiguas y era gran autoridad en la materia, que aprendió en París, donde por dedicarse también al cultivo de las lenguas orientales le llamaban sus compañeros *el chino),* advirtió un objeto que relucía en el suelo, é instintivamente se bajó á cogerlo, lo examinó, y vió que era un gemelo roto: era un despojo del desgraciado gobernador.

A otros comisionados, por el contrario, les sucedieron casos risibles. Habían ido á Palencia D. Juan Sala y D. Joaquín de Salas Dóriga, ambos del personal del Museo, y andaban adquiriendo objetos romanos de la localidad, de los que trajeron buena colección. El sujeto que les vendió todos ó parte de ellos hubo de enseñarles un curioso amuleto de forma harto expresiva: era un *falo* de bronce. Incitáronle los comisionados á que se le entregara para el Museo, y el bueno del hombre pareció dudar, rascóse la cabeza y les dijo:

—El caso es que mi hijo dice que esto es un dije muy bonito para el reloj, y que se divierte enseñándolo á los amigos.

Pero al cabo lo cedió.

De todos esos viajes, uno solo se realizó fuera de España: el que hizo en 1871 á Egipto, Siria y Grecia con el artista, hoy afamado arquitecto, D. Ricardo Velázquez Bosco, el Sr. Rada y Delgado, actual director del Museo, que consiguió por donación algunos objetos raros y alguno precioso.

De los realizados en España, el viaje más importante fué el que efectuaron los Sres. D. Paulino Savirón, D. Juan de Malibrán y luego D. Ventura Ruiz Aguilera, al famoso *Cerro de los Santos,* cerca de Yecla (Murcia), donde el Sr. Savirón planteó y realizó excavaciones, las primeras y únicas efectuadas por empleados del Museo, y fructuosas por cierto; pues de ellas proceden la mayor parte de las peregrinas esculturas de carácter greco-oriental, célebres en la ciencia, cuya serie se aumentó con las que poseían y regalaron los Padres de las Es-

cuelas Pías de Yecla, por generosa mediación del P. Carlos Lasalde, que más de una vez ha escrito acerca de ellas.

Es imposible hablar de las esculturas del *Cerro de los Santos* y del Museo sin hablar de D. Vicente Juan y Amat, conocido por el *relojero* de Yecla, y también por *el célebre arqueólogo* (?), pomposo título que estampaba en sus tarjetas, sujeto que ha llegado á ser casi legendario, pero que, visto de cerca, es de los más curiosos que pueden encontrarse en las rancias y anticuadas capas sociales de nuestro país. Rancio y todo, Amat ha sido una enciclopedia de conocimientos y aptitudes utilitarias: pedicuro, inventor de específicos contra los callos, dentista, relojero, pintor, según acredita el decorado mural de la casa en que habitó en Yecla, anticuario, y no falta quien suponga que escultor capaz de *interpretar* á su modo el estilo especial de aquellas esculturas: tales han sido las preocupaciones y granjerías de ese hombre, á quien hace pocos años encontró en el hospital provincial de Alicante un investigador francés, M. Engel, que pasó la frontera incrédulo en la autenticidad de las antigüedades del *Cerro de los Santos*, y cuando por sí mismo extrajo de ellas en éste, cambió de opinión, y, *convertido* en ese punto, volvió á su país.

Amat, ejercitando sus varias actitudes, recorrió casi todos los pueblos de España. Había visto mucho, y su conversación no tenía precio por lo pintorescos que resultaban de sus labios los relatos de miles de sucesos peregrinos. Amat había conocido á un célebre viajante que tenía la humorada de anunciarse en mesones y posadas, cuando á deshora llamaba á ellos para descansar del largo camino, con el nombre *¡El Padre Eterno!,* que él llevaba por apodo, y que pronunciaba con estentórea voz de bajo profundo, que en el silencio y recogimiento de la noche infundía miedo en mujeres y chiquillos.

Tenía el famoso *anticuario* de Yecla buen olfato para encontrar antigüedades por dondequiera que iba; y por cierto que le sucedió un lance curioso, que debe contarse porque constituye una página curiosa del magnífico jarrón árabe que

posee el Museo. Años hacía que un hombre del campo encontró casualmente, entre la tierra, tan hermosa pieza, y se la dió al cura de Hornos, pueblo de la sierra de Segura, en la provincia de Jaén, el cual cura la dedicó á servir de pie á la pila de agua bendita, como el jarrón análogo que compró Fortuny en el Salar junto á Granada. Vió Amat en Hornos el jarrón, y tanto debió «llenarle el ojo», que hizo al cura proposiciones para adquirirlo. El cura se negó. Amat, que tenía la tenacidad del *anticuario* redomado, volvió al pueblo con nuevas proposiciones, y por fin consiguió que el cura le prometiera dárselo si costeaba el blanqueo de la iglesia y ponía un pie nuevo y apropiado á la pila del agua bendita. Corrió Amat á Granada, mandó hacer á un marmolista el pie deseado, lo llevó, dió *treinta duros* para aquella obra, cargó el jarrón sobre una caballería y echó á andar. No había salido del pueblo, cuando le alcanzaron algunos vecinos belicosos con resolución de impedir que sacara el jarrón. Amat entonces pidió auxilio al alcalde, quien amparó los derechos del comprador y le hizo acompañar de dos hombres un buen trecho, para que los *celosos* vecinos del pueblo no impidieran su partida con aquel objeto ya para ellos estimable. Luego Amat vendió la joya al gobierno en 7,500 pesetas.

*
* *

Pasado el período revolucionario, el Museo entró en una nueva fase. Cesaron las excursiones en busca de objetos y comenzaron los trabajos de recopilación de colecciones particulares, medio por el cual se han formado y enriquecido todos los museos. Adquiriéronse las colecciones de Salamanca, Caballero Infante, Abargues, Asensi, Toda, recibiéronse por donación las de Prado Alegre y Oñate, y fuéronse instalando provisionalmente, dijérase que almacenando, en aquellos

edificios, cada día más estrechos y ahogados, en que la arqueología iba tejiendo su tela de araña, de Penélope para los empleados del Museo, pues *tejiendo* y *destejiendo,* se han pasado quince años allí, sin conseguir nunca una instalación definitiva y suficientemente decorosa. Sólo en los últimos tiempos, por el año de 1888, consiguió el Museo que se le construyese en su jardín un edificio más, compuesto de un salón bastante capaz y una galería, con lo que pudo darse algún desahogo á las colecciones de cerámica y bronces de la antigüedad clásica. Pero aquello seguía siendo una cárcel de antigüedades.

Razones fáciles de comprender vedan al autor de estas líneas ocuparse de los trabajos realizados en aquella casa y en ese largo período por el personal facultativo del Museo; por incidencia ha hablado de algunos de los arqueólogos que allí han dejado huella y que ya no existen. Entre estos se cuentan también D. Basilio Sebastián Castellanos, el primero que se ocupó en España de difundir los conocimientos arqueológicos, y que sucedió al celebrado autor de *El Trovador*, D. Antonio García Gutiérrez, en la dirección del Museo; y se cuenta el inolvidable D. Cárlos Castrobera, gran numismata, que consagró su vida al monetario y á quien la muerte sorprendió cuando estaba ultimando un ensayo de traducción de los códices mayas.

Al salir ahora el Museo de *su concha,* donde por tanto tiempo estuvo confinado, nace formado, nace rico, con más de 157.000 objetos, que representan todos los pueblos y todas las épocas, cuyas colecciones están dispuestas con el método conveniente, en un local digno, amplio y apropiado. Ya ha dejado de ser el almacén arqueológico oficial. Ahora podrá responder á sus fines con mayor facilidad. Muchas y grandes son sin duda las modificaciones que al Museo esperan con el transcurso del tiempo. Pero entra por tanto en lo que á las cosas se refiere la parte material, que, es forzoso reconocerlo, el paso más importante para su regenera-

ción acaba de darlo el Museo. Recientes disposiciones del ministerio de Fomento, encaminadas á que la juventud adquiera ciertos conocimientos de una manera práctica, acaban, por otra parte, de demostrar que el espíritu del país reclama ya que el Museo deje de ser un sitio de recreo para los curiosos, estéril para la cultura, sino que, por el contrario, sea viva fuente de enseñanza de la historia, eterna maestra de la humanidad.

José Ramón MÉLIDA.

LA PRENSA INTERNACIONAL

Supervivencias del estado salvaje.

La historia es la política del pasado», dice el eminente historiador inglés Edward A. Freeman. Y, en efecto, el estudio de la historia tiende á aproximarse cada vez más á la sociología; porque no hay nada tan instructivo acerca de las épocas extintas como el examen de las sociedades primitivas, de los usos y costumbres de la vida salvaje, de la evolución de los sentimientos morales y de las ideas religiosas. Para comprender el desarrollo de nuestros Estados modernos, hay que remontarse á sus orígenes; y nada hay tan interesante como hacer constar de qué manera y hasta qué punto tal ó cual usanza de las remotas civilizaciones se ha transmitido á través de las edades, desde nuestros antepasados hasta nosotros. Tal es el asunto que estudia el señor J. William Black, en la *Popular Science Monthly*.

En muchas de nuestras ceremonias sociales, en nuestras modas, en nuestras vestiduras, en nuestros adornos, en las nociones que tenemos del matrimonio, de la propiedad, de la ley, no somos más que esclavos de las costumbres y de las tradiciones del pasado. Las pruebas de este axioma sociológico se encuentran á cada paso. Tal ó cual de nuestros usos modernos, que nos parece inexplicable á primera vista, debe á una tradi-

ción desaparecida la causa de su origen. En nuestros tiempos, á pesar de la difusión de las cerillas fosfóricas, aún sigue el indio produciendo el fuego sagrado por el antiguo método de frotar dos pedazos de madera seca, descrito en los libros védicos; pero emplea las cerillas occidentales para todos los demás usos de la vida. Catlin ha notado el mismo hecho en algunas tribus indias del Norte de América. También los egipcios han persistido en valerse del cuchillo de piedra en los ritos religiosos de la circuncisión, mucho tiempo después de introducirse en la práctica las armas y los trebejos de metal. Veamos ahora los vínculos que enlazan nuestro matrimonio moderno con las uniones conyugales de los hombres primitivos.

«¿Cómo explicar, dice el Sr. William Black, los dulces y el viaje de boda, la tempestad de arroz y la lluvia de zapatos viejos que (en los países de costumbres inglesas) acompañan á la partida de los recién casados, sin acudir á las costumbres de tiempos remotos? La modestia de la joven soltera moderna es igual á la de la soltera joven de antaño. Es de buen tono manifestar cierta repugnancia por el matrimonio, aun cuando la mayor parte de las veces sea fingida esa aversión. Es muy probable que esto proceda de la época en que los pueblos tenían la costumbre de buscar mujer en las tribus vecinas; pero se ha sostenido como una mentira convencial hasta en el caso en que ese cambio de estado civil no tiene nada de desagradable. No es raro el matrimonio por captura, no es raro, y aún se encuentra en ciertas tribus indias, entre los circasianos, y en las razas primitivas de Australia, Nueva Zelanda y América; y la supervivencia de estas costumbres parece indicar que también existieron en las antiguas razas semíticas y arias. El rapto de las Sabinas nos prueba que también las practicaban los primeros romanos.

»Más tarde, la primitiva forma del matrimonio por captura fué reemplazada por el matrimonio por compra, pagando el novio cierto precio á los padres de la novia, y celebrándose, por lo común, el contrato sin el consentimiento de esta última.

En ese segundo estadio, en el cual iban siendo ya más pacíficos los procedimientos, la violencia del primer sistema subsistía, sin embargo, en estado de supervivencia. A su vez, la compra de la mujer pasó de su forma real á la ceremonia simbólica. Entre los neo-zelandeses no se toma mujer sin un prolongado combate entre los amigos del novio y los de la novia. En ciertas tribus de la India, el novio debe ante todo triunfar de un hombre muy vigoroso, encargado de defender á la novia. También se ha visto en los esquimales una curiosa analogía: el joven candidato al matrimonio no está autorizado para celebrarlo sino cuando ha muerto á un oso polar sin ayuda de nadie; considérase este acto como una prueba de que podrá atender á las necesidades de la casa. En Turquía, la parte principal de la ceremonia consiste en una carrera que dan al novio los convidados, quienes le golpean y le siguen los pasos aullando; y lo que no deja de dar más sal y pimienta á esta costumbre es que los principales protagonistas de esa fiesta suelen ser las mujeres abandonadas por los amantes. Otra supervivencia del matrimonio por medio del rapto se ha descubierto entre los cingaleses, donde el rey y la reina, al casarse, arrójanse el uno al otro pelotillas perfumadas y se rocían con aguas de olor.»

Así persiste el símbolo del rapto, hasta cuando ya ha desaparecido toda huella de lucha y el matrimonio ha adquirido una forma pacífica. En otras tribus, trátase por todos los medios posibles de acumular los obstáculos para impedir que el novio consiga unirse con su futura esposa.

El matrimonio entre los griegos y los romanos comprendía tres actos distintos: la salida del hogar paterno, la conducción de la recién casada al domicilio de su marido en procesión formada por los parientes y amigos, precedida de portadores de antorchas, y, por último, el acto de violencia, porque el marido debía llevarse á su mujer á casa sin dejar que los pies de ella tocasen á los umbrales. Unidos ya para lo sucesivo, marido y mujer ofrecían á los dioses preces y sacrificios, y

comían la sagrada torta de trigo. Esta última ceremonia, que ha sobrevivido en el moderno «pan de la boda», tenía la mayor importancia, pues ella sola cimentaba y consagraba definitivamente la unión de ambos esposos.

En cuanto á la fiesta nupcial misma, tiene ciertamente su origen en el banquete que en otro tiempo acompañaba á la celebración del contrato matrimonial de compraventa, y en el que se comía en común una parte de los objetos dados en pago por el novio. También la dote tiene la misma causa. Al principio, reemplazóse por presentes el precio pagado, entregándoselos al novio ó á la novia. En Atenas, desde los primeros tiempos de la República era conocida ya la dote, puesto que el padre de la novia le hacía un regalo con ocasión de la boda. Esto nos lleva á la costumbre de los presentes ofrecidos por el novio á la novia: Tácito la señala ya entre los germanos, y la hallamos también aún en China y en el Japón. Recientemente se servían de verdaderas armas los irlandeses para el simulacro del combate matrimonial; pero el accidente ocurrido á lord Hoatch, quien perdió un ojo en uno de esos festejos, puso fin á esa costumbre mantenida con harta exactitud. El autor señala también el hecho de que en Ceylán la novia ata una cuerda delgada alrededor de la cintura de su novio. Esto es emblema de la indisolubilidad del vínculo, y al mismo tiempo prueba de que la mujer es el «amo» en ese país. Adviértase cuán diferente de los demás es este símbolo; pues, por el contrario, todos ellos tienen por objeto afirmar la soberanía del marido. Así, en la Rusia de tiempos antiguos, el padre que acababa de casar á una hija cogía un látigo nuevo y la pegaba suavemente con él; después de lo cual entregaba el látigo al recién casado, indicando con eso á la joven esposa que no había hecho sino cambiar de señor.

Después del matrimonio, el precio de la sangre ó la venganza individual ofrece también ancho campo de experiencias. Hoy mismo, en la Australia, considérase el deber más sagrado que pueda imponerse á un hombre el de vengar con

la muerte del enemigo la de su más próximo pariente. Si lo eludiese, la opinión pública le llamaría enérgicamente al sentimiento de las conveniencias. En el Brasil, un hombre que mata á alguien de su tribu es conducido por sus propios parientes á los de su víctima, para que estos últimos puedan estrangularlo y enterrarlo para saciar su venganza. Es un derecho al que nadie se puede oponer. Luego de efectuada esa ejecución, ambas familias celebran su reconciliación con festines que se prolongan durante muchos días.

Por desgracia, no siempre pasan las cosas de un modo tan amistoso; porque si huye el culpable, el vengador debe buscar una víctima en la familia y matar al más próximo pariente de aquel. Así se comprende por qué la familia del matador tiene interés en que éste sea castigado: de ese modo queda exenta de toda responsabilidad ulterior en el asunto. Además, acontece á menudo que el castigo del inocente en vez del culpable produce disensiones y odios entre las tribus.

El reconocimiento oficial de este derecho á la venganza se observa en la más remota antigüedad: proclamábase en la ley de los germanos. Tylor debe de tener razón al decir que la causa de haberse atenuado y casi extinguido debe atribuirse al crecimiento de la población y al desarrollo de la vida en las ciudades. Entre los hebreos quedaba en suspenso este derecho durante los días de fiesta, había ciudades de asilo donde el criminal quedaba en salvo: era la primera componenda con la inflexibilidad del principio. Más tarde se reemplazó la pena de muerte por el *wergild* ó precio de la sangre. Tal es, de seguro, el origen de nuestra moderna pena de multa. El *Exodo* llega hasta á señalar la tarifa de las sumas pagaderas por cada una de las partes del cuerpo. Los antiguos anglosajones habían instituido una tarifa idéntica, donde se valuaban los dientes, los cabellos, las uñas, etc., cada cosa según su valor particular. Por ejemplo, la pérdida de la barba se tasaba en 20 chelines; mientras que una pierna rota sólo valía 12, y con seis se pagaba la fractura de un diente incisivo. El rescate del

homicidio de un hombre libre fijábase en 200 chelines; pero no se debía más que la mitad de esta suma por un pie ó una mano, y cinco chelines por la uña del dedo meñique. Claro es que el precio variaba según la posición social de la víctima: un *thegon* real ó *lord* estimábase hasta en 1.200 chelines.

¿Acaso no reviven esas rancias costumbres por completo en nuestros Códigos modernos? Y, cuando hablamos de la vindicta pública, ¿no equivale á decir que la sociedad se venga castigando al culpable? El ministerio público hace las veces del acusador, y á los testigos se les supone citados por interés de la paz pública. Las regiones montañosas del Sur de Inglaterra están llenas aún de supervivencias de aquel estado de cosas. Los periódicos refieren frecuentemente haberse cometido un crimen, cuya causa era odios antiguos entre dos familias; y tan admitido se halla esto, que, si se condena al culpable, siempre es á una leve multa.

La historia del vestido en los pueblos civilizados no aparece acaso tan clara como la del matrimonio y la de la venganza. Sin embargo, debe buscarse el origen de aquél en la necesidad de adornos que existe en el fondo de todo espíritu salvaje. Citemos como recuerdo el hecho, citado por Tylor, de que los habitantes de las islas Andamán se frotaban todo el cuerpo con tocino y greda para preservarse de los mosquitos; pero, en verdad, esto tiene remotísima relación con el adorno y hasta con el vestido.

En las razas más salvajes, y hasta sin distinción de clima, se encuentran el vestido y el pintarrajeo. ¿En qué época prehistórica comenzó á llevarse cinturón, para colgar de él pieles, plumas ú otros adornos?

Estos diferentes objetos dieron bien pronto origen á la túnica, que es el vestido clásico de los pueblos del Mediodía y que aún se usa en China y en Japón, como se usaba en otros tiempos en Egipto, en Grecia ó en Roma. Por el contrario, en el Norte, donde los rigores del clima no permitían vestiduras flotantes, hallamos la chaqueta y el pantalón, hechos de pie-

les al principio, de telas después. Los esquimales, por ejemplo, visten desde largo tiempo ha con arreglo á este principio. Donde faltaban las pieles, recurríase á hojas de árboles. Brasil está particularmente favorecido desde este punto de vista, porque su «árbol de camisas» suministra hecho el vestido. Basta descortezar el árbol y quitarle las ramitas, para tener en el acto un traje completo y sin un pero que ponerle.

Ya nos ha hecho recordar el autor que en Roma se usaba ropa talar. Los bárbaros son quienes introdujeron los vestidos ajustados. Los hombres adoptaron este nuevo tipo; pero no las mujeres, las cuales siguieron vistiéndose á la moda antigua.

Nuestras elegantes nada han inventado al horadarse las orejas para llevar en ellas zarcillos, al cargarse de pulseras los brazos y de sortijas los dedos. Desde la más remota antigüedad, los salvajes han practicado las mutilaciones de los labios, de la nariz y de las orejas. Según Schweinfurth, entre los bongos, las mujeres se someten á una operación dolorosa para adquirir una horrible deformación del labio inferior; y en el orificio que en él practican introducen pedazos de pedernal ó de marfil, y hasta cuernos de animales, á veces de una pulgada de diámetro. Los indios se agujerean las orejas de modo que llevan al mismo tiempo media docena de ajorcas. Pero los chinos aún van más lejos: obtienen una monstruosa dilatación de las orejas, tan enorme, que emplean ese útil apéndice en los usos más imprevistos. El Sr. William Black ha conocido á un chino que se valía de las orejas como de un portamonedas, y llevaba en ellas el precio de alquiler del carruaje para pagar al cochero.

¿Hace falta insistir en que la antigua costumbre de pintarse el rostro ha sobrevivido en los *clowns* de nuestros circos, y que los dibujos con cicatrices superficiales coloridas en la piel, inventados y practicados por las tribus salvajes, los adoptaron y perfeccionaron los marineros de todas las marinas del globo terráqueo?

Ya se ve cómo estamos mucho menos lejos de nuestros an-

tepasados bárbaros de lo que nos complacemos en proclamar; y hay muy pocas de sus costumbres, aun las más extrañas y salvajes, de las cuales no hallemos entre nosotros la supervivencia más ó menos atenuada.

Los pobres en la sociedad moderna.

I

Los pobres en los pueblos civilizados.

La situación jurídica de los pobres en el Estado moderno es más ó menos anormal en casi todas partes. Aun cuando se está lejos de considerar desde el punto de vista formal como un crimen la pobreza, sin embargo, en la realidad se castiga como si lo fuese, merced á los restos de barbarie que aún abundan en los Códigos europeos. Cierto es que á nadie se le castiga porque no tenga un cuarto, pero sí por las consecuencias á que lleva por necesidad la extremada miseria. Antes de conquistar el derecho al trabajo (cosa tan difícil de conseguir), los socialistas debieran preocuparse de la modificación de los Códigos en los artículos relativos á los delitos de los pobres. No cabe duda que una agitación en ese sentido no se prestaría á frases de relumbrón y solemnes; pero (lo cual es más grave), teniendo de su parte á todo el mundo, incluso á los mismos gobiernos, podría triunfar. ¿Qué sería preciso obtener, en resumen? Una diminución sensible de las penas correspondientes á los delitos que son efecto de la miseria; una especie de in-

versión de los artículos de las leyes penales contemporáneas. Para nuestra legislación actual, lo primero de todo es la moneda y la mercancía, dioses inviolables de la organización social moderna. Partiendo de este principio, todos los delitos contra el dinero se penan con el mismo rigor que los crímenes cometidos en la antigüedad contra las divinidades supremas. Y, sin embargo, hay que convencerse de esta idea, tan verdadera y tan triste: la mayoría de los delitos y de los delincuentes se reclutan *en todas partes* en la clase de los pobres. Es una ley casi universal que la pobreza extremada es quien engendra casi todos los crímenes contra el dinero y las mercaderías, es decir, contra la propiedad. Bendiciendo á quienes no caen en la tentación, es preciso apiadarse cada vez más ante las víctimas de una ley más fuerte que ellos. He aquí las ideas que nos ha inspirado el artículo del Sr. T. W. Teifen acerca de la *Miseria social en Austria. (Deutsche Worte,* mes de Julio.)

Entre otras cosas, el autor se preocupa en él de los sacrificios que la sociedad impone á los pobres. Veamos, por ejemplo, la cuestión de la mortalidad. Parece ser que ésta es tan grande entre los pobres de Viena, como entre los de Berlín, París ó Londres. Sabido es, según las estadísticas de Casper, la proporción de la mortalidad en las clases ricas en Prusia (el autor ha tomado por base de su estudio las familias de los príncipes y de los aristócratas) y los pobres de Berlín es como 57 : 345, para los niños menores de cinco años. La duración media de la vida de un príncipe ó de un conde prusiano es de cincuenta años; la de un pobre berlinés, de treinta y dos años. El Sr. Teifen estudia la ciudad de Viena, según la situación económica de los vecinos de sus diferentes distritos. Así, compara el autor los distritos I y X de la capital austriaca. En el primero, en 1891, hubo 114 defunciones por cada 10.000 habitantes; en el décimo hubo 349. En el decenio de 1881 á 1890, para 68.083 habitantes del distrito I hubo 8.162 defunciones (11,99 por 100); en el distrito X, para 68.798 habitantes hubo nada menos que 19.599 defunciones (28,49 por 100). A las mismas

conclusiones ha llegado en Hungría el Sr. Korosi, respecto á la ciudad de Budapest.

La gran mortalidad parece ser uno de los castigos inmerecidos de la miseria; y, en rigor, la mayor parte de ella corresponde á los pobres. Pero no se limita á esto la serie de sus malandanzas. Según un publicista alemán, el Sr. Pettenkofer, es preciso admitir 34 casos de enfermedad por 1 caso de muerte, veinte días de duración media de enfermedad, á 2 pesetas diarias de gasto por esa causa. Aplicando estos datos á la población del distrito X de Viena, dedúcese que, durante dichos diez años, gastó en enfermedades unos 27 millones de pesetas, ó sean 40 por persona; contra 11 millones gastados por el distrito I.

Cuando se estudia el carácter de las enfermedades que padecen los pobres, obsérvanse resultados no menos sorprendentes. Las dolencias del sistema nervioso, que se consideran como enfermedades de los ricos, castigan mucho más á los pobres. La mortalidad en Viena por esas enfermedades fué de 12,8 defunciones por 10.000 habitantes en el distrito I; y en el distrito X, fué de 33,8 por 10.000. La misma proporción existe entre las defunciones causadas por las enfermedades de los órganos respiratorios (20,7 contra 58,2 por 10.000).

Los hijos de los pobres son quienes espían, sobre todo, el crimen de la pobreza de sus padres. Según Wappaüs, el 19 por 100 de los niños mueren antes de cumplir un año; pero en el distrito X de Viena, mueren 32, contra 12 á 15 que fallecen en el primer distrito.

La miseria influye igualmente con toda su pesadumbre sobre la salud moral é intelectual de los pobres, y es cada vez más grande la proporción de los locos entre ellos.

El Estado, ¡ah!, no puede más que registrar estos resultados, propios de la pobreza. ¿Qué hacer para disminuir su importancia ó contener su prodigioso desarrollo? ¿Hay algún medio para abolir la miseria y sus consecuencias? Muy otro es el papel del legislador con respecto á la situación de los po-

bres, en lo relativo á la represión de los delitos engendrados por la miseria. No debe echarse en olvido que los delitos y los vicios, igual que las enfermedades, proceden en gran parte de la pobreza y de la miseria.

He aquí lo que nos dicen las cifras recogidas por el señor Teifen:

En el transcurso de los años 1874 á 1889, fueron condenados por los tribunales en Austria 7.687.988 individuos. Añadamos que el número de éstos, que era el de 366.333 en 1874, fué de 576.144 en 1889; es decir, que el aumento de la cifra de los criminales en Austria ascendió en quince años al 86,7 por 1000, mientras que en ese tiempo sólo aumentó la población en un 13,5 por 100. Pues bien, los pobres son quienes suministran casi todos los elementos á la estadística criminal.

Entre los años 1880-1889, los robos y los abusos de confianza constituyeron el 63 por 100 de la totalidad de los delitos.

Por cada 100 condenados por toda clase de delitos, hubo en:

	1885	1886	1887	1888	1889
Pobres.....	88,8	89,3	89,8	90,2	90,5
Mediana posición.....	10,9	10,1	9,8	9,3	9,1
Acomodados.....	0,3	0,6	0,4	0,5	0,4

Limitándose nada más que á la estadística de los robos, se vería que el 95 por 100 de los reos son pobres.

Además, la creciente miseria desarrolla ó más bien provoca los instintos criminales en los adolescentes de uno y otro sexo. En 1874 se condenó en Austria á 333 niños de once á catorce años; y en 1889 su número fué ya de 614; ó sea casi el doble. Y su delito consiste casi exclusivamente en el robo.

El número de delitos aumenta porque al mismo tiempo aumenta la miseria. En vano se dirigen acusaciones contra la falta de instrucción; porque es cosa averiguada que la pretensa civilización de las clases inferiores no las detiene en la

senda del crimen, sino que, por el contrario, va siempre en aumento el número de los criminales que saben leer. El señor Teifen no toca este punto de la cuestión; pero para persuadirse de ello, basta recorrer los anales estadísticos franceses ó alemanes. Y basta, decimos nosotros, estudiar la situación desesperada de los municipios que luchan contra la creciente miseria, para comprender la clave del enigma.

En Austria, el número de las personas que viven á cargo de los municipios ha duplicado en diez años (de 1873 á 1883.) Los presupuestos municipales están tan recargados, que son impotentes ante la miseria cada vez más invasora y más terrible. En otro estudio acerca de la *Miseria de los campesinos franceses*, hemos demostrado que el mismo fenómeno se observa también en Erancia, el país conceptuado como más rico en el mundo entero.

Verdad es que entre nosotros no se ha llegado aún á recurrir á esos medios repugnantes que emplean ciertos municipios austriacos para desembarazarse de sus pobres (1). Agreguemos que los pobres socorridos no pertenecen á los haraganes y vagos, sino que la mayoría de ellos son trabajadores faltos de trabajo ó cuyo salario es insuficiente para atender á la vida de sus familias. De un estudio del Sr. Inama-Sternegg, consagrado á la *situación de los pobres de Viena*, resulta que entre las personas á cargo de la beneficencia pública hay un 57 por 100 de obreros de diferentes oficios, un 3 por 100 de criados domésticos, un 12 por 100 de jornaleros, etc. Sólo el 4 por 100 son gentes sin oficio ni beneficio, ó más bien holgazanes.

En la actualidad, aún permite la emigración disminuir los desastrosos efectos de la miseria. Los que ya no encuentran medios de vivir, los que, por consiguiente, se ven en víspera

(1) Una revista jurídica alemana, el *Archiv für sociale Gesetzgebung*, señala el hecho indigno de que ciertos municipios expiden á la América sus idiotas, locos y enfermos.

de cometer delitos, van á buscar en otra parte remedio contra sus instintos ó sus tendencias... criminales. Pero América acaba de cerrar sus puertas; el rumor de la miseria de los emigrados que allí afluyeron de todas partes disminuirá sin duda el número de los pobres y de los desdichados que emigren al Nuevo Mundo, y Europa debe prepararse de antemano á un gran recrudecimiento de los delitos contra la propiedad.

Ya es indicio infalible de ello el número de los suicidios, que ha aumentado en estos últimos tiempos en todos los países europeos. En estas condiciones, impónese cada vez más una especie de reforma de la penalidad relativa á los delitos contra la propiedad, reforma tanto más urgente cuanto que la anarquía acecha á todos los descontentos; y los que son víctimas, de una manera más ó menos injusta del actual orden social, se convierten en sus peores enemigos. Pues bien; la criminalidad adquiere unas proporciones tan desmedidas, que sería peligroso entre las víctimas de la expiación social tratar con el mismo rigor á todos cuantos han delinquido sólo por miseria, de la cual ha hecho casi un crimen la sociedad contemporánea.

II

Los pobres en los pueblos primitivos.

Por cruel que nos parezca la situación de los pobres entre las gentes civilizadas, aún lo es mucho más en los pueblos primitivos. Sin duda es mucho más dolorosa en el primer caso la conciencia de la desdicha. El pobre bárbaro siente y sufre menos; pero la caridad privada, la compasión individual endulzan siquiera entre nosotros la suerte de los pobres. No

sucede así entre los pueblos bárbaros. La ciencia sociológica tiene poco que enseñarnos acerca de los pobres en los pueblos primitivos, por la sencilla razón de que los viajeros no logran distinguir entre los salvajes ó las hordas pobres quiénes sufren más ó poseen menos aún que los que casi nada tienen. Sin embargo, nos aprovecharemos de un interesante estudio póstumo del viajero ruso Sr. N. M. Jadrintzev, recién fallecido (en 21 de Junio de 1894), acerca de los pobres en el Asia Central *(Mir Bozü*, Julio, San Petersburgo); estudio que contiene curiosas noticias sobre la manera de considerar y de tratar á los pobres en los pueblos nómadas y cazadores del Asia Central.

Dice el Sr. Jadrintzev que la organización capitalista no existe sino en estado de germen en los pueblos mongólicos del Asia central. Allí se distinguen los habitantes desde los puntos de vista religioso é intelectual. Pero hasta en las personas de más bajo nivel de cultura intelectual, se advierte la conciencia de su infeliz estado. Sólo que sufren con resignación, convencidos de que sus miserias y dolores están en el orden natural de las cosas y de que sería inútil luchar contra la suerte. El autor encontró á un pobre padre de diez hijos, el cual padecía hambre crónica y nunca llegaba á tener con que alimentar á su numerosa familia. Sus hijos producían el efecto de unos animalitos que hincaban el diente con avidez en todo lo que pudiera devorarse. El pobre hombre parecía conforme con su miseria, no esperaba nada, no se quejaba, y daba ejemplo de una resignación sin igual. Otro pobre, que se hallaba en las cercanías de un monasterio poblado de monjes lamaistas, al cual afluían de todas partes objetos de lujo y víveres, moríase también de hambre sin sublevarse contra su suerte. El hecho era tanto más asombroso, cuanto que todos esos monasterios arruinan al país, chupando todo cuanto pueden arrebatar á los habitantes. Los sacerdotes mongólicos son de una codicia legendaria. Viajan meses enteros para inspeccionar la situación material de los fieles y sonsacarles todo lo que les pueden coger.

Cuando llegan á una choza, piden todo lo mejor que haya, zampan y trincan hasta el gollete, y se largan después de haber saqueado al pobre creyente. Los ricachones que poseen grandes rebaños huyen de los conventos como de la peste, y se establecen cuanto más lejos mejor. Los pobres no están en ese caso, condenados á aguantar la codicia de los monjes, quienes sin escrúpulo los despojan de todos sus bienes. Reducidos á la última miseria, no piden nada al prójimo; pues no comprenden cómo ni con qué título podrían recurrir á la beneficencia de sus convecinos.

Los monjes á su vez no piensan en practicar la caridad, y nunca reciben en los monasterios sino á los niños ricos, cuyos padres pueden recompensar con largueza la hospitalidad que les otorgan.

Los huérfanos y los pobres no se admiten en los monasterios. Hasta las pobres monjas ancianas, que viven alrededor de los conventos de monjes, vense reducidas á alimentarse de los desperdicios que las arrojan desde fuera. Los ricachos no comprenden que pueda darse la menor cosa á los pobres, excepto lo que ganan á su servicio como pastores de rebaños.

Cuando ya no se necesita de un obrero, se le despide sin preocuparse para nada de cuál será su suerte; porque entre los mongoles existen proletarios, y hasta sin trabajo y sin recursos para vivir. Los ricos los arrrojan de su casa y los monasterios no les dejan entrar: con arreglo á un principio que no consiente excepciones, quien entra allí debe hacer donativos para la comunidad religiosa; de suerte, que, expulsados de todas partes, los pobres se abrigan dentro del estiércol durante el invierno y se alimentan con las cosas que encuentran en los caminos.

El Sr. Jadrintzev nos cuenta la conmovedora historia de un pobre muchacho que llevaba una vida de las más infortunadas, después de haber aceptado el puesto de sirviente en su expedición. Sufría con un estoicismo excepcional todas las tropelías de los que le rodeaban; y que una vez iban á juzgarle

los cosacos, por sospechas de *haber tenido la intención* de robar unas tripas de carnero. De pronto, el sentimiento de su miseria apoderóse del infeliz *Leksika,* como le llamaban los rusos; y aquel pobre hambriento y maltratado se puso á llorar de una manera tan desgarradora, que todos los concurrentes se conmovieron, y los mismos cosacos le perdonaron.

En general, dice el viajero ruso, los pobres están reducidos en esos países á la situación de Job, condenado á lamerse sus propias llagas y alimentarse del estiércol que les rodea. El ver á un pobre muriéndose de hambre no dice nada á quienes pasan junto á él, sin dejarse ablandar ó enternecer por su desventura.

Y esta falta de caridad no tiene su origen sino en la dureza de corazón propia de los hombres primitivos. No es raro ver en la calle á un pobre miserable royendo huesos con los perros ó llorando de hambre. Los transeuntes no se detienen, porque la compasión es para ellos enteramente extraña. Momentos hay en que personas débiles y hambrientas son presa de los perros que rondan en torno de los monasterios á la atisba de los restos de la comida de los monjes, que los arrojan por encima de las tapias afuera.

Basta observar los castigos impuestos á los ladrones pobres, para darse cuenta de la crueldad de los habitantes. El autor cuenta la expedición de los criminales mongólicos, la cual hace temblar de horror. Un camello llevaba á lomo una caja donde iba encerrado un hombre en cuclillas, *acusado* de haber cometido un homicidio. La caja no tenía más que dos agujeritos, uno destinado á hacer entrar el aire, y el otro para evacuar las necesidades que es de suponer. Encadenado dentro de la caja, llevaba ya tres años metido en ella, por la lentitud del procedimiento judicial en aquel país. Otro presunto reo iba atado á la joroba del camello: balanceábase su cuerpo de una manera desesperada y con la cabeza expuesta á una insolación. Los dos infelices eran alimentados de un modo insuficiente y parecían sufrir de hambre lo indecible. Sin embar-

go, el público permanecía indiferente, sin dar pruebas de ninguna clase de conmiseración. Añadamos que sólo eran *sospechosos* de criminalidad.

Es pasmoso que la doctrina de Zaquia-Muni, tan llena de compasión hacia los animales, no haya sabido inspirar alguna hacia los sufrimientos humanos.

El Sr. Jadrintzev generaliza el hecho, diciendo que en casi todos los pueblos primitivos falta casi por completo la compasión con los pobres y los desheredados. Por ejemplo, muy á menudo se ve en las tribus nómadas abandonar á sus enfermos á campo raso, condenándolos así á ser devorados por los animales feroces ó á morir de hambre. Por lo visto, la falta de corazón debe ser ingénita en el género humano; porque, ¿no la vemos también entre nosotros, á pesar de nuestra pretendida civilización y la sublime enseñanza de la religión cristiana?

LICENCIADO PERO PÉREZ.

CRÓNICA INTERNACIONAL

El 1.° de Mayo.—Diminución anual de su antigua importancia.—Causas de esta diminución.—Incompatibilidad de las utopías comunistas con la política real y práctica.—Mejora del problema social y del partido socialista en los pueblos libres.—De los jornaleros y los príncipes.—El marqués de Brezé y sus memorias.—León XIII y Enrique V.—Imposibilidad de la restauración borbónica en Francia.—Matrimonio de la princesa Elena con el duque de Aosta.—Reflexiones acerca de su trascendencia política.—Movimiento de los gobiernos europeos á la paz del Asia extrema.—Estado del Japón y ventajas universales que podemos aguardar de sus triunfos.—Carta de León XIII al pueblo inglés.—Respuesta del arzobispo de Canterbury.—Necesidad de una religión universal.—Estado de Grecia.—Conclusión.

I

Conforme se aproxima el 1.° de Mayo, se aumenta la tangible prueba de cuán utópica es, y de cuál impracticable aplicación, aquella idea, por el ardiente cerebro de Marx concebida y puesta en vías de realizarse por el genio dictatorial de Bakounine, que se dirigió á fundar una inteligencia y liga entre todos los trabajadores, los cuales, reunidos, impondrían su voluntad á todos los capitalistas, convirtiéndose así en capital único el trabajo. Entre los varios recursos y expedientes inventados, ninguno aparecía de tan fácil práctica como la celebración por todos los jornaleros de una fiesta, el 1.° de Mayo, en este nuestro hemisferio, por lo menos en este conti-

nente cuando ese día señala el despertar de la vida por el seno de nuestros campos y nos trae un regocijo natural proviniente del placer y del regalo, que procuran las bocanadas de aroma despedidas por las flores y el coro de árpegios formado por las aves. Hace un lustro ahora que la primera consigna se dió, y de año en año han ido las manifestaciones mayas perdiendo en importancia numérica, olvidadas por la mayor parte de todos cuantos las propusieron como una festividad anual, á todo el proletariado provechosa y del trabajo digna. Y la razón de tal marro está en que no hay como practicar los proyectos impracticables, para que aparezcan su sinrazón y su inánia. Formidable imperio podría ejercer tal unión de todos los jornaleros entre sí mismos, de compadecerse con otra unión estrecha entre sus intereses. Pero así como estallan, según los decretos de la concurrencia vital, emulaciones y porfías y luchas, rayanas en combates y guerras, entre los jornaleros, que profesan diversos oficios, ó entre los jornaleros, que, profesando igual oficio, trabajan á destajo, estallan luchas entre los jornaleros de distintos pueblos, cuales jornaleros llegan á las manos, conmoviendo y ensangrentando regiones enteras, movidos por sus mutuos inextinguibles celos. Cuando los libérrimos gobiernos americanos prohiben el trabajo de la gente amarilla bajo las estrellas de su pabellón; cuando Francia é Italia tropiezan á cada paso con dificultades diplomáticas generadas por las riñas de sus trabajadores en sus sendas regiones; sueño es y casi delirio una identidad tal entre todos los del mundo, que les permita inscribir en sus credos el mismo programa y atender por idénticos medios á sus necesidades, como si lejos de convivir so Estados de tanta y tan rica variedad como los nuestros, convivieran en monasterios de canónicas regularidades ó en cuarteles de severas ordenanzas. No sacan poco provecho todos los reaccionarios en Economía política para sus cordones de aisladores aduanas y para sus ejércitos de vigilantes aduaneros, del jornal debido á los pobres trabajadores y del empeño con que piden estos mismos

los salven de la concurrencia universal. Disciplinar los ejércitos del trabajo en toda la tierra puede parecer facilísimo al utopista, mientras irrealizable á quien sabe la historia y conoce cómo han marrado empresas de la misma universalidad mucho más hacederas, como por ejemplo, la monarquía universal. Una experiencia de que es imposible armonizar los intereses del jornalero y su clase, no ya en una misma ciudad, en un mismo taller, pues la recompensa especial habrá de premiar siempre la mayor inteligencia y la mayor actividad y la mayor honradez en los individuos, disminuye cada vez más los adherentes á las utopías, y demuestra cómo no podemos sustraernos á los efectos de la concurrencia en el trabajo, de igual forma que no podemos en el cuerpo sustraernos á los efectos de la enfermedad y de la muerte. Imperando una medida general de derecho en Europa, ninguna cortapisa hoy ataja la manifestación pública de los ideales con que sueña la familia jornalera europea; pero sí le imponen que se reuna y hable á su sabor en lugares clusos y techados, mas no al aire libre y en las calles, á causa de oponerse á ello la circulación en los sitios públicos, asegurada por las leyes á todos los ciudadanos. Hacen bien los gobiernos restringiendo aquello que al derecho de todos daña y ampliando aquello que al derecho de todos pertenece. La libertad amplísima de expresión en las ideas, quita el carácter nocivo á éstas, pues las racionales y practicables prosperan y las utópicas é imposibles desaparecen dentro de tal ambiente. Allí donde menos impera el despotismo en lo alto, también menos impera en lo profundo la utopía. Comparad, si no, Rusia con Suiza. Mientras en la campana pneumática de una triste autocracia sin freno el socialismo crece como ciertas plantas en las tinieblas, mengua de tal modo en la libertad helvecia, que puesto á votación popular el derecho al trabajo, hanlo rechazado por una grande mayoría los libres y expertos ciudadanos de la inmortal confederación. Y dentro de Alemania se ha visto que mientras los socialistas fueron perseguidos y acosados por leyes, cuyos

textos los expulsaran del derecho común, crecieron en utopías, y desde que por otras leyes más justas y sabias gozaron de libertad, se han amansado en términos de renunciar á toda revolución y sumarse muchas veces en los varios parlamentos germanos con la mayoría y con el gobierno. Como el sol aleja los buhos, el derecho aleja las utopías.

II

Pasemos de los jornaleros á los príncipes. Agitaciones profundísimas y encrespadas perturban hoy al partido realista francés. Y provienen estas agitaciones de recuerdos evocados en libros recientes respecto á hechos históricos del Borbón postrero y de medidas tomadas por la familia Orleans respecto á felicidad matrimonial y doméstica de una hermosa princesa. Estos dos hechos importan mucho y necesitamos referirlos por el orden con que acabamos de traerlos. Hay en los anales de la revolución un momento supremo, aquel en que Luis XVI quiere disolver los Estados Generales, á fin de dar él su Constitución otorgada, y un grito sublime de Mirabeau los transforma en Asamblea Constituyente, á fin de que puedan dar ellos una Constitución nacional. Era el minuto crítico, en que los diputados juraban á una con toda solemnidad no separarse hasta cumplido tal deber, cuando un maestro de ceremonias los interrumpe á nombre del rey, para decirles que se disuelvan. A una tempestad como aquella, en que fulguraban mil ideas nuevas, opuso la corte, no sus ideas seculares, no el arma de sus ejércitos, la vara de sus gentileshombres. Y esta vara la tenía en sus manos el marqués de Brezé. Imagináoslo con sus zapatos de blanca seda taconadísimos, su cal-

zón corto y sus medias lustrosas, el justillo recamado de oro, la capeta de terciopelo al hombro con su revés de marta cibelina, sus collares y cruces al cuello, su gorra con un bosque de plumas en la cabeza, y en la mano su vara de marfil con que dirige las ceremonias bizantinas frente á frente de aquel atleta, de aquel coloso, de aquel monstruo, que se llamaba Mirabeau; vestido de negro como un misterio; en la fuerza de su genio, en la creación de sus discursos, semejantes á rayos que fulminara un Dios; poseído por sus inspiraciones y poseedor de su auditorio; el cabello agitado por la electricidad del pensamiento en el cerebro y del cerebro en la cabeza; los ojos centelleando, semejantes á esos relámpagos del alma enardecida que culebrean como los relámpagos del sublime Sinaí; las manos crispadas por sus emociones con la frente fruncida por el verbo creador; y decidme si de aquellos dos mundos en presencia no representaba el uno la inútil y baldía liturgia de lo pasado, mientras el otro el vívido resplandor de un Horeb donde se levantaba tonante la nueva edad que debía derrocar todos los fetiches y derretir todas las cadenas. Así no es maravilla que hablara el marqués de Brezé muy bajo, y el presidente con los diputados no pudiesen oir lo que decía. «Más alto, más alto», clamaban de todas partes. «Señores, habéis oído las órdenes del rey, quien manda que os vayáis», gritó el cortesano. «Si las hemos oído—respondió Mirabeau—hemos oído los intentos inspirados al monarca; y vos, que no podéis ser su órgano; vos, que no tenéis en este recinto, ni silla, ni lugar, ni palabra; vos no debéis ser quien venga hoy á decirnos sus mandatos. Sin embargo, para evitar todo equívoco y todo aplazamiento, debo responderos que, si os han encargado de nuestra expulsión, deis orden inmediata de emplear la fuerza, pues nos ha reunido el voto de la nación y sólo saldremos con las bayonetas en el vientre.» A este rasgo inmortal de la elocuencia política se alzan todos los diputados sosteniendo su orador con fervorosa y unánime aclamación, dentro de cuyos estridores iban las voces de todos los dere-

chos estallando como nube de apocalíptico exterminio sobre la grandiosa excepción de todos los privilegios. «¿Puedo llevar al rey esta respuesta?», preguntó el pobre cortesano, aterradísimo por aquellas fulguraciones y deseoso de abandonar un sitio donde faltaba la respiración á su pecho. «Llevadla si os place», contestó el presidente. Con efecto, su propio maestro de ceremonias llevaba la sentencia de muerte inapelable al viejo absolutismo. Pues, aunque poco entendiera la Francia revolucionaria de aquel tiempo tal Brezé, aún entiende menos la Francia republicana de nuestros días su hijo, su nieto, su descendiente y heredero de todas suertes, el honrado y leal aristócrata, que representara en la corte del último Borbón proscripto ministerios análogos con los representados por su antecesor en la corte del pobre Borbón guillotinado. ¿Pues no atribuye á flojera en los diputados monárquicos de Versalles el año 73 como al abandono más tarde por León XIII de la causa realista el fracaso y frustración de todos los empeños puestos para restituirle á Chambord una corona destruida por los rayos delcielo y arrastrada con ímpetu al olvido por las corrientes del siglo? Necesita esforzarse uno para no reirse al leer que tenía ya muy bien apercibido su tahalí de general y su collar de la Legión de Honor, concluido, no con un águila de los Bonapartes, con una lis de los Borbones, para entrar en su fiel ciudad de París, que es un volcán de ideas nuevas, é instalarse ó en Versalles ó en el Louvre, que son museos de pintura y de arqueología seculares. En opinión del petrificado marqués, Dios tuvo dos hombres, como el conde de Chambord y el Papa Pío IX en esta vida, con el propósito providencial de que pudiera en el uno restaurarse la secular monarquía francesa, y en el otro restaurarse á su vez el poder temporal pontificio. Pero León XIII llegó y se opuso á estos providenciales designios. Apenas designado Papa, nombró al célebre Nuncio Czaky, sacerdote de ideas políticas muy avanzadas, con encargo de adherirse á la República; y apenas llegado el Nun-

cio Czaky á París, congregó los principales y más influyentes legitimistas, persuadiéndoles á disuadir al conde de todo empeño é insistencia en aspiraciones ilusorias é irrealizables. Y á León XIII atribuye, y al Cardenal movido por León XIII, como Lavigerie, y al desmayo en las gentes monárquicas, y al intrigar perpetuo de los orleanistas, y al Nuncio demócrata Czaky antes nombrado, y á todo el mundo los marros de las esperanzas monárquicas, ni más ni menos que pudiese hacer su progenitor el marqués de Brezé, si cuando llevaba mandatos del rey á un soberano Congreso constituyente, notificándole aquella no escuchada disolución, lo hubieran encerrado, como los personajes del célebre conde San Germán, que nunca se morían, en las bodegas de Versalles, y lo sacasen ahora con igual vestido que aquel en su cuerpo y en su alma con idénticas ideas á las expresadas en vísperas de la revolución universal.

III

Hay otras causas externas, que determinan la división interna del partido realista francés, y no aparece de las menores entre todas, hoy, el enlace próximo de la joven princesa Elena, hija del conde difunto de París, Luis Felipe de Orleans, con el joven príncipe, hijo del rey difunto de España, duque de Aosta, D. Amadeo de Saboya. Con solo pronunciar estos dos apellidos juntos, el Orleans y el Saboya, saltan á la vista el sin número de dificultades que hallará su enlace dentro de Francia, donde no pueden perdonar á Italia su ingreso en la triple alianza, y dentro de Italia, donde no pueden perdonar á Francia su toma de Túnez y sus propensiones á

Rusia. Pero el horror al proyecto se recrudece y encona en la derecha del bando borbónico, proviniente de los legitimistas antiguos, como todo el mundo sabe, la cual entidad política no quiere avenirse á ver una hermana de aquel á quien ellos consideran legítimo rey de Francia, unida en matrimonio con un príncipe de la excomulgada casa de Saboya. Nadie ignora la educación en Sevilla de la condesa de París, hija del duque de Montpensier, y el amor que á Sevilla infundiera en toda su prole tan ilustre sevillana. El mismo conde; francés de nacimiento, y alemán según el sello germánico puesto por la madre alemana en su carácter moral y en su complexión fisiológica, gustaba de pasar el invierno entre los olivares de Villa-Manrique, siempre aromada y tibia, cual todo el corazón de Andalucía. Y así, cuando aquellas comarcas por el mes de Abril se regocijan á la Páscua y á la Feria, henchidos los aires con acentos de guitarras y aromas de azahares, nada tan frecuente como encontrar á las princesas de Orleans por la plaza de San Francisco en los palcos del Ayuntamiento viendo las efigies, en las casetas del Real escuchando los cantares acompañados por las palmas y por las cañillas, en los derribos de toros por las dehesas, desde cuyos prados allá en lontananza se distinguen la Giralda y la torre del Oro, esmaltadas por aquella luz, y se oyen las aguas del Guadalquivir, cuyos rumores parecen cadencias de serenata y de romance. Rabien pues cuanto quieran los fósiles borbónicos: su princesa, descendiente del rey San Luis y del revolucionario Felipe Igualdad, pertenece por un sí á la España liberal, por otro sí á la Francia republicana, y por varios síes á la Italia una. Para encontrar prototipos y arquetipos á gusto de tales empingorotados señores, sería preciso que sacasen del sepulcro al conde de Chambord y lo vistieran de rey, como diz hizo D. Pedro de Portugal con D.ª Inés de Castro, constituyéndolo en zancarrón de la Meca realista, que sólo huele á muerto. Pero las casualidades múltiples del secular príncipio hereditario han dado el derecho fantástico de reinar sobre Francia

por herencia nada menos que á una dinastía revolucionaria, cooperadora en los cien años últimos á muchos destronamientos: al de la rama legítima francesa con el ya recordado Felipe Igualdad; y al de la restaurada con Luis Felipe, allá el año treinta: y al de D. Carlos en España con la cuádruple alianza urdida por aquel monarca francés y tan útil á la dinastía de D.ª Isabel II; y al de D.ª Isabel II misma con el duque de Montpensier. Muy revolucionaria esta familia en política, siempre queda en religión muy ortodoxa. Más está de Dios que se case la hermosísima Elena, con príncipe no acepto á la Iglesia católica. El primero en requerirla de amores fué un señor tan excelso como quien hoy reina sobre todas las Rusias, Nicolás II; pero había de renunciar á la religión romana, cambiándola por la religión griega, y tuvo que renunciar á la corona de czarina Elena. Prendóse luego de ella el heredero de la corona británica, hijo mayor del príncipe de Gales, y por causas análogas tuvo Elena que renunciar al trono de Inglaterra. Ahora se casa con el duque de Aosta, no tan hostil en materia religiosa de suyo al Papa; pero mucho más hostil que los otros dos en materia política, pues no habrá Pontífice, ni el magnánimo é inspirado León XIII, que renuncie á Roma y á su soberanía política en Roma. De aquí la ira del partido legistimista francés, tan opuesto á todo género de transacciones en asuntos políticos, y más que en asuntos políticos, en asuntos religiosos. Y este matrimonio, aun prescindiendo del amor que sienten los novios uno hacia otro, se ha convenido por el más liberal de los Orleanes vivos, por el duque de Aumale. Hay en esta familia príncipes que se dan la mano con los antiguos borbónicos, como el duque de Nemours; y príncipes que se dan la mano con los viejos demócratas, como el duque de Aumale. No pudiendo ser éste jamás en Francia el primer funcionario; porque la República no lo nombraría nunca por su sangre real, y en la Monarquía el principio hereditario, vinculado ya en resobrinos suyos, lo aleja del trono, confórmase con ser

el primero de los ciudadanos, dignidad debida por el, no solo á su apellido, á su amor hacia la ciencia y el arte, como al disfrute de gran fortuna, dirigida y administrada con verdadera parsimonia y profunda circunspección. Enemigo de todos los planes, por su familia enderezados á reconciliarse con los Borbones de la rama primera y con los legitimistas de antiguo abolengo; no queriendo sacar nada de la muerte del primo Chambord, y opuesto á que tomara el duque de Orleans títulos incompatibles con la soberanía del pueblo francés, ha ido en pos de cuantos enlaces pudieran prestar á su familia el carácter de parlamentaria ó constitucional; y así le agradó la boda de su sobrina Mercedes con el rey Alfonso, enemigo de los carlistas; le agradó la boda de su sobrina también, Amelia, con el rey Carlos, enemigo de los miguelistas; y le agrada la boda de su sobrina Elena, con el joven Amadeo, enemigo de los antiguos Borbones. Y algo reñido con la familia, primero por la inteligencia increíble de esta con la rama mayor, implacable hacia sus parientes revolucionarios, y después por las pretensiones, exacerbadas tras la muerte del conde de Chambord, al imaginario trono francés, imposibles de lograrse, y solo conducentes á perturbarlo todo sin obtener nada, ha visto de muy buen ojo esta boda de carácter progresista ó revolucionario, convenida en las maravillosas galerías del Real Sitio de Chantilly, que muestra cómo él, aunque proscripto casi en una vida sin dignidades, ni privilegios monárquicos, puede prestar á su patria servicio tan grande como unir una francesa ilustre con el joven y gallardo príncipe, para quien, según fundados cálculos de probabilidades conocidas, esta reservada en herencia, más ó menos pronto, la corona revolucionaria de Italia.

IV

Pero no solamente se oyen idilios en las cortes de los príncipes, truenan guerras también. Con ocasión del pacto propuesto por el Japón á China, y casi recibido ya por ésta, se ha un tan grande fragor y estremecimiento producido en Europa, que á sus retumbos y sacudidas los peones del tablero diplomático se han unos con otros mezclado, y las alianzas puéstose por tal modo de través y en oposición abierta con lo universalmente creído y esperado que marean. ¿Quién diría que por amor á Inglaterra se apartase Italia de Alemania? ¿Y quién diría que por amor á Rusia se juntase con Alemania Francia? Pues todo este aquelarre ha traído la paz entre la China y el Japón. Durante la guerra, nadie ha chistado. Sumergía el Japón la escuadra china, ó la iba poco á poco apresando, nada; recorría toda la Corea en paseos militares de conquista desde Poniente á Oriente, nada; se metía por la Mandchuria del Norte, rozando con los dominios moscovitas, como si tal cosa; dirigíase desalado en son de caer y desplomarse sobre Mukden, capital religiosa de los chinos, y todo el mundo se alzaba de hombros; aproximábase al golfo de Petchili, que le abría paso hacia la capital del Imperio, y no se movía una hoja, como si todos tuvieran interés en la destrucción de China; y cuando se tocan las consecuencias lógicas de tales hechos irremediables, los pacientes y conformados con todo lo sucedido se interponen ahora entre los vencedores y los rotos á componerlos tras neutralidad implacable, rayana en criminal indiferencia. Tiene gracia que Rusia, tan alejada de Mongolia y Tartaria, se haya extendido

por el Cáucaso y el Caspio primero, después por los desiertos del Turkestán; acaparando Kiva y Merú, poniéndose á las puertas casi del Afghanistán célebre; con una posición en las fronteras de Persia muy amenazadora de suyo á esta y otra posición sobre las líneas cercanas á las fuentes del Ganges y del Indo; que sea poseedora del río Amor, esté montada sobre la parte boreal china, y todavía se duela de la competencia que le hace y de la sombra que le proyecta un pueblo amarillo, con mayores arraigos que ella en los territorios y en los pueblos de Asia. Y algo parecido acontece con Francia. Sus posesiones en los mares de Oriente no ha podido establecerlas y redondearlas sino á costa de la integridad del Imperio chino, y no sólo del Imperio chino, de los reinos anejos á éste, como Annam y Siam, con los cuales ha empeñado tantos conflictos y de los cuales ha alcanzado tantas ventajas, que hoy puede llamarse la nación francesa con ufanía una potencia de Asia. No existen las mismas razones para interesar á Germania en el problema de China que para interesar á Rusia y Francia. Como no se dan en los dominios alemanes naranjas, tampoco se dan colonias. Pero su comercio se ha extendido mucho, y sus mercados podrían resentirse de una competencia tan formidable allí como la que podrá el Japón hacerle con sus cada día más crecientes y más ricas industrias. No teme, no, Alemania el arancel que pudiera establecerse ahora entre los vencedores y los vencidos, ya juntos, como se juntaron tras sus querellas Austria y Alemania; pero teme con sobrada razón que los peajes, los consumos, los impuestos de todos géneros pesen sobre las producciones extranjeras lejanas y no pesen sobre las producciones extranjeras vecinas, con tanto mayor motivo, cuanto que ha entrado dentro de aquellos territorios el vencedor con sus ocupaciones militares y sus acaparamientos perdurables. Así, las tres potencias, por motivo y razón de su Mandchuria Rusia; por motivo y razón de su Tonkín Francia; por motivo y razón de su industria y comercio Alemania, se han puesto de acuerdo y han decidido llamar el pensamiento

de los japoneses hacia lo enorme de las condiciones á China propuestas y lo fácil de una disolución en ésta, que no pudiera por ningún camino remediarse, y á la postre generara grandes é irreparables catástrofes. Así hay en Oriente y Occidente un verdadero temor á cercanos conflictos. Y aumenta este gran temor el procedimiento empleado por los ingleses encerrándose de nuevo en un silencio y en una soledad que á todo el mundo alarma, pues nadie sabe si tomarán una resolución en favor de China ó la tomarán en favor del Japón, más interesados que nadie ahora en aquellos problemas, por poseer un territorio tan próximo á China como Birmania, y por sospechar mucho que progresos, como los conseguidos para sus gentes en las altas mesetas del Asia por Rusia, no concluyeran amenazando sus Indias, tan agitadas siempre bajo su engañosa serenidad, y tan dispuestas á levantarse, como han mostrado en mil ocasiones, contra el poder y autoridad de Inglaterra.

V

Yo creía convenida una neutralidad irremediable, puesto que á la civilización universal interesaba el concurso de la triste y aislada China con sus hijos al trabajo y al comercio universal. Yo creía entregado por un tácito acuerdo de los Estados cultos al Japón el ministerio de abrir China cerrada, ya que todos hemos tocado á sus puertas con la mano de los misioneros y de los jesuítas y de los embajadores y de los ejércitos. Así, en cuanto el malherido dios que guardan los jardines del Palacio de invierno ha husmeado cómo le apoyan aquellos que antes le malhirieran en su poder y menguaran su imperio, se ha rehecho y animado, negándose á poner con su pincel

hierático la señal roja, significativa de la inmediata, inevitable aceptación del tratado convenido entre su ministro Chang y el ministro japonés Ito. En verdad, las imposiciones son duras; y nolo fueron menos las impuestas por Alemania en sus triunfos sobre Francia, despojándola de Lorena y Alsacia, y no lo fueron menos las impuestas por Inglaterra y Rusia y Francia siempre al sultán, hasta despojarle de provincias tan grandes y pingües como Servia, como Rumania, como las dos Bulgarias, reduciéndolo á un residuo de Tracia y á la montuosa Macedonia con recortes constantes y amenazas de otros recortes venideros que lo expulsen y arrojan de nuestro continente. Hubiera detenido al Japón Europa en los requerimientos de sus conquistas y lo comprendemos; pero no se comprende que le ponga el pie sobre los frutos de su victoria. Nada, pues, debe maravillarnos la grande agitación japonesa, por todos los partes telegráficos anunciada en estos días. Ha sido la guerra una diversión en aquel imperio. El conde Ito, gran estadista, se veía cercado de pasiones amenazantes, cual encrespadas olas, y las ha divertido de su objeto, de tragárselo, impulsándolas hacia Corea y su conquista, para que las satisfacciones producidas por toda grandeza territorial en los pueblos, ahogasen las impaciencias de éstos por una mejor administración y un mejor gobierno, siempre difíciles, cuando no ayudan los gobernadores y los administradores con su voluntad y con su concurso. Así, esta paz, que cede al Japón parte de la Mandchuria, y la península de Liao-tung, y la isla Formosa, y el archipiélago de los Pescadores, aunque nos parece á nosotros muy enorme, paréceles á los japoneses muy chica, y no falta más sino que la disminuyera todavía el influjo europeo para que soltaran las compuertas de sus iras y nos trajesen la inundación de sus revoluciones. El Japón se apropia las virtudes europeas, pero también los vicios. Al tomarnos la libertad, nos ha tomado las utopías que circundan á esta libertad por todas partes. Hay allí un formidable partido anarquista, fácil de condensarse pronto en sublevaciones horribles por aquellos cayos

y arrecifes y escollos, donde con tan rápida facilidad se condensan también los ciclones. Lo que más nos asustaba en China, era su misterio, dentro del cual podían formarse daños para todo cuanto recuerda en Asia la civilización europea, por lo mismo que no había medio de conocerlos y de penetrarlos. El Japón ha concluido con estos misterios. Iluminado por el sol de la libertad, no podrá ocultarnos, ni sus recursos, ni sus relaciones, ni sus ejércitos, como los han ocultado sus rivales, más peligrosos por menos conocidos. Así no hay que llevar las intervenciones europeas demasiado lejos, cuando pueden resultar contraproducentes y traernos conflictos, insoportables para una civilización tan avanzada como la nuestra, y tan poco apercibida, á pesar de sus innumerables ejércitos y armamentos, á una guerra larga. Luego, cuando uno ve cuán fácilmente se convinieron Austria, Rusia, Italia contra Francia; y ahora ve cuán fácilmente se unen Alemania, Rusia, Francia contra China, teme que se unan los dos contendientes en paz y amistad contra nosotros, bárbaros para ellos, y retrocedamos, lejos de avanzar, en Asia y en los mares asiáticos. Así, nunca nos cansaremos de aconsejar prudencia, circunspección, vigilancia, tino, á Europa en el extremo Oriente, pues al golpe menor en vago, retrocedería la educación progresiva á tales pueblos dada, perdiendo en rápidas horas el trabajo de muchas edades y el resultado de muchos esfuerzos: que los avances aparecen allí lentos, según muestran poderes como el Mikado, existentes con anterioridad grande al principio y alboreo de las edades históricas, mientras el retroceso, en tal consanguinidad se halla con los temperamentos amarillos, que para estancarse hoy ó retrotraerse á lo pasado mañana, todas las coyunturas son buenas y son oportunos todos los momentos.

VI

Apartemos los ojos de las guerras que confunden al hombre por sus carnicerías y exterminios con los animales inferiores; volvámoslos á la religión que confunde al hombre con los ángeles del cielo. Y respecto de religión, lo más interesante que ha pasado en los días últimos es la carta dirigida por el Pontífice León XIII á los pueblos de Inglaterra, para que encierren de nuevo sus almas dentro del Catolicismo, como la religión más connatural con el carácter que deben revestir estas manifestaciones supremas de lo divino en el espíritu y en el espacio. Hace tiempo que habían herido la continua y constante solicitud del Papa los muchos conversos al Catolicismo en Inglaterra, sobre todo por los últimos años. Yéndose varios fieles de las áridas iglesias puritanas al más esplendoroso culto ritualista, concluían por huir á éste último é ingresar de todas veras en el culto católico al cabo. Deseoso de que lo informara sobre tal fenómeno y de informarlo á él de sus proyectos, León XIII llamó al Vaticano el célebre Halifax, jefe de los ritualistas británicos. El ritualismo no es el Catolicismo; pero se le parece mucho por su artística liturgia, por su incienso místico, por sus velas encendidas, por sus casullas vistosas, por sus ceremonias encaminadas á dominar, no solamente la conciencia con su moral y el entendimiento con sus dogmas, sino también el corazón por medio de su estética en acción. Cuéntase que hablaron sobre la oportunidad de dirigir al pueblo inglés una Encíclica; y Halifax dijo al Papa que consultase antes de dar tal paso con un prelado tan conocedor de Inglaterra como el cardenal Vaughan. Llamóse á éste, y se

presentó en el Vaticano con su corazón en los labios, diciendo cómo convenía, para grangearse mayores conversiones individuales, no apresurar el requerimiento á los ingleses de una conversión colectiva. Contrarióle mucho al Papa el consejo, pues se hallaba pagadísimo de su idea y escribiendo la Encíclica, hecha expresamente para los ingleses, pero la rectificó de grado, hasta convenir en un término médio, reducido á que la carta no dejaría de publicarse, aunque Halifax temía su publicación como dañosa ó inútil al objeto requerido, atenuarían mucho sus primeras fórmulas: y dirigirla más que con intentos de resoluciones definitivas, con conato de intento. En otros días una demanda de tal clase no se hubiera nunca enderezado desde la Santa Sede al pueblo de los enconados odios religiosos. Pero han los espíritus y los ánimos cambiado de tal suerte, que León XIII puede dirigir estas invitaciones sin recelo, é Inglaterra meditarlas sin escándalo. Cierto que ha contestado el Arzobispo anglicano de Canterbury al Papa dirigiéndole una invitación análoga; pero cierto también que todo el mundo cree posible un reingreso del Arzobispo de Canterbury en el Catolicismo y nadie cree posible un ingreso del Papa en el anglicanismo. Es más fácil volver á las antiguas creencias en sacerdotes de una religión nueva que abrazar esta religión nueva en los sacerdotes de la religión antigua. Recuérdanle los protestantes al Papa el origen de las querellas entre Roma y Londres, que trajo la separación, y dícenle cómo debería pasar él por los cánones de la nueva Iglesia, no ellos por los cánones de la secular y antigua. No quieren oir hablar de la confesión auricular, del culto á la Virgen, del perdón de los pecados por absoluciones eclesiásticas, de indulgencias plenarias ó parciales, de la comunión de los santos, de todo aquello en el antiguo dogma opuesto á los artículos que componen todo el credo anglicano. Pero cabe decir al célebre obispo protestante que, así como él rechaza estos misterios, dogmas, ritos, cánones de la Iglesia católica, los filósofos rechazan todos cuantos ritos y dogmas cree dignos él de ver-

dadero culto. Y ¿qué digo los filósofos? Hasta el protestantismo nacional se ha disuelto, y el clero se ha ido á los cuatro puntos cardinales en demanda de otras ideas ajenas á la religión anglicana. Verdaderamente curiosa la descomposición oficial del protestantismo en la Gran Bretaña. No se ha establecido éste con rigor en tiempo de Eduardo VI, cuando surge una secta que niega el dogma trinitario, y con el dogma trinitario la tradicional divinidad de Cristo. El célebre Ochino, fraile de Siena, llevó á Londres la herejía sociniana. Pues años más tarde, la secta holandesa, conocida con el nombre de arminia, rechaza, primero el dogma protestante de la predestinación, y luego la igualdad consustancial de las tres personas divinas. Un capellán de la embajada inglesa, John Hales, transportó el espíritu arminio á Inglaterra, después de haber mandado, como decía él, á pasear á Calvino, y de haber establecido aquella latitud amplísima de interpretación que ha dado nombre tan gráfico á su secta. En esta secta se alimentó á su niñez la escuela fundadora del protestantismo liberal. Taylor la impulsó mucho, despertando segura confianza en el criterio y en el testimonio de la razón. Así las sectas, que rompían la ortodoxia y la tradición verdaderamente anglicanas, multiplicábanse por todas partes con increíble multiplicidad. Los presbiterianos proponían la supresión del episcopado y de la liturgia. Los independientes separaban las iglesias de todo Estado, concediéndoles interior autonomía. Los cuákeros derogaban todo privilegio eclesiástico para dejar grande amplitud á la individual inspiración, como sucedía en las antiguas iglesias apostólicas. Tomás Edggards contaba, en tiempo de la Revolución, ciento setenta y seis sectas heréticas diversas. Ante una tan grande atomización como ésta, habrán de confesar los prelados británicos la necesidad de una religión más una, y convenir en que no hay religión de unidad en su fe y de correlación entre sus dogmas, y de moral y estética sumadas en mandamientos universales y en ceremonias hermosísimas, como esta religión

católica reinante sobre latinos y helenos y esclavones y alemanes y escandinavos y hombres de todas las zonas y de todas las razas, mientras el protestantismo se recluye allá en el Norte y en el Oriente la religión de los griegos. Es el Catolicismo la base de una religión universal.

VIII

Mucho se impone á la general atención el espectáculo, por Guillermo II propuesto, para celebrar la reciente apertura del paso de Kiel, abierto entre el mar Báltico y el mar Norte; mucho el rudo litigio empeñado en la tierra clásica escandinava entre Suecia y Noruega, tratando siempre de su divorcio; mucho el triunfo de los radicales en Dinamarca y el discurso leído por un régulo como Alejandro de Serbia, justificando sus golpes de Estado y los cambios de constitución hechos á empuje de su voluntad tornadiza; mucho las desgracias acaecidas en Dalmacia é Istria por los terremotos, cual en los Vosgos de Francia por el rompimiento de pantanos y las muertes causadas á consecuencia de tal fortuito adverso caso; mucho la negativa del nuevo emperador moscovita Nicolás á redimir un poco el periódico ruso subyugado y calladísimo, como las próximas elecciones de Italia donde se congregarán en Junio los comicios y el interior movimiento de Inglaterra, donde también deberán reunirse los comicios en breve plazo; pero nada de tal interés como el voto emitido ahora mismo en Grecia, dirigiendo censura tan decisiva y fuerte al primer ministro de antes, á Tricoupis, que no ha salido siquiera diputado. Ninguno de los leídos en la historia contemporánea puede olvidar que la gobernación allá por Grecia

se dividía entre los señores Deyalnnis y Tricoupis, como en Inglaterra se divide entre Gladstone y Disraely, como en España entre Cánovas y Sagasta. Pues bien; el último de ambos en gobernar ha sido Tricoupis, derribado el año último por la intervención personalísima del príncipe heredero en unas manifestaciones contra su política, y sustituido por un ministerio de puro nombramiento real sin pase, sin voto alguno de las Cortes. Tricoupis no había pecado, ni por falta de patriotismo, ni por falta de honradez; al contrario, su amor de la patria le había conducido á soñar con excesivas grandezas, así militares como industriales, y su desprecio del vil metal á desatender los gastos pedidos por sus empresas y á pensar que las monedas caen sobre los gobiernos en su tesoro como caía el maná sobre los israelitas en su desierto. Así, un presupuesto de cien millones de francos se saldaba con déficit canceroso; la deuda iba sumando más de setecientos millones; los cambios con el extranjero subían á las nubes y andaban por los arroyos las exportaciones de pasa; excedían los pagos apremiantes y no satisfechos de treinta y cinco millones, hasta que tal cúmulo de trampas y atrasos y apuros trajo lo que no podía menos de traer; una irremisible bancarrota, la cual abrió insondable abismo de malcontento al pie del gobierno y se tragó al cuitado sin ventura Tricoupis. No puede suprimirse una contribución cualquiera en presupuestos con déficit; precisa traer tal beneficio en presupuesto con superábit. Al buen heleno se le ocurrió suprimir los consumos y compensar su ausencia con dos impuestos, con un recargo sobre la propiedad edificada ó edificándose unido á otro recargo sobre las patentes de industria y de comercio. Pero pasó lo que pasa con las reformas inoportunas siempre: los favorecidos no reconocieron el favor para nada y los agraciados sintieron el agravio con grande acerbidad. De aquí las manifestaciones, de las manifestaciones una intervención del príncipe, y de la intervención del príncipe otra intervención del monarca saludado como redentor por el pueblo, y de la intervención del monarca despedida de Tri-

coupis con llamamiento de Deyalnnis. No hay que confundir á éste señor, aunque tenga igual apellido, con su deudo, el estadista histórico, Teodoro Deyalnnis, según observa el eminente publicista Hervé, al exponernos en artículo magistral el estado de Grecia. Nicolás se denomina el llamado á los consejos de la corona por el rey, no teniendo más títulos para desempeñar la presidencia del Consejo que la predilección del rey por su leal y patriótica personalidad. Con efecto, Nicolás Deyalnnis, pariente cercano de Teodoro Deyalnnis, jefe supremo de uno en los dos antiguos partidos, que gobernaron á Grecia, se ha limitado á presidir las elecciones con toda imparcialidad, y se ha prometido á si, como ha prometido al rey, dejar libre campo á quien designen los comicios, pues, en su delicadeza, ni candidato se presentó á la diputación. Existen hoy en Grecia de factores capitales para su política: Tricoupis, el derrotado, jefe de un partido; Deyalnnis, antiguo estadista, jefe de otro partido; Deyalnnis, el presidente, dirigiendo el gobierno y sin partido; Rally, cabeza de otro partido en formación; Canaris, viejo almirante de prosapia gloriosa, llevando un inmortal nombre cantado por Víctor Hugo y por lord Byron, el cual Canaris propone al rey sin escrúpulo dar un golpe de Estado sin tardanza; y los independientes, quienes allí también carecen de independencia, prontos á sumarse con todos los partidos y á entrar en todos los ministerios. Así es muy difícil señalar carácter á la mayoría salida de las urnas el 28 de Abril último; y hay que limitarse á un deseo, á que nuestra alma madre, la divina Grecia, sea tan feliz como merecen sus títulos en la historia y los servicios prestados por su genio inmortal á la humanidad y á la tierra.

Emilio CASTELAR.

CRONICA LITERARIA

Las polémicas literarias.—De si son *criticables* los críticos.—*Poemas cortos*, por D. Gaspar Núñez de Arce.—*Moros y cristianos*, por D. Rodrigo Soriano.

El prólogo que puso á *Los Condenados* el Sr. Pérez Galdós ha traído cola, como vulgarmente se dice. Otros diversos *condenados*... por el tribunal de la crítica periodística se han alzado ante el público y han arremetido briosamente contra sus jueces y censores. Como ocurre siempre que se trata de asuntos opinables, hay pareceres diversos sobre la utilidad de estas polémicas literarias. Hay quien piensa que cuando la prensa, ó parte de ella, ha dictado su fallo sobre un drama, un libro ó un artículo, al autor no le toca más que callar, aceptando los aplausos y soportando sin protesta las censuras, so pena de incurrir en el pecado de soberbia y endiosamiento. Y hay quien cree que los periodistas pecan de atrevidos, y aun de irreverentes, metiéndose á censurar las obras de los literatos de fama, en vez de quemar en obsequio de ellos la ración de incienso de costumbre.

En mi sentir, hacen bien unos y otros: los periodistas, ó si se quiere los críticos de la prensa, en decir lo bueno ó malo que les parece de los escritos públicos, y los autores criticados en salir á la defensa de sus opiniones y de sus obras y acudir al público, que es el verdadero tribunal en estos asuntos, aunque sus sentencias no sean siempre conformes con la justicia, y aunque el tiempo las modifique y enmiende muchas veces.

La pretensión de que los juicios de la crítica periodística sean inapelables, de puro absurda es ridícula. Todo lo que se dice en los periódicos está sujeto á controversia y rectificación, y ¿no ha de estarlo lo referente á las letras? Basta que un diario publique la noticia de que cualquier Juan Fernández se ha suicidado, ó ha cometido un desfalco, ó ha huido con su novia, para que todos los Juanes Fernández á cuya noticia llega el caso, tengan el derecho de pedir que se aclare cómo no hay relación alguna entre ellos y el protagonista del suceso. Sin esta facilidad de discutir y rectificar los relatos y las apreciaciones de la prensa, resultaría imposible é inaguantable el régimen de publicidad en que vivimos.

Sería la mayor de las anomalías el que la prensa, que necesita más que otra institución alguna de este ambiente moderno de discusión y de libertad de ideas, viniera á raclamar en beneficio suyo el criterio antiguo del *magister dixit*. En una época en que la misma infalibilidad del Papa encuentra tantos incrédulos, no es fácil que la de cualquiera que se declara crítico, ó es reputado por tal, tenga muchos creyentes. Y lo mismo se les puede decir á los escritores que no quieren ser discutidos.

En nuestra sociedad tienen casi todas las clases cierta inclinación á declararse indiscutibles, tendencia que al cabo más les perjudica que les favorece. A esto se une la propensión á sublimar las cosas y á sacarlas de quicio; el ejército es una religión, la prensa un sacerdocio, la magistratura algo por el estilo. ¡Por Dios!, dejémonos de exageraciones, y no pongamos por las nubes las cosas de la tierra, que no dejan de ser lo que son porque las rodeemos de pomposas frases. A la prensa, más que á nadie, le conviene apartarse de estas pretensiones de inviolabilidad, aun en los asuntos que la interesen directamente.

Confórmense los críticos con ser criticados, y los que lo fueron por ellos no podrán sostener que se atenta á ningún respeto divino ó humano al discutir sus obras.

Lo malo que suelen tener estas polémicas es que el amor propio las envenena muchas veces y las saca de los términos de la moderación y cortesía en que todos debemos contenernos. Mas esto no afecta al fondo del asunto, y toca principalmente á la buena educación, ó, si esto pareciese excesivo, al *temperamento* de los que discuten. Fuera de este inconveniente, las polémicas favorecen á todos, no por el vano interés de meter ruido y de hacer de estas discusiones un reclamo, cosa fácil, dada la afición del público á las disputas, sino por razones de orden más elevado. Nada hay que ponga tanto tiento en la pluma como la creencia de que ha de ser discutido lo que se escribe. Y la discusión puede servir también para que disminuya el afán *dogmatizante* y la manía de hablar *ex-cathedra* y se reconozca que no hay un código literario, de cuyas fórmulas misteriosas sean guardadores los críticos, como lo fueron los patricios romanos de las del primitivo derecho de su ciudad. Por el contrario, la estética literaria es de lo más vago y opinable que hay, se *siente* en cada caso concreto mejor que se explica y se condensa en cánones.

En estos pleitos no hay ley que pueda aplicarse, sino solamente doctrina de los jurisconsultos, ó sea parecer de las personas entendidas, y quien verdaderamente sentencia es el público culto, no el de un momento dado, sino la sucesión de públicos que forma lo que se llama la posteridad. La crítica profesional, con todas sus pretensiones de constituir á modo de una *justicia histórica* de la república de las letras, no ejerce, en realidad, otra función que la de defensor ó la de fiscal. Y hay que reconocer que con esto tiene bastante y aun sobrada tarea.

***

Quien no se quejará sin duda de la prensa, es el Sr. Núñez de Arce. Pocas obras han sido elogiadas tan calurosamente, y con tanta justicia, como sus *Poemas cortos*. La forma

poética (léase la versificación, que no es lo mismo) no acaba de desaparecer pese á los profetas del Atenco. Los dos grandes éxitos literarios, posteriores al éxito de escándalo de *Pequeñeces*... han sido de dos poetas: Balart y Núñez de Arce. De *Dolores* se han agotado ya varios miles de ejemplares, y de los *Poemas cortos* se agotarán probablemente. Es posible que en el interés extraordinario que han despertado ambas obras haya entrado por algo la circunstancia de estar sus autores retraídos de las letras hacía tiempo. Así como el trato frecuente llega á inspirar hastío, el público suele cansarse también de los literatos que escriben mucho. Es la ley del hábito. Para ser vivas, no han de repetirse mucho las impresiones. De ahí que se acojan con particular predilección las obras de los escritores que se prodigan poco, aunque las de los Sres. Balart y Núñez de Arce no necesitaban, en verdad, de este atractivo para merecer cuantos aplausos han alcanzado, y más si cabe.

En los *Poemas cortos* encontramos al Núnez de Arce de siempre: poeta de siglo de oro, impecable en la forma, lleno de vigor en la expresión, clásico por la majestad y la magnificencia de las estrofas. Y con todo esto, la poesía interna de sus composiciones supera á la belleza de las formas métricas con que las engalana; sus versos son vestiduras espléndidas de los pensamientos; pero éstos conservan la supremacía, al revés de lo que les ocurre á otros poetas, en cuyas obras la música de la rima y los primores del lenguaje son como rico estuche de una joya falsa.

Y para pocos debe ser tan poderosa la tentación de la forma como para el autor de *Los Gritos del Combate*. No hay entre los poetas contemporáneos quien le iguale en sacar del habla castellana esos tonos grandilocuentes que la hacen lengua de dioses. La poesía de Núñez de Arce tiene la majestuosa serenidad de la escultura helénica.

El autor de *El Vértigo* siente hondo, piensa con elevación y expresa admirablemente sentimientos é ideas. Y en cuanto

á dominio de la versificación es, si no el único, por lo menos uno de los contadísimos poetas modernos capaces de vencer la monotonía casi inevitable de las octavas reales con la onda sonora de sus versos, la riqueza de las rimas, la varia inflexión de los acentos, y la energía y precisión de la frase. Su admirable poema *La última lamentación de Lord Byron* lo demuestra hasta la saciedad.

Aparte de méritos tan singulares, hay que reconocer que D. Gaspar va con la corriente. Muchas de las ideas que expresa de un modo tan magistral y tan verdaderamente poético, encajan á maravilla en el neomisticismo que domina ahora en tantos espíritus de tan diversas categorías. No quiero decir con esto que el Sr. Núñez de Arce rinda culto á las modas intelectuales recién venidas de la fábrica de donde solemos recibir estos figurines. Lo que en muchos es influencia del ambiente literario, parece en él inclinación espontánea del espíritu. El autor de los *Poemas cortos* es consecuente con el poeta de los *Gritos del Combate*.

***

El primero de aquéllos titúlase *Crepúsculo vespertino*. Es el crepúsculo de la vida, desde el cual se contemplan con íntima melancolía, allá en la remota lontananza del recuerdo, las horas luminosas y rientes de la juventud, más hermosas recordadas que vividas, pues la imaginación las poetiza depurándolas de imperfecciones, y tienen para el alma el doloroso encanto del bien perdido, bien que no volverá, y que por lo mismo es más preciado.

Esta contemplación retrospectiva de la vida, esta nostalgia de la juventud, de las cosas muertas, de los tiempos pasa-

dos, del primer amor, de las ilusiones y anhelos que nos sedujeron y agitaron, es y será siempre motivo de inspiración poética. Al mirar en ese crepúsculo lo que fuimos, al resucitar en la memoria tantas imágenes gallardas de cosas ya marchitas, tantos ecos dolientes de apagados entusiasmos y de sentimientos extintos, nos vemos tan diferentes de entonces, que casi nos sentimos otros; mas al remover estas cenizas de nuestro ser, algo nos habla al alma y nos revela la continuidad de la vida en medio de todas sus mudanzas.

En los admirables sonetos del *Crepúsculo vespertino* expresa el Sr. Núñez de Arce esa melancolía y seducción del recuerdo, que compara á

> ..... las lluvias otoñales
> que hacen brotar en el desnudo campo,
> quemado por el sol, flores tardías.

Muy hermosos también son los sonetos *Al Dolor*.

Podrán creer, los que no comulguen en la escuela de Schopenhauer ni tengan fe en la virtud purificadora que atribuyen al dolor las religiones, que la doctrina de la utilidad de ese *fuerte artista* (como dice el Sr. Núñez de Arce),

> que el bloque humano sin piedad golpea
> y el bien arranca de su entraña dura,

es una gran paradoja piadosamente inventada para consolar á los débiles de males inevitables, una de esas mentiras consoladoras con que se procura dorar la amarga píldora que tienen que tragar forzosamente los hombres. Podrá decirse que tan áspera medicina sólo sienta bien á temperamentos excepcionales; que el dolor engendra más monstruos y más abortos ridículos que héroes, más no puede negarse que hay ahí un brillante tema retórico, un asunto que ofrece dilatado

espacio á los vuelos de la poesía, creadora de mundos ideales muy distantes de la baja realidad de la tierra.

Semejante por el fondo, aunque su forma es diferente, pues está escrita en ese endecasílabo libre que con tanta facilidad y maestría maneja el Sr. Núñez de Arce, es la composición *Leyendo el monólogo de Hamlet*. Aquí se trata también del mal y del dolor, de su compensación futura, de esa gran esperanza de una justicia ultraterrena que sostiene á los hombres en medio de las adversidades de la vida y sirve de puntal á la moral y de complemento al Código. Lo que dice el insigne poeta no es nuevo, pero ¡lo dice tan bien...!

La Esfinge (otro de los *Poemas cortos*) expresa un pensamiento menos consolador; es una alegoría del misterio de la naturaleza asistiendo indiferente al espectáculo de los dolores *humanos*. La caravana avanza por el desierto: á lo lejos se alza la esfinge

> impenetrable y muda como el cielo.

De pronto se levanta el *simum*, que arrolla á los desventurados caminantes:

> Y cuando vuelve á sosegarse el llano,
> allá, ciega y brutal como el Destino,
> corta la Esfinge el término lejano.

Pasemos por alto otros sonetos primorosos: *Miniatura* (digno de su título sugestivo), *A un agitador*, *Grandeza humana*, y detengamos la atención un instante en *El unico día del Paraiso*. Que el Edén durase un solo día, es creíble por la brevedad que suelen tener las cosas excelentes, y porque, siendo tan cándidos nuestros primeros padres y tan astuta la serpiente, no necesitaría mucho tiempo para engañarlos. No está libre, sin embargo, el Sr. Núñez de Arce de que le

salga por ahí algún teólogo poniendo reparos á la cosa. De todas suertes, era necesario que la duración del Paraíso fuera tan breve en el Poema, para que pudiera describirse en él el asombro y el terror de la primera pareja al ver ocultarse el sol y llegar la noche.

En este poema hay una novedad... de indumentaria. En vez de las hojas de higuera de que habla el texto bíblico, Adán y Eva

> ...con rígida piel de blanca oveja
> cubren su cuerpo macilento y laso.

Indudablemente se hacía entonces la ropa más de prisa que ahora. Nuestros sastres modistas y curtidores tienen ahí un precedente histórico propio para avergonzarlos.

También me ha dicho un naturalista amigo mío el cual no transige con las licencias poéticas cuando le tocan á la marina,—quiero decir, á la fauna ó á la flora, ó siquiera al reino mineral,—que no le convence por completo aquello de que

> ...en la gran dispersión del Paraíso
> sólo queda á las plantas de su dueño,
> aullando de terror, el can sumiso.

Pero así como respecto de las debatidas naranjas del Olimpo, ha dicho con oportunidad *Clarín*, que aunque no existieran en Grecia ni en Judea antiguamente, bien pudo Zeus hacerlas traer de la China para su uso particular y el de los demás dioses, es posible que el perro de Adán conservase la mansedumbre que tuvo en el Paraíso y que luego sus descendientes se volvieran bravíos para que los hombres tuvieran el trabajo de domesticarlos.

En fin, si hay polémica sobre el caso, no estará de más buscar un espiritista de confianza que se ponga al habla con

el ánima de nuestro primer padre, para que nos saque de dudas y de confusiones, si es que al cabo de tanto tiempo recuerda lo del can.

*
* *

Anuncié en la *Crónica* anterior que tenía el propósito de hablar del libro del Sr. Soriano, *Moros y Cristianos*. El autor fué uno de los periodistas que estuvieron en Melilla y acompañaron después al general Martínez Campos en su embajada á Marruecos. Y es muy posible que de aquel viaje y aquella embajada no hayamos sacado ni saquemos, en limpio otra cosa que el haber dado ocasión para que se escribiera un libro interesante, como lo es este.

Ya antes de que publicara esta obra, los trabajos periodísticos del Sr. Soriano, y en particular su *Conferencia con Emilio Zola*, publicada en *La Epoca*, y luego en un volumen, le habían dado á conocer como uno de los escritores más brillantes de la nueva generación. Su nuevo libro confirma plenamente las esperanzas que hicieron concebir sus anteriores escritos. En las páginas de *Moros y Cristianos* han tenido más ancho campo en que desarrollarse las cualidades que dan á Rodrigo Soriano su ejecutoria de escritor, ejecutoria legítima y ganada por el propio esfuerzo, como las de los fundadores de las casas hidalgas, no de aquellas que se falsifican con la inconsciente complicidad del bombo, cuyo alcance no aprecia las más de las veces el que maneja el instrumento, bien ajeno de que imita á Dios haciendo reputaciones de la nada.

En el libro del Sr. Soriano resalta esa rara facultad de *ver* las cosas en su aspecto artístico, que es indispensable para describirlas con verdad y color. La lectura de *Moros y Cristianos* deja una impresión de naturalidad, de llaneza y de desdén de los efectismos literarios, que es uno de los mayores atrac-

tivos de la obra. No pretende su autor hacer un estudio profundo de Marruecos, uno de esos libros que se escriben con tantos afanes y que por lo común no se leen. ¡Líbreme Dios de ser africanista!, dice en el prólogo, comprendiendo que no es fácil llegar á conocer un país con sólo permanecer en él unas cuantas semanas. Sus *Notas de viaje,* como llama modestamente al libro, son una amena serie de impresiones artísticas, recogidas en un pueblo, que por el vivo contraste que presenta con Europa, ofrece tantos motivos de observación. No se busque tampoco en las páginas de *Moros y Cristianos* un Marruecos poético de romance morisco. La pintura que hace el Sr. Soriano del viejo y carcomido imperio del Mogreb, respira sinceridad. Nos presenta á Marruecos tal como debe de ser, á juzgar por los sucesos que allí ocurren y por las muestras que de vez en cuando nos envía. País de colores chillones, de músicas salvajes, de barbarie al natural, sin barniz alguno que la encubra, de cabezas cortadas puestas por trofeo en las puertas de sus ciudades, de látigo y de sangre, de esclavos y de abominaciones al estilo de la Pentápolis; país que vive en plena Edad Media, ratrasado seis ó siete siglos, y, con todo esto, orgulloso y satisfecho de sus costumbres bárbaras, lleno de desprecio hacia una civilización que no comprende, bien avenido con el fanatismo y la suciedad, enemigo declarado del jabón y del progreso, indiferente á cuanto ocurre más allá de sus fronteras, sumido en la somnolencia de la pereza y del estancamiento.

Frente á ese Estado, que se desmorona día por día, como un viejo edificio de cuya conservación no cuidan sus moradores, pone el Sr. Soriano la Argelia, con sus ciudades modernas, en que hormiguea una población cosmopolita, sus ferrocarriles, sus cafés cantantes, establecidos no lejos de las mezquitas y sus moros afrancesados. En tal ó cual paraje una inscripción borrosa, un escudo despedazado, recuerda antiguas proezas españolas, que nos dieron tierras que no supimos conservar. Es posible que los que llegaban de Melilla leyeran en estos res-

tos de grandezas remotas un epitafio de nuestras conquistas en Africa.

También las escenas de Melilla han inspirado hermosas páginas al Sr. Soriano. El cuadro del fusilamiento del penado, por ejemplo, es admirable, pero, á mi entender, la parte mejor del libro es la que trata de Marruecos.

Tiene el autor de *Moros y Cristianos* originalidad y gusto depurado y excelente. Esto, unido á la flexibilidad y soltura de su estilo y á la viveza de su imaginación, explica la rapidez con que ha logrado conquistarse un puesto distinguido en el periodismo y en las letras, y hace esperar mucho de un escritor que tan brillantemente ha comenzado.

E. GÓMEZ DE BAQUERO.

LA LITERATURA

CASTELLANA Y PORTUGUESA

CONTINUACION

A este propósito añade á su obra un epílogo («De como dise el Arcipreste que se ha de entender este libro»). Dice que su libro, tomado según el sentido literal, el *texto*, es mezquino y «pequeño», pero que se le debe reconocer verdadero valor («antes es bien grand prosa») por la significación (glosa), bien entendida, que se encierra en el fondo de él. Por lo demás él no ha querido instruir simplemente, sino á la vez recrear:

«Por vos dar solas a todos fablévos en gugleria»,

y revestir su fin principal, que es llamar la atención de los sencillos hacia los peligros del loco amor mediante ejemplos que nos avisen de las caídas, con sentencias y poesias de arte no común:

«Fue compuesto el romance por muchos males e daños,
Que fasen muchos e muchas a otros con sus engaños (1).»

(1) Tal vez esto de «versos extraños» es una expresión que denota formas métricas inusitadas; pues Robert of Brunne (*Appto Pref. to Peter Langtoft*, pág. XCIX), emplea una expresión análoga: «Rhyme Strangere» que Tyrwhitt cree poder entender diciendo: Sospecho que es más bien un nombre general, que incluye toda especie de rimas no comunes, que apro-

Siguen algunas poesías más en honor de la Virgen María, pues ella es «comienzo é fin del bien», con lo cual da por terminada su obra, aunque no por cerrada para siempre:

«Porque Santa María, segund que dicho he
Es comienzo e fin del bien, tal es mi fe,
Fisle quatro cantares (1), et con tanto faré
Punto á mi librete, mas non lo cerraré (2).»

---

piado á una especie en particular. (V. su *Essay on the language and versification of Chaucer*, parte III, lib. V, not. 56, que antecede á la edición de *«Canterbury Tales».)*—¿No habrá querido indicar tal vez, y esto es lo más verosímil, al decir eso el poeta español, los alejandrinos, *versos franceses* y por lo tanto *extraños* versos, en que está compuesta la mayor y más importante parte de su libro?

(1) Estas cuatro «Cánticas de loores de Santa María» están en la edición de Sánchez en las páginas 275-279 (coplas 1.610-1.661, el número 1 y el 3 mal divididas por Sánchez y la última con buena distribución. La segunda de estas poesías se halla también en la «Floresta» de Faber, tomo I, números 1 y 2), pero quedan aún otras dos poesías sobre los siete gozos de la Madre de Dios (gozos de Santa María; coplas 1.609-1.623) y otra que contiene la salutación angélica (del Ave María de Santa María; coplas 1.633-1.639). Los versos iniciales de las estrofas desde la segunda á la sexta están formados por el texto latino: «Dominus tecum—Benedicta tu—In mulieribus—Et benedictus fructus—Ventris tui.» Está con un estribillo de cuatro versos y décimas de versos de ocho y cuatro sílabas. Estas poesías son, en cuanto al artificio de las estrofas y la colocación de la rima, de una forma especialmente artística en general. Están todos ellos en versos cortos de cuatro hasta ocho sílabas con diversas colocaciones de rima, á menudo muy artísticas, y en estrofas de seis hasta diez versos, algunas con un estribillo. En todos estos cantos se lamenta el poeta á su Santa Patrona de los sufrimientos inmerecidos que tiene que padecer aún por mucho tiempo, y le ruega que le liberte pronto de su prisión ó que le dé la muerte. Y sin embargo ¡en tan triste estado corporal y de ánimo podía aún inventar una obra tan llena de agudas invenciones y de graciosas ocurrencias! El genio no conoce cadenas.

(2) Me parece que el poema satírico sobre la conducta inmoral y la vida de los clérigos de Talavera (Cantiga de los Clerigos de Talavera; coplas 1.662-1.681), es en efecto una adición compuesta posteriormente, después de la terminación arriba citada de su libro, adición que, por lo demás, no está en conexión alguna con lo anterior. Esto resulta más verosímil si se tiene en cuenta que este poema no está incluido en el más antiguo de los tres manuscritos conocidos, en el de Salamanca. Pero es

Creo haber puesto al lector mediante esta reseña en buena disposición para juzgar por sí mismo si deshonro al gran Cervantes al comparar con él á nuestro poeta. ¿No se halla acaso también en este la ingeniosa facultad inventiva, la descripción de caracteres y costumbres viva y llena de íntima verdad, porque están aquellas tomadas fielmente del natural, una viveza de exposición que llega á las veces hasta el efecto dramático, un gracejo jocoso, y ante todo aquella profunda ironía que lo penetra todo, cualidad que es completamente propia de los españoles, y que sólo encuentra digno parangón en el humor británico, pero con la cual no admite comparación alguna el juguetón ingenio de los franceses, la parodia burlesca de los italianos, ni la sátira bonachona y pedantesca de los alemanes? Reflexiónese en la diferencia de tiempos y de cultura, y se podrá disculpar suficientemente la rudeza de la forma, los pegotes místico-ascéticos y el rudo é inflexible lenguaje de nuestro Arcipreste, de tal modo, que no le habremos de considerar tan sólo como un poeta que descuella sobre el nivel de su siglo y de todos los contemporáneos suyos que vivieron dentro de aquella época, sino también por uno de los más conspicuos de toda la Edad Media (1).

---

indudablemente de nuestro poeta, pues lleva el sello de su genial peculiaridad y de su ingenio jocoso. La copla 1.675 contiene un pasaje notable para la historia literaria:

«Ca nunca fue tan leal Blancaflor a Flores,
Nin es agora Tristan a todos sus amores.»

(1) Si se considera entusiasta este juicio, óigase el de Sánchez, que era ciertamente hombre frío y reposado (páginas IV y X): «Pero el Arcipreste fixó nueva y ventajosa época á la poesía castellana, así por la mucha y hermosa variedad de metros en que ejercitó su ameno y festivo ingenio, como por la invención, por el estilo, por la sátira, por la ironía, por la agudeza, por las sales, por las sentencias, por los refranes de que abunda, por la moralidad y por todo. De suerte, que hablando con todo rigor, podemos casi llamarle el primer poeta castellano conocido y el único de la antigüedad que puede competir en su género con los mejores de Europa, y acaso no inferior á los mejores de los latinos.» Y si á Sánchez se le tiene

Pero aparte del lugar que haya que asignar á su obra respecto á la literatura de todos los tiempos por su intrínseco valor poético, aparte de ser una verdadera joya para la historia de las costumbres españolas en la Edad Media y para la lingüística, es de altísima significación sobre todo para la historia de la poesía y la métrica españolas.

Si consideramos ante todo la forma de esta obra en su conjunto, veremos que pertenece á aquel género poético originariamente oriental que fué entonces trasplantado al Occidente, género en que me he ocupado con más extensión al juzgar el *Conde Lucanor*. Pues las aventuras amorosas que nuestro poeta finge haber pasado, no son sin duda alguna más que el *bastidor* en que une y entreteje una serie de apologos, esto es, narracciones, fábulas, chistes, etc., con intención de *instruir;* sólo que ha sabido fundir íntimamente esta envoltura con las restantes partes de su obra, y darle, en vez de una fatigosa uniformidad, un interés sustantivo y propio, mucho mejor que supieron hacerlo las que llegaron á ser más renombradas de entre las imitaciones de los mismos modelos orientales (1).

---

como éditor por parcial, véase lo que dice Quintana (l. c., tomo I, páginas XXVII-XXIX): «Vencía este autor á todos los anteriores, y pocos le aventajaron después, etc...); y *Ocios de Esp. emigrad.*, tomo V, páginas 457-458.

(1) Lemcke ha caracterizado muy bien el libro del Arcipreste y fijado su peculiar valor poniéndolo en paralelo con el *Conde Lucanor*, (l. c., página 293): «Cuán completamente cuadraba entonces al espíritu español al apólogo, lo prueba la circunstancia de que un genio de una organización completamente diversa, el famosísimo Arcipreste de Hita, Juan Ruíz, no pudo hallar una vestidura más adecuada para sus latigazos satíricos que el apólogo precisamente. Hizo del más comprensivo de sus poemas, el relato de sus propias aventuras amorosas, un extenso bastidor según el modo oriental, y le llenó de fabulillas, jocosos relatos, etc., como ilustración de su sabiduría en cosas de amor, sacada de la experiencia, cubriendo con un baño azucarado la tendencia moral de todo ello... Pues este bastidor, que pretende ser moral, no es, después de todo, sino una simple capa, que juzgaba necesaria el malicioso poeta para envolver sus picantes y jocosas historietas; nada más que una concesión que hacía á la dirección espiritual de sus compatriotas, que no podían comprender un relato sin

Sus fábulas, cuentos y chistes no están sacados tan sólo de fuentes latinas de la Edad-Media, sino en gran parte de los franceses del Norte, siendo, por lo tanto, su obra una prueba más de que, fuera de las poesías de los provenzales, también las de los *troveros* tuvieron influjo sobre la poesía castellana, relación que hasta hoy se había casi pasado por alto. No se le puede negar, sin embargo, á pesar de esta derivación de su materia, originalidad y dotes de inventiva; pues ha arreglado esas historias con un tacto siempre muy propio y la mayor parte de las veces acertado, nacionalizándolas y localizándolas con toda fortuna.

Pero uno de los aspectos más dignos de atención en su obra es el que por ella se nos pone en claro la relación íntima que entonces guardaban entre sí la poesía popular y la artística castellana; pues creo que con este ejemplo y el que antes he presentado en el infante D. Juan Manuel he probado suficientemente la afirmación de que *la lírica propiamente nacional de los castellanos salió de la poesía popular*, que ésta á su vez

---

aplicación moral. Toda su manera de exponer prueba que la moral para él, si no pretexto, era por lo menos cosa accesoria; lo que quiere sobre todo es contar, contar con gracia, hacer pequeñas obras de arte, que tengan valor aun sin aplicación utilitaria alguna, y hubiera de seguro dado de mano á toda la moral, si hubiera podido presentarse en aquel tiempo y ante sus compatriotas como poeta meramente narrativo.—En esto, y no simplemente en las *traces d'une éducation différente*, como piensa A. de Puibusque, en esto se debe buscar, aparte de otras diferencias, la que hay entre la obra del Arcipreste y el *Conde Lucanor*.

Casi podría yo creer que el Arcipreste quiso titular la colección de sus poesías: *Libro de buen amor*, que designaría la homogeneidad de su principal contenido y su tendencia total; pues dice ya en la copla 907, cuando se reconcilia con *Trota-conventos:*

«Por amor de la vieja e por desir rason,
Buen amor dixe al libro e a ella toda razon.»

Y aún más significativo lo que dice al final, cuando recomienda su libro, copla 1604:

«Pues es de *buen amor*, emprestadlo de grado,
Non desmintades su nombre, nin dedes refertado,
Non le dedes por dineros vendido nin alquilado,
Ca non ha grado, nin gracias, nin *buen amor* complado.»

fué enriquecida y perfeccionada por los *poetas eruditos*, y que abrió el camino á la *poesía cortesana*, que muy pronto había de ser la predominante en la poesía erudita lírica, aun en Castilla, mientras se conservaban más puros en la poesía popular los elementos y formas genuinamente nacionales de la lírica.

No menos merecen nuestra atención, ni apoyan menos la expresada afirmación las *combinaciones métricas* de que se sirve nuestro Arcipreste en las partes propiamente *líricas* de su obra. Pues aun cuando haya él mismo inventado algunas de estas, como quiere Sánchez (l. c., pág. x), la mayor parte de ellas constan de versos de seis y ocho sílabas (versos de redondilla menor y mayor), distribuidos en estrofas *cortas* y unidos por rima en *consonantes* ó perfecta.

Ahora bien; esta es ciertamente *la forma más antigua de las poesías populares españolas* (1), así como también en otros idiomas románico-germánicos el verso *octosílabo* fué sobre todo ya desde muy temprano la versificación propia de los cantos *no artísticos*, *populares* (2).

Hallamos además que nuestro poeta los usa la mayor parte de las veces mezclados con aquellos versos cortos de *cuatro* hasta *seis* sílabas (de pié quebrado). Obsérvese también que emplea todos estos versos cortos solamente en las poesías propiamente líricas, destinadas, conforme al origen natural de este género poético, á ser *efectivamente cantadas*, y que habla del

(1) Comp. Sarmiento, l. c., pág. 171 y sig.—y para mayor desenvolvimiento, mi ensayo «Sobre la poesía de los romances de los españoles.»

(2) Comp. Diez, *Die Poesie der Troubadours*, pág. 107 y sus *Altrom. Sprachdenkmale*, pág. 108.—Sus *Zwei altroman. Gedichte* (Bonn, 1852, 8, páginas 5 y 36);—y Tyrwhit *Essay on the language and versification of Chaucer*, página III, L. VIII, nota 6, que cita un pasaje de Robert of Brunne, en que éste nombra al verso octosílabo por oposición al *strange rime, light rime* y nota expresamente que había escrito en esta medida *for luf of the lewed man*», para solaz del ignorante, esto es, para el pueblo, en versificación popular, y Tyrwhitt añade: «Los más antiguos poemas franceses, hasta el fin de la duodécima centuria, están todos (?) en este metro; pero, al inventarse el alejandrino, parece ser que el verso octosílabo fué quedando confinado por grados á composiciones más ligeras.»

acompañamiento musical de estas cantigas, mientras que en las estrofas alejandrinas *narra* y *enseña*. Así se reconocerá por su ejemplo la influencia que ejerció la *música* sobre el desarrollo de la lírica (1). Fuera de éstos se halla también en él una especie de versos de doce sílabas (cóplas 1.019-1.040) que son el primer eco, por decirlo así, de los luego tan usados «versos de arte mayor.» Compárese, finalmente, el mecanismo complicado y regular de sus estrofas y la rima artística y variada de sus poemas líricos con la sencilla estrofa alejandrina, la rima uniforme y los pareados, únicas formas corrientes hasta entonces en la más antigua poesía artística castellana, y se admirarán estos progresos y servirán de ocasión para llegar á la sospecha de que también aquí, como entre los franceses del Norte, ha hallado lugar una imitación mediata ó inmediata (2) de la *poesía provenzal*, que se había desarrollado sobre todo en este respecto (3).

Su obra es á causa de esta multiplicidad (Sánchez, l. c., contaba hasta diez y seis distintas combinaciones métricas, aunque considera como estrofas alejandrinas muchas poesías, que, como hemos visto, estaban compuestas en otra medida) un verdadero *manual* de la rítmica española antes del siglo xv, y se ha mantenido fiel á la promesa que dió en su prólogo en prosa («Et composelo otrosi a dar algunas leciones e muestra de metrificar... que fis complidamente segund que esta ciencia requiere»), de tal manera que se le puede llamar en este respecto el Iriarte de la Edad Media.

Esta obra del Arcipreste de Hita parece haber llegado á gozar de tal consideración en la literatura castellana que un hombre

(1) V. Martínez de la Rosa: Obras lit., tomo I, páginas 163-165.

(2) Hoy no puede dudarse de que la influencia provenzal en Castilla fué casi siempre *mediata*, por el camino de Galicia.—(M. M. y P.)

(3) Comp. Diez, l. c., páginas 83-103 y 249-252;—y Roquefort *De l'état de la poésie franc.*, páginas 70-71.—El pasaje que insertamos en seguida de su prólogo en prosa muestra que acaso conoció el Arcipreste la *Gaya ciencia*, ó sea la poética sistemática de los trobadores (*maestros cantores* provenzales) más recientes.

como Pero López de Ayala (1) no se desdeñó de tomarla por modelo en más de un respecto. He de hablar aquí más á mis anchas del «Libro ó Rimado del Palacio (2)» de este hombre, céle-

(1) Pero López de Ayala el Viejo, como le llama el marqués de Santillana para diferenciarle de su hijo del mismo nombre, era de una de las primeras casas de la nobleza castellana. Nació en Vitoria en 1332, gozó de gran predicamento con cuatro reyes de Castilla (Pedro, Enrique II, Juan I y Enrique III), y alcanzó las primeras dignidades del reino, siendo finalmente gran canciller de Castilla. Pero tuvo dos veces la desgracia de ser reducido á prisión, á saber: la una en el año 1367 en la batalla de Nájera, donde peleó al lado de D. Enrique contra el hermano de éste, D. Pedro el Cruel, y donde fué cogido y llevado á Inglaterra por los ingleses aliados de éste, y la segunda vez, siendo ya de edad avanzada, en la batalla de Aljubarrota por los portugueses el año 1385. Murió de setenta y cinco años de edad en Calahorra, en el año 1407. V. *Crónica del S. R. Don Juan II... por Fernán Pérez de Guzmán, con las generaciones y semblanzas del mismo.* Valencia, 1779», fol. páginas 587-588; el cual pinta así el carácter moral de su tío, López de Ayala: «Fué de muy dulce condición y de buena conversación, y de gran conciencia, que temía mucho á Dios. Amó mucho las ciencias, dióse mucho á los libros é historias, tanto, que como quiera él fuese asaz caballero y de gran discreción en la prática del mundo, pero naturalmente fué inclinado á las sciencias. E con este gran parte del tiempo ocupaba en leer y estudiar, no en obras de derecho, sino en filosofía é historias... Amó mucho las mujeres, más que á tan sabio caballero como á él se convenía.» Comp. también Sarmiento, l. c., páginas 323-329; Sánchez, l. c., tomo I, p. 106-112; y Capmany, *Teatro hist.-crít. de la elocuencia esp.*, tomo I, páginas 50-51, en que se halla reseña de las demás obras de Ayala. La biografía que dejó manuscrita D. Rafael de Floranes: «Vida literaria de P. L. de Ayala», ha sido editada en los tomos XIX y XX de la «Colección de documentos inéditos» (Madrid, 1851-52), obra cargada de cosas extrañas al asunto, y que contiene poco de nuevo. De él, como historiador, hablaré más adelante.

(2) Esta obra no era conocida más que de nombre antes de Sánchez y se la tenía por perdida. Sánchez descubrió dos manuscritos de ella, y pensaba publicarla junto con la «Crónica en verso del conde Fernán González» en el tomo V de su tan citada colección. (V. Sempere: *Ensayo de una biblioteca española de los mejores escritores del reinado de Carlos III*, tomo V, página 98, art. Sánchez.) Desgraciadamente se interrumpió la continuación de esta obra notable. Han prestado, por lo tanto, un verdadero servicio á la más antigua literatura de su patria los traductores de Bouterwek al dar por lo menos una reseña y extracto de estos poemas, ciertamente muy dignos de atención. (Nota N., páginas 138-162, el apéndice más importante de su traducción) y es muy de desear que la Real Academia Española lleve á

bre como escritor sobre todo por su Crónica del rey Pedro el Cruel de Castilla, si bien la colección de sus poesías según toda probabilidad fué acabada entre los años 1398 y 1404 (1). Esta obra tiene en el manuscrito de Campo-Alange el siguiente sobreescrito: «Este libro fiso el honrado cavallero Pero Lopez de Ayala, estando preso en Inglaterra, é llámase el Libro del Palacio.» (El Marqués de Santillana en su á menudo citada carta, según Sánchez, l. c., tomo I, pág. 57, dice de Lopez de Ayala: «escribió... un libro que fizo de las maneras de palacio, é llamaronlo Rimas», y Pérez de Guzmán en su lista de los escritos todos de Ayala, lo cita así: «é otro libro llamado Rimado de Palacio», título singular que puede entenderse «Libro en rimas acerca de la vida de palacio»). Pero contiene más de lo que indica este sobrescrito, pues las 1619 (según Gallardo, 1633) coplas de que consta, abarcan, no sólo consejos acerca de la dirección de una corte bien ordenada y doctrinas acerca del arte de gobernar para los reyes y grandes del reino, sino que también, oponiendo el *debe ser* al *es*, y explicándose por lo tanto desde el aspecto negativo, descripciones satíricas del estado en

---

cabo una impresión completa de ella *(a)*. Hasta tanto, son las únicas fuentes (que me propongo utilizar concienzudamente) estos extractos y los de Gallardo (en la notable carta que bajo el nombre de *Fórnoles*, escribió en las «Cartas españolas», Madrid, 1832, tomo VI, pág. 209 y siguientes y 262 y siguientes, y en la «Revista española» 1832, pág. 411 y siguientes) y de Amador de los Ríos (en el *Semanario pintoresco*, 1847 pág. 411 y siguientes.)

(1) Esto lo prueban los siguientes pasajes, en que habla repetidamente del conocido cisma que se produjo en la Iglesia por una doble elección papal, cisma que empezó en 1378:

«Ca veynte de cisma son años pasados.»

y más adelante hacia el fin:

«Oy son veynte é cinco años cumplidos
Que por mal pecado comenzó la cisma.»

(a) El *Rimado de Palacio* ha sido publicado íntegro por primera vez en el tomo de *Poetas castellanos anteriores al siglo XV*, que coleccionó D. Florencio Janer para la *Biblioteca de Autores Españoles*.—(M. M. y P.)

que entonces estaban la Iglesia y el Estado, de los vicios y locuras de las diferentes clases, y sobre todo de los abusos entonces dominantes en Castilla; descripciones hechas con gran franqueza, con todo el conocimiento de las cosas propio de un estadista que llegó á subir á tan elevados puestos y que tomó parte en las más importantes empresas, y bosquejado todo con el sano juicio de un pensador tan agudo y tan observador de su tiempo, que le hace de valer para todo investigador de la historia (1). Fuera de esto hay intercalados todavía más poemas *líricos*, que contienen, ya consideraciones ascético-morales, ya la expresión de sentimientos y estados del alma, ya cantos de alabanza ú oración místico-piadosos, dedicados sobre todo á la Virgen María. Creo un deber para con mis lectores el comunicarles aquí en lo esencial el extracto que han dado de esta obra los traductores españoles de Bouterwek, que son los que por primera vez la han dado á conocer en cierto modo (2).

También esta obra, conforme al uso de la Edad Media, empieza con un sumario del credo, y con oraciones y consideraciones piadosas. El poeta invoca ante todo la gracia de Dios, para pedirle el perdón de sus pecados, y con corazón contrito hace confesión de ellos (Primeramente fase la confisión), y enumera los diez mandamientos («aquí comiença de los diez mandamientos»), los siete pecados mortales, las siete obras de mise-

(1) Cuando Sismondi dice de esta obra «que fué escrita con el propósito de hacer odioso al rey D. Pedro el Cruel y de ganar para su hermano los corazones de los españoles» es que le ha engañado, por esta vez, su don adivinatorio, puesto que ha soltado esta afirmación tan terminante á la buena de Dios, dado que su fuente, de donde sacó todo lo que dice de este poema, á saber el primer pasaje que inserta Sánchez, no contiene palabra alguna acerca de esto, mientras que el ya conocido extracto contradice suficientemente tal afirmación. ¡Sólo que un historiador genial se sobrepone á semejantes mentís!

(2) Este análisis de Wof se resiente, como no podía menos, de la falta de conocimiento del poema íntegro. Véase el capítulo concerniente á Ayala en el tomo v de la *Historia de la literatura española* de Amador de los Ríos; y la introducción al tomo iv de mi Antología de poetas líricos castellanos. — (M. M. y P.)

ricordia, las corporales, los cinco sentidos y las siete obras espirituales (1). Después de esto se lamenta el poeta del cisma que surgió en su tiempo en la Iglesia por la elección del anti-papa de Aviñón Clemente VII (Roberto de Ginebra, 1378-1394) y de Benedicto XIII (Pedro de Luna, 1394-1417) y vitupera con gran brío y agudeza la corrupción é inmoralidad que dominaba entonces entre tantos servidores de la Iglesia, con lo que se hacen indignos de su santa vocación («de los Prelados é Corte Romana, é otros Clérigos»). Viene ahora á su tema principal: Consejos á los príncipes para que gobiernen recta y prudentemente (del gobernamiento de la República, é de los Consejeros del Rey»), para lo cual pide les venga ayuda é ilustración de lo alto, previniéndoles ante todo de los malos consejeros. Aquí describe entre otras cosas las intrigas de los proveedores y prestamistas *judíos*, dañosos entonces, y sobre todo en España, para el pueblo y el gobierno, y de los consejeros desleales de los reyes, corrompidos por ellos:

«Después desto llegan Don Abrán, Don Simuel,
Con sus dulces palabras que vos parescen miel,
E fascen una puja sobre los de Isrrael
Que monta en todo el reyno cuenta é medio de fiel, etc.»

Pinta también muy bien la adulación de los interesados favoritos:

«Quando en el consejo la questión es propuesta,
Luego cata el priuado aquel cabe se acuesta
La voluntad del Rey, é va por esa cuesta
Cuydando á su casa leuar buena respuesta.»

(1) En la «Floresta» de Böhl de Faber se hallan tres poesías de esta obra de Ayala según el manuscrito de Campo-Alange, la última de las cuales (tomo I, núm. 5) debe de estar tomada de esta introducción dogmático-ascética. Como en esta pide ya á Dios (gran tiempo ha) que mitigue sus padecimientos y le libre de la cárcel (librame de cuitas, de cárcel, etc.), es verosímil que empezara su obra, durante su larga y pesada prisión, es decir, en Inglaterra.

Cierra este capítulo poniéndoles á los consejeros del rey ante los ojos su gran responsabilidad, é instruyéndoles acerca de sus deberes. Después de esto pinta las diferentes clases de la sociedad burguesa por su reverso, con una sátira muy mordaz á las veces, y ante todo los embustes y engaños de los mercaderes. (Aquí comiença de los mercaderes):

«Pidran cinquenta doblas una vez por un paño:
Si ven que estades duro ca entendedes el daño
Dis: por treynta lo do, mas nunca él cumpla el año
Si non costó quarenta ayer de un ome extraño.»

Después la codicia y falta de conciencia de los abogados. (Aquí comiença de los letrados.)

«Si quisieres sobre un pleyto d'ellos aver consejo,
Ponense solemnemente, luego abaxan el cejo:
Dis: «grant question es esta, gran trabajo sobejo:
El pleyto sera luengo, ca atañe á to el concejo.
Yo pienso que podría aquí algo ayudar
Tomando grant trabajo mis libros estudiar;
Mas todos mis negocios me conuiene á dexar,
Et solamente en aqueste vuestro pleyto estudiar.
Finca pobre el cuitado é el bachiller se va.»

Tampoco perdona á los militares que procuran por rapacidad y avidez poner en guerra á pueblos y reinos, y que con placer de los moros instigan á unos cristianos contra otros. («Aquí fabla de la guerra»). Lo que dice después de la alta misión de los jueces y de los deberes de la justicia, sobre todo de la que castiga, es cosa que honra su corazón, tanto más cuanto que este era su círculo propio de acción («Aquí fabla de la justicia»). Más de un endurecido juez de lo criminal de nuestro filantrópico tiempo podría sentirse avergonzado al leer las siguientes expresiones de su colega de la bárbara Edad Media:

«Muchos ha que por cruesa cuydan justicia fer,
Mas pecan por la maña, ca justicia ha de ser

Con toda piedat é la verdat bien saber,
Al fer la execucion siempre se han de doler.
.....
Puedo fablar en esto, ca en ello ove á faser.»

Pinta luego con mucha propiedad las bajas triquiñuelas de los magistrados desleales en el arriendo de las rentas públicas, porque en vez de cuidarse del bien de la comunidad que les está encomendada, procuran sacar ventajas aún prohibidas de su cargo entendiéndose con negociantes judíos («Aquí comiença de los arrendadores»).

«Las rentas de la villa quando se an de arrendar
y llegan los alcalls por de ellas encarnar,
Fablan unos con otros por la siempre abaxar,
Pues y veen oficiales quien osará pujar?
Al traues vien un judio é dis: alcall señor,
Pues vos deuen salario, á la villa es mejor
Que ayades vos las rentas por un prescio menor,
Antes que otro ninguno sere yo el cogedor.
Ayais buena ventura, respondele el alcalde,
Las rentas del concejo non las quiero de valde,
Mas dadles por mi tanto por la villa é arabalde,
Si vieres fabla alguno fablad con él, pechalde.»

No menos, prosigue, procuran estos poco limpios magistrados, si cogen la pista de alguna muchacha casadera de buena casa (casamiento fino) que haya en la ciudad, casarla por su influencia predominante con alguno de sus parientes ó favoritos, por lo cual les queda alguna recompensa, como es natural (Aquí comiençan casamientos):

«Para costa de bodas siemprel's paga la sal.»

Cierra este notable capítulo con una enumeración de las virtudes que dan asiento á la superioridad de una ciudad, y de las faltas que deben evitar (de los Regidores).

Vuélvese aquí de nuevo á las más altas regiones de la vida de palacio. («Aquí comiença de los fechos del Palacio»), de cuya

felicidad tan trabajosa de alcanzar y á la vez tan pasajera sabe hablar por experiencia, como experimentado palaciego que era:

«Grant tiempo de mi vida pase mal despendiendo,
Señores terrenales con grant cura sirviendo:
Agora ya lo veo é lo vo entendiendo,
Que quien y mas trabaja mas yra perdiendo.
.....
Si por yr á mi casa licencia les demando,
Despues á la tornada nin se como nin cuando,
Fallo mundo rebuelto, trastornado mi vando,
E mas frio que nieve en su palacio ando.»

Pinta después las intrigas y vicios de los corrompidos cortesanos en los empleos de la corte y de la ciudad, y cierra esta sección alabando las bendiciones y saludables efectos de la paz. Esto le da ocasión de recomendar á todos el amor á la paz, la caridad cristiana, el desprecio de todas las riquezas y todos los aparentes goces terrenales, la consideración de la muerte, etc., consejos que explica y comprueba por medio de ejemplos, citas de sentencias de otros y resultados de su propia meditación; y finalmente trata del buen uso de la riqueza («Consejo para toda persona»).

Pero en seguida vuelve á su asunto favorito, las máximas de un gobierno y régimen de la república sanos («Consejo para gobernamiento de la Republica»).

«Como es de la riqueza asi es del gran poder, etc....»

Como hombre de la profesión, se detiene, naturalmente, con singular complacencia en los deberes de la justicia; pero lo que dice acerca de ella honra á su corazón no menos que á su inteligencia, como por ejemplo:

«Deuen ser los jueces en todo alonados,
Ricos de posesiones é de virtud dotados,
De todas buenas mañas é bien asosegados,
Que non sean crueles á los pobres cuytados.»

Pero la quintaesencia de sus puntos de vista políticos se contiene en el siguiente capítulo: «Fabla de nueve cosas para conoscer el poder del rey (1)», el cual quiero insertar aquí campleto y tal como le da mi fuente para dar una muestra algo más extensa de esta obra notable y á la vez de un asunto tan á menudo tratado:

«Nueve cosas yo fallo con las que tu veras
El grant poder del Rey quel'conosceras,
Las seis son en el regno que las aqui sabras.
Si sus enbaxadores enbia bien ordenados,
Caualleros buenos, doctores muy letrados,
Con buen aportamiento é bien acompañados,
De los que á ellos veen luego seran notados.
Algunt Principe grande muy cierto sera,
El que tal enbaxada onrrada enbiara:
El que nunca le vio luego le notara
E su fama muy grande non la olvidara.
La segunda si veen su carta mensagera
En nota bien fermosa, palabra verdadera,
En buena forma scripta é con fermosa cera
Cerrada, bien sellada con dia, mes é era;
Si veen su moneda que es bien fabricada,
De oro é de plata redonda bien cuñada,
Rica de buena ley en todo bien guardada,
Esta es la tercera señal del muy granada:
.....
Que sean las sus villas de muro bien firmadas,
Grandes torres, fuertes, altas, bien almenadas,
Las puertas muy fermosas é mucho bien guardadas
Que diga quien las viere que estan muy bien ornadas.
Otro si sus posadas que parescan reales,
Alcaçares muy nobles é otras cosas atales,

(1) Este capítulo es el último citado en la lista del contenido del manuscrito aprovechado. Parece ser que con él se cierra la obra propiamente satírico-didáctica, que fué trabajada por el poeta siguiendo un plan determinado y como un todo coherente; pues lo que sigue todavía son, en parte, adiciones evidentemente posteriores, que no guardan conexión con lo precedente, y en parte poesías líricas de ocasión agregadas á capricho, como por ejemplo, las elegías y querellas que compuso durante sus dos cautiverios y en las que nos ocuparemos.

Unas fuertes é rescias, otras llanas eguales,
Labrâdas muy fermosas de buenos menestrales.
Otro sy el regnó tenga oficiales onrrados,
Jueses é merinos, buenos adelantados,
Todos de conciencia ricos é abonados,
E en guardar la justicia sean bien avisados.
.....
Para servir á Dios aya toda vegada
Su capilla muy noble, muy rica apostada,
De nobles ornamentos fermosa, bien ornada,
De buenos capellanes muy bien acompañada.
Otro si en su consejo aya onbres onrrados,
Ancianos caualleros é notables prelados,
Buenos omes, maduros dotores é letrados,
Esten cabe su estrado todos bien asentados.
.....
Otro si sea su casa en todo muy granada,
Su mesa bien seruida, solepnemente onrrada,
Su camara guarnida, mucho bien apostada,
E de gente valdia su puerta muy dubdada.
Aquestas nueve cosas que suso he contado:
Face á cualquier Rey crescer el su estado,
En onrra é en prouecho dende sera onrrado:
Quien las bien considiere non lo terna errado.»

Añade todavía algunas observaciones sobre los deberes del rey y sus favoritos (1).

---

(1) Aquí parece ser inexacto nuestro extracto y haber saltado algo esencial, pues Sánchez (l. c., páginas 110-111) cita precisamente el capítulo transcrito más arriba «de las nueve cosas para conoscer el poder del Rey», que, según su numeración empieza en la copla 603 y añade: «Continuando (el poeta) en la copla 704, habla de su prisión, pidiendo á Dios y á la Virgen le saque de ella, lo que hace por medio de cantares con sus estribillos conforme al uso de aquellos tiempos. Sin interrumpir el hilo en la copla 784 da gracias á Dios por su libertad. En la copla 794, hablando del cisma que tanto afligía á la Iglesia, dice, etc.... Prosigue éste y dice en la copla 811:

«Oy son veinte é cinco años cumplidos, etc....»

pasaje que nuestro extracto coloca inmediatamente después de lo arriba transcrito. Uno de estos cantares mencionados por Sánchez, en que el poeta habla de su dura prisión «en tierra extraña», parece ser el que publica

Sigue á éste una larga poesía, en que se lamenta una vez más del infeliz cisma de la Iglesia, que duraba ya *veinticinco años* completos (1). Amonesta á los príncipes á que no traten

Faber (l. c., núm. 4) que es ya muy notable en el respecto métrico por lo artístico del artificio de las estrofas y de la rima. (Octavas de versos octosílabos, con rima cerrada y un *estribillo* en cuarteta, «encadenadas» además las coplas entre sí y con el estribillo.) Por lo demás no puedo suscribir á la opinión de Sánchez, que quiere probar precisamente por esta sucesión y encadenamiento de los cantares que el sobrescrito arriba citado del manuscrito de que él se sirvió, contiene un dato falso cuando asegura que Ayala escribió esta obra durante su prisión en Inglaterra, puesto que de lo hasta hoy publicado no resulta que se invalide ese dato, sino que más bien es corroborado por la precitada poesía introductoria (v. Faber, l. c., núm. 5). Y aun podía muy bien lamentarse entonces del cisma, que comenzó, como es sabido, en 1378, pues que no tenemos dato alguno anterior á su liberación y retorno á España sino el de que se halló en 1385 en la batalla de Aljubarrota, donde volvió á ser hecho prisionero. Por lo demás, el trozo que Sánchez publicó con esta ocasión concuerda con los pasajes citados, puesto que hasta la expresión «en tierra extraña» citada por él y que ocurre en la poesía que nos da Faber (l. c., núm. 4), cuadra mucho mejor á Inglaterra que á Portugal unida estrechamente con Castilla y considerado por los reyes castellanos como herencia de su reino. Pero inmediatamente después de esto da gracias á Dios por su liberación. En seguida viene la poesía en que se lamenta por segunda vez del cisma de la Iglesia, y de donde ha sacado Sánchez los pasajes comprobantes. Pero ya he hecho observar en la nota precedente que la obra propiamente satírico-didáctica, como formando un todo, se cerraba con el capitulo mencionado, y que desde aquí en adelante no se halla conexión alguna; considero, por lo tanto, los pasajes aducidos como pertenecientes á apéndices y añaduras compuestas más tarde, y escritas en el mismo manuscrito que la obra principal sólo por casualidad ó capricho. La otra objeción traída á este efecto por Sánchez, que no le hubiera sido posible al poeta escribir obra de tal extensión en una cárcel estrecha y oscura, es demasiado superficial para merecer refutación seria. Es objeción que queda debilitada suficientemente por la exposición propia, tan natural como sencilla, del poeta, como veremos pronto. Tampoco Gallardo ni Amador de los Ríos concuerdan con la opinión de Sánchez *(a)*.

(1) Es natural que esta disensión fuera sentida en lo más profundo en la altísima unidad precisamente de los nobles y creyentes ánimos de aquel tiempo y que los llenara de dolor y descontento. De aquí que nuestro poe-

(a) Conocido ya integramente el *Rimado de Palacio*, es imposible dudar de que fué compuesto durante el segundo cautiverio de Ayala, es decir, después de la jornada de Aljubarrota.— (M. M. y P.)

un suceso tan importante con tanta indiferencia y espíritu interesado como hasta entonces, pues sólo un Papa podía ser el verdadero, y quien defendiera al ilegítimo sería un «falso abogado». Recomienda como el mejor remedio para aquel mal tan profundo de la cristiandad un Concilio universal de la Iglesia é invoca como prueba el tercer Concilio toledano, que tan felizmente sirvió para la extirpación de la herejía arriana. Se dirige sobre todo al soberano de su patria, á Enrique III de Castilla (1390-1407) y le provoca, como á fiel protector de la santa fe, á que proceda vigorosamente contra la tibieza y la intriga de los débiles y los malos, para devolver á la Iglesia la paz tan anhelada desde hacía tiempo. Siguen aún algunas poesías en que una vez más suplica á la Virgen María le conceda la liberación de su cautiverio (1). Es digno de atención aquí, cómo y por qué la había compuesto, según lo declara en las estrofas introductorias de la misma:

«Quando enojado é flaco me siento,
Tomo grant espacio mi tiempo pasar
En faser mis rimos, syquier fasta ciento,
La tiran de mi enojo é pesar:
Pues pasa mi vida asi como viento,
Oy si non cras sin mas y tardar,
Por me consolar este es fundamento,
Non espender tiempo en ocio é vagar.
.....

---

ta, expositor del sentimiento común de su tiempo, trajera ese suceso tantas veces á colación. El mismo asunto ha tratado, por ejemplo, nuestro Pedro Suchenwizt en una obra propia. (V. en sus obras editadas por Primisser Wien, 1827, 8. núm. xxxv, *Von tzwain pabsten*, pág. 107-109.)

(1) Esto de tratar repetidamente el mismo asunto en la poesía precedente y en ésta, parece querer decir que fué compuesta en una ocasión semejante, posteriormente á las citadas más atrás, que tienen el mismo contenido y están unidas á su gran obra. Es, pues, muy verosímil que compusiera esta última poesía durante su segundo cautiverio en Portugal después de la batalla de Aljubarrota, lo cual parece corroborarse por la misma expresión «en las mis prisiones.»

Della (de la Virgen María) fise yo algunos cantares
De grueso estilo quales tu veras
Aquí luego, e sy bien lo catares,
La mi devoción pequeña entendras,
Que con versetes conpuestos á pares (1)
Materia ruda non lo tacharas:
Si por tu gracia de mi te acordares,
Que biuo en montañas segunt que sabras.»

De este pasaje se deduce claro que precisamente *durante sus dos cautiverios*, para no hacer intolerable del todo por una ociosa atonía el tiempo ya por sí pesado de semejante situación, se refugió en la poesía, y que compuso esta obra, en gran parte por lo menos, para consuelo y distracción de sí mismo y para utilidad y provecho de otros (2), y no, como Sánchez cree, «en la libertad, y en España», puesto que un hombre que como Ayala tomó una parte tan activa en la embrollada vida de la corte y del Estado, debía disponer en tiempos tan agitados de pocas horas libres física y espiritualmente, horas tales cuales las exigen las musas, aborrecedoras de todo tumulto, además de que él, como historiador y docto, creía, según su opinión, deber dedicarlas á trabajos más importantes y serios, como prueban sus numerosas obras restantes.

Finalmente, se dirige el poeta á las dominicas de Quijana

(1) Es de saber que estos cantares están compuestos en versos cortos de seis y siete sílabas (por lo tanto «á pares» esto es, pareados, puesto que dos de ellos forman un alejandrino ó verso largo) y en estrofas y rima semejantes á las ya citadas. Uno de ellos se halla impreso en Faber (l. c., número 3).

(2) Quien quiera tomar aquí las palabras mismas del poeta por una «ficción poética» como le pasa á Sánchez, no ha penetrado profundamente en el génesis de la vida poética, acaso por preocupación prosaica. ¡Cuán acertadamente, por el contrario, ha mostrado y caracterizado Rosenkranz (*Gesch. d. Deutschen Poesie in Mittelalter*, páginas 570-571) el poder de replegarse en sí mismos como la aptitud de los poetas ético-didácticos, presentándonos el ejemplo de Thomasin de Tirkeleren!—Lo que se reclama como aislamiento artístico del poeta, es cosa á que les obligaron las circunstancias al Arcipreste de Hita y á Ayala, y acaso esta fué la ocasión y condición del génesis de sus obras.

(convento de monjas en las cercanías de Vitoria, fundado en 1365 por el padre del poeta, Hernán Perez de Ayala), para que le consigan la liberación mediante sus ruegos á la Virgen María; pero se propone sufrir entre tanto su suerte con paciencia y resignación, siguiendo á Job como modelo, y amonesta á los demás al ejercicio de la virtud apoyando su doctrina con el ejemplo (1).

Sánchez (l. c., pág. 112) ha observado ya que Ayala ha imitado mucho al Arcipreste de Hita, sobre todo en las partes líricas de su obra, á lo que podría haber dado una ocasión bastante próxima la semejanza de las circunstancias externas en que se hallaron, es saber, la larga y pesada prisión sufrida por ambos. Acaso haya que atribuir precisamente á esta circunstancia, como ya se ha hecho notar, el que ambos se hubieran determinado á la composición de una gran obra *satírico-didáctica;* pero el carácter fundamental en estos dos poemas es, sin embargo, completamente distinto; no tanto la elección de materia, aquí accidental y condicionada naturalmente por el humor y por circunstancias extrínsecas, sino más bien el modo de tratarla y la forma que constituye esencialmente el elemento poético, la composición y exposición. Pues el genial é inventivo Arcipreste ha objetivado y personificado, por medio de un fondo que lo abraza todo, sus opiniones, doctrinas y experiencias; Ayala da las suyas sin ningún velo poético, sencillamente, pero coordenadas de un modo más sistemático que si se tratase de meras observaciones. *Aquél* se puso *á sí mismo* como punto medio concreto de su creación, y concentró las direcciones divergentes de su obra en el curso de su vida propia, efectivo ó inventado; *éste* se ha colocado *fuera* de su poema y *sobre* él, apareciendo su contenido como resultado de la reflexión general, y estando cada una de sus partes en relación de paralelis-

(1) Según Gallardo, empieza éste, como él le llama, «Glosar según san Gregorio el libro de Job, aplicado á sus propios quebrantos», con la copla 893, y llena todo el resto del manuscrito de Campo-Alange hasta la copla 1633, con la que se interrumpe, «sin bastantes señales de concluir la obra».

mo. *Aquél* gusta de la vestidura simbólico-alegórica, y está en esto más cerca de sus modelos orientales; *éste* se acerca más á la forma de los poemas propiamente didácticos, no sin vistas acaso á los patrones antiguos clásicos, pero todavía dentro de la inorgánica falta de conexión de las primeras imitaciones medioevales (1). El Arcipreste ha comprendido en toda su profundidad lo necesario de la corrupción humana, é intentado mostrarlo por una ironía que compenenetra toda su obra; Ayala se detiene más en la superficialidad de su manifestación, y la fustiga con el látigo de la sátira.

Mucho más aún se enlaza Ayala con los más antiguos poetas castellanos y sobre todo con el Arcipreste de Hita, respecto á la versificacion y el artificio de las estrofas (2); la parte satírico-didáctica de su obra está compuesta, por lo común, en las conocidas estrofas alejandrinas, y en los cantares propiamente dichos se sirve con preferencia de los versos de seis y de ocho

(1) V. Rosenkranz, l. c., páginas 569-570.

(2) El marqués de Santillana dice (Sánchez, tomo I, pág. LVII): «Entre nosotros usose primeramente el metro en asaz formas, así como el libro de Alexandre, los votos del Pavon: é aun el libro del Arcipreste de Hita. E aun de esta guisa escribió Pero López de Ayala el Viejo un libro», etc. Esta comparación de Ayala con los más antiguos poetas castellanos no parece ser arbitraria ó fundada en negligencia del orden cronológico, sino que es de seguro intencional y debida al más exquisito tacto, puesto que Ayala, tanto por el espíritu como por la forma, pertenece más á la antigua escuela artística nacional que á la «Arte de la Poetría» provenzal, transplantada en su tiempo á Castilla. El marqués habla de los poetas de esta última escuela inmediatamente después, y nos presenta también aquí con exactitud su proceso evolutivo, nombrando primeramente á los trovadores gallegos y volviendo á los castellanos hasta Alfonso el Sabio. La poesía provenzal originaria y las más recientes lemosina y catalana habíalas ya mencionado antes. En general esta carta del marqués de Santillana es un documento de altísima importancia para la historia de la más antigua poesía castellana, y da, bien entendida, las mejores revelaciones; la culpa está, por lo tanto, tan sólo en Bouterwek mismo, si creía que «de esta carta no se puede aprender mucho». Sánchez ha reunido en su comentario, con diligencia de coleccionador crítico, muchas importantes noticias, pero no ha hecho resaltar lo debido ni ha sabido utilizar el mérito capital del texto, la exacta reseña del proceso evolutivo del arte poético castellano.

sílabas. Por otra parte, no se puede menos de reconocer en esta obra de Ayala una significativa aproximación á las formas de la poesía cortesana, que dominó casi exclusivamente en el siglo xv en el campo de la lírica; pues las poesías líricas relacionadas con aquélla constan en su mayor parte de estrofas de ocho versos (coplas de arte común), y las no destinadas propiamente al canto (decires) de versos de doce sílabas además (versos de arte mayor), versos cuyas octavas sólo en la rima se diferencian de las «Coplas de arte mayor», tan usadas en el siglo xv. Por lo demás, supo Ayala también confeccionar con mucha perfección poemas construidos artísticamente, según las reglas de la «Gaya Ciencia», alguno de las cuales obtuvo la honra de figurar en el *Cancionero de Baena* (1). Por lo tanto en las obras de este poeta es donde se ve claro el paso del más

(1) Véase en el *Cancionero de Baena* (ed. de Madrid, 1851, páginas 549-555) la «Respuesta» que dió Pero López de Ayala á una «Pregunta» de Ferrán Sánchez Calavera. La última octava contiene los siguientes importantes pasajes para la historia de la métrica:

«Dexado este estilo asy començado,
Quiero vos, amigo, de mí confesar,
Que quando vuestro escripto me fue presentado,
Leyera un libro do fuera fallar
Versetes algunos de antiguo rrymar,
De los quales luego mucho me pagué,
E sy son rrudos, á vos rogaré
Que con paçençia vos plegua escuchar.»

Estos versos, que siguen á los precedentes («estos versetes conpuso Santo Anbrosio») son *alejandrinos;* en las conocidas estrofas de cuatro versos, que eran tenidos entonces por de «antiguo rimar» y «rudos», mientras que él mismo parece cambiarlos no de mala gana por los del nuevo estilo («dexando este estilo»). — Debía yo mencionar ya aquí, para mayor exactitud cronológica, á Pero Gómez, Pero González de Mendoza, Alonso González de Castro, al Arcediano de Toledo y á Garci-Fernández de Jerena, poetas todos del siglo xiv; pero por una parte apenas se conoce de estos poetas más que sus nombres y por otra parte pertenecen por el espíritu y por la forma más bien á la escuela de los poetas cortesanos del siglo xv, así es que dejo el tratar de ellos más por extenso para cuando tenga ocasión de hablar del *Cancionero de Baena*, en que se hallan algunos de sus poemas.

antiguo y más racional arte lírico poético á la más reciente poesía cortesana de Castilla, formada según los modelos provenzales; habiendo yo mostrado ya los grados de preparación y desarrollo de ella en los ensayos líricos de Alfonso el Sabio, de D. Juan Manuel y del Arcipreste de Hita.

Debo todavía mencionar aquí algunas poesías que por el tiempo de su composición y por su dirección espiritual pertenecen todavía por completo al siglo XIV, al paso que se muestra ya en su forma métrica algún influjo de la poesía cortesana. Hasta hace poco no se conocían estos poemas más que por mezquinas reseñas que habían dado de ellos, Sánchez en la introducción á su colección (tomo I, páginas 179-184), y Rodríguez de Castro en la *Biblioteca española* (tomo I, páginas 198-201) según un manuscrito de la Biblioteca del Escorial que los contiene todos. Ahora ya están impresos la mayor parte de ellos.

Sólo del primero de estos poemas nos ha llegado el nombre del autor y algunos datos exactos del tiempo de su composición. Ambas cosas se sacan del sobrescrito del mismo, que dice así: «Consejos y Documentos del judío rabí Don Santo al Rey Don Pedro», y en la primera estrofa se llama el poeta á sí mismo: «Santob, judío de Carrión», lugar de Castilla la Vieja de donde tomó su nombre, como lugar de su nacimiento ó morada (1). También á este cita el marqués de Santillana en su carta (según Sánchez, tomo I, pág. 59), como contemporáneo de su abuelo, Pero González de Mendoza (muerto en 1385), y disculpándose de colocar á un *judío* (2) junto á hombres de elevada alcurnia,

(1) El poema se halla, no sólo en el manuscrito del Escorial, citado por Castro, sino también en otro manuscrito de la Biblioteca nacional de Madrid, de donde lo tomó Ticknor para imprimirlo completo en el apéndice décimo. En éste se da el nombre del autor, Santob, esto es, Schemtob, mejor que en el manuscrito del Escorial (Santo). Comp. sobre esto lo que dice Amador de los Ríos. *Estudios*, etc., pág. 305 y siguientes. Steinschneider, *Jewis Lit.* (London, 1857, pág. 350) y Catal. Lib. hebr. in Bibl. Bodl., columna 2519.

(2) Que el poeta *no* abjuró la fe de sus padres se ve claro, no sólo por este pasaje de la carta del marqués de Santillana, sino también por sus palabras

añade: «Púsele en cuento de tan nobles gentes por gran trovador». De las estrofas introductorias á estos «Consejos y documentos al rey Pedro el Cruel de Castilla» se saca que el poeta había ya alcanzado la vejez cuando los escribió («en mi seso de viejo»), y que había sido tenido en consideración ya por el padre de aquel rey, Alfonso XI (1312 1350); así es que hay que poner el tiempo de su florecimiento en la mitad del siglo XIV. La obra suya de que aquí tratamos es un poema didáctico-moral, ó más bien una serie de sentencias (*proverbios*, como los denomina muy bien el marqués de Santillana), llenas de saludables enseñanzas y reglas de vida, dirigidas al rey Pedro el Cruel de Castilla, á quien amonesta á que imite el ejemplo de su esclarecido padre. No es, por lo tanto, su valor poético, como sucede con la mayor parte de los poemas de la misma clase, grande, la concepción de la vida es muy exterior, el círculo del pensamiento muy limitado, con muchas repeticiones y difusiones del mismo tema; pero la colección de proverbios es siempre notable por el lenguaje y la versificación. En el texto dado por Ticknor, según el manuscrito de la Biblioteca Nacional de Madrid y comparado por los traductores españoles de aquél con el manuscrito de la Biblioteca del Escorial, consta la colección de 626 (en Ticknor 627)

---

mismas, como lo ha probado suficientemente Sánchez (l. c., tomo IV, páginas 13 y 14) contra Castro. Parece, por lo demás, haber compuesto otras obras poéticas además de esta, pues el marqués de Santillana dice expresamente de él que «escribió muy buenas cosas, é entre las otras proverbios morales de asaz, en verdad, recomendables sentencias». Es completamente claro que aquí con esto de «Proverbios morales» se quiere indicar la obra arriba nombrada, citando inmediatamente el marqués un pasaje de ella. Pero es muy cierto que los poemas didáctico-morales que se hallan en el mismo manuscrito que esta obra y de los que hablaré en seguida, no pueden proceder de este poeta, que permaneció fiel al judaísmo, como piensan Castro y Amador de los Ríos, y lo supuso ya antes que ellos Sánchez, que rectificó su error más tarde (tomo IV, pág. 12); pues ya el simple título, y mucho más el espíritu y contenido de los mismos, prueban que han sido compuestos por un cristiano con sujeción estricta al modo de pensar y á las ideas dogmático-ascéticas entonces corrientes en general. Compárese también en Ticknor la contradicción á los fundamentos de Amador de los Ríos.

estrofas ó semi-estrofas (1), según que se considere á todos los versos como cortos, de siete ú ocho sílabas, ó como hemistiquios de versos largos (alejandrinos de catorce ó diez y seis sílabas), con rima que salta (ó rima de cesura). Serían por lo tanto estos proverbios notables para la historia de la versificación

---

(1) El número de estrofas que dan Castro, Amador de los Ríos, Ticknor y sus traductores españoles, de 476, es inexacto según la impresión que tenemos á la vista. La exacta comparación emprendida entre ambos manuscritos (véase en el IV tomo que ha aparecido de la traducción española de Ticknor, en las adiciones, páginas 425-430, donde los traductores mismos hacen notar al final: «Tales son las *notables variantes* que presenta el códice del Escorial cotejado con el de la Biblioteca nacional; *variantes* de tal especie, que casi nos hacen sospechar sea una redacción posterior y mejorada de la misma obra. Sólo así se explica la *falta de identidad* que se nota en uno y otro») da en general por resultado que, no sólo se separan en muchas particularidades significativas, sino también en el orden y número de las estrofas en general, así por exclusión de series completas como por la inclusión de muchas estrofas, y precisamente más en el prólogo métrico (el en prosa falta por completo en el manuscrito de la Biblioteca del Escorial). En las notas á la traducción alemana de Ticknor me había yo pronunciado siguiendo principalmente á éste y contra mi anterior opinión por las estrofas alejandrinas, porque yo los tenía por más fundados en vista de la declaración del número de estrofas (23) del prólogo métrico en el prosaico y creía poder abandonar la numeración de estrofas de mis predecesores. Pero ahora tengo tanto menos escrúpulo en volver á mi anterior suposición de las estrofas cortas, seguida por todos los demás críticos, cuanto que el poema ya citado acerca de la lucha del alma y del cuerpo, el hallado por Pidal, que es aún más antiguo que este de que tratamos, pertenece también al género didáctico y está escrito en versos cortos de siete hasta ocho sílabas. Acaso pueda hacerse valer para *esta* opinión la expresión que ocurre en la segunda estrofa: «Comunalmente trovado»; pues las coplas de arte *común* se llaman así, por oposición á las largas, ó de arte mayor, precisamente porque constan de versos cortos, casi siempre de redondillas octosílabas; pero también en estos proverbios se nos presentan á menudo versos octosílabos, y pareados además, como en las estrofas 23-28 (páginas 334-335 de la traducción española de Ticknor). Así es que se lee también en un Decir de Villasandino (en el *Cancionero de Baena*, pág. 185):

«Por arte nyn maestría
Mas por la *comun trobando*»;

y este poema consta realmente de redondillas octosílabas con dos *pies quebrados* (de cuatro sílabas) en cada estrofa.

española, no sólo por tan temprana aplicación de los versos de siete sílabas (versos de endecha) en caso de que se los tomara enteramente por tales, sino también por el modo de rimar aplicado ya de tal manera en aquel tiempo y en que se muestra innegable el influjo de la lírica artística. Las sentencias se destacan á veces con suma viveza, y hasta con precisión y agudeza epigramática, al paso que otras tienen todo el carácter de los proverbios populares, y deben ser contadas entre las más antiguas muestras de ellos que conocemos (1).

Hállase en el mismo códice de la biblioteca de El Escorial una obra de autor desconocido, pero seguramente cristiano, un poema didáctico (*tratado* es el nombre que el mismo autor le da) sobre los dogmas fundamentales de la *Doctrina Cristiana*. Lleva un prólogo en prosa, en que el autor se arrepiente de sus pecados y pide á Dios perdón por ellos. La razón que da de haber puesto la *Doctrina* en verso, es que no dirige su poema á los sabios teólogos, monjes y prelados, sino á los laicos, y principalmente á los niños.

Esto pensé ordenar
Para el niño administrar
Porque es malo de espulgar
El zamarro.

Después de ésto, expone en ciento cincuenta y siete estrofas el *Credo*, los diez mandamientos, las siete virtudes cardinales, las obras de misericordia, los siete pecados capitales, los cinco sentidos corporales y los sacramentos. A continuación

(1) Véase Helfferich y Clermont, *Aperçu de l'histoire des langues neolatines en Espagne*. (Madrid, 1857, 8.°, páginas 50-51.) Dan, según el manuscrito de Madrid, el título del poema en esta forma: *Libro del Rabi Santob*, observando que presenta grandes discrepancias con el códice de El Escorial, y son también de opinión de que el Rabi Santob no puede ser autor de ninguno de los otros poemas contenidos en el códice escurialense. Helfferich observa también en su *Raymund Lull* (Berlín, 1858, 8.°, § 108) que las sentencias de Santob parecen muy imitadas de los *Proverbios* de Salomón.

describe los trabajos y peligros del mundo, y da algunas instrucciones para la vida cristiana, y algunos consejos morales sobre la conducta que el hombre debe observar con sus prójimos, especialmente con los mayores en edad, con los parientes y con los criados. Por esta sumaria exposición del contenido se podrá comprender fácilmente que este poema pertenece á la clase de aquellos que la Edad Media produjo por espíritu de bien intencionada devoción, pero á los cuales es imposible conceder ningún género de valor poético. Las estrofas constan de tres versos octosílabos y monorrimos, seguidos de un quebrado sin rima (1).

El asunto de la tercer obra contenida en el manuscrito de El Escorial queda muy bien especificado transcribiendo su sobrescrito que dice: «La danza general de la muerte, en que entran todos los estados de gente». Pertenece, pues, á aquella clase de poemas provocados por una epidemia que, empezando ya á principios del siglo XIV, pero sobre todo desde mediados de él, se difundió en general, cebándose entonces en toda Europa; la epidemia conocida bajo el nombre de la peste negra. Entonces aparecieron esos poemas que procuraban exponer poéticamente una representación peculiar y propia de la caducidad de la vida humana, y que más tarde dieron cuadros ó grabados en madera como aclaración y moraleja, y que juntamente con éstos se hicieron famosos en el siglo siguiente bajo el nombre de *danzas de la muerte* (2). Todas estas exposiciones poéticas y gráficas tuvieron su origen en escenas

(1) Son realmente una variedad de las *Rimes couées* tan abundantes en toda la poesía eclesiástico-popular de los tiempos medios. Véase mi obra *Veber die Lais*, § 43 y 227. Véase para más extensa noticia y extracto de la *Doctrina Cristiana*, á Amador de los Ríos, l. c., páginas 330 335 (a).

(2) A lo dicho acerca de esto por Gräse (obra citada, II, 1, pág. 146 y sig.), Ticknor (I, 77) y por mí *(Ein Span. Frohnleichnamsspiel vom Todtentanz.* Wien, 1852, 8, pág. 22) añádase: J. G. Schultz Jacobi, *De vederlandsche Doodendans*, Utrecht, 1849, 8; Hans Holbein's *Initialbuchstaben mit den Tod-*

(a) La *Doctrina Cristiana* fué publicada en el tomo de Janer *Poetas anteriores al siglo XV*, quedando con tal publicación cortada toda disputa acerca del nombre de su autor, que en ella misma se expresa: Pedro de Veragüe.—(M. M. y P.).

y representaciones dramático-corales de la Iglesia (v. Carpentier, *Glossar. s. v. Machabaeeorum chorea*) (1); si bien de este uso no tenemos una noticia histórica segura que sea anterior al año 1424. Se tiene por la más antigua alusión á este género de representaciones un pasaje de *Pierce Plow'mans Visions*, obra que se pretende sea de Roberto Langland (escrita hacia 1362) (2). Pero no se puede indicar entre los hasta hoy dados á conocer ningún poema *exclusivamente* dedicado á este asunto que sea más importante ni más antiguo que *este español*, sea original, ó, como es muy verosímil, imitación de una obra *francesa* que subsistiera por sí, ó simplemente un comentario poético de una obra de arte que se ha perdido ó que nos es desconocida, ó bien de una representación mímica; pues el que haya sido compuesto en el siglo XIV es cosa en cuyo favor habla más de una circunstancia. Ante todo, está escrito de la misma mano y en el mismo manuscrito que otros poemas que evidentemente pertenecen á este siglo (como el arriba citado del Rabí Santob), manuscrito cuyo carácter de letra han reconocido como de este siglo conocedores tan peritos como Castro y Sánchez. No faltaban además en España, desde mediados del siglo XIV, aquellas ocasiones exteriores, cuya coincidencia de

tentanz... Con una disertación histórica acerca de la Danza de los muertos de A. Ellissen, Göttingen, 1849, 12; Georges Kastner: *Les danses des morts. Dissertations et recherches historiques, philos., litter. et musical. sur les divers monuments de ce genre qui existent ou qui ont existé tant en France qu'à l'étranger. Accompagnées de la Danse macabre, etc.* París, 1852, 4; Fortuol: *Etudes d'archéologie et d'histoire*, tomo I, París, 1854, 8, pág. 321. *Etudes sur les pcèmes et sur les images de la danse des morts* (sobre todo página 344, núm. IV, sobre la «Danza general de la muerte» española), pero sobre todo el notable trabajo de W. Wackernagel *Der Todtentanz* en el *Zeitschrift für deutsches Alterthum*, Bd. IX (Leipzig, 1853, páginas 302-365) de Haupt, en que se desenvuelve genéticamente en el dibujo y la poesía la historia de este símbolo medioeval de la muerte.

(1) Lo que yo expuse ya como suposición acerca del origen de la danza de los muertos y de su nombre *Machabaeeorum chorea, DanseMacabre,* lo ha probado y corroborado con mayor precisión Wackernagel.

(2) Warton: *Hist. of Engl. Poetry*. London, 1824, vol. II, páginas 101, 364 y 510.

tiempo y lugar (comprobable históricamente) con el nacimiento de la mayor parte de las danzas de la muerte hasta hoy conocidas no puede considerarse como un simple acaso; quiero decir la peste negra que entonces devastaba á toda Europa, y que desde el año 1348 se cebaba también en España, y de la que murió ya en el año 1350 el mismo rey Alfonso XI de Castilla; peste que volvió á brotar en 1384, y que sobre todo hacia fines de este siglo (1394-1399) invadió tan duramente á toda España, que el rey Martín de Aragón huyó de Barcelona á Perpiñán y en Andalucía se derogó solemnemente el año de luto legal de las viudas (1). Finalmente, demuestra que debe aceptarse como época de la composición de este poema el último decenio de este siglo, la versificación misma, pues consta ésta, lo mismo que la de la mayor parte de los anteriormente citados «decires» de López de Ayala, de octavas de versos de doce sílabas, que se diferencian de las «coplas de arte mayor» tan comunes en el siglo xv, en que el primer cuarteto tiene ún sistema de rima *cambiante* y sólo el segundo ha sido compuesto en el posterior y regular, esto es, sistema *cerrado*. Por lo demás, sigue este poema la misma marcha de ideas y se presenta en la misma forma dramática que las danzas de la muerte posteriores que conocemos. Esta misma forma apenas deja duda de que también esta danza de la muerte se sacó de una representación eclesiástica y que estuvo destinada á tal representación dramático-coral con canto de las estrofas (2); su-

(1) V. Schnurrer: *Chronik der Senchen.* Tübingen, 1823, 8, Th. I, páginas 328, 351 y 354 (según Villalba, *Epidemiologia Española*, Madrid, 1802).

En nuestro poema mismo aparecen algunas alusiones que denotan esta ocasión, como la copla segunda:

«Non eres cierto, si en punto berná
sobre ty á dessora alguna corruption
de *landre* ó *carbonco* ó tal ynphyçyon»

y copla 39, que vuelve á decir de la muerte:

«la tienda que traygo de *buuas* y *landres*.»

(2) Cuando Ticknor dice: «No es (la Danza general) indiscutiblemente

posición esta última que ratifican además muchos pasajes, en que ocurre una especie de mención del canto y del acompañamiento musical, mención que no puede ser simbólico-literaria, sino que denota una representación efectiva (1).

---

ningún drama, sino un poema didáctico, cuya representación hubiera sido un absurdo», no ha hecho más que no tener en la debida consideración el origen de estos poemas en general, y sobre todo comprender de un modo muy parcial este poema español; pues lo «absurdo» de su representación tan apodícticamente expresado por él, no es cosa que pueda probarse, y por el contrario se presenta tan claro su destino de ser representado — con lo cual claro está que no se dice que el poema sea un «drama»—que Moratín, Schack, Amador de los Ríos y otros no han dudado de ello, y por ejemplo Depping (en el apéndice á Langlois *Essai... sur les Danses des morts*, Rouen, 1852, 8, t. I, pág. 90) pone de relieve su representabilidad diciendo: «Je crois même qu'on peut la regarder comme le texte d'une représentation scénique de la Danse des Morts. En effet, tous les personnages y sont mis en action et parlent. Le poëme pouvait se jouer d'un bout à l'autre sur le théatre dressé dans un cimetière ou á l'entrée d'une église, pour amuser les fidèles à la sortie des vêpres». Es también de notar que la Muerte al fin de cada estrofa, después que ha contestado á los lamentos de los que entran, llama á la persona que ha de aparecer en seguida, lo cual se parece á una citación de escena.

(1) Así, en la copla 7, en que el predicador dice que empiece la muerte su baile:

«A la cual dise que quiere leuar
á todos nosotros lançando sus redes:
abrid las orejas, que agora oyredes
de su *charambela un triste cantar*.»

La copla 9, en que la muerte anuncia á las dos muchachas que ha elegido por su primera presa, dice así:

«Estas dos donsellas que *bedes* fermosas
ellas vinieron de muy mala mente
á oyr mis *canciones* que son dolorosas.»

En la copla 26 se llama á la muerte *tañedor* y en la 31 vuelve á decir la muerte:

«Oyd mi *cancion* por qué *modo entona*.»

En la copla 39 llama al Arcipreste al baile:

«E vos, arcediano, venid al *tañer*.»

En la copla 49 dice al cura:

«Yo vos mostraré un *Re-mi-fa-sol*
que agora compuse de *canto* muy fyno.»

Después de una corta introducción en prosa (del anotador) que contiene el argumento del poema, entra la Muerte, inevitable paradero de todos los mortales, anunciando á éstos que estén prontos. Después aparece el predicador, que recomienda la conducta virtuosa de la vida como la mejor preparación para la muerte. En seguida cita la Muerte á todos los nacidos á una danza inxescusable, y la abre con dos doncellas. (Primeramente llama á su dança á dos donsellas;—por lo demás las *únicas* personas femeninas que aparecen aquí, y que como lo muestran las palabras al Papa, «e desta my dança será *guiador*», no pertenecían propiamente á la rueda.) Con el Papa (Padre santo) empieza propiamente la rueda, siguiendo por grados hasta el estado más bajo, el judío y el pagano, de tal modo, que siempre sigue á un eclesiástico un laico; la persona citada lamenta su suerte en una copla y la Muerte le contesta en otra, la mayor parte de las veces echándole en cara su vida pecaminosa, y en la última línea de su copla cita al baile á la próxima persona). Las dos últimas coplas contienen la llamada de la Muerte á todos los que no habían sido citados nominalmente («Lo que dise la muerte á los que non nombró»), y la sumaria contestación ó lamento de ellas. («Disen los que han de pasar por la muerte.») El poema consta de setenta y nueve estrofas de ocho versos, y en la rueda, que empieza propiamente con el Papa, entran treinta y tres personas (1).

Este poema, notable en más de un respecto, ha aparecido ya impreso según el único manuscrito que de él existe, el de

(1) Las personas se siguen así: Padre Santo; Emperador; Cardenal; Rey; Patriarca; Duque; Arçobispo; Condestable; Obispo; Caballero; Abad; Escudero; Dean; Mercadero; Arcediano; Abogado; Canónigo; Físico; Cura; Labrador; Monje (y este *negro*, es decir, benedictino, que era el que se perdía con más facilidad); Usurero; Frayre; Portero (de maça, esto es, real); Hermitaño; Contador; Diacono; Recabdador; Subdiacono; Sacristán (laico, puesto que se habla de su mujer); Rrabi (en el manuscrito sobrescrito erroneamente: *Sacrist., sic)*; Alfaquí; Santero (el que recoge limosna para un anacoreta ó una iglesia.)

bueno hermitaño de santa vida que estaua resando una noche en su hermita é oyó esta reuelacion el qual luego la escreuió en Rimas ca era sabidor en esta ciencia gaya.»

El poema mismo da con toda precisión la fecha en que fué compuesto, en los versos de entrada:

> Despues de la prima, la ora passada,
> en el mes de enero, la noche primera,
> en, cccc e veynte durante la hora,
> estando acostado en mi posada, etc.

El 1.° de enero de 1420, según la era española, corresponde al año 1382 del Nacimiento de Cristo.

Con este dato de fecha concuerda también la forma de las estrofas, puesto que está compuesto en veinticinco octavas de versos de doce sílabas, con rima completamente cerrada, es decir, en la forma normal de las coplas de arte mayor tal como la vemos en la lírica artística y cortesana de fines del siglo XIV y principios del XV. Por eso se diferencia este poema, como artístico, de las citadas coplas de López de Ayala y de la forma de estrofas de la *Danza de la muerte*, en que la primer cuarteta de cada estrofa tiene aún rima *cambiante*, y que por lo tanto, fueron añadidas *más recientemente*, mientras el autor de este poema era ya famoso como «sabidor en esta ciencia gaya», es decir, como conocedor de las reglas del «arte jovial» de la posterior poesía de los trovadores.

Es digno de notarse que no sólo aparece el alma que lucha con el cuerpo en forma de un «ave de blanca color», sino que las almas todas en general son representadas como nobles halcones ó como feas aves nocturnas y de rapiña, según sean almas buenas ó malas (1).

---

(1) A la conclusión del poema, después de terminada la lucha, quiere un diablo llevar el alma al infierno; se la arrebata un ángel, se arrepiente de sus pecados y se queja, como disculpa de sus debilidades, de la

Tampoco de este poema ha dado ni siquiera análisis ó reseña Amador de los Ríos (l. c., páginas 321-324) (1) pero ha sido impreso por separado, en Madrid, 1848, en 12.°, y en el *Semanario pintoresco* (año de 1854, páginas 263-264) (2). Acabamos de ver cómo se muestra en las obras del infante D. Juan Manuel, en las del Arcipreste de Hita, de Ayala, el rabí Santob y en estos poemas anónimos (y ¡cuántos del mismo género esperarán en los archivos y bibliotecas á que alguien los descubra!) la dirección *didáctica*, dominante en el siglo XIV en España, como en el resto de Europa: el producto del cultivo de las ciencias que cada día se difundía más, de la gran actividad intelectual, de la preponderancia de la abstracción sobre la fantasía y de la estimación práctica de las cosas sobre la concepción ideal de la vida, por todo lo cual, así como por el conocimiento que á la vez se trababa con los modelos antiguos clásicos y orientales se cultivaban y favorecían preferentemente las formas del apólogo, de la fábula, de la alegoría y del poema didáctico; y cuanto más comparaba el juicio lo que debe ser con lo

---

corrupción y las injusticias del mundo, reprochandole entre otras cosas que:

«A *cuervos*, *milanos*, *mochuelos* cuitados
en alto trevol veo que los subes
con tan firmes alas fasta las nubes
jamas, nunca cesan subir sus estados.
Nobles *gerifaltes*, bayles e sarados
derribas e abajas en mar muy profundo:
los tales juicios de ti, falso mundo,
¿quien los judgara por bien ordenados?»

Acerca de este modo de representar las almas bajo figura de animales y especialmente de aves, comp. Liebrecht, *Gervasius Tilb. otia imp.* Hannover, 1856, 8, pág. 115.

(1) Entiéndase que no la dió en sus *Estudios sobre los judíos* (donde para nada hubiera venido á cuento) pero sí en el tomo IV de su *Historia de la literatura española*.—(M. M. y P.).

(2) Esta «lucha del alma y del cuerpo» se ha conservado en España hasta nuestros tiempos en los romances de los ciegos: «Nuevo y curioso romance para considerar el gran dolor que siente el alma cuando se despide del cuerpo para ir á dar cuenta á Dios.»

que es, lo absoluto abstraído con la concreta apariencia de las cosas, ó cuanto más el ánimo procuraba abismarse en lo sobresensible, despegándose de lo terreno, tanto más la poesía, por el contraste que persistía en la solución y era comprendido en su necesidad, se teñía de un colorido burlesco, satírico ó irónico (1), ó caía en tendencias ascético-dogmáticas ó místicas por el aniquilamiento de la contradicción temporal en la unidad de lo eterno (2).

Además de estos mencionados poemas didácticos contiene el precitado manuscrito de la Biblioteca del Escorial un poema *épico*, que está sin duda alguna escrito por otra mano, con muchas abreviaturas y ni con mucho tan elegantemente; pero también éste, á juicio de los entendidos, es del siglo XIV. Su sobrescrito dice así: «Historia del conde Fernán González». Es de autor desconocido, y no se halla completo, por lo menos en este manuscrito (3), único en que hasta hoy lo conocemos. Fué com-

(1) Por esto son uno de los temas favoritos en las poesías de la Edad Media y en las del pueblo hasta nuestros días las salidas satíricas sobre los diferentes estados de la sociedad civil, puesto que en estas se manifiesta del modo más palpable y se diversifica en distintas formas la contradicción profundamente arraigada en la naturaleza humana.

(2) Un feliz desenvolvimiento y acertada característica de esta dirección satírico-didáctica dominante en el siglo XIV y en el XV, se hallará en la memoria acerca del *Reinecke-Fuchs* y de los poetas alemanes de este período en general en la *Foreign Quaterly Review*, 1831, October, núm. XVI, pág. 347 y sig.)

(3) Castro y Sánchez, que querían editarlo completo, sólo citan su título. Antes que éstos habían publicado, Argote de Molina (en el «Discurso de la poesía Castellana» pág. 129, que va como apéndice á su edición del *Conde Lucanor*) cuatro coplas de un manuscrito que él poseía, y que parece haberse perdido, y Sandoval (en su «Historia de los cinco Obispos» pág. 290), ocho coplas. Los traductores españoles de Bouterweck han sido los primeros en adquirir el mérito de haber dado á conocer este poema mediante una noticia más extensa y una mayor reseña; después de ellos ha dado á conocer D. José de la Revilla un trabajo sobre este poema con extractos de él en la *Revista de Madrid*, 3.ª serie, tomo IV (1842), páginas 233-243. Clarus da un análisis de él (l. c., I, páginas 220-225) *(a)*.

(a) Posteriormente ha sido impreso dos veces el *Fernán González*, primero en el *En-*

puesto, á juzgar por el lenguaje, antes que el *Rimado de Palacio*, de Ayala, pero sin duda alguna muy tarde; en la segunda mitad del siglo XIV, de que da testimonio también su versificación (la conocida estrofa alejandrina de cuatro versos) (1).

(1) El Sr. Clarus (l. c., pág. 225) concuerda con Sarmiento en considerar que este poema fué compuesto á fines del siglo XII, colocándolo en seguida del poema del Cid, y añade: «Por lo tanto, no puedo decidirme á suscribir incondicionalmente á la opinión de Wolf, que coloca el poema en un tiempo muy posterior á aquel en que lo pone Sarmiento, etc.» Que Sarmiento colocó la fecha de la composición de este poema demasiado temprana, que por lo menos no fué compuesto antes que los poemas de Gonzalo de Berceo ni antes de la Crónica general de Alfonso el Sabio, lo prueba ya la estrofa introductoria del mismo, que es una imitación casi literal de la de Gonzalo á su *Vida de Santo Domingo de Silos;* pues es mucho más verosímil el que imitara á Gonzalo de Berceo, famoso ya en su tiempo, un autor no conocido antes por nada y autor de una crónica rimada—pues esto es de hecho el tal poema—que no el que hubiera sucedido el caso inverso; lo prueban además muchos pasajes del poema que concuerdan con la Crónica general, no sólo en el contenido, sino también en las palabras, hasta tal punto, que se debe aceptar el que «una de estas obras ha servido para la composición de la otra», como Ticknor (l. c., I, pág. 80) ha hecho notar y probado con razón, prosiguiendo muy acertadamente: «Como el poema parece ser una ampliación de la Crónica General más bien que ésta un resumen de aquél, es lo más verosímil que en este el relato prosaico sea el *más antiguo.*»—Y lo cierto es que el tono seco y casi todo él á modo de crónica del poema junto á su forma mucho más cultivada con respecto á los demás compuestos en las mismas estrofas alejandrinas, autorizan á suponer que la fecha de su composición fué mucho más reciente. Hasta su lengua—muy inseguro criterio, y único en que reposa el juicio de Sarmiento—ha determinado á los más recientes críticos españoles, José de la Revilla (l. c., pág. 334) y Gil de Zárate (l. c., pág. 12), á colocarlo después de las obras de Gonzalo de Berceo, en la segunda mitad del siglo XIII. Pero como la Crónica general apenas se había extendido generalmente antes del fin de este siglo, como el poema se encuentra en un manuscrito que contiene obras que pertenecen evidentemente á la segunda mitad del siglo XIV, y como su sobria composición y estilo de crónica le caracterizan más bien como un producto del siglo XIV que de otro anterior, mientras las estrofas alejandrinas, como hemos visto en las obras de Juan Ruíz y López de Ayala, se

sayo de una biblioteca española de libros raros y curiosos, formada sobre los apuntamientos de D. Bartolomé I. Gallardo (tomo 1.º); después en la colección de *Poetas Castellanos anteriores al siglo XV* de Janer. Pero ninguna de estas dos ediciones es tal que no haga desear otra mejor.—(M. M. y P.)

Este poema canta, lo mismo que el Poema del Cid, los hechos de un héroe nacional celebradísimo, del famoso conde Fernán González, fundador de la grandeza de Castilla, tan bravo y tan temible para los infieles como el mismo héroe de Vivar; aunque menos magnánimo y á menudo pérfido y sedicioso contra sus protectores, los reyes de León (Ramiro II, Ordoño III, Sancho I y Ordoño IV, 932-970); pero por cuya avidez de honores y ambición de mando se fundó la independencia de Castilla (1). Es, por lo tanto, perdonable á los poetas castellanos el que alaben en este feliz rebelde tan sólo al fundador de la libertad y grandeza de la patria y que le presenten tan sólo por su aspecto más brillante. Así aparece en los romances y vive todavía en boca del pueblo; así le pintan las crónicas nacionales; pero en aquélla como en éstas son ensalzados sus hechos mezclándolos con aventuras y maravillas y con una participación inmediata en ellos de los santos nacionales más venerados (San Pelayo, San Millán y Santiago) (2).

El poema de que tratamos está desenvuelto sobre la base de estas leyendas populares y tradiciones históricas. Empieza *ab ovo*, puesto que no arranca del nacimiento del héroe, sino de la invasión de los godos en España, y alcanza, por lo menos en el manuscrito mencionado, hasta la guerra entre el conde

---

usaron predominantemente en los poemas narrativo-didácticos de esa clase en la primera mitad de este siglo y aún más desde su segunda mitad, por todo esto no es completamente infundada mi suposición de que *lo más tarde* que se puede ponerlo es en la segunda mitad del siglo XIV.

(1) Comp. Diego Gutiérrez Coronel «Historia del orígen y soberanía del Condado y Reyno de Castilla», Madrid, 1785; y Benito Montejo «Sobre el principio de la independencia de Castilla y soberanía de sus Condes desde el célebre Fernan González,» en la tercera parte parte de las «Memorias de la Real Academia de la Historia», Madrid, 1799, pág. 245 y siguientes.

(2) Véase, por ejemplo, Duran, *Romancero general*, segunda ed., tomo I, páginas 457-470; y Crónica del noble Cavallero el Conde Fernan Gonçalez: con la muerte de los siete Infantes de Lara. Burgos, por maestre Fadrique, aléman, de Basilea, 1516, 4. (V. Gayangos, Cat. de los libr. de caballerías, l. c., p. LXXXV.)

Fernán González y el rey García de Navarra, cerrándose con la descripción de la batalla habida entre estos dos en Aronia (hoy Cirueña) en el año 960, batalla en que, como es sabido, fué el conde derrotado y cogido prisionero por el rey de Navarra. Ya por este corto índice, y mucho más por la muestra que de él vamos á dar, se deduce suficientemente que este poema no puede tener pretensión alguna al nombre de épico en sentido *propio*, y que no es más que una crónica rimada que rara vez se eleva sobre el tono llano de la narración. No les falta, sin embargo, viveza de exposición á las descripciones de algunas batallas, de que hay gran número; por ejemplo, la siguiente descripción de un combate entre el conde y un rey moro, que voy á poner aquí para dar á la vez una muestra de este poema:

«El conde quando le vyo tan yrado venir
Aguiso el cavallo e fuele a rescebir;
Abaxaron las lanças e fueronse a feryr
Que devyeran tales golpes una torre partyr.
Entramos uno a otro fueron mucho enbargados,
Fueron muy mal ferydos e estavan envaçados,
Fablar non se podrian tanto eran mal golpados,
Eran de fuertes golpes amos y dos llagados.
El Conde Don Fernando, maguer mal ferydo,
Fue luego del cavallo a tierra avatydo.
Los vasallos del moro quando aquesto vyeron
Cercaron al buen Conde e muy gran priesa le dyeron:
Esa ora Castellanos en valde non estubyeron,
Dando grandes feridas a su Señor acorryeron,
El Conde Castellano con sus gentes non dudadas,
Fueron aquestas oras fuertemente esforçadas:
El cavallo del Conde que traya muy grandes lançadas
Tenie fasta los pyes las entrañas colgadas.
Ovo el su buen cavallo el Conde de morir,
A mayor fuerte sazon non le podyera falescer,
Ca non podia tornarse nin podia fouyr,
Las coytas que sofrya non las podria onbre dezir.
Estaba apeado en deredor la su buena conpaña,
Escudo contra pechos, en la mano su espada:
Valasme, dixo, Cristo la tu virtud sagrada,
Non quede oy Castylla de ty desanparada.
Los moros eran muchos tenien lo byen cercado,

Maguer que el buen Conde estava apeado,
Feria a todas las partes a guisa de esforçado:
Los sus buenos vasallos valieron lo pryado.
Dieronle un buen cavallo quel menester lo avya:
Dava gracias a Dios e fazia grande alegria, etc.»

El pasaje siguiente prueba el sentido caballeresco del poeta y su conocimiento del ciclo de leyendas de Carlomagno y sus paladines:

«Non cuentan de Alexandre las noches nin los dias,
Cuentan sus buenos fechos e sus cavalleryas,
Cuentan del Rey David que mato a Golias,
De Judas el Macabeo fyjo de Matatyas.
Carlos, Valdovynos, Roldan e Don Ojero,
Teryn (1) e Gualdabuey (2) e Bernald (3) e Olivero,
Torpin e Don Rinaldos (4) e el Gascon Angelero (5),
Escol (6) e Salomon el otro su conpañero (7):
Estos é otros muchos que vos he nonbrado (8),
Sy tan buenos non fueran oy serien olvidados:
Serán los buenos fechos fasta la fyn contados.»

Muchos pasajes de este poema dejan además suponer que su autor conoció é imitó las obras de Gonzalo de Berceo (como, por ejemplo, la citada introducción, muchas comparaciones, etc.) así como los epítetos significativos y sencillamente vigorosos (9)

(1) Garín, duque de Lorena?
(2) Galdebold, rey de Frisia?
(3) Arnaldo de Berlanda?
(4) Rainald (Rinaldos) de Alba Spina (Montalban).
(5) Engeler, duque de Aquitania, «genere Gasconus».
(6) Estulfus (Estel) hijo del Conde Oto.
(7) «Salomon, socius Estulfi.»
(8) Se ve claro que aquí el poeta tenía ante la imaginación el conocido pasaje de la Crónica del pseudo Turpín, en que se cita nominalmente á los heroes más conspicuos del ejército que envió Carlomagno contra el rey moro Aigoland. (Vease Turpini, De vita Caroli Magni et Rolandi historia; ed. Sebast. Ciampi, Florentiae, 1822, 8, p. 24-26, cap. XII [XI].)
(9) Verbigracia: El Conde Ferran Gonzalez de los fechos granados..., ese fiyrme varon..., un guerrero natural..., cuerpo de buenas mañas..., de ardides cimiento...; Señor de buenas mañas é de buen enseñamiento, etc.

nos recuerdan el Poema del Cid; pero ¡cuán por debajo queda de éste en su ordenación, en la comprensión poética, en la caracterización de los personajes, en una palabra, en todo lo que hace la vida épica! Se ve que fué compuesto en un tiempo en que había sido oprimida y muerta por otras direcciones y evoluciones espirituales la fuerza originaria é inimitable de concepción y reproducción épicas, fuerza que se produce y se disipa con la vida juvenil de las naciones; en un tiempo en que la fantasía era, para devolver con pureza objetiva la impresión inmediatamente recibida, menos activa que el entendimiento para exponer desde el punto de vista de la reflexión subjetiva lo tradicional y lo observado por sí mismo, esforzándose por *comprender* el pasado y el presente. Es natural que á consecuencia de esto se descuidara por la *esencia* la *forma* como accidental, y que la *epopeya* degenerara en *crónica rimada;* y que por fin, conformándose al asunto, arrojara esta última sus inútiles cadenas, adoptando el lenguaje más cómodo y *desligado*, la prosa (1).

(1) Debemos mencionar aún aquí otro poema épico, que ha sido dado á conocer hace poco. Es el «Poema de José», editado por primera vez por Ticknor (en el décimo apéndice), poema escrito en castellano pero con caracteres arábigos, compuesto en estrofas alejandrinas de cuatro versos, y que trata de la leyenda del patriarca José (Jusuf) y Suleica, tan gustada en el Oriente, siguiendo en ella al Corán. En opinión de Ticknor, pertenece este poema á fines del siglo XIV ó principios del XV; pero sus traductores españoles aseguran con toda decisión que no pudo haber sido compuesto antes del siglo XVI (tomo IV, pág. 419; el manuscrito lo colocan en el siglo XVII), juicio contra el cual no cabe apelación por provenir de un orientalista y conocedor de la literatura patria cual es el gran erudito Gayangos. (Lo han hecho imprimir, l. c., pág. 246-275, según un manuscrito más antiguo y más completo que se ha hallado posteriormente en Aragón.) —Pertenece por lo tanto, lo mismo por su origen que por todo su carácter, no tanto á la literatura española como más propiamente á la de los *moriscos* (descendientes de los moros españolizados ó que vivían bajo la dominación española, *mudejares).* Es, por lo mismo, tanto más notable para la historia de la literatura española, cuanto que es una prueba más de que la poesía española no se ha derivado, como aún se cree por algunos, de formas arábigas (contra este todavía repetido pseudo-arabismo ú orientalismo de la poesía española se ha explicado enérgicamente el señor Dozy, conocedor tan profundo y despreocupado de la literatura arábiga como

He tenido ocasión más de una vez de referirme al desarrollo y formación de la *prosa castellana*. Omitiendo su primera aplicación á la redacción de los fueros, puesto que aquí no se trata de una historia del lenguaje, sino del estilo, no tengo más que recordar la carta en prosa contenida en el *Poema de Alejandro*, el *Conde Lucanor* y la *Crónica del Cid*, pero sobre todo los grandes méritos que alcanzó Alfonso el Sabio por su cultivo y aplicación general. ¿Quién no conoce la tan famosa colección de leyes compuesta durante su reinado bajo el nombre de las *Siete Partidas*, obra que en el respecto del estilo es monumento muy digno de atención, como ninguna otra nación puede mostrarlo de tiempo tan remoto?

Dió también el primer impulso á la redacción de la historia nacional en el idioma patrio; desde la *Crónica general*, escrita por él mismo, surgió una considerable serie de crónicas nacionales, y desde Alfonso XI se hizo consuetudinario el que cada rey castellano procurara transmitir á la posteridad, mediante un cronista autorizado para ello, sus propios hechos y los de sus predecesores. El siglo XIV fué singularmente rico en obras de este género, por lo cual le ha llamado Sarmiento con razón *época de las crónicas*. De este tiempo proceden las crónicas particulares de Fernando III, de Alfonso X, de Sancho IV, de Fernando IV y de Alfonso XI (1). Cierto es que por lo regular no

---

de la española), sino que, precisamente, lo que es muy inverso, en tiempos muy posteriores, es verdad, los moriscos, sobre todo los *mudejares*, que vivían bajo la superioridad de los cristianos, se sirvieron más de una vez del lenguaje y de las formas poéticas de sus vencedores, como he de probar más por extenso en mi trabajo «acerca de la poesía de los romances de los españoles». (Comp. los poemas acerca de Mohamed, del siglo XVI ó XVII, publicados por primera vez también por los traductores de Ticknor, l. c., páginas 275-330, el más moderno de los cuales poemas está compuesto en romance, y el más antiguo, aunque perteneciente al último tercio del siglo XVI, como el de José, en estrofas alejandrinas de cuatro versos, pero á menudo en pareados.)

(1) V. Nic. Antonio, *Bibliotheca hisp. vet.*, ed. recent., tomo II, pág. 173 y siguientes.—Sarmiento, l. c., pág. 325 y siguientes.—Compárese también: Wachler, *Gesch. d. hist. Forschung und Kunst*, tomo I, páginas 60-64,

se elevan tales obras sobre el conocido estilo ordinario de las crónicas, seco, monótono, tan pobre en espíritu como en giros, y que se repite hasta la saciedad; pero éste defecto se compensa no pocas veces con una sincera ingenuidad, descripciones vivas, sobre todo de batallas y simulacros, y con el sentimiento nacional dominante en casi todas ellas. Merecen especial mención y fama la *Crónica general,* rica en notables pasajes para la historia política, para la de las costumbres y para la del lenguaje, atractiva por el espíritu romántico, que, traspasando á menudo el campo de la leyenda, da al estilo un colorido poético; la versión de una crónica de la conquista de Tierra Santa, y sobre todo de las hazañas de Godofredo de Bullón, versión debida, si no á Alfonso X mismo, por lo menos á su iniciativa, que bajo el título de *La Gran conquista de Ultramar* está sacada de una compilación francesa análoga *(La Conqueste d'oultremer)*, en parte fundada sobre la conocida crónica latina de Guillermo de Tiro, en parte sobre tradiciones; versión española que, aunque ha recibido interpolaciones de época muy posterior, es notable por su peculiar comprensión de las partes legendarias, sobre todo del ciclo carolingio y de la leyenda del Cisne tratada tan por extenso (comp. mi tratado «Sobre los dos libros populares neerlandeses de la reina Sibila y de Huon de Burdeos, recientemente descubiertos.» Viena, 1857. Comp. Ticknor, I, pág. 41, y II, pág. 665; —la única edición hasta hoy conocida, la de Salamanca, 1503, la ha reimpreso Gayangos, utilizando también un manuscrito de la Biblioteca de Madrid, en el tomo XLIII de la *Biblioteca de*

y Notas Pp-Rr de la traducción española de Bouterwek. Se halla también aquí una corta noticia y un par de muestras de una historia hasta entonces totalmente desconocida del rey Juan I de Castilla hasta la batalla de Aljubarrota, historia que según leo, se conserva en un manuscrito que pertenece, sin duda alguna, á fines del siglo XIV ó principios del XV. Como autor de la misma se nombra á Joan de Alfaro, y de muchos pasajes se saca que fué testigo ocular de los sucesos que narra. El estilo de esta historia debe distinguirse por su corrección, y en las muestras que conocemos, aunque muy insignificantes, se ve por lo menos que no era del todo extraña al autor la estructura del período artístico.

autores españoles). Digna de mención es tambien la *Crónica del rey Don Alonso el XI*, por autor de la cual se tiene á Juan Núñez de Villasan, no sólo por la importancia de su contenido, sino también por su exposición sencilla, fluida, y á la vez digna, una representación intuitiva que llega hasta los detalles (por ejemplo, un torneo en Valladolid, el sitio y toma de Lerma, la batalla de Tarifa, etc.), y un sentido de pragmatismo que se anuncia á las veces en ella.

Más huellas del paso de las simples noticias á la representación pragmática de los sucesos, expuestos en orden de tiempo y según las leyes del arte histórico, se muestran en las obras históricas de Ayala, que se ha hecho más famoso que por sus ya citados escritos poéticos, por sus crónicas de Pedro el Cruel, Enrique II, Juan I y Enrique III. Es natural que tuviera influjo sobre su estilo y exposición su trato con los escritores latinos é italianos, muchos de los cuales tradujo, y sobre todo con Tito Livio, á quien él fué el primero en verter al castellano. A pesar de la mayor parte de las imitaciones malogradas (como, por ejemplo, la inadecuada imitación de las arengas, peligrosa siempre hasta para los más hábiles historiadores modernos), siguen siendo muy merecedoras de atención y fueron muy fructuosas para los historiadores que le siguieron. Por lo demás, adolece á menudo su exposición de las mismas faltas que la ordinaria manera de las crónicas, pero no le falta en general claridad é ilación, y á las veces hay pasajes escritos con varonil vigor. Si bien no admite comparación con Froissart, el Herodoto de la Edad Media, puede figurar no indignamente junto á Villani y á nuestro Jacobo de Königshofen (1).

(1) Comp. Villemain *Littérat. du moyen age*, París, 1830, tomo II, páginas 126-135; y la en este mismo citada (pág. 132) disertación acerca de Ayala, de Ph. C. E. Chasles; y el juicio notable de Ebert acerca de los méritos de Ayala en el *Götting. Anz.* 1847, I, páginas 651-652. No entra en nuestra jurisdicción, sino que pertenece á la de la crítica histórica, el investigar si la historia de Pedro el Cruel de Ayala puede con razón ser tachada de parcialidad, y hasta dónde podría disputarle la preferencia, en cuanto á credibilidad, la crónica que acerca del mismo asunto escribió Juan de Cas-

Pero no sólo los hechos de los reyes y los sucesos que concernían á todo el país ó á todo el período, sino hasta la vida de particulares distinguidos, y extraordinarios sucesos aislados, fueron objeto de exposición histórica, y de aquí surgieron los primeros ensayos de biografías y monografías históricas.

Así es como fué escrita la vida del esforzado conde castellano D. Pedro Niño de Buelna, espejo de la caballería y cortesanía en tiempo de Enrique III y Juan II, por su abanderado (alférez) Gutiérrez Díez de Games, pintura de carácter, es cierto, aunque todavía dentro del gusto de los monumentos góticos, sobrecargada de lo aventurero fantástico y de esculturas rudas y á menudo faltas de todo gusto si se las considera aisladamente; pero sobre cuya hojarasca se marca con tanta mayor propiedad y en realzada verdad la figura capital con sus vigorosos rasgos é ingenua expresión (sobre todo es notable el *Proemio* en que el autor se extiende sobre el concepto de la verdadera caballería, ocasión y fin de su obra, y que está escrito á las veces, efectivamente con arte retórico, no común elegancia, fuerza y viveza de expresión, y en que se ve á la par que su autor poseía una cultura é instrucción no pequeñas para su tiempo); así también nos ha dejado Ruy González de Clavijo un relato del viaje de embajada que emprendió al famoso Timur por mandato de Enrique III, relato desprovisto de gusto, pero escrito con sencillez y naturalidad, aunque en la fatigosa forma de un diario (1).

Ninguna de estas obras llega á un grado tal que pueda pretender el nombre de una obra de arte histórica, pero el

---

tro, de la que no tenemos más que vagas noticias. (V. Nic. Antonio, l. c., tomo II, páginas 178-179, y Sarmiento, l. c., páginas 326-327.)—Esta cuestión la ha resuelto agotándola Lafuente, *Hist. gen. de Esp.*, tomo VII, páginas 308-314.

(1) La Real Academia Española de la Historia ha contraído el mérito de haber editado la mayor parte de estas crónicas, ya por primera vez, ó ya mejorando ediciones que son tan conocidas de los amantes de la literatura española, que es inútil citarlas aquí en particular.

gran número de crónicas conocidas hasta hoy prueba el favor y apoyo que sus autores hallaron por parte del gobierno; y por otra parte, la que en su composición tomaron los primeros funcionarios del Estado, grandes del reino y hasta los reyes mismos, demuestra el significativo desarrollo que ya para aquel tiempo había tomado el sentido histórico y la gran afición general de la nación á su cultivo.

«Este siglo XIV, dice Sarmiento (l. c., pág. 330), no puede, »sin embargo, ser llamado el siglo de las crónicas verídicas, »sino la época de las *inventadas*.» Pues como la dirección épica popular había pasado de la concepción ideal al adorno de la exposición muchas veces poética que se hallaba en los relatos históricos de la realidad, y á la prosa sobria, siguió también la romántico-caballeresca esta transformación, y los poemas caballerescos destinados antes á la recitación rapsódica, se descompusieron igualmente en prosa narrativa al modo de las crónicas, forma más cómodamente legible. Pero en relación inversa con la historia, que no podía todavía entonces desligarse por completo de la leyenda y daba á lo real el color dorado de las aventuras, buscaba la novela caballeresca basar sus imaginaciones fantásticas sobre un fondo histórico, y prestar á sus invenciones tanta mayor solemnidad y apariencia de verdaderos sucesos, cuanto más caprichosas eran aquéllas (1). Ambas direcciones arraigaban en el suelo común épico. Cuanto más se alejaba la dirección romántico-caballeresca de este suelo, tanto más insostenibles eran sus imaginaciones. Los más primitivos poemas de esta especie se apoyan todavía inmediatamente sobre la leyenda, y mediante ésta sobre una base viva, mítica ó histórica. Así es como tenían base y punto de unidad religioso-político los poemas bretones de Artus y de la Tabla re-

(1) Así es que las novelas caballerescas, contra su intento, cada vez contenían más colorido irónico, y sólo se necesitó de un genio como Cervantes para que, llevando este elemento cómico á tono fundamental y elevando á su colmo el contraste, destruyera todo este género literario é hiciera que se aniquilase por sí mismo.

donda en los mitos cosmogónico-genealógicos del semiconverso druidismo céltico (1), las novelas francas de Carlomagno y de sus paladines en las tradiciones de una monarquía universal carolingia y de las guerras de los reyes con sus grandes vasallos y con los infieles. En España faltaba por lo menos el punto de unidad, y hasta un punto medio religioso-nacional, pues los mitos de los aborígenes celtibéricos habían sido destruidos y disipados muy tempranamente por la conquista romana y su larga dominación (2) y los posteriores conquistadores de su suelo, los visigodos, habían olvidado ya las leyendas indígenas de sus dioses y héroes, cambiándolas por el cristianismo antes de su invasión. También faltaba á España unidad política, pues ni la sobresaliente grandeza de un dominador ni una transformación extraordinaria de lo existente habían concentrado y electrizado el sentimiento nacional ante la invasión arábiga; este desgraciado suceso amenazaba acabar por completo con la cultura cristiano-europea en España, y después de ella se fraccionaron los cristianos para la reconquista de su suelo en muchos estados é intereses pequeños, independientes, que se envidiaban mutuamente y peleaban unos con otros, y la lucha con los infieles por cada pie de tierra y las querellas de los cristianos entre sí dieron ya desde entonces carácter á la guerra de guerrillas, tan peculiar de los españoles. De aquí que cada reino, cada país, hasta cada ciudad y cada linaje noble tuvieron su leyenda y su historia propias, y las celebraron en *romances;* de aquí el que se extendieran generalmente y fueran

(1) Comp. Henri Martín: *Hist. de France,* 4, ed. tomo III (París, 1855), pág. 351 suiv.

(2) Cierto es que se han conservado fragmentos de estos mitos entre las razas del mismo tronco céltico-bretón, que prueban su anterior enlace con los españoles, como v. gr., el desenlace de la leyenda del Graal en España, la traslación del templo principal, edificado por Tirturel para conservación del Graal, á Montsalvaje en Salvatierra, etc., todo lo cual se halla en los poemas normando-bretones de este ciclo.—Comp. Holland *Crestien von Troies,* Tübingen, 1854, 8, pág. 209; y Simrock *Parzival und Tirturel,* 3.ª edición, Stuttgardt, 1857, 8, Introducción, pág. 792.

cantados en series de *romances* que formaban un pequeño ciclo separado los sucesos extraordinarios que conmovían á todo el país ó las hazañas más sobresalientes de un individuo cualquiera (como v. gr.: el ciclo de romances de la pérdida de España bajo el rey Don Rodrigo, el de la entrada de Carlomagno en España y su rota en Roncesvalles, el de Bernardo del Carpio, el del conde Fernán González, el de los infantes de Lara, el del Cid, etc), pero con la relación que guardaban entre sí las cosas en España no podían darse en su suelo *poemas cíclicos* que se agruparan en torno á un punto central, como los bretones y los francos. Así es que los españoles, cuando alcanzó entre ellos preponderante fuerza la caballería general europea, se limitaron á la imitación y trasplante de los ciclos de leyendas extrañas de Carlomagno y Artus, ó cantaron á los héroes de la antigüedad revestidos caballerescamente, como, por ejemplo, á Alejandro Magno. Ya desde mediados del siglo XIV puede mostrar España creaciones de este género propias de ella; entonces debió de ser engendrado, según toda probabilidad, el patriarca de toda una nueva serie de novelas caballerescas preferentemente de origen español, el después tan famoso *Amadís de Gaula*, que, según se cree comúnmente, debió nacer en la Península ibérica. Pero ya la misma discusión, promovida tan de antiguo y aún no suficientemente decidida, de si Amadís es un producto originariamente portugués, castellano ó francés, prueba la ausencia de toda base nacional en esta novela, la falta absoluta de leyendas nativas de alguna parte en que la novela se apoye, y por lo tanto de un fundamento vivo é histórico que se refleje en la pura concepción épica. Es más bien invención caprichosa de un individuo á quien le era indiferente el escoger escenario para el parto de su fantasía, y que lo trasplantó al conocido y lejano suelo de las leyendas bretonas, tan clásico en este respecto, sólo para procurarse así un fácil camino observando las costumbres tradicionales. De aquí por una parte, para no ligarse por la tradición establecida, el trasladar su historia á un tiempo anterior al rey Artus, pero por otra parte, para salvar la

apariencia de verdad é imitando en esto el ejemplo de sus predecesores, la frecuente alusión á una fuente auténtica más antigua (como por ejemplo, el frecuente principio de capítulo: «cuenta la historia...»). Estos fundamentos intrínsecos son ya por sí suficientes para caracterizar al Amadís como producto de un tiempo *posterior* á aquel en que ya hacía tiempo era extraña la dirección épica originaria (1), aun cuando no puedan hallarse datos y fechas extrínsecos para apoyarlo (2).

---

(1) Es aplicable en alto grado al Amadís la notable caracterización que hace Benecke (en el prólogo al *Wigalois,* pág. xx) de estos tardíos productos: «El llevar la escena de un suceso á tiempos y regiones lejanas, el hacer á un extraño el héroe de una canción, esto era entonces, y ha sido siempre, licencioso artificio de una época tardía que se ha alejado de la naturaleza.»

(2) Sabido es que desde que se hizo famoso el *Amadís de Gaula* hasta nuestros días se han producido siempre y luchado entre sí opiniones diferentes, y á las veces las más contradictorias, acerca de su origen, originalidad, nacionalidad, autor, época de su composición, etc., y quien tenga gusto por conocer este almacén de contradicciones puede hallarlo en Gräsee *(Sagenkreise,* pág. 400, sig.), y en su *Trésor des Livres rares et précieux (Dresde,* 1858, 4, art. Amadis), donde ha reunido con gran diligencia toda la literatura acerca del asunto, y en Lemcke (lugar citado, parte I, página 76-78), que ha dado un luminosísimo resumen de ello. También Adalberto de Keller, en su cuidadosa edición del primer libro del Amadís alemán (Stuttgardt, 1857, 8), ha dado observaciones biográficas y literario-históricas muy estimables, en que están notadas con mucha exactitud y precisión, sobre todo las versiones francesas y alemanas. Pero en estos últimos tiempos el descubrimiento de una nueva fuente, el *Cancionero de Baena,* y la mayor estimación crítica de la más antigua historia, estimación por tal descubrimiento ocasionada, ha arrojado mayor luz sobre la historia externa y documental de esta novela. El erudito profesor Gayangos se refirió ya á esto, y sacó de ello consecuencias en sus apéndices á la traducción española de la obra de Ticknor;—después el señor E. Baret ha dado á luz una monografía dedicada á la investigación de la cuestión del Amadís (*Études sur la rédaction espagnole de l'Amadis de Gaule de García Ordóñez de Montalvo,* París, 1853, 8: comp. también crítica de Teodoro Müller en los *Götting. gelehrt. Anzeigen,* 1854, pág. 1546, sig.—Keller cita este libro con otro título: *De l'Amadis de Gaule et de son influence sur les mœurs et la littérature au XVI^e^ et au XVIII^e^ siècle avec une notice bibliographique,* París, 1853. Pero es idéntico al ya citado, como me he persuadido por comparación; sin otra cosa que habérsele mudado la cubierta y añadido

No puede pensarse en que sea esta novela reducción y arreglo conforme al gusto del tiempo de algún poema caballeresco, tal vez bretón, más antiguo y verdaderamente épico. Sea como quiera el modo cómo haya nacido, lleva el sello indeleble de la *mera invención arbitraria de un indiviiduo* y de la *composición originariamente en prosa, que no se puede remontar más allá del siglo* XIV. Compáresele con las novelas caballerescas en prosa fundadas en poemas más antiguos en que, á pesar de la importante reforma y el arreglo conforme al tiempo, no se han borrado todas las huellas del indestructible influjo de su primitivo fundamento épico. La misma elogiada unidad de acción, por la que sobrepuja el Amadís á aquellas novelas y poemas caballerescos más antiguos que él, ¿no está ya denunciando que se trazó de antemano con artificio, y que se dirigía á un fin determinado el plan de una fábula tejida caprichosamente? ¿Tiene acaso tanta naturalidad y verdad como aquella más elevada unidad de los más ántiguos

una fe de erratas), monografía que aporta á las veces estimables contribuciones á la solución del punto y que va por el buen camino, si bien alguna vez traspasa el justo término.—Gayangos mismo, en el discurso preliminar á la edición del *Amadís de Gaula* y *Esplandián*, aparecida hace poco y hecha bajo su cuidado (tomo XL de la biblioteca de aut. esp., Madrid, 1857), ha tratado esta indagación con discreción crítica y reunido con gran agudeza y claridad los resultados adquiridos. Como tales resultados tenemos (l. c., p. XXIII-XXV), que ya desde mediados del siglo XIV (1359) poco más ó menos, existían y eran conocidos hasta en Castilla los tres primeros libros del Amadís; que, por lo tanto, no pudo haber compuesto la redacción original Vasco de Lobeira, si es que tal redacción fué portuguesa, si no que lo que, según toda probabilidad, hizo éste, entre 1382 y 1385, fué una nueva *refundición* de estos tres primeros libros, emprendida á instancias del infante Alfonso de Portugal (esta ó la concepción original debió de haber sido ya conocida fuera de la Península ibérica *antes* de 1397, si es que reposa en pruebas auténticas el dato de Beda Weber, que en su *Oswald von Wolkenstein fund Friedrich mit der leeren Tasche*, Innspruck, 1850, página 126, dice que cuando en 1397 emprendió su aventurera peregrinación «eran guías de su peregrinación á Jerusalén la novela de *Amadís de Gaula* y el Manual de viajes del caballero Mandeville»;) que Montalvo conoció *esta* redacción y la *original* é hizo sobre ellas la suya castellana hacia 1460, añadiendo el libro *cuarto*, así como el quinto, ó sea las *Sergas de Esplandián*, y que lo acabó entre 1492 y 1505, y que quizá lo hizo publicar por la prensa.—Estos resultados, que no sólo no excluyen, sino que hacen muy vero-

poemas cíclicos, que á pesar de su aparente inconexión y desligamiento dentro de sí y unos para con otros, están, sin embargo, animados por un mismo principio y ligados como miembros de un todo orgánico por interna necesidad en un círculo determinadamente limitado, como los sucesos, circunstancias y relaciones que como manifestaciones de la vida del mismo período histórico les sirven de fundamento? De aquí el que podían muy bien estos más antiguos poemas hacer objeto de su especial y más exclusiva consideración los hechos de un individuo de su círculo de héroes ó una circunstancia determinada; pero siempre tenían que partir del mismo principio, moverse en torno al mismo punto central, sin poder traspasar los límites netamente trazados de su circuito; y de aquí que, completándose mutuamente, se referían unos á otros como entre sí los grupos y partes aisladas de un cuadro, y estaban en relación centrípeta

símil el que la composición *original* del Amadís fuera en portugués, no han hecho más que ratificar mi opinión acerca de *este* origen, que deduje de la historia del desarrollo de la literatura nacional portuguesa en general y de sus relaciones con la española (comp. *Primavera y Flor de Romances*, Berlín, 1856, 8, tomo I, páginas LXXXIV-LXXXV), pues el nacimiento de un producto tan subjetivo como el Amadís, apenas puede concebirse sin presuponer una poesía lírica erudita considerablemente desarrollada, y esto no hay que buscarlo en Castilla sino en Portugal, donde la poesía cortesana galaico-portuguesa había alcanzado ya para entonces (mediados del siglo catorce), aquel grado de desarrollo que es condición de tales composiciones, cosa que faltaba todavía por aquel tiempo á la poesía erudita castellana. Por lo tanto, el lugar que el trasplantado Amadís debe ocupar en la literatura española en una historia pragmática de la misma, ha de ser propiamente *después* del completo desarrollo de la poesía cortesana española, á fines del siglo XV ó principios del XVI, en el último de los cuales, es cuando de hecho tomó y pudo tomar carta de naturaleza en España, y sólo por las condiciones y circunstancias de tiempo y cultura de aquella edad, puede explicarse el extraordinario efecto de su aparición y su influencia tan grande que formó época *(a)*.

(a) Entre los trabajos publicados sobre la cuestión del *Amadís* después de este penetrante juicio de Wolf, merecen ser citados, por lo mismo que defienden tesis opuestas, el de Teófilo Braga y el de Braunfels. A pesar de los ingeniosos esfuerzos de éste en favor de la prioridad de la redacción castellana, parece cada día más verosímil el origen portugués del libro, si bien su autor primitivo no pudo ser el Vasco de Lobeira armado caballero en Aljubarrota. Quizá lo sería un antepasado suyo, Juan de Lobeira, trovador del Cancionero Colocci-Brancuti.—(M. M. y P.).

como las partes de un círculo á su centro. El Amadís, por el contrario, formaba un todo cerrado en sí y por sí mismo; debió su nacimiento á la feliz ocurrencia de un individuo, y su principio á la manera individual de ver de un poeta; tenía una acción principal, un fin determinado, pero no un centro. De aquí el que pudiera ser imitado, pero no continuado; y como, á pesar de todo, se pretendió enlazar los productos posteriores á los más anteriores, no hubo otro medio de enlace que hacer proseguir una nueva generación de los más antiguos, que precisamente por esto mismo no estaban unidos entre sí con lazo profundo, que surgiera de íntima necesidad, ni en más relación que la de ascendientes y descendientes que arraigaban unos en otros por el acaso de su generación, sin llevar en sí mayor analogía esencial de rasgos engendrada de una más elevada unidad espiritual que las semejanzas de familia, los cuales no probaban otra cosa que la limitación material del creador. Las novelas de Amadís no forman ciclo alguno orgánico de leyendas; son como los retratos aislados y subsistentes por sí de una sala de antepasados, que, si se pierde el árbol genealógico, y no se tiene en cuenta el traje, pueden ser colocados á capricho, ya aquí, ya allí, sin chocar contra ninguna conexión interna. Así es que pudieron aumentarse hasta lo infinito y sin limitación alguna, como las generaciones, es á saber, en tanto que no faltan la fuerza generadora y el placer de reproducirse; pero son por lo mismo no más que un simple agregado de individualidades, que se mueven sucediéndose con relación á un punto de partida y á una dirección centrífuga los unos respecto á los otros, y que finalmente tenían que disolverse en lo informe.

Y para volver ahora al respetable antepasado de esta numerosa familia con quien tenemos aquí propiamente que ver, anúnciase ya, aparte de su origen y de las imitaciones que se refieren á él, por su *contenido* y su *forma*, como un producto de tiempo tardío compuesto primeramente en prosa. Cierto es que el asunto del Amadís, como el de los más antiguos poemas caballerescos, es la *caballería general europea*, pero ¡cuán dis-

tintamente concebida en uno y otros! En los más antiguos poemas y novelas del ciclo de leyendas bretonas y francas aparece todavía en su naturalidad originaria, ruda, áspera, pero grandiosa, formada de trazos atrevidos y fieles, y elevada á momento de la historia universal por el principio vivo, religioso ó político. La caballería en Amadís, por el contrario, es una forma artísticamente refinada, potenciada idealmente, pintada con mucho cuidado en los detalles, pero jamás efectivamente actual, y por lo tanto una forma hueca, abortada, sin principio vivo, ni fin real. Ahora bien; tal concepción de la caballería sólo podia hallar lugar en tiempo de su *incipiente decadencia;* pues sólo cuando ya no satisface la realidad se busca el realizarla idealizándola.

Junto á la caballería, aún más, como parte complementaria de ella, aparece en primer término el *amor sexual*; pero también éste aparece bajo una forma completamente diversa en el Amadís: no es ya el poderoso instinto natural que rompe por toda barrera, y que encadena con fuerza secreta é irresistible como por un filtro, precisamente á tal hombre con tal mujer (Tristán é Isolda), pero que, ennoblecido por las antiguas costumbres germánicas y por el cristianismo, se sometió, sin embargo, á un poder más alto, la gracia y la hermosura femeninas, hizo que el sexo más fuerte prestara homenaje al más débil, le protegiera contra toda ruda violencia, y se esforzara por alcanzar su alabanza y su favor como el más hermoso premio de lucha. En el Amadís aparece este amor, aunque principal resorte de toda la acción, más como una exigencia convencional, una extravagancia amorosa, un capricho de escoger, no á la mujer como tal, sino á la más hermosa princesa como dueña del corazón; el pleito homenaje á la gracia femenina se convierte en afectada esclavitud, impropia de hombres, el esfuerzo para conseguir la alabanza y el favor de las damas por nobles acciones en una galantería fantástico-formal y en estiradas etiquetas, el lenguaje del corazón en frases bien limadas y elegantes, la expresión de la pasión en afecta-

ciones calculadas, y hasta el delirio (Iwain) que rompe involuntariamente por la fuerza de la fatalidad, en humorística enajenación que se engendra y se atormenta á sí misma; y cuando el poeta procura compensar tantas cosas antinaturales de un modo igualmente caprichoso mediante la oposición, cae en la realidad ordinaria, en el libertinaje, como en Galaor. De la misma manera, el otro lado de la caballería, la relación de los grandes vasallos con sus señores y la del sistema feudal con el reino, aparecen en el Amadís con una forma enteramente nueva. En el ciclo de leyendas bretonas, Artus sólo se diferencia de los demás caballeros por su posesión mayor de tierra, y el aparato más brillante de su corte es lo único que le encadena á ella; por lo demás, sus compañeros, completamente iguales á él, se sientan en la misma Tabla *redonda*, esto es, en una mesa de tal forma que no se pueda señalar en ella un puesto de honor más distinguido. El ciclo franco nos muestra á la realeza en lucha con los poderosos y grandes vasallos de la corona, que reconocían á regañadientes un poder mayor que el suyo, y que no pocas veces, y á menudo con buen éxito, se sobreponían á aquélla y obligaban á su mal encubierta debilidad á contemporizar y capitular. En Amadís aparece, por el contrario, la realeza, ya como una potencia bien asentada, absolutamente más alta, de la que son súbditos y nada más que súbditos los primeros del reino, en que Lisuarte rige á su capricho, oyę, es cierto, sus consejos, pero no se deja determinar por el juicio de los pares; la fidelidad hacia el rey es el más alto deber, y sólo Amadís, como príncipe independiente, puede provocarle, mientras Galaor, vasallo del rey, pelea al lado de éste contra su propio é íntimamente querido hermano. Compárese finalmente el Amadís en el respecto de la *exposición* y el *estilo* con las novelas en prosa que surgieron de la disolución de los más antiguos y aun de los más modernos poemas caballerescos, y se hallará una diferencia grandísima. En éstas domina casi siempre un tono de relato sencillo y falto de pretensiones, la marcha de la narración está á menudo inte-

rrumpida por episodios, las aventuras se siguen á las aventuras, con frecuencia sin más conexión alguna entre sí que la que les da el rápsoda; las descripciones son en su mayor parte concisas, bosquejadas muy á la ligera, pero muchas veces verdaderamente pintorescas, de gran fuerza intuitiva y de gran fidelidad á la naturaleza; los discursos y diálogos que ocurren esparcidamente son un adorno corto y sin retórica, pero apasionados y vivos, vigorosos y rudos, característicos é ingenuos, como involuntaria irrupción del desbordante sentimiento; el lenguaje es todavía rudo é inflexible, pobre en giros, y por lo tanto demasiado inmanejable para la artística estructura del período, pero expresivo, rico en onomatopeyas, y no sin cierta cadencia, gracia y frescura naturales. Y aunque las posteriores novelas en prosa sufrieron, como es natural, varias alteraciones en la manera de exponer, y una reforma aún más importante respecto al estilo y al lenguaje, son, sin embargo, las alteraciones fáciles de reconocer como adiciones é interpolaciones más recientes, y puede verse en ellas, á pesar de las reformas de estilo y lenguaje, el tono poético originario y hasta los giros anticuados. No sucede así en Amadís; en éste el relato es más conexo y más fluido, pero también mucho más prolijo, palabrero y amanerado, los episodios entretejidos no están tan aislados, en relación apenas reconocible con la acción capital, sino que se hallan mejor calculados para la seguida marcha del desarrollo de la misma; las descripciones son más cuidadosas, llevadas á menudo hasta lo más nimio con una fatigosa angustia; teniendo por lo mismo mucho menos efecto total, y perdiendo por la excrescencia de color la frescura de colorido, y por el rebuscado artificio y el recargo fantástico verdad y naturalidad íntimas. Emplea con singular predilección discursos y conversaciones, la mayor parte de grande extensión, en que se ve claro que se esfuerza por conseguir elegancia y adorno retórico y no sin un notable grado de habilidad; pero precisamente por esto son una verdadera prueba de paciencia para el lector, que tiene que trabajar en

hallar «el corto sentido de tan largos discursos» á través de una multitud de frases elegantemente torneadas, de discursos patéticos y de afectados cumplimientos. Como es natural, semejante manera de exponer exige un lenguaje capaz de matices más concluidos, más flexibles y más finos, y un estilo más ejercitado en el arte del período y de la síntesis elegante, de lo cual puede en verdad alabarse al Amadís, que ha servido mucho, y aun sirve en parte de libro modelo de estilo. Es además rico en sentencias y tiradas morales, y tiene en general un corte *didáctico*.

Pero aunque el Amadís, como apenas puede dudarse de ello, en la forma en que ha llegado hasta nosotros, sea en varios respectos la obra de su posterior refundidor, Garci Ordoñez de Montalvo, si hubiera tenido en su origen un carácter fundamental esencialmente distinto, no se habrían disipado tan por completo las huellas de éste. Resumiendo todo esto, puede afirmarse con toda seguridad que el Amadís es la pura imaginación subjetiva de la fantasía de un individuo; que fué compuesto en un tiempo en que la primitiva dirección épica había sido destruida por otra y en que la caballería estaba próxima á su ruina, y por tanto, á más remontarnos, en el siglo XIV; que en un principio fué escrito en prosa, nó para ser *oído*, sino para ser *leído*; y que finalmente su autor es cierto que conocía los poemas de los más antiguos ciclos legendarios y hasta los imitó, pero tomó un camino enteramente *nuevo* y en dirección *opuesta*, que, como es natural, debía conducir á sus sucesores, peor dotados que él, á un abismo sin fondo y provocar así la *ruina de todo el género*.

Si á pesar de la falsa dirección del Amadís produjo éste tan poderosa impresión y se ha conservado hasta el día de hoy no obstante faltarle una base indestructible y viva, esto revela ya de por sí el gran talento de su autor y su extraordinaria facultad creadora, así como el valor absoluto de este libro, del cual pudo decir Cervantes sin exageración que «es el mejor de todos los libros que de este género se han compuesto, y así

como á único en su arte se debe perdonar». (*Don Quijote*, parte I, cap. VI.) Conservará siempre un lugar distinguido en la literatura mientras sus innumerables imitaciones, excepción hecha de algunas pocas, han caído con toda razón en el olvido, siendo arrojadas del templo de las musas al Rastro literario (1), donde sirven aún á lo más para placer de vista de los bibliómanos y cazadores de rarezas (2), ó, en el mejor caso, para

(1) Comp. v. gr. los juicios estéticos acerca del Amadís recogidos por Keller (lugar citado, pág. 466-468). El que la novela Amadís, á pesar de su falta de naturalidad y su torcida dirección fuera recibida con general beneplácito y durante tanto tiempo haya sido la casi exclusiva lectura favorita de toda Europa, sobre todo entre las clases más elevadas, es debido en gran parte á la feliz concurrencia de su primera aparición con muchas circunstancias externas favorables y á la total alteración del espíritu del tiempo; circunstancias entre las que hay que contar el haber sido dado á conocer casi al mismo tiempo que la invención de la imprenta, la invasión de los turcos en Europa, la conquista de América y el paso de la Edad Media á la moderna. Así se conservó para el público, que gusta más de leer que de oir, una bienvenida compensación de los más antiguos poemas caballerescos, á los que superaba, además de su forma más cómoda y más fácilmente comprensible, por el encanto de la novedad; así también por el traslado de su escena á Grecia y á partes desconocidas del mundo y por su carácter maravilloso y fantástico simpatizaba mucho mejor con la fantasía del asombrado Occidente excitada por la mágica caída de la vieja Bizancio y por el casi soñado descubrimiento de un nuevo mundo lleno de aventuras; así, además, molestaba mucho menos á la nobleza, que se había hecho muy frívola por su caballería ideal y su exagerada galantería, puesto que su falta de naturalidad como palpable caricatura de aquella realidad aliviaba la disculpa de la vulgaridad propia. En España, además de estas circunstancias generales que, como es natural, obraban en ella en grado más alto, se añadía otra, y es que eran los primeros productos nacionales del arte (ya antes de los Amadises habían sido traducidas y dadas á conocer novelas caballerescas de los más antiguos ciclos legendarios). Comp. Lemcke, lugar citado, parte I, página 75.

(2) La bibliografía más completa de *todas las novelas caballerescas españolas* se contiene en el «Discurso preliminar» que añadió Gayangos á la más reciente y mejor edición del *Amadís de Gaula y Esplandian*: «Catálogo razonado de los libros de caballería que hay en lengua castellana ó portuguesa hasta el año de 1800.»—Acerca de la novela *Amadís* en particular, véase el notable ensayo de F. W. Val. Schmidt en los *Wiener Jahrbücher*, *Bd.* XXXIII, pág. 16.—Es más raro que antes encontrar todavía en España ejemplares de esta novela que estén completos y en buen estado, y hasta la Biblioteca nacional de Madrid es relativamente pobre en ellos. (Véase

que las herejías poéticas del autor le procuren la satisfacción de adquirir gloria en un *auto de fe* de un genio tan grande como el inmortal creador del Ingenioso Hidalgo de la Mancha. En la época siguiente halla su lugar adecuado, como ya se ha dicho, el más amplio desarrollo de los efectos inmediatos y me-

---

Salvá, *Catalogue of Span. Books*, London, 1826, núm. 60.) La biblioteca imperial de la corte (de Viena) posee la mayor parte de estas novelas en las ediciones más raras y más antiguas de los originales españoles y en numerosas traducciones. Baste aquí citar por vía de muestra el ejemplar, tal vez único, de la primera edición de *Palmerín de Oliva*, y puesto que no ha sido conocida la existencia de este ejemplar por ninguna bibliografía española ni extranjera, vamos á describirlo. Han solido considerar todos los bibliógrafos como la *editio princeps*, la que apareció en Sevilla en 1525; pero el ejemplar conservado en la biblioteca de la corte imperial, y del que tratamos aquí, es de una edición catorce años más antigua. En la portada del título hay un grabado en madera que presenta dentro de un marco adornado con arabescos las armas de la casa de Córdoba. Sobre él hay una cinta desenvuelta, con la divisa: *Sine ipso factum est nihil;* y bajo ésta el siguiente título: «El libro del famoso y muy esforçado cauallero Palmerín de Oliuia. Cum privilegio.» A la vuelta de la hoja del título empieza la dedicatoria: «Al illustre y muy magnífico señor don Luis de Cordoua, hijo del muy illustre y magnífico señor don Diego Hernández de Cordoua, conde de Cabra, etc...» Esta ocupa casi todo el frente de la siguiente hoja, cuya vuelta está vacía y en el margen se halla el privilegio: «Libro del famoso cauallero Palmerín de Oliuia, con priuilegio real que ninguno lo pueda empremir en estos reynos nin traerlos (sic) á vender de fuera dellos por espacio de deys (sic) años primeros sigui entes que se cuentan desde diez y siete de Diziembre de mill y quinientos y once años en adelante so pena de cien mill maravedís para la camara y fisco de su alteza y los libros perdidos el qual fué tasado por señores del su consejo á cinco reales de plata por cada vn volumen.» Con la siguiente é inmediata hoja I empieza el texto (la numeración de las hojas está muy equivocada, muchas dobladas, otras vueltas á contar, y á menudo se saltan series completas, de tal modo, que la última hoja, en vez de su verdadero número el 152, lleva el CLXXII; pero las signaturas a-t están, por el contrario, bien, correspondiendo cada letra á ocho hojas; con letras góticas á dos columnas) y acaba en el folio CLXXII (propiamente 152), cuya vuelta está vacía. Hállase aquí igualmente, después de concluido el texto, la siguiente noticia del lugar y el año de la impresión: «Acabóse esta presenta (sic) obra en la muy noble ciudad de Salmantia a. XXII. días del mes d'Deciembre del año d'l nascimiento d'nuestro señor iesu cristo del mil y quinientos y onze años (1511)»; á lo que siguen inmediatamente los

diatos de este «dogmatizador de una secta tan mala» sobre la literatura española y toda la europea en general.

Si dirigimos ahora una ojeada á *toda esta época*, vemos por una parte cómo la poesía artística castellana surge de la dirección *épica;* que sobreviene la *didáctica* á consecuencia del natural desenvolvimiento del espíritu humano en general y del

---

versos latinos citados por Dumlop (lugar citado, pág. 163), pero que Salvá pone en duda, á lo menos respecto al original español, versos de que se saca efectivamente que fué una mujer la que compuso esta novela. Tienen por título: *Yo. augur transmierenn. hac* (sic) *ad lectorem* (acerca de este Juan Augur de Trasmiera, en las cercanías de Burgos, véase Nicolás Antonio: *Bibl. hisp. nova*, tom. I, pág. 639), y se pondera en ellos en un latín bárbaro y cargado además de erratas y con excesivas alusiosiones mitólogicas la alta excelencia y grande utilidad de esta novela, se profetiza que el héroe cantado en ella ha de ser ilustre antepasado de un nuevo linaje de heroes («Inclitus... pater palmarum») se le augura inmortal renombre («palmarum nomen in orbe manet»); pero sobre todo se recomienda que se compre el libro («hunc emas emptor: consule: crede mihi») y que se lo lea repetidas veces («Nocte dieque librum volue: reuolue, lege»). Los pasajes que se refieren á la autora son los siguientes:

.....collige flores,
Quos sevit, quos dat femina corde tibi
.....
Hunc lege quo tractat femina multa sua,

y, finalmente, la no menos discreta conclusión laudatoria, de donde parece deducirse que un hijo de la autora redactó la parte militar de la novela:

Quanto sol lunam superat nebrissaque (Lebrija) doctos:
Tanto ista hispanos femina docta viros,
Rumpe moras emax, felix si ceperis istum (librum)
Mox doctus, sapiens, belliger arma scies.
Femina composuit: generosos atque labores
Filius altisonans scripsit et arma libro.
Si librum cernis narrantem proelia chartis
Excussus iam stat: emere quisque potest.
Perlege ne timeas certaminis alta duella,
Palmarum flores recipe, amice, manu.
Cum Privilegio.

Es cosa sabida que la primera continuación de esta novela, el *Primaleón,* es de la misma mano, como se deduce de la dedicatoria de ésta última, cuyo poético epílogo menciona como autora á una *dama de Burgos* («por mano de dueña... es de Augustobrica aqueste labor»). El corrector de la edición de Venecia de 1534 del *Primaleón*, Francisco Delicado, dice de esta dama (Introduc. del libro III, folio 177): «Y es opinión de personas que fué mujer la que lo compuso, fija de un carpintero...»

espíritu del tiempo en especial, y que esta dirección logró el predominio, aunque no sin admitir en sí no pocos elementos épicos; que, finalmente, lo épico mismo se resuelve en sus dos factores, la reproducción objetiva de una base histórica viva y la concepción ideal de lo contemplado como una unidad, y que cada uno de ellos se separa y toma forma privativa: el uno en simple *crónica*, recolección, falta de todo principio, de lo sucedido, sin unidad más alta que la de la sucesión y coexistencia en el el tiempo, el otro en la *simple* novela, exposición de un puro mundo ideal sin fundamento alguno externo y real, inconexión de materia que, como es natural, se acomodaba mejor á la forma suelta y delicada de la *prosa*. Por otra parte, muéstranse ya cada vez más claramente las huellas de una nueva dirección, la lírica, que en la época siguiente llegó á ser la dominante.

FERNANDO WOLF.

(Se continuará.)

OBRAS NUEVAS

—

Aguirre Ruiz (C. F.)—Apuntes de contabilidad y teneduría de libros por partida doble del Estado. En 4.°, 139 páginas: 3,50 pesetas.

Almera (J.)—Sucinta exposición de la formación sobre tortosense de Villanueva y Geltrú (Barcelona). En 4.°, 16 páginas y dos láminas: 1,50 pesetas.

—Plilogénico de la provincia de Gerona según la nota de los señores D. Luis Mariano Vidal y don Manuel de Chía. En 4.° mayor, 16 páginas con varios grabados intercalados: 0,50 pesetas.

Alonso Mateo (A. F.)—Cuestionario para los aspirantes á oficial del cuerpo pericial de contabilidad del Estado. En 4.°, 199 páginas: 4 pesetas.

Alvarez (B. G.)—Estudios de pediatría, anatomía y fisiología especiales del niño. En 8.°, 344 páginas: 5 pesetas.

Angelis (J. de).—Descripción de los autozoos fósiles plilogénicos de Cataluña. En 4.°, 24 páginas y una lámina: 1,50 pesetas.

Arcimis (A.)—La circulación atmosférica. En 8.°, 23 páginas: 0,50 pesetas.

Balari Jovany (J.)—Historia de la Real Academia de Ciencias y Artes. En 4.°, 208 páginas: 3 pesetas.

Banco de España. Memoria leida en la Junta general de accionistas. En 4.°, 78 páginas.

Barreiro Meiro (J.)—Armonías jurídicas. En 8.° mayor, 62 páginas: 1 peseta.

Benavente (J.)—El Nido ajeno: comedia en tres actos, en prosa, original. En 8.°, 53 páginas: 2 pesetas.

Benito y López (G. de).—Nociones técnicas de las principales industrias fabriles. En 8.° mayor, 99 páginas: 1,50 pesetas.

Bermúdez de Cañas (F.)—Discurso necrológico de Fr. Zeferino, Cardenal González, leído ante la Real Academia Sevillana de Buenas Letras. En 8.°, 15 páginas.

Bolo (E.)—Los Decadentes del cristianismo. En 8.°, 207 páginas: 2 pesetas.

Bravo (J.)—Violetas: poesías. En 8.°, tres hojas preliminares, 168 páginas y retrato del autor: 3 pesetas.

Bruzual Serra (C.)—Discurso. En 8.°, 19 páginas.

Cadalso (J.)—Obras inéditas. En 4.°, 80 páginas: 3 pesetas.

Campos de los Reyes (F.)—Estudio del sistema transitorio, planteado, por el Código civil español. En 4.°, 144 páginas: 3 pesetas.

Cano y Cueto.—Tradiciones sevillanas. I. Las alfareras: El vándalo: La copa de sangre: Abdel'-Aziz: Erik, el eskaldo. En 8.°, 303 páginas: 4 pesetas.

Cappa (R.)—Estudios críticos acerca de la dominación española en América. *Parte cuarta.* Bellas

artes, arquitectura civil, eclesiástica é hidráulica, caminos y comunicaciones fluviales. *Vol. XIV.* En 8.°, 382 páginas: 3 pesetas.

Ciencias físico-naturales, con arreglo al programa vigente para las oposiciones á escuelas de primera enseñanza superior. En 4.°, IV-395 páginas: 5 pesetas.

Coba Gómez (J. de la).—La Toma de Amberes por España; ópera en un acto. En 8.°, 8 páginas: 1 peseta.

Cocat (E.) y Criado (H.)—Las Solteronas; juguete cómico en un acto y en prosa. En 8.°, 25 páginas: 1 peseta.

Coloma (L.)—Retratos de antaño. Publícalos la duquesa de Villahermosa, condesa viuda de Guaqui. En 8.° mayor, II-597 páginas, 71 hojas de cartas y sus facsímiles, 8 páginas de índice, 1 de colofón y 6 láminas y retratos al agua fuerte.—No se ha puesto á la venta.

D'Ayot (M. L.)—La Iberiada; poema en prosa. En 4.°, 6 páginas: 50 céntimos.

Diez Pinedo (E.) y Mateos Montalvo (P.)—Anuario de la Bolsa, del comercio y de la banca para 1895. *Año IV.* En 8.° mayor, 584 páginas: 5 pesetas.

Domínguez Berrueta (J.)—La cientificomanía. En 8.°, XIV-204 páginas: 2,50 pesetas.

Escobar Barberán (M.)—Colección de formularios para las principales actuaciones en las audiencias y juzgados de instrucción. En 8.°, 228 páginas: 2 pesetas.

Estado general de la armada, para el año de 1895. Dos tomos. En 8.°, 601 y 171 páginas: 6 pesetas.

Facio (J. A.)—Mis versos. En 8.°, XVI-209 páginas: 4 pesetas.

Falguera (J. M.)—Estudios históricos-filosóficos sobre el notariado. En 4.°, 126 páginas: 3 pesetas.

Fernández López (V.)—La prensa libre y el militarismo. En 8.°, 8 páginas: 25 céntimos.

Fernández de la Puente (M.)—El Tío Morrión ó la caja de sorpresa; sainete lírico en un acto y tres cuadros, en prosa y verso. En 8.°, 32 páginas: 1 peseta.

Fernández de la Puente (M.) y Rodríguez Alenza (T.)—Siluetas madrileñas; revista en un acto y cuatro cuadros, en verso. En 8.°, 35 páginas: 1 peseta.

Filibero (M.)—Cuestiones candentes, sobre la sumisión al poder civil. En 8.°, 238 páginas: 1 peseta.

Font y Sagué (N.)—Datos para la historia de las Creus de pedra de Catalunya. En 4.°, XVI-96 páginas, con varios grabados: 1,50 pesetas.

Foyé (R.)—Auxilios á las Compañías de Ferrocarriles. En 4.°, 4 páginas: 1 peseta.

Frontaura (C.)—Gente de Madrid, siluetas y semblanzas. En 12.°, 195 páginas: 0.50 pesetas.

Funes (E.)—La declamación española. En 8.° mayor, 609 páginas.

García Núñez (M.)—Trigonometría. En 4.°, 95 páginas: 4 pesetas.

Gil Maestre (A.)—Compendio de derecho internacional de guerra. En 4.° mayor, 268 páginas: 4 pesetas.

Giró Savall (J.)—La difteria y su tratamiento homeopático. En 4.°, 86 páginas: 2 pesetas.

Gramática castellana con arreglo al programa vigente para las oposiciones á escuelas de primera enseñanza superior. En 4.°, IV-170 páginas: 2,50 pesetas.

Gras y Elías.—Episodios de mi tierra. El general Manso. En 8.°, 168 páginas: 2 pesetas.

Guía enciclopédica de Barcelona. Año de 1895. En folio de 569 páginas: 8 pesetas.

Guillén-García (G. J. de).—Explosiones de generadores de vapor. En 4.° mayor, VIII 280 páginas, con 133 figuras: 7 pesetas.

Henrich y Urraza (E.) y Henrich y Urraza (N.)—¡Hija mártir! ó Roberto el pescador; drama en un acto y en verso. En 8.°, 30 páginas: 1 peseta.

Hidalgo Cuenca (J.)—Elementos de mecánica. En 8.° mayor, 2 tomos. Texto XII-278 páginas, y atlas de 57 láminas: 9 pesetas.

Inza y Cuartero (I. de).—Teneduría de libros. En 8.° mayor, 160 páginas: 5 pesetas.

Hannengieser (A.)—Hetteler y la organización social en Alemania, traducción de D. Modesto Hernández Villaescusa. En 8.°, 292 páginas, en tela: 2 pesetas.

López Alvarez (A.)—Bromas ligeras; composiciones en verso. En 8.°, 112 páginas: 2 pesetas.

Llacer (J. C.)—Manual del pajarero. En 8.° mayor, de 195 páginas: 2 pesetas.

Meana y Hurtado (R.)—La Semana santa de los niños y del pueblo. En 12.°, 244 páginas.

Mela (J.)—La procesión: drama en tres actos y en verso. En 8.°, 95 páginas: 2 pesetas.

Melgosa (M.)—Un viaje á los infiernos. En 12.°, 192 páginas: 0,50 pesetas.

Milá y Fontanals (M.)—Obras completas. Tomo VI. Opúsculos literarios. En 4.°. 4 hojas de portadas é índice y 536 páginas: 8,50 pesetas.

Millán (P.)—González, Pérez y compañía; novela. En 8.°, 266 páginas: 3,50 pesetas.

Millares (A.)—Historia general de las Islas Canarias. Tomo VIII. En 4.°, 282 páginas: 3,50 pesetas.

Ordenanzas generales de la renta de Aduanas. En 4.°, VI-609 páginas: 7 pesetas.

Pando y Valle (J.)—Misión trascendental; estudio sobre la caridad. En 4.°, XV-304 páginas: 6 pesetas.

Pastor (E. S.)—El Tambor de granaderos; zarzuela cómica en un acto y tres cuadros, en prosa. En 8.°, 45 páginas: 1 peseta.

Pedagogía con arreglo al programa vigente para las oposiciones á escuelas del grado superior. En 4.°, IV-235 páginas: 3 pesetas.

Pedrell (F.) y Jimeno de Lerma (I.)—Discursos. En 4.°, 59 páginas.—Tema: Antonio de Cabezón.

Perés (R. D.)—Bocetos ingleses. En 8.°, 271 páginas: 2,50 pesetas.

Pérez (F. de) y Saluzzo (M. A.)—Discursos leídos en la Academia Venezolana, correspondiente de la Real Española, en la recepción pública del Sr. D. Francisco de Sales Pérez: el día 3 de Marzo de 1895. Contestación por Marco Antonio Saluzzo. En 8.°, 58 páginas.

Pons Samper (J.)—Interview con un manco. En 8.°, 40 páginas: 1 peseta.

Puente y Quijano (J. M. de la.)—Estudio de los efectos que el reconocimiento de un hijo natural produce, según el Código civil vigente. En 8.° mayor, 280 páginas: 2 pesetas.

Reglamento para jugar al tresillo, por un jugador. En 32.°, 32 páginas: 0,25 pesetas.

Renan (E.)—La vida de los santos. En 4.°, 312 páginas: 6 pesetas.—Biblioteca de Jurisprudencia, Filosofía é Historia.

Ribero (J. E.)—Puentes de hierro económicos; muelles y faros sobre palizadas y pilotes metálicos. En 8.° mayor, 264 páginas: 15 pesetas.

Roca y Roca (J.)—Barcelona en la mano; guía de Barcelona y sus alrededores. En 8.°, 468 páginas: 6 pesetas.

Romero Walsh (A. del).—La casa de Monistrol y la Real Academia de Ciencias y Artes. En 4.°, 18 páginas: 1 peseta.

Sabater (G.)—Fuentes de inspiración artística. En 8.°, 110 páginas: 1 peseta.

Saj.—La Europa salvaje, exploraciones al interior de la misma.—En 4.°, 216 páginas: 3 pesetas.

Sánchez González (J.)—El ciego. En 8.°, 16 páginas: 0,50 pesetas.

Sánchez-Guerra (J.)—El presupuesto liberal y su liquidación. En 8.°, 112 páginas: 3 pesetas.

INDICE

	Págs.
Un drama (novela), por Emilia Pardo Bazán.	5
En torno al casticismo, por Miguel de Unamuno..	29
Recuerdos, por José Echegaray.....	53
La Viticultura en California, por el Dr. V. Vera y López...	71
El Museo Arqueológico en su casa vieja, por José Ramón Mélida.	84
La Prensa internacional, por el Licenciado Pero Pérez.....	97
Crónica internacional, por Emilio Castelar..	114
Crónica literaria, por E. Gómez de Baquero.....	135
La Literatura castellana y portuguesa, por Fernando Wolf, con prólogo y notas de M. Menéndez y Pelayo.....	146
Obras nuevas.....	204

LA ESPAÑA MODERNA

AÑO VII

Esta publicación ve la luz el día 1.° de cada mes en tomos en 4.° de ma de 200 páginas, escrita por los mejores publicistas españoles. Publica en todos los números una sección con el título de *La Prensa Internacional*, en la cual se incluyen, íntegros ó extractados, los artículos de la prensa de todo el mundo que más hayan llamado la atención durante el mes.

CONDICIONES DE SUSCRICIÓN

En España, seis meses, **diez y siete pesetas**; un año, **treinta pesetas.**—En las demás naciones europeas y americanas, y en las posesiones españolas, un año, **cuarenta francos**, enviando el importe á esta Administración en letras sobre Madrid, París y Londres.—Todas las suscriciones deben partir de Enero de cada año. A los que se suscriban después se les entregarán los números atrasados.—Se suscribe en la Cuesta de Santo Domingo, 16, principal, Madrid.

Director: J. LÁZARO

REVISTA DE DERECHO Y DE SOCIOLOGÍA

La **Revista de Derecho y de Sociología** se propone reflejar de una manera fiel y tan completa como sea posible, el movimiento general jurídico y sociológico contemporáneo.

La **Revista de Derecho y de Sociología** se publica todos los meses en cuadernos de 128 páginas, tamaño é impresión análogos á *La España Moderna.*

La **Revista** contiene normalmente las siguientes secciones:

1.ª Artículos doctrinales de autores españoles y extranjeros. 2.ª Noticias críticas bibliográficas extensas. 3.ª Movimiento de Revistas de España y del extranjero. 4.ª Consultas. 5.ª Tribunales: discusión y crítica de sentencias de todas las jurisdicciones é instancias, y resumen mensual de la jurisprudencia civil; penal y administrativa.

Condiciones de suscrición á la «Revista de Derecho y de Sociología»:

En España: un año, *veinte pesetas.* En las demás naciones europeas y americanas, y en las posesiones españolas: un año, *veinticinco francos,* enviando el importe á esta Administración en billetes ó en letras sobre Madrid, París ó Londres. Todas las suscriciones deben partir de Enero de cada año. A los que se suscriban después se les entregarán los números que anteriormente hayan visto la luz. Para hacer la suscrición, dirigirse al Administrador de **La España Moderna** ó de la **Revista de Derecho y de Sociología**, Cuesta de Santo Domingo, núm. 16, principal. — Madrid.

España moderna

AÑO VII NÚM. LXXVIII

LA

ESPAÑA MODERNA

Director: J. LÁZARO

JUNIO 1895

MADRID
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE A. AVRIAL
1.168.—*San Bernardo, 92.—Teléf. 3.074*

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo, es indispensable el permiso del Director de La España Moderna.

UN DRAMA

CONTINUACIÓN

V

Caía el telón sobre la catástrofe de la tragedia y los expectadores se aglomeraban en los pasillos recogiendo abrigos y sombreros, cuando Teodora, cogiendo con naturalidad el brazo de Lorenzo, salió delante, siguiéndola Fermina, que se apoyaba en el del general.

Mucho se ha hablado del peligro de verse á solas; pero es más arriesgado todavía, cuando se inician ciertos desórdenes en el alma, el encontrarse aislados entre una multitud indiferente. Lorenzo, al romper entre el gentío, notaba contra su brazo un eco débil, pero perceptible, del impetuoso latir del corazón de Teodora, y el ligero temblor del cuerpo que sostenía se comunicaba al suyo. Su silencio daba indicios claros de que el observar todo esto le causaba honda preocupación. No era la primera vez que habían reinado entre Teodora y el novio de Fermina esos silencios tormentosos, cargados de electricidad, que presagian la tormenta. Sin embargo, Lorenzo, descuidado aún, con la conciencia tranquila á pesar de la involuntaria vibración de sus nervios, no se daba cuenta sino de dos cosas bien inocentes y naturales: que Teodora estaba muy triste y que á él la tristeza de Teodora le inspiraba profunda compasión, mezclándose en el sentimiento extraño y enervante que sufría las recientes impresiones de la tragedia de Racine y las ya familiares del trato con Teodora.

Mientras los dos callaban, protegidos por el hervidero de la gente

apresurada y distraida, Gurrea Pinós no se tomaba ni el trabajo de mirarles. Al veterano no le tocaba el papel de observador, porque no necesita observar quien adivina. Sin poder alegar razones ni pruebas que evidenciarsen el delito, Gurrea había llegado á tenerlo por seguro en el pensamiento de los culpables. Y este convencimiento, que se impuso al viejo súbitamente, era tan cruel, que consiguió un instante doblegar su probada fortaleza; olvidóse de que llevaba á Fermina del brazo, y clavó la quijada en el pecho, tan cejijunto y sombrío, que la muchacha se alarmó, y dijo cariñosamente, dando al veterano un nombre que él solía reclamar en broma:

—¿Qué hay, papá? ¿Tiene V. algo? Se ha puesto V.... así.... muy arrebatado de pronto.

—No es nada, hija querida...—contestó él rehaciéndose.—Es que estos malditos teatros son un envenenadero. No se respira aquí sino miasmas. Luego, esa tragedia me ha dado asco.

—A mí lo mismo—asintió Fermina.—No debían representarse tales cosas. ¡Y Jacinto empeñado en que es preciosa y en que no lo entendemos!

—Respeto muchísimo—repuso Gurrea con ironía mal encubierta— la opinión de mi amigo el Sr. D. Jacinto, que es un sabio, mientras yo sólo soy un soldado y no tengo más libros de estudio que el Catecismo y la Ordenanza; pero, hija mía, no hay quien me convenza de que quepa hermosura ninguna en sacar á la escena pecados tan horribles. Y seré un ignorante; lo seré; pero me complace que te hayan ruborizado las maldades de la bribona de Fedra. Una mujer de bien, ¿cómo va á resistir sin abochornarse tales inmundicias?

—¡Que les oigo á Vds.!—dijo festivamente Jacinto, ocupado en abrirse paso y en acabar de enrollar al cuello un pañuelo de seda blanca, preservativo contra los catarros bronquiales á que era propenso.—¡Que les oigo, y que les azoto por blasfemos !Esa tragedia de que Vds se asustan se representaba ante las damas y caballeros de la corte de Luis XIV. Me parece...

—Valientes bellacos y bellacas serían—afirmó Gurrea.

—Hipólito sí que me es simpático—añadió Fermina, contestando á la vez á su hermano y al general.

—Hipólitos hay pocos, cuando encuentran con tunantas—pronunció duramente Gurrea, que hablaba consigo mismo.

—Y ¿dónde se han metido Lorenzo y Teodora?—preguntó ansiosamente Fermina, que ya no veía á su novio.

—En el pórtico esperarán—indicó Jacinto.

—Démonos prisa—exclamó el general, arrastrando con fuerza á su futura hija política, sin hacer caso de las miradas y cuchicheos que la conversación en español causaba entre la apiñada concurrencia.

Por más prisa que se dieron, habrían pasado diez minutos cuando lograron reunirse al pie de la escalinata con Teodora y Lorenzo, cogidos aún del brazo. El rostro de Teodora despedía una especie de resplandor, que pareció insolente y elocuentísimo al viejo. "Ya ha caído mi desdichado hijo„ pensó, sin poder explicarse de otra manera el brillo de los magníficos ojos de la Montcal. El caso es que si una persona menos ejercitada en la sospecha y el presentimiento que Gurrea hubiese escuchado el corto diálogo de Teodora y Lorenzo, encontraría que era la cosa más sencilla é insignificante del mundo.

—¿Acostumbra V. madrugar?—había dicho de pronto la señora.

—Tanto como acostumbrar... no; pero madrugo algunas veces. Por gusto de mi padre me levantaría con el sol—respondió Lorenzo sin comprender, pero ya prevenido.

—¿Le asusta á V. la idea de... levantarse mañana á las siete, y... recogerme en mi casa... á las ocho y media?

—¡Asustarme!—murmuró el mozo, que á pesar suyo se turbó algún tanto.—¡Asustarme, Teodra! Disponga de mí.

—Es que quiero comprar unas sorpresas á Fermina... y que no lo sepa... y que V.... que V... dé su opinión... Son regalos...

—Perfectamente—murmuró Lorenzo, á quien tan verosímil explicación desconcertó algo, sin saber por qué.

—¡Mucho sigilo!—añadió Teodora gravemente.—¡Que *nadie* lo sepa! Es condición precisa.—Y al subrayar el *nadie* con cierto énfasis imperioso, Lorenzo sintió que á su padre se refería el encargo, y en vehemente efusión respondió bajo, casi al oído de Teodora:

—Haré lo que V. quiera, todo lo que V. mande, y mañana, y siempre.

Teodora experimentó por segunda vez una alegría mortal. Nada grave significaban tomadas al pie de la letra las palabras de Lorenzo: en otros labios y sin antecedentes serían una vulgaridad cortés: pero el tono de voz y la visible alteración del que las pronunciaba, les daban recóndito sentido. Y el mismo Lorenzo, al acabar de decirlas, sintió algo de sorpresa, porque le parecía que quien se expresaba con tal calor por su boca era otra persona, un Lorenzo nuevo y desconocido.

—¡Que hermosa es *Fedra!*—articuló Teodora así que pudo respirar, desviándose con maña de la conversación anterior.

—Demasiado hermosa. Hace daño,—contestó Lorenzo.—Yo no la conocía. A mi padre no le gusta que vaya mucho al teatro, y sobre todo á los teatros serios. ¿No parece imposible? Mi padre prefiere las bufonadas: en el *Vaudeville* y en el *Palais Royal* goza como un chiquillo y se rie á carcajadas de las estupideces y las barbaridades. Y yo, entretanto, me duermo.

Hizo Teodora un movimiento imperceptible de desdén. Su perspicacia, redoblada por la viva tensión de todas sus facultades en una hora que consideraba decisiva, la decía que el enemigo era el general, y que ayudando á destruir su prestigio, aniquilaba su poder. Sonrió, y articuló como si hablase consigo misma:

—Es natural que no entienda á *Fedra,* y que le encante Lulú Albine y Chartes Rigolo.

Y sus ojos encontraron los ojos de Lorenzo, y se detuvieron allí algunos segundos, Lorenzo no los bajó, y pronunció quedamente, con afán:

—Mañana... á las ocho y media?

Hizo la dama ligera señal de asentimiento. Casi al mismo instante se reunió al grupo el otro compuesto de Fermina, el general y Jacinto; y un lacayillo, ladeando el lustroso sombrero de enhiesta cucarda, avisó con respetuoso *Madame* de que el coche esperaba allí, á dos pasos, á la salida.

Era la noche de las frescas de primavera en París, que convidan á andar, á velar y á beber aire. Algo más que aire deseaba beber Jacinto, pues á semejante hora una bavaresa de espuma de chocolate y una *brioche* desmigajada en ella le confortaban singularmente el débil estómago. Se convino en que bajarían á pie por el bulevar, y el coche les aguardaría á la puerta de un café muy de moda, donde refrescarían todos. A las doce ó doce y media de la noche, los principales bulevares, sin perder enteramente su animación, empiezan á verse libres del denso gentío que de dia obstruye esa pletórica arteria parisiense. Los parroquianos de cafés y *restaurants* se instalan en mesas colocadas en la acera, y las cortesanas de oficio, solas en su velador, , arreboladas, peripuestas, en estudiada actitud, esgrimiendo el pie, tratan de cazar al paso á cualquier incauto pajarillo. Si una señora acompañada por caballeros se sienta cerca de alguna de estas buenas alhajas, guarda la ojeada insolente y la risita mofadora. Por evitar vecindades semejantes, Jacinto escogía siempre una mesa dentro del café, en una esquina,

donde le servían volando, porque sus generosas propinas de á franco eran proverbiales entre los mozos, que sabían por experiencia que la gente no derrocha en París ni quince céntimos por el gusto de derrocharlos.

Teodora pidió un sorbete y se sentó, afectando dejar juntos á los novios. No deseaba otra cosa Fermina, siempre codiciosa de palique; pero Lorenzo, menos dueño de sí mismo que la esposa de Castellá, conmovido aún por las palabras que se habían cruzado entre los dos, y é imprevisor por lo mismo que su intención no era aún deliberadamente culpable, no pudo menos de apartar la mirada del rostro de Fermina y recrearla en el de Teodora, que serena é impasible saboreaba á cucharaditas el sorbete. Aunque el general era en aquel instante víctima de Jacinto,—que le explicaba la leyenda mitológica de *Fedra*, los precedentes de la obra de Racine en Séneca y en Eurípides y las intriguillas de Mad. Deshoulières y el duque de Nevers para conseguir echar abajo á la *Fedra* del gran poeta y ensalzar la de su émulo Pradón,—no se le escapó la mirada de su hijo, ni le engañó la calma de Teodora. Tan sobre aviso estaba, que presintió lo que iba á suceder: que estinguida la conversación entre los novios, Fermina se pondría encapotada y ceñuda, como siempre que ocurría esto,—y ocurría de algún tiempo acá con frecuencia, por involuntario cansancio del joven, que no sabía qué decir á su futura. Lorenzo, después de pedir otro sorbete como el que estaba tomando la señora de Castellá, se volvió casi de espaldas á Fermina, tan inadvertidamente que el veterano le hizo una expresiva seña. "Los hombres tienen espalda„ advirtió la misma Teodora, sonriendo á su propio rasgo de habilidad y Lorenzo, algo confuso, hubo de volverse, dando una excusa que era casi un agravio:

—¡Ay!... ¡Perdón!... ¡Estaba distraído!

Fermina calló, pero un mohín violento contrajo su boca, y sus ojos se nublaron; y el general, paladeando el primer sorbo de la copa de aguardiente de Riga que había pedido,—por no haber allí Ojén, ni noticia de él siquiera—reflexionó un minuto; y de repente, volviéndose hacia Jacinto, soltó este cañonazo:

—Amigo señor de Castellá, siento el disgusto que voy á dar á mis hijos queridos, á los dos tórtolos, pero... ya no lo callo más, porque se acerca el término, y no hago nada con tapujos.

—¿Qué es ello, querido General?

—¡Si me parece que ya le hablé á V. del negocio! ¿A qué salimos con que no se acuerda? Se trata del viajecillo que tenemos que

hacer Lorenzo y yo á España... Una correría de tres ó cuatro meses... Pero que no se asuste Fermina: volveremos al tiempo señalado para la boda. ¡No faltaba más! La víspera de la ceremonia, aquí estamos más fijos que el sol.

Si el general contaba con el efecto de este golpe que se le había ocurrido mientras bajaban el bulevar á pie, y que acababa de resolver sorbiendo el aguardiente, no se equivocó respecto á Lorenzo, pero hubo de sufrir una decepción por lo que á Teodora respecta. Mientras la hermosa y morena faz de su hijo se demudaba de asombro, la de Teodora no se alteró poco ni mucho, ni se borró de sus labios la sonrisa, ni tembló la mano con que sostenía la cucharita llena de *parfait*. Diríase que tomaba del sorbete ejemplo de frescura.

—No sabíamos nada de esos planes,—gritó Jacinto.—Nunca me habló V. de ellos. Y me parecen una atrocidad. ¡Separar ahora á los novios! V. se ha olvidado de sus veinte, querido Gurrea.

—Amigo mío, ante el interés y la necesidad... Como el viaje tengo yo que hacerlo, en cierto modo, de incógnito, no lo he trompeteado por ahí... Pero al tomar estado Lorenzo, es preciso revisar papeles, arreglar asuntos, hablar con parientes y amigos de allá, cortar cuestiones pendientes, tocar ciertas teclas... El viaje es indispensable.

—Que vaya V., bueno—exclamó Fermina recobrando la palabra y con la inconsciencia egoísta del amor;—pero Lorenzo, ¿qué necesidad tiene de ir?

—No puedo prescindir de él, hija mía, porque lo más embrolladito es precisamente la herencia materna de Lorenzo, y tiene que firmar, que hacerse cargo... Las señoras no entienden de esas incumbencias, que son cuenta nuestra solamente.

Teodora, que á la sazón abrochaba sus guantes y se pasaba el pañuelo por los labios, tuvo un quite maestro:

—¡Cómo les envidio, general! Lo que sentimos Jacinto y yo es no poder dar también nuestra vueltecita por España. Hacen Vds. muy bien, aunque la pobre Fermina se aburra un poco... Quedamos aquí para distraerla. ¿Verdad, monina mía?

La hermana de Jacinto se echó atrás, rehuyendo una demostración cariñosa de su cuñada.

VI

Si cuando el guerrillero se recogió á su casa aquella noche hubiera tenido á su disposición, como antaño, hombres y armas, no le arriendo la ganancia á lo que se le pusiese por delante en ocasión tal, fuese cosa ó persona, los muros de una ciudad ó el frente de una división. La ira le congestionaba hasta causarle vértigos, síntoma alarmante en un viejo tan sanguíneo que todos los años tenía que tomar, en primavera, bebidas refrescantes y dosis de aconitina más ó menos graduadas. Habíale encargado mucho el médico que evitase airarse, pero en aquel caso sólo no se airaría un santo de piedra. ¡Su hijo; su obra; la criatura humana por quien se había impuesto trabajos y sacrificios, el ser de quien se creía obligado á responder ante Dios, la prolongación de sí mismo, su orgullo y su recompensa... cogido en las redes del demonio, sepultado en el abismo de la perdición, marrando á la vez su bienestar y dicha en este mundo y su salvación en el otro!

En todo padre hay un calculador interesado, feroz casi. Los padres que no creen en la vida futura, calculan de tejas abajo. Los que creen, llevan sus cálculos hasta la misma región de la justicia inmanente y eterna. El general Gurrea Pinós, que á su manera adoraba en Lorenzo, tenía sus cuentas sobrado bien echadas para que no le enfureciese el comprender que una circunstancia imprevista, un miserable obstáculo—el brillo de unos ojos, el sonido de una voz femenil—los desbarataba. Ni eran sólo sus combinaciones para la felicidad presente y futura de Lorenzo lo que había deshecho de un capirotazo el blanco dedo de Teodora: era también aquella autoridad omnímoda y jamás discutida del padre sobre el hijo, forma de la monarquía absoluta en el hogar doméstico; porque el general *sentía* que si Lorenzo no le negaba acatamiento aún, en su alma se había roto ya el freno misterioso de la disciplina moral, recobrando sus derechos la voluntad propia y la inclinación incontrastable.

No era Gurrea Pinós de los que confieren á nadie sus planes y pensamientos, ni necesitaba consejos quien tantas veces había te-

nido que contar solamente consigo mismo; pero se hubiese visto en apurado trance si, caso de elegir confidente, éste le preguntase en qué fundaba tales desconfianzas y temores. ¿Qué había hecho Lorenzo? Punto menos que nada. Mirar á Teodora, cosa natural porque Teodora atraía los ojos; algo de tibieza en cortejar á Fermina; cierta abstracción, cierta melancolía... Para Gurrea Pinós era bastante. Sabía, por la experiencia del pasado, que los sentimientos dormitan largo tiempo, y un día se despiertan furiosos. Recordaba que, en la guerra civil, dos oficiales que jamás habían reñido, pero que se profesaban secreta envidia y antipatía sorda, salieron á una expedición juntos, y el uno aprovechó un descuido del otro, lo interpretó como traición, y á la media hora, arrimando á su émulo á una pared, le pegó cuatro tiros.—Lorenzo estaba en peligro, en peligro inminente... y á su padre tocaba salvarle.

Así discurría Gurrea, mientras la sangre, agolpándose á sus sienes, le encendía el rostro con tonos bermejos. Estaba, sin embargo, satisfecho de la idea del viaje á España, que le parecía genial. Con tal viaje salía Lorenzo de la esfera de acción de Teodora; recobraba el padre su dominio sobre el hijo, volvía á imponerle el yugo, y al regreso le llevaba al altar derechito, no soltándole hasta empaquetarle en el camino de hierro, con su mujer, facturados ambos para España. Eso haría, y á ver quién osaba contrastar su voluntad y oponerse á su resolución, porque al que tal intentase, le arrollaría sin compasión y sin reparo! ¡Si Jacinto Castellá era un pelele, ya vería Teodora cómo las gastaba el caudillo de Amposta y de Torrellas!

Era hombre Gurrea para cumplir al pie de la letra este programa. No decaería seguramente su voluntad. Sin embargo, tenía su combinación una base errónea. La acción resuelve victoriosamente los conflictos del orden material, y es de admirables resultados en la guerra; pero en la esfera del sentimiento no basta la acción para triunfar. Las almas se dominan por el convencimiento; la violencia no las vence. Y se quivocaba Gurrea al suponer que la obediencia pasiva de Lorenzo, aquel modelo de hijos, no podía quebrantarse cuando se debilitase el prestigio paternal. Era también en daño de Gurrea no poder ejecutar sin dilación alguna su plan de viaje. Un agente de negocios no deja de sopetón y sin previo aviso sus asuntos. Ocho días calculó que le hacían falta—y eso desplegando suma actividad—para preparar la salida. Gurrea Pinós era probo hasta la exageración y la nimiedad. De ningún modo quería marcharse con apariencias de fuga. Lo que se juró á sí mismo fué no perder

de vista á Lorenzo en los días que faltaban para retirarle del borde del precipicio con fuerte mano.

¡Por sagaz que fuese el general, no podía adivinar que su hijo tenía cita con Teodora á las ocho de la mañana del día siguiente! Había tropezado el viejo con una adversaria terrible, y el modo de dar la cita y la elección de hora revelaban la destreza de la dama. Lorenzo jamás iba á casa de su prometida antes de las cuatro de la tarde, ni se levantaba hasta las nueve de la mañana, porque las noches pasadas en el teatro le obligaban á trasnochar, y estaba en la edad en que se vive, más que de la comida, del sueño. Así es que su padre le creía seguro en casa y en la cama, cuando ya se acercaba él á la verja del hotelito, tendiendo la mano para oprimir el botón eléctrico. No tuvo tiempo de realizarlo: Teodora esperaba en el jardín vestida de mañana, sencillísima, algo descolorida, sonriente, y ella misma corrió el pasador y salió al encuentro de Lorenzo, antes que éste apoyase el pie en la senda enarenada que rodeando la fuentecilla conducía al vestíbulo. Se dieron los buenos días, y sin hablar otra palabra, Teodora cogió el brazo de Lorenzo, y echaron á andar por una de esas calles de plátanos, negrillos y acacias, que la primavera hace deliciosas en el húmedo clima de París.

Las primeras palabras de Lorenzo fueron para proponer á Teodora que tomasen un coche, á fin de evitar el cansancio de la larga caminata; pero la señora se negó, murmurando con súplica tierna y humilde:

—¡Déjeme V. andar, si no es V. el que se cansa... Me siento tan bien... voy tan contenta!...

No respondió Lorenzo más que con los ojos, pero respondió, detenidamente, y á paso igual bajaron por la avenida de los Campos Elíseos, fresca y solitaria á tal hora, embalsamada por las emanaciones de las acacias, y alfombrada con las flores blancas y rosadas del precioso árbol. El sol, siempre festejado en el brumoso París cuando se digna aparecer libre de nubarrones, alumbraba sin calentar mucho, y una brisa palpitante, saturada de la humedad del río y del riego, no llegaba á mover los árboles, pero los acariciaba y les encrespaba las hojas. De vez en cuando, por la calle central de la avenida, rodaba un coche, algún faetón, alguna *charrette*, guiada por madrugador aficionado, y el brillo de sus barnizadas ruedas y el volteo del polvo que levantaban distraía un segundo á los paseantes. Poco tráfago en aquel barrio de gente elegante y rica; niños correteando y empujando grandes pelotas bajo la inspección de una niñera soñolienta y rubia, y la graciosa silueta de dos amazonas es-

coltadas por tres ó cuatro jinetes, erguidas en la silla, y que dejaban en los ojos el rastro de una falda de paño azul tendida como la vela de un esquife sobre un anca de caballo reluciente y como irisada á fuerza de buen pelo, y de una mejilla sofocada sobre la línea blanca de un cuello almidonado.

Teodora y Lorenzo andaban despacio y apenas trocaban alguna frase sin interés. Al encontrarse sus miradas, ambos sonreían involuntariamente. Al acercarse ya á la plaza de la Concordia, la dama suspiró y volvió atrás la vista, como si sintiese dejar la grata soledad semi-campestre de la avenida y llegar á sitios más frecuentados. No notaba fatiga alguna; el ejercicio prestaba á sus facciones animación singular. Parecía que ella y Lorenzo se habían dado el santo y seña para no hablar seguido; sin embargo, lo que en Lorenzo se debía al sentimiento que le embargaba, era en Teodora efecto de un bienestar tan grande, que no quería alterarlo. Si Teodora fuese una mujer vulgar, forzaría la situación y acaso perdería el terreno conquistado, tratando de arrancar á Lorenzo declaraciones explícitas. La esposa de Jacinto Castellá, aunque inexperta, era hábil por instinto, y comprendía que en tan solemne hora la más leve torpeza sería fatal. Repugnar á Lorenzo; permitirse una familiaridad, una provocación, un movimiento en apariencia libre... ¡qué horror, qué vergüenza, y además, qué equivocación tan lastimosa! Ni necesitaba Teodora esforzarse para no sentir al lado de Lorenzo, en aquel instante, más que dulzuras del orden espiritual. La pasión presenta este fenómeno, que es preciso calificar de bello: así como sabe exaltar los sentidos, sabe aniquilarlos: aspira á todo y se contenta con nada. Sin más que llevar cerca á Lorenzo y sentir cómo entraba suavemente en su alma, iba Teodora fuera de sí, transportada con ideal transporte.

En Lorenzo se verificaba el fenómeno contrario. El hallarse próximo á tan atractiva mujer, el acompañarla á aquella hora, el sentirla tan conmovida, el respirar su aliento sano y perfumado, y sobre todo la conciencia de que allí existía *algo* ya muy antiguo y de cierto muy profundo, exaltaban en Lorenzo una juventud intacta y fuerte. Su terrible padre, al intimarle la víspera, sin previo anuncio ni consulta, sin réplica, la orden del viaje á España, había incurrido en un yerro, precipitando la explosión. A Lorenzo le pesaba el dominio de su padre. En la buena voluntad, en el júbilo con que acogió el plan de su boda con Fermina, había entrado por mucho el secreto deseo de emancipación que experimenta todo joven educado con severidad excesiva y sometido á

una voluntad de hierro y á los rigores de la inquisición doméstica, que fiscaliza constantemente sus actos. Sordamente, el deseo de la independencia germina en el espíritu. Al oir el día anterior el decreto del general, Lorenzo comprendió ó por lo menos infirió la causa: y la necesidad de dominar su cólera y lo repugnante de la forzosa obediencia, le pusieron por algunos instantes como loco. El cachorro de león se despertaba, rugía y sacudía la melena. "Soy un hombre„ pensaba "y mi padre me trata como á un niño ó como á una mujer. ¿Qué idea tiene de mí? ¿Se figura que voy á pasarme la vida con andadores y llevado de la mano? Lo que él sospecha de mí y de Teodora es una infamia; pero aunque fuese cierto, ¿quién le mete á intervenir en tales cuestiones?„ La idea de que Teodora sintiese por él un interés que la tuviese abatida y enferma, empezó á precisarse, y Lorenzo, desvelado en su cama, dió el paso inmenso de considerarla sin espanto, ó más bien con secreta alegría. Tan rápidamente como gira la veleta al impulso del viento, vió Lorenzo que había cambiado, que no era el mismo, que se volvía diferente de sí propio, que su alma se orientaba hacia el mal, hacia lo que pocos meses antes le hubiese horrorizado. Parecíale oir una voz insinuante que al oído le prometía mortales dichas; y el océano de la pasión, sin límites visibles, le tentaba brindándole sus olas de fuego. Al encontrarse al lado de Teodora, creyó verla por primera vez. El riesgo de mirar así á una mujer tan peligrosa se duplicaba por encontrarla embebida de sentimientos que no se tomaba el trabajo de ocultar ya...

En esta disposición de ánimo se internaron por la calle de Rivoli, nunca muy concurrida, y se acercaron á la Comedia Francesa, asaltados por los recuerdos de la víspera y oyendo aún los gritos desgarradores de *Fedra:*

O haine de Vénus! O fatale colère!

Y como involuntariamente cruzasen la mirada, una mozuela que pasaba, desgreñada y con los ojos hinchados de dormir, al acercarse á ellos les contempló de un modo insolente por lo familiar, y soltó, entre una risotada, esta frase:

—*Joli couple!* (Bonita pareja).

VII

Teodora palideció y Lorenzo se ruborizó. Era que la exclamación de la mozuela daba forma casi plástica á lo que ambos pensaban y sentían. En toda mujer de entendimiento claro y alma enérgica—y estas dos cualidades no podían negársele á Teodora—el momento de la transgresión definitiva de la ley moral siempre lleva consigo una impresión fuerte y honda de queja y de protesta contra la suerte. El decoro forma hábito, no siendo el hábito la menor salvaguardia del decoro, y Teodora, impecable aún en el terreno de los hechos, no podía dominar un estremecimiento de temor y casi de repugnancia ante la culpa, estremecimiento á veces más poderoso que otras embriagadoras fruiciones que disfrutaba por primera vez. Teodora imaginaba, en aquellos instantes, que hubiese podido encontrar á Lorenzo cuando aún tenía derecho á ofrecerle la blanca flor de naranjo que significa la pureza y la integridad del cuerpo y del corazón; y que entonces podría oir sin rubor ni recelo aquella halagüeña exclamación de la moza que saludaba en la pareja cogida del brazo la irradiación del amor y de la hermosura. Pensamientos semejantes torturaban á Lorenzo y le encendían el rostro. Recapacitaba, queriendo dominar la tempestad que ya rugía en su espíritu, en la diferencia de lo que sentía al lado de Fermina, y lo que experimentaba al de Teodora; y se figuraba que había salido de una comarca lluviosa, fría, donde se respira el tedio, para entrar en un país de sol y luz, de rojos crepúsculos, de auroras radiantes y de noches claras, templadas y alumbradas por misteriosa luna y por espléndidas constelaciones. Si Fermina fuese Teodora, ¡qué sueño tan divino el de arrodillarse con ella ante el altar del cual desciende la bendición á hacer lícitas las alegrías y á convertir, por singular privilegio, en virtud y en deber la misma felicidad!

A esta visión de desposorios, estéril nostalgia de lo imposible, infundía nueva vida imaginaria la exclamación de la mozuela que con tal descaro acababa de unir á Teodora y Lorenzo. Los ojos de ambos volvieron á encontrarse, y su ardiente y persuasiva elocuencia hizo otra vez inútiles las palabras. Si hasta aquel momento exis-

tía duda, se disipó toda niebla de incertidumbre desde entonces, porque ninguna frase diría más que aquella mirada.

Siguieron andando en silencio, sin soltarse, incapaces de articular una sílaba.

No se les había ocurrido ponerse de acuerdo acerca de las famosas compras, ni trazar itinerario fijo para su paseo; pero Teodora, con esa lucidez de concepción que caracteriza á las almas valientes en momentos críticos, guiaba, como insensiblemente, hacia el punto que quería. Hay personas que no pueden menos de estar siempre *haciendo intención*, aun cuando no se lo proponen. La voluntad de Teodora la impulsaba constantemente en la dirección de sus deseos. Por eso, al través de las calles, unas tan animadas y otras tan apacibles, que convergen alrededor del foco de delirante actividad é histérica algarabía que se llama la Bolsa de París, eligió el camino de la plaza de las Victorias, donde se gallardea la estatua ecuestre de Luis XIV con inmenso pelucón y atavío á la romana, y donde se alza el templo que el mismo *Rey Sol* erigió para conmemorar un suceso que hace época en los anales del catolicismo: la toma de la Rochela.

La iglesia de Nuestra Señora de las Victorias, con su portada jónica y corintia y su interior del mismo frío estilo neo-griego, no ofrece ese aspecto solemne y romántico de otros templos, que hacen entrar por los sentidos la compunción y la tristeza religiosa. Sin embargo, hay estados del ánimo en que toda iglesia, sólo por serlo, nos conmueve, y Teodora contaba con la robusta fe de Lorenzo para arrancarle del modo más inesperado y noble,—sin rebajar en lo más mínimo su dignidad de mujer—la confesión verbal que confirmase la de los ojos. No era que dudase Teodora; pero sus observaciones—aunque no fundadas en la experiencia—le habían demostrado que las palabras son un lazo muy resistente y que esa imperceptible agitación del aire forma resortes de acero y cadenas de hierro, malas de romper. Detúvose, pues, al pie de la estatua y ante el pórtico de la iglesia, y de pronto, como si obedeciese á súbita inspiración, arrastró vivamente á Lorenzo, y subiendo la escalinata, ambos penetraron en la iglesia. Al entrar, por respeto, se soltaron el brazo; pero Teodora, al punto, tomó la mano del español y le llevó ante la imágen de Nuestra Señora.

La iglesia de las Victorias jamás está solitaria. Los desastres de a guerra y los castigos y desmembraciones que ha sufrido el suelo francés, se diría que han acrecentado una devoción que cimentaron los triunfos. A cualquier hora que entréis en el templo fundado

por el gran rey, encontraréis algunos fieles postrados y veréis lucir docenas de cirios ante la imagen de la celestial Emperatriz. La imagen inclina la cabeza bajo el peso de su enorme corona, y el rostro, honesto y grave, orlado por la toca blanca y el rubio cabello, se tuerce hacia el Niño Dios, que en actitud de bendecir al que le implora, descansa sobre estrellado globo. Al levantar la vista hacia el grupo encantador de la madre y del hijo, Teodora vaciló en su atrevido propósito: era más pagana que cristiana, y, sin embargo, sentía en lo profundo de su conciencia el temblor del sacrílego que pone las manos en la custodia. Venció instantáneamente aquel recelo, y haciendo seña á su acompañante, los dos se arrodillaron juntos, próximos, en el fondo de la capilla. Volvióse hacia Lorenzo la señora de Castellá, y murmuró en voz baja, temblorosa, velada por el llanto:

—Lorenzo, recemos, que lo necesitamos bien.

—¡Sí lo necesito, Teodora!—murmuró Lorenzo con mayor turbación aún.

—¿Va V. á pedirle á la Virgen lo que le pediré yo?—preguntó como á pesar suyo la dama.

—Si tenemos que pedirle lo mismo, ese consuelo me quedará—respondió el mozo, cuyos ojos pensó Teodora que se humedecían, aunque tal vez fuese el reflejo de los cirios.

—Yo sé lo que he de pedirle, pero no sé lo que V. pedirá—articuló Teodora con tan vehemente expresión, que Lorenzo, trastornado hubo de decir:

—¡No quererla, Teodora... no adorarla... eso pido á Dios, que todo lo puede!

Llevóse Teodora las manos á la garganta; se levantó, y salió precipitadamente de la iglesia. La abrumaba el mismo resultado que tenía tan previsto, y, aturdida, sólo pensaba en respirar el aire libre. Apoyada contra la puerta, cerró los ojos y conoció que iba á desvanecerse si hubiese permanecido en la iglesia un minuto más. Entre tanto, Lorenzo, confundido y medroso, tartamudeaba la Salve; pero mientras sus palabras querían volar al cielo, sus pensamientos bajaban á la tierra y no acertaban á separarse de ella. De su piadosa educación en el Seminario había conservado Lorenzo la costumbre de encomendarse á la Virgen, diciendo en lengua francesa la más sencilla de las jaculatorias: *Marie, oh ma mère!, priez pour nous.* Maquinalmente repitió estas dulces palabras, clavando los ojos en el cándido rostro de la efigie. La seductora había calculado con infernal habilidad, al hacer que chocase repentina y

bruscamente la pasión juvenil de Lorenzo con la única valla que podría contenerla acaso. Mas ya era tarde. En vano Lorenzo quería asirse desesperado al áncora de oro de sus creencias. En aquel instante había un recelo pueril que le consternaba y que se interponía entre su arrepentimiento y su conciencia: y era el temor de haber ofendido ó desagradado á Teodora. "Se ha ido„ pensaba: "se ha ido avergonzada de mi declaración... y tal vez no me espera á la puerta ya„. Que este insignificante recelo pudiese en el alma de Lorenzo más que otras consideraciones, demuestra hasta qué punto estaba ya cautivo. Se levantó de pronto, de un salto, y salió perseguido por el olor melancólico del incienso y de los ardientes cirios, como por una voz triste que nos avisa para que no nos despeñemos.

Y al salir, lo primero que vió fué á la dama, reclinada en la pared, desencajada, respirando fuerte, con angustia. "Se ha puesto mala, y es por culpa mía„ pensó Lorenzo, precipitándose hacia la esposa de Castellá. En su aturdimiento, balbuceaba preguntas llenas de interés, ofrecimientos, ruegos, palabras de ternura. Teodora le miró, deleitándose en verle así, y dijo con languidez:

—No tengo nada; gracias, Lorenzo... Me siento muy bien, sólo que un poco débil... Llame V. un coche.

—¿Un coche?

—Sí, abierto... En la plaza de la Bolsa los hay.

Mientras el español corría á cumplir el encargo, Teodora, repentinamente serena, habiendo reaccionado ya, reflexionaba. En aquella mujer, que era un hombre de acción, las emociones estimulaban la exactitud del raciocinio. Preocupada un instante en la iglesia, al salir de ella se dejó dentro los pocos escrúpulos que en su carácter cabían. Mientras á Lorenzo le aturrullaban los fenómenos pasionales, á Teodora la ponían sobre las armas, en guardia, pronta á la lucha. Había pedido el coche, no porque ya se sintiese cansada, ni enferma, sino porque libres del cuidado de andar y aislados de la gente, se completaría la confesión de Lorenzo y quedarían acordes. Y había querido el coche abierto, porque si contaba con la fiebre de los sentidos de Lorenzo para entregárselo atado de manos y pies, por nada del mundo buscaría una soledad equívoca y sospechosa, pues comprendía que su delicadeza habían asegurado su triunfo.

¡Ah, si Lorenzo Gurrea pudiese leer de corrido en el alma de aquella mujer, que sin embargo le quería con pasión incontrastable; si viese aquel cálculo al servicio de aquel sueño... tal vez recordaría el consejo poeta místico, y pensando que *sólo el que*

huye escapa, rogaría á su padre que adelantase el viaje proyectado y que le salvase del inminente peligro! Mas su destino era otro, y á él corría como corremos á la muerte. Iba aprisa cuando tomó el coche, aprisa cuando subió á él, y más aprisa cuando bajó para ofrecer á Teodora la mano y ayudarla á entrar. Se consultaron con los ojos: Teodora los bajó, y al fin Lorenzo, recobrando la iniciativa que á su sexo pertenece, dijo al cochero:

—Al Jardín de Plantas.

Teodora no se opuso: se trataba de ir en dirección opuesta á la que habían traído y alejarse de la casa de Castellá. No eran más que las diez y media de la mañana; y la prueba de la sangre fría que conservaba la dama, es que pensó en la hora, echando cuenta de que aún podía detenerse hasta la una sin despertar extrañeza en su marido. Lorenzo, por el contrario sentíase perdido de emoción, ebrio, semi loco. La capota de la victoria, baja para evitar el sol, les permitía hablar confidencialmente sin que el cochero se enterase, y lo primero que dijo el español, á pocas rodadas del coche, fué la prevista serie de vulgaridades eternamente peligrosas.

—Teodora, ya no vale callar, porque se me ha escapado la verdad á pesar mío. La quiero á V. con toda el alma; no lo sabía; hoy me he convencido de ello. Es una desgracia muy grande; convenido; pero es verdad. Mire V.: lo he conocido cuando mi padre me anunció que quiere llevarme á España. No iré aunque me lo mandase en vez de mi padre, Dios. Perdóneme V., me expreso muy mal; estoy hecho un insensato.... y lo que le repito á V. es que no me iré á España.

—Se quedará V. aquí para casarse con Fermina, y es lo mismo —respondió Teodora comprendiendo la violencia que se hacía el mozo para no cogerla una mano, para no atraerla así por el talle.

—Tampoco. Por el alma de mi madre, no me casaré con Fermina jamás. Si teme V. eso, viva tranquila. Antes se hunde el mundo, Teodora!

VIII

Entre las singulares condiciones que había desarrollado en el general Gurrea Pinós su vida de guerrillero, contábase la de un do-

minio casi absoluto sobre el sueño y el hambre. Estas dos imperiosas exigencias del organismo las satisfacía Gurrea Pinós, cuando le era posible, con ímpetu casi brutal; sobrio por costumbre, sabía saciarse y devorar por diez; vigilante como un gallo, nadie era más capaz que él de dormir á pierna suelta, con ronquido marcial y sonoro. Pero la sospecha, la inquietud, le suprimían instantáneamente el sueño, sin que la privación de tan indispensable sedante debilitase ó sobrexcitase en lo más mínimo su sistema nervioso.

La noche que siguió á la representación de *Fedra* la pasó en vela el general. Con los ojos abiertos en la oscuridad de la alcoba, repasó y combinó los acontecimientos pasados y calculó los venideros. Juntando indicios con indicios, atando cabos sueltos y aplicando las nociones de psicología adquiridas en horas supremas, llegó á ver clara la situación. Lorenzo no estaba aún completamente *envuelto;* pero un descuido, una casualidad, bastarían para que lo estuviese. Había que irse cuanto antes, poniendo por obra el anunciado plan del viaje á España. Gurrea Pinós repasaba mentalmente los obstáculos que esta combinación podía encontrar en mil asuntos pendientes, y se proponía removerlos sin tardanza alguna, desplegando actividad febril. Lo malo era que para tal empresa necesitaba perder de vista muchas horas á su hijo. Enviarle á casa de Castellá—que parecía lo más natural—era meterle en la boca del lobo. Una idea, inspirada por sus reminiscencias de la guerra civil, se le ocurrió al bueno del general entonces. Acordóse de que cuando desconfiaba de dos oficiales, temiendo que se entendiesen para venderle, recurría á aislarlos, confiando al uno de ellos una comisión en lugar distante. Gurrea Pinós tenía, por cuenta y cargo de la casa Amblera, pendientes negociaciones con un gran fabricante de pañería de Elbœuf. Había dificultades relativas á una considerable remesa de género que Amblera se negaba á recibir por excesivo retraso, y por oposición de la tienda madrileña que hacía el pedido á admitirlo fuera de estación. Gurrea Pinós combinó instantáneamente el ardid de que mientras él arreglaba los asuntos en París, su hijo desenredase el de Elbœuf. Y resuelto firmemente este punto importantísimo, el general, á eso de las cinco, entendió que convenía dormir, y durmió como un lirón, hasta más de la ocho, contra su costumbre.

Despierto, afeitado, vestido, despachado el chocolate con bollo que le servía una criada aragonesa cincuentona y de aspecto monacal, Gurrea Pinós pensó en preguntar descuidadamente:

—¿Y el señorito Lorenzo? Si está vestido que venga aquí.

—El señorito ha salido temprano—contestó la criada con sencillez; y su respuesta hizo saltar al viejo, que desvió la taza y se puso en pie encendido y furioso.

—¿No ha dicho á dónde iba?

—No, señor... A misa ó confesión irá de seguro—contestó la sirviente, que quería mucho á Lorenzo.

—¡Qué misa ni qué... baraja francesa!—juró Gurrea, que en las ocasiones críticas tenía boca de carretero. Reprimióse en seguida al ver que Hilaria—así se llamaba la buena mujer—bajaba los ojos y se encaminaba hacia la puerta silenciosamente; y mostrando ya más dominio de sí mismo, preguntó:

—Dice V. que salió temprano... ¿A qué hora?

—A eso de las siete y cuarto.

—¿Iba bien vestido?

—Sí señor, el traje nuevo... y él hecho un espejo de limpio. Me pidió la camisa mejor planchada, por cierto. Se levantó antes de las seis.

No esperó á más Gurrea, y se dirigió al cuarto de su hijo. El espionaje no asustaba al veterano, y el registro mucho menos: ambas cosas entraban en su moral. El aspecto de la habitación no revelaba cosa alguna: Hilaria la había puesto en orden minucioso. El general abrió cajones, pero ningún papel delator encontró en ellos, pues no se habían de juzgar tales los insulsos billetes de Fermina, en que el amor apenas sabía tartamudear frases candorosas. Gurrea vió que por aquel lado no adelantaría nada, y sin pérdida de tiempo, tomando sombrero y bastón, bajó las escaleras con agilidad juvenil. Paróse ante el tugurio de la portera, interpelándola familiarmente:

—Madama Brisset—la dijo—¿sabe V. hacia dónde va mi hijo hoy? No le vi antes de que saliese...

Asomó á la puerta del cuchitril una cabeza con papalina negra y unas narices rojas como un tomate, y una boca desdentada pronunció:

—¿A dónde ha de ir, *cher Monsieur Gurriá?* Llamó un coche ahí de la parada de enfrente..., y claro: á la Avenida de los Campos Elíseos.

Zumbáronle los oídos al veterano, y una luz roja tembló delante de sus ojos. Era aquello, para él, la certeza absoluta. A hora tal, ni Fermina podía esperar á Lorenzo, ni Jacinto saber que el novio de su hermana pasaba por su puerta. ¿Qué duda quedaba? Sólo una cita de Lorenzo y Teodora explicaba la matinal excursión.

Precipitóse el general hacia la calle, é hizo seña á un coche que iba de vacío. Como el cochero torciese el gesto á la no floja carrera entre la calle Mazarine y los Campos Elíseos, el general, que era más bien cicatero que otra cosa, pero no entonces, pronunció las mágicas palabras:

—¡Aprisa y buena propina!

El coche arrancó desempedrando el arroyo, y en todo el trayecto no aflojó el paso. Al detenerse ante la verja del hotelito, Gurrea, después de pagar espléndidamente, llamó con cautelosa suavidad. Salió á abrir el portero, que era á la vez mozo de cuadra, y Gurrea, inspirado, le dijo como al descuido:

—Al señorito Lorenzo, que ya llegué; que baje.

—¿Que baje?—repitió el portero atónito.—¡Pero si no está aquí el señorito!

—¿Pues dónde? Aquí vino esta mañana.

—En efecto, pero era para salir con la señora, que le aguardaba. Iban á compras.

Gurrea quedó inmóvil. No había contado él con tan sencilla explicación de lo que á no dudarlo era cita amorosa en toda regla. Al mismo tiempo, la tranquila naturalidad de aquel pretexto le pareció que revelaba la astucia impudente de los que ya tenía por criminales. La sangre le dió un nuevo vuelco, y subió á enrojecer su frente y abultar la gruesa vena que la cruz. Su impulso era de echarlo todo á rodar, de entrar en la casa como un torbellino, arrancar la venda al esposo y batirle á Fermina las cataratas; pero su segunda naturaleza, de estratégico y de caudillo prudente, le sujetó en el jardín, y le movió á encender un cigarro, para tener tiempo de reflexionar. Paseando arriba y abajo y chupando el puro, concibió un proyecto cien veces más radical y atrevido que todos los de la noche anterior, y al afirmarse en él, tiró el habano y subió las gradas del vestíbulo, penetrando en la antesalita decorada con grandes y raros tibores japoneses verdes, de donde emergían plantas de hoja plumeada y elegante. Entró rápidamente por una puertecilla á mano derecha, que era la del despacho de Jacinto, todo revestido de cueros auténticos cordobeses y trozos de bordadas telas, recortadas de viejas casullas del siglo xv. Sobre aquel fondo oscuro, intenso, suntuoso, la cabeza del marido de Teodora resaltaba pálida y fina, sin realce ni vigor. Gurrea Pinós volvió á sentir tentaciones de darle un puñetazo, pero se contuvo; y al ver que Jacinto se levantaba del sillón y acudía deferente á preguntarle qué le llevaba tan temprano por allí, dijo con calma:

—Quería echar un párrafo con Fermina.

—¡Qué suegro tan pegajoso!—contestó riendo Jacinto.—Aguarde V., voy á decirla por el tubo acústico que baje al jardín... Me escaman estos secretos, mi general. V. se la va á pegar á su hijo, vamos... V. le sopla la novia.

Diez minutos después de esta chanza, Gurrea Pinós y su futura nuera se reunían en un cenador de cabrifollo, bignonia y clemátida, al otro extremo del jardín y en completa soledad. Gurrea atrajo á sí á la joven y á la usanza francesa la besó en la frente. Después, desviándola un poco, la interrogó:

—¿Por qué tienes los ojos hinchados?

—¡No parece sino que V. no lo sabe! ¡Porque se marcha Lorenzo, y con ese viaje que V. ha discurrido me voy á pasar la friolera de cuatro meses sin verle! Para sorpresas agradables, V.

—¡Miren la pizpireta! Ganas me dan de callarme lo que pensaba decirte...

—No, por Dios... Hable V. pronto.

—Siéntate ahí... Eso... ¿Qué opinarías tú si yo te propongo hacer el viaje conmigo... y con Lorenzo? ¿Eh? ¿Me explico?

—¿El viaje?

—El viaje; el viaje á España; el viaje á Aragón... Cabal.

—¿Y... cómo?

—¿Cómo? Comiendo... Casándote dentro de tres días... ¿lo oye V.? de tres días.

Fermina dió un grito, cogió la mano del general y la llevó á sus labios.

—Vamos, vamos, juicio y serenidad... Si te trastornas, la boda se concluyó, ¿entiendes?—Mira, hija mía, he pensado que no hay motivo ninguno para separaros ahora y reuniros después. Tú eres dueña de tu voluntad; Lorenzo... claro que por Lorenzo no habrá dificultades. A mí me conviene salir de París; á vosotros os servirá de diversión. Os casáis volando; vais á Aragón y arregláis vuestros asuntillos personalmente... después tomáis baños de mar... y en el otoño, á preparar la instalación en Bilbao.

Fermina tenía los ojos clavados en los de su futuro suegro. Una desconfianza súbita, inexplicable, la obligaba á fruncir el entrecejo y endurecía sus facciones.

—Mire V., papá—murmuró—debe V. conocer cuáles son mis deseos... pero veo en todo esto algo raro, algún misterio que me extraña y me preocupa. No soy tan lista como mi cuñada..., pero tampoco soy tan tonta que no note estos cambios, estas resoluciones de

pronto, esta modificación de lo que teníamos resuelto... No me diga V. que no pasa nada, porque no lo creeré.

Gurrea Pinós había previsto el recelo de Fermina y tomado su partido de antemano.

—Hija mía—pronunció con firmeza—¿crees que te quiero?

—Sí, señor... lo creo, estoy segura.

—¿Crees que hago las cosas por tu bien?

—¡Y tanto!

—Pues entonces vas á no preguntarme nada y á darme plenos poderes y á dejarme proceder á mi gusto... Yo te respondo de que dentro de tres ó cuatro días estás casada con Lorenzo y camino de España. Mira, todo lo bueno que hacen los hombres, lo hacen obedeciendo y callando, y mandando uno solo y sometiéndose á su voluntad los demás. Esto yo lo sé por experiencia, y ojalá pudiese ponerlo siempre en práctica, que ni habría vicios ni escándalos en el mundo. Tú di que sí á cuanto yo ordene, y basta.

—¿Y Lorenzo?—replicó la tozuda Fermina. Y Lorenzo, ¿qué opina en esta cuestión?

—Opinará lo que yo determine... ¡Pues no faltaría otra cosa!

Fermina calló, pero al cabo de un instante, pálida y sombría, alzó la cabeza y dijo:

—¡Yo creo que Lorenzo me quiere menos... ó que no me quiere!

Y el general, con voz entera, echando rayos por los ojos, sólo respondió:

—¡Pobre de él!

EMILIA PARDO BAZÁN.

(Concluirá.)

EN TORNO AL CASTICISMO

Sobre el marasmo actual de España.

Conforme he ido metiéndome en mis errabundas pesquisas en torno al casticismo, se me ha ido poniendo cada vez más en claro lo descabellado del empeño de discernir en un pueblo ó en una cultura, en formación siempre, lo nativo de lo adventicio. Es tal el arte con que el sujeto condensa en sí el ambiente, tal la madeja de acciones y reacciones y reciprocidades entre ellos, que es entrar en intrincado laberinto el pretender hallar lo característico y propio de un hombre ó de un pueblo, que no son nunca idénticos en dos sucesivos momentos de su vida.

Aun así y todo, he intentado caracterizar nuestro núcleo castizo; cómo en la mística trató la casta castellana de levantarse sobre sus caracteres diferenciales sumergiéndose en ellos, y cómo el ambiente del renacimiento levantó al maestro León á la verdadera doctrina liberadora, ahogada en el oleaje inquisitorial de concentración y aislamiento. Ahora, á ver los efectos de esta concentración y cierre de valvas nacionales.

Atraviesa la sociedad española honda crisis; hay en su seno reajustes íntimos, vivaz trasiego de elementos, hervor de descomposiciones y recombinaciones, y por de fuera un

desesperante marasmo. En esta crisis persisten y se revelan en la vieja casta los caracteres castizos, bien que en descomposición no pocos.

I

Aún persiste el viejo espíritu militante ordenancista, sólo que hoy es la vida de nuestro pueblo vida de guerrero en cuartel ó la de Don Quijote retirado con el ama y la sobrina y con la vieja biblioteca tapiada por encantamiento del sabio Frestón. De cuando en cuando nos da un arrechucho é impulsos de hacer otra salida. En coyunturas tales, se toca la trompa épica, se habla teatralmente de vengar la afrenta haciendo una que sea sonada, y pasada la calentura, queda todo ello en agua de borrajas. No falta en tales ocasiones pastor de Cristo que recomiende á los ministros que le están sometidos, que llenen «con verdadero espíritu sacerdotal los deberes de su altísimo ministerio, alentando al soldado en las guerrillas»; ni comandante general que arrase viviendas y aduares por haber tomado armas los adultos de ellos. Seguimos creyendo en nuestra *valentía* porque sí, en las energías epilépticas improvisadas, y seguimos colgando al famoso general «No importa» no pocos méritos de lord Wellington.

A este espíritu sigue acompañando, bien que algo atenuado, aquel horror al trabajo que engendra trabajos sin cuento.

Sigue rindiéndose culto á la voluntad desnuda y apreciando á las personas por la voluntariedad del arranque. Los unos adoran al tozudo y llaman constancia á la petrificación; los otros plañen la penuria de *caracteres,* entendiendo por tales hombres de una pieza. Nos gobierna, ya la voluntariedad del arranque, ya el abandono fatalista.

Con la admiración y estima á la voluntad desnuda y á los

actos de energía anárquica, perpetúase el férreo peso de la ley social externa, del bien parecer y de las mentiras convencionales, á que se doblegan, por mucho que se encabriten, los individuos que sin aquélla sienten falta de tierra en que asentar el pie. Nada, en este respecto, tan estúpido como la disciplina ordenancista de los partidos políticos. Tienen éstos sus «ilustres jefes», sus santones, que tienen que oficiar de pontifical en las ocasiones solemnes, sea ó no de su gusto el hacerlo, que descomulgan y confirman y expiden encíclicas y bulas; hay en ellos *cismas* de que resultan ortodoxias y heterodoxias; celebran concilios.

A la sobra de individualismo egoísta y excluyente acompaña falta de personalidad; la insubordinación íntima va de par con la disciplina externa; se cumple, pero no se obedece.

En esta sociedad, compuesta de camarillas que se aborrecen sin conocerse, es desconsolador el atomismo salvaje de que no se sabe salir si no es para organizarse férrea y disciplinariamente con comités, comisiones, subcomisiones, programas cuadriculados y otras zarandajas. Y como en nuestras viejas edades, acompaña á este atomismo fe en lo de arriba, en la ley externa, en el gobierno, á quien se toma ya por Dios, ya por el Demonio, las dos personas de la divinidad en que aquí cree nuestro maniqueísmo intraoficial.

Resalta y se releva más la penuria de libertad interior junto á la gran libertad exterior de que creemos disfrutar porque nadie nos la niega. Extiéndese y se dilata por toda nuesta actual sociedad española una enorme monotonía, que se resuelve en atonía, la uniformidad mate de una losa de plomo de ingente ramplonería.

II

En nuestro estado mental llevamos también la herencia de nuestro pasado, con su haber y con su debe.

No se ha corregido la tendencia disociativa; persiste vivaz el instinto de los extremos, á tal punto, que los supuestos justos medios no son sino mezcolanza de ellos. Se llama sentido conservador al pisto de revolucionarismo, de progreso ó de retroceso, con quietismo; se busca por unos la evolución pura y la pura revolución por otros, y todo por empeñarse en disociar lo asociado y formular lo informulable.

Esta tendencia disociativa de visión caleidoscópica se revela hasta en los más menudos detalles, como en lo de hacer un artículo para ensartar chistes previos, en lugar de que éstos broten orgánicamente de aquél. Y á tal tendencia disociativa van aparejadas sus consecuencias. Viste bien el construir períodos sintácticos sin sustancia alguna y alinear frases; se admira un pensamiento coherente aunque no cohiera nada, se sacrifica á la consecuencia la vida concreta del antecedente y del consiguiente, al hilo las perlas que debiera engarzar.

Una de las disociaciones más hondas y fatales es la que aquí existe entre la ciencia y el arte y los que respectivamente los cultivan. Carecen de arte, de amenidad y de gracia los hombres de ciencia, solemnes *lateros*, graves como un corcho y tomándolo todo en grave, y los *literatos* viven ayunos de cultura científica seria, cuando no desembuchan, y es lo peor, montón de conceptos de una ciencia de pega mal digerida. Se cuidan los unos de no manchar la inmaculada nitidez del austero pensamiento abstracto, y huyendo de ponerle flecos y alamares, le esquematizan que es una lástima; huyen los literatos de una sustancia que no han gustado, y todavía se arrastra

por esas cervecerías del demonio la bohemia romanticoide. Se cultiva lo ingenioso, no ya el ingenio, y se da vuelta á los cangilones en pozo seco. Se fabrica frases sangrientas para que corran de círculo en círculo, y otros se entretienen en pintar arabescos afiligranados en cayuela que se descascarilla al punto de ponerla á la intemperie. Creen muchos que se aprende á hacer dramas leyendo otros, á escribir novelas dándose atracones de ellas; que para ser literato no precisa otra cosa que lo que llaman, por exclusión, literatura. Y en el cultivo de la *ciencia* todo se vuelve centones, trabajos de segunda mano y acarreo de revistas; la incapacidad para la investigación directa va de mano con la falta de espontaneidad. Y así pasamos de latas cientificoides á fruslerías pseudo-literarias. Y aquí no puede separarse una de otra la literatura y la ciencia, porque ésta ha de venir concretada en ameno ropaje para que penetre y aquélla tiene que tener entre nosotros función docente. En el estado de nuestra cultura toda diferenciación y especialismo son fatales, hay que ser por fuerza enciclopedistas; todo el que aquí se sienta con bríos está en el deber de no encarrilar demasiado unilateralmente sus esfuerzos. Nos hallamos en punto á cultura en la situación que en punto á comercio se hallan esos lugarejos en que un mismo tenducho sirve para el despacho de los géneros más diversos entre sí.

Lo que alienta vivo y revivo es el intelectualismo de los conceptos cuadriculables y con él la ideofobia. Las ideas son las culpables de todo, de *la Sistema* con sus consecuencias todas. ¡Cuánta simpleza! Este *conceptismo* es militante y dogmático, y hasta tal punto nos corroe el dogmatismo, que le hay del anti-dogmatismo. Se malgasta y derrocha esfuerzo y tiempo en polemiqueos escolásticos y leguleyescos; la disputa es la salsa de la prensa de provincias.

Sobre todo esto se cierne la suprema disociación española, la de Don Quijote y Sancho. Este anula á aquél. ¡Qué rozagante vive el sancho-pancismo anti-especulativo y anti-utopista! ¡qué estragos hace el *sentido común,* lo más anti-filosó-

fico y anti-ideal que existe! El sentido común declara loco en una sociedad en que sólo se emplea la simple vista, la vista común, á quien mira con microscopio ó telescopio; el sentido común emplea *argumenta ad risum* para hacer ver la incongruencia de una opinión con nuestros hábitos mentales. «No, lo que es á mí no me la pegan, ni me vuelven á tomar de primo», exclama hoy Sancho, perdido lo más hermoso que tenía, su fe en Don Quijote y su esperanza en la ínsula de promisión. Si Sancho volviera á ser escudero, mejor aún que escudero de Don Quijote, criado de Alonso el Bueno, ¡cuánto no podría hacer con su sano sentido común!

Es un espectáculo deprimente el del estado mental y moral de nuestra sociedad española, sobre todo si se la estudia en su centro. Es una pobre conciencia colectiva homogénea y rasa. Pesa sobre todos nosotros una atmósfera de bochorno; debajo de una dura costra de gravedad formal se extiende una ramplonería comprimida, una enorme trivialidad y vulgachería. La desesperante monotonía achatada de Taboada y de Cilla es reflejo de la realidad ambiente, como lo era el vigoroso simplicismo de Calderón. Cuando se lee el toletole que promueve en París, por ejemplo, un acontecimiento científico ó literario, el hormiguear allí de escuelas y de doctrinas y aun de extravagancías, y volvemos en seguida mientes al colapso que nos agarrota, da honda pena.

Cada español cultivado apenas se diferencia de otro europeo culto, pero hay una enorme diferencia de cualquier cuerpo social español á otro extranjero. Y sin embargo, la sociedad lleva en sí los caracteres mismos de los miembros que la constituyen. Como á los individuos de que se forma, distingue á nuestra sociedad un enorme tiempo de reacción psíquica, es tarda en recibir una impresión, á despecho de una aparente impresionabilidad que no pasa de ser irritabilidad epidérmica, y tarda en perderla; los advenimientos son aquí tan tardos como lo son las desapariciones, en las ideas, en los hombres, en las costumbres.

No hay corrientes vivas internas en nuestra vida intelectual y moral; esto es un pantano de agua estancada, no corriente de manantial. Alguna que otra pedrada agita su superficie tan sólo, y á lo sumo revuelve el légamo del fondo y enturbia con fango el pozo. Bajo una atmósfera soporífera se extiende un páramo espiritual de una aridez que espanta. No hay frescura ni espontaneidad, no hay juventud.

III

He aquí la palabra terrible: no hay juventud. Habrá jóvenes, pero juventud falta. Y es que la Inquisición latente y el senil formalismo la tienen comprimida. En otros países europeos aparecen nuevas estrellas, errantes las más y que desaparecen tras momentánea fulguración; hay el gallito del día, el genio de la temporada; aquí ni esto: siempre los mismos perros y con los mismos collares.

Se dice que hay gérmenes vivos y fecundos por ahí, medio ocultos, pero está el suelo tan apisonado y compacto, que los brotes tiernos de los granos profundos no logran abrir la capa superficial calicostrada, no consiguen romper el hielo. Un hombre que entre nosotros conserva en edad más que madura fe, vigor y entusiasmo juveniles, sostiene que aquí los jóvenes prometen algo hasta los treinta años, en que se hacen unos badulaques. No se hacen, los hacen; caen heridos de anemia ante el brutal y férreo cuadriculado de nuestro ordenancismo y nuestra estúpida gravedad; nadie les tiende á tiempo una mirada benévola y de inteligencia. Se les quiere de otro modo que como son; á nuestro rancio espíritu de intolerancia no le entra el dejar que se desarrolle cada cual según su contenido y naturaleza.

Hace poco pedía un crítico un cuarto turno en el Español para los autores noveles y desconocidos, algo así como un teatro libre. ¡Generosa ilusión! ¿Es que se sabe distinguir el brote nuevo? Nos falta lo que Carlyle llamaba el *heroísmo* de un pueblo, el saber adivinar sus héroes. Fundan unos muchachos una revistilla, y en seguida veréis en sus planas los nombres de tanda y de cartel. En la vida intelectual, lo mismo que en el toreo, apestado también de formalismo, hay que recibir la alternativa de manos de los viejos espadas; to demás no se sale de novillero.

Junto á este desvío para con la juventud se halla un supersticioso servilismo á los ungidos. Se ha ejercido con implacable saña la tarea de achuchar y despachurrar á los retoños tiernos, sin discernir el tierno tallo de la broza en que crecía, y no se ha tocado al muérdago y á los tumores y excrecencias de las viejas encinas, ungidas é intangibles. ¡Cuántos jóvenes muertos en flor en esta sociedad que sólo ve lo hecho y recortado, ciega para lo que se está haciendo! ¡Muertos todos los que no se han alistado en alguna de las masonerías, la blanca, la negra, la gris, la roja, la azul!...

Añádase á esto que la pobreza de nuestra nación hace duro el ganarse la vida y echar raíces; el *primum vivere* ahoga al *deinde philosophari*. Los jóvenes tardan en dejar el arrimo de las faldas maternas, en separarse de la placenta familiar, y cuando lo hacen derrochan sus fuerzas más frescas en buscarse padrino que les lleve por esta sábana de hielo.

Para escapar á la eliminación, ponen en juego sus facultades todas camaleónicas hasta tomar el color gris oscuro y mate del fondo ambiente, y lo consiguen. No es adaptarse al medio adaptándoselo á la vez, activamente; es acomodarse á las circunstancias, pasivamente.

Vivimos en un país pobre, y donde no hay harina todo es mohina. La pobreza económica explica nuestra anemia mental; las fuerzas más frescas y juveniles se agotan en *establecerse*, en la lucha por el *destino*. Pocas verdades más hondas

que la de que en la jerarquía de los fenómenos sociales los económicos son los primeros principios, los elementos (1).

Y no es nuestro mal tanto la pobreza cuanto el empeño de aparentar lo que no hay. La pobreza de la olla de algo más vaca que carnero, el salpicón las más noches, los duelos y quebrantos de los sábados, y las lantejas de los viernes, no pudieron por menos que concurrrir con las noches pasadas de claro en claro en la lectura de los libros de caballerías á secar el cerebro al pobre Alonso el Bueno. Y aún corre vigente entre nosotros el aforismo del dómine Cabra de que el hambre es salud, recluta prosélitos el doctor Sangredo, y sigue asegurándose en grave que los tumores son de la fuerza de la sangre, y exceso de salud los ataques de epilepsia. Y nos recetan dieta. Y ¡mucha cuenta con decir la verdad! Al que la declare virilmente, sin ambajes ni rodeos, acúsanle los espíritus entecos y escépticos de pesimismo. Quiérese mantener la ridícula comedia de un pueblo que finge engañarse respecto á su estado.

No hay Joven España ni cosa que lo valga, ni más protesta que la refugiada en torno á las mesas de los cafés, donde se prodiga ingenio y se malgasta vigor. Y esos mismos oradores protestantes de café, briosos y repletos de vida no pocos, al verse en público se comprimen, y perlesiados y como fascinados á la mirada de la bestia colectiva, rompen en ensartar

(1) Es un punto que mereceria estudiarse el de la influencia de nuestra pobreza económica en nuestra cultura. Hace poco se lamentaba un crítico de la indiferencia con que se ha acogido en España la edición académica de las *Cantigas* del Rey Sabio. Es merecida, porque la tal edición á todo trapo y con todo *lujo* tipográfico y riqueza material no se adapta á la flaqueza de los bolsillos españoles. La misma suerte debe correr la edición monumental que de las obras de Lope hace la misma Academia. Y esto es más grave teniendo en cuenta de dónde le viene el dinero. Entre tanto, nadie emprende la publicación de algo como la *Universal Bibliothek* de Philipp Reclam, de Berlín; ¡qué obra tan meritoria seria ensanchar y dirigir con acierto la «Biblioteca Universal», á dos reales tomo!

todas las mayores vulgaridades y los cantos más rodados de la rutina pública.

Se ahoga á la juventud sin comprenderla, queriéndola grave y hecha y formal desde luego; como Dios á Faraón, se la ensordece primero, se la llama después, y al ver que no responde, se la denigra. Nuestra sociedad es la vieja y castiza familia patriarcal extendida. Vivimos en plena *presbitocracia (vetustocracia* se la ha llamado), bajo el senado de los *sachems*, sufriendo la imposición de viejos incapaces de comprender el espíritu joven y que mormojean: «no empujar muchachos», cuando no ejercen de manzanillos de los que acogen á su sombra protectora. «Ah, usted es joven todavía, tiene tiempo por delante...», es decir: «no es usted bastante *camello* todavía para poder alternar». El apabullante escalafón cerrado de antigüedad y el tapón en todo.

Los jóvenes mismos envejecen, ó más bien se avejetan en seguida, se *formalizan*, se *acamellan*, encasillan y cuadriculan, y volviéndose correctos como un corcho pueden entrar de peones en nuestro tablero de ajedrez, y si se conducen como buenos chicos ascender á alfiles.

IV

Donde no hay juventud tampoco hay verdadero espíritu de asociación que brota del desbordamiento de vida, del vigor que se sale de madre y trasvasa. Las sociedades nacen aquí osificadas y esto cuando nacen, porque la insociabilidad es uno de nuestros rasgos característicos. Dilatada á las relaciones sexuales, fomenta nuestra insociabilidad el brutalismo masculino, fuente de huraña grosería y de soeces desplantes, para acabar sometiendo á los hombres como polichinelas á caprichos é intrigüelas mujeriles.

Apena el ánimo la contemplación de los estragos de nuestra insociabilidad, de nuestro salvajismo enmascarado.

Asombra á los que vivimos sumergidos en este pantano el remolino de escuelas, sectas y agrupaciones que se hacen y deshacen en otros países, donde pululan conventículos, grupos, revistas, y donde entre fárrago de excentricidades borbota una vida potente. Aquí las gentes no se asocian sino oficialmente para dar dictámenes ó informes, publicar latas y cobrar dietas. Hay una asociación de escritores y artistas que lo mismo podría pasar por de peluqueros; es una cooperativa funeraria y de Terpsícore á la par; su oficio pagar el entierro á los que se mueren y hacer bailar á los vivos.

Es que para asociarse se precisa un principio asociante y un principio de asociación, y faltan uno y otro donde la lucha por los garbanzos produce el atomismo, y la presbitocracia el estancamiento.

Todo es aquí cerrado y estrecho, de lo que nos ofrece típico ejemplo la prensa periódica. Forman los chicos, los oficiales y los maestros de ella falange cerrada, sobre que extienden el *testudo* de sus rodelas, y nadie la rompe ni penetra en sus filas si antes no jura las ordenanzas y se viste el uniforme. Es esta prensa una verdadera balsa de agua encharcada, vive de sí misma; en cada redacción se tiene presente, no el público, sino las demás redacciones; los periodistas escriben unos para otros, no conocen al público ni creen en él. La literatura al por menor ha invadido la prensa y aun de los periodistas mismos los mejores no son sino más ó menos literatos de cosas leídas. La incapacidad indígena de ver directa é inmediatamente y en vivo el hecho vivo, el que pasa por la calle, se revela en la falta de verdaderos periodistas. A falta de otra cosa, el brillo enfático de barniz retórico ó la ingeniosidad de un batido *delicuescente*. El *reporter* es el pinche de la redacción. Estúdiese nuestra prensa periódica con sus flaquezas todas; y al verla fiel trasunto de nuestra sociedad no se puede por menos que exclamar al oir execrarla neciamente:

Arrojar la cara importa
que el espejo no hay por qué.

Espejo verdadero, espejo de nuestro achatamiento, de nuestra caza al *destino,* espejo de nuestra doblez, de nuestra rutina y ramplonería. No es más que nuestro ambiente espesado, concentrado, hecho conciencia. Sobre todo de una corrección desesperante.

¡Menos formalidad y corrección y más fundamentalidad y dirección! ¡Seriedad, y no gravedad! Y sobre todo, ¡libertad, libertad! pero la honda, no la oficial. Hace estragos el temor al ridículo y el miedo al *público,* á la bestia multifauce.

Hay un misoneísmo feroz á todo lo fresco y rozagante y razonable y vivo, y en cambio pasa lo absurdo si viene envuelto en gravedad esquemática, hacen libre carrera todos los *matoidismos* y, entre rechiflas vergonzantes, triunfan. Disértese de biología poliédrica, de patología algébrica, de fisiología esquemática, de cualquier clase de pentanomía pantanómica, hágase cualquier *peralada,* pero ¡ojo con hablar de la ley de vida de las colonias ó con poner peros á la fe en nuestro ingénito valor! ¡Cuidadito con tocar á la marina!

Pasamos, lo dijo D. Juan Valera, de lo basto á lo cursi.

Y el mal parece que se agrava y cunde; es cada día mayor la ignorancia, y la peor de todas, la que se ignora á sí misma, la de la semi-ciencia presumida. Y á todo esto, mucho denigrar la frivolidad francesa y poner por los suelos al utilísimo Larousse, fuente casi única de información de algunos de nuestros conspicuos. ¡Y gracias! porque los que los critican y zahieren no han pasado de Wanderer.

La presunción es tanta que impide se empiece por el principio, por aprender conocimientos elementales en cartillas científicas. El que quiere darse una tintura de ciencia comienza por el fin, se va á las maduras sin haber pasado por las duras, y caería en el dictado de dómine pedantón é inaguantable cualquier conferenciante que, conocedor de nuestros ilustrados públicos, empezara por exponerles el abece elemental de

una disciplina. Sirve aquí el estado de los maestros de primeras letras para tema de declamaciones retóricas, pero en el fondo se desprecia hondamente, no ya sólo al maestro, á su función; desasnar muchachos es lo último (1).

Carecemos de la rica experiencia que sacaban los castizos aventureros de nuestra edad del oro de sus correrías por Flandes, Italia, América, y otras tierras, aquellos que vertían en sus producciones el fruto de una vida agitadísima de incesante tráfago, y no sustituimos esta experiencia con otra alguna. Hay abulia para el trabajo modesto y la investigación *directa*, lenta y sosegada. Los más laboriosos se convierten en receptáculo de ciencia hecha ó en escarabajos peloteros de lo último que sale por ahí fuera.

Se disputa quién se ha enterado antes de algo, no quién lo ha comprendido mejor, lo que viste es estar á lo último, recibir de París el libro con las hojas oliendo á tinta tipográfica.

En la vida común y en el comercio corriente de las gentes la extrema pobreza de ideas nos lleva á rellenar la conversación, como de ripio, de palabrotas torpes, disfrazando así la tartamudez mental, hija de aquella pobreza; y la tosquedad de ingenio, ayuno de sustancioso nutrimento, llévanos de la mano á recrearnos en el chiste tabernario y bajamente obsceno. Persiste la propensión á la basta ordinariez que señalé cual carácter de nuestro viejo realismo castizo.

Sobre esta miseria espiritual se extiende el pólipo político y en esta anemia se congestionan los centros más ó menos parlamentarios. En una politiquilla al menudeo suplanta la ingeniosidad al saber sólido, y se hacen escaramuzas de guerrillas. La pequeñez de la política extiende su virus por todas las demás expansiones del alma nacional. Y aun el pólipo

(1) A los lamentos por el abandono en que se tiene al magisterio, contestan no pocos que no merecen más ni valen lo que cuestan. Este es un círculo vicioso y nada más, ¿cuál fué antes, la gallina ó el huevo? No se les dignifica porque se dedican á tal función pocos jóvenes de valía, y no lo hacen éstos porque no se dignifica el magisterio.

está en crisis. Los viejos partidos, amojamados en su ordenancismo de corteza, se arrastran desecados, y brota, como signo de los tiempos, el del buen tono escéptico y de la distinción *elegante*, el neo-conservatorismo diletantesco y aseñoritado con golpes plutocráticos. Por otra parte, sudan los más populares por *organizar* almas hueras de ideas, hacer formas donde no hay sustancia, cohesionar átomos incoherentes, cuando si hubiera rebullente germinación y savia de primavera brotaría de sí el organismo potente, la sustancia tomaría espontáneamente forma al brotar al ambiente.

V

Y ¿qué tiene que ver esto con lo otro, con el casticismo? Mucho; este es el desquite del viejo espíritu *histórico* nacional que reacciona contra la europeización. Es la obra de la inquisición latente. Los caracteres que en otra época pudieron darnos primacía nos tienen decaídos. La Inquisición fué un instrumento de aislamiento, de proteccionismo casticista, de excluyente individuación de la casta. Impidió que brotara aquí la riquísima floración de los países reformados donde brotaban y rebrotaban sectas y más sectas, diferenciándose en opulentísima multiformidad. Así es que levanta hoy aquí su cabeza calva y seca la vieja encina podada.

A despecho de aduanas de toda clase, fué cumpliéndose la europeización de España, siglo tras siglo, pero muy trabajosamente y muy de superficie y cáscara. En este siglo, después de la francesada tuvimos la labor interna y fecunda de nuestras contiendas civiles; llegó luego el esfuerzo del 68 al 74, y pasado él, hemos caído rendidos, en pleno colapso. En tanto reaparece

la Inquisición íntima, nunca domada, á despecho de la libertad oficial. Recobran fuerza nuestros vicios nacionales y castizos todos, la falta de lo que los ingleses llaman *sympathy*, la incapacidad de comprender y sentir al prójimo como es, y rige nuestras relaciones de bandería, de güelfos y gibelinos, aquel absurdo de *qui non est mecum, contra me est*. Vive cada uno solo entre los demás en un arenal yermo y desnudo, donde se revuelven pobres espíritus encerrados en dérmatoesqueletos anémicos.

Con el sentido del ideal se ha apagado el sentido religioso de las cosas, que acaso dormita en el fondo del pueblo. ¡Qué bien se comprimió aquel ideal religioso que desbordaba en la mística, que de las honduras del alma castiza sacaba soplo de libertad cuando la casta reventaba de vida! Aún hay hoy menos libertad íntima que en la época de nuestro *fanatismo* proverbial; definidores y familiares del Santo Oficio se escandalizarían de la barbarie de nuestros obispos de levita y censores laicos. Hacen melindres y se tapan los ojos con los dedos abiertos, gritando: ¡profanación! gentes que en su vida han sentido en el alma una chispa de fervor religioso. ¡Ah! es que en aquella edad de expansión é irradiación vivía nuestra vieja casta abierta á todos los vientos, asentando por todo el mundo sus tiendas.

Fué grande el alma castellana cuando se abrió á los cuatro vientos y se derramó por el mundo; luego cerró sus valvas y aún no hemos despertado. Mientras fué la casta fecunda no se conoció como tal en sus diferencias, su ruina empezó el día en que gritando: «mi yo, que me arrancan mi yo» se quiso encerrar en sí.

¿Está todo moribundo? No, el porvenir de la sociedad española espera dentro de nuestra sociedad histórica, en la intra-historia, en el pueblo desconocido, y no surgirá potente hasta que le despierten vientos ó ventarrones del ambiente europeo.

Eso del pueblo que calla, ora y paga es un tropo insustan-

cial para los que más le usan y pasa cual verdad inconcusa entre los que bullen en el vacío de nuestra vida *histórica* que el pueblo es atrozmente bruto é inepto.

España está por descubrir, y sólo la descubrirán españoles europeizados. Se ignora el paisaje (1), y el paisanaje y la vida toda de nuestro pueblo. Se ignora hasta la existencia de una literatura plebeya, y nadie para su atención en las coplas de ciegos, en los pliegos de cordel y en los novelones de á cuartillo de real entrega, que sirven de pasto aun á los que no saben leer y los oyen. Nadie pregunta qué libros se enmugrecen en los fogones de las alquerías y se deletrean en los corrillos de labriegos. Y mientras unos importan bizantinismos de cascarilla y otros cultivan casticismos librescos, alimenta el pueblo su fantasía con las viejas leyendas *europeas* de los ciclos bretón y carolingio, con héroes que han corrido el mundo entero, y mezcla á las hazañas de los doce Pares, de Valdovinos ó Tirante el Blanco, guapezas de José María y heroicidades de nuestras guerras civiles.

En esa muchedumbre que no ha oído hablar de nuestros literatos de cartel hay una vida difusa y rica, un alma inconciente en ese pueblo zafio al que se desprecia sin conocerle.

Cuando se afirma que en el espíritu colectivo de un pueblo, en el *Volkgeist,* hay algo más que la suma de los caracteres comunes á los espíritus individuales que le integran, lo que se afirma es que viven en él de un modo ó de otro los caracteres *todos* de *todos* sus componentes; se afirma la existencia de un nimbo colectivo, de una hondura del alma común en que viven y obran todos los sentimientos, deseos y aspiraciones que no concuerdan en forma definida, que no hay pensamiento alguno individual que no repercuta en todos los demás, aun en sus contrarios, que hay una verdadera subconciencia popular. El espíritu colectivo, si es vivo, lo es por inclusión de todo el contenido anímico de relación de cada uno de sus miembros.

(1) La inmensa mayoría de los que viven en Madrid ignoran que hay pocas capitales que tengan alrededores más hermosos.

Cuando un hombre se encierra en sí resistiendo cuanto puede al ambiente y empieza á vivir de sus recuerdos, de su *historia*, á hurgarse en exámenes introspectivos la *conciencia*, acaba ésta por hipertrofiarse sobre el fondo subconciente. Este en cambio, se enriquece y aviva á la frescura del ambiente como después de una excursión de campo volvemos á casa sin traer apenas un recuerdo definido, pero llena el alma de voces de su naturaleza íntima, despierta al contacto de la Naturaleza su madre. Y así sucede á los pueblos que en sus encerronas y aislamientos hipertrofian en su espíritu colectivo la conciencia *histórica* á expensas de la vida difusa intra-histórica-que languidece por falta de ventilación; el pensamiento *nacional*, trabajando hacia sí, acalla el rumor inarticulado de la vida que bajo él se extiende. Hay pueblos que en puro mirarse al ombligo nacional caen en sueño hipnótico y contemplan la nada.

Me siento impotente para expresar cual quisiera esta idea que flota en mi mente sin contornos definidos, renuncio á amontonar metáforas para llevar al espíritu del lector este concepto de que la vida honda y difusa de la intra-historia de un pueblo se marchita cuando las clases históricas le encierran en sí, y se vigoriza para rejuvenecer, revivir y refrescar al pueblo todo al contacto del ambiente exterior. Quisiera sugerir con toda fuerza al lector la idea de que el despertar de la vida de la muchedumbre difusa y de las regiones tiene que ir de par y enlazado con el abrir de par en par las ventanas al campo europeo para que se oree la patria. Tenemos que europeizarnos y chapuzarnos en pueblo. El pueblo, el hondo pueblo, el que vive bajo la historia es la masa común á todas las castas, es su materia protoplasmática; lo diferenciante y excluyente son las clases é instituciones históricas. Y éstas sólo se remozan zambulléndose en aquél.

¡Fe, fe en la espontaneidad propia, fe en que siempre seremos nosotros, y venga la inundación de fuera, la ducha!

VI

Es una desolación; en España el pueblo es masa electoral y contribuible. Como no se le ama, no se le estudia, y como no se le estudia, no se le conoce para amarle. El bachiller Carrasco sigue confirmando á Sancho por «uno de los más solemnes mentecatos de nuestros siglos», porque habla de testamento que no se puede *revolcar*. Ni sus costumbres, ni su lengua (1), ni sus sentimientos, ni su vida se conocen. Y, sin embargo, es hondamente castizo Pereda, no cuando urde por su cuenta y riesgo tramas con hilos de nuestros viejos clásicos y labra marquetería lingüística libresca, sino cuando explota con tino y arte la riquísima cantera del pueblo *en que vive*.

¿Que el pueblo es más tradicionalista aún que los que viven en la historia?... Es cierto, pero no al modo de éstos; su tradición es la eterna. Como su ideal es más sentido que pensado y como no toma formas y perfiles definidos y recortados, los que sólo ven lo geométrico y formulable lo confunden con las *interpretaciones* que de él se hacen.

A raíz de nuestra Gloriosa, tan castiza, dígase lo que se quiera, tan hondamente castiza, levantóse al parecer en contra de ella y en realidad para acabarla y extenderla, el pueblo de los campos, y hoy es el día en que no nos hemos explicado aún aquella oleada. Sólo vemos los programas, las fórmulas, las teorías y las doctrinas con que trataron de *explicarla* los

(1) A nuestra Real Academia, que propone para concursos temas de investigación libresca, no se le ha pasado por las mientes pedir trabajos de investigación directa é inmediata sobre la lengua del pueblo en tal ó cual región.

que aparecían á su frente. Y, sin embargo, no faltó quien dijera con vivo vislumbre de la verdad que aquello no era partido, sino comunión y que no tenía programa. ¿Cuándo se estudiará con amor aquel desbordamiento popular que trascendía de toda forma? ¡Cuántas cosas cabían en los pliegues de aquel lema: Dios, Patria y Rey! Le sucedió lo que al hervidero religioso de la Italia del siglo XIII; lo encasillaron y formularon y cristalizaron, y hoy no se ve aquel empuje profundamente laico, democrático y popular, aquella protesta contra todo mandarinato, todo intelectualismo, todo jacobinismo y todo charlamentarismo, contra todo aristocratismo y centralización unificadora. Fué un movimiento más europeo que español, un irrumpir de lo subconciente en la conciencia, de lo intra-histórico en la historia. Pero en ésta se empantanó, y al adquirir programa y forma perdió su virtud. ¿Para qué seguir escribiendo de un momento intra-histórico que sólo vemos con prejuicios históricos? Quédese para otra ocasión.

Es ya cosa de cerrar estas divagaciones deshilvanadas en que lo por decir queda mucho más que lo dicho. Era mi deseo desarrollar más por extenso la idea de que los casticismos reflexivos, concientes y definidos, los que se buscan en el pasado *histórico* ó á partir de él persisten no más que en el presente también *histórico*, no son más que instrumentos de empobrecimiento espiritual de un pueblo; que la mariposa tiene que romper el capullo que formó de su sustancia de gusano; que el cultivo de lo meramente diferencial de un individuo ó un pueblo, no subordinándolo bien á lo común á todos, al *sarcoda*, exalta un capullo de individualidad á expensas de la personalidad integral; que la miseria mental de España arranca del aislamiento en que nos puso toda una conducta cifrada en el proteccionismo inquisitorial que ahogó en su cuna la Reforma castiza é impidió la entrada á la europea; que en la intra-historia vive con la masa difusa y desdeñada el principio de

honda continuidad internacional y de cosmopolitismo, el protoplasma universal humano; que sólo abriendo las ventanas á vientos europeos, empapándonos en el ambiente continental, teniendo fe en que no perderemos nuestra personalidad al hacerlo, europeizándonos para hacer España y chapuzándonos en pueblo, regeneraremos esta estepa moral. Con el aire de fuera regenero *mi* sangre, no respirando el que exhalo. Mi deseo era desarrollar todo esto, y me encuentro al fin de la jornada con una serie de notas sueltas, especie de sarta sin cuerda, en que se apuntan muchas cosas y casi ninguna se acaba. El lector sensato pondrá el método que falta y llenará los huecos. Me temo que si lo intentara yo, volvería á perderme en digresiones, y en vez de repasar con paso firme el camino seguido, me metería en nuevas veredas, sendejas y vericuetos á derecha é izquierda, á guisa de perro que se pasea, en incesante ir y venir. Prefiero dejarlo todo en su indeterminación, y me daría por pagado si lograra sugerir *una sola idea* á *un solo* lector.

¡Ojalá una verdadera juventud, animosa y libre, rompiendo la malla que nos ahoga y la monotonía uniforme en que estamos alineados, se vuelva con amor á estudiar el pueblo que nos sustenta á todos, y abriendo el pecho y los ojos á las corrientes todas ultrapirenaicas y sin encerrrarse en capullos casticistas, jugo seco y muerto del gusano *histórico*, ni en diferenciaciones nacionales excluyentes, avive con la ducha reconfortante de los jóvenes ideales cosmopolitas el espíritu colectivo intracastizo que duerme esperando un redentor!

MIGUEL DE UNAMUNO.

LA INSURRECCIÓN DE CUBA ANTE LOS ESTADOS UNIDOS

La tradicional indiferencia de España hacia las opiniones del extranjero, no ha permitido apreciar en todo su valor é importancia la decisión del *New York Herald* al enviar á España sus representantes.

No por simple curiosidad, no tampoco por aumentar una circulación ya enorme, concibe un periódico ese propósito é incurre en los gastos que implica, ni si de cosas tan pequeñas se tratara, hubiera su conducta producido tan grande efecto en América. Sin algo más profundo y de mayores consecuencias, seguramente no se hubiera dado aquel paso. Y este algo nos es ya hoy conocido. Hace ya largos años que los insurrectos cubanos trabajan sin descanso la opinión americana: hablando ellos solos y sin que España sea nunca oída, repitiendo todos los días las mismas acusaciones, ocultando las transformaciones del régimen y gobierno de la isla de Cuba, disfrazando los verdaderos sentimientos del país cubano y de la metrópoli española, y contando con la ignorancia usual en todos los pueblos, y más notable aún en los Estados Unidos, respecto á lo que acontece en otros países, han podido, por una labor constante, introducirse en muchos de los periódicos más importantes de la gran república, hablar en los clubs, asociarse á ciertos movimientos de la opinión para ganarse con ellos voluntades que luego les ayudaran en su causa,

y cuando, por todos estos medios han creído que contaban con simpatías suficientes y con la voluntad de algunas personalidades salientes que en las decisiones del gobierno influyen, se han lanzado á la rebelión, contando, como base fundamental de sus esperanzas, con el reconocimiento de la beligerancia por los Estados Unidos, á la que sin duda alguna hubiera seguido la de las repúblicas sur-americanas. Y ha debido, en efecto, llegar á ser cuestión el acordársela, y sin duda se iban concretando aquellas corrientes de opinión que más tarde se imponen á los gobiernos, cuando el *New York Herald,* sintiendo cercana una crisis política, y apercibiéndose, con la sensibilidad propia de un orgáno tan potente de la opinión pública, de que era llegada la hora de resoluciónes importantísimas, quiso, mejor dicho, sintió la necesidad de conocer todos los datos de la cuestión, y, para ello, de oir á España (1).

Por desgracia ésta no se había apercibido de lo que en los Estados Unidos ocurría. Segura de sus intenciones y confiada en su causa, había descuidado el influir á su vez en aquella opinión pública, de suerte que sin la oportuna gestión del *Herald*, estábamos expuestos á ser condenados sin haber sido escuchados.

Pero el instinto, nacido de una gran experiencia política, haciendo sospechar de una parte á la opinión que todo aquello que los insurrectos decían ó no era exacto ó era incompleto, y la seriedad con que aquellos hombres políticos y sobre todo aquella prensa discute todas las grandes cuestiones, y seguramente no era insignificante una complicación internacional con España y quizá con Europa, les sugirieron el deseo de saber lo que pensaban los españoles que, aun guardando altivo silencio, tenían derecho á ser juzgados por sus declaraciones y no por las apasionadas denuncias de sus sospechosos adversarios.

(1) Los que conocen la obra de Mr. Brice, y en especial los capítulos sobre la formación de la opinión pública en América, apreciarán el valor de estas observaciones.

A estos sentimientos, por el *Herald* compartidos, obedeció la visita de su director Mr. Drone y de uno de sus corresponsales Mr. Aubrey Stanhope, venidos para recoger la opinión de aquellos españoles bastante caracterizados para saber la verdad y para decirla sin reservas ni atenuaciones.

Sólo así se explica la sensación causada por los cablegramas de Madrid que transmitieron aquellas opiniones, la sorpresa y el silencio de los insurrectos cuyos planes se desvanecían, el despecho mal encubierto de su prensa y las expansivas declaraciones de muchos de sus más caracterizados políticos (1). El mismo *New York Herald*, no ya con la firma de sus corresponsales que podían estar bajo la influencia de lo que en España habían escuchado, sino en su artículo editorial, resumen de las opiniones del periódico (2), declara que los informes de Madrid telegrafiados «darán por resultado rectificar »la opinión pública en los Estados Unidos y despojar á los in»sensatos alardes de americanismo que empezaban á notarse »en ciertos centros, de sus dañosas consecuencias».

Esta declaración, que por lo lacónica y precisa, revela bien á las claras la exactitud de lo que queda expuesto, viene precedida de un clarísimo y terminante resumen de los propósitos de España, en cuanto á Cuba se refiere, por el cual han aprendido los americanos, que España jamás cederá Cuba á los insurrectos, ó la venderá á los Estados Unidos; que sus gobernantes no desconocen ni las dificultades de la guerra, ni la importancia de los gastos que ha de acarrear, pero que ese mismo conocimiento del sacrificio que la espera, aquilata la energía y fortalece la voluntad que la anima de luchar hasta que la rebelión quede extinguida, sin que por eso se entibie su resolución de aplicar las reformas ya votadas, ni se disminuya su confianza en la lealtad del gobierno de los Estados Unidos.

(1) Entre otros Mr. Morton, ministro de Agricultura, y Mr. Wilson, jefe del departamento de Correos.

(2) Mayo 6: edición de París.

Y como la sinceridad con que los delegados del *New York Herald* han transmitido las palpitaciones que han percibido, y lo terminante de su lenguaje ha llevado á sus lectores la convicción de nuestra sinceridad, la impresión ha sido profunda y habrá de ser poderosa la reacción contra los insurrectos, sobre todo si los españoles, despiertos al fin á la importancia de la insurrección, y convencidos del peligro que envuelve el silencio, cuidan de patentizar, de un lado la falta de razón de los rebeldes, y de otro la política patriótica y levantada de la metrópoli para con sus Antillas. Y puesto que los insurrectos han acudido á la opinión de los Estados Unidos, ante ese mismo pueblo al cual han querido hacer juez de sus diferencias y del que solicitan como premio el reconocimiento de la beligerancia, acudiremos á acusarlos de injusticia para con su patria, de falta de sinceridad en sus alegaciones y de oscuridad sospechosa en sus propósitos, esperando recaiga sobre ellos aquella condenación final que reduce al silencio á los litigantes temerarios. Los gastos, por desgracia, los pagarán, no sólo la isla de Cuba y la Península española, sino multitud de inocentes.

En cuanto á la prueba de esa triple acusación, no hemos de buscarla en razonamientos ó en alegación propios; nos fundaremos tan sólo en las palabras, en los antecedentes y en la conducta de los insurrectos mismos.

I

Pocas veces ha sido mayor la sorpresa de un pueblo ante los primeros síntomas de una insurrección precursora de guerra civil, que la que España experimentó al recibir las noticias de la sublevación en Santiago de Cuba.

No ya por falta de antecedentes y de informes hallábase desapercibida la opinión pública; era más bien el estado de la

conciencia pública y la seguridad de que había llegado el momento, por tanto tiempo solicitado en Cuba, de regir ella misma sus destinos, lo que hacía incrédulas á las gentes y excépticos á los espíritus cuando de amenazas ó probabilidades de insurrección se les hablaba.

Asistían al Parlamento los diputados cubanos más ilustres; hallábanse en él representados los matices más avanzados de la opinión liberal cubana; habíase verificado en el partido autonomista una transformación tan completa, que rendidos á la evidencia los más recelosos peninsulares, se oían por todas partes palabras de inteligencia y se acrecentaban con las simpatías las seguridades del acuerdo; un plan radical de reformas, mal recibido y con acritud censurado en un principio, era al fin adoptado por todo el mundo mediante transformaciones, que cualquiera que sea el juicio que merezcan, más fortificaban que limitaban el principio de la autonomía. ¿Qué faltaba, pues? ¿Qué ocurría en aquellos momentos que pudiese hacer sospechar una nueva protesta armada contra España? ¿Qué resistencias quedaban por destruir? ¿Qué aspiraciones por satisfacer? Después de haber intentado la asimilación bajo todas sus fases, ¿no se llegaba, en fin, á la autonomía administrativa y á la distinción de intereses? ¿Era acaso dudoso para nadie que en la transacción aceptada entre peninsulares y antillanos, los más atendidos eran los cubanos y los más satisfechos los insulares? Si pues en algún momento parecía alejada para siempre la guerra civil é imposible la apelación á las armas, era en los comienzos de 1895, cuando todos los partidos y todas las representaciones hablaban el lenguaje de la fraternidad y de la paz.

Por eso á la sorpresa siguió la incredulidad, y á ésta el optimismo: los mismos autonomistas cubanos creyeron que la insurrección decaería por sí misma falta de base y motivo, llegando algunos espíritus generosos de los que más habían combatido por la libertad, á creer como muchos de sus predecesores en 1868, que el triunfo de sus ideas en la Península

bastaría para hacer deponer las armas á los grupos aislados de insurrectos que en mal hora las habían empuñado.

Esas esperanzas, sin embargo, no se confirmaron; la insurrección fué en aumento; la amenaza que pareció al principio vaga y poco fundada, se tornó en grave y sombría, y la agitación entre ciertos políticos de los Estados Unidos, revelando el carácter de la conspiración, ha hecho al fin apreciar á los españoles la gravedad y el significado de la insurrección cubana.

Así las cosas, el punto de mayor interés para la España entera insular y peninsular es conocer con exactitud los motivos y las razones que alegan los que se han alzado en armas en el momento en que alcanzaban por el camino legal, lo que por largo tiempo habían solicitado inútilmente por la violencia y la lucha.

Responsabilidad tan grande como la de encender la guerra civil no puede adoptarse á la ligera, ni menos justificarse, sin altísimos propósitos, imposibles de realizar por otros medios que los del acero y el fuego. Harto bien lo comprende el partido revolucionario cubano cuando en términos algo vagos, pero que dejan traslucir la necesidad de una justificación, dice «que no se ha de ensangrentar sin razón, ni sin justa espe»ranza de triunfo, el propósito, hijo del juicio y ajeno á la »venganza, que ha inspirado y unido los elementos todos *de la »sociedad de Cuba*».

Pero dejando á un lado la esperanza de triunfo, ¿cuál es esa razón suprema en que se funda tan fratricida resolución?

«Si la guerra no es producto de la discordia y satisfacción de la venganza»; «si ha de ser demostración solemne, pero terrible, de la voluntad del país»; «si no ha de terminar más que por la victoria ó el sepulcro»; «si no trae aquel espíritu que se sobrepone á las cobardías humanas en sus diferentes disfraces», y «si no viene sostenida por una fe que hace indiferente la muerte», entonces por confesión propia y palabras de sus causantes, la insurrección cubana debe merecer, más que la

indiferencia y aun el desprecio, la condenación vehemente é inapelable de todos los hombres honrados.

No somos, pues, nosotros, son los mismos insurrectos los que así plantean la cuestión: nosotros la aceptamos, pero puesto que ellos son los provocadores, á ellos incumbe la prueba. Venga ésta, y veamos si hay en su conducta algo más que «el producto de la discordia y la satisfacción de la venganza». Y puesto que al extranjero apelan y en él fian sus mejores, y bien pudieran decir sus únicas esperanzas (1), ante ese tribunal, ante la razón de los pueblos cultos acudimos al llamamiento, esperando confiados su decisión inapelable.

De aquí la importancia suprema que para el juicio de la insurrección tiene su declaración fundamental, aquel *Manifiesto del partido revolucionario cubano á Cuba* que en 25 de Marzo firmaron y publicaron en Monte-Cristi el delegado del partido revolucionario, José Martí, y el general en jefe electo por todos los miembros activos del ejército libertador, Máximo Gomez (2).

A él pertenecen las palabras antes copiadas y de él habremos de hacer el minucioso análisis que requiere de un lado el fin que nos hemos propuesto, y de otro el ser la única declaración auténtica donde se hallan formulados los verdaderos propósitos y el carácter de la insurrección.

A la verdad, basta ver su extensión y longitud para sospechar lo poco que en él se dice. Hubieran podido sus autores condensar, en unas cuantas afirmaciones, agravios positivos y quejas concretas, algo de lo que excusa en el hombre y explica en las masas la apelación á la fuerza, y seguramente en la décima parte de lo impreso en Monte-Cristi aparecería formulado cuanto pudiera ser motivo ó explicación de la guerra y cuanto interesa conocer á los americanos del Norte y á los

(1) Declaración hecha por Maceo, Martí y Gómez á un corresponsal del *New York Herald*, que penetró en el campo insurrecto.

(2) Así lo consigna el documento.

pensadores de todos los países para pronunciarse en la contienda.

Pero de eso precisamente es de lo que no se ocupa el manifiesto. Lejos de ello, después de hacer concebir la esperanza de una exposición razonada de sus quejas y aspiraciones, como llevaba á creerlo el exordio salpicado de las severas frases preinsertas, el documento, dando por admitido el supuesto, y por legítima la insurrección, se consagra exclusivamente á tranquilizar los ánimos de los que á leerlo llegen sobre las posibles complicaciones y consecuencias de la lucha, y eso en términos tan alambicados y anfibológicos, que más que razonamiento de hombres viriles, á quienes la magnitud del agravio arroja á jugar la vida propia y á comprometer la ajena, parece el tal manifiesto disquisición artificiosa enderezada á encubrir la absoluta carencia de razones.

«La guerra no es la tentativa caprichosa de una independencia más temible que útil», dice en uno de sus primeros párrafos, «sino el producto disciplinado de la reunión de hombres enteros que en el reposo de la experiencia se han decidido á encarar otra vez los peligros que conocen, y de la congregación cordial de los cubanos de más diverso origen, convencidos de que en la conquista de la libertad se adquieren mejor que en el abyecto abatimiento las virtudes necesarias para mantenerla (1)».

¿Qué es lo que esto quiere decir? No hay glosa ó comentario suficiente para aclararlo, sobre todo, teniendo en cuenta lo que añade del manifiesto. «La guerra, dice, no es contra el español. No es tampoco una sacudida semejante á las que llenan la historia de las Repúblicas *feudales* y *teóricas* de la his-

(1) Hemos reproducido literalmente el párrafo, como reproduciremos otros, para que juzguen por sí mismos nuestros lectores de un documento que, si en el fondo carece de pensamiento y de trabazón, en la forma difícilmente puede considerarse como producto de la lengua castellana, pues aun cuando nos resignemos á ignorar las causas políticas de la insurrección contra la patria, no podemos conformarnos á esta otra insensata y sistemática sublevación contra la sintaxis española.

pano-América. Aquellos trastornos vinieron del error de ajustar á moldes extranjeros de dogma incierto ó mera relación á su lugar de origen, la realidad ingenua de los países que conocían sólo de las libertades el ansia que las conquista y la soberanía que se gana con pelear por ellas.»

Nada, pues, de comparaciones peligrosas, ni de temores nacidos del triste ejemplo por las repúblicas hispano-americanas ofrecido y que desde las mismas playas de Cuba se percibe (1): por más que seamos de igual raza, y por más que Cuba esté aún peor dispuesta, la historia habrá de desmentirse esta vez por las clarísimas y convincentes razones alegadas.

Descartado así este peligro, hay que desechar otro no menos grave, aunque igualmente quimérico. «De otro temor quisiera acaso valerse hoy, so pretexto de prudencia, la cobardía: el temor insensato y jamás en Cuba justificado, á la raza negra... La novedad y aspereza de las relaciones sociales consiguientes á la mudanza súbita del hombre ajeno en propio, son menores que la sincera estimación del cubano blanco, por el alma igual, la afanosa cultura, el fervor del hombre libre, el amable carácter de su compatriota negro. Y si á la raza le naciesen demagogos inmundos, ó almas ávidas cuya impaciencia propia azuzase la de su color, ó en quien se convirtiera en injusticia con los demás la piedad por los suyos, con su agradecimiento y su cordura, y su amor á la patria, con su convicción de la necesidad de desautorizar por la prueba patente de la inteligencia y la virtud del cubano negro, la opinión que aún reina de su incapacidad para ellas, y con la posesión de todo lo real del derecho humano, y el consuelo y fuerza de la estimación de cuanto en los cubanos blancos hay de justo y generoso, la misma raza extirparía en Cuba el peligro negro, sin que tuviera que alzarse á él una sola mano blanca.»

---

(1) Los autores del manifiesto recordaban sin duda, á pesar suyo, la carta de Heredia al general Tacón.

Tal vez la demostración, aun si fuera entendida, no convencerá á nadie, pero sus autores, después de conjurar así esos dos grandes peligros, encuentran natural que no sólo los cubanos, de quienes se habla poco en el manifiesto, sino los españoles residentes en Cuba y los que de familias españolas descienden, se apresuren á tender la mano á los insurrectos, á saludarles cariñosamente y hasta á ayudarles en su parricida intento. ¿Por qué no lo harían después de todo? Nada se les ofrece, ni nada se les dice acerca de las ventajas que esto habría de reportarles; pero en cambio se les perdona la vida y se les ofrece el perdón y el olvido de lo pasado.

«¿Qué suerte elegirán los españoles: la guerra sin tregua, confesa ó disimulada, que amenaza y perturba las relaciones siempre inquietas y violentas del país, ó la paz definitiva, que jamás se conseguirá en Cuba sino con la independencia? ¿Enconarán y ensangrentarán los españoles arraigados en Cuba la guerra en que pueden quedar vencidos? La revolución emplea sin miedo este lenguaje, porque el decreto de emancipar de una vez á Cuba de la ineptitud y corrupción irremediables del gobierno de España, y abrirla franca para todos los hombres al Mundo Nuevo, es tan terminante como la voluntad de mirar como á cubanos, sin tibio corazón, ni amarga memoria á los españoles que por su pasión de libertad ayuden á conquistarla en Cuba, y á los que con su respeto á la guerra de hoy rescaten la sangre que en la de ayer manó á sus golpes, del pecho de sus hijos.»

Todo esto supone una garantía, una organización, un gobierno capaz de dar estabilidad á un país destrozado por la guerra civil, desmoralizado por el ejemplo de las repúblicas hispano-americanas y amenazado por el predominio de la raza de color, y á tranquilizar á los cubanos sobre tan vital asunto endereza el manifiesto las siguientes enigmáticas declaraciones, cuya calculada oscuridad se explica sobradamente por lo difícil de exponer claramente su propósito:

«En las formas que se dé la revolución, conocedora de sus

intereses, no hallará sin duda pretexto de reproche la vigilante cobardía, que en los errores formales del país naciente, ó en su poca suma visible de república, pudiese procurar razón con que negarla la sangre que le adeuda...»

.....

«En la guerra inicial se ha de hallar el país maneras tales de gobierno que á un tiempo satisfagan la inteligencia madura y supicaz de sus hijos cultos, y las condiciones requeridas para la ayuda y respeto de los demás pueblos, y permitan, en vez de entrabar, el desarrollo pleno y término rápido de la guerra fatalmente necesaria á la felicidad pública. Desde sus raíces se ha de constituir la patria con formas viables y de sí propia nacidas, de modo que un gobierno sin realidad ni sanción no la conduzca á las parcialidades ó á la tiranía...»

.....

«Sin atentar con desordenado concepto de su deber al uso de las facultades integras de constitución... sólo es lícito al partido revolucionario cubano declarar su fe en que la revolución ha de hallar formas que le aseguren en la unidad y vigor indispensables á una guerra culta, el entusiasmo de los cubanos, la confianza de los españoles y la amistad del mundo... Ella se regirá de modo que la guerra pujante y capaz dé pronto casa firme á la nueva república.»

Lo cual ó nada significa ó proclama la dictadura militar y la absoluta supremacía del grupo que dirige la guerra y en su provecho la enciende, clave y explicación de la insurrección actual y que explica el por qué el manifiesto guarda absoluto silencio sobre los motivos que para ella tienen sus autores y se esparce y extiende sobre los peligros que pudiera traer la victoria y que sólo la dictadura puede conjurar.

Pero ¿confiar en el país, darle ú ofrecerle los medios de constituirse?, eso no lo juzgan necesario los autores del manifiesto, que se declaran á sí propios jefes del partido revolucionario cubano, deciden de los destinos de los mismos que

llaman al combate, y para explicar su silencio sobre el punto más esencial que contener debiera y que en vano buscamos con empeño, concluyen su manifiesto diciendo desdeñosamente: «A la revolución (no á ellos) cumplirá mañana el deber de explicar de nuevo al país y á las naciones las causas locales y de idea é interés universal con que para el adelanto y servicio de la humanidad reanuda el pueblo emancipador de Yara y de Guaimaro una guerra digna del respeto de sus enemigos y el apoyo de los pueblos, por el rígido concepto del derecho del hombre y su aborrecimiento de la venganza estéril y de la devastación inútil.»

Tal es el documento con que se inicia una guerra, tales las razones con que se pretende arrastrar á la lucha y á la ruina á millares de hombres, tales las falacias sibilíticas con que se solicita la benevolencia del pueblo americano.

Hubieran hecho mejor sus autores é inspiradores en imitar la conducta de aquellos insurrectos de las colonias inglesas que á fines del siglo pasado, antes de empuñar las armas, acudieron en queja ante Jorge III y ante el Parlamento, pidiéndole justicia y solicitando con insistencia remedio legal á los errores de la administración patria. Aquellos nobilísimos caracteres, á cuyo frente iba Franklin, formularon concreto capítulo de cargos, pidieron remedio y justicia, y sólo cuando después de larga solicitud y de porfiada gestión les fueron denegados, su legítima defensa les obligó á pedir á las armas lo que les rehusaban la ceguedad y la torpeza de sus gobernantes. ¿Por qué no imitan aquel noble ejemplo? Si quejas tienen de la madre patria, ¿por qué no las alegan? ¿Por qué, al menos, no se las dicen á esos mismos americanos de quienes demandan apoyo? Y ¿por qué eligen para sublevarse precisamente el momento en que se transforma toda la organización política de la isla, con el aplauso y satisfacción unánime de los representantes cubanos?

Quizá en esa coincidencia está la explicación del singular documento que analizamos. Esa transformación del país cu-

bano es la condenación de los que sólo creían en la fuerza, y el triunfo de los que han fiado á la madre patria la satisfacción de sus quejas y el remedio de sus males. Hubieran dicho la verdad y les hubiera sido imposible hacer un llamamiento á las armas. Lo que realmente les impulsa, eso no pueden decirlo. Por eso callan, porque no pueden hablar: no razonan porque no tienen base para ello: lo confuso de su sintaxis responde, más que á la perturbación de su espíritu, al deseo de ocultar los verdaderos propósitos que los arrastra á su maldecida empresa.

La historia tal vez no registre documento semejante, que haya servido para proclamar una guerra civil, porque la historia tampoco registra una insurrección más á deshora traída y más sin razón iniciada.

II

La carencia de un programa determinado y fijo y la ausencia de una afirmación concreta, que sirva de pretexto á la insurrección, despoja á las proclamas de guerra firmadas por Antonio Maceo y Máximo Gómez, al desembarcar en Cuba, de todo carácter y sentido. El primero, al llamar al país á las armas, les dice que «las falsas promesas de libertad con que os sedujo el general Martínez Campos, os llevaron á los cadalsos españoles, á deportaciones infames y á prisiones inmundas (1)».

¿Cabe mayor sarcasmo? ¿Pueden alegarse como razones hechos que no han existido? Ni una sola ejecución por delitos políticos se ha llevado á cabo después de la paz del Zanjón.

(1) Publicado en *El Porvenir*, periódico semanal que ve la luz en Nueva York, núm. 270, del lunes 6 de Mayo.

Apenas si se han incoado procesos de esta índole: lejos de eso, las garantías de la Constitución, «cuyo valer y eficacia han puesto de manifiesto los mismos separatistas con las exageraciones de su desconsiderada propaganda» (1), han sido el estado moral y legal de Cuba.

Tampoco Máximo Gómez es más explícito ó más exacto. Su bandera es la guerra por la guerra, sus razones reivindicar la independencia del país, sus quejas no tener en sus manos el gobierno (2).

Ante tales asertos, los hombres que dirigen el partido autonomista, y que durante diez y seis años han combatito por la libertad bajo todas las formas legales, como anteriormente lo habían hecho en los campos durante la primera insurrección, los que habían aceptado lealmente la paz del Zanjón, salieron á su encuentro, y firmando con sus nombres, viviente garantía de la exactitud de cuanto dicen, contestaron al insensato manifiesto de la insurrección. Su silencio la hubiera sin duda autorizado, y por eso aquellos hombres leales y convencidos, entre los cuales están los representantes de la opinión liberal más avanzada, los diputados y senadores recién llegados de la Península, nombres como los de Fernández de Castro, Giberga, Montoro, Cueto, Terry, declararon en un MANIFIESTO DIRIGIDO AL PUEBLO DE CUBA, que «en medio de una atmósfera de benevolencia y de concordia que ellos no habían encontrado jamás en la metrópoli, se había creado un nuevo régimen de gobierno sobre las bases de la libertad y de la iniciativa colonial que ellos habían aceptado, y del que esperaban singulares beneficios que la guerra amenazaba y que la insurrección destruía en su mismo germen».

---

(1) Manifiesto del partido español autonomista, 4 de Abril de 1895.

(2) Publicado en el *World* del 19 de Mayo.—Un telegrama de Nueva York enviado á París el 20 de Mayo, anuncia una respuesta de Martí y de Maceo á las entrevistas publicadas en el *New Yerk Herald*, pero á la fecha en que terminamos este artículo no ha llegado aún á nuestras manos.

Y tratándose de conocer la opinión del país cubano que los insurrectos se apropian, ¿quiénes más autorizados que los firmantes de ese manifiesto? Ellos saben lo que España ha hecho, y ante las injustas acusaciones que el odio inventa elocuentemente, enumeran las reformas y progresos que la Isla ha recibido, «la abolición de la esclavitud y del patronato, la promulgación de la ley fundamental del Estado, las libertades de imprenta, reunión, asociación, enseñanza y cultos, en el mismo grado y con las mismas garantías que en la Metrópoli; el juicio oral y público; el matrimonio y el registro civiles; toda la moderna legislación civil y penal de la madre patria, punto importantísimo para un pueblo que hasta ayer vivió bajo leyes anteriores á nuestro siglo; la supresión del derecho diferencial de bandera y los de exportación; la rebaja de más de un 35 por 100 de los presupuestos que nos legó la guerra; la aceptación, ya pública y oficial por todos los partidos, de una gran parte de nuestro programa económico, y el abandono del estéril principio de la mal llamada asimilación por los de especialidad, y descentralización, cuyo desarrollo normal debe conducir lógicamente á la completa realización de nuestro programa».

¿Qué extraño es, pues, que al acabar esta brillante enumeración exclamen con profunda amargura, «en vista de las mejoras y progresos que el país espera racionalmente como coronamiento de esta importante conquista, esos pretensos regeneradores, ¿qué pueden ofrecernos? Los horrores de la guerra civil, la lucha armada entre los mismos hijos del país, que acaso en no lejanos días adquiera siniestros caracteres; en lontananza, una más completa ruina y un retroceso fatal en el camino de la civilización».

Después de estas declaraciones, ¿quién se atreverá á acusar á España? ¿Quién á hablar de tiranía, ni de abusos, ni de violencias? ¿Quién puede invocar frialdad siquiera en el cumplimiento de los compromisos del Zanjón contraídos por aquel hombre de quien el mismo manifiesto llama el pacificador

á cuyas aspiraciones se debió en 1878 el restablecimiento de la paz y del régimen representativo juntamente»; cuando los que en Cuba han vivido, los que allí han combatido constantemente, los que no han emigrado, declaran ante el país y escriben bajo su firma lo que de transcribir acabamos?

Naturalmente ese manifiesto exigía contestación, y *El Porvenir* de Nueva York, en un suplemento al número 267, se la da en 15 de Abril. Pero valiera más para su causa que no lo hubiera intentado, porque ni leerse merece documento que no autoriza una sola firma y que no afianza un solo nombre, á pesar de que se imprime para contestar á lo que garantizan una pléyade de hombres ilustres de quienes todo lo que se dice, en son de censura, es que han impedido constantemente el llamamiento á la fuerza. En cuanto á sus asertos, en cuanto á su juicio de la política española, en cuanto á los hechos alegados y á las reformas enumeradas, ni una palabra; decimos mal; hay una alegación preciosa, de valor inestimable por publicarse en el órgano oficial de la insurrección, y que por sí sola basta para condenar el movimiento insurreccional y descubrir la sinrazón de sus iniciadores.

«El plan Maura, dice, era un gran paso, porque reconocía la personalidad de la colonia con la Diputación única. ¿Qué ha quedado de eso? ¿Qué de su espíritu regenerador, único que podía evitar la guerra?» Pero si lo primero es cierto, decimos á su vez nosotros: ¿qué queda de la insurrección y de sus rencorosos enconos? ¿Se pretende acaso que las modificaciones introducidas en ese plan han desvirtuado su espíritu? Pues merecía la pena de probarlo, porque nadie lo ha dicho ni pensado; ni su autor, que formaba parte del gobierno, ni los partidos antillanos y peninsulares que las aprobaron, ni los reformistas, ni aun los mismos autonomistas que las recibieron con reconocimiento. E hicieron bien, porque dado el principio del *home rule,* las modificaciones introducidas en el proyecto, lejos de amenguar, han aumentado las fuerzas representativas del país que van á formar el Consejo colo-

nial (1). Y aun cuando otra cosa fuera, ¿justificaría eso una guerra civil? ¿Cabe, ni es lícito dudar, que un Gobierno y un Parlamento que han hecho voluntaria y sinceramente esa reforma, habrían de negarse á cualquiera modificación necesaria para completar su pensamiento? No, eso no lo creen los insurrectos, y porque no lo creen no lo dicen, dejando por eso sin contestar la varonil acusación que los autonomistas fulminaran contra ellos.

Esperaba, sin embargo, á los factores de la insurrección un momento aún más crítico. Creían ya satisfechas ú olvidadas las exigencias de la polémica y fiaban sus esperanzas de una parte al silencio y de otra á la rica fantasía, que, inventando todos los días noticias de sensación del teatro de la guerra, completara la obra de sus declamaciones contra España, cuando la iniciativa del *New York Herald* les sorprendió profundamente haciendo oir al pueblo americano, en el momento que menos lo esperaban, las ideas, los propósitos y las declaraciones de los hombres de Estado peninsulares. El movimiento de sorpresa y de estupefacción entre los jefes de la insurrección fué tan grande, que, á pesar, dice el *New York Herald*, de lo fácil que tienen la palabra y de lo frecuente que es en ellos el hablar extensamente de asuntos que tanto les interesan, un repentino silencio se apoderó de la plana mayor de la insurrección. Benjamín Guerra, el tesorero de la junta revolucionaria en Nueva York, González de Quesada, el secretario de la misma, y Carlos Céspedes, el hijo del antiguo presidente y el hombre á la moda en los círculos insurrectos, preguntados y solicitados al ser conocidos los cablegramas de Madrid, se excusaron cortésmente de responder, alegando que no habían tenido tiempo bastante para apreciarlos.

Sólo Ponce de León, uno de los miembros de la colonia, murmuró las siguientes palabras, confirmación más que res-

(1) *El Problema colonial contemporáneo.*—Conferencias dadas en el Ateneo. Tomo II; Resumen.

puesta de los asertos peninsulares: «España tiene el mayor interés en conservar buenas relaciones con los Estados Unidos: aquí obtuvo grandes cantidades de armas y de municiones y treinta cañoneros durante la última revolución, y aquí está ahora comprando también municiones. Tiempo hay para ver si España cederá ó no en la lucha, porque ahora encuentra dificultades que antes nunca tuvo, toda vez que el sentimiento popular está en contra suya como no lo estuvo en 1868. Los españoles de Cuba sostenían entonces á España; ahora la rechazan: en la última revolución, los cubanos lucharon por un principio; ahora se baten, no sólo por un principio, sino también para evitar su ruina (1).»

Pero pasan los días, la opinión pública reclama, el pueblo americano, práctico y reflexivo, muestra sorpresa precursora de disgusto ante el silencio de los cubanos; contrástase lo que han dicho los peninsulares y transmitido *El Heraldo* con las afirmaciones de los insurrectos; vese patente la falta de verdad de sus asertos, y ante este concierto de recriminaciones, forzoso les es contestar algo; y ¿cuál es la respuesta?

Toda ella se reduce á lo siguiente, que los periódicos separatistas, el *World*, el *Morning Advertisser* y el *Recorder*, publican bajo la responsabilidad de Guerra y de Quesada. «No hay que atender á las expresiones de los hombres políticos reproducidas por *El Heraldo*, sino á las baladronadas de la prensa peninsular que habla de enviar 50.000 hombres á Cuba. ¿Dónde tiene España el dinero para eso? Tampoco es cierto que haya una guerra de razas: Gómez, es un blanco; Masó, un cubano distinguido; Portuondo y Rodríguez, de las mejores familias; Montejo y Castillo, de sangre azul; Pérez, tan blanco como

(1) Hemos copiado estas palabras, porque aun siendo tan frecuente en los revolucionarios, y sobre todo en los emigrados, equivocarse profundamente al juzgar hombres, cosas y sucesos de los que viven alejados, el desconocimiento absoluto de la realidad que encierran las palabras reproducidas excede á lo que en estas materias estamos acostumbrados á ver.

Castelar; Varona y Guerra, apellidos ilustres en la Habana. ¿Qué importa, pues, si Moncada es negro y Masó mulato? Martí, el general en jefe, procede de sangre española, y Miró ha nacido en Cataluña. ¿Qué significa, pues, hablar de razas cuando Martínez Campos, según se dice, tiene sangre de negro? (Esto ya raya en lo cómico.) El partido revolucionario tiene preparada una declaración al mundo entero y especialmente al pueblo americano (1). Entre tanto, nosotros delaramos que jamás hemos engañado á España; que nuestro objeto ha sido siempre proclamar la República. Si el Sr. Cánovas del Castillo habla hoy de reformas, será porque nos confunda con los autonomistas. Nosotros siempre hemos pedido otra cosa. Por otra parte, estas reformas no son más que aparentes: eran buenas; pero han sido podadas en su parte más esencial. La diplomacia y el gobierno español no dicen más que inexactitudes, y el pueblo americano no puede dejarse engañar por estas adulaciones momentáneas. Si se nos dice que nosotros no tenemos motivo ni razón para la revolución, contestaremos que nuestra inspiración es la misma que la que llevó á América á la guerra en 1776.»

A lo cual añade el Sr. Céspedes que las reformas no son más que una tiranía disfrazada, y que no hay oro bastante en España para comprar á los jefes insurrectos.

Y para complemento de esta serie de declaraciones, en buen hora provocadas y en mejor momento dadas á luz, el Sr. Quesada reproduce el manifiesto de Monte-Cristi por nosotros ampliamente extractado, pero cuya traducción ha debido parecer tan difícil y su contenido tan poco inteligible á hombres acostumbrados á la claridad del pensamiento y de la frase, que de él dan cuenta con laconismo extraordinario, limitándose á hacer constar que los insurrectos ofrecen en él á los españoles de Cuba paz, amistad y concordia.

Juzgados están, pues, los autores de la guerra, manifiestas

(1) Lo lógico era haberla publicado antes.

sus intenciones, claros sus propósitos: trataban de encubrirlos bajo declamaciones vacías ó calculados silencios, pero llamados á juicio, su táctica ha quedado al descubierto: citados ante el tribunal de la opinión americana por un periódico de gran circulación, no han probado sus asertos, dejando ver en la repetida insistencia con que esperan, el triunfo del cansancio de España, que lo que persiguen no es una idea, sino una conveniencia, y que su móvil no es el interés de la patria, sino la satisfacción de sus pasiones. Habían tratado de presentar á la faz del mundo una España convencional y pintada á su capricho: España ha hablado, y sus acusadores, en vez de sostener sus cargos, dejan incontestados los que les hacen los autonomistas cubanos, descubren sus verdaderos móviles, y á nuestra acusación contestan con el reto pueril de quien no tiene la fuerza de la convicción, ni aun la convicción de la fuerza.

Que el juicio de los hombres y de las naciones decida, pues, la contienda.

IV

Pudiéramos aquí dar por terminado este trabajo, diciendo que la insurrección de Cuba «no es más que una algarada, en que no se sabe siquiera lo que en realidad se pretende, pues ha tenido *vivas* para todas las causas y bandera para todas las rebeldías (1)», si no entendiéramos que entre esa serie de vagas declamaciones y de asertos más ó menos caprichosos hay algo que pudiera tener valor ante testigos extraños.

No le arredra el discutir á quien se siente sobrado de ra-

(1) Manifiesto del partido autonomista.

zones, ni rehuye penetrar en el fondo más recóndito quien está cierto de encontrar allí nuevos argumentos para destruir afirmaciones que, á dejarse correr indiferentes, podrían obtener el asentimiento por los que no están obligados á conocer la realidad.

Afirman los insurrectos en su manifiesto que *á su lado se halla la sociedad entera de Cuba*. Mal lo prueba, sin embargo, aquel empeño con que en su manifiesto van llamando, unos tras otros, á los cubanos que aman la libertad, á los españoles que residen en la Isla y á los hijos de los españoles que han labrado allí su fortuna; porque, descontados estos elementos, ¿qué es lo que queda de esa llamada sociedad cubana? De los antiguos nombres que pelearon en 1868 ó de aquellos otros que dirigieron el movimiento liberal, ya en la prensa, ya en la delegación que á España vino en 1866, ni uno solo figura en las filas de los insurrectos, cosa en extremo lógica, porque las ideas que aquellos hombres representaron, la abolición de la esclavitud, la separación de los intereses coloniales, el gobierno por la misma Isla, están ya escritas en las leyes, han pasado á la práctica ó están sometidas á la crítica de la experiencia. En cambio, del lado de los que pelean por España y de los que á la insurrección se oponen, están aquellos que representan los elementos liberales, la ciencia, la palabra, la literatura, el capital, las fuerzas todas prestigiosas y vivas del país cubano (1). ¿Qué queda, pues, á la insurrección? ¿Qué sociedad cubana es esa que alega tener de su parte? Una sociedad la componen, en último extremo, sus fuerzas vitales, el talento, la experiencia, la iniciativa, la palabra, la pluma, la prensa, el capital y la tradición; y nada de esto, pero absolutamente nada, tiene la insurrección.

(1) En cambio, todos los aventureros de las diferentes porciones de tierra que forman el seno mejicano han acudido á la lucha y al desbordamiento. Máximo Gómez es un dominicano, Quesada de Costa Rica, los Maceos no tienen patria, Moncada es un negro, y de los cabecillas que ostentan nombres españoles, sólo dos son peninsulares.

Y sino ¿por qué no escriben sus nombres al pie de sus manifiestos? Tiene, sí, una cosa: la masa, esa masa inerte que sufre y que por su propio sufrimiento se halla dispuesta á acoger cualquier remedio, esa masa que cree en el curandero, en el utopista y en el taumaturgo y que, esparcida en los campos é imposibilitada de defenderse, tiene que hacer causa común con el rebelde ó con el bandido, es decir, con todo el que tiene la fuerza y la osadía, y la obliga á seguirle, y la arrastra á pesar suyo, hasta que, arruinada ó comprometida, se ve forzada para no perecer, á declararse insurrecta.

Tienen, además, ellos lo han dicho: al negro. Pero los que le conocen saben perfectamente lo que significa su participación en la lucha armada. Por regla general, el negro es tan humilde y siente de tal suerte la superioridad de la raza blanca, que, lejos de prestarse á combatirla, la rinde espontáneamente testimonio de obediencia. Buena prueba de ello dieron aquellos esclavos que durante la guerra anterior, arrancados de los ingenios, volvían á ellos y á su antigua dependencia tan pronto como les era posible escapar de manos de los insurrectos. Y los que no tienen esta cualidad y pertenecen á este grupo, los negros que el lenguaje del país llama *ladinos,* esos, están llamados á ser el peligro y el azote de los mismos insurrectos, y los que un día, si su triunfo fuera posible, se encargarían de vengar en ellos todos los crímenes que contra la patria española están cometiendo. Harto bien lo presienten los autores del manifiesto en el singular empeño con que pretenden convencer á las gentes de lo quimérico de ese peligro.

Y si no es cierto que tengan de su parte los elementos sociales de Cuba, tampoco es cierto, como con aparente naturalidad afirman, *que esta guerra es la continuación de la antigua.* Mayor falsedad sería imposible decir. La guerra de 1868 tuvo causas tan distintas, nació de motivos tan diversos, que toda comparación es imposible. Aquella guerra y los que la proclamaron se dirigían contra el régimen colonial, y de ese ré-

gimen apenas quedan vestigios. La esclavitud ha sido abolida, el poder discrecional de las autoridades ha sido sustituido por una legislación completísima, la misma que rige en la Península, y que ha sido sucesivamente aplicada á las Antillas: las cuestiones civiles se deciden por los tribunales, y éstos, no sólo sentencian en lo criminal con arreglo á un Código penal, sino que hasta han sido acusados de lenidad para con los reos de separatismo. Diputados elegidos con arreglo á un censo que satisface aun á los más liberales, se sientan desde hace años en el Parlamento español, sin que nadie haya puesto en duda que representan cumplida y ampliamente los tres matices de la política cubana, el constitucional, el reformista y el autonomista, y si fuera necesario evidenciarlo, los mismos insurrectos suministrarían la prueba al afirmar que ellos mismos y hasta ahora habían pertenecido al partido autonomista.

¿Cómo, pues, ha de decirse que la actual insurrección es continuación de la de 1868? Los años son continuación de los años en la cronología; pero en la vida humana, los sucesos, en tanto pueden considerarse enlazados entre sí, en cuanto subsisten ó se reproducen las causas y las condiciones en que se verifican. Cuba en 1895, no sólo no tiene nada de común con lo que era Cuba política, social y administrativamente en 1868, sino que, en contraste con todo lo anterior, se prepara, á pesar de la insurrección, á iniciar su gobierno por sí propia.

Y ¡silencio significativo! En esta larga discusión los que trabajan por sorprender la opinión americana callan cuidadosamente la conducta de la metrópoli en estos años pasados. Al oirlos y leer ciertas frases estereotipadas que aparecen siempre en sus declaraciones, se creería que en Cuba continúa todo como estaba antes de 1868, aparentando ignorar que la abolición de esclavitud hecha por iniciativa y voluntad de la metrópoli, ha verificado una transformación completa en la vida de la Grande Antilla; que tras de esta abolición ha venido la consagración de la libertad política en la

prensa, en el derecho de reunión, en la asociación sin trabas, en la publicación del pensamiento; que estas conquistas están sancionadas por las mismas leyes civiles y penales que tiene la Península, de suerte que si algún defecto puede ponérseles, ese mismo es común á la madre patria, y por tanto los que lo invoquen como base de agravio especial carecen de razón para hacerlo. Quéjense, pues, si gustan de la civilización latina en general, dentro de la cual viven y se agitan; pero no achaquen á falta del gobierno de España lo que es cualidad de nuestra raza y característico de nuestro modo de ser. Si algo se ha de censurar es la excesiva libertad de la prensa; si de algo se ha acusado al gobierno nacional con fundamento es de no hacer aplicar las leyes con rigor para contener á esos mismos que tan abiertamente se quejan y que quieren atribuir á la manera de gobernar lo que es consecuencia de su falta personal de energías y de sinceridad para el desenvolvimiento de los principios liberales y de la vida constitucional.

Y si de todo eso nada formal y serio queda, ¿qué valen los cacareados abusos de algunos empleados ó la supuesta corrupción de la administración de aduanas? ¿Qué efecto puede hacer esta acusación en los pueblos americanos, ya del Norte, ya del Sur, donde todos los días denuncia la prensa colosales abusos y corrupciones gigantescas dirigidas por los monopolistas, y que salpican, según su prensa, hasta los mismos representantes del país en las Cámaras federales? Aun dando á esa censura todo su alcance, el abuso ¿no es de todos los tiempos? ¿No se ha reducido acaso, en los actuales en proporciones y en carácter? Sin contar, que antes todo quedaba en el silencio y ahora cualquier falta se pregona y grita en los tonos más agudos, con lo cual parece cosa moderna ó de mayores dimensiones lo que es vicio antiguo y ya hoy reducido á menor tamaño.

Quizá por esa falta de argumentos y de razones dejan de cuando en cuando los insurrectos sonar palabras y aparecer conceptos que pueden extraviar la opinión. Aguna vez dicen,

como la junta de Nueva York, que lo que buscan es la República, y lo que imitan es la conducta de los americanos en 1778.

Pero si lo que buscan es el establecimiento de la República en Cuba, entonces huelgan y son ociosos todos los cargos que que se hacen á la administración española, porque el cambio de forma de gobierno en ninguna parte del mundo, ni ante ninguna crítica, remedia la clase de daños que se alegan. No los los ha remediado en Francia; no los ha evitado en los Estados Unidos; no los corrige en ninguna de las Repúblicas hispanoamericanas: esa clase de males sólo se extirpan con la práctica de las virtudes cívicas, con una gran severidad jurídica, imparcial y persistentemente empleada; su curación es el resultado de un gran progreso moral y social, jamás de un cambio repentino de la forma de gobierno.

Pero además, eso no es exacto. El partido republicano español no ha simpatizado nunca con el separatismo cubano. Si la forma de gobierno fuera el espíritu vivificador del movimiento, habría encontrado alguna acogida entre los republicanos de la Península; lejos de eso, éstos se han levantado siempre con toda energía para declarar que la Patria es superior á las cuestiones políticas y la unión de sus hijos base primera de todo progreso social.

En cuanto á los principios de los *padres,* esta invocación á la memoria de los hombres de 1778 en América, más parece un sarcasmo ó una profanación que un argumento. Aquellos hombres proclamaron ante todo el respeto de todos los derechos, incluso el de la soberanía nacional, y sólo peleàron por la independencia cuando dentro de la unidad nacional no les fué posible hallar justicia. Por eso aquella República nació tan pura, aquella Constitución fué tan fecunda y los resultados han respondido á la santidad de los orígenes y á la limpidez del manantial. ¿Qué hay en la insurrección de Cuba que con todo eso pueda compararse? ¿Cómo invocar ese precedente cuando si Inglaterra hubiera hecho al final del siglo XVIII lo que España está haciendo en la segunda mitad del XIX,

los Estados Unidos serían, como el Canadá, la Australia y tantas otras porciones de la tierra, parte integrante é importantísima del imperio británico?

Después de este largo análisis, bien podemos decir que la insurrección no ha nacido para protestar contra la conducta de España; que no puede justificar su conducta y que no la justifica con razones de ningún género; que siempre que habla ó al pueblo se dirige, vacila, duda y se contradice; que en el fondo, por consecuencia, hay móviles egoístas, empeños particulares, quejas, odios y rencores, y allá, como lazo de unión entre sus cabecillas y jefes, la concupiscencia y el ansia febril del poder, único capaz de unir á hombres de diversas nacionalidades en la esperanza insensata de apoderarse de un país, de repartírselo y de explotarlo.

Resulta también claro por los hechos y más aún por el lenguaje de los mismos insurrectos, que su esperanza y su temor á un tiempo, es la participación de la raza negra en la lucha encendida en Cuba, y que esta participación por sí sola envuelve la ruina entera de la Isla, quizá su desaparición como elemento de la civilización española en el mundo, si España la abandonase á la suerte y á la dirección de sus pretendidos redentores.

Vese también transparente y sin posibilidad de duda que la metrópoli no tiene interés ninguno en retener á Cuba en el sentido que los insurrectos dicen, porque nada, absolutamente nada gana en ello, porque ninguna ventaja material recibe ó espera, porque ningún concurso práctico y ostensible solicita de ella. Lo que España hace en Cuba es cumplir un deber penoso, pero ineludible, el de defender á los suyos, el de amparar ese pedazo de tierra contra el evidente peligro de muerte y de ruina que la espera, y el de completar, á pesar de esos sentimientos insensatos, su obra civilizadora, preparándola á la vida propia, feliz y reposada de los pueblos cultos. La historia de un país no se compone sólo de hechos y de sucesos, se forma de tradiciones entretejidas con deberes. Las de España van uni-

das á la vida de América, en cuyo suelo y en cuya historia están escritas á un tiempo sus grandezas y sus desgracias: en ella reposan también grandes esperanzas de porvenir, nunca olvidadas, y de tal suerte están esos recuerdos y esos sentimientos arraigados en el alma de sus hijos, que por instinto se olvidan de calcular la importancia de los sacrificios que exige la conservación de Cuba para ocuparse sólo de realizarlos sin vacilaciones. La adversidad misma no sería capaz de hacerlo inferior á sus destinos.

SEGISMUNDO MORET Y PRENDERGAST.

LA VITICULTURA EN CALIFORNIA

(CONCLUSION)

DISTRITO DE EL DORADO

Comprende este distrito toda la región Nordeste de California, encerrando los condados de Modoc, Lassen, Plumas, Sierra, Juba, Nevada, Placer, El Dorado, Amador, Calaveras, Alpine, Tolumne, Mono y Mariposa.

La extensión de la zona plantada de vid en todo este distrito alcanza 8.701 acres (3.525 hectáreas; en la forma siguiente:

	Acres	Hectáreas
Placer	2.621	1.062
El Dorado	1.600	648
Calaveras	1.440	583
Amador	1.000	405
Tolumne	890	360
Mariposa	500	203
Sierra	250	102
Nevada	235	95
Juba	165	67
TOTAL	8.701	3.525

Las variedades más cultivadas en este distrito, son: Mission, Catava, Irabella, Moscatel de Málaga, Moscatel de Ale-

jandría, Moscatel blanco, Tokay, Black Marrocco, Malvasía, Zinfandel, Riesling, Emperor, Rosa del Perú, Sweet Water, Black July, Hartford Prolific, Cloantha, Concord y algunas de Medoc y Borgoña.

Gran parte de las uvas producidas se destina á la elaboración de vino, pero no poca se destina á uva de mesa y aun á la confección de pasa, en los lugares en que el clima lo consiente.

La producción de vino en la última cosecha ha sido de 656.600 gallones (24.850 hectolitros), distribuidos en la forma siguiente:

	Galones.	Hectolitros.
Placer	177.700	6.726
El Dorado	128.000	4.845
Calaveras	115.200	4.360
Amador	80.000	3.028
Toulumne	71.200	2.692
Mariposa	40.000	1.514
Nevada	18.800	712
Juba	13.200	500
Sierra	12.500	473
TOTAL	656.600	24.850

La producción de uvas de mesa del mismo año ha ascendido á 4.860 toneladas, de las procedencias siguientes:

Placer	3.620 toneladas.
El Dorado	600 »
Calaveras	400 »
Amador	100 »
Mariposa	100 »
Nevada	40 »
TOTAL	4.860 toneladas.

Además se cosechan 20.200 cajas de pasa de á veinte libras cada caja, procedentes 19.400 del condado de Placer, y 800,

del de Calaveras. En el condado de El Dorado hay varias bodegas, donde obtienen vinos tintos y blancos bastante finos, los segundos mejores indudablemente que los primeros. En el condado de Nevada la principal bodega pertenece á la *Nevada County Wine C.°*, que obtiene de 10.000 á 15.000 galones de vino al año, procedentes de uvas cosechadas á las más elevadas altitudes de los condados de Placer y Nevada (2 á 3.000 pies sobre el nivel del mar). Estos vinos son ligeros, muy aromáticos y agradables, alcanzando por esto buenos precios y particular estimación en el mercado. En el condado de Juba la principal bodega pertenece á Mr. George Siever, que obtiene sobre 100.000 galones (4.000 hectolitros) de vinos tintos y blancos, dulces y secos. Los mejores son siempre los blancos secos y ligeros, que resultan más finos y aromáticos que los demás.

Las cepas que se cultivan con preferencia para obtener uvas de mesa, son: Tokay, Emperor, Rosa del Perú y Moscatel de Alejandría. Las uvas de estas variedades presentan en las elevadas regiones del distrito, un color, consistencia y gusto que nunca adquieren en las tierras bajas; el moscatel de Alejandría adquiere en particular un color dorado y un aroma tan exquisito y pronunciado, que le hacen aumentar considerablemente de valor.

De igual modo, la uva Tokay adquiere á 2.000 pies de altura el color brillante particular, que le ha valido el epíteto de *flaming,* y que no presentan nunca los viñedos de los valles.

DISTRITO DE SAN JOAQUÍN

Este distrito comprende los grandes valles de San Joaquín y Tulare, situados en la región central de California. Pertenecen á él los condados de San Joaquín, Estanislao, Fresno, Tulare, Kern y Merced.

El cultivo de la vid ha adquirido un considerable desarrollo en este distrito, y aunque una gran parte de la producción se destina á la elaboración de vino, la principal cosecha es la de la pasa, especialmente en el condado de Fresno, que es el más importante de la región. El área del viñedo, en todo el distrito, es de unos 60.000 acres (26.719 hectáreas), repartidas en la forma siguiente:

	Acres.	Hectáreas.
Fresno	49.000	19.845
Tulare	9.919	4.017
San Joaquín	3.000	1.215
Merced	1.855	751
Kern	1.200	486
Estanislao	1.000	405
TOTAL	65.974	26.719

En el *condado de San Joaquín* la mayor parte de los viñedos están dedicados á la producción de uvas de mesa y elaboración de vino; la industria de la pasa tiene menos desarrollo que en los condados de Fresno, Merced y Tulare. La producción de vino en el año 1890 fué en este condado de 500.000 galones (unos 19.000 hectolitros); las uvas vendidas para mesa sumaron 1.840 toneladas, preparándose además unas 17.000 cajas de pasas de á 20 libras una. Las uvas para vino se cotizan de 12 á 15 dollars la tonelada; las uvas para mesa son más productivas, puesto que se pagan de 35 á 60 dollars por tonelada. En un principio la cepa más extendida en este condado era la Mission, pero actualmente ésta ha cedido su puesto en gran parte al Zinfandel, Riesling, White Nice, Burger, Frontignon y otras similares que dan vinos menos pesados, menos alcohólicos y más finos. Para uvas de mesa cultivan moscatel de Alejandría, Tokay, Emperor, Blak Prince y Blak Ferrara, y para la pasa, Sultanas, Moscateles y Gordo Blanco.

El *condado de Fresno,* en el que, como queda expresado, los viñedos miden una extensión de 49,500 acres (19.845 hectáreas), se cuentan hasta 1.600 distintos cosecheros. Los viñedos destinados á la produción de vino miden 5.600 acres (2.268 hectáreas), y el resto, ó sean 43.900 acres (17.517 hectáreas) está dedicado á la producción de pasa. Los vinos obtenidos en el condado son dulces (imitaciones Oporto, Jerez, Moscateles dulces y Angélica). También preparan una cantidad considerable de brandy. Todos estos vinos son alcohólicos, licorosos, pero completamente faltos de estilo y carácter (1). En el año 1890 se destinaron á la producción de vino dulce y brandy 12.000 toneladas de uva, que dieron próximamente 1.200.000 galones (45.220 hectolitros). La producción de pasas en el mismo año ascendió en este condado á 626.595 cajas de á 20 libras. Las cepas cultivadas pertenecen casi á las mismas variedades que en el condado de San Joaquín.

El condado de Tulare cuenta con 465 diferentes cosecheros. Aunque la extensión del viñedo cubre cerca de 10.000 acres, solamente una tercera parte están en producción. Estos están, en su inmensa mayoría, dedicados á la producción de pasa y de uva de mesa, y sólo una reducida porción para la elaboración de vino. La cosecha en 1890 fué de 10.000 cajas de pasa, 6.700 toneladas de uva de mesa y 15.000 galones (568 hectolitros) de vino.

Los viñedos del *condado de la Merced,* pertenecen, en gran parte, á cepas Moscateles destinadas á la producción de pasa, cuya cosecha ascendió en 1890 á 58.400 cajas. Elaboran también vinos dulces de caracteres similares á los del condado de San Joaquín, y cuya cantidad ascendió en el año mencionado á 41.000 galones (1.552 hectolitros).

El *condado de Kern* contiene 1.200 acres (486 hectáreas) de viñedos, constituidos, casi en su totalidad, de cepa Mosca-

(1) Son dignos de especial mención un Oporto añejo y un moscatel muy fino de Eisen Vineyard Company.

tel, destinada á la producción de pasa, y están procediendo con toda actividad á nuevas plantaciones. Elaboran también algunos vinos dulces, que sumaron en 1890 unos 60.000 galones (2.271 hectolitros). Actualmente, sin embargo, esta cosecha es más reducida para dar lugar á la producción de pasa.

El *condado de Estanislao* contiene 1.000 acres (405 hectáreas) cubiertos de viñedos destinados á la producción de vino. Los más importantes de estos viñedos se hallan en las inmediaciones de Knight's Ferry, y en su mayoría son de regadío. Son importantes los viñedos de H. B. Pentland, que ocupan unos 30 acres (12 hectáreas), y los de H. R. Shell, que ocupan unos 70 acres (28 hectáreas), plantados de Mission, Moscatel y Tinfandel. La producción en todo el condado fué el año 1890 de 40.000 galones (1.514 hectolitros). Estos vinos son inferiores, por muchos conceptos, á los que se obtienen en otros condados de California. En la actualidad se están plantando nuevos viñedos, principalmente de cepa Moscatel, para aprovechar las extensas tierras, muy apropiadas para la vid, que en este condado se encuentran.

DISTRITO DE LOS ÁNGELES

Corresponde este distrito á la región Sud-Oeste de California y comprende los condados de San Luis Obispo, Santa Bárbara, Ventura, los Angeles, San Bernardino, Orange y San Diego.

En esta región es donde la vid tuvo su primer desarrollo en California, limitado en su principio á la cepa *Mission*, que hoy comparte con el *Zinfandel* y los *Moscateles* el predominio del suelo, en la zona plantada de viñedos. Las cepas Burges, Mataró, Trousseau, Carignan, Garnacha, Blanc Elba, Tenturier, y Gamay ocupan relativamente pequeñas extensiones.

El área que ocupa la vid en esta región, asciende á 19.395 acres (7.855 hectáreas), distribuidos en la forma siguiente:

	Acres.	Hectolitros.
San Bernardino	7.350	2.977
Los Angeles	4.443	1.799
San Diego	4.424	1.792
Santa Bárbara	1.125	456
Ventura	800	324
San Luis Obispo	652	264
Orange	601	243
TOTAL	19.395	7.855

Hace diez años el área del viñedo era en esta región bastante más extensa, pero una extraña enfermedad, que se desarrolló en las cepas á contar del año 1874, en las viñas de los condados de los Angeles y Orange empezando en los alrededores de la población de Anaheim, ha diezmado considerablemente la producción vinícola en tan rica zona.

Condado de San Bernardino.—De los 7.350 acres de viñedo que en este condado se encuentran, incluyendo el distrito de Riverside, 1.778 acres (720 hectáreas) están destinadas á la producción de vino, 7 acres (3 hectáreas) á la de uvas de mesa y 5.565 (2.254 hectáreas) á la de pasa. La cosecha en el año 1892 en todo el condado fué 5.069 ½ toneladas de uva y 1.525 toneladas de pasa.

En 1890 la cantidad de vino elaborado ascendió á 279.000 galones (10.560 hectolitros), las uvas vendidas para mesa á 1.700 toneladas y á 375.000 las cajas de pasa de á veinte libras cada una.

La mayor parte de los viñedos más importantes de este condado se agrupan alrededor de las poblaciones de Cucamoya, Rochester, Etiwanda, Rialto, San Bernardino, Riverside y Dry Ranch. Las cepas *Mission* en los viñedos antiguos y el Moscatel de Alejandría en los nuevos, son las dominantes.

Condado de los Angeles.—En este condado la inmensa mayoría de las viñas están dedicadas á la producción de vino. Solamente hay 38 acres (16 hectáreas) destinados á uvas de mesa y 322 acres (130 hectáreas) á la cosecha de la pasa.

En 1890 se elaboraron en este condado 1.342.800 galones, (50.825 hectolitros) de vino; se cosecharon 1.000 toneladas de uva para mesa y se confeccionaron 20.000 cajas de pasa.

Hoy día, la producción es mucho más reducida. La cosecha total en 1892 fué de unas 10.000 toneladas de uvas de todas clases.

El 30 por 100 de las cepas plantadas son *Mission* y *Malvasía;* el *Moscatel de Alejandría* ocupa un 15 por 100; el *Zinfandel* otro 15 por 100 y las variedades europeas del Medoc, Borgoña, Jerez, Duero y Madera suman todos juntos un 40 por 100. La mayor parte de los vinos obtenidos son dulces ó muy alcohólicos, constituyendo imitaciones de Jerez, Oporto y Madera, todos ellos muy inferiores á los tipos que tratan de imitar. Deben mencionarse, sin embargo, los Oportos y Jerez añejos de J. Rose & C.° de San Gabriel y un Oporto también muy añejo de Stern & Sons de los Angeles.

Las principales zonas vinícolas del condado son San Gabriel y Samanda Park. En ambas la enfermedad de Anaheim ha hecho pocos estragos y los viñedos se hallan en bastante buena condición.

Condado de San Diego.—Los 4.424 acres (1.792 hectáreas) que el viñedo ocupa en este condado, se hallan distribuidos del modo siguiente: 3.995 acres (1.618 hectáreas) para la producción de pasa; 381 acres (154 hectáreas) para la de vino y 48 acres (19 hectáreas) para uvas de mesa. La cosecha en 1890 fué de 30.000 galones (1.136 hectolitros) de vino; 1.220 toneladas de uvas de mesa y 150.000 cajas de pasa. En 1892 la producción ha sido de 1.337 toneladas de pasa y 1,117 toneladas de uvas de las demás clases.

La principal zona vitícola del condado, es el valle del Cajón donde los viñedos ocupan 2.632 acres (1.066 hectáreas). Las

principales cepas son *Mission, Moscatel de Alejandría* y *Rosellón*. Los vinos del valle del Cajón son de los más renombrados en California, y efectivamente, si tuvieran estilo, como tienen cuerpo, vinosidad y fortaleza, serían vinos de primera calidad.

Condado de Santa Bárbara.—Los 1.125 acres (456 hectáreas) de viñedo en este condado, se hallan plantados de *Moscatel*, que ocupa un 35 por 100; de cepa *Mission* que alcanza un 30 por 100, y el resto, de Zinfandel, Burger y otras variedades europeas elegidas. La producción se dirige aquí actualmente á la elaboración de vino y obtención de uvas de mesa. La confección de pasa se halla muy poco desarrollada.

La cosecha en 1890 fué de 7.500 galones de vino y 2.000 toneladas de uvas de mesa. Esta producción ha variado poco en los últimos años.

Condado de Ventura.—Los 800 acres (324 hectáreas) que aquí ocupan los viñedos, se hallan plantados de cepa *Mission*, *Zinfandel* y *Moscatel*. La cosecha en 1890 fué de 8.000 galones (303 hectólitros) de vino y 160 toneladas de uvas de mesa. Actualmente ponen mucho empeño en este condado en mejorar la elaboración de sus vinos. Estos son dulces, alcohólicos, pesados y sin estilo alguno. Hoy por hoy, esta producción carece de importancia.

Condado de San Luis Obispo.—Los 601 acres plantados de viña en este condado se hallan repartidos del modo siguiente: 490 acres (198 hectáreas) destinados á la producción de la pasa, 90 acres (36 hectáreas) destinados á la cosecha de vino y 12 acres (5 hectáreas) á la obtención de uvas de mesa. La cosecha en 1892 fué de 128 toneladas de uva. Este condado ha sido muy castigado por la enfermedad llamada de Anaheim.

*
* *

Hecha esta descripción de la distribución de la vid en California y extensión é importancia de la elaboración del vino

procede el exponer ahora algunas consideraciones respecto á dicho cultivo y á los caracteres generales de los vinos californianos.

El origen de la viticultura en California fué debido á los misioneros españoles que importaron de Méjico y de España y cultivaron en el país la cepa, que recibió el nombre de *Mission*, que fué la que constituyó la totalidad de los viñedos primitivos de California y los que después se fueron plantando hasta mediados de este siglo.

Aunque la *Cepa de la Mission* es de origen español, no corresponde hoy exactamente con ninguna de las variedades cultivadas en la Península. Muy probablemente los trescientos años transcurridos desde la primera importación, en un clima y suelo, aunque análogos, diferentes del de España, han debido modificar el tipo originario del tal modo, que se ha creado, por la adaptación, un tipo especial. Hay quien supone que esta cepa, fué en su origen una variedad del *Marrocco*, pero lo positivo es que no puede asignársele auténtica genealogía.

Esta vid cultivada en los valles del Sur de California, y después en los más abrigados del centro, da unos vinos alcohólicos, licorosos, demasiado fuertes y pesados para bebida usual y únicamente propios para postre. Hoy día, mediante determinados *coupages*, estos vinos son la base de las imitaciones de Oporto, y algunos jereces y maderas. Acompañando á la *cepa Mission* se solía encontrar en algunos viñedos una variedad blanca con un delicioso aroma de moscatel, y que parece debía ser un *Moscatel blanco* del tipo Frontignan.

A mediados de este siglo, muy poco después de la anexión de California á los Estados Unidos, el coronel Agoston Haraszthy y Mr. Charles Kobler, comenzaron los primeros ensayos de introducción en el país de las actuales variedades europeas; el primero en los condados de San Mateo y de Sonora, y el segundo en los de los Angeles, Sonora y Fresno. El coronel Haraszthy fué el que entonces introdujo en California la cepa *Zinfandel* procedente de Hungría. Esta cepa, rústica, vi-

gorosa, fácilmente adaptable á toda clase de suelos, muy fácil y económica de cultivar, se extendió bien pronto en California, sustituyendo en unos puntos á la antigua cepa de la Misión, constituyendo en otros viñedos nuevos, y ha llegado á ser hoy la más extendida en todo el Estado y la que da el vino tinto más peculiar y conocido del país, el famoso *Zinfandel*, del nombre de la cepa.

El mismo Haraszthy fué después comisionado por el Estado de California, para importar de Europa variedades escogidas y á este fin hizo un viaje por España, Francia, Italia y Alemania, recogiendo miles de sarmientos que fueron la base de un vivero, que surtió á la viticultura californiana de entonces.

De este vivero proceden la mayor parte de los *Tokays*, *Moscatel blanco*, *Moscatel de Alejandria*, *Moscatel pardo blanco* y *Emperor*, que hoy constituyen los viñedos que producen las mejores pasas y uvas de California.

Por este mismo tiempo la numerosa inmigración alemana empezó á introducir y á propagar algunas variedades del Rhin, como el *Riesling*, *Orleans*, *Gutadel*, *Traminer* y *Burger*, que, adaptándose muy bien á las tierras accidentadas del centro y Norte de California, se extendieron considerablemente, produciendo vinos blancos, ligeros, muy adecuados al gusto de la población alemana.

Otros inmigrantes, animados por el ejemplo, ó trayendo ideas propias de sus respectivos países, introdujeron asimismo variedades de Francia y de Italia, mas sucedió que faltos de conocimientos técnicos, con solamente ideas vagas sobre la materia, unos aplicaban á variedades del Norte el mismo sistema de cultivos que á las del Sur, y otros, al contrario; pasando lo mismo en la elaboración de los vinos, lo cual ocasionó una porción de desengaños y desastres é hizo que muchos cambiasen sin norma ni concierto sus viñedos, sustituyendo unas cepas por otras. Esto hizo que las mejores variedades españolas, francesas y portuguesas, fueran sacrifica-

das en gran parte. El *Trousseau* fué reemplazado por el *Charbono;* el *Sanvignon blanco y amarillo* por el *Colomban* y la *Folle blanche,* y hasta el mismo *Riesling* corrió peligro de desaparecer, al par que el *Zinfandel* se extendió más y más.

Esto originó asimismo una gran confusión en la filiación y designación de las cepas, confusión que subsiste hoy día. Así hemos visto mezclados *Cabernets* y *Malbecs,* plantados en el mismo viñedo y comprendidos bajo el mismo nombre la *Folle Blanche* y el *Colomban;* el *Mataró* y el *Madeleine* han sido confundidos con el *Meunier.* El llamado *Black de Peters* no es, en muchos casos, más que *Zinfandel;* el *Chanché Noir* es llamado frecuentemente *Black Pinot;* el *Sauvignon* se designa en varios viñedos como *Folle Blanche,* en otros como *White Borgundy,* y en algunos como *White Green Riesling.* El *Gutadel* y el *Chasselas* se confunden y pasan indistintamente uno por otro en muchas localidades. La llamada *Malvasía negra* no tiene nada de común con las Malvasías de España y del Mediodía de Francia; el *Sylvaner,* del Rhin, es llamado *Green Hungarian* en El Dorado; el *Johanisberg* de la mayor parte de los viñedos, es pura y simplemente *Riesling.* Con el nombre de *Chasselas Rose* se encuentran cepas de la variedad *Narbaroux* ó *Gree Rouge;* el *Verdelho* pasa con el nombre de *White Madera* en algunos sitios, en otros el *Charbono* como *Borgundy.*

Esta gran confusión en la clasificación y designación es importante de consignar, no sólo por la confusión que trae después para la designación de los tipos de los vinos y la falta de correspondencia entre el nombre de estos y su carácter, sino también por los trastornos y perjuicios que ocasiona al mismo vinicultor, al elaborar un vino tratando de seguir el procedimiento que corresponde á mostos de determinados tipos y estar en realidad trabajando un mosto de tipo distinto.

Así se explica esa extraña mezca de tipos que se observa en los vinos californianos, y es una de las causas de la falta de estilo y de caracter sobresaliente que es, en general, su defecto capital.

Hoy dia el número de variedades plantadas ha aumentado extraordinariamente, y puede decirse que no hay cepa importante en las regiones vinícolas de Europa y Asia que no tenga su representante en California, además de las de origen americano que, ya como patrón de injertos para resistir los ataques de la filoxera, ya como cepas productivas, se hallan en cultivo en aquella región. Los viticultores californianos han plantado, puede decirse, todas las variedades de cepas que en el resto del mundo han obtenido alguna celebridad; y siguiendo ya procedimientos similares á los de los países originarios, ya métodos especiales, preparan vinos que han tratado fuesen de los mismos estilos y caracteres que los obtenidos de dichas cepas en sus patrias respectivas. En la mayor parte de los casos no han obtenido los resultados que buscaban, y la razón es la siguiente:

Las peculiaridades y matices, por decirlo así, que distinguen unas clases de vid de otras y que á veces son los que dan más valor á los vinos que con ellos se obtienen son una cosa tan fugitiva, tan inestable, tan pequeña, que la más ligera variación en el clima, en el suelo ó en el método de cultivo, puede hacerla desaparecer ó cambiar completamente.

Por lo tanto, cuando una cepa de una variedad determinada se importa de una región á otra, hay que buscar, si se trata de conservar sus caracteres importantes, la adaptación al suelo y al clima. Se necesita para esto que coincidan similitud de composición química y de constitución física en el suelo, identidad en la distribución de temperatura, de la humedad y del régimen de vientos en la localidad, condiciones semejantes en la exposición, y si no se reunen todas estas circunstancias, las cepas cambiarán, como ha sucedido con la cepa de la Mission, con la Zinfandel y Riesling, en muchas localidades de California. La enumeración de todas estas condiciones basta para comprender cuán difícil es llegar á conseguir todos los requisitos que una cepa necesita para dar en una región productos que conserven los mismos caracteres

que los obtenidos de la misma variedad en otra región distinta.

Siendo tan dificilísimo lograr en una región determinada encontrar localidades en que las combinaciones de suelo y clima sean idénticas á las de otra región, lo que procede es encontrar en cada localidad cuál es la cepa que mejor pueda adaptarse á las condiciones de ésta, y desarrollar en ella en el más alto grado las cualidades que más valor dan al producto obtenido.

Esta selección se ha hecho en las regiones vinícolas de más celebridad del Antiguo Mundo por un procedimiento empírico, si se quiere, pero que es el producto de las observaciones y experimentaciones de luengos siglos.

Es imposible, por lo tanto, que en California, aun guiados por las ciencias físicas y químicas, y aun disponiendo de capitales y de gran iniciativa para hacer toda clase de ensayos y experimentos, se llegue á descubrir esta adaptación en unas cuantas docenas de años. Después de obtenida la adaptación de cepas más apropiadas para la localidad, queda el averiguar asimismo, cuáles son los métodos de elaboración que mejor convienen á los tipos de vino que hayan de obtenerse, para que estos vinos presenten el grado más perfecto posible y los caracteres que corresponden al estilo que representan. Este mismo trabajo, lo mismo que el de la selección de cepas, se ha verificado en Europa á través de centenares de años, y de esta manera han resultado los especiales sistemas de vinificación que en Jerez y en el Medoc, en Borgoña ó en Oporto, en Marsala ó en Tarragona, en el Rhin ó en la isla de Madera han dado por resultado la creación de los tipos característicos que se obtienen en las indicadas localidades.

Los cosecheros californianos están todavía muy al principio de estas dos clases de trabajo. Cada cosechero ha plantado en el predio de su propiedad cepas del Rhin, cepas del Medoc, cepas de Andalucía, cepas de todas las regiones levantinas españolas, cepas del Piamonte, cepas de Borgoña y pretenden

obtener de cada una de éstas, inmediatamente, vinos como los que en cada una de dichas regiones dan las cepas importadas. Esto en algunos casos podrá ser teóricamente posible; en la mayor parte de las ocasiones es prácticamente irrealizable. El vino no lo hace sólo la cepa, lo hace la localidad con su suelo y su clima, lo hacen los métodos de cultivo y lo completan los cuidados que se le dan durante la crianza. Sucede muchas veces que una localidad con suelo de la misma composición química y de idéntica constitución física que otra, no está influida por la misma sucesión ó distribución de temperatura en el año; que al variar las condiciones topográficas de una región, como varían las condiciones de los vientos, puede ocurrir que requiriendo una cepa en su país originario una exposición Oeste, por ejemplo, en otro necesite, para no cambiar de carácter, la exposición Este. Todas estas circunstancias sólo las irá determinando y poniendo en conocimiento del viticultor la práctica de muchos años y una serie de numerosísimos ensayos por largo tiempo no interrumpidos.

Otro aspecto en la elaboración de vinos, ya para la creación de tipos, ya para la imitación de los conocidos, es el relativo á las mezclas ó *coupages*. En la mayor parte de las ocasiones un tipo de vino no se obtiene sólo del mosto procedente de una sola cepa, y en este arte de los *coupages* preciso es confesar, que aun cuando en California hay muchos vinicultores inteligentes, la mayoría de ellos está respecto á este punto en la infancia.

Son muchos los cosecheros que fermentan por separado el mosto obtenido de cada cepa, y distinguen después el vino elaborado con el nombre de la cepa que le ha dado origen. Presentan así los vinos, á pesar de todos los cuidados con que se ha hecho la elaboración, ciertos defectos, que son procedentes de las cualidades características de cada mosto. Así hay vinos excesivamente astringentes por la cantidad de tanino de que es imposible desembarazarlos durante la crianza; otros excesivamente ácidos, y que no se corregirán sino mez-

clándolos con otros en que los ácidos estén en defecto; hay vinos pobres de color y otros, en cambio, completamente opacos por la cantidad de materia colorante que contienen; vinos tan endebles de cuerpo y escasos de riqueza alcohólica, que no ofrecen bajo ningún aspecto las condiciones que se buscan en esta clase de líquidos, y que, además, son dificilísimos de conservar. En cambio se encuentran otros tan cargados de alcohol y con tan excesiva vinosidad que resultan pesados, poco agradables y difíciles de digerir.

Todas estas circunstancias sólo pueden corregirse por *coupages* ó mezclas inteligentes, lo cual, á su vez, favorece el manejo de los vinos durante su elaboración y la constitución de tipos constantes, que es lo que el mercado demanda.

Pues bien; en esta práctica los cosecheros californianos están todavía atrasadísimos. Cosechero hay que ha presentado en la Exposición de Chicago dos vinos distintos, ambos de su propiedad; el uno suave y aromático, pero endeble y ligerísimo, de color pobre y difícil de mantener; el otro grueso y vinoso, de mucha fuerza alcohólica y riquísimo en color. Cada uno de estos dos tipos por separado, constituía, á pesar de presentar algunas particularidades recomendables, dos vinos dificilísimos de colocar en el mercado, y es innegable que por una hábil combinación de los dos podría constituirse un tipo muy aceptable.

Los pocos cosecheros californianos que practican el *coupage* con inteligencia ó á sabiendas de lo que hacen, obtienen adelantos muy visibles sobre el resto, y así, por ejemplo, la *Italianswiss Colomy,* en Sonora, Mr. Smith en Livermore, Mr. Parrolt en Santa Helena, y otros varios obtienen vinos de mesa excelentes, mezclando el Zinfandel con el Cabernet ú otros representantes del Medoc, tipos rhenanos y Sauternes con el *coupage* de diferentes cepas del Rhin y del Mediodía de Francia respectivamente; pero esto son excepciones de la regla general.

Este mismo atraso en las prácticas enológicas hace que

sea una circunstancia muy general en los vinos de California la dificultad de su conservación. Casi la totalidad, por no decir todas las muestras de vinos de California, imitación del tipo Borgoña que fueron presentadas en la Exposición de Chicago, estaban completamente perdidas en la época en que el jurado fué á proceder á su examen, y sin embargo, hacía ocho meses que estas muestras habían sido preparadas con el cuidado y esmero que puede suponerse para remitirlas á una Exposición Universal.

Por lo que hace á los claretes del tipo Medoc, que en casi todos los distritos de California elaboran, incluso los que se obtienen de la cepa Zinfandel, se observa que cuando son nuevos tienen mejor bouquet que cuando pasan por ellos dos ó tres años, precisamente lo contrario de lo que ocurre en Europa. Esto procede de la constitución de la inmensa mayoría de los mostos californianos, por virtud de la cual éstos tienen una gran tendencia á contraer, al par que la fermentación alcohólica, que es la principal, fermentaciones secundarias, como son la acética, butírica y mucosa. Estas fermentaciones secundarias se producen unas veces al mismo tiempo que la fermentación principal, otras en tiempos subsiguientes, pero en todo caso dan á los vinos olor y gusto muy particular, siempre desagradable, y los hacen dificilísimos de conservar. Así se nota cómo en la mayoría de las bodegas, hasta en las mejor montadas, los vinos californianos suelen presentar este carácter que tanto les hace desmerecer. Esta particular circunstancia de los mostos, que no se presenta con tanta generalidad en las comarcas europeas, debe provenir de la influencia que el suelo y el clima de California ejercen sobre las cepas europeas allí importadas. Posible será que esto se corrija con el tiempo, conforme las cepas vayan adaptándose al nuevo medio; pero como la industria, con las exigencias permanentes del mercado no puede permanecer pendiente de una solución que es contingente, tiene que buscar el remedio por la corrección de los mostos, y las prácticas para lograrlo tienen que constituir

métodos especiales de vinificación, que ni se aprende en los libros ni aun podrían enseñarlos los maestros, sino repetidísimos ensayos practicados por personas inteligentes, observadoras y despreocupadas. Hasta que esto no se logre, los cosecheros californianos no pueden decir que han alcanzado el grado de perfección necesario en la elaboración de sus vinos para que estos puedan competir en el mercado del mundo con los que ya tienen estilo y carácter de luengos años adquiridos.

Dr. V. VERA Y LÓPEZ.

RECUERDOS

Rebuscando, en los primeros años de mi vida, todo aquello que pudiera ser síntoma ó anuncio de mis posteriores aficiones al teatro, explicaba minuciosamente la tendencia que hubo en mí, casi desde que tuve uso de razón, á convertir en novela ó en drama los sucesos que fuertemente me impresionaban. Pero no en drama externo ó en algo así como obra de arte, siquiera fuese arte primitivo é infantil, sino en un drama interno y real de mi propia existencia en que yo había de ser el principal personaje.

No era la estética la que me inspiraba, sino mis propias pasiones, que apuntaban rudimentarias: era el amor propio herido, era la pena causada, era el deseo de venganza: venganzas de chiquillos. Su forma no fué nunca la de un anhelo que se expresase de este modo: «Si me sucediera esto ó aquello, si yo hiciera tal ó cual cosa», sino, por el contrario: «esto es, esto me sucede, esto pasa, esto hago», todo un pequeño poema dramático con su desarrollo y su desenlace, sus decoraciones y su indumentaria, representándose en el escenario chiquito de mi cerebro.

Pues recordándolo bien, no fué este el único síntoma de mis inclinaciones al teatro, que otro hubo que me parece curioso

fenómeno de psico-física, y á pesar de su insignificancia, voy á consignarlo aquí para los aficionados á esta clase de estudios.

***

Yo he soñado siempre muy poco, mi sueño ha sido siempre profundo, tranquilo, totalmente negro; un verdadero agujero de sombra en el telón luminoso de la conciencia, una negrura sin la más ligera neblina clara.

Cuando el telón de los párpados caía, empezaba un entreacto sin música ni ruidos. Como he soñado muy poco, he tenido muy pocas pesadillas en totalidad.

Pero lo particular es esto, que las pocas pesadillas que he tenido pueden dividirse en *tres grupos*, correspondientes á tres épocas; y en cada grupo la pesadilla era siempre la misma, con los mismos accidentes, con las mismas impresiones y con el mismo término. Algo así como una función de teatro, que ha tenido éxito, y que se repite en larga serie, hasta que el público se cansa de acudir á verla.

Desde que despertó en mí la conciencia hasta la edad de diez años, según mis cálculos, mis pesadillas fueron todas iguales, mejor dicho, idénticas: *una misma pesadilla* que se repetía cada dos meses ó tres con exacta repetición.

Luego pasaron muchos años sin tener ninguna, ó tan insignificantes serían, que yo no las recuerdo.

Desde los diez y ocho á los veinte y cinco años sufrí otro tipo de pesadillas; mejor dicho, una tan sólo, distinta de la primera, de la de la niñez; pero reproduciéndose fielmente cada cuatro ó cinco meses. Había desaparecido, por decirlo de este modo, del cartel de mis celdillas grises el anuncio de la primera función, y le había sustituido el de otra función distinta. Sin duda el público fantástico de mis sueños ya no acudía al antiguo drama.

Y viene otro período sin ninguna pesadilla; y perdone de paso el benévolo lector la pesadilla que le estoy dando, pero soy hombre de conciencia; empeñé mi palabra, y debo relatar mis recuerdos como ellos son, por fríos, por insustanciales que parezcan ó que sean, porque más bien que recuerdos son documentos como tengo dicho, de un ser humano; y en este concepto, por mínimos que me parezcan, algún valor tendrán.

Iba diciendo, que desde los veinticinco á los cincuenta años, ó desaparecieron las pesadillas del todo, ó fueron tan sin carácter y tan poco uniformes que se borraron totalmente de mi memoria.

Un hecho real ó fantástico, para que en la memoria se grabe, es preciso ó que tenga mucha fuerza por sí ó que se repita muchas veces. El mar no muerde en una roca ni deja en ella señales de su oleaje sino á fuerza de tiempo y de constancia; y para la fantasía que se agita, las celdillas cerebrales son á modo de playa de arena sembrada de rocas en toda su extensión.

Desde los cincuenta años hasta el momento presente, se ha desarrollado en mí el tercer tipo de pesadillas, pero siempre de igual manera que en los dos primeros tipos: una pesadilla única, con diferentes representaciones en el escenario de mis sueños, aunque no muchas todavía.

Y como hoy no tengo cosa mejor que contar, ofrezco á mis lectores las tres pesadillas de mi repertorio. El que se canse, haga lo que el público hace muchas veces: no asista al teatro. Yo soy hombre de conciencia: sin ningún linaje de adorno literario, y sin ningún primor de estilo, voy á contar la pesadilla del niño, la pesadilla del hombre y la pesadilla de estos últimos años: y voy á contarlas con toda la pesadez que una pesadilla exige.

*
* *

Soñaba yo cuando era niño y cuando era muchacho que estaba en el terrado de mi casa de Murcia: terrado ó azotea; pero terrado era el nombre que le dábamos cuando de terrado á terrado nos hablábamos los chicos ó cuando lanzábamos cometas al aire.

Pues bien; al empezar la pesadilla soñaba yo que era de noche y que encima de mí se extendía azul y tranquilo el hermoso cielo de Murcia. Nadie estaba conmigo, ni mis padres, ni mis criados, ni ninguno de mis compañeros: el suelo terroso, alrededor el pretil del terrado con su banco de ladrillo, á lo lejos otros muchos terrados como el mío, y encima el cielo espléndido y sereno.

Sin duda esta soledad que yo imaginaba, la grandeza del espacio y la solemnidad de la noche, eran las causas que aun soñadas iban excitando mis nervios y, poco á poco, iban despertando en mí el sentimiento del terror y la idea de lo sobrenatural.

De pronto, en el azul intenso del cielo, empezaba á dibujarse una mancha muy oscura pero de contornos regulares; y en cuanto yo la veía ó imaginaba verla, echábame á temblar, porque como el sueño se había repetido tantas veces, de sobra sabía yo lo que aquello significaba. Y aquí empezaba verdaderamente la pesadilla.

La mancha negra del cielo iba determinándose en sus accidentes; iba, por decirlo así, organizándose, y se convertía en un inmenso *escudo de armas,* con sus cuarteles, con sus piezas heráldicas, con sus animales más ó menos fantásticos. Todo ello, como he dicho, dibujado en negro sobre el fondo inmenso del espacio; pero sin vaguedades, sin indecisiones de forma; destacándose con gran vigor. No parecía un sueño aquello, sino la realidad misma.

Entre los animales del escudo pronto descubría yo la figura de *un perro;* y al descubrirla, mi angustia era indecible y la pesadilla era cada vez más dolorosa, porque el perro me miraba y me miraba fijamente.

Después, el perro se salía del escudo y se venía hacia mí por los aires, como los funámbulos van por la cuerda tirante; pero con mucha lentitud, como para darme tiempo de temblar y sufrir y retorcerme y pretender escapar sin conseguirlo, que al terrado quedaba fijo como si él y yo formásemos un solo cuerpo.

El pequeño monstruo de mis sueños seguía avanzando; era pequeño, muy negro, con las lanas erizadas y el rabo poblad ísimo y erizado también y retorcido.

Al fin llegaba á mí y me mordía cruelmente: y aquí terminaba la pesadilla, y yo despertaba anhelante, lloroso, temblando y empapado de sudor.

Como esta pesadilla se repetía tantas veces, llegué á saberla de memoria. Sabía ya que era mentira, y me lo decía á mí mismo soñando; de suerte que mi más ardiente deseo era que el perro llegase pronto á mí y me mordiese para que la pesadilla concluyera. Aquí tiene el lector, fielmente reproducida, la pesadilla *número uno*.

Como supongo que le habrá aburrido, no se la haré sufrir tantas veces como veces tuve yo que sufrirla.

Y pasemos á la pesadilla *número dos* de mi repertorio, que no es mucho más divertida que la primera. Con que prepárese el público.

***

Este sueño brotaba, por decirlo así, de pronto, como cuando se levanta el telón y aparecen la escena y los personajes, dispuestos todos á comenzar el drama.

Así, me veía yo, de repente, sentado en un sillón junto á un brasero y con la sorpresa, llámese cómica ó trágica—que trágica me parecía—de sentirme viejísimo; con ochenta ó noventa años nada menos.

Y no había recurso; había llegado al fin de mi vida: de un día á otro, de uno á otro momento iba á morir.

Mi angustia y mi desesperación eran indecibles. Me veía viejo por sorpresa; sin haber vivido casi; sin haber gozado de la vida. La víspera, un joven de diez y ocho ó veinte años; y en aquel instante un anciano decrépito.

«Pero ¿cómo es esto posible, señor?—pensaba yo.—¡Si no recuerdo nada; si mi existencia está vacía; si aún no he concluido mi carrera! ¡Qué salto es este de la juventud á la vejez por encima de toda una existencia!»

Y todos eran lamentos y furores y anatemas contra la suerte traicionera y contra mi propia imbecilidad. Sí: contra mí, que había vivido, por lo visto, sin hacerme cargo de que vivía, sin darme la voz de alerta, sin haberme dicho ni una vez sola: «Repara que estás viviendo.»

Una existencia entera que se va de entre las manos como el agua escurre por los dedos. Un indigno escamoteo de placeres y dolores.

Esta pesadilla, tan pobre de accidentes que no tenía ninguno, amagóme más de una vez con un accidente. ¡En tal estado de excitación nerviosa y de pena profunda me ponía!

Y, cosa extraña, nunca soñé que aquello era un sueño; siempre imaginé que era la verdad misma.

Muchos años después, he oído cantar á Gayarre por manera admirable la hermosa romanza del último acto del *Mefistófeles*, cuando Fausto llega á la vejez y está á punto de morir. Pues, en mi sueño, yo era una especie de Fausto, aunque no cantaba ninguna romanza.

Si la pesadilla era angustiosísima, en cambio al despertar sentía una alegría infinita. No era viejo todavía: mentira había sido todo aquello: era joven; era fuerte; la vida estaba entera, llena de luces y colores, llena de promesas. Las zapatillas, la bata y el brasero podían irse al diablo; que aún tenía yo calor para muchos inviernos.

¡Lo malo será cuando la pesadilla se convierta en realidad,

y el despertar alegre en plena juventud no sea otra cosa que sueño engañoso y fugaz!

*
* *

Y vamos á la tercera pesadilla, la reciente, la última, la que no hace mucho me hacía pasar una mala noche por cuarta ó quinta vez; porque, como queda dicho, mis *tres pesadillas clásicas* han tenido tanto éxito, que todas ellas han merecido gran número de representaciones.

En esta última ya era yo hombre formal, ó por hombre formal me tenía. Ya era autor dramático, ó autor dramático me llamaban. Ya se habían representado mis obras en toda la América española y en todo el Norte de Europa, desde Alemania á Suecia y desde Holanda á Polonia. Pero en la pesadilla —y en esto la pesadilla se parece á la realidad cuanto pueden parecerse dos cosas idénticas—*no había podido cobrar los derechos de mis obras* ni en América, ni en Alemania, ni en Holanda, ni en Suecia, ni en Polonia. Y esto es lo cierto.

Pues he aquí que un día recibo un aviso, una especie de nota colectiva de todas las embajadas, diciéndome que se ha resuelto, no sé por quién ni cómo, reintegrarme todos los derechos atrasados y que desde luego puedo presentarme en el Crédit Lyonnais á recoger la expresada suma.

La pesadilla empezaba bien: para iluminar la realidad mísera quisiera yo muchas pesadillas de este linaje.

Me presenté, en efecto, en la casa de banca, y me dieron unos paquetes enormes de billetes de Banco. Eran todos los atrasos: una fortuna: cuatro ó cinco millones de reales. Me atesté los bolsillos del abrigo de legajos de billetes y me marché á la calle. Pero á la salida me detuvo un caballero muy elegante, muy fino, y con acento italiano me dijo que acababa de llegar Eleonora Duce; que se proponía representar una de

mis obras; que en aquel momento se la iba á leer á la compañía y á unos cuantos amigos, y que tendría mucho gusto en que yo asistiese á la lectura.

Yo me dejé engañar por mí mismo como el más inocente labriego; y sin la menor desconfianza seguí al italiano del sueño.

Entramos en una casa; subimos al cuarto principal y penetramos en una antesala que me parece que la estoy viendo: con un perchero, dos ó tres sillas y una lámpara.

El italiano me ayudó á quitar el abrigo, ¡el maldito italiano! creación, sin duda, de uno de mis hemisferios cerebrales, que estaba preparándose para dar un soberano timo al otro hemisferio. La estafa de lo consciente por lo inconsciente: porque, según parece, yo había preparado, á espaldas de mí mismo, un lazo á la imbecilidad de mi ser, al vagar éste por los crepusculares salones del sueño.

Como iba diciendo, mi italiano—y bien puedo llamarle mío puesto que yo lo forjé—me quitó el abrigo y lo puso en el perchero. Y yo, nada; como un idiota, sin recordar que llevaba cinco millones en los bolsillos del abrigo.

Precediéndome el italiano, atravesamos unos pasillos y llegamos á un salón; pero de este salón ya no me acuerdo, ó no lo vi dibujado en mi fantasía ó se borró la imagen. Unicamente sé que me quedé solo; que el italiano entró á avisar á la señora Duce, que pasó mucho tiempo, que nadie venía, y que al fin, como despertando de otro segundo sueño, me acordé de mis cinco millones y me puse á correr por toda la casa llamando á voces á todo el mundo. ¡Trabajo inútil! La casa estaba desierta y desamueblada y la antesala limpia por completo; ni sillas, ni lámpara, ni perchero, ni abrigo: la puerta de la escalera abierta.

Por la puerta salí y por la escalera bajé pidiendo á gritos que acudiesen todas las autoridades gubernativas y judiciales de Madrid. Pero Madrid se había quedado tan desierto como la casa del timo; ni carros, ni coches, ni tranvías, ni gente,

ni una sola pareja de orden público: en esto también el sueño iba pareciéndose á la realidad. Corría calles y calles, y no encontraba á nadie: ó todo Madrid se había muerto; ó todos en comunidad se habían marchado á la Pradera del Santo á repartirse alegremente los cinco millones de mis derechos teatrales.

Aquí empezó ya la pesadilla á ser pesadilla y á ser penosísima.

Madrid, tan lleno de vida, muerto; todo el mundo cómplice del robo; el fruto de mi trabajo, el porvenir de mi familia, estafado indignamente por una combinación diabólica de las cinco partes del mundo.

Al fin, no sé dónde, porque aquel Madrid que yo recorría sin sombrero y sin abrigo y dando gritos, no era el Madrid que todos conocemos, sino una población fantástica y borrosa; al fin, digo, tropecé con un agente de orden público, al cual le conté lo que me pasaba, y él me dijo que le acompañase al gobierno civil. Y al gobierno civil le seguí, sin caer en la cuenta de que el taimado y encontradizo agente de la autoridad era otra creación de mi cerebro ó de alguno de sus rincones que se había propuesto embromar á toda la masa encefálica.

Aquella noche llevaba sin duda en mi cabeza, á un imbécil y á un tunante, y entre los dos me estaban haciendo pasar un mal rato.

Llegamos, pues, al supuesto gobierno civil, es decir, á un caserón viejo y sombrío, á donde, según mi acompañante me aseguró, las oficinas de policía habían sido trasladadas.

No recuerdo el portal, no recuerdo la escalera, ni recuerdo el vestíbulo, ni sé cómo me vi dentro del caserón, ni sé lo que se hizo del agente de orden público: este es otro desgarrón de mi memoria, otro agujero negrísimo de aquel sueño. Lo que sí recuerdo es, que me vi corriendo por unos pasillos muy negros y muy estrechos, sin puertas ni ventanas á ninguna parte, y sin que nadie acudiese á mí por más que yo pedía justicia á voz en cuello. Aquello era otra trama, otra maquinación,

otra infamia nunca vista. La pesadilla se hizo dolorosísima y por todo estremo angustiosa. Yo corría y corría, y llamaba y amenazaba con el bastón, porque en esta última parte de la pesadilla yo llevaba un bastón en la mano; pero, ¿á quién amenazaba si no había nadie? ¡Qué sé yo! Al espacio, á las paredes, á seres fantásticos.

Al fin, al dar la vuelta á un pasillo, vi venir hacia mí un bulto: tenía forma de persona y tamaño de persona también, pero no era persona; era un monigote muy grande *de cristal de colores*.

Pero era persona porque andaba y gesticulaba desordenadamente y se puso á bailar delante de mí.

No era un ser temeroso ciertamente, y, sin embargo, me puse á temblar; sentí mucho frío, y la pesadilla llegó á su período álgido.

Al fin, una especie de furor ciego se apoderó de mí y empecé á dar de bastonazos al monigote, haciéndole mil añicos que cayeron al suelo—que entonces reparé que era de mármol—desmenuzándose en otros mil cristales.

Dime á correr queriendo salir de aquel edificio, pero sin conseguirlo; siempre corredores y más corredores, pasillos y más pasillos: el dichoso gobierno civil era una maraña, un laberinto sin salida; y á cada paso me salían nuevos monigotes de cristal danzando con una flexibilidad maravillosa á pesar de ser tan quebradizos y tan rígidos.

Ellos á danzar delante de mí y á burlarse de mí con sus muecas de cristal cuajado; yo á romperlos á bastonazos; y los pedazos de cristal á caer sobre el mármol y á romperse más y más.

El sueño ya no era pesadilla; era delirio: los corredores cada vez más negros y más estrechos: el suelo cada vez más lleno de vidrios y cristales: los monigotes de cristal brotando de todos los rincones y encrucijadas y convirtiéndose en turbas sin fin que yo no me cansaba de hacer trizas; y la pesadilla sin señales de llegar á su fin; al contrario, cada vez más co-

rredores y más cristalería y angustias y ansias más intensas.

No sé cómo ni por qué desperté; pero la pesadilla me dejó rendido y con un sentimiento indefinible de horror, de rabia y de repugnancia.

*
* *

Y como ya supongo que mis lectores tendrán una buena jaqueca si no tienen una buena pesadilla, aquí termino el presente artículo, asegurando que cuanto en él he dicho es exacto y verdadero; que nada he querido añadir á lo que realmente sentí ó soñé: y que estos recuerdos de hoy—como todos los que llevo escritos—ó, mejor dicho, los que llevo dictados, no tendrán más que un mérito, pero éste lo tienen: una sinceridad absoluta.

José ECHEGARAY.

LA PRENSA INTERNACIONAL

Blancos contra negros.

A medida que el prejuicio de raza se borra y concluye por desaparecer en la vieja Europa, parece tomar, por el contrario, nueva vida en la joven América. Allí mismo tiene derecho á otro nombre que el de prejuicio: es un odio espantoso en su origen, manifestaciones y consecuencias, que anima á los blancos contra los negros. No puede perdonarse á estos últimos los progresos que han realizado, su ascenso en la escala social. No puede olvidarse que esa raza despreciada y aborrecida, horda de esclavos hace treinta años, posee hoy 25.000 profesores en su enseñanza elemental, 500 ministros del Evangelio formados é instruidos en sus propios seminarios, 300 abogados, 400 doctores y 200 periódicos; y que sus propiedades acumuladas, pueden estimarse en más de cincuenta millones de libras esterlinas (1.250 millones de pesetas.)

Este inesperado desarrollo ha llenado de temor á los blancos: los antiguos esclavos hacíanse temibles, é importaba oponerse inmediatamente á su emancipación. Los procedimientos usados fueron: falsificar de un modo sistemático los escrutinios, para privar á los negros del ejercicio efectivo de sus derechos electorales, organizar un sistema de carruajes que permite robar y á la vez insultar á los negros en los ferrocarriles; prohibir el matrimonio entre el hombre blanco y la mujer de color.

Pero esas no son aún sino medidas empíricas y cuyos resultados hubiera sido preciso esperar sobrado tiempo. Los impacientes no se conformaban con eso, y apelaron en seguida á los grandes recursos. Esos medios nos presenta el Sr. C. F. Aked en la *Contemporary Review*, reduciéndose en realidad á uno solo: declarar pura y simplemente fuera de la ley toda la raza negra.

El Sr. Aked traza el cuadro más asqueroso de las barbaries ejercidas contra los negros, con la complicidad, por lo menos tácita, de los gobernantes. No existe la ley para ellos. Una muchacha es condenada á seis meses de cárcel por una riña. La falta de pago de la multa y de las costas, eleva á diez y ocho meses su detención. Durante ese tiempo sirve de instrumento de placer á los carceleros, quienes dos veces la hacen madre; la vez primera da á luz un niño muerto, á causa de que por no haber podido terminar su faena diaria, *la colgaron de los dedos pulgares*. De un informe emitido por el señor G. W. Cable en el Congreso penitenciario de Kentucky, resulta que entre 215 presos condenados en Georgia á penas superiores á diez años de reclusión, sólo había *quince* blancos. Esta proporción es la misma en todos los Estados del Sur.

En 7 de Octubre de 1892, una muchacha (Mildred Brown), declarada culpable de homicidio, fué á la horca en Colombia por haberse negado el gobernador Tillmann á conmutar la pena: no tenía *trece* años de edad. En el Alabama ahorcan por homicida á un niño negro, de *diez* años.

Pero si la administración regular de justicia comete esos crímenes, ¿qué diremos de las venganzas de la muchedumbre, y de las tremendas aplicaciones de la ley de Lynch?

«Durante estos diez últimos años, dice el Sr. Aked, se ha *lynchado* en los Estados Unidos á más de mil hombres y mujeres negros. Y esas atrocidades no se limitan á los Estados del Sur: el Estado de New-York ha tolerado en su territorio esas infamias, sin hacer nada para castigar á sus autores.

»En 1882 fueron muertos por las turbas 52 negros; en 1892

elevóse á 160 ese número; el año pasado hubo de subir á 200. En la Carolina del Sur fueron *lynchados* en 1893 13 negros, en Georgia 16 y en Alabama 27. Estas atrocidades han seguido en los primeros meses del año actual una progresión ascendente tan grande que parece llamado á llevar la primacía de lo abominable en este punto...

»A las mujeres las *lynchan*, y á veces con una barbarie inconcebible. En 1886, una negra fué acusada de haber envenenado á su señora, en Jackson (Tennessee), era cocinera. Se la detuvo y condujo á la cárcel para juzgarla. Pero entraron á viva fuerza en la prisión las turbas, condujeron á la infeliz al patio interior, arrancáronla los vestidos y la ahorcaron. Todo esto pasó con el mayor descaro; nadie fué detenido, y ni siquiera se trató de castigar á los criminales. Más adelante se supo que el envenenador era el marido de la víctima, y que la pobre negrita no tenía nada que ver en el crimen.

»Seis años después, por una acusación del mismo género, tan poco examinada y probada como la primera, *lyncharon* á una negra de quince años en Bayville (Luisiana); y cinco meses más tarde, en Jonesville, en el mismo Estado, ahorcaron de un árbol á un niño de catorce años, rematándolo á tiros de fusil, *por haber sospecha de si su padre habría muerto á un blanco.*

»Un día, encuéntrase un cadáver; hay que ahorcar á alguien por eso. Se sospecha de un hombre de color, Hastings, pero consigue huir de sus perseguidores. Estos se apoderan de la hija y el hijo del fugitivo (un chico de diez y seis años): ahorcan á los dos, y los fusilan al mismo tiempo. En el mismo año, una mujer (una negra, naturalmente) es ahorcada en el puente del ferrocarril de Hollendale (Mississipí), acusándola de complicidad en la muerte violenta de un blanco, amante de ella.»

Estos ejemplos se multiplican hasta lo infinito. En la aldea de Ecchio, cerca de San Antonio, se acusa á una mujer de haber envenenado á un niño. Apodéranse de ella; estaba criando á un hijo, y se defendía enérgicamente contra la acusación de

que era objeto. Sin sombra de juicio, sin querer ni oirla, preparan un suplicio espantoso. Esos miserables toman un tonel y clavan en las duelas largos clavos con las puntas hacia adentro; luego meten en él á la infeliz, enloquecida, aullando de terror, y lo hacen rodar desde lo alto del monte. Durante media milla corren detrás del tonel, gritando, vociferando, pegándole puntapiés para acelerar la velocidad. Luego extraen de allí una masa ensangrentada é informe, que había sido una mujer: cuelgan de un árbol esos despojos, y descargan contra ellos sus revólveres y escopetas.

En 1.° de Febrero de 1893, Henri Smith, de París (Texas), se ve acusado de la muerte de una niña después de violarla. Nadie piensa ni siquiera en preguntarse si realmente será culeable. Se comienza por exponerlo en las calles. Ciérranse las escuelas, para que maestros y alumnos puedan asistir á la ejecución; se organizan trenes especiales, de modo que todo el distrito tenga tiempo y medios de tomar parte en la fiesta. Difundióse en el país el rumor de que Smith sería quemado vivo, y era grandísimo el interés por presenciarlo. Se alza una plataforma de diez pies de altura, y en ella ponen al infeliz. El mísero es golpeado sin compasión, hacen pedazos su camisa, y los espectadores se los disputan como recuerdos. Suplica que lo fusilen, pero los verdugos son inexorables. El padre y dos tíos de la niña asesinada principian el tormento: quémanle con hierros hechos ascua primero los pies, luego las piernas, el pecho y los ojos de la víctima; le meten esos hierros enrojecidos en la garganta. Sólo entonces llevan combustible, untan de petróleo el cuerpo de Smith y le prenden fuego.

Diez y nueve días después era quemado vivo en Texaskana el negro Edward Coy, acusado de tentativa de homicidio.

En el mes de Febrero último, en Crawford, condado de Oglethorpe (Georgia), unos individuos enmascarados entran en casa de un hombre llamado Collins, le sorprenden, le quitan las ropas y le maltratan á latigazos tan cruelmente que fallece de las resultas. Acusábanle de excitar á *otros negros* á que

abandonasen su trabajo. Esos otros negros eran ni más ni menos que *sus dos sobrinos*.

En el mes de Marzo, se acusa de homicidio y robo con escalamiento y fractura á un negro, en Strandsberg, y lo detienen. Cinco días después, las turbas fuerzan las puertas de la cárcel, se apoderan de un negro y lo ahorcan: no era el mismo á quien buscaban. En el mes de Abril de este año, en Tuscumbia (Alabama), detienen á tres negros sospechosos de haber prendido fuego á un hórreo *en el mes de Mayo anterior*. Durante la ausencia del *sheriff*, un grupo de 200 personas arranca á la mujer de este último las llaves de la cárcel, coge á los tres negros y los ahorca. La prensa local no tuvo más que elogios para la rapidez y habilidad con que se había ejecutado esa *jugarreta*.

Los motivos que para excusar tales fechorías invocan en América la prensa y el púlpito son la sobreexcitación de la multitud en presencia de los atentados cometidos por los negros contra las mujeres y los niños, en especial contra niñas muy pequeñas. Un obispo protestante escribía en el *Forum*, en el mes de Octubre del año anterior, que si aconteciese eso á sus hijos sería tan feroz como la muchedumbre que quema vivos á los presuntos reos. Pero eso no es más que un pretexto, y es muy fácil demostrarlo. Del total de negros *lynchados* de diez años á la fecha, los acusados de ese crimon están la proporción de *un tercio* (269 por 800). En el año 1892, de 160 *lynchados*, sólo se acusaba á 46 de violación. Entre los 16 *lynchados* en Georgia en 1893, acusábase á 3 de delitos contra las mujeres, á 4 de tentativas, á 1 de lesiones y á 8 de homicidio; entre los 27 del Alabama, hubo 7 por delitos contra la honestidad, 4 (entre ellos una mujer) por haber incendiado una alquería, 4 por robo y 11 por homicidio.

En el Tennessee, en 1893, iban las turbas á caza del negro Lee Walker, acusado del delito de violación de una mujer. Vieron á otro negro que huía delante de ellos, gritáronle que se detuviese, y al verle huir más deprisa le mataron á tiros de fusil.

En Clinton (Alabama) fué ahorcado un hombre de color, en el mes de Agosto de 1891. Acusábanle de haber asesinado á un niño pequeño. Mientras el cuerpo se balanceaba en la rama de un gran árbol, los concurrentes cogieron sus aparatos fotográficos y sacaron instantáneas. Una de las pruebas, acompañada de una inmunda carta llena de injurias, fué remitida «con recuerdos de la comisión» al juez Tourgee, que había denunciado ese acto de barbarie.

Por supuesto, según el Sr. Aked, esos pretensos atentados de los negros contra las mujeres blancas limítanse en la mayor de los casos á relaciones íntimas consentidas en absoluto por ellas. La prensa americana del Sur combate con furor este parecer; y aun los mismos americanos del Norte ven en él un insulto infundado á sus compatriotas femeniles de los Estados del Sur. Pero no faltan partidarios á las opiniones del autor. La directora de una gran casa de maternidad, que recibe á 2.500 mujeres al año, declara que es imposible concebir el grado de abyección hasta el cual se rebajan ciertas mujeres para beber. El juez Tourgee aflrma también que en el caso del negro Edward, quemado vivo en Texakrana, existían relaciones voluntarias de más de un año de duración, y la mujer era de costumbres disolutas.

¿Y qué puede responderse razonablemente á las reivindicaciones de los hombresde color? En efecto dicen éstos: «Haced leyes tan terribles como queráis contra esa figura de delito; inventad tormentos, decidid que se dará la muerte por los medios más espantosos. Remontaos á los más bárbaros castigos de las épocas más bárbaras, si creéis deberlo hacer. ¡Pero, ante todo, probad el crimen! ¡Ahorcad, fusilad, quemad, si la civilización americana lo exige; pero comenzad por juzgar!»

Sin embargo, el estado general de los ánimos no parece dar esperanzas de que sean atendidas estas quejas tan legítimas. No cabe duda ninguna de que las predicaciones de los pastores y los artículos de los periódicos están de parte de los verdugos contra las víctimas. El *Iowa State Register* escribe:

«El editor del *Register* se declara solidario del acto cometido por los ciudadanos de Ottumwa que han *lynchado* al bruto Gustafson; y ayudará en persona á ejecutar análogos castigos por crímenes tan horribles, todas las veces que se presentare ocasión. ¡Los niños inocentes é indefensos deben ser protegidos por todos los medios!»

En cuanto á los raros periodistas que se exceptúan de esta regla desconsoladora, no puede formarse idea de la excesiva timidez con que se expresan. El Sr. Hoss, editor del *Christian Advocate*, el periódico más importante de la Iglesia metodista en el Sur, escribe esto: «En la semana pasada, el Jurado concedió en el Estado de Kansas una indemnización de daños y perjuicios, por la suma de *dos dollars* (diez pesetas), á un negro cuyo hijo fué ahorcado injustamente por la muchedumbre en el mes de Abril. Esperamos que esta sentencia los (*dos duros* de daños y perjuicios) *señale el comienzo de un mejor estado de cosas.*»

El problema de los sexos.

El problema de las relaciones entre los sexos, planteado desde hace muchísimo tiempo, es en la actualidad objeto de acaloradas discusiones en la prensa inglesa. Esta cuestión candente, que en Europa no se trata sino de una manera reservada y que escandaliza á tantos pudores, no ha hecho retroceder, sin embargo, á la púdica Albión.

El Sr. Beswicke Ancrum la examina hoy á su vez, en la revista inglesa *Westminster Review*, con tal audacia de pensamiento y tanto vigor de forma, que hemos tenido que atenuar ciertos pasajes por temor de ofender en los lectores á sentimientos de delicadeza, quizá exagerados, pero siempre respetables.

Ante todo, el autor advierte que el público actual en Inglaterra sólo admite esas relaciones en tanto que existen con la sanción de las leyes civil y religiosa; fuera de estas preci-

sas condiciones, no son más que una cosa vil, impura, degradante, un pecado mortal.

Es lo cierto que la sociedad es en extremo moral en Inglaterra. Enorgullécese de poseer la monogamia más estricta, que une á las partes contrayentes hasta la muerte de una de ellas, ó por lo menos hasta la sentencia de su divorcio. Tal como funciona, esta institución aparece como la verdadera base de la prosperidad nacional; y toda tentativa para modificarla en sentido de una libertad más grande, acógese como un crimen contra las leyes divinas y humanas. Todas las relaciones entre el hombre y la mujer que no se encierran dentro de los límites de esta institución se vituperan con el nombre de «pecado de impureza», y la sociedad es implacable con los pecadores.

A decir verdad, su venganza no hiere más que á la mujer; porque el hombre, en la inmensa mayoría de los casos, llega á salir indemne de las más graves responsabilidades. Sin embargo, á veces el código social consigue castigarle á él también; y pudieran citarse casos de hombres reducidos á la miseria, á la desesperación, hasta al suicidio, por la aplicación de este decreto inquisitorial: «No tienes derecho á amar por detrás de la Iglesia y fuera de la ley.»

Pero, ¿quién dirá los sufrimientos de la mujer? La sección de noticias de los periódicos está llena de dolorosos relatos de esos tormentos. No pasa día sin leerse en ella cómo una pobre joven soltera se ha arrojado al agua por desesperación de haber sido seducida, ó cómo, en un momento de extravío, ha asesinado otra á su hijo ilegítimo. En cuanto una mujer se ha desviado de la senda de la virtud (según la frase consagrada), nuestro inflexible sistema de monogamia exige que se la agobie bajo la pesadumbre de las maldiciones, de los ultrajes y de las injurias. Echasele en cara su crimen, se la declara indigna de mezclarse con la sociedad de las personas honradas, y se cubre de oprobio, no sólo á ella, sino á su familia: es la deshonra proclamada por la opinión pública entera. Esa implacable severidad ha hecho más daño que todos los vicios juntos;

pues á las pobres mujeres que han sucumbido una vez, y á quienes anima el vivo deseo de volver al buen camino, se les impide para siempre jamás, por el anatema que á despecho de ellas mismas vuelve á sumirlas en el vicio. El eminente historiador y moralista inglés Sr. Lecky estima en 50.000 el número anual de esas víctimas de una sociedad sin entrañas; pero el Sr. Beswicke Ancrum triplica esta suma, elevándola hasta 150.000, según los datos más recientes.

¿Acontece lo mismo en los demás países? A la mujer caída, ¿se la coloca en todas partes, como en Inglaterra, en la imposibilidad definitiva de redimirse del vicio y de la miseria, á los cuales la ha conducido su primera falta? La cuestión merece la pena de examinarse, pues no conviene que el remedio sea á ciencia cierta peor que la enfermedad.

La forma de relaciones sexuales conocida con el nombre de poliandria es objeto del mayor desprecio entre los actuales pueblos europeos, como la última palabra de la inmoralidad. Sin embargo, sin retrotraernos á tiempos pretéritos en que tan floreciente estaba, la encontramos hoy aún en naciones relativamente civilizadas, en Ceylán, en Malabar, en el Thibet; en este último país, los misioneros moravos han hecho más que excusarla. Por supuesto, en esos pueblos orientales, la monogamia parece tan monstruosa como á nosotros la poliandria, según lo hace constar Herbert Spencer en sus *Principios de Sociología* (I, 635, 638, 677).

Sabido es el halagüeño cuadro de las costumbres de los peruanos bajo el dominio ilustrado de los Incas. Uno de los últimos supervivientes conquistadores españoles escribía á la cabeza de su testamento que: «la población se distinguía por su sobriedad y su industria; que el robo era allí desconocido; y que no hubiera podido hallarse en todo el país ni una sola prostituta». Sin embargo, no sólo era práctica corriente la poliandria, sino que una mujer casada no quedaba deshonrada de ninguna manera por haber probado lo que nosotros llamamos el fruto prohibido. En cuanto al Inca mismo, no sólo no se

le imputaba eso como un crimen, sino que se lo recomendaban de consuno la religión y las leyes. Su reina debía ser tratada por él como hermana y como esposa, y esta es una práctica de la cual nos dan numerosos ejemplos las naciones más cultas de la antigüedad. Sin deducir de ello ninguna consecuencia precisa, el autor hace constar, sin embargo, que los autores más respetables, Westermarck, Herbert Spencer, Tylor, Morgan, Mac Lennan, sir John Lubbock y otros muchos, son de este parecer: «La verdadera relación de los sexos entre sí es un problema no resuelto aún, que ha variado bajo todas las latitudes y en todos tiempos, desde el salvaje hasta el hombre civilizado.»

«Antes de seguir adelante, añade el autor, quisiera llamar la atención acerca del ejemplo de los hebreos de los tiempos antiguos. Los que consideran como revelados por el Creador los libros del Antiguo Testamento, no dejarán de conceder alguna importancia á mi argumentación.

»No pueden sostener que nuestra forma de monogamia, igual en duración á la vida misma, sea una regla divina é inmutable establecida para la humanidad de todas las épocas y en todas condiciones. Por el contrario, se ven obligados á admitir que en la época de los patriarcas (sin remontarse al período antediluviano), y durante centenares de años, la poligamía y el concubinato fueron benditos por la Divinidad. Abraham, que disfrutaba de un modo tan particular del favor y de la confianza divinos, que era llamado «el amigo de Dios», no sólo se casó con su semi-hermana *(Génesis,* XX, 12), sino que también tuvo concubinas *(Génesis,* XXV, 6), sin contar á la sierva de su mujer, Agar la Egipcia, con la cual se casó por obedecer los deseos de Sara. Como todo el mundo sabe, Jacob se casó con dos hermanas, sin contar sus dos siervas Bilhah y Zilpah. David, «el hombre según el corazón de Dios», tuvo multitud de mujeres y de queridas. Y los excesos del sabio Salomón en esta materia fueron vituperados, no por el número de mujeres que componían su serrallo (aunque 1.000 sea

una cifra espantosa), sino por haber cometido el desacierto de amar á mujeres de raza extranjera é ilícito trato, moabitas, ammonitas y otras, que le incitaban á la idolatría. Respecto á las ciudades lejanas no pertenecientes á esos pueblos, los israelitas tenían orden formal del Señor, en caso de captura después de un asedio, de tomar para sí las mujeres de los vencidos *(Deuteronomio*, XX, 10; XXI, 10-14).

»Conviene recordar que el concubinato era una institución reconocida y legítima: la concubina era una esposa de segunda fila, cuyos derechos estaban asegurados por la ley. Smith, en su *Diccionario de la Biblia*, declara que «la posición de la concubina entre los hebreos puede compararse á la que ocupaba en la Iglesia cristiana primitiva, consistiendo la única diferencia entre ella y la mujer legítima en el hecho de que su unión no estaba de acuerdo con la ley civil; pero, á los ojos de la Iglesia, esta unión era perfectamente válida». Los romanos reconocían también el concubinato, y Augusto llegó á autorizarlo de un modo expreso por una ley. Para los romanos, dice lord Mackenzie *(Roman Law,* VI, 119), el matrimonio era una unión libre, fundada en el consentimiento mutuo, y que tenía término por voluntad de una ú otra de las partes.

»El concubinato siguió siendo una institución legal hasta la época de Justiniano, y prolongóse su costumbre en el Oeste, entre los francos, los lombardos y los germanos; durante algún tiempo, el mismo clero fué concubinario sin oponerse nadie.

»Si la poligamia (ó la *poliginia*, para hablar con más exactitud) hubiese sido juzgada como pecaminosa, no cabe duda que la Biblia la hubiera condenado sin distingos. Pues bien; en ella no se encuentra nada de eso, y San Agustín declara expresamente que la Biblia no la condenaba. Por su parte, dice Lutero que no habiendo prohibido Cristo la poligamia, tampoco podía prohibir el tomar más de una mujer.

»Entre los merovingios, los reyes practicaban sin escrúpu-

los la poligamia; y los sacerdotes imitaban su ejemplo. Carlomagno tuvo por lo menos dos mujeres á un tiempo, y además numerosas concubinas (Croke, *Introduction á Horner v. Liddiard,* páginas 110-130), lo cual no ha impedido á la Iglesia canonizarlo.

»Gracias á la poligamia, dice el Sr. Canon Isaac Taylor, los países mahometanos ignoran la existencia de esas degradadas de profesión, cargo más grave contra el cristianismo que la poligamia contra el Islam. La poligamia estrictamente reglamentada de los musulmanes es infinitamente menos degradante para la mujer y menos injuriosa para el hombre, que la poliandria cuyos desbordamientos manchan á las ciudades cristianas.»

No se le oculta al autor que la tesis en pro de la cual combate promoverá contra él innumerables recriminaciones. Pero toma su partido de antemano, con la idea de que trabaja para aliviar una de las peores miserias que oprimen á la humanidad.

Por supuesto, el obstáculo más insuperable parécele que procede de un falso concepto de la idea de pureza, muy difundido. La pureza, tal como en la actualidad se imagina, es decir, limitada estrictamente á las relaciones matrimoniales sancionadas por la ley, le parece un contrasentido. El matrimonio no podría purificar lo que fuese impuro fuera de él, y esta misma impureza la niega enérgicamente el autor. Admitirla, sería negar y calumniar á la vez el amor, el más noble de los sentimientos de que aún es capaz nuestra pobre especie humana. Sería también cerrar los ojos y endurecer los corazones contra la pasión que constituye el móvil dominante de los actos humanos; en fin, sería condenarnos á no ser sino unos hipócritas y embusteros, pues, quiérase ó no se quiera, la naturaleza seguirá siendo siempre más fuerte que todos los convencionalismos sociales.

«¡Seamos puros (añade); pero, en nombre de la razón y de la moral, no aparentemos ver una culpa allí donde sólo existe

la satisfacción de nuestros deseos más naturales, y guardémonos de confundir la pureza y la castidad! Si con esta última palabra, en el sentido que por lo común se le atribuye, es preciso comprender la abstinencia total del amor, entonces la castidad no es una virtud. Mucho tiempo ha, los socialistas han emitido acerca de este asunto una opinión razonable, y entre ellos debo citar á Bebel *(La mujer en los tiempos pasados, presentes y futuros...)* Los individualistas están conformes acerca de este punto con los socialistas...»

Véase lo que el Sr. Knight *(Crucero de «El Halcón»)* dice acerca de las mujeres del Paraguay:

«Tienen los labios bien dibujados, voluptuosos los ojos, y andan por las calles con paso lleno de gracia, vestidas con una túnica blanca y un chal también blanco... Estos simpáticos paraguayos son hospitalarios, buenos, honrados; y *aun cuando el matrimonio se considera entre ellos como muy poco necesario para dos jóvenes de sexo diferente que quieren vivir juntos en lo sucesivo*, son muy constantes en sus afectos. Las jóvenes solteras del Paraguay, como las salvajes heroínas de Byron, son fieles hasta la muerte, dulces como palomas, dispuestas á dar la vida por su amante. Lo que con más particularidad he advertido es el carácter alegre y jovial de esta amable é inocente raza... En este país nadie encuentra nada vergonzoso en un amor ilegal.

»Esta expresión está muy mal escogida. Los amores de esos inocentes paraguayos no son *ilegales*, por la sencilla razón de que nadie ve en ellos nada vergonzoso. Esas relaciones son francas, reconocidas y honrosas. Entonces, ¿dónde está la impureza, dónde el pecado? ¡Que ignoren el mayor tiempo posible los males de nuestra civilización, la monogamia, la prostitución, el tribunal de los divorcios!»

Resumiendo; el autor hace constar que la verdadera relación de los sexos entre sí es un problema no resuelto aún; que es ridículo considerar legítimas esas relaciones si las sanciona el Estado, y culpables si no están sancionadas por él; que la

sociedad, y en particular la inglesa, ha causado á la humanidad el mayor daño al proscribir esas uniones más ó menos duraderas, que han subsistido siempre junto al matrimonio; que los males que hoy sufre la humanidad provienen en gran parte de ese concepto erróneo de la relación entre los sexos, y que todos cuantos se indignan ante tales monstruosidades tienen el deber de procurar por todos los medios posibles su destrucción.

El Sr. Beswicke Ancrum termina declarando que si las ideas que ha expuesto inducen á ciertas personas á reflexionar acerca de estas materias más hondamente que hasta hoy, no será inútil haber escrito su artículo.

E. LACORDAIRE.

Tratamiento gratuito de los enfermos por el Estado.

Mucho tiempo ha que la imaginación socialista se preocupa de la supresión de los honorarios que la humanidad se ve obligada á pagar á los médicos. La *Neue Zeit*, órgano del socialismo científico de Alemania, ha desarrollado uno de los numerosos proyectos que tienden á ese fin. Parece que los sueños tienen alas. La fantasmagoría de ayer llega á ser una cosa seria hoy y una realidad mañana. Suiza es quien ahora hace el gasto de la experimentación de una de las aspiraciones más vehementes de los socialistas de Estado. ¿De qué se trata, en resumen? «Hay que suprimir, dicen los socialistas, el pago de los honorarios reclamados por los médicos, transformando á estos últimos en funcionarios del Estado.» ¿Y cuál es el medio de efectuarlo? Proclamar gratuitos los cuidados médicos, los medicamentos, las casas de salud y los hospitales, y pagar dotaciones fijas á los médicos.

A la cabeza del movimiento se ha puesto el Sr. Greulich, secretario obrero, es decir, el representante oficial de las sociedades obreras, reconocido y pagado por la Confederación suiza. Acaba de redactar y elevar una petición que tiende á

completar el art. 34 de la Constitución federal de la manera siguiente:

«La Confederación proveerá para que la población obtenga gratuitamente los consejos y cuidados médicos, así como los remedios; concederá subsidios á los cantones para cuidar gratis en los hospitales á las personas sin recursos y para crear casas de salud.

»Con este objeto, introduce el monopolio del tabaco...»

Esta petición, que bien pronto tendrá 50.000 firmas, se discutirá probablemente en las próximas reuniones del Consejo federal. Podrá fracasar el proyecto; pero, en vista de la simpática acogida que le ha hecho el pueblo suizo, no caba duda de que concluirá por vencer todas las resistencias.

Resumamos ahora, según el Sr. H. Mayer *(Revue Socialiste)*, uno de los más distinguidos escritores de la Suiza socialista, los argumentos hechos valer, ante los delegados obreros reunidos en Zurich, por el Sr. Greulich, autor del antedicho proyecto.

Para el Sr. Greulich, el *seguro contra la enfermedad y los accidentes* es tan insuficiente como defectuoso, y se impone como completamente necesario suyo el servicio médico gratuito. Los Sres. Moser y Schmid, peritos nombrados por el gobierno federal, han llegado á la conclusión de que ese servicio *gratuito* concedido á los tres millones de habitantes suizos costaría más de 34 millones de francos, siendo las principales partidas las siguientes:

	c
Cuidados médicos	9.390.000
Remedios	11.200.000
Sostenimiento de los hospitales	12.126.000
Gastos de administración	1.744.000

Estas cifras parécenle muy exageradas al Sr. Greulich, y se declara pronto á aceptar el cálculo hechos por médicos como Schuler y Moser, quienes fijan en 8 francos por año y per-

sona los gastos de enfermedad. Dejemos á un lado los detalles relativos á las cifras de los gastos actuales hechos por los municipios suizos, y digamos tan sólo que, según los iniciadores del proyecto, los gastos de esa reforma se elevarían á 24 millones de francos; y deduciendo poco más de ocho millones que los cantones desembolsan ya para hospitales, quedan algo más de 15 millones, los cuales quedarían cubiertos con el monopolio del tabaco.

»Los médicos serán retribuidos por el Estado. Los cantones pagan á los ministros del culto, encargados de la cura de almas. La Confederación, dice el Sr. Greulich, pagará á los ministros de la salud corporal, repartiéndolos equitativamente en el conjunto del territorio y creando así una especie de parroquias médicas ó circunscripciones sanitarias.

»La higiene pública ganaría muchísimo con ello, pues en lo sucesivo el médico con sueldo fijo tendría más interés en precaver las enfermedades que en curarlas. Las familias ricas tienen su médico habitual y las va bien. Con el tratamiento gratuito de los enfermos, la familia más indigente tendrá el suyo, pagado por el Estado y al servicio de todos, como hoy el maestro y el sacerdote. Las gentes poco acomodadas, los pobres vergonzantes (y también los campesinos, que escatiman hasta el empleo de un céntimo) vacilan en llamar al doctor. De ese modo, ¡cuánta salud echada á perder, cuántas fuerzas y vidas se destruyen!...»

Los médicos oficiales recibirían un sueldo de cuatro ú ocho millares de francos, variable sin duda según los años de servicios y el coste de la existencia, que no es lo mismo en todas partes.

Pasemos á los remedios. El Dr. Moser ha calculado que los medicamentos son á los honorarios del médico como 64,6 por 100. El autor del proyecto admite unos ocho millones de francos de gastos por 1.220 médicos que necesitaría Suiza, además de los 300 que ya paga el Estado. Pero los gastos en medicamentos podrán disminuir muchísimo con la creación de los

laboratorios federales, que surtirían de medicamentos mejores y más baratos.

Y ¿qué harán los farmacéuticos? Unos pasarán al servicio del Estado, y el resto se dedicarán buenamente á cualquiera otra cosa que no sea desollar á sus contemporáneos.

En resumen—dice el Sr. Greulich:—el Estado, aunque pagase más de los quince millones, no daría sino la mitad de la suma que tan inútilmente gasta con el ejército.

El nombramiento de los médicos por el Estado, ¿no creará una nueva plantilla de empleados? Es poco probable—responde el Sr. Greulich;—tanto más, cuanto que los médicos serán electivos. El pueblo será sencillamente quien *elija* á su médico para un período de *seis* años (como en varios Cantones, á los maestros de escuela y á los pastores protestantes).

Tal es el esqueleto de ese proyecto, que está á la orden del día entre los simpáticos montañeses de la Helvecia. Añadamos que á los médicos no les hace maldita la gracia el último engendro socialista.

El Dr. Dind critica enérgicamente la concepción del señor Greulich, en su informe á la *Sociedad Valdense de Medicina*.

El tratamiento gratuito de los enfermos pretende este último que es un salto demasiado grande hacia lo desconocido: los gastos pudieran ser dobles ó triples de la cifra indicada por el Sr. Greulich. Aparte de eso, los enfermos se verán obligados á recurrir al doctor designado por el Estado: pues bien; ya se sabe qué papel representa la confianza personal en las relaciones entre médicos y enfermos. El pueblo, queriendo tener á los médicos lo más cerca posible, les obligará á habitar en las localidades más pequeñas: el médico oficial prudente, encajonado en su distrito y teniendo que satisfacer ante todo á sus electores, se librará muy bien de salir de él para visitar á un enfermo que le llame de otro distrito próximo. Cosa más grave; el médico de moda estará agobiado de trabajo, mientras que otro colega esté cruzado de brazos; y ¡los dos cobrarán los mismos sueldos!

En fin, dice el Dr. Dind, ¿cómo podrá un médico defenderse de los clientes cuyas pretensiones sean exageradas respecto al número y hora de las visitas, ó respecto á la elección de los medicamentos? Pacientes hay que pretenderán no poder curarse sin málaga, champagne ó coñac. ¡Cuántas probabilidades de ser reelegido tendrá el médico que los recete á mares! ¡Qué derrota en perspectiva para quien los prescriba moderadamente!

Cosa más grave aún, dice el Dr. Dind: la creación de médicos oficiales traerá consigo de un modo *fatal* una diminución del valor científico de la clase médica. La competencia, que tanto bueno produce en medicina como en todo, desaparecerá por completo; y los médicos con sueldo fijo de antemano, no pudiendo ganar nada más con un aumento de trabajo, lo tomarán con cierta dosis de indiferencia que no dejará de ir de rechazo contra la salud nacional.

«Los médicos libres, que el proyecto del Sr. Greulich se ve obligado á admitir, son quienes representarán la cultura científica; y á ellos se acudirá... pagando, porque nadie, ni aun los pobres querrán al médico oficial totalmente desacreditado.»

A esto vendría á parar esa reforma, según el Dr. Dind.

Dígase lo que se quiera, la iniciativa del Sr. Greulich merece llamar la atención de todos los demás pueblos. Nacida en el terreno de una filantropía noble y bien entendida, se esfuerza por facilitar á los pobres y á los enfermos el auxilio médico, cuya falta se deja sentir á menudo de un modo cruel.

Esta tendencia al tratamiento gratuito parece respirarse en el aire. Una Revista rusa nos hace saber, en uno de sus últimos números, que la ciudad de Wolsk estudia un proyecto en virtud del cual un arrendatario general, por una suma fija pagada por el municipio, se obligará á preparar 6.000 recetas que se despacharán gratis, y sólo cobrará 20 ó 25 céntimos por cada fórmula más del resto de los medicamentos que la ciudad necesite.

No cabe duda que la institución del tratamiento gratuito tiene sus lados defectuosos; pero, ¿qué institución humana carece de ellos? A pesar de todo, tiene algunos buenos lados innegables que la recomiendan á la atención de los legisladores sensatos de todos los países.

Traducción de la *Revue des Revues*, por

EL LICENCIADO PERO PÉREZ.

CRÓNICA INTERNACIONAL

Elecciones de Italia y victorias de Crispi.—La crisis de Hungría y la desgracia de Kalnoky.—Las leyes represivas de Alemania.—Triunfo de la libertad germánica y situación falsa del Emperador.—Imposibilidad de una guerra europea y gravamen de los armamentos sobre las naciones.—Inteligencia de Rusia y Alemania y Francia en los asuntos orientales.—Dificultades para la paz surgidas en Formosa.—Los reyes del Oriente de Europa.—Serbia y Bulgaria.—Milano y Natalia.—El bautizo griego de la princesa búlgara.—Dificultades de los reyes.—Conclusión.

El hecho capital de esta corriente semana es el triunfo de Crispi, incontestado é incontestable. Jamás precedió á elección alguna tanto número de calurosos discursos. Desde la extrema derecha del partido liberal hasta la extrema izquierda, se anudó una grande alianza, tácita, y por lo mismo espontánea, muy temible para el gobierno, pues los aliados no abdicaban de sus respectivos principios, y todos á una convencían en el ataque cerrado y en el asalto ciego al enemigo común. Para que nada faltase á esta guerra, cuestiones de honra se mezclaban tristemente con ella, y arremetían al ser y á la vida, no de los cuerpos que pasan, de las almas que á todo sobreviven. Préstamos impuestos por necesidades muchas veces ajenas á la política; domésticos asuntos matrimoniales; secretos de familia; cosas particularísimas

concernientes al hogar se han visto en la colada por culpa de un hombre público, Giolitti, que acaso ignora cómo la calumnia cae sobre las alturas con sus mefíticas nieblas y ataca sin misericordia ni compasión á los grandes. Quien ha estado en el poder ó en la gloria; y cree, sin preservarse bien de la mentira, todo cuanto dicen arriba los célebres unos de otros, y abajo los humildes y oscuros de todos sin excepción, francamente, no merece ningún género de consideraciones y de respetos por su desconocimiento del mundo y de las tristes asperezas que lo cruzan y de las siniestras sombras que lo entenebrecen. Pero, dejando aparte, por asquerosos y mal olientes, con su fealdad y su hedor propios, los escándalos relativos á la vida privada ó particular de los políticos y gobernantes italianos, precisa convenir en que sus numerosos enemigos de la derecha y de la izquierda exigían grandes responsabilidades á Crispi y á su ministerio por haber antes de sazón disuelto las Cortes y antes y después de disolverlas ejercido prerrogativas por la Constitución vedadas al poder ministerial, incurso en el manifiesto achaque de indebida é irreparable usurpación del poder legislativo que representa con pleno derecho, por su origen y por su amovilidad, á la opinión pública nacional. Desde político tan gran patricio y noble como Rudini, hasta político tan gran demócrata y tribuno como Cavallotti, han acusado á Crispi de una semidictadura incompatible con sus principios é historia, é inaguantable por una reciente nación como Italia, hecha por la libertad y para la libertad en el mundo. Con efecto, lo mismo al reprimir la insurrección de Sicilia, que al gobernar en el prolongado interregno parlamentario, que al extraer del pueblo las contribuciones consideradas indispensables, no sintió Crispi ningún género de opresiones y escrúpulos en arrogarse facultades privativas del Parlamento é imponerse á todos en guisa de dictador. Reducidos los discursos de sus contradictores á tan capitales acusaciones, Crispi ha creído de su deber ofenderse, y con grande amargura y bajo la cruel ofensa, de-

fenderse sin piedad. Fuerte y nervudo; muy silencioso y por ende reflexivo antes de hablar, y solemne mientras habla, y arrogante después de haber hablado; sus gruesos labios, que os engañarían, por parecer de un orador afluente, sus saltones ojos de profunda penetración, su cuerpo erguido de setentón incontrastable, su cráneo lustroso y abultadísimo como el cráneo de Bismarck; su bigote, algo rubio y pobladísimo; su resuelto aire y su fornido cuerpo recuerdan los cancilleres á la moda germánica, tan prontos al debate de los Congresos como al duelo de las guerras. Crispi ha defendido la disolución del Parlamento, alegando que lo había reunido para legislar, y él se había dado á escandalizarse y á escandalizar con innegables calumnias, fundadas en múltiples mentiras infames; y ha defendido la política dictatorial, sus percepciones de tributos no legitimados, los cambios de domicilio impuestos á innumerables infelices desasidos de su hogar y de su familia, la costumbre del odioso legislar de real orden, por la necesidad en que se ha encontrado, ante la insurrección siciliana, de combatir la guerra con la guerra, y por el profundísimo desorden é indisciplina en que había dejado la debilidad de sus antecesores y la inercia del Parlamento á la hoy triste y afligida Italia. Después, volviéndose hacia sus contradictores ausentes, cual Cicerón á Marco Antonio, ha dicho con arrogancia que así en Africa como en América, donde quiera se haya pronunciado el nombre de la patria bajo su mando, en las penas infligidas por mano militar á los enemigos de Abisinia, en las reclamaciones hechas á Marruecos, en los tratos con pueblos y gobiernos de las Indias occidentales, ha puesto muy alto el principio de salvadora equidad á que debe responder una política, la cual, bajo apariencias engañosas de dictadura, por sus enemigos exagerados, representa siempre la moderna libertad y sirve al humano progreso. Resumamos. En el teatro Argentina, rodeado de muy entusiasta oficial público, entre plácemes y aplausos más ó menos interesados, el presidente Crispi ha pronunciado, pues, un discurso de combate y expedido un reto arrogantísimo

á sus contrarios en las cerradas arenas del próximo Parlamento creado á su imagen y semejanza. Trescientos diputados amigos cuenta y no suman la mitad todas las oposiciones reunidas, incluso la oposición radicalísima del socialismo italiano, muy combatiente y militante. Yo no aplaudo en Crispi los excesos á que su política se diera, defendiendo el poder de su gobierno y la autoridad de su Estado. Pero sí digo que su fortuna en las elecciones, como su duración en el poder, se comprenden y explican por la necesidad universalmente sentida entre las democracias contemporáneas de ser gobernadas dentro de leyes que ellas han dictado y con derechos indispensables á su vida por una mano fuerte, á quien mande una voluntad enérgica. Delante del vago socialismo, arremetiendo con todo y empeñado en que para combatir el capital se puede acabar con las libertades humanas tan preciosas, y sumergirnos en bárbaras ideas materialistas sin perjuicio de alentar la intolerancia religiosa, ya combatiendo á los judíos ó ya combatiendo á los clérigos, no queda otro remedio sino erigir un gobierno verdaderamente demócrata y conservador para librar la revolución de sus mayores enemigos y de su más temible peligro: las tristes agitaciones permanentes al uso, sin causas claras que las determinen y sin finalidad concreta que las justifiquen. ¡Cien veces feliz aquel que complete una democracia libre con un gobierno fuerte!

Ante un suceso como éste, pierden todos los demás importancia. Sin embargo, no deja de alcanzarla, y grande, la crisis de Hungría, que ha concluido por la dimisión de Kalnoky, célebre caballero moravo, conocidísimo por dirigir hace ya tiempo las relaciones austro-húngaras en el gabinete de Viena. Desde los comienzos de la nueva Hungría reina el partido liberal allí, combatiendo sin tregua por dar al poder civil sus facultades necesarias y contrastar en el religioso invasiones dentro de asuntos que no le conciernen. Los magnates húngaros, muy patriotas en todo lo relativo á la nacional independencia, no sienten el entusiasmo por la libertad que sienten por la

patria, olvidados de que sólo al soplo de las ideas liberales hubiera podido resucitar Hungría, y sólo por las ideas liberales, triunfar de sus tiranos y establecer el régimen parlamentario en su nación. Así le costó un triunfo al partido liberal obtener de la Cámara senatorial, compuesta por los magnates, el matrimonio civil; y ahora suda el quilo para obtener los progresos que completan y perfeccionan la libertad religiosa. Por ejemplo, el cuerpo legislativo patricio no quiere admitir la subvención del presupuesto á varios cultos y menos conceder la dignidad de ciudadano al húngaro ajeno á toda idea religiosa y no inscrito en los cultos reconocidos oficiales. Este derecho, gozado por nosotros, de poder pensar como á uno le plazca y creer lo que le plazca sin detrimento de las ventajas congruentes con el carácter de ciudadanía reconocido á cada español, en tales términos al patriciado allí desatina, que resiste su admisión ahora con resistencia rayana en rebeldía, siquier no salgan del terreno legal y del dominio parlamentario, pues quien franquea los límites de la prudencia, comete un verdadero crimen. Siempre se perdieron las aristocracias por estas ciegas supersticiones contra el derecho, encastilladas dentro del privilegio. No ha conocido el mando aristocracia ninguna flexible y progresiva más que la inglesa. El mismo patriciado de Roma, tan grandemente político, se petrificó en sus tradiciones, y dió con esta petrificación origen tanto al combate histórico entre las clases romanas como al nefasto advenimiento de los horribles Césares. Al estudiar Polonia, Hungría, Venecia misma, el historiador imparcial atribuye aquellas desgracias históricas que las arruinaran y las perdieran al orgullo vano de un patriciado intolerante. Y esta soberbia trae hoy en grave trance político á todos los húngaros. En cuanto los eclesiásticos vieran en los nobles tal proceder á favor de sus privilegios, aprovecháranlo con su natural destreza, y pidieron para mantenerlos al Nuncio su intervención directa. El Nuncio no podía negársela, según toda lógica natural, pues por algo representa en Viena y Pesth, las dos capitales aus-

tro-húngaras, al Vaticano; é intervino, y al intervenir, no procedió por aquellos modos, ni usó de aquellos medios procedentes en lo complejo de su ministerio, algo nacional en todos los pueblos católicos por cuanto el Nuncio tiene de príncipe ungido dentro de la Iglesia nuestra; y algo, aunque parezca incompatible con lo anterior, de diplomático, por cuanto personifica un poder que en extraña nación y en extranjero Estado reside. Nada tan lógico y natural como que hubiera el Nuncio de Su Santidad en Austria-Hungría dirigídose al gobierno y puéstole de manifiesto lo por él temido y recelado, ya en reflexivas notas secretas, ya en conversaciones privadas con los ministros y con los soberanos. Pero no tuvo esta corrección; antes bien se fué desde Viena, en lo más crudo de la resistencia del patriciado magyar, al palacio del Primado, y allí, en banquete casi laico, vaso en puño, ante una mesa que no se parecía mucho á la mesa del altar, y regocijadísimo por los vapores del champagne, que tienen escasas analogías con los vapores del incienso, echó su cuarto á espadas, como cualquier senador ó par de Hungría, en los asuntos litigados, y atizó la llama del incendio parlamentario como cualquier despechado clubista. Todavía el orador sagrado, hecho todo un orador político, guardaba en los labios la vibración de su discurso, irreverente á la Cámara de diputados, pues había ésta, en debates y votaciones célebres, admitido la reforma rechazada en la Cámara de los nobles, cuando saltó en el Parlamento la natural é indeclinable interpelación. El Sr. Banffy, jefe del ministerio húngaro, se quejó desde Pesth, por telégrafo y en cifra, del Nuncio al ministro de Relaciones Exteriores, á Kalnoky, é inmediatamente obtuvo de Kalnoky, por telégrafo y en cifra, una respuesta calmante, diciéndole cómo había reclamado del atrevimiento cometido por su delegado y del entuerto hecho á la paz pública, interviniendo por modo laico en los asuntos de carácter político-religioso, tratables sólo entre los altos cuerpos y poderes del Estado. Pero Banffy cometió la misma falta por él imputada en aquella sazón á la

imprudente arenga del Nuncio. Contestando á lo dicho por el diputado interpelante, comunicóle sin reservas y en solemne debate lo dicho por el ministro de Estado. Saber el ministro en Viena que los secretos de Estado andaban por los suelos del Parlamento en Hungría, y enviar á las hojas oficiales acerbas censuras de los dichos del ministro de Pesth, fué obra todo ello de un minuto; así como saber el censurado la censura y tomar el tren más rápido á la capital del imperio para presentarse al emperador y decirle cómo se había exacerbado el conflicto, fué obra también de una indecible celeridad. Resultado: que Kalnoky había escrito á Roma las quejas consiguientes al discurso del Nuncio; pero no pasaba por la publicación de estas quejas, derogatorias de todo ritual diplomático. No tenía remedio: Francisco José estaba en el caso de decidir en aquel inesperado litigio. Y creyó concluirlo por conciliación. A nadie pueden maravillar las esperanzas del emperador con respecto á conciliación, cuando se pasa la vida conciliando las regiones de su imperio, cosa tan difícil como aquella operación diaria de su gran predecesor Carlos V, que se pasaba la vida poniendo de acuerdo los discordes relojes de su celda en Yuste. Mas no pudieron el ministro de Pesth y el ministro de Viena conciliarse, resultando á la postre que Kalnoky se vió precisado á dimitir su cargo y el Nuncio locuaz requerido por el Vaticano para que se personase allí y diera cuenta en secreto de su proceder en público. No puede negarse que un exceso de celo en el delegado apostólico resultóle contraproducente al buen señor y le trajo á sus enemigos ruidosa victoria, poco aquistable quizá en el caso de mayor prudencia y mesura por su parte. La libertad religiosa é intelectual habrá ido adelante, y dádose otro paso en la senda del progreso humano sin más holocausto ni sacrificio que la cartera del ministro Kalnoky, acompañada con la nunciatura de Mons. Agliardi.

Pero si esto en Austria sucede, no suceden cosas menos extraordinarias en Alemania. También ha sufrido un amago de

golpe mortal en el vasto Imperio la santísima libertad natural de nuestro pensamiento y de nuestro espíritu. Con ocasión y por motivo del terror trasegado de pueblo en pueblo á las horribles explosiones dinamiteras y á los escandalosos discursos y propósitos de tanto anarquista como pulula por Europa, diéronse leyes excepcionales por todos los Parlamentos, encaminadas á exorcisar la nube de tales errores y reprimir la criminalidad de tan increíbles actos. No podía exentarse del contagio de estas leyes Alemania, cuando habían caído en ellas desde nuestra España, tan libre, hasta Suiza, tan admirada por ejemplo raro de una democracia gobernante. Pero, al acometer tal empresa el germano ministerio, no tiró tanto á herir las teorías y las escuelas anarquistas, como á herir el derecho de nuestro espíritu y la expresión del pensamiento humano con entera é incontrastable libertad. Cuando buscamos una característica breve á cada nacionalidad, solemos decir con frecuencia: Italia, la nación del arte; Inglaterra, la nación del comercio; Francia, la nación del ideal revolucionario; España, la nación del descubrimiento oceánico; Alemania, la nación del espíritu y la conciencia libres por causa de la reforma y de la filosofía. Pues á este carácter capital de Alemania se dirigía el tiro disparado por el proyecto, monstruosamente reaccionario. Un grito de alarma corrió desde las orillas del Rhin hasta los mares del Norte ante amenaza tan grave á todos los principios de la civilización y á todos los derechos del alma. Jamás ha oído gobierno alguno clamoreo semejante. Los pensadores en sus libros, los sabios en sus laboratorios y en sus museos, los catedráticos y los estudiantes en sus Universidades, los publicistas en sus periódicos gritaron en coro y conmovieron al Parlamento. Cierto día el ministro de la Guerra germano, en ingeniosísimo diálogo con el diputado Bebel, una de las tres personas componentes del directorio comunista, parecido á nuestro Dios en ser Trinidad, si bien trinidad de diablos, como se quejara de que todo el número excesivo de soldados y todo el peso abrumador de armamentos iba dirigido por el gobierno contra

ellos, contestóle con oportunidad y gracejo aquél: «¿Contra vosotros los soldados? Contra vosotros me sobra con los mangueros.» Pues contra las ideas anarquistas basta con los códigos vigentes; el proyecto de represión exagerada y absurda, iba contra las ideas liberales. Digan cuanto quieran los analistas, acostumbrados á menospreciar las fórmulas generales de antiguo; si aquellos comentadores de la *Suma* nos dieron los conceptos de la soberanía nacional; y aquellos teólogos hispánicos de la centuria décimasexta nos dieron los conceptos de nuestro libre albedrío; y aquellos enciclopedistas denigrados por la reacción repartieron todas las ideas filosóficas, desde lo abstracto y lo científico, en sentido común; y Rousseau infundiera en los corazones el sentimiento revolucionario y proclamara los derechos humanos el patriciado francés en la noche del 4 de Agosto de 1789; quien formuló el concepto fundamental del derecho con toda claridad y lo inscribió con su mano al frente de la ciencia y lo inspiró al espíritu de la democracia moderna, fué sin duda el fundador de la filosofía crítica, el inmortal Kant, á cuyo sistema rendirán homenaje todas las generaciones por haber sondeado el espíritu y haber puesto sus límites naturales al humano conocimiento. Y la nación capaz de desarrollar y extender el espíritu moderno desde los sermones de Lutero hasta los libros de Kant, retrocede hoy asustada con razón ante su propia obra y reniega del mayor tesoro de sus glorias. Por fortuna el Parlamento germánico no tiene nada de servil, aunque intenten hacerlo servir á sus miras emperadores más ó menos sesudos y cancilleres más ó menos reaccionarios. Así, no obstante la fracción, ministerial de todos los ministerios, allí muy numerosa; no obstante aquel centro reaccionario y ultramontano, en acecho siempre para lanzarse de golpe, como ave carnicera, sobre cualquier aleteo y vuelo de las ideas progresivas, ha marrado en el Reichstag la ley de represión intelectual, como no saliera del Reichstag la ley sobre sobre pública enseñanza, también dirigida por un reaccionario como Puttmaker á extin-

guir las ideas nuevas en su oriente y ahogar las generaciones progresivas en su cuna. Y de las resultas del fracaso, ¡qué situación la situación del Emperador! Si cede al Parlamento y no lo disuelve, ¡cuán humillación! Si lo disuelve y tiene que apelar de nuevo á los comicios, ¡cuál riesgo! Ha pasado en Alemania con las libertades necesarias lo mismo que ha pasado en Bélgica con el sufragio universal. Como dos factores de su política muy peligrosos, los sendos partidos socialistas de una y otra parte han defendido tan salvadores principios, el sufragio y la libertad; ellos sacan los provechos consiguientes á esta justísima defensa. Hubiéranse las libertades públicas establecido en Alemania cuando se fundara su revolucionaria unidad sobre la derrota de Austria y en compañía de dos naciones tan progresivas como Hungría é Italia, rematadas en aquel momento, aceptando la una el pacto célebre de su inmortal Deak y recibiendo la obra Venecia, hubiérase tal cosa hecho á su debido tiempo, y no aprovechara hoy la libertad á los socialistas; como si, en vez de oponerse al sufragio el gran partido liberal belga en la sazón de su triunfo, no sirviera su extensión y universalidad al socialismo, sirviera, y mucho, al orden público y á las instituciones liberales. Quitar el derecho humano de la moderna sociedad equivale á quitar el oxígeno de nuestra vital atmósfera.

Alemania no podría recaer en el absolutismo sin recaer antes en la guerra. Un combate nuevo afortunado por mayor extensión territorial; una victoria definitiva sobre sus dos potencias rivales en Oriente y Occidente, sobre Francia y Rusia; un óptimo arreglo para ella que atribuyese magna porción del imperio turco, en la hora del entierro de tan grande coloso á su aliada el Austria, y que le permitiera con el territorio de esta y también con el territorio bávaro acabar de redondearse; á la verdad anegaría en una gloria sin ejemplo el derecho de todos, y no dejaría en los horizontes germánicos nada más que un astro, el imperio, aglomerando y confundiendo la suma total de los alemanes sin excepción en sus gloriosísimos

reinos. Esto sucedió después del triunfo en Versalies: la modelación de Alemania por el vencedor como cántaro en fabricación obediente al índice del alfarero. Mas luego, tras las las victorias deslumbradoras sobrevienen heridas penosas. El presupuesto se resiente al exceso de los tributos. La creación del trabajo se nubla y anochece al gravamen de las cargas públicas. Echase de menos el resplandor de la libertad en los ojos cerrados á toda luz. El alma forcejea en los hierros como salta en la jaula el ave. Y se pide, porque la necesitamos todos, se pide la libertad. Esto sucedió en Alemania. Mientras vivieron los tres organizadores de la guerra, ofuscaron las ideas del derecho en las aureolas del triunfo. Pero, en cuanto apareció un emperador, como Guillermo II, que no había peleado ni vencido, tuvo que soltar á su reaccionario Bismark, el cual solamente le aportaba dificultades por sus viejas resistencias, y que reemplazarlo con el progresista Caprivi, el cual se apresuró á entrar en el derecho común y á suspender las leyes excepcionales y los estados de sitio. Ha querido ahora restaurar la reacción y no lo ha logrado. Para el recabamiento de su antiguo poder no queda más camino al imperio que una guerra de conquista coronada por una victoria de provecho. Pero no están de tal humor los pueblos, y si dejan que los arme á su guisa el imperio, en cambio no alientan empresa bélica ninguna con los latidos de sus corazones patriotas y con los asentimientos de su opinión soberana. Si no fuera cosa de dolor y llanto, seríalo de burla y chacota este armarse y armarse á la continua el mundo europeo, y erigir en cada colina fortalezas, y coronar con cañones las fronteras, y hacer de sus ciudadanos un ejército para mejor asegurar la paz, turbada, no por combates fortalecedores, por una paralización en el ocio de brazos jóvenes indispensables á la industria y al trabajo. Puede Bulgaria devolver á Rusia con ingratitudes negras la empresa de su reconquista; encontrarse la mano de Italia en todas las resoluciones de los irredentistas austriacos; expedirse mutuamente retos ó desafiarse

Inglaterra y Francia por el Níger y el Congo y Madagascar y Siam y Egipto: no suena jamás la hora del combate, como si esta pesadumbre del armamento quitase toda posibilidad al esfuerzo. No estaban poco unidas Rusia y Francia para que ahora se interponga como nudo de alianza entre las dos el imperio alemán, cuando tal alianza no se ha urdido y anudado para ningún objeto más que para colgarlo á él. No ha cometido bastantes torpezas Francia en sus hercúleos trabajos coloniales, para que ahora las colme con eso de importarle mucho la seguridad de Rusia en su Siberia china, y no importarle su propia seguridad amenazada en la isla Formosa y en el archipiélago de los Pescadores. Francamente, una triple alianza en favor de Rusia, demasiado agrandada por el extremo Oriente, y en favor de China, cuando la hemos combatido por todos los cuatro costados y descuartizádola en sucesivos desmembramientos, no puede comprenderse al examen de un bien organizado criterio y de una circunspecta crítica. Forzar la mano del Japón á despedir frutos de sus victorias, tan bien ganados como la península de Liau-tung, y luego abrirle con generosidad esa mano antes cerrada para que recoja islas y archipiélagos donde no ha peleado y que quizá no ha merecido, parécenos desatada locura. Imposible, dados tantos y tales errores, el impedir una complicación grave y nueva que dejase de traer consigo tristes daños. Así, Mandchuria, de donde las potencias unidas han echado á los japoneses, todavía no está evacuada; y Formosa, donde los conquistadores no han todavía sentado la planta, está ya cedida con toda solemnidad al Japón. Mas parece que los formosinos ahora surgen todos en escena con sus almas propias dentro de los respectivos almarios, y no se dejan albardar por las tres potencias europeas, y menos ceder á nadie, como si fueran ellos un ganado y su patria su aprisco. ¿Qué hará Francia, metida tan irreflexivamente dentro de la nueva triple alianza? Si pasa porque los japoneses permanezcan en Mandchuria y no vayan á Formosa, ya puede contar con

una enemistad tan implacable de Rusia como la enemistad sentida por los ingleses hacia ella desde que no quiso ayudarlos en Egipto y luego comenzó á moverse por las zonas del Congo y del Níger, disputándole influjo y poder en tierras numerosas coloniales ó colonizables. Si consigue ventajas para Rusia y desventajas para ella misma, descargando de peligros y menguas á su imperio amigo en Puerto Arturo ó en Wai-has-Wai, y cargándolos sobre sus hombros con una ejemplar abnegación, poco á poco el sentimiento público francés irá sublevándose contra las imprevisiones del gobierno, y podrá pasarle á éste un caso tan adverso como el sucedido á Ferry en sus desgracias y en sus desventuras del Tonkín. Al concluirse un mes como este mes de Mayo, y presentarse un fenómeno tan grave como la resistencia de Formosa y de los formosinos, que han proclamado una república en tres días, á cumplir lo convenido entre China y Japón, que interrumpieran y desbarataran las tardías intervenciones de nuestras grandes potencias europeas, no podemos prometernos una clara serenidad por el lado muy oscuro de los problemas orientales. Porque si Rusia, Inglaterra y Francia le han permitido al Japón el acaparamiento de Formosa y Pescadores en cambio á la Mandchuria y al protectorado sobre Corea, y no pueden lo prometido cumplirle, ¿qué podrá suceder aquí ahora?

La reserva del pueblo y gobierno británicos despierta grande interés, y con sobrado fundamento. No puede, no, dudarse que Inglaterra les adelanta mucho á los demás pueblos en esto de relaciones internacionales, por animarlas y sostenerlas el sentimiento público y la opinión general como en ninguna otra parte. Pidió el gobierno inglés una intervención de todas las potencias europeas en la tremenda guerra oriental cuando comenzaba esta calamidad, á la hora del oportuno intervento, y nadie quiso atenderle. Cuando la guerra tomara proporciones enormes y las conquistas se concluyeran tras esfuerzos gigantes, los desapercibidos se apercibieron á la interven-

ción, é invitaron mal y tarde á la desairada Inglaterra para que conviniera en modificar un tratado concluido entre las dos potencias mantenedoras de combate titánico sin auxilio de nadie, y que, por ende, sin consejo de nadie lo concluyeran y terminaran por un tratado de paz. Y ahora, la muy hábil Rusia, cuya diplomacia consiste hoy en valerse del Estado y pueblo francés mientras los necesita, y dejarlos en las astas del toro si no los necesita, se vale de los franceses hasta embarcarlos en maniobras contrarias al interés de tan inexpertos republicanos, muy sabedora de que tras los franceses irían los alemanes á entrarse donde no los llaman y á sustentar lo que no les importa. Y querían que Inglaterra se desviviese por la conservación en manos rusas del dominio en Tartaria y Mongolia, dirigido contra China de una parte, y de otra parte contra las posesiones inglesas en Asia. El retraimiento de la gran potencia colonial y mercantil y marítima está muy justificado, pues hartas dificultades tiene dentro de su política interior para que vaya en su política exterior á traerse un grande peligro sobre sí con el aumento en Asia de la tierra y dominios moscovitas. Es admirable cómo se mueven los resortes del gobierno inglés y qué flexibilidad, mezclada con resistencia, patentizan. Hallábase tras los comienzos de la primavera última el primero, como llaman allí al presidente del Consejo, en cama; la reina en Francia; cada ministro por su lado; la mayoría de veinte votos en diaria disminución; y entre todas estas dificultades, hase votado un presupuesto verdaderamente democrático y leídose en la Cámara de los Comunes el proyecto de separación entre la Iglesia y el Estado en tierra de Gales. Así, aquella inquietud reinante sobre Irlanda se ha disipado, pues el pueblo mártir, de sobra tiene ya sabido cómo las gastan los ingleses, que se rehusan á las reformas cuando no están maduras y las aceptan y hasta las formulan y las disponen y las votan, así que no pueden pasar por otro punto, dejándolas, ya intactas, ya en perdurable permanencia, menos frágiles y pasajeras en su triunfo cuanto más com-

batidas y contrastadas en su aparición. Así, después de haber mantenido en un equilibrio, inestable casi, la mayoría escasísima de los Comunes, y haber fracasado en las reformas irlandesas por culpa de las leyes, hanse revuelto contra éstas los ministros y el partido liberal, mas sin odio y sin ira, pidiendo á la opinión soberana, en vista de múltiples experiencias, unas alteraciones que hagan de muralla tan impenetrable al progreso como la Cámara patricia una especie de viaducto lanzado sobre los abismos para que puedan pasar sus reformas progresivas, desde las fórmulas abstractas en teorías más ó menos sabias, á las leyes prácticas que mejoren la sociedad y continúen la vida. Es indudable; la Cámara de los Comunes deberá disolverse pronto, y el cuerpo electoral, reunido en los comicios, decidirse, ó por una política en que lo mantenga todo en su estado presente, ó por una política que cercene corruptelas antiguas del atraso, y dando á cada ciudadano un voto, exigencia incontrastable de aquella democracia progresiva y liberal, arremeta con los lores, disminuyéndoles en poder, sin quitarles el brillo externo y el aparato majestuoso y el carácter histórico de que tanto gusta Inglaterra, donde patriciado y monarquía lucen mucho, pero pueden poco. Tan persuadidos están los mismos lores del acabamiento y fin suyo inevitables, que á sus más jóvenes herederos, genuinos príncipes y reyes, como los antiguos patricios y senadores romanos, si les toca una senaduría por herencia, estando en la Cámara popular, en la Cámara de diputados, en la Cámara democrática, permanecen tranquilos allí mismo, y no sienten gana ninguna de pasar al santuario donde habitan unos dioses, que, á la manera de los paganos cuando el paganismo se moría, no guardan de su autoridad y de su grandeza nada más que un falso y moribundo brillo. Paso en Inglaterra, como en todas partes, á la democracia y al progreso.

Las rarezas de Alemania no pueden medirse ni contarse. Hoy, al morir el siglo décimonono, existen allí dos ducados Meklemburgos, cortos por sus habitantes y sus dimensiones,

los cuales ducados nos ofrecen resto de feudalismo tan extraños como esos fragmentos arrancados á viejos edificios que suelen flotar en la corriente de un río salido de madre y arrastrando los estragos hechos por él mismo en sus desvastadoras inundaciones. Allí hay clases como en cualquier imperio asiático y no puede pasarse desde la una por modo alguno á la otra, separadas como están por seculares privilegios mantenidos en supersticiones inextinguibles. El duque confunde su propio tesoro con el público erario, y así no hay ovejas tan al ras esquiladas como los vasallos del petrificado señor. Con decir que hace un ferrocarril porque le da la realísima gana; y se ignora quién posee las acciones y con cuál dinero se mantiene, pues compra y vende tales obras públicas sin dar á nadie cuentas jamás, dicho se ha todo. Así la deuda con relación al número de habitantes, los cuales no llegan á cien mil en cada Estado, resulta ocho veces mayor que la inmensa y abrumadora deuda del resto de Alemania. Ningún labrador puede llegar á propietario. Nadie vende, ni compra sino el soberano, y en su nombre, por expedir él solo patentes de oficio. Crimen de lesa majestad matar una res de los cazaderos ducales. El ciervo soberano destruye los sembrados y rumia las praderas, sin que se atreva el campesino á defender el campo. Se nace allí legislador como se nace rey; se necesita ser caballero para ser diputado. Son ochocientos; pero sus dos monarcas les reunen á su guisa en el menor villorrio, con el propósito de que no tengan donde alojarse y así dejen de acudir á la convocatoria. No quieren ni la representación de sus cortesanos. Vestidos en el género federico, de chupa blanca y casaca roja y sombrero acandilado y calzones cortos y medias lustrosas y zapatos de charol con hebillas áureas ó argénteas, andan como en carnaval buscando posada y no la encuentran. Para mayor claridad tienen derecho á disponer de la palabra todos á un tiempo en las sesiones. Aconsejan, pues el soberano propone y resuelve. Dan un baile al año, y como todos hablan, todos bailan. Y luego el partido socialista pide reformas. ¿Dónde se hallan los

labriegos que no arman guerras contra estos señores feudales?

Por Oriente las monarquías recién desgajadas del Imperio turco no pecan de feudales, como algunas de las monarquicillas restantes á la sombra del Imperio alemán; pero los régulos de aquéllas, más ó menos jóvenes y recientes, más ó menos redivivas y regocijadas, dan quince y falta en materia de aventuras políticas á sus congéneres y colegas de las demás zonas europeas. Entre todos los matrimonios, divididos y separados y en riña por los Balkanes, con seguridad no hay ninguno, ni todos sumados, que costase tantas lágrimas y tanto dinero como el regio de Serbia, generador del joven Alejandro, ahora reinante. Por si habían de vivir bajo el mismo techo unas veces Milano y Natalia; otras veces por si habían de divorciarse armaban guerra civil tan intensa, que á ella iban reunidos mil incidentes difíciles, como golpes de Estado, apresamiento de ministerios en la corte cual en un bosque, declaraciones de mayor edad regia hechas contra el texto de la Constitución y de las leyes, descrédito de la clerecía griega por haber sancionado canónicamente separaciones de los cónyuges, no fundadas ni en la religión, ni menos en la moral; demandas de dinero por el rey á cambio de abdicaciones del trono y hasta de renunciar á la ciudadanía: los más inverosímiles hechos y los más encontrados contratiempos. Mas ahora vuelve triunfante Natalia con aires soberanos al palacio de su hijo, y Milano se lleva entre las uñas, connaturales á su regio nombre, otro residuo del malbaratado presupuesto. Y todos contentos á una, todos menos los esquilmados pueblos, á quienes anuncian, entre fiestas reales y aumentos de listas civiles y decretos de pensiones cortesanas, otro nuevo empréstito.

Pero, si el rey de Serbia va mal, no va mejor el príncipe de Bulgaria, Fernando Coburgo y Orleans, quien fué al trono ascendido después que Battemberg lo abandonó, al verse á su vez abandonado éste de Rusia, que le alzara un trono, como

aquel trono incipiente, y traicionado por los mismos que habían hecho su nombre mote del pabellón popular y su persona personificación del Estado nuevo. Protegido del Austria, que sobre Bulgaria ejerce la natural atracción de las distancias, y enemigo de Rusia, que sobre Bulgaria ejerce la natural atracción de las moles, encuéntrase tal cuitado en perturbaciones continuas como los imanes en las líneas del Ecuador. Así existe un partido muy entusiasta por la reconciliación inmediata con Rusia sin detrimento del Austria y bajo el gobierno de Fernando. Pero este partido exige la conversión del príncipe desde la religión católica nada menos que á la religión griega. Orleans por su madre, Coburgo por su padre, naturalista de afición y príncipe oriental de oficio, no sentiría grandísimos escrúpulos al separarse de su Iglesia; pero la mujer, infanta de dinastía borbónica y devota del antiguo régimen, se resiste mucho á la conversión. Y no le repugna solamente por cambio de fe, le repugna por el ritual del bautizo consuetudinario en la iglesia griega. Esta no se contenta con el agua vertida sobre la cabeza de sus catecúmenos, el óleo aplicado al cuello y al oído, la sal en los labios; exige una sumersión completa, un baño de cuerpo entero en el agua lustral ó bendita. Así fuera el bautizo de San Juan Bautista. Y por tal razón le llamaron al que temprano se baña. Y temprano se bañó en el Jordán. La princesa de Bulgaria tendría que desnudarse ante todo el clero, y sumergirse, la infeliz, con el traje de nuestra primera madre, delante del clero, en la concha bautismal. Y parece no estar de humor para repetir el cuadro de Susana y los viejos.

Tuvo que hacerlo así la princesa hereditaria de Grecia, el día que cambiara la religión luterana por la religión helena, y hubo mil ó más leguas de mal camino. Por cierto que la dinastía helena, de origen danés, hase mucho envalentonado sobre su exótico trono de Atenas; y su prestigio crece todo cuanto menguan las primeras repúblicas. No le sucede al rey de Grecia lo que á su padre y señor el rey de Dinamarca. Este viejo príncipe alemán, semejante, allá por sus mocedades, en ri-

queza y bienestar, á nuestros maestros de escuela, y ascendido al trono cuando se acabó la dinastía legítima y antigua, se ha dado trazas tales para colocar á sus hijas é hijos, que una está casada con el príncipe de Gales, otra con el riquísimo duque de Cumberland, otra es madre del emperador de Rusia, otra mujer de un Orleans, mientras reina en Atenas un segundón suyo y el primogénito se apercibe á recobrar el trono de su padre, jefe de tan excelsa y numerosa familia. Pero si el rey de Dinamarca con tanto acierto casó á sus hijas, no se unió él con acierto parecido á su nación en el matrimonio político que contraen los reyes constitucionales con las naciones respectivas al aceptar los códigos impuestos por sus pueblos. Andan siempre á la greña Dinamarca y su rey. Así, debe admirar éste mucho á su nieto Nicolás II de Rusia, quien dice por boca de un predicador muy oído, en sermón de paralelos entre Alejandro I, muy liberal, y Alejandro III, muy reaccionario, que no habrá en el mundo moscovita quien pueda toser al Imperio absoluto y á la Iglesia ortodoxa. Bien está eso para los rusos, muy mansos, mas no son los escandinavos de tan buena composición como los moscovitas, pues á las puertas de Dinamarca existe un embrollado nudo tal entre Noruega la democrática y el sueco rey Oscar, que bien puede concluir en tragedia.

Emilio CASTELAR.

CRÓNICA LITERARIA

Los Poetas épicos cristianos (Dante, Tasso, Milton), por doña Emilia Pardo Bazán.

El progreso de los estudios históricos va desahaciendo las leyendas. Los diligentes investigadores de los archivos, que van sacando á luz, de entre el polvo secular en que yacían, los documentos de otras épocas, se emplean muchas veces en labor de iconoclastas. Los desvelos eruditos van relegando á segundo término la pintoresca y brillante procesión de figuras encantadoras ó dramáticas en que se había cristalizado el sentimiento poético de muchas generaciones y que durante siglos han exaltado la fantasía y han hecho palpitar el corazón de tantos hombres. El polvillo dorado de las alas de la brillante mariposa, cae al contacto de la mano que quiere palpar aquellas bellezas intangibles. Pero la leyenda conserva su valor, aun después que la crítica deslinda los hechos reales de los legendarios. Queda reducida en verdad á un símbolo, á una expresión poética de la realidad, pero en ocasiones refleja mejor la significación íntima y el carácter distintivo de los personajes ó de los sucesos á que se refiere, que los pormenores

indubitables que nos suministran los documentos más fehacientes.

De los tres egregios cultivadores de la poesía á cuyo estudio consagra la señora Pardo Bazán su libro *Los Poetas épicos cristianos,* dos han pasado por esta rectificación de leyendas. Los amores del Alighieri con Beatriz Portinari y la pasión del Tasso por Eleonora de Este pertenecen ya á la categoría de las consejas poéticas y hasta puede añadirse que poco ó nada amengua esto el interés que inspiran los dos grandes poetas italianos. El cantor de la primera Cruzada, tal como nos le presentan sus últimos biógrafos, poseído de la manía persecutoria y de la locura de las grandezas, dominado en sus últimos años por el temor á la Inquisición, poseído siempre de esa susceptibilidad exagerada y de ese amor propio excesivo, que tan frecuentes son en las personas de gran inteligencia y de fantasía muy viva, resulta tan conmovedor como si nos le figuramos perseguido por cortejar á princesas de Ferrara. Y en cuanto á Dante, la Beatriz ideal de sus escritos, no necesita tomar su significación de los amores del poeta por una dama florentina. Tiene un sentido más alto, y hasta, si se quiere, más poético, si, como piensa la señora Pardo Bazán, desarrollando brillantemente su tesis, representa las *amadas del entendimiento,* el amor intelectual, que se produce por escisión de un impulso que no es puramente físico, cuando se ve reducido el sentimiento amoroso en la vida real á los límites de una función fisiológica.

Aparte de esto, se yerra, ó por lo menos se exagera, al suponer que las investigaciones históricas destruyen el valor estético de los grandes personajes de otros tiempos, cuando nos muestran que *fueron hombres,* esto es, que tuvieron imperfecciones y flaquezas. Por el contrario, parece que al verlos más semejantes á nosotros, tomamos parte mayor en sus desventuras y en sus triunfos. Nos sentimos más *prójimos* de ellos, por decirlo así, cuando abandonan su rigidez de figuras hieráticas para mostrársenos como seres animados, movidos por pasio-

nes y estímulos humanos, expuestos á las asechanzas del mal, lanzados cual nosotros lo estamos en la batalla de la vida. En el episodio de Nalo, del *Mahabarata,* los dioses que pretendían los favores de Damianti toman la figura del mancebo amado por ésta, como Júpiter tomó la de Anfitrión. Mas la doncella reconoce, entre los cinco Nalos que se le presentan para que elija esposo, al verdadero. Los cuerpos de los inmortales no proyectan sombra, ni tocan el suelo con los pies, ni se pinta la ansiedad en sus ojos, ni se humedece con el sudor su frente. La leyenda nos presenta la imagen de Nalo, la historia su realidad, y, como Damianti, elegimos la última. No hay que temer que la crítica histórica rebaje ó degrade á los genios. Lo que hace es ponernos en más íntima comunicación con ellos al *humanizarlos.*

***

Que la poesía no es incompatible con las severas exigencias de la crítica histórica, lo prueba el libro por demás interesante de la señora Pardo Bazán. El Dante y el Tasso que nos presenta son tales como nos los pintan las últimas noticias recogidas por la erudición, y, sin embargo, no padece por ello la significación poética del vate florentino, ni la del poeta de la Cruzada. De Milton no hablo, porque el poeta inglés es un personaje moderno y no tiene en realidad leyenda artificial que le atribuya aventuras ó rasgos inventados; pero ¿qué mejor leyenda que la propia historia del cantor de *El Paraíso perdido,* cuando nos le muestra en sus últimos días ciego y pobre, como el Homero de la tradición griega?

Escribir un libro sobre poetas de fama universal, como Dante, el Tasso, Milton es hoy más difícil de lo que parece,

por lo mismo que la admiración que han inspirado á la posteridad cuando no á sus contemporáneos, ha hecho que se estudie con diligencia la personalidad y la obra de estos genios, y que literatos é historiadores notables los elijan como objeto de sus observaciones. No puede afirmarse que de ellos está dicho todo, pues en materia alguna cabe sostener esta proposición, y menos en asuntos tan complejos como el estudio de las grandes figuras de la historia literaria; pero sí puede asegurarse que la novedad es muy trabajosa de conseguir en estas condiciones, sobre todo, para quien no pretende aclarar un punto particular, acudiendo á las fuentes primeras y originales, sino que se propone hacer un juicio general, un trabajo de exposición y crítica, y no de investigación propiamente dicha. El mejor elogio de *Los Poetas épicos cristianos* consiste en que habiendo tratado esta materia escritores como Sainte-Beuve, Ozanam, Carducci, Solerti, Macaulay, Taine, la obra de la señora Pardo Bazán tiene, á más de su indiscutible valor literario, valor histórico. Para figurar dignamente en tan ilustre compañía se necesitan dotes como las que adornan á nuestra eximia escritora.

El libro *Los Poetas épicos cristianos* es de los que mejor manifiestan la personalidad literaria de la autora de *San Francisco de Asís* y sus variadas aptitudes y estudios, que hacen de ella un verdadero polígrafo. Tengo por seguro que la señora Pardo Bazán ocupará en la historia literaria de nuestro siglo un lugar aparte entre las escritoras españolas. Por la extensión de sus conocimientos, la firmeza y claridad de sus juicios, su gusto depurado é independiente y su gran sentido crítico tiene más de *escritor* que de *escritora*, y hago esta distinción, no porque profese la creencia de la inferioridad femenina—aun profesándola, sería esta ocasión inoportuna para declararlo—sino con otro alcance muy diferente: queriendo expresar en suma que por efecto de la condición social subalterna de la mujer y de las deficiencias de que adolece comúnmente su instrucción, han solido tener nuestras escritoras un horizonte intelectual me-

nos amplio que el de nuestros literatos varones (los buenos, se entiende), cosa que no ocurre con la autora de *Los Pazos de Ulloa*, cuya personalidad literaria tiene, en este sentido, algo de viril, como sucedía también con la ilustre doña Concepción Arenal.

En *Los Poetas épicos cristianos*, junto á la intensidad de la nota artística descuella la clara comprensión del sentido orgánico de la historia, á la luz del cual los personajes y los sucesos, por excepcionales que sean, no son fenómenos aislados en el medio en que se producen, sino que reflejan mil diversas influencias colectivas, manifestadas muy de otro modo en los genios que en el vulgo, como la luz al caer sobre clarísimo espejo hace brotar destellos que no arranca de una tosca piedra. La señora Pardo Bazán no olvida que la historia es un arte, y aprovecha maravillosamente el valor estético que encierran los materiales históricos para presentar cuadros ricos de colorido y llenos de poesía, pero poesía *real*, que es la que conviene á este género de estudios. Y al propio tiempo, al relacionar á Dante con la civilización del siglo XIII, al Tasso con el Renacimiento italiano y á Milton con la Reforma y la Revolución inglesa, pone á sus retratos un fondo que vale tanto como la figura principal, aplicando, en la medida que cabe en estudios crítico-biográficos, el moderno sentido de la historia, que ha sacado de la vaga lontananza en que antes quedaba relegado, al elemento colectivo para ver así en cada época y en cada pueblo, no ya un conjunto de individualidades notables, sino un estado social, una determinacion de la vida en sus distintos órdenes. Se han invertido los términos: los verdaderos protagonistas de la historia del porvenir, serán las multitudes anónimas que hasta ahora eran, á lo sumo, comparsas.

*
* *

En la introducción de este notable libro al que se refieren las observaciones anteriores, estudia la señora Pardo Bazán el fenómeno de la decadencia y extinción de la epopeya, y explica cómo se ha rectificado su pensamiento en este punto, ganando mucho en exactitud, á mi entender, al apartarse del criterio de que ese hecho es una señal del rebajamiento que atribuyen á nuestra época, los ensalzadores, hoy tan abundantes, de un vago pasado que, por lo común, no se toman el trabajo de precisar.

La explicación que da la ilustre escritora seduce por lo clara y por su conformidad con los hechos. La epopeya se ha convertido en historia y novela, como la flor da vida al fruto. No hay, pues, motivo para acusar de decadente ni de anémica á nuestra civilización. Todo se reduce á un fenómeno natural de lo que podría llamarse biología literaria. Pero, justo es reconocer, y no se oculta seguramente al claro juicio de la señora Pardo Bazán, que más que explicación de la causa íntima de semejante cambio, es esto una observación del hecho mismo y de la ley por que parece regirse. No es un *por qué* sino un *cómo*, y tal vez sea este el único terreno en que pueden sentarse conclusiones positivas. Pero, aventurándose por la región de las causas, parece que el desarrollo del sentido crítico en los tiempos modernos y el individualismo, tan combatido hoy y al que, sin embargo, debemos lo mejor de nuestra civilización, han entrado por mucho en este fenómeno literario, por cuanto favorecen más el análisis que la síntesis, al mismo tiempo que la complejidad creciente de la vida social y la variedad que en ella se desarrolla, dificultan la unidad de las fórmulas colectivas que sirven de base á la epopeya. Algo de esto indica de pasada, sin adherirse á ello por completo, la señora Pardo Bazán.

De todas suertes, la teoría de la ilustre escritora á más de ser científica y profunda me es particularmente simpática, por convenir con la opinión, que profeso, de que no es nuestro tiempo, como se dice hoy por muchos, una lamentable degene-

ración del pasado, especie cuyo relativo crédito sólo se explica advirtiendo que es una reacción pasajera producida por la exageración contraria: la de creer que nuestro siglo es único entre todos por sus excelencias, como ha poco se creía. La señora Pardo Bazán no participa de estos pesimismos de moda, que nada tienen que ver con el pesimismo filosófico: «Tuvieron las edades primitivas—dice con hermosa sencillez—la fe y el instinto épico; nosotros tenemos la caridad y el lirismo. La fe no ha muerto, ni la epopeya tampoco, lo que hace es retirarse á segundo término, dejando el primer lugar á las virtudes peculiares de nuestros días. Una voz de la conciencia nos dice que si estos tiempos presentes son de agitación, zozobra é incertidumbre, no serían de mayor calma los pasados; y si los consideramos serenamente y sin dejarnos influir por los espejismos de la distancia, vemos que fueron—naturalmente—de mayor barbarie y poca cristiandad que los que atravesamos hoy.»

Pasemos al estudio de Dante. En él se describe brillantemente aquella dualidad de la Italia de la Edad Media, en que el fantasma de la antigua Roma vagaba aún por su solar, ocupado por la nueva sociedad cristiana. Había dejado la civilización pagana raíces muy hondas al desaparecer de la faz del suelo itálico, y bajo su aparente ruina se ocultaban los gérmenes de los futuros renacimientos. El hallazgo de las *Pandectas* en Amalfi resucitó el derecho imperial y produjo aquellas escuelas de jurisconsultos que en las cátedras y en los consejos de los reyes fueron preparando la restauración de la potestad cesárea, consumada, en los límites en que era posible, cuando el poder real, después de haber abatido al feudalismo, redujo á una posición subordinada á las ciudades que le ayudaron en la empresa. Tras este renacimiento político y jurídico, que fué lento y laborioso, vino el gran Renacimiento artístico. Creyó el mundo que salía de una noche oscura, de una cárcel tenebrosa al ver desarrollarse ante sus ojos el brillante espectáculo de la civilización pagana. Había vivido con el pensamiento fijo

en la muerte, y pasó á saborear la expresión más acabada y más artística de la dicha de vivir, de la hermosura de la naturaleza, y de la apoteosis de la humanidad. El Gran Pan había resucitado, y papas y cardenales no vacilaron en sacrificar en el altar de las gracias antiguas.

Dante, que reflejó fielmente su tiempo, fué expresión viva de este dualismo, manifestado en su trilogia. La señora Pardo Bazán compara á *La Divina comedia* con la casa del tribuno Rienzi: los materiales son paganos, pero su disposición cristiana. No era necesaria, en efecto, esa preocupación del más allá de la muerte, ese pensar constante en el mundo de ultratumba que llena la Edad Media, para que la poesía se encaminara á la misteriosa región de donde no vuelve nadie, á no ser los poetas que con la imaginación la visitan. La antigüedad greco-romana, que en su época de madurez se preocupaba infinitamente menos que la Edad Media, de la gran incógnita de la vida *post mortem*, comprendió, no obstante, el valor literario de semejanto asunto. Luciano, el gran escéptico, el Voltaire del paganismo, frecuentó con su musa satírica la morada de los muertos.

Las vicisitudes políticas del Alighieri, güelfo al principio, gibelino después, irritado como Coriolano contra la ingrata patria que le cerraba sus puertas y lleno, sin embargo, de la nostalgia de Florencia; el elemento erudito de *La Divina comedia*, el interés que despiertan los personajes y sucesos contemporáneos de Dante ó próximos á él, que introdujo en su poema, dan motivo á la autora de *Los Poetas épicos cristianos* para escribir páginas muy hermosas y hacer consideraciones muy discretas y atinadas, que paso por alto en obsequio á la brevedad. Pero me detendré un instante á considerar lo que dice de Beatriz, punto que es, á mi juicio, uno de los mejor tratados en este estudio.

Cité antes incidentalmente una frase de la señora Pardo Bazán, en que á mi ver se concreta su pensamiento acerca de Beatriz. *Bice* es el prototipo de las amadas del entendimiento.

Es la Dulcinea de Dante. Poco importa que no haya existido, ó que como la Aldonza Lorenzo de nuestro hidalgo manchego, distase infinitamente de la imagen que se formó de ella su rendido amador; tenía que ser de todas suertes bella y radiante, puesto que personificaba la parte más delicada del sentimiento amoroso: la comunicación de las almas. Pero se engañaría mucho quien, juzgando por las apariencias, viese en esto un signo de enaltecimiento de la mujer, antes por el contrario denunciaba, como observa la autora de *Los Poetas épicos cristianos,* el menosprecio del sexo femenino, y la convicción, reinante en aquella época, de su inferioridad. A fuerza de no considerar á las mujeres de carne y hueso más que como compañeras de lecho y amas de llaves, la parte ideal del amor, no hallando en ellas objeto digno en que emplearse, tuvo que reemplazarlas con esos fantasmas encantadores, revestidos de formas femeninas y en los cuales entró sin duda algún elemento real y mundano, como entra en la pintura de los ángeles. Tal es la opinión que da la ilustre escritora sobre asunto tan debatido, estableciendo un paralelo muy exacto entre *Bice* y la Dulcinea de nuestro *Quijote.* Y, en efecto, no puede prescindir el amor (el del hombre civilizado, al menos) del elemento espiritual, como tampoco, ni aun en sus manifestaciones más sublimadas y etéreas, desaparece nunca la raíz de donde brota, el sentimiento originario de donde emana, el instinto de conservación de la especie.

***

El estudio del Tasso, escrito para que sirviera de prólogo á la traducción de la *Jerusalén libertada,* que forma parte de la «Biblioteca clásica», es de actualidad en estos momentos. En Ferrara, en Sorrento, en Roma, acaba de celebrarse el tercer centenario de la muerte del poeta. En el monasterio de San

Onofrio, en una de cuyas celdas expiró, en vísperas de su coronación solemne, se ha reunido una interesante colección de autógrafos del Tasso y documentos referentes á él. Por una coincidencia de fechas, en los mismos días se conmemoraba también en Clermont el centenario de la primera Cruzada. El recuerdo del poeta se ha unido una vez más al de los héroes que enalteció.

La gran obra de Angelo Solerti (1), basada en minuciosas y pacientes investigaciones en los archivos de la casa de Este, ha venido á destruir las pocas dudas que podían quedar sobre la leyenda, ya casi desvanecida, del Tasso. «¡Pobre poeta—dice de Vogüe;—para festejar su jubileo se ha acabado de probar su locura y se han desgarrado los últimos jirones de su leyenda!» Ya antes la publicación de la correspondencia del poeta de la corte de Ferrara, llevada á cabo por César Guasti, y otros diversos trabajos, nos habían mostrado un Tasso muy diferente del legendario y poético que todos conocemos. Este mismo es el punto de vista del estudio de la señora Pardo Bazán, que concuerda con los resultados de las últimas investigaciones.

La propia dualidad que observamos en Dante, la vemos acentuada en el Tasso. Carducci la ha expresado, exagerando quizá un poco, cosa perdonable desde luego á un poeta. «El Tasso—dice—tiene la enfermedad de los períodos de transición, el mal de Chateaubriand, de Byron, de Leopardi. Víctima inocente, sufre la pena del desdoblamiento de su ser, que oscila entre el sensualismo y el idealismo, entre el misticismo y el arte; de la discordancia de la vida á que se vió condenado, encontrándose él, caballero de la Edad Media, escolástico del siglo XIII, heredero de Dante, perdido en medio del Renacimiento, entre Ariosto y Maquiavelo, entre Rabelais y Cervantes. Este dualismo y esta discordancia oprimieron de tal suerte su corazón que se volvió loco.» Para la autora de *Los Poetas épicos cristianos* no es menos evidente la contradicción que agi-

(1) *Vita di Torquato Tasso.*

taba el espíritu del Tasso, y, como Carducci, nos le presenta con los ojos vueltos hacia aquel pasado que iba, al alejarse, desvaneciéndose, y le pinta atraído por un ideal de otra edad, por las Cruzadas, que son uno de los rasgos más característicos de los siglos medios. Pero el poeta de *La Jerusalén* es también el poeta de la *Aminta*, y fuera de esto, no creo que tuviera que apartarse mucho del espíritu de su siglo para buscar asunto en las proezas de Godofredo de Bullón y sus compañeros.

La idea de las Cruzadas subsistió por mucho tiempo. Colón hablaba de aplicar las inmensas riquezas de las Indias al rescate del Santo Sepulcro. Las empresas amenazadoras de los turcos bastaban para mantener vivos en la Europa cristiana aquellos recuerdos y aspiraciones, aunque ya no pudiesen encarnarse en hechos prácticos, al menos en la forma que en la Edad Media tomaron. Como observa Mr. Víctor Cherbuliez en un reciente estudio sobre el Tasso, la victoria de Lepanto debió de *refrescar* la actualidad de este asunto, que, por otra parte, ofrecía amplísimo campo á la inspiración de un poeta cristiano.

Si en este punto no estoy del todo conforme con el criterio de la señora Bazán, me adhiero por completo á su juicio de que la cruzada popular que precedió á la de los señores, ofrecía, comparada con esta, superiores elementos dramáticos y materia poética más rica y valiosa. Bien que, para comprenderlo así, hubiera necesitado el Tasso algo del sentido histórico moderno y de nuestra independencia estética; en suma, un arte más profundo, pero menos clásico, como dice expresivamente la autora de *La Prueba*.

El detenido análisis que hace de la *Jerusalén libertada* acredita el gusto, y el perspicaz instinto crítico de la señora Pardo Bazán; la caballería y las cruzadas la inspiran páginas muy bellas y entusiastas, pero donde más sobresale es en el estudio psicológico del Tasso, de aquella original y acentuada personalidad de artista, cuyas cualidades buenas y malas, esclarecen tanto los hechos de su vida y hasta el origen mismo de su locura.

En lo tocante á la perturbación mental del poeta de *La Jerusalén*, la leyenda que suponía que Alfonso de Este le hizo pasar por loco, leyenda que, reduciéndose después á términos menos extremados, achacó su demencia á persecuciones de los poderosos, está hoy tan desacreditada como la del supuesto origen de estos rigores ó sea la pasión del Tasso por Eleonora de Este. En pocos personajes históricos se muestran con claridad tal como en el Tasso los síntomas y la génesis de la locura. Su sensibilidad enfermiza de puro exagerada, le predisponía para trastornos mentales á poco que el choque con el mundo exterior viniese á removerle. Desde niño parece que presentó ya singularidades alarmantes. Más tarde sus alucinaciones, sus terrores supersticiosos, su manía de grandezas y su constante inquietud por persecuciones ilusorias, no dejan duda sobre la alteración de sus facultades intelectuales, si bien, como dice la autora de *Los Poetas épicos cristianos*, «detúvose la locura en el punto en que la poesía no le niega aún su velo de ilusión, su aureola de piedad».

Esta parte y en general todo este estudio está hecho con verdadero amor. No se contenta la autora con comprender á su héroe: lo *siente*.

***

No puede decirse otro tanto del de Milton—que cierra este volumen;—si el amor puesto en la obra implica simpatía hacia el personaje retratado en ella, la señora Pardo Bazán lo declara francamente en estas palabras: «Hay autores que nos producen singular efecto, al comprender que no les amamos; comprendemos cuánto amamos en cambio lo que ellos negaron ó combatieron en sus obras. Milton, protestante y puritano, afir-

ma en nuestro corazón y en nuestra fantasía de latinos el sentido católico; Milton, intérprete de un ideal que no es el nuestro, nos lleva con ímpetu redoblado hacia nuestro constante ideal.»

No por esto desconoce la Sra. Pardo Bazán—y ¿cómo había de desconocerlas?—las bellezas de *El Paraíso perdido,* ni regatea á la figura del poeta inglés los rasgos que la ennoblecen. Pero se echa de menos en su estudio la fuerza comunicativa del entusiasmo: la admiración fervorosa que la inspira Dante, la conmiseración que siente por las desdichas del Tasso. No puede negarse que la figura de Milton es menos brillante que las de ambos egregios poetas italianos, pero tiene una grandeza de otra especie, la grandeza estoica, que á ninguna otra cede.

Para comprender á Milton hay que comprender, según la señora Pardo Bazán, las dos sectas de episcopales y puritanos que en tiempo del autor de *El Paraíso perdido* se disputaban las almas y la supremacía político-religiosa en Inglaterra. Cuando dice más adelante que Milton no es, como Shakespeare, un genio universal, sino que pertenece al número de aquellos á quienes no puede llamarse genios más que en un país determinado y en un momento de la evolución de ese país, no hace más que precisar el juicio que envuelve aquella observación y que en mucha parte es exacto, por más de que haya en *El Paraíso perdido* algo y aun mucho—como la rebeldía de Satanás—que puede comprenderse y admirarse sin necesidad de estudiar el puritanismo ni la secta anglicana.

No era en verdad favorable al arte la rigidez puritana, antes le miraba con cierto despego, y hay que reconocer que en esto era lógica y consecuente consigo misma. Los protestantes pretendían volver al cristianismo á la pureza de sus primeros siglos, ¿qué mucho que los más exaltados sintieran hacia las artes y las letras profanas el desdén mezclado de desconfianza, que á los cristianos de los primeros tiempos inspiró la retórica del paganismo, cuya seducción juzgaban una peligrosa asechanza del espíritu del mal?

El ambiente que rodeó á Milton no podía menos de influir en él, y hasta es posible que el espectáculo—que había de serle necesariamente repulsivo—de la restauración triunfante fortaleciera en su alma el amor hasta á los mismos defectos de aquella revolución en que había desempeñado un papel de importancia, y que, dado su temperamento, debió de atraerle más cuando la veía vencida. Si en condiciones, en general tan poco propicias, pudo elevarse á tamaña altura el poeta inglés, grande fué indudablemente su genio. Y así lo reconoce la señora Pardo Bazán al decir que «dentro de la Reforma no cabe ser más artista de lo que fué Milton».

No debo prolongar más esta Crónica, á cuya latitud sirva de excusa lo sugestivo del asunto. Ni siquiera añadiré el elogio que merece la elegante, fácil y castiza forma de este libro, que es por todos conceptos digno de su autora.

E. GÓMEZ DE BAQUERO.

LA LITERATURA

CASTELLANA Y PORTUGUESA

SEGUNDA ÉPOCA

DESDE LOS DÍAS DEL REY JUAN II DE CASTILLA HASTA LA CONCLUSIÓN DEL SIGLO VX (1).

Lírica cortesana.—Poesías eruditas.

Sabido es que la poesía de los trovadores aparece como la primera lírica artísticamente cultivada del Sudoeste de Europa, y que ya desde muy pronto toma el carácter de una poesía de conversación cortesana. Partiendo de las comarcas en que se hablaba el lenguaje lemosín, extendióse hacia la Península ibérica ya desde el siglo XII, por un lado, á las porciones de ésta que

(1) Si me atrevo á publicar la conclusión de este ensayo, conclusión de que era deudor desde hace tanto tiempo (1832), y ahora, después que han aparecido las obras de Clarus y Ticknor no la creo totalmente superflua, lo creo así sobre todo por tener ocasión de rectificar á aquellos autores, puesto que después de la aparición de tales obras se han dado á conocer dos fuentes capitales para la historia de esta época, el *Cancionero de Baena*, con una excelente introducción (De la poesía castellana en los siglos XIV y XV) del docto marqués de Pidal (Madrid, 1851-4) y las obras de D. Iñigo López de Mendoza, marqués de Santillana, ahora por vez primera compiladas de los códices originales, é ilustradas con la vida del autor, notas y comentarios, por D. José Amador de los Ríos (Madrid, 1852-4). Me he de limitar, por lo tanto, á tratar tan sólo con más prolijidad las partes que no hayan sido suficientemente estimadas ó tomadas en consideración por mis predecesores, y he de pasar por alto ó tocar nada más que á la ligera las que ellos han tratado suficientemente acerca de ésta, por lo demás muy conocida, época. Este ensayo no quiere ser más que una contribución á la historia de la literatura castellana en la Edad Media, estando muy lejos de pretender el nombre de historia pragmática de la misma.

pertenecían á aquella familia linguística (Cataluña, Valencia, y en parte Aragón); y por otro lado, se hizo dominante en Portugal con la dinastía borgoñona, acomodando á sus fines y formas el dialecto gallego ó portugués antiguo. Pero no sólo las cortes de los condes de Provenza y Cataluña y del rey de Aragón eran los focos de la poesía trovadoresca, sino que hasta Fernando el Santo, III de Castilla, pasó por conocedor de ella (1), y su hijo Alfonso X era, como ya se ha hecho observar, gran protector de los trovadores (2), y sabía versificar conforme al arte de éstos («metrificaba altamente»). Pero lo que compuso en este estilo, elevado y conforme al arte cortesano (las cantigas ó cantares), no está escrito en castellano, sino en dialecto gallego; prueba de que entonces no eran propios para este «más elevado» estilo el dialecto y las formas poéticas castellanas, y que, por lo tanto, si querían ejercitarse en él los castellanos, se veían obligados á servirse del dialecto y las formas *gallegas*, que habían sido hechos más aptos al efecto por la influencia inmediata de los provenzales, formas y dialecto gallegos que tenían más cerca y eran más análogos á los suyos que los de la comarca lemosina. Durante mucho tiempo siguieron en Castilla con tales ensayos aislados en este dialecto, pues no podían formarse en ella ni un foco cortesano ni un círculo más fino de sociedad que hubieran mantenido un trato y comercio de gentes más espiritual, y hubieran hecho una necesidad del juego convencional con los productos del ingenio y de la fantasía; á causa de las frecuentes minoridades y regencias, las largas tutorías y la división en partidos enemigos y la ferocidad de costumbres que de esto provenían; en una palabra, faltaban las premisas y condiciones para el desarrollo y formación de una poesía artística cortesana.

(1) De él dice su hijo Alfonso X: «Pagábase de *omes de corte* que sabían *bien de trovar* é cantar, et de joglares que sopiesen bien tocar estrumentos. Ca de esto se holgaba él mucho, et entendía quien lo facía bien et quien non.» (Memorias de San Fernando. Madrid, 1800, fol., pág. 220 del *Septenario.)*

(2) Comp. Pidal en la introducción al *Cancionero de Baena*, pág. 42.

En seguida que tomó más firme arraigo la dinastía procedente de Enrique de Trastamara, después que Juan I, no sólo sujetó á los partidos, sino que fortificó el poder real, y en unión con sus Cortes reguló mediante leyes las costumbres, presentáronse en la corte de éste y en la de su sucesor Enrique III los gérmenes de una sociedad más fina y el esfuerzo para darla expresión poética (1). Cuando subió después al trono un monarca que, como D. Juan II, tenía notable afición á la música y la poesía; cuando se desenvolvió un lujo cada vez mayor en la corte del rey y en los palacios y castillos de los grandes, y se procuraba sobresalir en festejos que se distinguieran, no sólo por el brillo y la riqueza, sino también por las ingeniosas invenciones y juegos caballerescos (invenciones, entremeses, empresas, etc.); cuando precisamente la caballería había ido aun aquí tomando una forma, más bien que feudal, aristocrática cortesana y galante, y procuraba señalarse por el boato exterior y el fantástico rendimiento á las mujeres (recuérdese aunque no sea más que el Paso honroso de Suero de Quiñones) (2), entonces se desarrollaron y dieron en Castilla los elementos y condiciones de una sociedad cortesana hasta tal grado, que se hizo una necesidad el hallarles expresión espiritual, y los *inventores* de ésta, los *trovadores*, llegaron á ser los imprescin-

(1) El marqués de Santillana, en su famosa carta, dice así: «Despues destos (los poetas castellanos de la primera mitad del siglo XIV), en tiempo del rey D. Joan (I) fué el Arçediano de Toro... E fué tambien Garçía Fernández de Gerena. Desde el tiempo del rey D. Enrique (III), de gloriosa memoria, padre del rey nuestro señor (de Juan II), é fasta estos nuestros tiempos, se començó á elevar más esta sçiençia é con mayor *elegançia;* é ha avido omes *muy dotos en esta arte,* etc.»

(2) Comp., v. gr., Lafuente: *Historia general de España,* tomo IX, página 55 y siguientes.—Del famoso Suero de Quiñones, este modelo real de Don Quijote, comunica Pidal (l. c., pág. XLIV) una poesía sacado de un Cancionero manuscrito y dirigida á la dama de su corazón, verdadero modelo de aquella convencional locura de amor.—Véase en ese mismo lugar lo que se dice de los hechos y poesías de los caballeros no menos aventureros y galantes D. Juan de Merlo, Lope Destúñiga, Alonso Deza, Juan Pimentel y Gonzalo de Cuadros.

dibles compañeros de esta sociedad y de sus fiestas. Resultó de esto el que, no sólo fuesen favorecidos los trovadores por los reyes y los grandes, hasta tal punto, que era de buen tono mantener algunos de ellos como servidores de corte (1), sino que los mismos grandes, con el rey y D. Alvaro de Luna á su cabeza, no se desdeñaban de ensayarse en el «arte de trobar» y entrar en liza poética con sus poetas cortesanos. Una poesía llamada á la vida bajo tales auspicios y condiciones, debía formarse, como es natural, sobre el modelo del arte cortesano, de la poesía de los trovadores, y procurar atenerse lo más posible á las formas de ésta. Esta última circunstancia contribuyó á que muchos *trovadores* castellanos se sirvieran de las formas y del dialecto gallego, tanto más cuanto que la poesía artística gallega se había colocado ya desde Alfonso III, y aún más desde el rey Dom Diniz, á la cabeza, adquiriendo gran facilidad y elegancia de expresión y determinación de formas (2).

Sobre todo cuando los poetas castellanos quisieron adoptar los versos de diez sílabas con acentuación yámbica, que del provenzal habían pasado al gallego, metro que, como es sabido, era el predominante en todo el dominio de la lengua lemo-

(1) Así es que, fuera del Rey y del Condestable, tenían un considerable número de trovadores entre su séquito y servidumbre D. Enrique de Aragón, Fernán Pérez de Guzmán, D. Pedro Tenorio, arzobispo de Toledo; el cardenal de San Pedro, D. Alonso Enríquez y otros.—Comp. Amador de los Ríos: *Vida del marqués de Santillana*, que precede á las obras de éste, página VIII.—Pidal, en su introducción al *Cancionero de Baena*, páginas XXVIII-XXX.—El marqués de Santillana, que contaba también entre los de su servicio á un compañero de arte, á Diego de Burgos, dice de su hermano el poderoso duque de Castro: «Al muy magnífico duque D. Fadrique, mi señor é mi hermano, plogo mucho esta sçiençia, el fiço assaz gentiles canciones é decires: é tenía en su casa grandes trovadores, espeçialmente á Fernand Rodríguez Portocarrero, é Johan de Gayoso é Alfonso Gayoso de Moranna.» En una palabra, el ser poetas ó conocedores y protectores del arte poético, pasaba entonces por imprescindible cualidad de un caballero cortesanamente educado.

(2) Véase acerca del desarrollo de la poesía artística galaico-portuguesa y su relación con la castellana, mi ensayo acerca de la obra de Bellermann: *Die alten Liederbücher der Portugiesen*.

sina, cuando quisieron esto, se vieron casi forzados á servirse del dialecto gallego, puesto que resistían por completo á esta reforma las redondillas nacionales con cadencias trocaicas que arraigaban en el genio del dialecto castellano, que no consiguió hasta más tarde introducir en su seno, por mediación de la poesía italiana, aquella especie de decasílabos y endecasílabos lemosines. Así es como se explica por una parte el que todavía entonces durara el empleo de las formas y el dialecto gallego en la poesía cortesana de Castilla, y aparecerá suficientemente aclarado el fenémeno de que se hallen muchos *castellanos* entre los poetas cortesanos portugueses de la corte del rey Diniz que cantaron en dialecto gallego, y el de que se sirviera de éste y de sus formas un número no despreciable y precisamente de *los más antiguos* poetas del *Cancionero de Baena;* pero, por otra parte, no se puede ignorar ó colocar muy baja, como, por ejemplo, ha hecho el mismo Ticknor, la influencia de la poesía erudita galaico-portuguesa sobre la castellana (1) ni presentar á esta última como una discípula ó imitadora de la lemosina.

En general, la poesía de los trovadores, aun desde este lado de parte del dominio lingüístico lemosín, obró considerablemente sobre la poesía erudita castellana; pero esta acción se produjo *tardíamente*, fué considerable cuando ya se había ajado hacía largo tiempo la poesía trovadoresca propiamente tal, en aquél tiempo en que fué trasplantada su flor tardía, la poesía

(1) Pidal (l. c., páginas IX–LXIV) pone de relieve la influencia de la poesía galaico-portuguesa sobre la castellana; pero cree que deben considerarse ambas literaturas, por lo menos en esta época, no como separadas, sino como una sola íntimamente ligada, que se expresó en dos dialectos poco distintos, y participó en uno y otro de la misma suerte. Con este punto de vista, inspirado por un patriotismo peninsular, es á la literatura castellana á la que se le hace mayor perjuicio á la vez que se desconoce su *diferencia principal* de la portuguesa, diferencia que es tan decisiva para el desarrollo de ambas; pues la primera ha salido de la poesía popular y ha tenido por ello una firme base popular que ha permanecido á través de todas las influencias y todos los cambios, mientras que la última se desenvolvió artísticamente bajo la influencia de modelos extraños y entró en la vida como poesía erudita.

trovadoresca de los maestros cantores que estaban como agremiados desde Tolosa á Cataluña, Valencia y Aragón (1). Esta acción data, en cuanto se puede demostrar históricamente, de la sucesión de la dinastía castellana en el reino de Aragón, cuando fué elegido para rey por los Estados unidos de Cataluña, Valencia y Aragón, D. Fernando (el de Antequera), como tío de D. Juan II, y le acompañaron un gran número de poetas cortesanos de Castilla. Entre éstos se hallaba el gran maestre de Calatrava D. Enrique de Aragón, conde de Cangas de Tineo y señor de Iniesta, á quien se llama de ordinario, aunque equivocadamente, marqués de Villena, y el tan renombrado trovador Alfonso Alvarez de Villasandino. El primero es el que restableció en 1412 en Barcelona el *Consell del gay saber*, Consejo de la alegre sabiduría, procuró introducirlo en Castilla al regresar á ésta, é implantar en ella las *Leys d'amors*, y hasta compuso un «Arte de trovar», siguiendo en él los preceptos del *gay saber* (2), arte que comunicó á su discípulo el renombrado marqués de Santillana. Pero Villasandino, educado ya como trovador en el dialecto gallego, era ahora uno de los que daban tono á la sociedad poética en la corte de D. Juan II, y poetizaba también en dialecto castellano, según el modelo de la poesía

---

(1) Comp. acerca de esto, fuera de las antiguas y conocidas obras, F.-R. Cambouliu: *Essai sur l'histoire de la littérature catalane*, 2.ª ed., París, 1858, 8, sobre todo en las páginas 47-57; y Eugène Baret: *Espagne et Provence. Etudes sur la litt. du midi de l'Europe.* París, 1857, 8, páginas 103-200 *(a)*.

(2) Se usa á menudo esta denominación de *gay saber* hasta para la más antigua poesía caballeresca de los trovadores, que de hecho era más bien un verdadero «arte de trobar», mientras la posterior poesía de gremio decayó hasta una «ciencia de simples exterioridades», vacía de toda invención y un artificio técnico-formalista. Doy como apéndice á esta parte de la historia de la poesía castellana mi ensayo acerca de las *Leis d'Amors* contenidas en los *Monuments de la litt. romane*, tome I, editados por Gatien Arnoult.

(a) Mejores datos y consideraciones que en estas obras ya incompletas y anticuadas, pueden hallarse en los excelentes libros del Dr. Milá y Fontanals (*De los Trovadores en España; Resenya dels antichs poetas catalans*, etc.).—(M. M. y P.)

de los trovadores de gremio (1). Pues por una parte estaba ya en aquel tiempo la lengua castellana suficientemente preparada y apta para recibir el empleo de las formas de la lírica erudita gracias á los citados ensayos de D. Juan Manuel, Juan Ruiz (ya hemos hecho notar más arriba que no es inverosímil que Juan Ruiz tuviera conocimiento de las reglas de la *Gaya ciencia)*, Ayala, etc.; y por otra parte la poesía cortesana gallega habíase ido acercando cada vez más á las formas nacionales, y llegó á cultivar el metro popular de la redondilla para las coplas de arte común ó real y de arte mayor construidas más artísticamente, género de verso que habían introducido sobre todo los trovadores castellanos que versificaban á la gallega, como ya Alfonso X había empleado en sus *Cantigas gallegas*, junto á los metros provenzales las redondillas indígenas (2).

(1) Estos poemas están coleccionados á la cabeza del *Cancionero de Baena*, y se le cita al autor en el sobrescrito como «muy singular componedor en esta muy graciosa arte de la poetría ó *gaya ciencia*», y como «esmalte é lus é espejo é corona é monarca de todos los poetas é trovadores que fasta oy fueron en toda España». Buena parte de estas exageradas alabanzas deben ir á la cuenta de que era el poeta favorito del condestable D. Alvaro de Luna. También el marqués de Santillana dice de él: «grand decidor; del qual se podría decir aquello que en loor de Ovidio un grand estoriador describe; conviene á saber, que todos sus motes é palabras eran metro.»

(2) Comp. Bellermann: *Die alter Liederbücher der Portugiesen*, pág. 16. Pero cuando el marqués de Santillana en el tan citado pasaje de su clásica carta dice que él cree *(creo)* que el *arte mayor* y el *arte común* fueron inventados *(fallaron)* en los reinos de Galicia y Portugal, tiene acaso perfecta razón en lo que se refiere al cultivo en *estrofas* de las redondillas, y hasta á los *versos de arte mayor* (por la duplicación de *versos de redondilla menor)*, pero que las redondillas, los *versos de romance*, el ritmo fundamental del dialecto castellano, sean la medida indígena más antigua y popular, es cosa de que apenas habrá quien dude y que he probado por extenso en mi ensayo acerca de la poesía de los romances. De la medida propiamente provenzal, el decasílabo, sólo conozco un ejemplo en el *Cancionero de Baena*, en un poema de Pero González de Mendoza (abuelo del marqués de Santillana), que murió en 1385 en la batalla de Aljubarrota, y está en dialecto gallego (l. c., pág. 257: *Por Deus, señora, non me matedes)*. Que, por el contrario, el «arte común» se fiara bajo el influjo de la «gaya cien-

Por esto se habían tomado en la poesía cortesana de Castilla elementos nacionales que le dieron, á pesar del influjo extraño, un colorido propio, y fundamentaron su desarrollo que fué siendo en adelante cada vez más autónomo y popular. Importa tanto más tener en cuenta y poner de relieve estos elementos nacionales, este colorido peculiar que ya desde su origen y formación tenía la lírica castellana, cuanto que por esta última se introdujo la separación más precisa entre la poesía erudita y la popular; los poetas cortesanos y eruditos se educaban en elevarse cuanto más pudieran, por el ya abierto camino de la imitación é introducción de modelos extranjeros, sobre sus predecesores y sobre el «antiguo rimar», y afectaban menospreciar y tener en poco á los poetas populares «de que las gentes de baxa é servil condiçion se alegran». Me parece, por el contrario, que van demasiado lejos los que, como Pidal, por ejemplo (l. c., páginas XLVIII-LVI), que no distingue con bastante precisión la más antigua poesía caballeresca de los trovadores de la más moderna de los que se agremiaron, limitan la influencia directa de la poesía artística lemosina sobre la castellana simplemente á exterioridades, combinaciones métricas artificiosas, entrelazamientos de rima muy complicados, etc., en una palabra, á una influencia meramente formal. De aquel libre espíritu, de aquel caballerismo ideal, de aquellas osadas declaraciones de amor, de aquellas agudas denuncias de costumbres groseras, de aquellas opiniones casi heréticas de

---

cia» á todos los artificios de rima de ésta, es cosa que se ve por muchos ejemplos, entre los cuales es singularmente característica la siguiente estrofa en la «Requesta de Alfonso Alvarez (de Villasandino) contra Ferrant Manuel (de Lando)», pág. 261:

«E pues vos tenedes por tan sabidor
Que en tan breve tiempo tan alto sobistes,
So maravillado commo preposystes
Syn lay e syn deslay, syn cor, sin discor,
Syn doble mansobre sensillo ó menor,
Syn encadenado dexar ó prender,
Que *arte comun* devedes creer
Que non tiene en sy saber nyn valor.»

los más antiguos trovadores, apenas se halla en toda la poesía cortesana de Castilla rastro alguno, y tanto menos cuanto más se emparentaba con la poesía trovadoresca lemosina *directa* y *más reciente*, mediante imitaciones gallegas de la legítima poesía de los trovadores. Pero es completamente homogénea con esta *más reciente* (excepto la ya dicha conservación de la medida fundamental nacional y de las combinaciones métricas condicionadas por ella, y excepto el constante rehusar el ritmo yámbico y los decasílabos dominantes en el lemosín), no sólo en el cultivo de determinados géneros poéticos y en la elección de asuntos tratados con predilección, sino también en el modo de concebir y exponer lo concebido, y en el tono y estructura convencionales. Para corroborar esto se hace precisa la comparación de las *Joyas del gay saber* y de los poemas contenidos en los *Cançoners* catalanes (1). con las del *Cancionero de Baena*, y más todavía con las de los *Cancioneros generales* posteriores. Aun cuando no se deban referir más que á las formas, las pruebas exteriores, los testimonios históricos, la expresa confesión de los trovadores mismos de que eran discípulos del «Gay saber», etc., el hecho de que ya en el *Cancionero de Castillo*, se nos presentan poetas *valencianos* en tanto número que forman una escuela propia, habla en favor de que pudo hallar lugar una homogeneidad espiritual de la poesía castellana con la de los últimos trovadores (2).

Esta acción mutua entre los poetas de la corte castellana y los de la aragonesa fué, como es natural, cada vez más frecuente y significativa, á medida que ambos reinos se fueron ligando más entre sí por la común dinastía castellana, hasta

(1) V. Gatien-Arnoult: *Monumens de la litt. romane, seconde publication.* Toulouse, 1849, 8, *Las Joyas del gay saber*; y Ochoa: *Catálogo razonado de los manuscritos esp. existentes en la Biblioteca Real de Paris.* París, 1844, 4, pág. 286, núm. 7099: *Cançoner d'amor.*—Comp. Cambouliu, l. c., páginas 50-55; y adiciones á la traducción española de Ticknor, parte II, páginas 700-702, acerca del *Cançoner* catalán manuscrito de Zaragoza.

(2) Aun los primeros de entre los poetas cortesanos castellanos hablan

que bajo los Reyes Católicos, habiéndose trasladado á Castilla la corte común, el dialecto de esta región alcanzó el predominio, y entonces la literatura castellana se desenvolvió más libre y popular como literatura propiamente española, cuyos precursores se muestran ya en los «cancioneros generales» más recientes (1).

Precisamente por este enlace con los aragoneses sobre todo, cumplido exterior é interiormente, fué por lo que en la lírica castellana se añadió á los elementos citados otro que influyó en ella esencialmente, es á saber, el conocimiento con la literatura *italiana*. Por el trato con los italianos, sobre todo los genoveses, y después por el hecho de haber entrado Sicilia como herencia en la casa real aragonesa, adquirieron los españoles conocimiento más estrecho de la entonces floreciente poesía italiana, sobre todo de Dante y Petrarca; el primero de los cuales muy en especial se acomodaba á la perfección al gusto por moralizar y á la afición á la alegoría que se iba extendiendo también por España, de tal modo, que fué traducido ya á prin-

---

con verdadero entusiasmo de la «gaya ciencia», así Francisco Imperial *Canc. de Baena*, pág. 232):

«¡O tu poetria e gaya çiençia!
¡O desir rrymico engenioso!
¡O tu rectorica e pulcra loquençia
E ssuavidat en gesto graçioso!»

y Fernán Pérez de Guzmán (ibid, pág. 615):

»La gaya çiençia que asy commo rrosa
Nasció en el vergel de la poetría.»

(1) Así es como los ingenios que formaban la corte poética de Alfonso V de Aragón (I de Nápoles), y que le acompañaron en su cruzada á Italia, se servían casi todos ellos del dialecto *castellano*, según aparece de las noticias que hemos visto acerca del llamado *Cancionero de Stúñiga*, que era el normal cortesano de este círculo. (v. *Ticknor*, II, pág. 513 y siguientes.) Acerca de la supremacía que adquirió el dialecto castellano (v. *Ticknor*, I, páginas 273 y siguientes), habían preparado este cambio mediante la aplicación de la versificación y la rima de las redondillas castellanas Miguel Pérez, Juan de Verdancha y Mosen Crespí de Valdaura.

cipios del siglo xv al catalán (por Andrés Febrer), y al castellano (en prosa, por el marqués de Villena), y halló no pocos admiradores é imitadores, los llamados *dantistas*. Quien más contribuyó á introducir la *Alegoría Dantesca* fué Micer Francisco Imperial (1), de quien se halla en el *Cancionero de Baena*, no sólo muchas visiones y poemas alegóricos en este gusto y en que cita nominalmente al Dante como su guía y su modelo, sino también en este mismo poema, el primer intento que se hizo de cultivar los *Endecasílabos italianos* (2).

Por este elemento y el conocimiento que por el mismo tiempo y provocado por él se iba adquiriendo de la antigua literatura

(1) Micer Francisco Imperial procedía, es cierto, de una familia española, pero nació en Génova, viviendo á fines del siglo xiv y principios del xv. Tenemos un poema alegórico suyo sobre el nacimiento de D. Juan II de Castilla (1405.) Habitó en Sevilla. El marqués de Santillana habla de él con la mayor consideración: «al qual yo non llamaría decidor ó trovador, mas *poeta*; cómo sea cierto que si alguno en estas partes del Occaso mereció premio de aquella Triunphal é laurea guirlanda, loando á todos los otros, este fué». Amador de los Ríos (l. c., pág. cxvi) ha hecho muy verosímil la suposición de que este fué quien *primero* introdujo en la poesía erudita castellana el elemento italiano y la alegoría dantesca.

(2) Véase en el *Cancionero de Baena*, pág 243, el «Desir de Micer Françisco á las syete virtudes», visión en que el poeta se ve en un jardín mágico cuando deslumbrado por tanto encanto se le presenta de repente un hombre:

«Era en vista benigno é suave,
E en color era la su vestidura
Cenisa ó tierra que seca se cave;
Barva é cabello alvo syn mesura:
Traya un libro de poca escriptura
Escripto todo con oro muy fino,
E començava: *En medio del camino*,
E del laurel corona é çentura.»

Y al final:

«E fallé en mis manos á *Dante* abierto
En el capítulo que la Virgen salva.»

Dante es quien le mostró y explicó las siete virtudes capitales que aparecen como las siete estrellas, cuyos rayos significan las virtudes subordinadas que de ellas surgen. Se ve á la vez por esta prueba que ya en ella se anuncia un esfuerzo para imitar los endecasílabos *italianos*.

clásica, llegó á ser rasgo característico de la poesía artística castellana de entonces, junto al poetizar cortesano el *erudito*, y el lirismo de esa poesía se enlazó tan fuertemente con el doctrinarismo, que, como vemos por las palabras del marqués de Santillana, el poeta erudito, *poeta*, fué puesto por encima del trovador cortesano.

No es difícil deducir ya de este desenvolvimiento genético, de esta mostración de sus elementos, cómo se formó la poesía artística castellana de aquel tiempo y cuáles debían ser sus rasgos característicos propios y cuáles los que tuviera en común con otras manifestaciones análogas.

Ante todo debía de marcarse el esfuerzo hacia un desarrollo *artístico-formal*, si bien con tendencias á acomodar en lo posible las formas *nacionales* á las exigencias y principios de arte de los modelos extranjeros (1). Por esto vemos que al sostenerse los ritmos orgánico-populares forman artificio de estrofas y sistema de rima regulados y redondeados artísticamente y se hacen más aptos para la expresión lírica; pero junto á las coplas de escuela, construidas con arreglo á todas las normas de las *Leys d'amors*, junto á los artificios de rima que de estas provenían, quedan aún formas populares tan sencillas como la canción (antigua española), la serranilla y el villancico. Hasta para los poemas doctrinarios y alegóricos (decires) siguieron siendo predominantes las coplas nacionales de arte mayor.

La elección de asunto y de los géneros poéticos que éste pedía había de depender en parte de los modelos que se imita-

(1) De varios pasajes del *Cancionero de Baena* se saca cuánta importancia concedían los poetas mismos á estas habilidades técnico-formales. Juan Alfonso de Baena, y Villasandino sobre todo, no desperdician ocasión de hacer valer su propia habilidad en el arte y denunciar la falta de ella en los demás. Así se expresa el primero de estos en el prólogo á su colección, prólogo en que alaba la gaya ciencia como el arte más elevado, y en que la presenta como una singular gracia de Dios para los que participan de ella: «que byen é sabya é sotyl é derechamente la saben fazer é ordenar é componer é limar é escandir é medir por sus piés é pausas, é por sus consonantes é sylabas é açentos, etc...»

ban, y en parte de las relaciones, ocupaciones y fines sociales. Por esto hallamos en los géneros más líricos la canción religiosa, la de amor, de loa, la de queja y acusación, y la satírica; en los más doctrinales fuera de los generalmente moralizadores y admonitorios, el poema de discusión, el de sentencias, el alegórico y la visión. Pero todos estos poemas no son más que de ocasión en el más estricto sentido; en todos domina el subjetivismo, los poetas quieren mostrar tan sólo su arte y su ciencia y á sí mismos; la manera típica convencional ó escolástica de concebir y expresarse nivela las individualidades hasta la monotonía, y bajo la máscara normal de este idealismo forzado se oculta una efectividad, que la mayor parte de las veces está en la más abierta contradicción con ella, de tal modo que esta poesía nos da una imagen de la moda y del tiempo, pero no de la vida; no es imagen del estado y carácter real de aquella época.

La canción religiosa fué cantada aún con mayor sencillez y piedad ingenua, al estilo de las viejas canciones de la Iglesia, por los más antiguos poetas de la escuela gallega, como Pedro Vélez de Guevara, Villasandino, Manuel de Lando; pero los más recientes, los de la escuela valenciana, como Taller (Tallante) habían adoptado por completo el estilo más seco y más artificioso de la Gaya ciencia. Por lo demás, estas canciones religiosas van dirigidas en su mayor parte á María, cantares (*sirventas*) en honra de la Virgen, que era costumbre de los posteriores trovadores y de los *Puys de rhethorique* el cantar en alta voz.

La canción de amor, género que fué con mucho el predominante, tiene también en su mayor parte el carácter de la poesía cortesana convencional; era menos expresión de un sentimiento efectivo que de una galantería que se había puesto de moda, siendo imprescindible exigencia para un poeta cortesano el escoger una dama por objeto de su adoración y cantarla, como lo dice muy bien Alfonso de Baena en su Prólogo: «Omme... que aya cursado cortes de Reyes é con grandes señores... que

sea noble fidalgo é cortes é mesurado é gentil, é graçioso é polido é donoso é que tenga miel é açucar, é sal é ayre é donayre en su rrasonar, é otrosy que sea amador, é *que siempre sé preçie é se finja de ser enamorado;* porque es opynion de muchos sabyos, que todo omme que sea enamorado, conviene á saber que *ame á quien deve é como deve é donde deve*, afirman é disen quel tal de todas buenas dotrinas es dotado (1)». De aquí que no tenían dificultad alguna en tomar parte en tales juegos de amor eclesiásticos de tanto respeto como el doctor en teología Fr. Diego de Valencia, de aquí el que muchas de estas canciones como las de Villasandino, Alfonso de Baena, etc., fueran poemas dirigidos *á nombre* de sus señores y protectores á las damas de estos, y así es como vemos que contesta en *nombre* de la *manceba* del conde de Niebla, Isabel González, un frayle. A las veces, sin embargo, se ha expresado la verdadera pasión y en el estilo de los más antiguos trovadores como en las canciones de Pero González de Mendoza, Macías *El Enamorado*, el Arcediano de Toro y otros pertenecientes á la antigua escuela gallega.

Favorecidas por la naturaleza de las relaciones cortesanas en general y en especial por el modelo de los antiguos *sirventes* provenzales, debían desenvolverse en significativa plenitud la canción laudatoria, la de queja y la de improperio. Son numerosas las canciones en alabanza del rey D. Juan II, de su madre doña Catalina, de su tío D. Fernando el de Antequera, de su favorito D. Alvaro de Luna, etc. (2); la muerte de su padre

(1) Cuán poco escrúpulo tenía esta galantería para expresarse con una superabundancia chocante para nuestros sentimientos, lo prueban, por ejemplo, los siguientes versos del famoso Condestable D. Alvaro de Luna á su dama (tomados por Pidal, l. c., pág. LXV de un cancionero manuscrito):

«Si Dios nuestro Salvador
Hobiera tomar amiga,
Fuera mi competidor.»

(2) Tampoco faltan canciones laudatorias pagadas y de encargo, como las que anualmente componía Villasandino en alabanza de la ciudad de

Enrique III fué celebrada en elegías por muchos trovadores, y si bien las canciones de improperio son mucho más suaves que las antiguas provenzales, no faltan, sin embargo, ni están dirigidas tan sólo contra la corrupción general humana, como las de Gonzalo Martínez de Medina ó Pero González de Useda, sino también contra determinadas clases del Estado y de la Iglesia, y dirigidas con toda la agudeza de las sátiras políticas, como el «Decir que fué fecho sobre la justiçia é pleytos, etc.», de Juan Martínez de Burgos (en el *Cancionero de Baena*, número 340; en él anónimo, pero con firma en el que dejó manuscrito su hijo);—y muy singularmente el notable «Decir de Ruy Paes á la Rreyna doña Catalina (ibid., núm. 297), en que dice derechamente á la madre del rey, menor de edad, que no servían los hombres que dirigían con ella la regencia y que sería la consecuencia de esto la ruina del reino. Es cosa que debe presuponerse que no faltarían entre los palaciegos maledicencia ni envidias y rozamientos personales entre el *vatum irritabile genus*, y de aquí que no sea el menos surtido el género de las canciones injuriosas. Pero es también muy natural que se mostrara la grosería y aspereza de aquel tiempo en la más abierta contradicción con aquel idealismo convencional, precisamente en este género que hace blanco de su vengativa burla y su malicioso regocijo el descubrir defectos personales y fustigar la realidad baja, y que tan sólo con el progreso de la cultura evita el caer en el pasquín y en la obscenidad. No se contentaban los poetas con molestarse con sales áticas, sino que tomaban á bajos bufones y á cortesanas por blanco de sus burlas (1).

Sevilla, y por las cuales recibía una recompensa de «cien doblas», haciéndolas «cantar con juglares». Este es el único ejemplo que haya llegado á nosotros de que, á manera de los viejos trovadores, se emplearan juglares de profesión para la representación mientras que el *asonado*, esto es, puesto en música, que á menudo se añade á las canciones, no deja duda alguna de que se las cantaba efectivamente, y tal vez por el poeta mismo.

(1) Así Villasandino—naturaleza de las ordinarias y groseras á pesar de su fama como uno de los más grandes artistas—hizo poemas burlescos, no sólo á costa de trovadores que no estaban al tanto del arte de la escuela,

Entre los poemas del género más *doctrinal* tenía que responder al gusto de aquel tiempo más que ningún otro el poema de discusión, derivado ya de la poesía de los más antiguos trovadores, y debía gustar este género más que otros, puesto que á las necesidades de la conversación galante se había unido la inclinación á la dialéctica escolástica y á la discusión dogmática y sutil, y en general había llegado á predominar la facultad intelectual sobre la fuerza inventiva. De esto resulta que de las especies de poesías que más á menudo ocurren son las *Preguntas y respuestas*, *Procesos y respuestas*, imitación degenerada de los *Tensôs* y *Partimens* de los trovadores. Pero estas poesías de discusión, que eran uno de los principales encantos de esta sociedad, á menudo con el designio expreso de ser compuestos para distracción del rey ó de algún gran señor, rara vez tienen aquí más carácter que el de un juego meramente ingenioso y frívolo con cuestiones de casuística erótica; degeneran de ordinario ó en invectivas personales (otra forma de poesía injuriosa) en que los poetas, sin seguir adelante la cuestión misma, se insultan mutuamente y se dan en espectáculo como objeto de distracción, hasta que uno se salga de la rima dada, del pie forzado, y sólo por esto tenga que abandonar el campo como vencido; ó son pesadas disputas de doctores y lar-

---

y á costa de muchos de sus rivales, y hasta contra sus protectores caídos, como el condestable Ruy López d'Avalos y el cardenal de España D. Pedro de Frías, sino que no se avergüenza en hacer objeto de muchas de sus canciones burlescas (l. c., núm. 140-142) á un pobre viejo judío, á quien le llama «el más donoso loco que ovo en el mundo», y esto en un decir que con razón lleva escrito de cabecera, «á manera de difamación», y además los versos que hizo por encargo de un caballero contra una dama esquiva (l. c., número 104) desciende hasta la más brutal obscenidad. Pero tampoco el franciscano y doctor en teología Fr. Diego de Valencia creyó que desdecía de su dignidad el mostrar en un par de canciones burlescas muy frívolas una confianza con las diversas clases de cortesanas que no sentaba muy bien á un hombre de su sacerdocio (l. c., núm. 499 y 500): las divide en mundaria, focaria, andariega, comunal, costumera, y se presenta como irónico defensor de la cortesana Cortabota, que reconocía del *genus*, pero no de la *species* últimamente citada.

gas disertaciones pedantescas sobre las más sutiles cuestiones teológicas de ascética, dogmática y mística, que toman no pocas veces un giro escandaloso, como, por ejemplo, si Dios Padre no cometió pecado al engendrar á su hijo Jesús (l. c., núm. 485). Estos poemas tampoco estaban destinados al canto, sino á la *lectura* y la *recitación* (decires) (1).

El género de las *poesías sentenciosas*, que consisten en *proverbios*, ó que forman á éstos una glosa *(muy buenos proverbios como trebejos)*, está tratado casi solamente por Gomes Peres Patiño en el *Canc. de Baena* (v. números 351-353); pero el editor de éste saca de otros cancioneros manuscritos dos poesías de este género de Villasandino (l. c., páginas 642-644) que no dejan duda alguna de que era efectivamente un género singular, construido según reglas fijas.—Como ejemplo aislado y único hállase una poesía de enigma, de Frey Lope del Monte, en el *Cancionero de Baena* (núm. 345). Hállanse también ejemplos de

(1) Es notable en estas poesías de disputa la costumbre tomada de los provenzales, y cultivada pedantescamente, de nombrar *jueces* y citar sus *sentencias* (por ejemplo, l. c., números 111, 236, 259, 358, 363, 377, 380, 412, 421, poesías de disputa con la terminología del juego del ajedrez como *jaque!* núm. 388, *mate*, núm. 389.) A las veces y para algunos no se trataba de un simple juego, sino que proponían cuestiones por efectivo impulso científico, y hasta en interés del corazón y la conciencia, como, por ejemplo, el comendador Ferrant Sanchez Talavera sobre *la muy alta é trasçendente quistion de preçitos é predestinados*, como la llama Alfonso de Baena, y es la cuestión del libre albedrío y la predestinación. Necesitó para tranquilizarse las contestaciones nada menos que de siete trovadores, Pero López de Ayala, Fr. Diego de Valencia, Fr. Alonso de Medina, Micer Francisco Imperial, Maestro Mahomat-el-Xartosse (se llama *el moro... físico del almirante D. Diego Furtado de Mendoza*), García Alvarez de Alarcón y Ferrant Manuel de Lando. Así es como se nos muestra ya en medio de los juegos poéticos, en la conversación cortesana, el espíritu de duda y de protesta, y se siente, aunque en ligera brisa, á los precursores de la tormenta del siglo siguiente.—Por lo tanto, no en vano le dice Fr. Diego al comendador sobrado curioso:

«Por tal fundamento en este me fundo
Que vos *alongués* de la theologia,
Ca es mas fonda que la poetria,
E caos es su nombre é lago profundo.»

las parodias de los enigmas, conocidas más tarde con el nombre de *Disparates trobados (coq-à l'âne,* juegos en versos hechos adrede faltos de sentido) (números 99-106).

Hemos visto ya antes que se habían empleado la forma de la *Visión* (desde Gonzalo de Berceo) y la *Alegoría* (desde el arcipreste de Hita); pero ahora fueron selladas con más determinación y se extendieron más, siguiendo el modelo de Dante, y, sobre todo, por mediación de Francisco Imperial. Así es que hallamos en el *Cancionero de Baena*, además de las de Imperial, Visiones de Pero Vélez de Guevara (núm. 319), de Pero González de Useda (núm. 342) y de otros; la alegoría, por su parte, tomó también aquí la forma con que se extendió por toda la Edad Media, de disputa ó proceso entre personas alegóricas, forma que había revestido en tiempos anteriores la de lucha ó batalla, como ya lo hemos hallado en Juan Ruiz y en el poema más antiguo todavía de la *Disputa del alma y del cuerpo*. De esta clase se hallan en el *Cancionero de Baena*, por ejemplo, de Ruy Páez de Ribera, el proceso alegórico entre *Soberbia y Mesura* (núm 288) y entre *Dolençia é la Vejes é el Destierro é la Provesa* (núm. 290), en que resulta esta última (la pobreza) como vencedora, es decir, la más poderosa enemiga del hombre. Esta predilección por la alegoría, que se acrecentó aún más en la segunda mitad del siglo xv, dió ya ocasión á Fr. Diego de Valencia (l. c., núm. 227) para escribir los siguientes versos:

«En son de figura decir lo que es
Es una espeçie de fylosofía.
E d'esta manera fablaron las leyes (1)
E todos los poetas en su poetría;
En tal casso *cresçen* é *nasçen* oy día
Contiendas, rroydos, é daño muy farto,
Disiendo alguno: «Yo so el que departo»
E otro ninguno dezir non sabría.»

Hemos visto cómo la poesía artística castellana de este

(1) Probablemente quiere decir las *Leys d'amors*.

tiempo tenía que formarse en forma y materia de los indicados elementos, y apenas es necesario repetir respecto á sus creadores (trovadores), los poetas mismos, la observación de que debían de pertenecer, si no á los más altos círculos, á los que eran capaces de la vida de corte, por lo menos en tiempo de D. Juan II. Alfonso de Baena, en la advertencia que pone antes de su prólogo, dice que en su colección sólo ha admitido las obras de poetas educados cortesanamente y que conocían las reglas de la escuela de arte, de «frailes é religiosos, maestros en theología, é cavalleros, é otras muchas é diversas personas sotiles que fueron ó son muy grandes desidores é omes muy discretos é bien entendidos en la dicha graçiosa arte»; y en el ya citado pasaje de su prólogo menciona expresamente, entre las cualidades que exige en un trovador, que sea asiduo visitante de la corte del rey y de los grandes, y «noble fidalgo». Si parece que forman excepción él mismo y su hermano Francisco de Baena (los dos de origen judío), el citado médico moro Maestre Mahomat, y algunos otros pocos, es porque todos ellos fueron gentes de la servidumbre palaciega, que alcanzaron por su talento á tener entrada en la sociedad de la corte y ejercieron funciones de poetas cortesanos *establecidos* como tales, lo mismo que los de la nobleza baja (infanzones, escuderos) (1). No carece, sin embargo, de importancia para la historia del desenvolvimiento de la lírica artística castellana, el hacer constar que en *aquel* tiempo no halló acogida en el círculo de sus creadores *ningún* elemento *propiamente plebeyo*, que la sociedad de entonces de los tales creadores era *propiamente cortesana* exclusiva, y se separaba de la que no era como ella.

(1) En general se les admitía en los círculos más elevados á estos poetas cortesanos colocados en más baja esfera, para que contribuyeran á su entretenimiento. Componían por encargo y hasta en nombre de sus amos y protectores, y no tenían reparo alguno en reconocer esta dependencia, pero tampoco en sacar de ella todo el provecho posible. Muchas poesías de Villasandino, Alfonso de Baena y otros no son más que cartas petitorias rimadas, y el primero llega hasta confesar: «labro por pan é por vino».

De aquí que, según mi opinion, se deba establecer una diferencia, no tomada hasta hoy en la consideración debida, entre los cancioneros *propiamente cortesanos* y las colecciones que llevan también *este* nombre, pero son característicamente distintas de aquéllos (y que se llaman muy significativamente «generales»). Los *primeros*, á diferencia de las poesías de un solo individuo coleccionadas y que suelen llevar á las veces el nombre de *cancionero*, y de las colecciones ó misceláneas de poesías artísticas de diversos tiempos y lugares, que no están en relación ninguna entre si, contienen los productos de una *sociedad poética cerrada en una corte determinada*, que llevan un carácter común de conversación, se completan mutuamente, y es más aún, arrancadas de su ambiente, á menudo llegan á hacerse incomprensibles, y, por el contrario, tomadas en su totalidad, dan una imagen completa y bien redondeada, no sólo del arte poético, sino también de la vida y modo de ser sociales de ese círculo.

De esta clase de Cancioneros propiamente cortesanos es el llamado *Cancionero de Baena*, al que debía llamársele mejor: Cancionero de la sociedad poética en la corte del rey don Juan II de Castilla (1), porque contiene los productos de toda *esta* cerrada sociedad cortesana, y fué escrito, como lo dice expresamente su recolector (2), para *entretenimiento* del rey, de

(1) A las veces se le cita también bajo el título de *Cancionero de Villasandino*, porque las poesías de éste son las que ocupan en él el primer lugar. Lleva en sí hasta tal punto el carácter de un cancionero propiamente cortesano, que ha hecho que Pidal diga muy bien de él (l. c., página LXXIX), oponiéndole á la colección de Castillo que el tan conocido *Cancionero general*, que «tiene un cierto carácter de *actualidad* y de *localidad*, de que carece completamente el de Castillo».

(2) «...el qual dicho libro ...fiso é ordenó é compuso é acopiló el judino *(a)* Johan Alfon de Baena, escrivano é servidor del muy alto é muy noble Rey de Castilla Don Johan nostro señor, con muy grandes afanes é trabajos, é con mucha diligençia é afection é grand deseo de *agradar é complaser é ulegrar é servir* á la su grand Realeza é muy alta Señoría... é ansí

(a) Debe leerse *indino* y no *judino*.—(M. M. y P.)

su familia y de su corte. Este Cancionero toma su nombre de su colector Alfonso de Baena (1).

Contiene también, es cierto, canciones de más antiguos trovadores, de los del tiempo de Enrique II, Juan I y Enrique III, pero en parte vivían todavía en tiempo de Juan II (como, v. gr., Villasandino, que fué armado caballero por Juan I), y en parte sobrevivían sus obras en boca del círculo cortesano y pertenecían, por lo tanto, á su entretenimiento. Entre estos más antiguos poetas hay que contar además del tantas veces mencionado Villasandino, á Pero Ferrus, el más antiguo de todos (escribía ya en tiempo de Enrique II y acaso también bajo D. Pedro *el Cruel*, y de él tenemos en el *Cancionero* una elegía, núm. 124, á la muerte de Enrique II que falleció en 1379); Pero González de Mendoza, abuelo del marqués de Santillana (héroe celebrado, el abuelo, en romances y en el drama de Lope de Vega *El caballo vos han muerto*, por haber con grande magnamidad salvado la vida del rey D. Juan I en la batalla de Aljubarrota, 1385, cediéndole su caballo y pagando su generosidad

---

mesmo se agraderá la Realeza é grand Señoría de la... Reyna de Castilla Doña María.·. é dueñas é donsellas de su casa, etc.»

(1) Juan Alfonso de Baena no era secretario, sino contador en la corte del rey Juan II de Castilla, como se saca del siguiente pasaje de una *Respuesta* que dirigió á Ferrant Manuel de Lando (núm. 374), y en que dice de sí mismo:

«Con escryvanías é tinta bien pryeta
Sumando las rrentas del año presente.»

Es verosímil que hubiera nacido como judío en Baena, en el reino de Córdoba; pero lo indudable es que fué bautizado, como se deduce de otra *Respuesta* que el mismo poeta le dirigió á él (núm. 370), y en que dice:

«Al noble esmerado, ardit é constaute
Bañado de agua del *santo bautismo*.»

Concluyó la colección poco antes de la muerte del rey D. Juan II, en 1454, puesto que incluyó en ella una poesía acerca de la muerte de Ruy Díaz de Mendoza, mayordomo del Rey (núm. 530) fallecido en 1453; y la empezó antes de 1445, puesto que en este murió la reina Doña María, primera mujer de D. Juan II, de la que hace mención en la dedicatoria, como se ha dicho más arriba. Su hermano Francisco era secretario (escribano) del Adelantado Diego de Ribera.

con la vida); Pero Veléz de Guevara, tío del marqués; muerto hacia 1420, y á quien no se debe confundir con el Carlos de Guevara del *Cancionero general* (véase Amador de los Ríos, *Obras del marqués de Santillana*, páginas 641-643); el famoso cronista Pero López de Ayala; el no menos famoso «enamorado» Macías; el Arcipreste de Toro (floreció hacia 1379 á 1390, véase Amador de los Ríos, l. c., páginas 640-641) y Garci Ferrandez de Ierena (1).

---

(1) Como la vida de este trovador se nos presenta como muy aventurera y característica, á juzgar por las esparcidas noticias que sobre ella nos dan sus poesías inclusas en el *Cancionero de Baena*, única fuente de que disponemos á este respecto, voy á narrarla aquí. Ya de las palabras que preceden á sus poesías: «Aqui comiençan las cantigas y desires que fiso é ordenó en su tiempo Garci Ferrandez de Yerena, etc.», se puede deducir que ya no vivía en tiempo de Alfonso de Baena. Sácase también de la primera poesía, núm. 555, que tenía motivo para deplorar el favor que gozaba de parte del rey, puesto que lo debía, más que á otra cosa, á los encantos de su mujer. Este rey debió de haber sido D. Juan I de Castilla, puesto que la siguiente poesía está hecha después de la batalla de Aljubarrota, hallando el poeta en el infeliz resultado que ésta tuvo para el rey nuevo motivo para lamentarse de su matrimonio, puesto que la mujer con quien se había casado, en la esperanza de que le trajera una rica dote de parte del rey, era una mora bautizada; «una juglara que avia sido mora, pensando que ella tenía mucho tesoro... pediola por mujer al rey é diógela.» Pero no habiendo podido dar con la indemnización de tan deshonroso enlace, los esperados tesoros, hace que el ruiseñor, á quien dirige sus quejas, conteste (núm. 558):

«Mas me valdría morrer
Que vivir *mal deshonrado*.»

Para ocultar su vergüenza, abandonó la corte y se refugió «en una hermita cabe Yerena», lugar á cuatro leguas de Sevilla. Allí hizo penitencia é invocó con lamentos de arrepentimiento la ayuda de Dios y de la Virgen (núm. 559-564.) Finalmente se decidió á ayudarse por sí mismo; proyectó ir en peregrinación á Jerusalén, se embarcó con su mujer para Málaga (núm. 564) y se fué «con su mujer é con sus fijos» á Granada y «se tornó moro é rrenegó la fe de Jesu Christo, é dix mucho mal della». Cambió de fe, es cierto, y persistió en el cambio, pero no cambió su falta de sentido de la honra, puesto que hizo su concubina á una hermana de su mujer y

Todos estos trovadores más antiguos componían parte de sus poesías exclusivamente en dialecto *gallego*, y parte en éste junto con el castellano. Se quejaban ya de la decadencia de los cantos de amor caballerescos (1).

---

halló en esto un consuelo para su infortunio, que le inspiró una canción (núm. 565) que acaba así:

«Los enamorados
Non me querrán ver
Por el mi pecado:
Pues, amor, de grado
Dame alegrya.»

Esta abyección le echa en cara (núm. 107) con su manera ruda y no tampoco de sentido muy ideal Villasandino. Después de trece años de andar errante sin objeto alguno, volvió al cabo pobre y cargado con muchos hijos á Castilla, y por lo tanto á su antigua fe, y es lo más verosímil que concluyera su vida en la miseria. El marqués de Santillana le nombra también entre los poetas que vivían ya antes del tiempo de Enrique III. Sus poesías denotan que, á pesar de ese bajo sentido, no carecía de dotes nada comunes; llevan el sello de lo vivido, de una naturaleza apasionada é impresionable que se sentía impulsada á expresarse de un modo poético y que era perfectamente dueña de la expresión.

(1) Así Villasandino dice (núm 147):

«Ca en otro tempo os *antecesores*
Pagavansse muyto dos que ben amavan,
E los mas gentios que se deleytavan,
Fazendo cantares a seus señores.»

Es de notar aquí que en las antiguas canciones gallegas se llama á las damas ó señoras *señor* y *señores* (*a*).

Ferránt Sánchez Calavera dice de su tiempo (núm. 535) que:

«No es tiempo de trovadores.»

Cuánto tiempo se conservó, sin embargo, el canto amatorio caballeresco *gallego* lo vemos en una canción del marqués de Santillana (Obras, pág. 443) que está compuesta en dialecto *gallego*.

(*a*) No sólo en gallego conservaron para los dos géneros la misma determinación los adjetivos derivados de temas latinos en-or (nom-or, gen-oris) sino que en el «Poema del Cid» hallamos *espada taiador*, *cinchas duradores*, *espadas taiadores* (versos 780, 2723, 2726, 3555 de la edición de Vollmoker) y en Berceo *fija sabidor*, etc. (Véase Vida de Santo Domingo 683, Milagros, 449, 521, Vida de Santa Oria, 73) en el Poema de Alejandro (versos 359, 1338) etc. Formas como *señora* de *señora* son de origen analógico, formadas en el romance.—(N. del T.)

Los más jovenes, pertenecientes en rigor al tiempo y á la corte de D. Juan II, se dividen en dos grupos capitales. El primero comprende á aquellos afiliados á la escuela *sevillana* que se refería muy proximamente á la antigua gallega, y entre estos todos los poetas del Sudoeste de España, como Ferrant Manuel de Lando, Fr. Pedro de Colunga, monje dominicano, los hermanos Juan Alfonso y Francisco de Baena, Fr. Lope del Monte, franciscano, los hermanos Diego y Gonzalo Martínez de Medina, el primero así como Alfonso Vidal Jurado de Sevilla, Fr. Alfonso de la Monja, inquisidor y religioso dominicano, y Ruy Paez de Ribera («ome muy sabio» de quien se halla una poesía medio en latín medio en castellano, núm. 294). Se puede contar también entre los sevillanos á Micer Francisco Imperial, que, aunque genovés de nacimiento, se estableció en Sevilla á principios del siglo xv.

El segundo grupo capital lo forma la escuela *valenciana*, sobre cuyo desarrollo ejerció acción próxima la poesía trovadoresca lemosina y la posterior de los trovadores de gremio, llegando á ser dominante sobre el circulo todo de estos más recientes trovadores por mediación de la gaya ciencia y el poetizar erudito. A esta escuela pertenecen valencianos, aragoneses, leoneses y castellanos. Uno de sus cabezas es el leonés Fr. Diego de Valencia (de Valencia de Don Juan, en León) franciscano, «maestro en teología, grant letrado, físico, astrólogo é mecánico». Son, además, dignos de mención en este grupo: Pero González de Useda, hijo del caballero Gonzalo Sánchez de Useda, de Córdoba, hombre «muy sabio é entendido en todas sçiençias, espeçialmente en el artefiçio é libros de maestro Rremon» es decir, en la dialéctica de Raimundo Lulio (no vivía ya en tiempo de Alfonso de Baena, puesto que dice de sus poesías «que en su tiempo fizo»); Gómez Pérez Patiño, servidor del obispo de Burgos, buen gramático, lógico, filósofo, teólogo y mecánico; Ferrant Sánchez de Calavera (llamado además de Calavera Talavera: debió de morir antes de 1443), de la Orden de Calatrava en Villarrubia; Alfonso de Medina,

bachiller en teología, y Jerónimo en el convento de Nuestra Señora de Guadalupe, después prior de Montamarta y fundador del convento de San Juan de Ortega (muerto en 1453), y finalmente Fernán Pérez de Guzmán y Juan de Mena, que se hicieron más famosos por poemas mayores y de más sustantividad (1).

Por estos discípulos de la gaya ciencia, por estos doctos teólogos y escolásticos fué cada vez más desquiciado el libre canto caballeresco de los anteriores poetas cortesanos gallegos; en consonancia con las tendencias doctrinales de aquel tiempo, cada vez concedieron importancia más capital á las sutilezas, juegos y antítesis dialécticos, á la erudición pedantesca, hasta á la oscuridad intencionada (2), pero sobre todo á la habilidad técnica y á lo artificioso de las formas. Todo esto tenía que degene-

---

(1) Véase el ensayo acerca del *Cancionero de Baena,* escrito con inteligencia y buen gusto por el docto diplomático D. Leopoldo Augusto de Cueto y publicado en la *Revue des Deux Mondes XXIII année,* 1853, segunda serie, t. II, páginas 726-765.—La edición de Madrid es hasta ahora la única que ha aparecido, puesto que apenas ha podido ser editada la anunciada en casa de Brockhaus, por el profesor Francisque Michel *(a).* Las notas añadidas á la edición de Madrid dan noticias biográficas acerca de los trovadores. —La estructura del manuscrito es conocida. Contiene poesías de cincuenta y cinco autores cuyos nombres se expresen, sin que pueda verse principio ó sistema alguno de ordenación, fuera de que se hallan á la cabeza las poesías de los más renombrados, y bajo la firma de los que dan el tono las de los que estaban en conversación poética con ellos, sea por medio de poesías de disputa, sea por otro medio cualquiera. Da la imagen de un salón (para expresarme á la moderna) poético ó literario de entonces, en que se agrupaban los conversantes en torno á los «leones» del mismo *(b).*

(2) Véase por ejemplo, números 132, 133, 134 («á manera de adevinança *escura*»); números 292, 336, 337 («á manera de metáforas *escuras*»); número 332 («por manera de pregunta *escura*»); núm. 351, («un desir... que es muy *sotil é escuro*»); núm. 547 («pregunta *escura é sotil*»). Por lo demás, este lenguaje oscuro *(trobar clus)* es rasgo que proviene de la antigua poesía trovadoresca. (V. Diez *Die Poesie der Troubadours,* páginas 71-73.)

(*a*) Esta edición ha aparecido posteriormente y reproduce los preliminares de la de Madrid.—(M. M. y P.)

(*b*) Por el término ya anticuado de *leones* entiende Wolf á los árbitros de la moda y del buen tono.—(M. M. y P.)

rar en un arte gastado y de juego, porque la forma no estaba condicionada necesariamente como expresión que equivaliera al sentimiento ó á la idea, sino que llegó á ser completamente arbitraria por una vaciedad íntima, atribuyéndosele valor absoluto (1).

Casi al mismo tiempo que esta corte poética de D. Juan II de Castilla formábanse sociedades poéticas semejantes en las cortes del rey Fernando I de Aragón y de su hijo Alfonso V de Ara-

(1) La arriba citada Respuesta de Alfonso Alvarez (de Villasandino) contra Ferrant Manuel (núm. 255), contiene todo un registro de estos primores y artisterías de versos y rimas (compárese acerca de esto lo que dicen las notas del editor, pág. 672). Dice en el núm. 257:

«Mesclad artes entricadas
De pies medyos é perdidos,
E consonantes partydos
Con sotilesas juntadas.»

Y en el mencionado *Decir que fué fecho sobre la justiçia é pleytos, etc.*, de Juan Martínez de Burgos (núm. 340), hallamos la siguiente estrofa dirigida á los trovadores, en que les amonesta á que no recarguen demasiado sus artificios:

«Digo en primero á los que trobaron
E desta linda arte se dizen maestros,
Sy *discor, des an lay* en dezir conpuestos
Con *masobre* llano en uno fablaron,
E *macho é fenbra* de sy acordaron
Todos en uno con el *dexa prende*,
¿Aquesta tal arte qué nonbre conprende
E de qué natura ellos la nonbraron?»

Acerca de estos artificios de versificación y rima, formados en gran parte según las reglas de las *Leys d'amors*, compárese lo que digo en mi ensayo sobre los *Monuments de la litt. romane*. Ya en la antigua poesía trovadoresca se tenía por una superioridad el empleo de la rima *difícil* (v. Diez, lugar citado, páginas 70-71). De esta rima *difícil* se ha conservado aquí una de las usadas formas de rima, las *coblas unisonans*, llamadas también «de maestría mayor, arte fina é palanciana (véase, por ejemplo, números 63, 103, 146, 151, 188, 190, 215, 218. En esta última poesía se ve empleado también el «arte de dexa» ó «lexa prende», es decir, en que el último verso de la estrofa precedente se toma como primero de la que le sigue, de donde le vino el nombre de *deja y toma*); por el contrario el «Arte posada de media maestría, que lleva los cuatro pies iguales (como el núm. 201, á la vez «por arte comuna de lexa prenda», núm. 327), son las *coblas ternadas* de los provenzales.

gón (I de Nápoles), y también de estas se han conservado cancioneros cortesanos, aunque hasta hoy no han salido de los manuscritos (1). Uno de ellos es el *Cançoner d'amor* catalán, que puede verse en el manuscrito número 7699 de la biblioteca real de París, que denuncia manifiestamente el mismo origen y un carácter común con el de Alfonso de Baena, por su espíritu, tono, formas poéticas y maneras de rimar. Muéstrase en él el influjo de la poesía artística lemosina más puro y más fuerte que en el cancionero castellano, lo que es natural estando como están escritas todas sus poesías en el dialecto catalán. Su diferencia esencial respecto del castellano consiste en que en este no han hallado todavía cabida alguna los ritmos indígenas de las redondillas populares, dominantes en aquel (2).

Aún más que este cancionero de la corte poética de Fernando I se acerca al de Baena el de la corte del hijo de aquel, conocido bajo el nombre de *Cancionero de Lope de Stúñiga*. Alfonso V, aunque pasó la mayor parte de su vida en Italia, había nacido y sido educado en Castilla, y el dialecto de esta región era la lengua de su corte, por lo cual en castellano están todas las poesías que contiene este cancionero, hallándose además en él muchas que proceden de poetas á quienes hallamos también en el de Baena. Tiene por autores, en su mayor parte, á personas de quienes se sabe que siguieron á Alfonso V á Nápoles ó que le rodeaban durante su prisión en Milán, como Lope de Stúñiga (3), que da

(1) Desde 1874 tenemos impreso el *Cancionero de Stúñiga*, que forma parte de la *Colección de libros españoles raros y curiosos*.—(M. M. y P.)

(2) Veáse acerca de este *Cançoner* lo que dice Ticknor, I, páginas 266-268. Los traductores de éste citan otro *Cançoner* catalán, también manuscrito, conservado en la biblioteca de la Universidad de Zaragoza, pero que no parece ser un cancionero propiamente cortesano, aunque también del siglo XV, y que contiene algunas poesías en dialecto castellano. (V. el mismo autor, II, páginas 700-702.)

(3) Todo lo que se sabe de su personalidad se limita á que peleó en Italia á las órdenes de Alfonso V y se distinguió en el famoso juego de armas conocido por «el paso honroso» de Suero de Quiñones. Es lo probable que perteneciera á la familia navarra de los Stúñiga, Astúñiga, Estúñiga, posteriormente escrito Çúñiga y Zúñiga, de la cual hallamos como poetas

nombre á la colección por empezar ésta con sus poesías, Juan de Tapia, Argüello, Santafé, Suero de Ribera y otros. Muchas poesías van dirigidas á la condesa de Adorno, á la hija del duque de Milán, á la reina doña María de Aragón, esposa de Alfonso, y á la famosa querida de éste Lucrecia d'Aniano, hallándose *Respuestas* contestadas en nombre del rey á *Preguntas* que se le dirigían. Finalmente, el manuscrito mismo que las contiene, preciosa obra señalada en la Biblioteca nacional de Madrid M. 48, fué escrito en Italia, probablemente en Nápoles, hacia mediados del siglo xv, procediendo las poesías en él inclusas de la primera mitad de este siglo (una epístola poética de Sancho de Villegas lleva la fecha de 1448). Recogiendo todas estas circunstancias, no dejan duda alguna de que debemos considerar esta colección como un cancionero propiamente cortesano. Por desgracia, aún la prensa ha dado á conocer poco de él (algunas de sus poesías están reproducidas en el *Cancionero general)*; pero basta el índice que nos presentan los traductores españoles de Ticknor para hacer buena la conclusión de que este cancionero tiene en general el mismo carácter que el de Baena. Parece tan sólo que aquí es más predominante aún la parte lírica, porque en una corte tan guerrera y galante, y con una vida tan agitada y llena de aventuras, la mayor parte de los poetas eran caballeros á quienes les faltaban ocio y gusto para la conversación escolástica, de modo que hallan cabida en este cancionero formas propiamente *populares*, como «villancetes» y hasta romances; y frecuentemente tenemos en él también «Motes» y «Glosas» (ejemplos los *más antiguos* de esta última forma en castellano, en cuanto yo conozco).

Respecto á los poetas que se nombran en él, no voy á hacer observar otra cosa sino que se halla mencionado muchas veces el marqués de Santillana, que falta por completo en el *Cancio-*

---

en el *Cancionero de Baena* á Don Iñigo de Astúñiga y á Don Diego de Stúñiga. (Veánse las notas ccxxxii y ccxxxv á la edición de Madrid; Pellicer, sin embargo, no cita á este Lope en su *Genealogía de la casa de Zúñiga.*)

nero de Baena (1); y que aquí se le llama Juan Rodríguez de la Cámara al trovador Juan Rodríguez del Padrón, que se hizo por sus aventuras amorosas no menos famoso que su paisano Macías. De la identidad de la persona no dejan duda alguna las poesías que aparecen bajo ambos nombres (2).

No es posible hallar en este cancionero, más que en el de Baena, principio alguno de ordenación ó agrupación; las poesías parecen haber sido anotadas según se iban convirtiendo en objeto de la conversación. Hállanse poesías de casi cuarenta y tres personas cuyo nombre conste.

Después que por estas sociedades cortesanas, no sólo se cultivó y extendió en círculos cada vez más extensos la poesía artística lírica, no sólo en lenguaje gallego y catalán, sino también en castellano; después que por la anotación y recolección de los productos de estas sociedades poéticas en cancioneros propiamente cortesanos, que representaban un círculo cerrado y á lo más tomaban en consideración á famosos predecesores inmediatos, cuyas obras persistían en este círculo, hubo hallado acogida, apoyo y aplauso esta manera de conversación y reunión de los productos de la poesía artística que fueran de un mismo tiempo ó casi de uno mismo, era muy natural que se hallaran aficionados que, sin pertenecer á semejante sociedad poética cerrada, ni verse conducidos á ella por encargo de príncipes protectores ó para su entretenimiento, recogieran colecciones análogas para su propio placer á ejemplo de esos cancioneros cortesanos y aprovechándolos. Tales colecciones, por lo tanto, no se limitaban á un círculo poético determinado, ni siquiera á un período estrictamente definido, sino que, sin

(1) Se explica muy bien que el marqués de Santillana no aparezca entre los miembros de la corte poética de D. Juan II teniendo en cuenta su posición adversa á esta corte, sobre todo como adversario de la influencia de D. Alvaro de Luna. (V. Amador de los Ríos, l. c., pág. CXXV.)

(2) Veáse acerca de él la nota CCLIII al *Cancionero de Baena*, donde el marqués de Pidal trae una novela de sus aventuras amorosas muy picante, pero evidentemente inventada.

reducirse á tiempo y lugar, aceptaban todo lo que era corriente entre sus predecesores y gustado por ellos, uniéndolo sin separación alguna con aquella parte de los productos más recientes que gozaba de general aceptación ó con algo de la propia cosecha del coleccionador mismo. En esto me parece que estriba el fundamento más natural del orígen de muchos cancioneros posteriores, impresos y manuscritos, y á la vez lo que les diferencia característicamente de los cancioneros cortesanos; éstos tenían con preferencia un interés *objetivo social*, daban una precisa imagen del estado, no sólo literario, sino también de la sociedad de un tiempo y una localidad determinadas, aquellos partían originariamente de un punto *subjetivo estético*, sometido al del coleccionador; tienen, como colecciones misceláneas en su totalidad, un carácter *puramente literario*. Y sólo pueden servir para la descripción de una sociedad y un período determinados, separando mediante crítica lo perteneciente á un tiempo anterior y á otras relaciones de lo que se produjo en la época y el círculo del coleccionador mismo y que tiene valor general.

Produjéronse tales misceláneas ya desde el tiempo de Don Juan II de Castilla y muchas en la mitad del siglo xv, la mayor parte de las cuales no se han conservado más que manuscritas (1). En ellas ocurren muchos famosos nombres de poetas del *Cancionero de Baena*, pero contienen, mezcladas con las de éstos, poesías de autores que vivieron bajo Enrique IV de Castilla y hasta bajo los Reyes Católicos. También tienen otras que pertenecen al género lírico-didáctico y en cuanto puedo deducir de las que se han dado á conocer, un carácter análogo á las de los cancioneros cortesanos; nótase, sin embargo, en ellas un momento que en adelante fué cada vez poniéndose más de relieve, y que es tanto más importante cuanto que está en conexión con el desenvolvimiento político, es á saber: por una parte la *amplifica-*

(1) Comp. Ticknor, I, pág. 341 y II, páginas 522-526; Introducción al *Cancionero de Baena*, páginas XL–XLI y LXXXVI–LXXXVII.

ción del círculo y la *introducción* del elemento de la *clase media*; por otra la *consideración* en que se toma la *poesía popular* y la *aceptación de las formas populares*. Así que en la vida política se debilitó y fué soterrado el poderío exclusivo de la aristocracia por las parcialidades y luchas de la nobleza iniciadas ya bajo D. Juan II y reforzadas bajo Enrique IV, procurando cada partido corroborarse con la ayuda de los comuneros; así que el principio monárquico y la omnipotencia real llegaron, apoyados principalmente en estos comuneros bajo los Reyes Católicos, á dominar en tal grado, que frente á ellos no hubo más que súbditos; empezaron á mostrarse en la literatura fenómenos que correspondían á estas revoluciones políticas. Ya bajo Enrique IV no hay corte poética *cerrada* alguna, aparecen en abigarrada mescolanza junto á cantores todavía propiamente caballerescos y cortesanos y á poetas eruditos, juglares que se habían alzado de las más bajas capas; y bajo los Reyes Católicos, que favorecieron con mucha preferencia la erudición y el sentido humanístico, se fué la poesía haciendo cada vez más independiente de la vida cortesana, y quedando así más abandonada á sí misma. Por esto hasta la poesía artística procuraba, ya rejuvenecerse mediante elementos populares, ya regenerarse y universalizarse humanísticamente por la imitación de los modelos italiano-clásicos, ya, finalmente, se abrían más tarde nuevas vías, como la dramática, que respondieran á necesidades de una vida nacional más desenvuelta, y satisfacieran á la cultura común de todos los grados de la sociedad.

Para apoyar estos puntos de vista respecto á la marcha evolutiva de la lírica artística castellana, en cuanto caiga dentro del período de que aquí tratamos, voy á llamar la atención, siguiendo el precedente de Pidal (l. c., páginas 32-39), acerca de algunos poetas, hasta hoy desdeñados más de lo justo, que salieron de las más bajas capas sociales, á pesar de lo cual hallaron acogida ya en los cancioneros manuscritos y más aún en los que después se imprimieron, y que pueden servir de prueba de cómo ya entonces, por lo menos desde el tiempo de

Enrique IV, se había extendido el número de los que tomaban parte en el arte poético, de lo cual nació una especie de *poesía cortesana de pueblo (höfischer Dorf poesie)* para servirme de una expresión conocida en la historia de la poesía alemana meridional.

En todo caso, estos poetas burgueses, para procurarse entrada entre sus compañeros de arte y darse á conocer, emplearon las formas puramente populares despreciadas por aquellos, como por ejemplo, la de los romances, procurando acomodarlas al estilo *artístico-cortesano*. Sus productos se conocen en seguida por un tono popular, por un colorido local y una efectividad que contrastan con aquel otro idealismo de la conversación, aun cuando se conociera la procedencia de sus autores (1). Pero los cancioneros ni se olvidan ni se avergüenzan de designar la procedencia de estos poetas tolerados, que subieron de la oscuridad, llegando hasta señalar sus oficios y motes, y así nos hallamos junto á la anterior sociedad cortesana exclusiva citados á Antón de Montoro, el Ropero, Juan el Trepador, Gabriel el Músico, Diego el Tañedor, Juan de Valladolid y Juan Agraz, juglares que componían mediante recompensa, y hasta el mozo de espuela (servidor ó lacayo que acompaña á pie á su señor mientras este cabalga) Mondragón (2). El más famoso de su

(1) El gran conocedor de este período de la literatura de su patria, el docto marqués de Pidal (l. c., pág. 33), dice: «Es esta clase de poetas ó trovadores digna de una mención y estudio especial, porque, si bien no son poetas populares por la forma é índole de sus composiciones, tienen éstas á las veces un *carácter tan particular de actualidad y de localidad*, que les da cierto interés de que comúnmente carecen las composiciones serias.»

(2) Alonso de Velasco, llamado Mondragón, el mozo de espuela, compuso coplas en alabanza del capitán Hernán Mexia de Jaén y de Juan Alvarez, que estaban tan bien hechas, que Hernán Mexia le honró con una respuesta en que expresó su agrado; pero como fuera vituperado por algunos porque «se desautorizaba», salió á la defensa del mozo de espuela el otro poeta alabado por Mondragón, el más famosísimo poeta cortesano del tiempo de Enrique IV, Juan Alvarez Gato, á quien honró con su amistad D. Juan II (v. *Ticknor*, I, pág. 345, nota) en una poesía dirigida á Hernán

tiempo entre estos, era Antón de Montoro (1), que aparece á menudo, aun en las más antiguas ediciones del *Cancionero general*. Era, como él mismo lo declara muchas veces en sus poesías, un pobre judío bautizado; vivía ya en tiempo de Don Juan II, y alcanzó hasta el de los Reyes Católicos. Muchos poetas cortesanos de alta posición y de fama no se desdeñaban de tratar con él poéticamente y de honrarle con sus alabanzas; ganóse por protector hasta al marqués de Santillana, mediante su talento de improvisación (2), pero tampoco le faltaron burlones (3). La mayor parte de sus poesías son «obras de burlas»; pero que también podía componer en serio y honrosamen-

---

Mexia (una epístola poética, carta, en once coplas de diez versos, con «explicaciones y un «proemio en prosa»), para probar que no era vergonzoso estimar á cada cual conforme á su mérito.

(1) Su contenido mismo prueba que las poesías que se han dado á conocer bajo el nombre de Montoro se han de atribuir sin duda alguna á este *ropero;* es muy problemático, por lo menos á juzgar por los testimonios que hasta hoy de ello tenemos, que hubiera dado este período un poeta perteneciente de hecho á la familia noble de Montoro y por nombre Antón. Véase *El Trovador* ó Semanario de escritos y de poesías inéditas, Madrid, 1841, páginas 8-10; *Semanario pintoresco*, Madrid, 1854, páginas 187-188.

(2) Véase Amador de los Ríos, «vida del Marqués de Santillana», que precede á las «Obras» de éste, pág. 123.

(3) Así, el Comendador Román (*Cancionero de burlas*, Londres, 1841, 8, pág. 87) dice al pobre ropero muy significativamente para su punto de vista cortesano:

«Y cobrareis gran conorte
En saber que nunca errastes,
Sin que vos troveis de corte,
Pues *jamás en ella entrastes*...
Tomareis mi buen consejo
Que *dejeis ese trovar*
Y que os *vais á remendar*.»

Por el contrario dice de él el Comendador Ribera (íd., pág. 100):

«Ese hombre muy famoso
Poeta muy copioso
Llamado Antón de Montoro.»

Tanto se extendió su fama, que traspasó las fronteras de Castilla, puesto que se hallan poesías de él en el *Cancioneiro de Ressende*, portugués.

te lo prueban sus poesías dirigidas á los Reyes Católicos y á D. Alonso de Aguilar, en que invoca la protección de estos para sus hermanos los judíos recién bautizados, cuando fueron expuestos á las persecuciones del populacho en 1473, y fustiga con toda agudeza al no menos conocido como poeta y también judío converso Rodrigo de Cota (á quien se tiene generalmente por el autor del primer acto de la *Celestina)*, porque en vez de ponerse de parte de los que habían sido sus compañeros de credo, se iba con sus perseguidores (1). Que se había apropiado algo de la erudición pedantesca de aquel tiempo lo muestra su poesía al duque de Medinasidonia *Canto lírico memorando la perdición de Urdiales cuando era dudosa;* en el *Trovador*, páginas 8-9. A pesar de estas relaciones con grandes señores, á pesar de que el rey Enrique IV se sirvió de él para contestar á la sátira de Gómez Manrique: *Contra la mala gobernación del Reyno* (Pidal, l. c., pág. 73), se vió obligado á permanecer en su oficio, y es probable que muriera en la pobreza (2).

(1) Véase esta notable poesía en Pidal (l. c., páginas 36-37). En la poesía de Montoro á la reina Isabel, se queja amargamente de que no habían podido protegerle de la acusación de su procedencia sesenta años de fiel adhesión á la fe cristiana.

Por el contrario, echa en cara con la más amarga ironía á Rodrigo Cota de Maguaque su genealogía judaica por ambos costados, la cual no podía negarla:

«Porque, muy lindo galán
No paresciera ser asco
Si vos llamaran Guzmán
O de aquellos de Velasco.
Mas todos, según diré
Somos de Medina hu
De los de Benatavé
Y si estos don Morsé
Vuestro agüelo Don Bau.»

(2) Dice en la citada poesía á la reina Isabel:

«¡O Ropero, amargo triste!»

Y en otra se lamenta diciendo:

«Pues no cresce mi caudal
El trovar, nin da más puja,
Adoramoste, dedal,
Gracias te hagamos ahuja.»

Su rival y coetáneo era el también judío de nacimiento Juan de Valladolid, citado generalmente en los cancioneros (aun en los impresos), como Juan Poeta. Era de procedencia aún más baja, puesto que su padre fué, sin duda alguna, pregonero y verdugo en Valladolid (1). Gozó, sin embargo, también éste, merced á su talento, el favor de los grandes y hasta del rey; Alfonso V de Aragón le llevó consigo á Nápoles, y la reina Isabel le favoreció (2).

Por esto se dirigieron contra él las burlas, no sólo de sus compañeros de gremio, envilecidos por envidias del oficio, como las de Montoro, sino también las de personajes de más alta posición, como el comendador Ribera y el conde de Paredes. (Las poesías difamatorias que cambió con el último el famoso Gómez Manrique, se hallan también en los cancioneros impresos.) También él hace alarde de su erudición pedantesca (3).

Prueba esta difusión del arte de la poesía cada vez en círculo más extenso el gran número de poetas que ocurren ya en las colecciones misceláneas manuscritas, y que en las impresas suben hasta ciento treinta y seis, á pesar de que no se nombra á muchos de los más antiguos y que cada colección sólo contiene los que faltan en las demás; lo demuestra la aparición de los nombres pertenecientes á gentes de las más bajas esfe-

(1) Así Montoro, que dirigió muchas de sus poesías injuriosas contra Juan Poeta, dice (en P. Pidal, pág. xxxviii):

«Pues sabeis ¿quién es su padre?
Un *verdugo y pregonero.*
Y quereis reir? Su madre
Criada de un mesonero.»

(2) Montoro, irritado de envidia, exclama en la misma poesía injuriosa:

«Sé que la noble discreta
Reyna, señora de nos
Si vos da, por lo de Dios,
Mas non por mucho poeta.»

(3) Véase su poesía *El Testamento del maestre de Santiago* (D. Alvaro de Luna), de que nos ha dado muestras Pidal (l. c.)

ras junto á poetas de los más elevados círculos y hasta de los propiamente cortesanos y en trato poético con ellos (1).

Prueba, además, como siempre, este gran número de poetas la decadencia de la poesía. La estacionada arte poética de la España de aquel tiempo, arte ya sin arte, sobre vacilantes fundamentos—los elementos que venían de fuera y el predominio de las facultades intelectuales,—debía por ello degenerar aún más en un artificio huero y una mera habilidad de rima, y hubiera tenido que secarse como una planta de estufa forzada á una producción antinatural, si no hubiera tomado al fin raíces en la tierra indígena y procurado rejuvenecerse en la fuente viva y fresca de la por tanto tiempo despreciada poesía popular.

Muéstranse ya en los cancioneros, sobre todo en los impresos, como se ha hecho notar más arriba, los primeros gérmenes de este proceso de rejuvenecimiento, de esta atención que se fué prestando á la poesía nacional y de este aceptar las formas populares, de este momento tan importante para el ulterior desarrollo de la literatura española, sobre todo en el drama. Si la poesía artística castellana no había podido renegar de los ritmos que habían crecido orgánicamente con el len-

(1) Esta universalización del «arte de trovar» la ha pintado muy característicamente para su tiempo (fines del siglo XV), aunque con algún colorido satírico, Escobar *(Preguntas y respuestas del Almirante)*:

«Del trovar no digo nada,
Porque es gracia natural,
Y los que usan della mal,
La tienen ya disfamada...
Trovan chufas los pastores
Cuando ven volar las grullas,
Y para echarse las pullas
Las trovan los cavalores.
Facen los ensalmadores
Ensalmos metrificados;
Los locos enamorados
Trovan canciones de amores...
Las mozuelas é infantes
De rústicos y groseros
Para tañer en panderos
Hacen metros y discantes.»

guaje mismo ni aun en el tiempo de su sujección bajo el influjo extraño, este elemento *nacional* se robusteció con el aumento de la cultura artística, y alcanzó, no sólo tolerancia, sino hasta algún valimiento, de tal modo, que, como hemos visto, la medida *popular* de las redondillas siguió siendo la dominante aun en la poesía artística, si bien parte en sí y parte en estrofas formadas artísticamente, y hallaron cabida en la lírica artístico-cortesana formas completamente populares, como las de la canción española, del villancico, de la glosa, aun en el tiempo del mayor florecimiento de aquélla, y hasta tal punto todo esto, que un poeta tan erudito como el marqués de Santillana, que se había expresado con desprecio acerca de la poesía popular, no pudo menos, como dominado por el sentimiento nacional, de jugar, por lo menos á las veces, con estas formas y ensayarse en las serranillas campesinas, siendo lo cierto que éstas han quedado para todos los tiempos como su ejecutoria de nobleza poética, mientras que sus poesías restantes no son más que envejecidos documentos de la historia literaria.

Finalmente, halló cabida en los cancioneros la forma más popular, la de los romances, al principio aisladamente, como un tímido ensayo, en el *Cancionero de Stúñiga*, ó como juego de parodia en el de Ixar; pero después como una rúbrica propia en los cancioneros impresos, lo mismo que las canciones, villancicos, glosas, etc., en parte aún como temas de glosas, pero en parte también como imitaciones de los poetas artísticos.

En nuestro ensayo «acerca de la poesía de los romances», mostraremos cómo este fenómeno tan importante—pues los romances son el fundamento del drama nacional—está en íntima conexión con el desarrollo político, con el robustecerse del sentimiento nacional.

Aquí nos limitaremos á hacer notar cómo la poesía artística, mientras, siguiendo la dirección humanística del tiempo, se regeneraba por otro camino mediante la imitación de las formas clásicas é italianas, preservábase de una segunda desna-

cionalización y de una parcialidad falta de independencia por medio de una relación largo tiempo duradera y cada vez más íntima con la poesía de los romances, y cómo aún la lírica artística conservaba y desenvolvía junto á las nuevas formas italianas las antiguas populares.

Hasta de esta dirección italianizante muéstranse los precursores en las ediciones más recientes del *Cancionero general*, que contienen sonetos en italiano y en castellano (forma que ya intentó introducir Santillana). Pero es cosa conocida y basada precisamente en la robustez adquirida por el sentimiento nacional y en la consideración en que por él volvió á ser tomada la poesía popular, cuánta lucha costó en la primera mitad del siglo XVI el asentar la introducción de las formas italianas contra el partido nacional.

Se ve por lo hasta aquí expuesto cuán importante fuente para la historia de la poesía son los cancioneros, y si bien lamentamos que no hubieran sido bastante recolectadas y anotadas las aún más interesantes canciones populares, tenemos que dar gracias á la necesidad inherente, á la naturaleza misma de las cosas, por las colecciones de poesías artísticas según el gusto de aquel tiempo, y que estas fuentes sean tan ricas y se hayan conservado tan puras relativamente. Porque, no sólo se nos han conservado de los productos de la poesía artística del siglo XV muchas colecciones de esa clase manuscritas y contemporáneas, sino que á seguida de la introducción de la imprenta en España vemos que se aprovecha esta para la difusión de los cancioneros, que habían llegado á tener tantos aficionados. Estos cancioneros impresos tenían aún más el carácter de colecciones misceláneas emprendidas para fines meramente literarios y desde un punto de vista subjetivo-estético (á diferencia de los propiamente cortesanos); extiéndense á menudo sobre todo un siglo, de ordinario con una selecta de los más antiguos cancioneros, empezando desde el tiempo de D. Juan II de Castilla y alcanzando hasta la época de su composición, por lo cual se dan á sí mismos el título de *generales*; por lo cual el juicio de

Ticknor acerca del conocido é impreso *Cancionero general* de Castillo, del cual dice que debe ser considerado como verdadero representante de toda la poesía artística de un período (que hace que se extienda desde principios del siglo xv hasta el primer decenio del xvi), sólo puede pasar con la modificación de que el tal *Cancionero* no contiene más que fragmentos de la más remota poesía artística propiamente cortesana de la primera mitad del siglo xv, fragmentos que, mezclados con productos de tiempos posteriores y separados de su ambiente, no nos dan más que una imagen imcompleta de éste, como lo demuestra una comparación con los cancioneros propiamente cortesanos citados más arriba.

La ordenación exterior vino á ser completamente otra en las misceláneas impresas; en éstas no sirve de primer término la relación á un determinado círculo cortesano y á su foco, un príncipe protector; las poesías no están ya agrupadas en torno de una personalidad sobresaliente de este círculo y con relación á sus entretenimientos de sociedad, relación que ó dan expresamente las poesías, ó que se conoce más ó menos por su posición, en que no hay mezcla caprichosa, puesto que los productos de las personas de menos viso están junto á los de las más principales cuando tienen alguna relación con estos. Los *Cancioneros generales* (1), por el contrario, tienen presente en su orde-

(1) Entre las colecciones de poesías artísticas impresas que llevan el título de *Cancioneros* (pues también se ha procurado introducir bajo el mismo título las más antiguas colecciones de romances), hay algunas que se limitan á un fin especial, á un género determinado de poesías, como los más antiguos *Cancioneros* impresos, el de Ramón de Llavia (entre 1481 y 1503), y el de Martín Martínez de Ampies, *Triumpho de María, Cancionero espiritual* (Zaragoza, Paulo Hurus, 1485, 4.—Véase la nota añadida á la traducción española de Ticknor, en la edición de Madrid, tomo iii, pág. 516), y las *Coplas de Vita Christi* (1492; de las que dice Ticknor, sin razón, «que fueron recogidas conforme á los mismos principios, y para el mismo fin que los *Cancioneros* de Baena y Estúñiga»), que no contienen más que poesías *espirituales*, por lo cual Durán («*Romancero general*, 2 ed., ii, pág. 680), no los cuenta en el género de los *Cancioneros* de que tratamos, sino entre los que versan «sobre asuntos *especiales*». No menos debemos considerar aquí

nación (en cuanto puede verse que haya alguna y no estén gobernados por el mero azar de la recolección) ante todo la *analogía de asunto* ó de forma, porque tenían un fin meramente literario ó estético, mezclando, por lo tanto, tiempos y escuelas (como por ejemplo, en la misma sección y bajo el mismo título de poesías de contenido religioso se siguen á una Canción de Soria, poeta de principios del siglo XVI, coplas del marqués de Santillana, sonetos italianos de Berthomeu Gentil y tres poesías en dialecto valenciano de Vicente Fernández). A las «obras» colocadas caprichosamente de un poeta solo siguen, bajo el título de: *Canciones*, *Romances*, etc., poesías del mismo mezcladas con las de otros. En una palabra, para que estos cancioneros impresos puedan pasar y servir como «representantes» de épocas tan diferentes, se hace precisa una división y selección críticas de su contenido. Si se ha hecho ésta, se obtendrá la persuasión, sobre todo si se les compara con los cancioneros propiamente cortesanos, de que apenas se puede aceptar histórico-literariamente el período que va desde el principio del siglo XV hasta el principio del XVI como una época de la poesía artística castellana que tiene uno y el mismo carácter; pues si se separa y agrupa críticamente el contenido de aquéllos, resultará una diferencia muy característica entre los productos de los dos primeros tercios del siglo XV y los del último tercio del mismo y el principio del XVI; se verá que en el último se anuncia ya un notable colorido popular y un uso cada vez más exclusivo de la lengua castellana (1), de tal modo, que con

---

las colecciones también tituladas *Cancioneros* y que lo eran de poesías de un individuo (como, por ejemplo, Gómez Manrique llamó *Cancionero* á la colección de las poesías del marqués de Santillana, y la colección impresa de las obras de Juan de la Encina lleva igualmente el título de *Cancionero*.)—Acerca de los *cancioneros* compuestos posteriormente por un solo poeta y que no contienen más que poesías espirituales, véanse las notas añadidas á la traducción española de Ticknor en la edición de Madrid, tomo III, páginas 516 523.

(1) Las más antiguas ediciones del *Cancionero general* contienen poe-

el entronizamiento de los Reyes Católicos y los comienzos de la formación de una monarquía española se muestra á la vez el principio de un nuevo período de la poesía artística castellana como nacional española.

La primera edición de este *Cancionero general*, que llegó á ser tan gustado y tan famoso, es la que preparó Juan Fernández de Constantina.

Este, en recuerdo de la procedencia y del destino originario de las canciones artísticas que procedían de círculos cortesanos y por temor á su doble profanación en boca del pueblo falto de gusto artístico, dice que se ha determinado á imprimir su colección por dos razones... «la primera porque me gozaría yo ser relator de ellas. Lo otro, porque no viniesen á ser *sovajadas de los rústicos*, las lenguas de los cuales casi siempre ó siempre suelen ser corrompederas de los sonorosos acentos y concordes consonantes y hermanables pies.» Y sí venció este último escrúpulo fué por la observación de sus amigos de que en caso de no llevar adelante la publicación se perdería tal tesoro de dulzura hasta para los «*elegantes* y *nobles* varones y *gentiles* mancebos».

Pero á pesar de que el primer editor se había atenido al exclusivismo de la poesía artística, alcanzó su labor cada vez más difusión en la gran masa del público, como lo prueba el que halló pronto un sucesor (y en parte reeditor) en Fernando del Castillo, y que su colección, la conocida generalmente por *Cancionero general*, tuvo desde 1511 á 1573 por lo menos diez ediciones (1). De tal modo debió de crecer la aceptación del pú-

---

sías en lenguas valenciana é italiana, mientras es sabido que desde fines del siglo XV componían en castellano, no sólo aragoneses, valencianos y catalanes, sino también portugueses.

(1) Duran (l. c., II, pág. 680), ha expuesto también los datos bibliográficos y la relación que guardan entre sí las diversas ediciones del *Cancionero general* de Castillo, bastando referirse á él y citar los resultados que ha obtenido de sus investigaciones: «Así (concluye) que para obtener una antología de la poesía artística que empiece en los primeros años del siglo XV y acabe después de mediar el siglo XVI, bastará agregar á la edi-

blico que, siendo todas las ediciones publicadas en España en folio (tan sólo las dos más recientes de Amberes están en cuarto pequeño y en octavo), y, por lo tanto, demasiado caras para las clases más pobres, el librero de Zaragoza, Esteban G. de Nájera, halló que era cosa indicada por una parte reimprimir el gran *Cancionero* en pequeñas divisiones y en tomos más pequeños (1), y por otra preparar otra colección impresa, también en pequeños volúmenes é igualmente titulada *Cancionero general*, y compuesta de poesías artísticas posteriores, aún no incluidas en el otro, y que eran gustadas en aquel tiempo (2).

---

ción de 1511 las obras que Castillo suprimió del de Fernández de Constantina, las que al suyo se fueron añadiendo y las que se aumentaron en otra reproducción de parte de su obra que con título de *Segunda parte del Cancionero general*, se publicó en 12.°, Zaragoza, MCLII (debe decir MDLII) (del cual he de hablar en seguida, así como de otro *Cancionero* tan digno de ser tenido en cuenta, y que era entonces desconocida para Durán»).—Por lo demás, de la comparación de las ediciones capitales, la de Constantina y la de Castillo, se saca que la primera es hecha más al acaso y caprichosamente (en gran parte de memoria, como se da á entender en el prólogo mismo), y que Castillo es el primero que intentó poner alguna especie de orden en la colección preparada por sus predecesores.

(1) Como, por ejemplo, la *Segunda parte* citada por Durán (véase la nota anterior). Hasta hoy no se conoce más que *esta* parte y *este* ejemplar de la biblioteca imperial de Viena descrito por mí. Es del año 1552.

(2) Tampoco de esta colección se ha hallado hasta hoy más que un ejemplar, de la biblioteca ducal de Wolfenbuttel en Brunswick, ejemplar que he descrito en mi trabajo: *En Beitrag zur Bibliographie der* CANCIONEROS *und zur Geschichte der spanischer Kunstlyrik am Hofe Kaiser Karl's V* (tomo X, del *Boletín de Sesiones* de la clase de Filosofía de la Historia de la Academia de Ciencias, pág. 153 y siguientes, y publicado por separado en Viena, 1853, 8.) Esta colección es, como se ha dicho arriba, muy importante por ser la única del período de transición de la antigua escuela española nacional á la neo-hispano-italiana, conteniendo las poesías en dos divisiones separadas conforme á estas dos escuelas, como ya lo indica el título («Así por el arte Española, como por la Toscana»).—Es del año 1554.—Acerca de la antigua escuela española, que duró aún en obras de más extensión hasta la primera mitad del siglo XVI, véase lo que en sus adiciones á Ticknor dicen los traductores españoles de éste en su edición de Madrid, tomo III, páginas 459-470, en donde se cita como ejemplo de ello poesías desconocidas de Ticknor, de Diego Guillén de Avila. «Panegírico en alabança de la... reina Isabel, é otra obra... en loor del arçobispo D. Alonso

Ofrécennos éstas, sobre todo las dos últimamente citadas colecciones, en mezcla extraña, pero característica, canciones artísticas de los viejos cancioneros cortesanos, poesías semi-artísticas, semi-populares, y hasta productos de la nueva é incipiente poesía que imitaba los modelos clásico-italianos; vemos en ellas la suerte de la poesía cortesana de los trovadores castellanos y de sus cancioneros, destinados en un principio á las cortes y á su entretenimiento y conservados en costosos manuscritos; después dominio común literario de la nación, que se iba mezclando cada vez más, con formas populares, difundiéndose, es cierto, por la prensa en círculo cada vez más extenso pero todavía propiedad tan sólo de algunos aficionados á la literatura, por hallarse en ediciones en folio relativamente caras; finalmente, sacada de estos círculos por las nuevas formas clásicas, mezclándose ya con éstas, pero ya también con otras de los cantores populares de las ferias, refugiada en el pueblo en ediciones tan pequeñas hechas para su uso y su bolsa como las últimamente citadas, ó aún más posteriormente como apéndice y complemento de la poesía propiamente popular, de los romances y villancicos, en hojas volantes.

Pero como, por una parte, en estos Cancioneros, no solamente en el *general*, como ha dicho Ticknor algo inexactamente, sino en todos, los manuscritos y los impresos, desde el de Baena hasta el más moderno de Nájera (1), la poesía artística

---

Carrillo, 1499-1500; de Juan de Narvaez «El libro de las valencianas lamentaciones y el de la partida del anima» de principio del siglo XVI; y de Hernan Vázquez de Tapia una descripción del recibimiento de doña Margarita de Flandes (hija del rey Maximiliano I), al ir á casarse con el príncipe de Asturias D. Juan, impresa en Sevilla en 1497.

(1) Voy á citar un Cancionero más, que es, en cierto modo, una reimpresión del *general*. Es el *Cancionero de obras de burlas provocantes á risa*, que apareció por primera vez en Valencia en 1519, de cuya rarísima edición debe de hallarse un ejemplar en el Museo Británico, del cual se ha hecho una reimpresión en 8.° que, aunque con la indicación «En Madrid, por Luis Sánchez», salió en realidad en 1841 de Londres, de casa de Pickering. Esta colección contiene las «Obras de burlas» del Cancionero general, impresas aparte, y un par de parodias muy obscenas, una de las cuales, «El

castellana de este período se halla completa en todos sus géneros y direcciones capitales, y como concentrada en una imagen de conjunto, de tal modo, que ya en ellos mismos muestran sus rasgos principales la historia de su desarrollo y su suerte; y como, por otra parte, su desenvolvimiento y formación, según matices individuales en las obras más considerables y sustantivas de individuos sobresalientes, como en las de Santillana, Juan de Mena, los Manriques, Urreas, Cartagenas, etc., es cosa que ha sido expuesta repetidas veces y á satisfacción por mis predecesores, como Bouterwek, Clarus, Ticknor, Lemcke, etc., por todo esto creo poder limitarme á lo ya dicho, mucho más no siendo mi propósito, como ya he advertido, dar una historia completa y que llegue hasta las particularidades.

Los principios aún inciertos del drama en este período, se han de tratar en los sucesivos artículos acerca de Juan de la Encina, *La Celestina*, y la *Historia del arte y de la literatura en España*, de Schack.

Aposento en Juvera», es una sátira de la estancia del entonces Legado pontificio en España, Rodrigo de Borja, después tan mal afamado como Papa, Alejandro VI, el cual estuvo en Alcalá entre los años 1471 á 1492, y que está alojado con su séquito en las diversas partes del cuerpo de una alegórica persona, Juvera, sátira que, aparte de su obscena grosería, es casi ininteligible, á causa de sus muchas alusiones personales. La otra se denuncia ya suficientemente por su mismo título repugnante: «Caraji-comedia, etc.», debe de haber sido escrita hacia 1498, y es también una parodia tan vulgarmente obscena como pesada de las «Trescientas» de Juan de Mena, en las mismas estanzas de arte mayor y con glosas en prosa, en la que, en lugar del héroe de Mena, se cita y describe satíricamente á la más famosa cortesana de por entonces. Las glosas en prosa dan anécdotas indecentes por explicación. Estas parodias son de considerar, no sólo para la historia de la cultura, sino también histórico-literariamente, en cuanto por ellas se pone de manifiesto cómo entonces en España, como en otras partes, la lírica artística fríamente melancólica y la didáctica pedantesca provocaron una parodia grosera, oponiéndose así la concepción más vulgar de la vida á la afectada y pretenciosa, y parodiando la convención antinatural por una indecencia repulsiva que cae muy por debajo de la hermosa naturaleza humana. También dieron ocasión á exabruptos poético-satíricos las desastrosas circunstancias políticas, sobre todo el desgraciado gobierno de Enrique IV. (V. Pidal, l. c., p. LXXIII-LXXIV.)

Por las mismas razones puedo contentarme con no citar más que dos de las obras de este período pertenecientes á la poesía en prosa y á la composición artística no en verso, y esto porque en tiempos recientes no se ha venido á un fallo acerca de la autenticidad de una de ellas (según Ticknor); y respecto á la otra porque, siendo en mi opinión una de las más dignas de que se fije la atención en ella, ó ha sido pasada por alto, ó no estimada cual se merece por mis predecesores todos.

La primera de estas obras, que ha llegado ser famosa bajo el título de *Centon Epistolario del bachiller Fernán Gómez de Cibdareal* (impresa por primera vez en Burgos en 1499, y últimamente en la «Biblioteca de Autores españoles» de Ribadeneyra, tomo XIII, Madrid, 1850), ha sido objeto de duda respecto á su autenticidad, habiendo dedicado Ticknor á inquirir esta cuestión un capítulo especial, intentando hacer verosímil que todo el libro «es una invención desde el principio hasta el fin». Pronúnciase muy enérgicamente contra esto su más reciente editor, D. Eugenio de Ochoa (l. c., p. IX): «Esto no obstante (esto es, no obstante la falsificación en la indicación del lugar y año en que se imprimió la edición primera), no podemos acoger siquiera la hipótesis de semejante fraude (el que sea una ficción muy posterior autor y obra): ni se alcanza su objeto, ni parece creíble que en tal grado llegue á acercarse la ficción á la verdad.» Lemcke, en su notable *Manual* (tomo I, pág. 96), ha expresado, con su acostumbrada circunspección, que, á pesar de la duda presentada por Ticknor y que es de peso, «la cuestión no puede considerarse de ningún modo como resuelta», y, por lo tanto, le ha parecido pertinente dar lugar á esta obra en su *Manual*. Uno de los críticos españoles de más fundamento y más doctos, el á menudo ponderado Marqués de Pidal, ha tratado de esto en un artículo especial (en la *Revista de Ambos Mundos*, mes de Julio de 1854, tomo II, páginas 257-280), en donde asienta que D. Juan Antonio de la Vera y Zúñiga, conde de la Roca (embajador de Felipe IV en Venecia, muerto en 1658), publicó por primera vez

esta obra con la falsificación que en ella se advierte, en Venecia, en la primera mitad del siglo XVII (de todos modos, antes de 1647, año en que la cita ya sin poner en duda su autenticad, Gil González Dávila, en su *Teatro de las iglesias de España*, Madrid, 1647, tomo II, páginas 69-70), interpolándola según toda probabilidad en algunos pasajes en que hace figurar á muchos antepasados *inventados* para satisfacer su conocida pasión de hacer ver que su familia (los Veras) era una de las más antiguas y más ilustres de España (Pidal cita ocho obras genealógicas acerca de la familia de los Veras, obras que en gran parte fabricó el mismo D. Juan Antonio, bajo fingidos nombres, con el intento antedicho); pero tiene por cosa completamente increíble el que la obra *toda* sea un producto de Vera, ó en general, invención de un tiempo tan posterior; por el contrario, juzga muy verosímil el que sea auténtica y proceda de un contemporáneo. Pues después que ha intentado desvirtuar, con gran agudeza, todas las dudas presentadas por Ticknor (1), llega á esta conclsión (l. c., pág. 278): «Comprendo perfectamente que Vera y Zúñiga, para ensalzar su linaje, interpolase algunas cartas del *Centon;* su interés en esto era evidente, y la empresa no muy difícil: pero no creeré fácilmente, ni que él fuese capaz de escribir el *Centon*, ni que aun siéndolo se tomase el trabajo de fingir aquellas 105 cartas sólo para que en algunas de ellas sonasen nombres de su ascendencia. Respecto de cualquiera otro escritor, aún es más inverosímil la suposición, á lo menos ínterin no se manifieste ó indique siquiera

(1) No deja de tener interés el oir en esta ocasión cómo se expresa Pidal acerca de las poesías que han llegado á hacerse célebres bajo el nombre del Bachiller la Torre, y que fueron atribuidas á Quevedo, lo cual cita Ticknor como ejemplo. Dice así: «Verdad es también que algunos se dejaron llevar de esta suposición; pero lo es asimismo que la diferencia inmensa entre los versos de la Torre y Quevedo, entre el estilo, entre la escuela, entre el espíritu, en fin, de uno y otro ingenio, han dado hoy completamente por tierra con aquella infundada suposición, hasta el punto de admirarnos de que una persona del saber de Mr. Ticknor pueda todavía sustentarla.»

quién pudo ser, entre los pocos que pudieron serlo, el autor de la ficción, y cuál fué el móvil que á ella le condujo.»

Y, sin embargo, un crítico no menos docto ni menos sagaz, D. Pascual de Gayangos, se pronuncia en favor de esta última suposición y en contra de Pidal, en las adiciones al cuarto tomo de la traducción española de la obra de Ticknor (Madrid, 1856, páginas 408-409), pues cree él que el argumento capital del marqués y de todos los defensores de la autenticidad es, ante todo, el sello que lleva el estilo de la obra, cuando debieran, por una comprobación más exacta y una comparación con los escritos coetáneos, observar en él tantas «contradicciones y veleidades que rara vez se encuentran en un escritor original»; de modo que no puede sostenerse tal argumento. Por el contrario, es cosa manifiesta la inexactitud de la mayor parte de los datos históricos que no están tomados de la «Crónica de D. Juan II», y éstos, los tomados de esta Crónica, concuerdan de tal modo con los contenidos en ella, que no se puede poner en duda el que se hayan de ella sacado. No queda, pues, según Gayangos, más argumento en favor de una autenticidad *parcial* del *Centon* que la singular gracia, la soltura y espontaneidad con que sus cartas están escritas (1).

La otra obra en prosa de este período, de la que quiero ha-

(1) En una carta que Gayangos me ha dirigido con fecha 3 de Noviembre de 1854 se expresa aún más claramente, de este modo: «El marqués (de Pidal) era de los que con más celo y ardor defendían la legitimidad de dicho Epistolario. He logrado convertirle; *ya no cree ni en el Bachiller ni en sus cartas*, pero todavía se esfuerza en probar que, aunque interpoladas por Vera y Zúñiga, conde de la Roca, son resto de alguna correspondencia de inédita de aquella época, á la que se pondría para autorizarle el nombre del físico del rey D. Juan. *Yo las creo todas falsificadas* por Vera, siguiendo paso á paso la crónica.» Tan sólo conozco el título del escrito que acerca de este mismo ha publicado posteriormente Adolfo de Castro, con el título de *Memoria sobre la ilegitimidad del Centon epistolario, y sobre su autor verdadero*. (Cádiz, 1857, 4.) *(a)*.

(a) Hoy nadie cree en la autenticidad del *Centon Epistolario*, al cual han dado los últimos golpes Adolfo de Castro en la parte histórica, Puiggari en la indumentaria, y muy especialmente D. Rufino J. Cuervo en la lingüística.—(M. M. y P.)

blar aquí, porque hasta los últimos tiempos ha sido tenida en inmerecido olvido, aún por los nativos españoles (1), es el espejo de costumbres ascético-satírico, compuesto por Alonso Martínez de Toledo, y que apareció bajo el título de *Arcipreste de Talauera que fabla de los vicios de las malas mugeres. E complisiones de los hombres.*

Aparecieron muchas ediciones de él ya en el siglo xv, y son, por lo menos: la citada por Pancer como de Sevilla, 1495, y que fué impresa realmente en Sevilla, por Meynardo Ungut, alemán, e Stanislao Polono, á x de Maio, 1498. Fol. goth. (V. Mendez: *Tipographia esp.*, páginas 304 hasta 306, y Brunet, s. v. Martínez);—en Toledo, por maestre Pedro Hagembach, alemán, á 29 de Octubre, 1499, 4 goth.;—después, en el siglo xvi: en Toledo, Pedro Hagembach, 1500. Fol. goth.;—en Toledo, por Arnao Guillén de Brocar, á 26 de Julio (no, como cita Brunet equivocadamente, á 6 de Junio) 1518: Fol. goth. Esta edición llámase ya en el mismo título: *Nueuamente añadida*, y está de hecho aumentada con la tercera y cuarta parte de las «Çomplisiones de los hombres» y de la «Reprobación de los fados y fortunas»; y al final se lee: «Aquí se acaba el libro del Arcipreste de Talauera: que trata de vicios e virtudes e reprouacion del loco amor: assi de los hombres como de las mugeres: ó, segun algunos, llamado *coruacho*.» Además en Logroño, en casa de Miguel de Eguía, á 28 de Setiembre 1529, Fol. goth.;—finalmente, en Sevilla, por Andrés de Burgos, á 5 de Hebrero, 1547 (en Brunet, equivocadamente, 1546), 8.° goth. Todas estas ediciones han llegado á ser grandes rarezas (la Biblioteca imperial de Viena posee las tres últimas); pero prueban cuánto favor

(1) Clarus (lugar citado, II, pág. 511) la cita según la noticia que de ella dió Nic. Antonio en su *Bibl. hisp. vetus* (tomo II, pág. 249, núm. 324), pero diciendo que no ha podido haberla á la vista. Ni Ticknor, ni sus traductores españoles le han dedicado una palabra siquiera. Lemcke es el primero que ha concedido un lugar al Arcipreste en su *Manual* (parte primera, páginas 105-117).

alcanzó la obra desde su aparición misma y cuánto duró tal favor.

Del autor sólo se sabe que fué capellán del Rey D. Juan II de Castilla, y que la obra que tratamos fué compuesta en vida de este rey, como se deduce del prólogo de la misma (1). Se le ha atribuido también otra obra: una compilación que lleva el título de «Atalaya de las Crónicas», y que hasta hoy sólo existe manuscrita (antes en la biblioteca del marqués de Cábrega, y ahora en la biblioteca imperial de Viena); pero ya Bayer (l. c.) ha demostrado que esta Crónica fué escrita por otro Alonso de Toledo, que era bachiller de Cuenca y vivió hacia 1480.

El *Corbacho*, del Arcipreste de Talavera, como éste mismo llamó á su obra, siguiendo el ejemplo de la de Boccaccio, de un contenido análogo y con el mismo nombre, se divide en cuatro partes capitales: la primera trata de la «reprobación del loco amor» y de cómo el amor á Dios es el único que nos procura la salvación; la segunda pinta las condiciones, ó más bien fustiga en gran parte por medio de la sátira los vicios de las mujeres («diré de las condiciones y algún tanto de las viciosas mujeres»); la tercera caracteriza á los hombres según los cuatro temperamentos y su influencia en relación á los amantes («de las complexiones de los hombres, cuáles son ó qué virtudes tienen para amar ó ser amados»); la cuarta, finalmente, contradice á los partidarios de la doctrina fatalista, porque creen de ordinario poder disculpar su amor pecaminoso como si fuera obra del destino fatal («concluiré reprobando la común manera de hablar de los fados, venturas, fortunas, signos, planetas... y esto por cuanto algunos quieren decir que si amando pecan, que su fado y ventura gelo procuraron»). Se ve

(1) Bayer, en las notas á Nic. Antonio, dice: «Exstat id cod. Escurial... atque item *ejusdem* Archipresbitery Talaverensis tractatus *alter* hispanicus, Contra la comun fabla y opinion que se tiene falsamente de los fados: signos y planetas, anno, ut ibibem legitur, 1432 ab auctore editus.» Pero sin duda alguna no es otra cosa que la cuarta parte de la obra de que tratamos, añadida en alguna edición.

ya por esta indicación de lo principal de su contenido, cuán importante es esta obra como espejo de las costumbres. No es menos notable como monumento de la prosa española, y esto en el género más difícil, en el satírico. Pues si se considera con toda equidad é imparcialmente el pesado pedantismo y la poca cultura de la prosa doctrinal de aquel período, hay que asombrarse de la facilidad de nuestro Arcipreste, de su viveza tan á menudo dramática, de la plenitud de su elocuencia, de su dominio nada común sobre la lengua y del uso característico que de ella hace para describir cosas y personas, desde el elevado estílo en las partes ascéticas y amonestatorias, hasta el lenguaje de la vida común y la elocuencia callejera del pueblo en sus cuadros de costumbres tan reales y tan satíricos, cuadros en que el autor se produce muy á menudo con gran facilidad en las personalidades y caracteres que tiene que pintar, y sobresale en los diálogos y monólogos dramáticos. Pues si bien es cierto que, como es natural, no deja escapar ocasión de hacer alarde de su erudición, y cita á menudo, además de los escritores eclesiásticos y clásicos de la antigüedad, á Boccaccio (1), da muchas pruebas y muy expresivas de que sabia explotar inmediatamente la vida, que poseía una rica observación de los hombres, sobre todo del carácter y el corazón de las

(1) Son muy dignas de ser tomadas en cuenta para la historia literaria, entre sus citas, las de Gerson (en el «Prólogo»); las del legendario Virgilio (parte primera, cap. XVIII. Virgilio en la cesta expuesto á la burla del pueblo delante de la torre de la dama romana, y cómo se vengó de ésta); las de los libros de caballerías (parte primera, cap. XXXIX: No es esto coronica ni *hystoria de caualieria*, en las quales á las veces ponen c por b); las de la «Historia de la mujer encerrada» (parte segunda, cap. I); las de las «Representaciones» dramáticas (parte segunda, cap. IX: Representación hacen en el carmen de la Pasión); las de las «Patrañas y romances» (parte segunda, cap. XIV), y las de «Tristán de Leonis» y «Lanzarote de Lago» (parte cuarta, cap. VI). Uno de sus chistes fué ya trabajado por un poeta popular y difundido como hoja volante: «Síguense unas coplas que hablan de cómo las mugeres por una cosa de nonada dizen muchas cosas: en especial una muger sobre un huevo con su criada. Fechas por Rodrigo de Reynosa»; 2 hojas, 4.°, de principios del siglo XVI (v. parte segunda, cap. I, publicada en el *Manual* de Lemcke, I, pág. 106-111).

mujeres, y que sabía encontrar y presentar las debilidades y vicios de su tiempo con talento nada ordinario, sin perdonar á estado alguno, ni aun al suyo propio, el eclesiástico. En una palabra, el arcipreste de Talavera es un hermano de espíritu y un digno sucesor del arcipreste de Hita, á quien conocía y cita nominalmente (parte primera, cap. VI: «y un exemplo antiguo es el qual puso el arcipreste de Hita en su tratado»); ejerció ciertamente mucho influjo sobre el autor de *La Celestina*, obra con la que presenta la suya tantos puntos de contacto respecto al asunto y con la que tiene una semejanza tan difícil de desconocer en cuanto se refiere al estilo y al lenguaje. El *Corbacho* es, en efecto, después de *La Celestina*, el más rico almacén para los idiotismos, proverbios y giros de dicción españoles de aquel tiempo.

Es muy de desear que esta obra, tanto tiempo desdeñada indebidamente y tan difícil de adquirir por la rareza de las antiguas ediciones, sea incluida en la «Biblioteca de autores españoles», por los editores de ésta (1).

(1) Hasta hoy tenemos que contentarnos como muestra con lo que se halla en el nunca bastante recomendado *Manual* de Lemcke, escogido con gran tacto.

FERNANDO WOLF.

(Se continuará.)

OBRAS NUEVAS

Academia de la Historia.—Memorial histórico español, tomo XXXIV. En 4.°, 260 páginas: 3,50 pesetas.
Contiene: Historia de Carlos IV, por D. Andrés Muriel. Tomo VI.

Altamira (R.)—Cuentos de Levante. En 8.°, 131 páginas: 2 pesetas.

Apraiz y Saenz del Burgo (J.)—Cervantes vascófilo, ó sea Cervantes vindicado de su supuesto antivizcainismo. En 4.°, 286 páginas: en tela, 5 pesetas.

Aza (V.)—Chifladuras: juguete cómico en un acto y en prosa. En 8.°, 38 páginas: 1 peseta.

Azcárate (G.)—Los deberes y responsabilidades de la riqueza. En 8.°, 179 páginas: 2 pesetas.

Balaguer (V.)—En Burgos, recuerdos de esta ciudad insigne: Glorias y ruinas.—La casa del Cordón.—En el Castillo de Burgos.—El Cuento del Cid.—La cuesta de la Reina. En 8.°, 315 páginas, tela, 5 pesetas.

Obras de Víctor Balaguer, de las Academias Española y de la Historia.—Los juegos florales en España.—Memorias y discursos.—Tomo XXXII de la colección y único de esta obra. En 8.° mayor, 487 páginas: 10 pesetas.

Bermejo (A.)—Políticos de antaño. Historia anecdótica y secreta de la corte de Carlos IV, tomo II y último. En 8.°, 207 páginas: 2 pesetas.

C. de Ll. (F.)—Biografía hispanocapuchina, memorias históricas recopiladas é ilustradas. Cuaderno III, páginas 321 á 480. En 4.°, á dos columnas: 2,50 pesetas.

Cappa (R.)—Estudios críticos acerca de la dominación española en América, tomo III. En 8.°, 349 páginas: 2 pesetas.

Castaño y Puente (E.)—Aritmética destinada á las escuelas de primera enseñanza. En 8.°, 50 páginas: 1 peseta.

Castellarnau y de Lleopart (L de.)—El agua común usada como bebida para curar las enfermedades. En 8.°, 130 páginas: 2 pesetas.

Cocat (L.) y Criado (H.)—El capitán «Mefistófeles»: zarzuela cómica en un acto: dividido en tres cuadros. En 8.°, 41 páginas: 1 peseta.

Colección de libros raros que tratan de América, tomo XI. Relación historial de las misiones de indios chiquitos que en el Paraguay tienen los padres de la Compañía de Jesús, tomo I. En 8.°, XVI-282 páginas: 3 pesetas.

Colorado (V.)—Padre nuestro: cuadro dramático en un acto y en verso. En 8.°, 61 páginas: 1,50 pesetas.

Coroleu (J.)—América. Historia de su colonización, dominación é independencia, tomo II. En 4.°, 376 páginas con varios grabados: 7 pesetas.

Churat y Sauri (J.)—Apuntes para escribir una bibliografía eucarística valenciana. En 4.°, 94 páginas.—Tirada de 80 ejemplares. No se vende.

Danvila y Collado (M.)—Reinado de Carlos III, tomo III. En 4.°, 694 páginas: 20 pesetas.

Degetau y González.—Juventud

(novela). En 8.°, 3 hojas preliminares, 366 páginas: 3,50 pesetas.

Dupuy de Lôme (E.)—Estudios sobre el Japón. En 8.°, 411 páginas: 4 pesetas.

Fernández Duro (C.)—La marina de Castilla desde su origen y pugna con la de Inglaterra hasta la refundición en la armada española. En 4.°, 543 páginas y 14 láminas. En tela y plancha, corte dorado: 20 pesetas.

Fernández Duro (C.)—De algunas obras desconocidas de cosmografía y de navegación, y singularmente de la que escribió Alfonso de Chaves á principio del siglo XVI, s. l. En folio, 46 páginas. No se ha puesto á la venta.

Fernández Mourillo (M.)—Apuntes de sigilografía española ó estudio de los sellos que autorizan los documentos antiguos de España, precedido de unas nociones de carácter general. En 8.° menor, 96 páginas: 1,50 pesetas.

Ferri (E.)—Socialismo y ciencia positiva. (Darwin-Spencer-Marx.) En 8.°, 181 páginas: 2 pesetas.

García Ayuso (F.)—Versión hispano-francesa ó colección de trozos literarios, científicos y comerciales para la traducción inversa, con un copioso vocabulario fraseológico ordenador. En 8.°, 152 páginas: 1,50 pesetas.

García Pérez (E.)—Tratamiento racional de las enfermedades constitucionales ó diatésicas, sífilis, escrófulas, herpetismo, reumatismo, tuberculosis, cáncer y afecciones de la piel. En 8.°, 63 páginas: 1 peseta.

González (A.) y Gómez Candela (P).—Lola la desvergonzá ó que la metes curita y tragedia en la taberna; parodia del drama La Dolores, en un acto y dos cuadros, en verso. En 8.°, 32 páginas: 1 peseta.

Guimerá (A.)—María-Rosa: drama trágico y de costumbres populares, en tres actos y en prosa. En 8.°, 98 páginas: 2 pesetas.

Henao (G. de).—Averiguaciones de las antigüedades de Cantabria, enderezadas principalmente á descubrir las de Vizcaya, Guipúzcoa y Alava, provincias contenidas en ella. Tomo V. En 4.°, 398 páginas: 5 pesetas.

Iglesias Garrido (A.)—Memorias sobre las reformas en el orden económico administrativo. En 8.°, 31 páginas: 1 peseta.

Jurisprudencia civil: colección completa de las sentencias dictadas por el Tribunal Supremo, tomo LXXV. En 4.°, 959 páginas: 7,50 pesetas.

Ley para la mejora, saneamiento y reforma ó ensanche interior de las grandes poblaciones. En 8.°, 34 páginas: 0,50 pesetas

López Ferreiro (A.)—Fueros municipales de Santiago y de su tierra, tomo I. En 4.°, XIII-363 páginas: 6 pesetas.

Medina (V.)—El Naufragio. Narración poética. En 8.°, 24 páginas: 0,25 pesetas.

Millares Cubas (L. y A.)—De la tierra Canaria: escenas y pasajes. En 8.°, 267 páginas: 3 pesetas.

Miranzo (F. A.)—Diccionario legislativo y estadístico de primera enseñanza. En 8.°, 478 páginas: 5 pesetas.

Molina y Jiménez de Saavedra (M.)—Higiene del recién na[illegible]. En 4.°, 24 páginas: 1 pese[illegible]

Muñoz del Castillo (J.)—L[illegible]rcelana de amianto en los [illegible]pitales. En 4.°, 19 páginas: 0,75 pesetas.

Navarro (C.) y Cuartero (M.)—Golpe secreto: juguete lírico en un acto y en prosa. En 8.°, 22 páginas: 1 peseta.

Navarro (F. B.)—Fortalezas y castillos en la Edad Media. (Maqueda y Escalona). En 4.° mayor, 32 páginas á dos columnas: 1,50 pesetas.

Núñez de Couto (A.)—Compendio de aritmética y de teneduría de libros. En 8.°, 143 páginas: 1,50 pesetas.

Núñez González (M.)—Salayos: versos gallegos. En 8.°, 143 páginas: 3 pesetas.

Oyuelos y Pérez (R.)—Biblioteca de legislación profesional: legisla-

ción de medicina. En 8.°, XVI-1391 páginas: 15 pesetas.

Pacheco y Calvo (C.)—Fatalidad: drama en tres actos y en verso. En 8.°, 74 páginas: 2 pesetas.

Pavía y Bermingham (J.)—Las Catacumbas de Roma. En 8.°, XV-239 páginas y una lámina: 3 pesetas.

Pedrell (P.)—Hispaniae schola musica sacra. Opera varia (saccul. XV, XVI, XVII et XVIII), diligenter excerpta, accurate revisa seculo concinnata a Philippo Pedrell. Vol. III. Antonius a Cabezón. En folio LXVII-67 páginas: 8,50 pesetas. Los tomos por separado, 12 y 13 pesetas.

Pou Moreno (M.) - Rimas galantes y pensamientos. En 12.°, XVI-96 páginas: 0,50 pesetas.

Puig y Valls (R.) - Viaje á América. Estados-Unidos, Exposición Universal de Chicago, México, Cuba y Puerto-Rico. En 8.°, dos tomos, 236 y 263 páginas: 6 pesetas.

Rada y Méndez (E. de la.)—Indices generales alfabéticos de la obra intitulada Monumentos arquitectónicos de España. En 4.°, 63 páginas; 2,50 pesetas.

Repullés y Vargas (E. M.)—La nueva Bolsa de comercio de Madrid. Monografía. En fol., 90 páginas, con grabados, 5 láminas fototipias y planos: 12,50 pesetas.

Resúmenes formados por la Dirección general de Aduadas, del comercio exterior y de cabotaje de trigo y harina de trigo durante los años de 1870 á 1894. En 4.° mayor, 38 páginas.

Retana (W. E.)—El periodismo filipino. Noticias para su historia (1811-1894), apuntes bibliográficos, indicaciones bibliográficas, notas críticas, semblanzas, anécdotas. En 8.°, tres hojas preliminares, 648 páginas: 6 pesetas.

Saluzzo (M. A.)—Estudio sumario acerca de la literatura hebraica. En 8.° menor, VII-126 páginas.

Sama (M. M.) — El desembarco de Colón en Puerto-Rico y el monumento de Culebrinas. Colección de artículos publicados en «El Diario Popular» de Mayagüez. En 8.°, 77 páginas,

Sánchez Rodríguez (J.)—Esperanza, juguete cómico en un acto y en prosa. En 8.°, 32 páginas: 1 peseta.

Sánchez de Toca (J.)—Los caminos de hierro y el gobierno. En 8.°, dos hojas, 149 páginas y dos hojas de índice: 1 peseta.

Sandoval (M. de).—Prometeo, poema. En 8.°, 31 páginas: 1 peseta.

Sanz y Gómez (T.)—Clínica de psiquiatría. La locura. Las evacuaciones sanguíneas y los calmantes. En 8.°, 15 páginas.

Sardá y Salvany (F.)—Propaganda católica. Tomo VIII. Más artículos. En 4.°, 510 páginas: 4 pesetas.

Sardiña y Flores (F.)—Ensayo de economía política exterior. La ecuación económica. En 8.°, 215 páginas: 5 pesetas.

Simavilla y Sagastibelza (S.)—Memoria sobre el estado del Instituto provincial de 2.ª enseñanza de Navarra. En 4.°, 73 páginas.

Simón y Nieto (F.)—Los antiguos campos góticos: excursiones histórico-artísticas á la Tierra de Campos. En 4.°, 164 páginas, con grabados intercalados en el texto y ocho láminas sueltas fototipias: 4 pesetas.

Soler y Boig (J.)—Estudios sobre las enfermedades de los viejos. En 4.°, VI-204 páginas: 4 pesetas.

Soto y Corro (C. de.)—Bígamo, novela original. En 8.° mayor, 266 páginas: 2 pesetas.

Soublette (F.)—Batalla de Ayacucho, Oda laureada con el primer premio, medalla de oro, por la Academia Venezolana, Correspondiente de la Real Española. En 8.° mayor, 8 páginas.

Stendhal.—El amor. En 8.°, 304 páginas: 3 pesetas.—Colección de libros escogidos. Tomo 136.

Taine (H.)—Historia de la literatura inglesa contemporánea, Dickens, Thackeray, Macaulay, Carlyle, Stuart Mill, Tennyson, por Hipólito Taine, traducción de José de Caso. En 4.°, 384 páginas: 7 pesetas.

Turguenef (I.)—Padres é hijos. En 8.°, 428 páginas: 3 pesetas.—Colección de libros escogidos. Tomo 137.

Vaamonde (F.)—Os galaicos, poema en cuatro cantos. En 8.° XXXV-XXXVIII XXIX y XXXII páginas: 1,50 pesetas.

Vega (Lope de).—Obras. Tomo IV. Comedias de vidas de santos. En folio, CXXV-593 páginas: 17,50 pesetas.

Vergara de Prado (A.)—Salvar al enemigo, comedia en un acto y en verso, original. En 8.°, 29 páginas: 1 peseta.

Villanueva (L.)—Vida del Gran Mariscal de Ayacucho. En 4.°, II-590-6 páginas y un retrato: 10 pesetas.

INDICE

Págs.

Un drama (novela), por Emilia Pardo Bazán. 5

En torno al casticismo, por Miguel de Unamuno. 29

La insurrección en Cuba ante Los Estados Unidos, por Segismundo Moret y Prendergast. 47

La Viticultura en California, por el Dr. V. Vera y López. 73

Recuerdos, por José Echegaray. 91

La Prensa internacional, por el Licenciado Pero Pérez. 102

Crónica internacional, por Emilio Castelar. 121

Crónica literaria, por E. Gómez de Baquero. 140

La Literatura castellana y portuguesa, por Fernando Wolf, con prólogo y notas de M. Menéndez y Pelayo. 154

Obras nuevas. 205

AP
60
E8
año 7
no.76-78

La España moderna

PLEASE DO NOT REMOVE
CARDS OR SLIPS FROM THIS POCKET

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY